MARY FERRE

LA HISTORIA DE SEBAS TRUMPER



MALDITAMENTE SEBAS

MALDITAMENTE SEBAS

Mary Ferre

Copyright © 2015 Mary Ferre
Todos los derechos reservados

ISBN-13: 978-1514624852
ISBN-10: 1514624850

CONTENIDO

PRÓLOGO

CAPÍTULO UNO

CAPÍTULO DOS

CAPÍTULO TRES

CAPÍTULO CUATRO

CAPÍTULO CINCO

CAPÍTULO SEIS

CAPÍTULO SIETE

CAPÍTULO OCHO

CAPÍTULO NUEVE

CAPÍTULO DIEZ

CAPÍTULO ONCE

CAPÍTULO DOCE

CAPÍTULO TRECE

CAPÍTULO CATORCE

CAPÍTULO QUINCE

CAPÍTULO DEICISÉIS

CAPÍTULO DIECISIETE

CAPÍTULO DIECIOCHO

CAPÍTULO DIECINUEVE

CAPÍTULO VEINTE

EPÍLOGO

SINOPSIS

Sebas Trumper vive consternado y encerrado en una rutina absurda desde hace cinco años tras la marcha del amor de su vida. Se abandonó como hombre ausentándose de la realidad y se perdió en el recuerdo eterno de la chica que un día le dijo adiós. Afronta la soledad a su manera convirtiéndose en alguien que odia ser, sin preocupaciones, sin sentimientos y sin nada por lo que luchar. El vacío de su corazón es meramente una excusa más para seguir sobreviviendo hasta que un día el destino quiso devolverle lo que siempre había deseado, a la mujer que le llevó al infierno y le volvió a subir a las estrellas.

Jocelyn Harden sigue enamorada del hombre que conoció cuando era tan solo una adolescente. Su timidez, temores y dudas, le hicieron abandonar a la única persona que le ha querido huyendo por demasiado tiempo para luchar contra ella misma. Vuelve a Chicago a recuperar lo que nunca debió dejar atrás porque solo él puede salvarla de la penuria con la que convive desde su niñez. Sabe que no podrá conquistarle pero le debe una explicación y suplicará por su perdón sincero.

Tanto Sebas como Jocelyn tienen muy claro cuáles son sus sentimientos y se enfrentarán a las grietas del pasado que les será un problema para los dos.

PRÓLOGO

Querido Sebas:

Escribirte una carta era lo último que quería hacer pero no me ha quedado más remedio dadas las circunstancias.

Si estoy aquí con el bolígrafo en mano es porque no he encontrado la valentía suficiente para hablarte a la cara y mirarte a los ojos como te gusta que lo haga. Soy una cobarde y aunque no lo estoy justificando, sí te pido que comprendas la posición en la que me encuentro.

Me marcho mi amor, no puedo enfrentarme a una vida junto a ti. Sé que anoche tuvimos la mejor noche de nuestra relación, hemos hablado y zanjado más de un problema que flotaba en el aire, pero aquí estoy, escribiéndote una carta manchada con lágrimas que nacen desde mi corazón. Te amo Sebas, jamás voy a amar a otro hombre como te amo a ti, me has dado todo, incluso aquellas cosas que no te pedía y que no podías comprar; tu amistad, tu fidelidad, tu atención y sobretodo, tu lealtad. Me culpo a mí por no estar a tu altura ya que no puedo ser la Señora Trumper porque no sé cómo serlo. Esperas de mí a una mujer distinta, pero dado que he estado navegando entre tu mundo y el mío, al final he acabado perdiéndome entre ambos cayendo en el limbo de la nostalgia y depresión.

Quisiera explicarte tantas cosas que mis preocupaciones no me dejan ver más allá que las barreras que hay entre nosotros dos. La lucha interna con la que convivo a diario es extraña, el que me veas hermosa o puedas amar a alguien como yo… esto es algo que aún no concibo en mi mente. Anoche mientras dormías estaba pensando en darme un voto de confianza, mirarme al espejo y ver a la misma mujer que tú ves cómo me has enseñado tantas veces; y lo hice, lo hice y quise apagar las luces para siempre. Simplemente, no soy lo que tú quieres. Puede que me veas como tu novia, como tu futura esposa, pero nunca verás lo que yo veo cada vez que me enfrento a ese trozo de cristal en el cual se refleja la verdad. Mi verdad.

Gracias por todo lo que me has dado, por ser mi amigo, mi compañero, mi novio y por amarme tanto. Yo te he amado mucho más de lo que te he manifestado y ya no tengo fuerzas para seguir demostrándote que puedo ser tu esposa, Sebas. Mereces a una mujer diez a tu lado, una con la que puedas pasear de la mano sin sentirte que haces un gesto de caridad como a veces siento que haces conmigo. Ama a una mujer que pueda llevar la cabeza en alto, valiente y por favor, que te quiera tanto como yo te quiero a ti.

Si estoy diciéndote adiós, es por ambos, por tu felicidad y por la mía.

Por esto, no quiero seguir escribiéndote excusas baratas acreditando mis palabras.

No te enfades mi amor, no te enfades y no te olvides que lo que he vivido junto a ti, todo, ha sido real. Te amo y te amaré para el resto de mi vida. Necesito alejarme y encontrarme a mí misma, sentir que puedo ser una mujer, una sin un hombre ejemplar a mi lado.

Con todo el dolor de mi corazón que no deja de llorar, adiós Sebas.

Te amo.

Jocelyn.

SEBAS TRUMPER

CAPÍTULO UNO

– ¡MALDITA SEA! – Grito notando como las venas del cuello van a explotarme – ¡tú, tú, ven aquí!

Había visto a este trozo de persona hacerme señas osando a desestabilizarme mientras aparcaba mi coche, distrayéndome para que me estrellara y se riera a su antojo. Este metro setenta lleva puesto dos tallas menos, el mono azul parece sacado de una revista pornográfica de antaño y, por supuesto, creyéndose la empleada del mes porque se reajusta a una placa que le identifica como trabajadora de este maldito y jodido parking, ¡de mi maldito y jodido edificio!

– ¿Señor Trumper?

– ¿Por qué malditamente hay un charco en mi plaza de aparcamiento?

– Lo… lo siento Señor Trumper, hay una…

– ¿Dónde está tu tío? ¡Horacio, Horacio ven aquí!

– Señor, él se encuentra en el médico.

– ¿Qué haces aquí? Este parking puede sobrevivir unas horas a su ausencia.

– Pensaba que...

– ¿No se dedican las mujeres a la limpieza?

– Sí pero, mi tío dijo…

– ¡Y una mierda! Yo soy la razón por la cual tú tienes trabajo, eres una mujer, por lo tanto, metete en tu uniforme absurdo de mierda y vuelve a limpiar. Para eso te pago.

– ¡Sebas! – Me escupe.

– ¿Disculpe? – Ella retrocede bajando la cabeza porque sabe que la ha jodido llamándome por mi nombre.

– Pensé que a esta hora, quizás, era necesario que hubiera alguien aquí.

– Pensaste mal. Y mírame malditamente a los ojos cuando te hablo. La próxima vez que te tomes la libertad de ponerte esa mierda que llevas puesta y actúes como si te conocieras las plazas de mis empleados, te vas a acordar de haber escogido trabajar en el edificio donde trabaja el Fiscal del Senado. En un abrir y cerrar de ojos puedes haber lamentado actuar como lo has hecho. ¿Te ha quedado claro?

Sí. Le ha quedado claro, al menos su lágrima y el que esté huyendo lejos de mí me lo confirma. ¡Maldita mujer! ¿No debería estar en su casa cuidando de sus hijos, preparándole la cena a su marido para cuando llegue de trabajar? No, la muy descarada osa a suplantar a Horacio, el hombre que casi, solo casi, pone una sonrisa en mi cara todas las mañanas.

Reajusto mi corbata al cuello de la camisa. Si malditamente no me levantara con la hora pegada a mi jodido trasero, tendría los cinco minutos que le dedico a ello para venir impoluto al trabajo. ¿Pero a quién le importa?

Cierro la puerta de mi coche nuevo, un regalo de mi hermano que no he rechazado porque me amarga venir en el mismo vehículo aburrido todos los días, al menos, tengo a alguien que se preocupa cuantas cilindradas conduzco. Pulso el botón que activa la alarma de seguridad, avanzo con el maletín en mi mano dando pasos hacia atrás admirando a tal belleza y pensando que como le pase algo a mi nuevo coche esa estúpida mujer va a sufrir un derrame emocional crónico.

Lo juro.

Saludo a un Devon acelerado, el muy cabrón llega tarde a la reunión que tiene a primera hora, va corriendo con el aliento afuera porque frecuenta clubs de stripteases y es partidario de quedarse a dormir en las habitaciones que las putas tienen para trabajar. Lo más penoso es que su esposa cree que viaja a menudo haciendo horas extras por el bien de su jodida familia. ¿Qué mierda sabrá él sobre eso?

Son pasadas las ocho cuando las puertas de mi ascensor privado se abren, doy un paso hacia mi pesadilla diaria pero retrocedo para atrás

sacudiendo mi cabeza por el exceso de perfume que hay en la planta. ¡Malditos sean mis empleados!, se creen que por echarse un litro y medio de perfume conservarán el olor todo el día, ¡no se lo creen ni ellos! Rechino mis dientes dispuesto a asesinar a la primera persona, cosa u objeto que ose a acercarse a mí. Avanzo con la cabeza en alto debatiendo mentalmente la manera de hacer sufrir a mis empleados, esto es una guerra constante y solo sobreviven los mejores; las reuniones a primera hora es la herramienta más factible, pero la visita al despacho del jefe son las válidas, cuando los tengo frente a mí y los manejo como me da la maldita gana. Quiero a los mejores trabajando para mí, los débiles pueden irse a la maldita mierda y arrastrar con ellos a sus seguidores.

El móvil ya está sonando, no me han dejado ni cinco malditos minutos para poner el maletín en la mesa de mi despacho cuando ya me están tocando los huevos. Miro la pantalla leyendo el nombre del hombre que va a enfadarme más de lo que estoy.

– Sebas.

– ¡Qué!

– Nancy quiere salir de casa, estoy muy nervioso, ven aquí, – su voz ruge – ¡Nancy, no vuelvas a lanzarme el zapato a la cabeza!

– ¿Quieres dejar de llamar a tu hermano? A diferencia de ti, él trabaja.

– ¿La oyes Sebas? ¡Qué libertina!

– Bastian, deja que malditamente salga. Ha dado a luz hace, ¿dos semanas?

– Nueve semanas y tres días.

– Ya va siendo hora de que salga la mujer. Siempre puedes quedarte en casa con las niñas.

– ¿Ahora estás de su parte? Llamaré a Sebastian, él si es un buen hermano. ¡Nancy, como vuelvas a lanzarme el peine a la cabeza te juro que te…! ¡Nancy! Luego te llamo.

– Dale espacio, ha estado embarazada mucho tiempo en dos años, deja que salga y respire.

Gruñe el muy imbécil. Yo también sé hacerlo. Miro al móvil porque ya me ha colgado. Ya decía yo que la llamada de anoche no era una broma cuando mi cuñada le dijo a mi hermano que hoy iría a darse una vuelta para salir de casa, el muy idiota piensa retenerla para sí mismo como si fuera una prolongación de él.

Saco mi portátil del maletín y los documentos estatales del caso que me está llevando a que piense más de la cuenta, ser Fiscal del Distrito es una mierda, pero ser Fiscal del Distrito y del Senado, es una mierda unida e intensificada. Leo los mismos informes de anoche, los que intenté trabajar mientras hacía un esfuerzo en atender las quejas de mi madre porque su hijo no le llevó a sus nietas para verlas, ¡como si fuese mi maldito problema!, ¿esa mujer no va a parar? Ya ha casado a su hijo favorito, ya es abuela, que me deje en paz y que no me llame hasta altas horas de la noche preguntándome cuando tendré yo hijos; se piensa que sí los tengo, le dejaré verles. ¿Yo, hijos? Son dos palabras por separado y juntas que no tienen significado para mí. Con dos sobrinas tengo más que suficiente y con los siete hijos restantes que mi hermano mayor va a hacerle a mi cuñada colma la maldita cima.

Aprieto el maldito botón, no quería hacerlo, pero sin embargo lo hago.

– ¿Señor Trumper?

– Más vale que tengas una buena excusa, una muerte familiar o un aborto esporádico en el baño. Una razón que me lleve a la lógica para entender el ¡por qué no tengo mi café sobre la mesa!

– Enseguida.

Tres minutos después y bajo la insólita mirada de odio que le dedico a este atrofio humano que entra por la puerta, puedo dar dos vueltas a mi café, solo y con dos cucharadas de azúcar. Estoy viendo como descaradamente sigue plantada con una sonrisa al otro lado de mi mesa. ¿La pago por mirar o espera mi jodida aprobación para que se vaya de mi despacho? El café me quema lentamente, desde mi garganta hasta perderse en algún lugar dentro de mí. Y ella, todavía sigue aquí. Está provocándome

y juro por mis dos sobrinas que hoy, malditamente hoy la lanzo por la ventana y sale en las noticias de las diez.

– Estoy esperando a que me cuentes como ha sido tu pelea, sí es eso lo que esperas que pregunte.

– ¿Qué… qué pelea?

– Tú pelea – bebo sorbo a sorbo mi café quitándome las gafas mientras me recuesto sobre mi silla, esto va a ser divertido – ¿o es que no te ves la cara?

– ¿Qué le ocurre a mi cara?

Annie nerviosa y yo sintiéndome como un niño cuando me daban todos los caprichos, hasta que nació mi hermano pequeño. Este trozo de persona, denominada mujer para la sociedad, osa a llevar falda, camisa y unos tacones de infarto, sí, normal, si no fuera porque la falda mide como si fuera a trabajar de noche, el escote es digno para meterle cinco dólares y si supiera andar recta como una señora y no como un animal, sería, incluso, linda, por decir algo.

Mi secretaria se ha cruzado de brazos analizando cual será mi respuesta y hoy estoy de un demasiado jodido buen humor, tengo un coche nuevo y espero ver a mis sobrinas en el almuerzo como le prometí a mi cuñada, voy a ser un buen hombre hasta la tarde. Solo se ha librado por unas horas, puede salir en las noticias de las cuatro perfectamente como siga pensando en que soy la mayor escoria del mundo.

– Iba a hacer un comentario a esos labios rojos que te has puesto, pensé que te golpearon.

Vuelvo a ponerme las gafas dejando mi taza de café sobre la mesa, necesito acabar con este caso antes de que acabe conmigo, a poder ser, trabajando en paz sin tener que atender a mis empleados, al hombre de recursos humanos y al mismísimo alcalde tocándome los huevos toda la mañana. Ayer le prometí a mi cuñada que hoy intentaría ser un poco más humilde y lo seré, lo seré hasta que se me cruce el cable y tenga que haber una programación extra en las noticias por el altercado que voy a montar si consiguen sobrepasar la línea.

Annie me está hablando, sabe que odio que hable y más cuando no estoy dando una mierda por ella o por lo que me está contando. Sé que tengo una reunión a última hora, que quiero ir al gimnasio antes de ver a mis sobrinas en la noche, sé lo que malditamente tengo que hacer porque no la necesito para esto. Además, está desobedeciéndome, tiene unas normas que cumplir y esta mañana está tentando a su suerte, sí, puede abrir las noticias de las nueve.

– ¿Estás escuchándome? – Se cruza de brazos con la cabeza en alto.

Cuando una mujer hace eso es porque tiene dos problemas, uno de ellos es que quiere llevar su argumento más allá de sus posibilidades, y el otro es que sabe que no tiene argumentos para defender lo que me esté diciendo. Trago las últimas gotas de mi café quitándome las gafas de nuevo, dejándolas caer sobre la mesa para dedicarle algunos segundos a este metro ochenta y cinco tan espectacular que está acribillándome con su mirada.

– Lo estoy.

– El viernes no viniste. Lo prometiste.

– ¿Por qué llevas esa camisa tan ajustada? – Se mira así misma pensando que llamaría mi atención.

– Porque estamos en primavera y hace calor.

– ¿Crees que vistes dignamente para ser mi secretaria?

– Sebas – baja los hombros.

– Estás saltándote muchas de las reglas que tienes que cumplir, tenemos un contrato en el cual te expones a las consecuencias si no cumples con tu palabra.

– Tú también tienes que cumplir con la tuya, el viernes debiste venir.

– Yo no he firmado una mierda contigo, – cojo las gafas poniéndomelas – si quieres mi atención intenta remediar los tres puntos básicos que tienes que cumplir antes de las ocho. ¿Cuáles son?

– Sebas, hoy es…

– ¿Señor Trumper?, ¿qué tal si empiezas por dirigirte a mí con el respeto que me merezco?

– De acuerdo Señor Trumper, ¿por qué no viniste el viernes?

¡Mujeres! Cada día me alegro más de no tratar con ellas.

La ignoro al cien por cien porque no le daré una mierda hasta que no cumpla con los tres puntos antes de las ocho, si tengo una secretaria es para que cumpla con su contrato, no para que se crea superior a sus compañeras por el simple hecho de haber conseguido el famoso puesto, por el cual, todas las empleadas del edificio están luchando. Si hay algo que aprendes en el trabajo con respecto a las mujeres, son dos cosas; una, que las paredes no son tan gruesas como creía, y dos, hablan, hablan y hablan, y los malditos comentarios siempre, por activa o por pasiva, llegan a mí. Y habrá gente que crea que es la especie más inteligente, eso es porque todavía no han estudiado a un Trumper.

Algo se estrella en mi cara y estoy sonriendo por dentro mientras analizo como la pieza de encaje se ve exquisita sobre mis informes. Ahora, cumpliendo uno de los tres puntos básicos, tiene mi atención.

Quito mis gafas dejándolas sobre la mesa de nuevo y alzando la vista hacia Annie con el conocimiento de que no lleva su ropa interior. Punto número uno, darme sus bragas en cuanto me vea aparecer por el despacho. Sigue de brazos cruzados, está enfadada porque le prometí alguna mierda el viernes, una cena o algo y yo solo quería un polvo antes de irme a dormir. La verdad es que me entretuve con Dulce Bebé y su juego de los animales al que mi hermano me obligó a jugar mientras él se enfadaba con su mujer por quien le cambiaba los pañales a su pequeña. Es tan testarudo que haría las dos cosas a la vez, pero sé que follan una vez que cambian a mi sobrina y siempre me quedo haciendo de niñera un tiempo extra.

– Negras – susurro guardando las bragas en mi bolsillo izquierdo.

– El negro es tu color favorito. ¿Por qué no viniste el viernes?

– Van a dar las ocho y media, y como establece tu contrato, tienes que cumplir dos puntos básicos antes de las ocho.

– ¡Te he traído el café, Trumper!

– Te he pedido que me trajeras el café. Hay una gran diferencia. ¿Muerte o aborto?

– Ninguna de las dos opciones, – alza más la barbilla retándome – quería hacerte saber que estoy muy enfadada contigo.

– Yo también contigo. Te falta un punto básico, y dado que acabas de justificar por qué no has puesto mi café sobre la mesa junto con tu ropa interior en cuanto me has visto entrar al despacho… te falta el punto tres. El punto tres Annie, estás jugándote mucho esta mañana, no voy a consentirte más fallos. Siempre puedo ascender a Morgan y mandarte a archivar casos, Frankie me agradecería una compañía femenina antes de su jubilación.

Resopla indignada. No es mi culpa, qué no se preste a ser mi secretaria suplicándome por el puesto si no sabe cumplir con su contrato. Sabe lo que tiene que hacer, y esta mañana, está actuando como una niña pequeña, en su medida, me repugna aún más de lo que ya lo hace. Quizás sí que le dé una oportunidad a Morgan, siempre me han gustado las morenas aunque prefiera evitarlas porque no sé lo que acaban haciendo, que siempre, todas ellas, acaban convirtiéndose en rubias. ¡Desafiando a la naturaleza!

Estiro mis piernas debajo de la mesa viendo la escena y me pregunto porque está tan enfadada, seguro que está pensando en lanzarme algo como suele hacer mi cuñada cuando traspasa el límite. Espero sin embargo, espero a que deje su ingratitud a un lado y cumpla con el tercer punto básico requerido para trabajar como mi secretaria. Me cruzo de brazos pensando en sacar a Morgan de la reunión para contratarla, echar a Annie y dejar que otra mujer cumpla con los tres únicos puntos que les exijo. Me es indiferente si no saben coger una llamada, si no se tratan con el programa electrónico para organizar mi agenda, lo único que quiero es mi jodido café, su ropa interior y… se está moviendo porque ha cedido.

Me extraño de su capacidad de reflexión momentánea, por un instante, casi por un instante había dado por hecho que Morgan iba a aparecer por esa puerta. Rodea la mesa lentamente con los hombros caídos mostrando su debilidad ante mí, no hago ningún movimiento, pero sí arrastro la silla hacia atrás porque necesita espacio para sentarse sobre mi mesa y abrir sus piernas. Lo hace, lentamente lo hace, apoyando su trasero en la madera de roble tras haber dejado a un lado los informes, subiéndose la falda un poco más y colocando las plantas de sus pies en el filo de la mesa para así no tocarme como está estipulado en nuestro contrato. Y aquí

está Annie enseñándome todo lo que posee bajo su ropa interior sucumbiendo a las directrices de su jefe porque se cree que va a llegar a mí de cualquier manera. Nada más lejos de su maldita realidad.

No babeo porque anoche me masturbé, no era necesario que ella hiciera esto y con un simple no hubiera bastado. Pero tampoco voy a negar que no me muera por echar un polvo, ese que le prometí el viernes cuando acabara de cenar en casa de mi hermano.

– ¿Señor Trumper? – Mueve sus piernas llamando mi atención hincando sus codos sobre la mesa, vulnerable y dispuesta para mí.

– ¿Sí?

– ¿Y bien?

Me levanto de la silla desabrochando dos botones de mi chaleco, llegando al tercero y dejándolo junto con mi chaqueta. Puedo ver en su rostro el deseo, la avaricia y la ambición que le corroe por las venas, ¿quién consigue un trabajo de secretaria cediendo a mis súplicas? Ella y mujeres como ella. Esas que no se valoran, que por un polvo con el jefazo hacen lo que sea, aquellas que apuestan por ver caer al segundo Trumper para atarlo de por vida, y se creen, las muy ilusas se creen que voy a ceder ante algunas de ellas. Estos tres puntos básicos son una mierda para mí e inventados para ver hasta dónde llegan las mujeres; si quieren un trabajo o si quieren arrodillarse, o en este caso, abrirse ante cualquier hombre, ya sea el jefe o quién sea. Ellas mismas, ellas son las que se dejan que las tratemos como cucarachas, por esto y por mucho más, ¡odio a las mujeres!

Su reflejo pide a gritos que la folle sobre esta mesa, no soy tonto, lo he hecho en muchas más ocasiones, pero hoy, precisamente hoy estoy de muy buen humor. Así que paso mi mano por delante de su cuerpo, cojo los informes que ha apartado y me deslizo hacia un lado para continuar trabajando. Susurra decepcionada por mi reacción, ella quería que me desabrochara los pantalones, la volteara y la follara como me a mí me gusta; rápido, fuerte y duro, pero hoy no, ya voy servido por mi mano derecha y no necesito una eyaculación ahora mismo.

Coloco mis gafas de nuevo intentando que sus insultos no me distraigan. Necesito hablar con mi padre y con Bastian sobre este caso,

estoy dejándome algo pero no sé qué maldita cosa es. Anoche intenté trabajarlo más a fondo pero no tuve éxito alguno.

Se sienta a punto de saltar cuando le freno con una mirada que ha hecho que se arrodille en más de una ocasión.

– No he dicho que te muevas.

– No eres mi dueño.

Y lo hace, de un salto llega al suelo y baja su falda, rodeando la mesa, poniéndose los tacones y saliendo de mi despacho tan rápido como yo estaba imaginándomela cuando quería tirarla por la ventana. No sonrío, nunca lo hago, pero me hace feliz que me rete de esta manera, ella sabe hacerlo y echo de menos que me desafíe, me grite y discutamos por tonterías. Creo que acabo de darme cuenta porque me sigo follando a Annie, ella es una mujer muy fácil, pero una mujer fácil y con carácter. Sí, puedo vivir con ello.

A medida que pasa la mañana consigo trabajar en el caso importante que tengo entre manos. Las llamadas de mi madre y las de mi hermano Bastian han sido el único respiro que me he tomado atendiéndolas. Aunque también Annie se ha disculpado por desobedecerme y me ha prometido que mañana hará lo que hace de lunes a viernes antes de las ocho. Hay veces que me la encuentro tal y como la quiero, pero las veces que lucho porque lo haga, son las más valiosas para mí porque siempre acabo disfrutando mucho más el polvo.

Arrastro el aparato hacia mí lado pulsando el color verde que me da línea directa con Annie.

– Annie, el café de las once.

No tiene por qué traerme un café a esta hora, aunque últimamente lo hace y me apetece dado que estoy cegado y confundiendo los textos del caso. Mi padre me ha prometido que mañana me ayudaría porque hoy están en Crest Hill con los padres de Nancy, hasta mis padres tienen una vida más social que la mía. Luego tengo que llamar a Nadine para que deje de mandarme esas magdalenas de arándonos que no hacen otra cosa que darme problemas en el gimnasio.

Ella toca a la puerta dos veces, sabe que no hay una tercera sin que le grite porque sé que malditamente es ella. Annie se asoma con un café en su mano y perfumada hasta la última parte de su cuerpo, todo su aroma inunda mi despacho.

– Aquí tiene, Señor Trumper.

– ¿Podrías dejar de perfumarte cada media hora? – Muevo mi café, espero que esta vez tenga dos cucharadas y no dos cucharadas y media.

– ¿Le molesta?

– Sí, lo hace, – se gira dándome la espalda y dispuesta a hacer otra de esas salidas para llamar mi atención – Annie.

– ¿Sí, Señor Trumper? – Esa sonrisa falsa con dientes perfectos acaba de ponerme de muy mal humor.

– Ven aquí. Y bloquea la puerta por favor.

Esa sonrisa más radiante hace que tenga ganas de vomitar, ¿sonríe porque sabe que va a arrodillarse? No comprendo a las mujeres que tienen que ser folladas para ser felices. Annie se pasa toda la mañana limándose las uñas con cara de perro y cuando la follo puede ser la mujer más feliz del mundo. Claro, el follarla y luego el comentarlo con el resto de las mujeres. Este lunes no iba a ser menos, sé que hay una apuesta en el departamento de divorcios sobre sí follaría todos los lunes del mes; y dado que llevo tres de cuatro, voy a por el cuarto porque hoy me quiero repetir a mí mismo que estoy de muy buen humor.

Camina hacia mi mesa después de cerrar la puerta. No quiero sorpresas inoportunas como ya me ha pasado en más de una ocasión, el iluso de mi hermano pequeño entrando como si fuera el rey y pillándome en plena acción; lo peor de todo era que el muy cabrón no se sorprendía e incluso me animaba para que continuara delante de él. Cuando ha rodeado la mesa se ha quitado los tacones y se ha desabrochado otro botón de la camisa, se digna a sentarse sobre mis piernas creyéndose que tiene vía libre para hacerlo. La tiene, por el simple hecho de que estoy caliente y un polvo es mucho más satisfactorio si le das libertad a la otra parte. En mi caso, me cuesta, pero lo intento al menos.

– Señor Trumper, – tengo que ver cómo su cara codiciosa emerge de la nada – ¿le apetece un masaje? Hoy está tenso.

– ¡Arrodíllate!

¿Por qué hablará? Iba a darle el privilegio de que saltara encima de mí, tantos saltos hasta que malditamente se corriera sobre mí, pero ha tenido que hablar y lo ha jodido todo. No voy a decir que no a Morgan, sé que está más capacitada para el puesto y dicen que es buena con la boca, y si lo es, trabajará para el jefe.

Se arrodilla no tan a su pesar porque ama poner sus labios en mi erección y además, sabe mantenerla en alto. Sí sé algo sobre mujeres, es que hacen lo imposible por ponernos a cien y trabajar duro en ello. Annie en este aspecto es la mejor. Apoyo mis manos sobre la mesa dejando mis brazos en el aire para que ella trabaje en mis pantalones, ella sabe lo que quiero una vez que le comunico que se arrodille. Y a partir de ahora, la vida de un hombre entra en acción; cierras los ojos, gimes cuando sientas su boca sobre la piel y te imaginas a otra mujer.

Que me haya quitado el cinturón sin haber luchado más de quince segundos es un éxito. Otras hubieran bajado la cremallera, pero ella no, y como una mujer fácil, lleva un año trabajando muy bien con mi ropa. Cuando muchas de mis empleadas se dedican a trabajar por lo que se les paga, ella se dedica a estudiar la marca de mis complementos buscando la manera de cómo hacerlo rápido. Y bruscamente, tal y como me gusta, siento arder mi erección por el contacto de su boca, no tengo ni que tocarla cuando cierro los ojos para imaginarme el rostro que siempre llevo en mi corazón, ese que hace correrme tantas veces me dé la gana. Abro los ojos de inmediato porque me acabo de enfadar, no puedo imaginarme el mismo rostro y más sabiendo que no volverá, ¡maldita sea!, ¿cómo voy a malditamente seguir adelante si no puedo correrme a gusto con otra mujer sin tener que pensar en ella? Aparto su cara con delicadeza de mi erección.

– ¿Qué ocurre?

– Abre un poco la puerta y vuelve aquí.

Que no quiera correrme pensando en otra no quiera decir que deniegue el placer que estoy recibiendo. Le digo que abra un poco la puerta

porque quiero que entre el aire, estamos en primavera y se va notando como sube la temperatura a pesar de que mi despacho posee la deseada. Vuelve a arrodillarse, ya sabe lo que le toca porque no es la primera vez que lo hace, se introduce más atrás en el hueco de la mesa y continúa masturbándome con su boca; lenta y pausadamente, sabe que no quiero correrme todavía.

Me gustaría acabar con dos folios antes del almuerzo mientras la cabeza de Annie trabaja debajo de mi mesa y llevándome bien lejos de un orgasmo, pero con un placer nada desechable para un hombre con necesidades. Le agradezco lo que hace cuando pongo una mano sobre su cabeza y le acaricio de vez en cuando instándola a que se siente para que cambie de posición; como acaba de hacer, no sé cómo lo hará pero está sentada mientras disfruta de la erección que tanto ansía. Va a pasarse horas contando esto en el departamento de divorcio y de asuntos sociales, las mujeres hablarán de este lunes divulgando una nueva apuesta.

Los fuertes golpes en mi puerta abierta hacen que Annie frene para escuchar la voz ruda de la mujer que está entrando en mi despacho. Ya la conoce y continúa chupando.

Yo, sin embargo, me quito las gafas haciendo un descanso, no consigo llegar al folio trescientos y la culpa es mía por ponerme ese límite. Ella, medio hombre, me cae muy bien y también a Nancy, no sé por qué, últimamente me fío de mi cuñada mucho más desde que sé que es una luchadora y ha mantenido enderezado a mi hermano.

– ¿No estás ocupado, verdad?

– Adelante Bibi, entra y siéntate – por ser medio hombre, no voy a permitirle más de la cuenta, ni que ponga su jodida zarpa sobre mi mesa – ¿a qué viene tu visita, medio hombre?

– Cómo vuelvas a llamarme medio hombre te meteré la lengua por el culo, sabes que lo haré, – saca un paquete de tabaco encendiéndose un cigarro – ¿fumas?

– No. Un Trumper no fuma, solo folla.

Me acuerdo de Annie y acaricio su cabeza, debe de estar desesperada para hacer esto, pero como ya le he dicho, que se niegue si no quiere complacerme. Yo no la estoy obligando.

– Hablando de follar, tu hermano Bastian no deja a Nancy salir de casa.

– ¿Por qué les mezclas hablando de follar?

– Porque jodidamente necesitaba hablar con ella, la he llamado a todos los números y Bastian me ha cogido la llamada del teléfono de casa diciéndome que la ha follado tan duro que se acaba de dormir. Dice que las niñas están durmiendo después de haber comido y que luego la sacará a cenar para que se le quite la idea de salir de casa. Bueno, la necesitaba. Estoy aquí para que medies.

Deja escapar el humo de su boca, estoy distrayéndome, la palabra follar ha hecho que quiera follar y me la ha vuelto a poner dura, Annie tiene una boca impresionante, si tan solo pudiera estar así, callada, sin decir ni una palabra, podría incluso, hasta llevarla a cenar también. Pero nunca lo hago, quedo con ella, se pide algo para comer y yo solamente espero para follarla mientras me bebo una cerveza.

– ¿Por qué malditamente debo de mediar? Ve a su casa, ya sabes dónde están.

– Porque tu hermano cortaría mis ovarios. Tengo llamadas perdidas de ella y las he visto esta mañana, probablemente esté pidiendo ayuda para lidiar con Bastian. Hoy también la necesitaba, nos necesitábamos mutuamente, pero ella habrá discutido con Bastian toda la mañana, habrán follado y ahora estarán en calma toda la tarde. Pero necesito a Nancy ahora mismo.

– Repito, ve a su casa.

– Repito, tu hermano corta mis ovarios. ¿Qué te pasa de todas formas? Tengo problemas en el paraíso y Nancy es la única que puede ayudarme, necesito hablar con ella urgentemente y como luego se la lleve Bastian no podré dar con ella hasta mañana. La quiero hoy.

– ¿Qué…? – Joder, esa boca Annie – ¿qué problemas?, ¿puedo ayudar en algo siempre y cuando no sea establecer algun tipo de contacto con las lesbianas a las que os follais tu mujer y tú?

– Ese es mi problema. Mi mujer me pone los cuernos.

– ¿Diane? Conozco a Diane como la palma de mi mano y ella no lo haría.

Diane fue mi primer polvo cuando mi hermano entró en la universidad, yo tenía dieciséis años y ella ya era lesbiana, creo. Para que a mi hermano le cayera bien tenía que ser una buena tía, y dado que yo era una hormona andante y sus tetas eran gigantes, ella fue mi primera, la primera de muchas y eso nunca se olvida, aunque yo lo haya hecho ya. Desde entonces, hemos luchado juntos cuando mi hermano era todo un ser despreciable, es una de mis mejores amigas y si tengo que poner una mano en el fuego después de ponerla por mis sobrinas y mi cuñada, ella se lleva el premio.

Daría mi vida por decirle a Annie que vaya más rápido, que deje de torturarme tan sensualmente, pero acabaría la propia fiesta que me estoy montando con mi secretaria. Bibi quiere levantarse para tirar el cigarro por la ventana, pero saco un cenicero limpio del cajón que uso para los fumadores en las reuniones que hago aquí. Lo apaga de una manera brusca porque está enfadada y me mira a los ojos directamente como si fuera la solución a sus problemas.

– Sebas, llama a tu hermano y distráele mientras hablo con Nancy.

– No me hablo con él. El viernes volvieron a usarme como canguro mientras ellos se acostaban.

– Me da igual, llámale. Nancy pondrá un punto de cordura a mi vida.

– ¿Por qué piensas que Diane te es infiel?

– Porque ella ha contratado a una nueva chica en el laboratorio, que casualmente, es joven, bonita y que casualmente, se lleva a almorzar a diario. Ella dice que solo quiere hacerla sentirse bien en su primer mes trabajando y yo digo que una mierda, ella me acusa de que no quiero tener hijos y ella se la folla. Punto y final.

Con mis manos sobre la cabeza de Annie, aprieto mi estómago en el borde de la mesa pensando en donde está el jodido problema de este matrimonio cuando tengo una boca a punto de hacer que me corra dentro de ella. Muerdo mis labios, hace un calor tremendo y quiero malditamente terminar de correrme, lo acabo de decidir.

– Bibi, ahora no es un buen momento. Tengo un caso en el que trabajar antes del almuerzo, espera por la llamada de Nancy o…

No sé porque digo nada cuando ya está llamando a Bastian desde el teléfono de mi despacho, echo mi espalda hacia atrás acercándome más a la mesa para que no vea que Annie va trabajando en muy buena dirección, ralentizándola con mis manos sobre su cabeza cada vez que se emociona demasiado.

– Bastian, soy Bibi. ¿Y Nancy?

– ¿Y mi hermano? – Activa el manos libres.

– Aquí. Ella está en mi despacho.

– Ya te he dicho que no molestes, está durmiendo – oímos un fuerte golpe y a mi hermano riendo – pensaba que lo estabas.

– Dame el teléfono Trumper o te juro que voy a hacerte dormir en el sofá para el resto de tu vida.

– Es Bibi, se ha obsesionado contigo. Quiere follarte Nancy, no hablarás con ella – oímos otro golpe fuerte, esta vez se han roto cristales – ¡no vuelvas a lanzar nada sobre mi cabeza!

– Todavía tienes el teléfono en tus manos cariño, ¿me lo das?

– ¿Por qué te cuesta tanto ser educada? Si tan solo me lo hubieras pedido con amabilidad – ahora oímos como mi hermano ha azotado el trasero de mi cuñada, son los dos iguales, discuten, gritan y se aman más que ninguna otra pareja en el mundo.

– ¿Bibi?

– Nancy, ¡por fin! Tengo el altavoz puesto, Sebas está aquí.

Y Annie si pudiera decir algo, no es la primera vez, aunque sí la primera vez que oye una llamada privada y se está tragando el líquido seminal que precede a mi eyaculación.

– ¿Qué pasa? – Dice en alto pero susurra algo que no entendemos – ¡deja mis pechos Bastian!

– Te necesito Nancy, urgente, código negro, rojo y de alarma nacional.

– ¡Oh Dios mío! ¿Quién es la otra? Llamo a Rachel, a las gemelas y le pateamos el culo.

– ¡Tú no sales de casa! – Gruñe mi hermano.

– Quisiera hablar contigo primero, ¿puedes venir al centro o voy al paraíso Trumper?

– ¡No vengas!

– Está también es mi casa, Bastian, – susurra mi cuñada a mi hermano – venid a almorzar los dos, íbamos a recoger a Sebas de todas formas, así que podemos comer en casa, será más fácil con las niñas porque Lorain se ha marchado hace rato y mis suegros están con mis padres.

– Vamos hacia allí – confirma Bibi colgando la llamada, levantándose esperando a que yo lo haga.

– Todavía tengo que trabajar, no sé tú, pero yo tengo mucho que hacer.

– Entonces, señor perfecto, voy de camino. No quiero molestar al marqués – me hace una reverencia y si pudiera le lanzaría algo a la cabeza pero voy a echar el mayor polvo de cualquier lunes, este imprevisto ha hecho que hasta desee a Annie, nunca me había pasado.

– Iré en cuanto acabe. Lidia con Bastian y así me dejas el terreno preparado.

– Lidia tú con él. Meteré a Nancy en una habitación y hablaremos, él que se quede con sus hijas o que salga a darse una vuelta. Se ha vuelto insoportable – camina hacia la puerta.

– Es feliz, no es insoportable.

– He visto a dos Trumper ser felices, y los dos que he visto son absolutamente y completamente insoportables. Celosos, posesivos, humillantes, egocéntricos e inaguantables. Me largo de aquí.

Y tan rápido como cierra la puerta acaba de bajarse mi erección cuando más excitada se encontraba. ¿Por qué malditamente me cae bien?

Porque ella es lesbiana y amiga desde que era un adolescente ¿Por qué malditamente la odio ahora? Porque ella es lesbiana, amiga desde que era un adolescente y sincera como el infierno. Sí, ha tenido que regañarme como siempre lo hace, metiendo el dedo en las heridas abiertas de mi corazón, acusándome de que una vez estuve enamorado y todo se fue a la mierda. Odio a Bibi, está en mi lista de mis peores amigos en este jodido momento.

Arrastro mi silla apartándome de la boca de Annie. Frunzo el ceño intentando evaluar con desagrado el desastre en el que me he convertido, dándome cuenta que tiene su boca llena de la eyaculación que he debido de soltar en algún momento determinado mientras Bibi estaba hablándome.

– Ve al baño y ponte a trabajar.

– Pero…

Inyecto mis ojos en los suyos retándola a que abra esa boca suya repleta con mi liberación. Accede saliendo del pequeño habitáculo donde se encontraba y se va de mi despacho contoneando sus caderas cerrando la puerta tras una mirada de odio hacia mí. Bien, que me odie si quiere, no voy a complicarme con las mujeres, ellas son un punto y final en mi puñetera vida.

Me olvido de ir a almorzar a casa de mi hermano, le escribo un mensaje desconectando el móvil para la familia y silenciando el del trabajo, con un poco de suerte, puedo trabajar en paz mientras me lamento por mi pasado.

Annie toca a la puerta en determinadas ocasiones conforme pasa la tarde, la ensalada de pollo que me ha traído para el almuerzo ha sido decepcionante y ahora le he tenido que confirmar a mi madre que voy a cenar a su casa. Tengo que recoger los pasteles que me habrá dado Nadine y también, ¿por qué no?, a que me siga regañando porque yo no tengo una esposa e hijos. ¡Pues no madre, maldita sea, ya me gustaría a mí!

Desplazo los papeles de un lado a otro, buscando el dossier de la carpeta naranja, el que he leído hace un rato después de haber discutido con el Fiscal de Ciudadanía, se piensan que yo, Sebas Trumper, soy la jodida solución a sus problemas. Qué porque sea el hermano de Bastian voy a

convencerle de que ceda en los terrenos del parque para la edificación de edificios, ¿y qué me importa a mí? Qué se peleen ellos y me dejen en paz. Estoy cansado de tener que mediar entre unos y otros, bastante tengo con mi trabajo, con ir al Ministerio, al Senado y encima de todo tener a los corresponsales de la alcaldía tocándome los huevos día tras día.

– ¡ANNIE! – Grito a esta estúpida – ¡ANNIE!

– ¿Señor Trumper?

– ¿Dónde está la carpeta naranja? La tenía en mis manos cuando has dejado la ensalada sobre mi mesa.

– No lo sé.

Me ciego buscando la carpeta, está el dossier más importante para el caso en el que estoy trabajando. Sus manos chocan con las mías removiendo la misma mierda de papeles, pero en cambio, ella lo hace con una sonrisa.

– ¿Qué te hace tanta gracia?

– Me gusta cuando frunces el ceño – su sonrisita de pajarito hace que pare en seco y la mire a los ojos, ¿qué le gusta que frunza el ceño?, ¿quién se ha creído que es?

– Annie, sal del despacho.

– Señor…

– ¡SAL DEL MALDITO DESPACHO!

Arrastro mi silla estrellándola contra la pared del fondo en un rápido movimiento. Como siempre, se pone a llorar y con un aire de diva gira para salir del despacho, una salida triunfal, así las llamo yo. Antes de que llegue a la puerta trago saliva, intento no pagar mi frustración con ella en este lunes tan normal que estoy viviendo. He prometido que hoy será diferente y eso intento, no estar de mal humor. Avanzo más rápido que ella para cerrar la puerta y esperar a que se choque contra mi cuerpo, está llorando a mares, una buena táctica de las mujeres que les sirve para lograr una infinidad de cosas absurdas como cariño, atención, objetos materiales o un coche nuevo.

– Deja que me vaya Sebas – choca sus puños contra mi pecho sintiendo cosquillas con su intento de golpes.

– Annie, hoy, estás, malditamente, tocándome, los, huevos.

– Estoy cansada, ¿sabes?, cansada de tener que aguantarte, de que me trates como si fuera una muñeca a la que follar cuando quieras.

¡Joder! No me equivocaba, una mujer llorando equivale a una táctica. Resoplo tranquilamente haciendo caso a las respiraciones que mi cuñada me obliga a hacer cuando ella se enfada con mi hermano. Respiro hondo oliendo una flor y soplando una vela, o en mi caso, una piel suave hasta erizarla. Empujo amablemente a mi secretaria hacia la mesa sobre la que se sienta sin ningún inconveniente, seca sus lágrimas con la manga de su camisa blanca manchándola con la porquería que se pone en la cara. Me da asco mirarla. Sin embargo, accedo a que pare de hacer la escenita que se está montando para hablar tranquilamente con ella.

– Si estás cansada, ¿por qué diablos trabajas para mí? – Me cruzo de brazos por no tocarla y apartarla cuando quiere agarrar mis caderas para apretar su cuerpo contra el mío. No, gracias.

– Sebas, amor, ¿es que no lo entiendes? Yo te amo, te amo mucho y tú solo me tratas como un caniche de dos mil dólares – ¿qué mierda se yo el valor de un caniche? – Últimamente me tratas mal, ¿qué he hecho yo para merecerme esto? El viernes ibas a llevarme a un restaurante, te confirmé la reserva y la hora, dijiste que sí estarías allí y me quedé sola esperando por ti.

– No tengo por qué darte explicaciones.

La verdad sigue siendo la misma, se me olvidó por completo cuando salí después de haber estado con mis sobrinas. Tras la desfachatez de mi hermano y mi cuñada, cenamos, hablamos y acabamos bastante tarde la velada, para entonces, yo ya me había olvidado de que ni siquiera había quedado con ella para cenar. ¿Cenar? Ella me habría engatusado de cualquier modo para que yo accediera a llevarla, me habría prometido algún polvo sensato, porque ni por todo el oro del mundo llevaría a Annie a cenar cuando puedo follarmela aquí tantas veces me dé la gana.

– ¿Por qué me tratas así? Llevamos juntos un año y…

– Eh, no vayas por ahí – retrocedo nuevamente, estas conversaciones me las conozco y las odio – el que te haya contratado para que ejerzas tu trabajo como mi secretaria no te da ningún derecho a exponerte ante mí como lo haces. Yo te dije mis requisitos, te expliqué por activa y por pasiva cómo iba a ser tu relación conmigo, accediste a firmar el contrato. Sí, con los puntos básicos y la opción de marcharte cuando te plazca. El que follemos no estaba estipulado, pero tampoco me niegas los polvos que nos echamos en la oficina.

– ¡Sebas!, ¿por qué hablas así? Yo te lo he dado todo, este año ha sido maravilloso, he aguantado todo de ti, que me grites, ignores, regañes y…

– ¡Se acabó Annie! – Me acerco a ella para zanjar esta mierda de una vez, levanto su barbilla con mi dedo intentando no tocarla demasiado porque aún aprecio mi camisa blanca – hoy eres afortunada y mucho, estoy de buen humor, no me voy a enfadar por tus desfachateces y escenas efusivas, por no hablar de la falta de respeto constante a la que me sometes y finalizando por tus logros intrínsecos con tu boca.

– ¿Qué? Tú me has pedido que me arrodillase, yo…

– Tú, cada puta vez que te ordeno que quiero follarte o quiero usarte como una muñeca, debes de decir malditamente que no.

– ¿Tengo que decirte que no para que me ames? No entiendo – mueve su cabeza asombrada porque no sabría concordar más de dos frases seguidas sin perderse en la primera coma.

– Lo que quiero decirte es que como vuelvas a incumplir tu contrato, Morgan tendrá tu puesto. ¿No son esos los rumores que corren entre vosotras? Pues manda este mensajito a las mujeres que no paráis de murmurar a mis espaldas, tú trabajo depende de un hilo y ten suerte que hoy no estoy enfadado. Ahora recoge tus cosas y vete a casa, mañana ya sabes lo que tienes que hacer antes de las ocho.

Sigue sin comprender lo que quiero decirle, aunque tampoco voy a molestarme mucho en explicárselo porque tardaría siglos. Se baja de la mesa lentamente dudando de esta pequeña conversación, si tiene mi corazón y mi amor, o si mañana vendrá Morgan a suplantarla. Introduzco

las manos en mi bolsillo viendo la escena deprimente de una chica que quiere amarrar a un Trumper, llevarlo al altar y darle hijos. Avanza dos pasos y yo dirijo mis ojos a las piernas por las cuales no le hice muchas más preguntas en su entrevista de trabajo. Su cuerpo es un palo, sin caderas, sin curvas, sin trasero, feo, seco, recto y horrible, pero sus piernas pueden aderezarse a mi cuerpo cuando estoy dentro de ella y mi clímax es mucho más satisfactorio. Mi interés en Annie es puramente sexual, un juguete con el cual divertirme en mis horas aburridas cuando tengo que venir a mi despacho. No me preocupa o interesa como me ve ella, si disfruta del sexo o no. Sabe que para mí es una distracción en el trabajo, que es una follada segura y esta mujer que se va lentamente cerrando la puerta es fea en todos los sentidos, físicamente y mentalmente.

Los ruidos sonoros de desconcierto se desvanecen cuando desaparece por el ascensor y la paz reina en mi despacho. Las salas de oficinas continuas están vacías, solo vienen algunos de mis trabajadores esporádicamente cuando no están trabajando fuera en las instituciones públicas. Por fin puedo sentarme y relajarme antes de dar por finalizado mí día, no he podido avanzar mucho en el caso que estoy trabajando pero lo dejaré para casa, allí tendré la calma absoluta en la que mejor me desenvuelvo.

Introduzco las carpetas en mi maletín tras haberle confirmado a mi madre a qué hora iba a llegar para la cena, ella puede preparar los mejores asados del planeta pero cuando tiene a sus nietas consigo se olvida de sus hijos y a veces tenemos que servirnos la comida nosotros mismos. Un punto menos madre, ya te lo haré saber cuándo deje de estar frustrado con la humanidad por ser un desgraciado en la vida y en el amor.

La puerta se abre rápidamente encontrándome a una mujer que casi me ha matado de un infarto, mi hermano lo ha tenido y perfectamente he podido heredar el mismo problema. Cierro el maletín mientras ella se adentra con pasos agigantados, si no la conociera pensaría que iba a golpearme bien fuerte por haberla desobedecido.

– ¿Qué le has dicho a mi mujer?

– Absolutamente nada.

Agarro mi chaleco abrochándomelo mientras los ojos de Diane quiebran en mi interior, sí que me podría imponer un poco de respeto, pero sé que todo lo que tiene de mujer lo tiene de humildad y por eso no doy una mierda por ella hasta que no se calme.

– Ha venido a verte para que le aconsejaras que me divorcie de ella.

– No he hablado con ella de eso.

– Bastian me ha dicho que es lo que todos pensáis.

– ¿Qué? – Quiero reírme, si tan solo mi alma estuviera curada podría dedicarle una sonrisa. Mi hermano es un cabrón, un cabrón liante – te habrá gastado una broma, mi hermano está enfadado contigo y con Bibi.

– ¿Por qué? – Reajusto la americana sobre mis hombros.

– Porque piensa que vosotras molestáis a Nancy con vuestros problemas, ya le conoces.

– ¿Entonces ese Trumper me ha gastado una broma? Se va a enterar de quien soy yo – golpea el bolso contra la mesa. Desconozco que llevan las mujeres ahí adentro, solo sé que es mejor no preguntar según la leyenda.

– Bibi ha venido porque quería hablar con Nancy proponiéndome que sea su intermediario ya que Bastian no la deja salir. No puedo contarte mucho más, han estado hablando y mi hermano se ha enfadado conmigo porque estoy de vuestro lado y no de su parte.

– Si quería hablar con Nancy es mucho más serio de lo que me creía.

– Tú sabrás – agarro el maletín haciéndole un gesto con la cabeza para que vayamos saliendo, los ruidos de sus tacones resuenan firmes porque está enfadada. Mientras esperamos al ascensor la miro de reojo y el cómo está murmurando – ¿va todo bien Diane?

– Creía que me llamarías para conocer mi versión.

– En mi defensa diré que desconozco el problema total, pregúntale a Nancy, ellas han estado hablando toda la tarde hasta que mi madre ha ido a recogerles para cenar esta noche.

– ¿Ella va a cenar a casa de tus padres?

– No, ya sabes que Bibi no se lleva muy bien con mi padre. Además, no solemos llevar amigas, solo a nuestras elegidas.

– La vida es una mierda Sebas, – apoya la cabeza en el cristal del ascensor mientras descendemos – estoy enamorada de Bibi, pero como continúe con la crisis de los cuarenta vamos a tener serios problemas.

La misma crisis que le tocó a mi cuñada vivir con mi hermano cuando estas navidades cumplió los cuarenta. Me río interiormente porque ellas también la están pasando y debe de ser un horror, ya llegaré allí, supongo. Lo que me gusta de Diane es que nosotros no necesitamos muchas palabras para entendernos, y con ella, me expreso de igual modo hablando como si no. Por eso, una vez que estoy dentro del coche en el parking y salgo a la calle, veo cómo me sigue haciéndome una señal con las luces, nos vamos a tomar una copa y mis deseos de ir al gimnasio ha fracasado totalmente.

Una vez sentados y con una cerveza encima de la mesa, ella tiene la mirada perdida como si de verdad estuviera teniendo problemas en su matrimonio. Si fuera otra pareja me importaría una mierda, pero tratándose de una de mis mejores amigas hago lo que sea porque estén bien.

– Habla.

– Puede que le haya sido infiel – dice en un susurro, mi corazón se encoje como si lo estuviera viviendo en primera persona, solo hay dos parejas en la que no concibo una separación, una es la de mi hermano mayor y mi cuñada, y la otra es la de mis amigas.

– ¿La chica nueva?

– No. Ese es el problema. Roxane.

La ex de William, el hijo de puta que metí en la cárcel por ser un estorbo para mi familia. No verá la luz del sol en muchos años y esa noticia puede ponerme de muy buen humor, que mi cuñada Nancy pueda dormir en paz con su marido vale más que mi propia vida. Además de imaginarme la nueva faceta de Roxane como lesbiana, pienso en las veces que han estado follando entre ellas y deduzco, o se me escapa, la fiabilidad verídica de los hechos.

– ¿Sola?

– Sí.

Entendido. Eso quiere decir que cuando follan entre ellas lo hacen juntas, por lo tanto es permisible porque el matrimonio disfruta, si lo hacen a solas, creo que es infidelidad. No lo sé, ni lo sabré. No nos educaron a mis hermanos y a mí para deshonrar a una mujer, a nuestra mujer por otra pasajera de no más de veinte minutos.

Evalúo un gran problema aquí, aunque sentencio que mis deducciones son correctas.

– Bibi no lo sabe – susurro en voz alta.

– No. Lo sabrá cómo siga con el cuento a todo el mundo. Anoche ya me dijo que hablaría con Nancy, que ella pondría una solución a nuestra relación.

– Los consejos de mi cuñada deben de ser buenos cuando todas acudís a ella.

– Aguanta a un Trumper, la pobre no puede estar peor. Ve las cosas diferentes. Me ha llamado hace un rato explicándome que han estado hablando, le ha aconsejado que nos tomemos unos días para nosotras, para hablar, recuperarnos e intentar arreglar cualquier problema.

– Sí, esa es mi cuñada.

Una copia exacta de mi madre como siga viéndola a diario. Ella deja entrever que debería salir a divertirme más, conocer chicas, sonreír y establecer nuevas amistades, con mujeres. Quiere emparejarme y la pobre no se da cuenta de que es imposible, el encierro la está volviendo loca. Sí, como si hubiera alguien para mí. Ya di mi corazón y lo estrujaron hasta derramar la última sangre muriendo con el último latido que dio por ella, la que tuvo el valor de destrozarlo a su antojo, la única que viene a mi mente cada treinta segundos porque la echo de menos, porque no puedo superar la ruptura y porque no habrá otra mujer para mí. Yo ya escogí, lo hice mal y tengo que pagar el pecado de haber fracasado. Es lo que le intento explicar a la buena de mi cuñada que quiere poner mi trasero en todos los clubs del mundo para que pueda conocer a mujeres. Insensata.

– Sebas, ¿estás aquí?

– Sí – bebo un sorbo de cerveza, esto matará el hambre, conociendo a mi madre, no cenaremos hasta las diez por lo menos.

– ¿Estás bien?

– Sí. Lo estoy – Diane pone una palma sobre mi brazo, la miro y sabe que la tiene que retirar lentamente, no me gusta que me toquen, que se acerquen, que me hablen o me abracen. Ya tengo que aguantar a mi cuñada cuando me ve serio, no lo finjo, es que me hicieron ser así – lo estoy, de verdad. Dame tu versión.

– No importa, ya arreglaré las cosas con mi mujer. Nunca te había visto como hoy, estás, como… no sé.

– ¿A qué te refieres? – Eso va a tener que explicármelo, me va a divertir, estoy bien.

– Parado, estancado. Como si estuvieras en trance hacia algún lugar. ¿Has comido?

– Sí. Es solo un caso, estoy trabajando en algo que me tiene ocupado todo el día.

– ¿Desde cuándo no sales? – Ella bebe más ferozmente que yo, siempre que nos vemos, hablamos más de mí que de ella y odio que use sus tácticas para que acabe cediendo a sus preguntas.

– Salgo a diario.

– Me refiero al otro tipo de salidas.

– La semana pasada. Estoy bien, Diane. Un poco cansado.

– ¿Ella de nuevo?

Mierda. ¿Por qué sabrá leerme? Por cosas como esta evito a mi cuñada, porque me mira a los ojos y sabe cuándo estoy bien, y cuando estoy mal. Y ahora, no estoy en mi mejor momento del día. Al caer la noche cuando salgo del trabajo, es cuando extraño tener a alguien esperando por mí, en casa o en cualquier otro lugar. Dedicarle mi tiempo al completo a la única que tenga el valor de aguantarme para el resto de su vida. Poder llevarla al centro comercial, cenar fuera, dar una vuelta o hacer lo que

cualquier matrimonio normal hace, meterse dentro de la cama y hablar de cómo ha ido el día en el trabajo. La echo de menos, hoy más que nunca porque hace cinco años y dos meses que me dejó plantado con un anillo dentro de mi bolsillo.

Ese pensamiento me pone firme, hace que mi espalda adopte la postura que estaba dejando caer lentamente y vuelvo a la realidad. A mi realidad.

– No. Todo va bien.

– Cariño – ladea su cabeza, odio que lo haga – encontrarás a una mujer, sé que adoras a tu cuñada, a tus sobrinas y…

– Las amo, a mi cuñada y a mis sobrinas – declaro firmemente.

– No somos ciegos, vemos tu anhelo cuando estás con ellas. Admirando a tu hermano por haber conseguido lo que nadie creía.

– Les deseo toda la felicidad, la mía inclusive, se la regalo.

– Sebas.

¡Joder! Si hubiera sabido que esta charla de matrimonio en apuros iba a convertirse en una para lamentar la pobre vida de Sebas, hubiera puesto mi trasero en el gimnasio y no estaría aquí sentado, bebiéndome una cerveza y anhelando tener la misma vida que la de mi hermano. De todas formas yo no tengo que lamentar, ni mucho menos anhelar, doy mi vida por las tres mujeres de mi hermano. Yo no quiero una mujer y dos hijas, no quiero nada porque eso no va a pasar. Ya pasé todas las fases posibles, en cinco años he tenido cero parejas, cero intereses en mujeres y cero esperanzas en un futuro porque vivo feliz en la soledad, en el dolor y tristeza. No puedo sobrevivir a una mujer más de lo estipulado en cuanto a sexo se refiere, tal vez, tal vez solo necesite follar para quitarme esa idea de la cabeza.

– Tienes razón – ella sonríe, tengo que recordarme a mí mismo que es mi amiga y no una mujer cualquiera, odio darle la razón a una mujer – necesito follar.

– Te conozco, lo sabía – sonríe.

– No preguntes entonces.

Me levanto dejando un billete de veinte sobre la mesa, regalándole un gesto de complicidad moviendo el pelo de su cabeza y marchándome del bar donde nos encontrábamos. Así suelen ser nuestras citas inesperadas cuando no las tengo programadas, acabamos diciéndonos poco en grandes significados de nuestros contextos. Le ha bastado preguntarme por ella de nuevo para negárselo y para acabar diciéndole lo de siempre, follar es lo único que me mantiene con vida. Y mis chicas, siempre estoy con mis sobrinas embriagándome con sus pequeños cuerpos, besándolas, abrazándolas y jugando con ellas. Las veo a diario porque en parte ellas me entregan ilusión, esperanzas y felicidad, lo anhelo. Todos lo ven, yo lo veo, y sin embargo, soy el pobre desgraciado que va a quedarse soltero para toda la vida. Veré crecer a todos mis sobrinos, seré su tío favorito cuando mi hermano les castigue. Ellos, todos ellos me hacen feliz.

Y ella.

Hoy quería dejar de estar jodido, quería por un día demostrarle a mi cuñada que podría no ser tan borde, tan severo y tan arisco con todo el mundo. Por eso he estrenado coche, he cambiado el color de mi traje y he sido un tanto amable con Annie, mucho más amable de lo que se merece. Pero ahora, conduciendo a través de la carretera con las luces de la ciudad dibujándome el camino de regreso al mismo lugar, me pregunto de qué sirve toda la mierda esa de intentar ser feliz. No puedo aparentar ser feliz porque no lo soy, no he visto una sonrisa en mi cara en años y no puedo aceptar bajo ningún concepto que ella no esté aquí. Cada noche, cada día, cada maldito segundo me acuerdo de ella, analizo que hice mal, dónde fallé o si la asusté de algún modo, quería hacer todo lo que estuviera en mis manos para remediar el problema porque ella era la elegida, mi mujer, mi futura esposa, ¡joder! Esa maldita noche iba a ser la Señora Trumper. ¿Y todo el mundo da una mierda por mí? Le agradezco a mi madre, a mi cuñada y a mis amigas, e incluso hermanos, que me animen a buscar a una mujer, pero les he dado una mierda como respuesta. Intento ser un buen hombre, ser más abierto, más dócil y no fastidiar a todo el mundo porque mi vida es una mierda. Logro con mi trabajo distraerme más del tiempo necesario, pero al fin y al cabo, ¿para qué? Todo vuelve al mismo punto de partida; llego a casa y ella no está.

Me abandonó y lo acepté, fin de la jodida historia.

Entro en el Golden Night como cliente habitual, recibiendo una reverencia por parte de la seguridad, y los ojos abiertos de las mujeres que no tardarán en echarse sobre mi cuerpo. Con la cabeza en alto, cruzo el club ignorando el hecho de que soy el hombre más buscado aquí, hombres, mujeres, todos quieren tener algún tipo de contacto conmigo. Llego sin problemas a mi asiento, un lugar que aclamé como mío en cuanto lo vi, me parece oscuro y siniestro, desde aquí tengo una buena perspectiva de todas las zonas, barras, pistas y escenarios contiguos que se mezclan en todo el local. No me llama nada la atención, ni siquiera Karina, que ya pone mi habitual copa sobre la mesa y espera una palabra de amabilidad por mi parte.

– Cariño, si no fuera porque llevo treinta años sirviendo copas diría que no deberías beber sin haber comido algo antes.

Ella siempre me dice lo mismo, quizás será porque cada vez que vengo no estoy en mi mejor momento anímico, como ahora. Trabaja aquí desde hace diez años, ella y sus tetas enormes operadas que me hicieron probarlas en una noche de borrachera en mis treinta, justo antes de conocer a mí… justo antes de enamorarme. Karina ha sido siempre algo más para mí, una madre, una tía o la típica persona que sabe decirme lo justo y necesario cuando no quiero que nadie me dirija la palabra.

– He comido una ensalada.

– No es suficiente niño, debes de comer más o la próxima vez no te serviré. ¿Hablamos el mismo idioma?

– Hablamos.

Karina se va satisfecha después de haber dado su punto aquí. No la culpo si no me sirviera, no sería la primera vez que me prive de alguna copa en mi propio club.

Echo un vistazo al regalo que recibí tras haberme graduado, Bastian ganaba millones de dólares por entonces y junto con un coche, pensó que un club nocturno me daría un segundo hogar que todos los hombres deberían tener. He disfrutado mucho aquí, sería tonto si no lo reconociera. He follado como el que más, he conocido a mujeres impresionantes y a

gente que lamería mi trasero por hablar conmigo. Las camareras han sido de mi elección, el diseño y en definitiva cada rincón de este club ha nacido de mí. Me he dedicado a mi carrera profesional, haber llegado al Senado y al Ministerio no ha sido tarea fácil para mí, pero con el paso de los años, los Trumper nos hemos hecho con un nombre en la ciudad y en parte se lo debo a mi hermano. Ahora miro mi club y pienso donde han quedado aquellos años dorados en los que solo me importaba follar a la primera mujer que se abría de piernas o hacer los concursos de camisetas mojadas para ver las tetas de las chicas. Todo, todo eso ha quedado en el olvido y como un mal recuerdo porque no sabía lo que era estar perdido hasta que la conocí. Y entonces, nada tuvo sentido para mí.

Sin mantengo este lugar, es porque en parte, no quiero desprenderme de mi pasado. Hay algo que me hace venir aquí y ella tiene mucho que ver.

El móvil no deja de vibrarme en los pantalones, no le ha debido de gustar el mensaje que le he enviado hace cinco minutos. Declino la llamada bloqueando el móvil y silenciándolo porque no quiero escuchar a mi madre ahora, sus consejos por los cuales no como, no estoy cenando con ellos o por qué me aíslo tanto. Si lo hago es porque no quiero ser uno más. Me gusta estar solo, tener una vida en calma, plena, malditamente solo. No quiero a nadie a mí alrededor, no quiero ver las sonrisas de mi familia cuando no puedo sonreírles de vuelta, dejé de ser yo mismo hace cinco años y dos meses, y esta noche no estoy bien. El doble sentido de las palabras que me ha dicho Bibi han acabado conmigo, que Diane me haya preguntado por ella me ha hundido por completo. Absolutamente, estoy cayendo en el abismo porque cada día intento convencerme de que he vivido un sueño, y hoy, ellas, una vez más han hecho de mi falsa vida una realidad.

Ella ha existido y es real.

Bebo un sorbo de mi copa tragándomela hacia lo más profundo de mi estómago, sintiendo como me quema mientras se adapta a la temperatura de mi cuerpo. Me levanto susurrándole lo que quiero, Charles siempre está ahí, trabajando para acceder a mis peticiones cada vez que vengo. Me levanto con un semblante serio, como siempre, mirando cómo bailan las mujeres desnudas sobre los diferentes escenarios del club, como los hombres vienen aquí para follarlas, para mirar como lo hacen entre ellas y para restregarse

con las prostitutas que trabajan aquí. Devon tiene su propia mujer, su propia habitación y yo mismo le regalé una fiesta privada, y para mi propio ego le fastidié con una reunión a primera hora justo al día siguiente, ¡idiota!

Observo de arriba abajo a Miss Hawái, debería ponerse más tetas si quiere trabajar aquí, avanzando hasta llegar a Miss Polonia, revisando que sus tetas diminutas son exquisitas en su cuerpo, es perfecta tal y como es. Miss China me saluda señalándose la nariz, le di una buena cantidad de dinero para que se la operara y me enseña el fantástico resultado. Diviso a mis chicas caminando hacia mi destino, poniendo la mano en el hombro de mis fieles clientes, el club de los fracasados como les llamo yo, hombres que no tienen una familia que les espera en casa después del trabajo. Hablo con Miss Malibú, aconsejándola de que no debe de pelear con Miss Jamaica por la tarima más preciada, la de oro que se encuentra en el centro ya que allí se suben mis mejores chicas. Pronto les haré otro examen sorpresa para evaluarlas.

Atiendo como cada día a mi segundo trabajo, a intentar que esta pequeña familia se sienta lo más cómoda posible, que Sami, la mujer encargada de las chicas, les de lo necesario, sus sueldos a tiempo y los adelantos que ellas deseen con fines que yo mismo estudio. Estas mujeres, como todas, escogen estar aquí, son profesionales del baile y de la prostitución, no pongo un puñal en el cuello obligándoles a ello, pero si lo hacen, tienen responsabilidades y yo también con ellas, por eso, me encargo de que todo esté bien con la charla diaria de Sami, ex Miss Nueva York y retirada bailarina profesional.

– No, Miss Holanda dice que no viene a trabajar hasta que Miss Bélgica le pida perdón.

– ¿Por un maldito sujetador?

Estoy de brazos cruzados escuchando las quejas de mis chicas, Sami tiene mucha paciencia, pero también se vuelve loca con las peleas continuas que se originan por la envidia entre unas y otras. Ella siempre me dice que esta es su parte favorita del día, cuando me cuenta todo y por fin se va a dormir, intento calmarla e invitarla a una copa mientras apoyo sus decisiones como responsable de las mises. Ninguna de ellas lo son, por supuesto, para mí es mucho más fácil y original reconocer a mis chicas por

países o ciudades de cuyo nombre ellas se encargan de elegir. Miss Chicago es la que más problemas nos da porque no deja de retar al resto de sus compañeras, hay una larga lista de chicas que están esperando su renuncia y ella no deja de pavonearse como si se fuera a jubilar aquí. A pesar de que son mujeres y un mundo aparte, este club ha hecho de mí un nombre en la ciudad como Sebas, no como el hermano de Bastian. Aquí vienen a follar, como es lógico, pero la originalidad del diseño, de las mises y de las fiestas cada cierto tiempo, me hace ganar millones en un par de meses si gestiono bien los beneficios.

Despido a Sami con gratitud besándola en la cara y dándole la enhorabuena por su trabajo. Cuando la veo entrar de nuevo en los camerinos, me dirijo al escenario común donde unas diez chicas se abren de piernas en una barra al mismo tiempo, una idea propuesta por Miss Acapulco que nunca rechacé. Los hombres les dejan buenas propinas, dejan mucho dinero en el club pero nada me satisface tanto como abandonar esta área y seguir avanzando a la otra.

Mi retiro.

Entro en mi habitación privada no muy lejos de las del resto, no suelo venir mucho por aquí, normalmente las llamo para que vengan a algún hotel u otro lugar donde Sami no abra la puerta para contarme más problemas. La cama es grande, aquí cabemos más de cinco a la vez y ya he comprobado que incluso hasta siete entramos sin problemas. El resto carece de importancia para mí, las luces son alógenas, espacios oscuros y un baño con jacuzzi en el cual, también, entramos siete al mismo tiempo. Sonrío en mi interior porque la puerta se ha abierto, porque aquí solo follo a un tipo de mujer determinado, como mi mujer. Pronto, tras los cortos pasos que ha dado hacia mí, siento unas manos rodear mi cintura.

– ¿Estás jodido?

– Mucho.

No solemos hablar, pero mentiría si no he creado un vínculo con ella. Tuve que explicarle por qué ella, por qué estaría a mi disposición cada vez que la necesitara y por qué no el resto. El hablarle de mi mujer le hizo despejar más de una duda que sucumbía en sus pensamientos, estaba

sorprendida porque no suele ser el juguete sexual de un hombre como yo, normalmente la contrataban para reírse de ella mientras masturba a muchos hombres a la vez, desde que lo supe, ella es para mí y soy el único que la mantiene. La única que puede saciarme.

Me giro besando sus manos, admirando su sonrisa blanquecina por las luces alógenas, acariciando su cara mientras beso sus tiernos labios. Ella está feliz de verme y yo también por verla a ella, pero no se lo haré saber, le dije que no se enamorara de mí y hasta ahora, no me ha mostrado ningún indicio. Esta noche vamos a follar como le exijo, lentamente, pausadamente, disfrutando el uno del otro, lo haré tan despacio que dejaré que toque las estrellas y la traeré de vuelta a la Tierra.

Yo siento debilidad por follarla cuando ella aparece en escena porque sabe lo que quiero en cada momento, le pago para que me haga olvidar y por unas horas se lleva mis cinco sentidos. Hemos estado follando esporádicamente en los últimos cinco años, y aunque no solemos estar solos, si no muy bien acompañados, hoy la he pedido en exclusiva por muchas razones, todas ellas me llevan al mismo maldito problema del que no puedo desprenderme.

Ya sabe que estoy jodido, no es momento para charlas, consejos o habladurías que me distraigan de mi objetivo. Hoy necesito cerrar los ojos, dejarme llevar por la locura de mis recuerdos, perderme en mis pensamientos y ver el rostro con el que convivo día a día porque Jocelyn Harden me abandonó y yo sigo sin poder olvidarla.

CAPÍTULO DOS

Tengo dispersos los papeles sobre la cama del caso que estoy estudiando, anoche me quedé dormido en el club y esta mañana temprano he venido a casa para continuar trabajando. Ya he llamado a mi equipo confirmando mi agenda del Senado y del Ministerio, tengo una importante reunión mañana y hoy seguiré con la investigación que me tiene funcionando todas las neuronas que un Trumper pueda tener en la cabeza.

No son ni las nueve de la mañana cuando ya he tenido que soportar la bronca de mi madre por el desplante en la cena de anoche, a mi hermano mayor escribiéndome que su esposa es una libertina y a mi hermano pequeño que ha venido de un viaje relámpago a Nueva York. Si añado que las llamadas al móvil del trabajo no dejan de molestarme y que me siento

nervioso, podría decir que mi día no ha comenzado todavía y ya estoy a punto de asesinar a alguien.

Bebo café de la taza que todavía conservo desde hace cinco años, la única que me da las fuerzas que necesito para tener que aguantar a la gente que detesto. Me levanto voleando los dos últimos dossiers al otro lado de la cama, siendo imposible una concentración mínima cuando el móvil familiar me distrae cada treinta segundos porque las amigas de mi cuñada quieren presentarme a una mujer. Y ya estamos con el mismo problema como todos los días, esquivando todo el contacto posible con tal de no gritarles y mandar a todos mucho más allá de este maldito planeta.

Decido dejar de trabajar por unos momentos para pasearme por mi casa, la única que considero mía porque es la única en la que ella ha estado. No se puede decir que es grande porque desde el centro puedes verla al completo, al fondo una cama, un baño en la otra punta de la casa y una cocina que nunca he utilizado, pero que ella sí. Tengo un pequeño salón de estar, unas puertas francesas que dan a un pequeño jardín y nada más, no necesito extras cuando solo vengo a dormir. Antes me pasaba días y días encerrado con ella sin ningún requisito más que el de su aroma impregnado en mi cuerpo, en la actualidad, puede ser realmente agobiante si me quedo más tiempo del que debería. La moqueta blanquecina me hace cosquillas en la planta de mis pies, mi madre dice que una parte está deteriorándose y que debería cambiarla, yo digo que no doy un jodido cambio a esta casa porque me recuerda a ella, pueden quitármela de mi vida, pero nadie matará los recuerdos que aún respiran dentro de mi corazón.

Fijo mi vista en esos papeles, volviendo a la cama para meterlos en las carpetas, en el maletín y volver a mi despacho, allí al menos tendré a Annie que puede trabajarme con su boca si me siento agobiado como lo estoy ahora. Esta mañana tardo más tiempo del estipulado y lo estoy empezando a notar.

El móvil familiar suena, leo el nombre en la pantalla y descuelgo la llamada rezando para que no sea mi hermano.

– ¿No piensas ver a tus sobrinas?

– Nancy.

– No intentes distraerme.

– Nunca lo haría.

– Ven hoy.

– No lo sé.

– Dulce Bebé ha preguntado por ti.

– Dulce Bebé apenas balbucea nombres, solo me quiere porque le doy chocolate a escondidas.

– ¿Por qué no viniste a cenar anoche?

– No pude. Trabajo.

– ¿Trabajo del bueno o trabajo del malo?

Mi cuñada hace que quiera dedicarle una carcajada a través del móvil, si me acordara de cómo reír claro, desde que le conté que tenía el Golden Night siempre me pregunta cuando voy, si conozco a chicas o si me gusta alguien. Está interesada en mi vida sentimental desde que se marcó como objetivo que fuera el siguiente en encontrar a una esposa. Dice que tengo treinta y ocho años, que va siendo hora de dejar la vida nocturna y disfrutar la diurna, o ambas, pero con una esposa de mi mano. Ella sabe mi historia con Jocelyn, se la he contado millones de veces, incluso se compró una libreta de notas para apuntarlo todo y así estudiar mi caso, explicarse a sí misma porque me abandonó de la noche a la mañana cuando mejor estábamos. Una explicación que ni yo mismo entiendo al día de hoy.

– Trabajo del malo – no puedo mentirla.

– ¿Has visto las fotos?

– No.

– Mentira. Es guapa, ¿verdad?

– Paso. Tengo que trabajar.

– Sebas no…

Cuelgo la llamada o tendré que golpearla fuerte cuando la vea, y no precisamente de la forma en la que debería. Esta mujer es insaciable, nunca se cansa de querer buscarme una novia, una mujer que me aguante como

ella lo hace con mi hermano. Si tan solo se le metiera en la maldita cabeza que no quiero enamorarme me dejaría en paz. No quiero y no lo haré, se supone que el amor es único en la vida, ya lo he sentido, he fracasado y punto. No tengo que volver con la misma mierda porque soy un hombre de una sola mujer, esa mujer me ha rechazado, me ha abandonado y se ha llevado todo lo que sentía con ella, pasar otra vez por lo mismo con otra que no sea Jocelyn sería como retroceder y esperar a que me abandonara. Las mujeres lo hacen todo el tiempo.

Espero que mi hermano le ponga una mordaza y la haga callar de una vez, sé que lo hace con buena intención, que su marido no la deja trabajar, que esta aburrida en casa cuando no está haciendo de esposa o madre, pero que me tenga en su lista de prioridad como objetivo importante debe de acabarse. Me voy a poner serio con ella, me da igual que me lance cosas, que se enfade o que no me hable, ¡no quiero a una maldita mujer!

Resoplo mandando a la mierda los ejercicios de respiración que debía hacer cuando explotara por dentro. Hoy se ha acabado mi buena acción de querer ser un buen hombre, hoy les recomiendo a todo el mundo que se alejen de mi camino. Si me aíslo es porque malditamente me da la gana.

Marco el número de teléfono y espero que la muy tonta sepa darle al botón verde.

– ¿Señor Trumper?

– ¿Dónde malditamente estabas?

– Aquí, esperándole, todo está en orden pero no ha venido.

– Voy hacia la oficina, Annie, y te juro que como no estés sobre la mesa de mi despacho como deberías estar antes de las ocho hoy te mando a tu casa y te deniego la entrada a mi edificio.

– Sí Señor Trumper, le haré otro café, la ropa interior está sobre la mesa y cuando me avise Horacio de que sube a su despacho estaré disponible para usted.

– Bien.

Cuelgo la llamada terminando de guardar mis cosas, dejándolas en la entrada cuando oigo un coche aparcar delante de mi casa. Vivo a las afueras

de Chicago, cerca de donde vivía mi hermano Bastian y el que un coche aparque aquí quiere decir que alguien de mi círculo cercano sabe que no he ido a trabajar y que mi visible coche le confirma mi estancia aquí. Abro la puerta viendo como una torpe mujer se baja de su coche, dando brincos hacía mí mientras llora, bajo los hombros dejando de estar en tensión para recibirla con el cariño que se merece.

– Sebas, Señor Trumper, mi vida es un infierno.

Su agarre a mi cuerpo hace que me desestabilice retrocediendo hacia atrás, casi caemos al suelo si no llego a sujetarme al mueble. Miss Holanda reafirma su abrazo exigente, acaricio su cabeza calmándola porque no es la primera vez que viene a mi casa. Tal vez es la más sensible porque sus compañeras la hacen rabiar para que baile en las áreas menos solicitadas del club donde reubico a las que están a punto de dejar la profesión o el trabajo.

No digo nada porque así son las mujeres, necesitan de un hombre presente que sepa oírlas. He aprendido con los años que cuanto menos hables, más películas se inventan en la cabeza y menos errores cometes con lo que quieren escuchar. Me siento en el sofá con ella sobre mí, dejando que sus sollozos continuos sequen pronto si quiero ir a trabajar antes de que pierda el interés.

– Para.

– No puedo Señor Trumper, Bélgica me odia, le ha dicho a Rusia e Irlanda que deberías despedirme. Destrozan mi ropa, me roban el maquillaje y Sami no me hace caso. Eres mi última esperanza.

– ¿Por qué no lo dijiste en la reunión del domingo?

– Porque me amenazaron. Señor Trumper, ¿qué voy a hacer?

Aunque tenga respuesta y solución para todos los problemas de mis chicas, problemas de categoría menor porque hacen de una mierda un mundo de carácter infantil, declino el ser severo con su desfachatez de presentarse en mi casa de nuevo para dejar que se desahogue sobre mí. Coloco su cuerpo como lo hago cuando mezo en la silla a mi sobrina pequeña, hacia delante y hacia atrás, susurrándole que deje de llorar, calmando su ira desenfrenada logrando con mi gesto que se sienta segura en mis brazos.

Cuando han pasado algunos minutos en silencio, abre sus ojos oscuros para fijarlos sobre los míos que estaban perdidos en algún punto de mi casa. Llama mi atención besando mi cuello, acurrucándose más fuerte contra mí, dejando a un lado el hipo que le ha provocado después de haber llorado como una niña pequeña.

– ¿Calmada?

– Mucho mejor.

Su sonrisa es grande con dientes perfectos, igual que sus tetas y sus caderas. Es lo único que me gusta de Holanda, que puedes agarrar bien de su cintura cuando cabalga sobre ti, perder tu cabeza entre sus tetas grandes y que te sonría como una belleza norteamericana mientras te corres dentro de ella.

Aparto de su rostro el cabello rizado que se le queda pegado, acariciándola para trasmitirle seguridad. Puedo ser un hijo de puta con las mujeres ya que las odio con toda mi alma, pero que nadie se meta con mis chicas porque se las verá conmigo. Nancy piensa que debo de buscar a mi mujer en el club aunque lo desapruebe bastante, que me muestro sensible y todo un caballero con ellas porque sigue empeñada en que debajo de esta fachada se encuentra el verdadero hombre que soy, no el que muestro a todos. Aunque sus esperanzas de buscarme una mujer fracasan a diario, me gustaría que también memorizara dentro su cabeza hueca que todo es parte de mi negocio, que mis chicas estén bien pasa a ser mi prioridad número uno y la amabilidad que les muestro es parte de mi trabajo. Si ellas no están bien mi negocio cae en picado.

– Habla.

– Debo de dialogar con Bélgica y llegar a un acuerdo común.

– Buena chica.

¡Mujeres! Sí se dejaran guiar por hombres como yo serían más felices.

Solo le ha bastado llorar y patalear delante de mí para llegar a la conclusión más eficaz. Es lo que siempre les digo a mis chicas; enfadaros, gritaros e incluso pegaros, que después de cinco minutos tendréis que veros

las caras en el trabajo. Y así es, este problema ya lo sabía, sé que Bélgica ha creado un grupo para hacerse con la tarima Golden y echar a Jamaica, y como Holanda comparte apartamento con ella, fastidian a la más débil. Cada domingo por la tarde las reúno a todas antes de abrir el club, con el fin de zanjar los turnos semanales, la distribución de las tarimas, los escenarios, los bailes, el vestuario, los clientes y un sinfín de peticiones que me encargo de estudiar para ofrecérselos en bandeja si lo creo necesario. Una vez que lo más importante está sobre la mesa, pasamos a debatir los problemas, normalmente ninguna habla, solamente Sami expone las peleas que han tenido y yo intento mediar, como nunca obtengo respuesta ni confirmación doy carpetazo a esa parte de la reunión. Luego, una por una van pasando por mi despacho, las prostitutas tienen prioridad, me encargo de ver si están marcadas ilegalmente por algún cabrón que se haya sobrepasado, hablo con ellas seriamente para que me cuenten si han tenido alguna petición fuera de lo normal o si han sufrido de algún modo, cuando cierro la puerta a la última paso al turno de mis chicas. Las reviso una a una también, pasando mi mano por donde me plazca, advirtiéndoles si deberían de cambiarse el color de pelo, el tamaño de sus tetas o simplemente despedirlas si no son de mi agrado. Quiero mantener a mis chicas felices, darles lo mejor porque en parte porque son una gran distracción para mí aunque no quiera admitirlo. Volver del trabajo y no ver a nadie es una putada, pero volver del trabajo y encontrarme con todas ellas es algo reconfortante. Como si sus vidas dependieran de mí. Me hace sentir realizado.

Miro a Bélgica caer dormida sobre mí, abrir y cerrar los ojos lentamente. Ella es la que más habla cuando pasa su revisión, mientras analizo que todo esté bien, no deja de contarme sus sueños, que gracias al dinero que gana trabajando puede pagarse dos carreras y que cuando acabe psicología vendrá a estudiar a todas sus compañeras. Suele decirme constantemente que si ella se chivara de todos los chismes las echaría a todas. Me hace pasar unos momentos muy buenos, tengo que admitir que no le he dicho que no a su boca cuando ha querido bajarme la cremallera, que no he negado a ninguna de mis chicas si me apetecía, pero cada día pienso más que el afecto que les tengo es de sobreprotección y no sexual. Es evidente que son reinas en su trabajo, que sin ellas el club sería otro más,

pero el saber que están disponibles para follarse al jefe hace que no desee otra cosa que irme a casa cuando acaba la reunión.

Beso tiernamente su sien, reconfortando su agarre sobre mi cuerpo, dejándola que descanse aunque sean cinco minutos más, eso me da tiempo para pensar que no soy un mal hombre con las mujeres cuando puedo ser el mejor cada vez que me necesitan.

Suena el teléfono de casa, es raro, pero solo pueden ser mi familia directa cuando no contesto al móvil.

– ¿Trabajo?

– Mañana, Senado a las nueve.

– ¿Todo el día?

– Supongo. Atender a mentes vacías requiere un esfuerzo extra.

– ¿Cuándo nos vemos?

– Iré al gimnasio cuando acabe.

– Te veo allí. Adiós.

Mi hermano Sebastian cuelga antes que yo, está muy raro, quiero pensar que es porque tiene problemas con su follada habitual. Rachel debe de estar poniéndolo firme como Nancy ha hecho con Bastian, hay capítulos que me he perdido, cuando se ponen a hablar de amor, de mujeres o de mierdas intento quedarme a un lado. Aunque no soy gilipollas, quiero saber de lo que hablan para poder actuar de un modo u otro con Rachel cuando la vea. Todavía no estoy seguro de si es una follada seria o está haciendo daño a mi hermano pequeño de algún modo, y si es así, ya puede ser la mejor amiga de Nancy que se va a enterar de quién soy yo. Nadie, absolutamente nadie hace daño a mis hermanos.

Miro atentamente a Holanda que se ha quedado dormida en mis brazos. Me levanto con ella en brazos depositándola sobre la cama desecha, quitándole la ropa ajustada ya que seguramente tenga un turno a primera hora de la tarde porque mañana no viene a trabajar por el examen del día siguiente. Acaricio su cuerpo tapándola para que no tenga frío aunque el calor de la primavera apriete fuerte, no me he atrevido a quitarle la ropa

interior, ella puede trabajar para mí, puede que lo desee, pero aquí soy un hombre y no tengo el derecho a desnudarla aunque lo haga en el trabajo.

Si lo pienso bien, ¿quién ha dicho que soy un hombre? Total, ella sabe que me gusta su cuerpo, que puedo disfrutar de ella y Acapulco al mismo tiempo porque sus traseros se mueven encima de mí como me gusta. Con movimientos que no aprendes hasta pasar los treinta, quito con facilidad el sujetador, arrastro sus bragas y vuelvo a cubrirla para que no pase frío. Ha susurrado algo de follar ahora pero no me apetece, no de momento, quizás luego le dé un sí antes de ir al despacho.

Mis ilusiones en moverme de casa se han ido al traste, si pensaba salir de aquí, ahora no, con Holanda todo cambia. El tener a una mujer aquí me hace un tanto diferente, no es lo mismo ahogarse en la soledad que tener a una belleza yaciendo desnuda sobre tu cama. He llamado a Annie para que no me esperara, otro acto de buena fe, a Sami para reorganizara el turno de Holanda porque se había quedado dormida y una llamada fugaz a mi madre para hacerla saber que hoy la llevaré a cenar a algún lugar si consigo despegarla de sus nietas.

El día pasa frecuentando el baño más que trabajando en el caso, no me despego del móvil y no consigo leer más de tres párrafos sin empezar de nuevo porque los nervios me consumen. He pedido algo para almorzar porque pasan de las dos y mi vientre ruge como un tigre, se supone que en menos de veinte minutos el almuerzo debería estar aquí y Holanda tiene que estar despierta para no saltarse la comida. Algo fundamental si mis chicas quieren trabajar en mi club, su alimentación forma parte del contrato y aunque estén durmiendo o cansadas, no deben de perder peso ni descuidar su figura. Por esto, pasan un reconocimiento médico dos veces al mes, no quiero ningún tipo de sorpresa cuando hablamos de la salud porque en este maldito siglo las mujeres se vuelven locas yendo al gimnasio obsesionadas con adelgazar más de lo necesario.

Golpeo el trasero de Holanda para que despierte de una vez, he intentado ser delicado pero no ha dado resultado. Se despierta asustada y riéndose al mismo tiempo, como si esperara que fuera yo.

– Almuerzo.

Tras haberme quedado satisfecho al verla comer, la despacho rápidamente acompañándola a su coche, besándola en los labios y asegurándome de que regrese a casa antes del turno de noche que le ha tocado cubrir. Soy permisivo, no idiota, hoy suele ir al club un hombre que le deja cientos de dólares y no debe de denegar ese dinero si quiere seguir estudiando.

Cierro la puerta de casa sintiendo como me vuelvo a ahogar de nuevo, la soledad me aborda en todos los rincones, ni la salida al jardín hace de mí un hombre que respire con normalidad. Decido ducharme, arreglarme y ponerme en marcha tan pronto el perfume de Holanda se ha desvanecido.

Conduzco por las calles de Chicago perdido, sin ningún ánimo de volver al despacho o hacer otra cosa que no sea conducir. Mi mala fortuna hace que descuelgue una llamada importante de mi equipo, tengo que reunirme con ellos ahora mismo en el Ministerio antes de acabar el día. Sin nada que hacer, el trabajo me distraerá de estar vagando por la ciudad sin rumbo alguno.

Debo de intentarlo, un buen hijo lo haría, avisar a su madre de que tal vez no pueda cenar con ella esta noche. Las reuniones a última hora son las peores, si han recurrido a mi ayuda es porque saben que soy el más inteligente y me necesitan, pero yo voy a necesitar renovar mi seguro médico como ella me golpee la nuca.

– Madre – conduzco directo por la autovía viendo el Ministerio al otro lado de la ciudad.

– Sebas, ¿cuándo vendrás a recogerme?

– Espero que pronto, tengo una reunión importante.

– ¿Es una excusa?

– ¿Quieres venir?

– No me llevas. ¿Has llamado a tu hermano Sebastian? No te localizaba.

– Hablé con él.

– ¿Has visto a tus sobrinas? Tu hermano espera verte hoy. Llevas dos días sin verlas.

¡Maldita sea mi familia! Si Nancy me manda fotos de mis pequeñas cada cinco minutos, ¿cómo pueden acusarme de que no voy a verlas? Si no puedo, pues no puedo. A mi madre no voy a confesarle que tengo el Golden Night y que se lleva gran parte de mi tiempo, tampoco que estos días estoy intranquilo y por supuesto, no sabrá que esta noche no voy a poder recogerla. Ya soportaré sus charlas mañana a primera hora, la escribiré un mensaje y desconectaré el móvil.

Sigo mi camino al trabajo dejando a mi madre que me sermonee sobre cómo me aíslo de la familia y de las personas que realmente me quieren cuando golpeo el volante con mis dedos recordando una canción que solía gustarme. En aquellos entonces, yo cantaba, reía e incluso podía dormir con normalidad porque la tenía a ella. Jocelyn era el motor de mi vida y la única razón por la cual me reinventé llegándome a plantear secuestrarla para mí solo e irnos a vivir lejos de todos. Pero mis emociones e ilusiones murieron tan rápido como se construyeron.

– Conduzco madre.

– Me da igual. ¡Más vale que pongas tu trasero en mi casa hoy mismo o iré a buscarte!

– Lo haré.

– Eso espero.

Cuelgo deseándole una feliz tarde llegando al parking del ministerio, enseño mi identificación y aparco mi coche nuevo en el lugar que me corresponde. Kelly habla mientras camino a mi gabinete donde trabajamos mi equipo y yo, me cuenta las novedades, las leyes aprobadas y los problemas más importantes que han surgido. Trabaja como secretaria oficial del departamento, es otra de las mujeres a las que soportaría y contrataría para mí si no supiera que está felizmente casada y es madre de cuatro hijos, aunque mi picardía siempre le deja saber lo duro que me pone cuando agarro su cintura al fingir que tropiezo. El verla ruborizarse hace que desea su divorcio inmediato. Beso su cabeza educadamente cuando entro a la sala de reuniones, despidiéndola cerrando la puerta y sentándome en la mesa

central donde ocho hombres me miran esperando mis respuestas a lo sucedido.

– Información – impongo.

Dos minutos después mi móvil suena, el personal siempre está conectado por si algo malo pasara realmente. Al leer que no es mi madre, alzo mi mano un segundo y atiendo a Bastian.

– ¿Has hablado con Sebastian?

– Algo. Nada en concentro.

– Rachel ha llamado a Nancy llorando. No ha ido a trabajar. Ha regresado a Nueva York.

– Habíamos quedado en el gimnasio.

– Él no quiere saber nada.

– ¿Rachel?

– Espero. Intenta localizarlo. ¿Cenarás con madre?

– No puedo. Estoy en una reunión.

– Ni se te pase por la cabeza el mentirme porque te rompo la boca. ¿Entendido?

– Nunca hermano. Eso sí, dile a madre que de verdad estoy en el Ministerio.

– Cuando cuelgues mándame una foto con fecha y hora, y te cubriré.

– Desconfiado.

Le hago caso fotografiando a mi equipo que saludan sonrientes, recibiendo un mensaje de confirmación ayudándome a cubrirme con mi madre. Ella es un gran problema si está más de dos días sin verme, dicen que yo soy su favorito y yo digo lo contrario, solo le doy pena y como Bastian está casado y Sebastian se cuida de sí mismo, mi madre se piensa que soy su hijo sufridor. Si tan solo supiera lo que hago.

Sigo trabajando llamando a mi hermano, quiero plantarle cara a Rachel como le haya hecho daño. Lo más sensato es llamar al piloto de su jet privado, pero ha debido de coger un vuelo comercial porque él no está

volando con mi hermano ahora mismo. Se me ha olvidado preguntarle a Nancy por Rachel, el que me he perdido, si han discutido o si ha habido algún suceso enfermizo que me haga patearle el trasero a uno o a otro. Pensaba en ir al paraíso Trumper después del trabajo, aunque pensándolo bien, mi hermano suele intimar con mi cuñada cuando las niñas están durmiendo y a la hora que voy a terminar lo estarán.

Me he desplazado a mi despacho en el Ministerio al acabar con mi equipo. Ahora mismo estoy embobado con Kelly, en ver como recoge sus cosas con el trasero en alto, y como siempre hace, me pilla deseándola. Su respuesta suele ser la misma, me sonríe levantando la alianza de casada y yo finjo que es un error negando con la cabeza. Ella podría ser una buena esposa, aunque tendría que compartir a sus hijos con otro hombre, mi madre se volvería loca si le presento a cuatro nietos esporádicos.

Cuando no quieres tener contacto humano con la gente, te llaman al móvil. Esta vez suena el del trabajo, faltan cinco minutos para desconectarlo hasta mañana.

– ¿Señor Trumper? – Puedo oír perfectamente cómo se encuentra de compras.

– Annie. Te dije que no me llamaras salvo urgencia.

– Se me ha olvidado decirte algo, una mujer ha venido esta mañana preguntando por ti.

– ¿Una mujer? No tenía prevista ninguna cita.

– Era fea, baja y con gafas. ¡Un horror!

– Entonces es la de Asuntos Internos, esa maldita perra no va a dejarme en paz. ¿Has oído queja de alguien?

– No, Señor Trumper.

– Buen trabajo Annie.

– Muchísimas gracias Señor Trumper.

Espero que le reconforte mis palabras, ha recordado algo dado el nivel intelectual que le caracteriza. Mañana trataré con la mujer de sesenta años que quiere ver mi cabeza rodar antes de jubilarse, se ha empeñado en

hacerme visitas sorpresas cada dos por tres para encontrar algo que presentarle a Justicia, se piensa que tengo trato con políticos cuando no es así. Que tenga un trabajo importante no me hace amigo de nadie, intento trabajar solo la mayor parte del tiempo y cuando voy al Senado me limito a hacer cumplir las leyes. ¡Nada más! Llevaré a mi madre para que tenga alguna batalla con ella, no es la primera vez que la veo sacar las zarpas con la de Asuntos Internos para defender mi honor. Entre mujeres se entenderán mejor.

Acabo el día en el Golden Night, son más de las once y tomo una copa con Sami bastante relajada esta noche. Tal vez ella y Charles por fin han decidido empezar una relación en serio, pero los constantes celos de mi amiga les llevan a no tener algo dosificado entre la pareja. Holanda trabaja contoneando su trasero en la cara del hombre que viene cada martes cuando ha acostado a sus hijos, es un hombre viudo y la brillantez de mi chica le tiene ilusionado.

– ¿Bélgica tiene turno mañana? – Lamo el azúcar en el borde de la copa.

– Doble. Hemos aprovechado bien sabiendo que Holanda no viene hasta dentro de dos días. Todo calmado de todas formas.

– Espero que Holanda haya aprendido a saber calmarse.

– Es la más joven, aprenderá más despacio. En mis tiempos éramos mucho peor, ¿te acuerdas hace diez años? Esa zorra de Canadá me hizo la vida imposible.

Recuerdo muy bien esa época, por entonces Sami era la más odiada por todo el grupo de mujeres. Antes había grandes guerras entre mis chicas de entonces, cuando apenas daba una mierda por este club y no me importaba tanto hasta que maduré.

Hablamos un rato más hasta que la llaman para ir al escenario común, justo al otro lado del club. Bostezo pensando en mis cosas, en cómo he tenido que ir a casa de mi madre para que me dé los pasteles de Nadine, también me ha hecho un bocadillo, que digan lo que quieran, pero nadie mejor que una madre para alimentarte. No hemos hablado demasiado porque se iba a ir a dormir, así que he decidido que a partir de ahora solo iré

a verla mucho después de la hora de la cena. Me hace de comer, no me sermonea y encima de todo me llevo pasteles a casa. Una buena táctica que tendré en cuenta.

Levanto mi trasero del asiento besando en mi camino la mano de Miss Puerto Rico, recibiendo un abrazo de Miss Bielorrusia y acabando por pellizcar a Miss Santa Mónica que esta noche va a ponerme más duro de lo que me pone su cuerpo cuando se contonea al son de la música. Paso a la zona común viendo el espectáculo, disfrutando de cómo pueden mis chicas hacer lo que hacen, de una forma u otra, acabas embrujado por la esencia de cada una de ellas. Como buen jefe, saludo a algunos de mis clientes habituales, para ser martes hay demasiados hombres que vienen a embriagarse o quizás sean lobos solitarios y necesiten esto para vivir. Las luces son tan blancas aquí que te dejan ciego, así que le digo al chico de sonido e iluminación que las modere mientras me acoplo en una de las mesas que están libres con una nueva copa que la camarera pone delante de mí. Estoy bebiendo sorbo a sorbo y dejando caer mis babas por Miss Paraguay. Esta morenaza va a ser la afortunada como siga mirándome así, saben que no quiero bailes exclusivos, pero sé que presume delante de Miss Roma porque fue la última a la que me follé e intenta copiar la misma estrategia.

Dos manos aprietan mis hombros desde atrás, mi cuerpo reacciona tensándose porque nadie me toca sin mi consentimiento, soplan en mi oreja y rápidamente me relajo al reconocerla, la única que puede hacerlo.

– ¿Cómo estás, bombón?

Quiero enormemente sonreírle, y sin embargo, no me sale del corazón. No puedo hacerlo aunque esté presenciando la escena más graciosa del mundo. Me limito a agarrar su mano guiándola hasta estar en frente de mí, instándola a que se siente sobre mi pierna y recibiendo una mirada de susto en respuesta, está negándome, cinco años follando y sigue sorprendida de que para mí sea la más hermosa de todas. Prefiere pasar por delante de la mesa, arrastrarse por el asiento de cuero rojo en forma de media luna, y luego llegar a mí, que estoy prácticamente en la esquina.

La vigilo enfadado porque ella está nerviosa, indecisa y probablemente arrepintiéndose de haber llamado mi atención. Levanto las

cejas como última llamada de atención, si no lo hace por si misma lo haré yo y será mucho peor ya que la forzaré a no moverse de mi pierna en toda la maldita noche si es necesario. Otro tirón ligero de su mano y cede ante mí, apoya su rodilla en el asiento para que me arrastre hacia dentro, a mí se me acaba la paciencia rápidamente con este tipo de tonterías y acabo por tirar de su brazo hasta posicionarla sobre una de mis piernas. Empujo un poco la mesa y fijo su cuerpo sobre el mío de tal modo que ninguno de los dos nos hagamos daño, así está mucho mejor.

Beso sus labios con amabilidad, un truco que me enseñó mi hermano mayor cuando éramos adolescentes, las mujeres necesitan que seamos dulces a veces para demostrarles que todo está bien. Como ahora.

– ¿Puedes hablar?

– Algo – susurra.

Anoche hice que perdiera la voz, intenté hablar con ella cuando terminamos de follar pero vagamente respondía con monosilábicos por los fuertes gemidos que gritó durante el sexo.

– ¿Medicinas?

– Sí.

– ¿Trabajas esta noche?

– Doble turno.

– ¿Por qué? No recuerdo que esta noche trabajaras – aunque a ella solo la follo yo, también es camarera en una de las barras al otro lado del club donde bailan las chicas con ropa.

– Le hago el turno a Mandy, su hijo se ha puesto enfermo y me ha llamado para cubrirle.

– Pensé que no estabas aquí. Por eso no he venido a verte.

Siempre que vengo la busco, paso la barra y le demuestro que la quiero aquí, conmigo, en mi club y trabajando para mí. Sí estoy de buen humor quizás la folle, es inusual que suela estarlo, pero realmente la llamo cuando estoy cien por cien jodido, como anoche.

Bebo de mi copa porque no quiero montarle ninguna escena que le haga ser criticada por sus compañeras. La quiero abierta sobre la mesa para poder beber de su ser. Ella está enfadándome bastante, sabe que está logrando que me convierta en un ser despreciable y no quiero pensar que esté satisfecha con que eso suceda, ¡joder! Cinco años follando, cinco años sin creerse que me gusta. Su cuerpo está rígido, temblando y pasándose el peso de una pierna a otra para no molestarme creando el efecto contrario en mí. Va a sufrir y malditamente me va a dar igual, la dejaré sentada sobre mi pierna toda la noche hasta que suplique por levantarse. Si no quiere estar aquí no es mi problema, yo sí quiero.

Estoy disgustado con ella, por eso no le hablo, decido ignorarla para que aprenda a no ser tan desagradecida conmigo y me enfoco en el espectáculo que Miss Paraguay hace en exclusiva delante de mí. La miss acaba de desplazar a su compañera para hacerme este baile que tanto me gusta que haga. Esa chica se sabe mover muy bien.

– Tengo que trabajar.

Para ella debe de ser un maldito mal momento el que esté babeando por esa mujer teniéndola sentada sobre mi pierna, mezclando dos mundos de realidad alterna en la que me sumerjo. Aparto mis ojos de la bailarina para fijarme en ella que me devuelve la mirada tímida que posee mientras intenta levantarse. La aprieto más fuerte contra mí.

– No te vayas.

– Por favor.

– ¡No!

Le basta mi negación para saber que no cederé ante lo que me pida, ya puede ser mi favorita aquí, puede que la folle cuando me dé la malditamente gana pero nunca puede olvidarse de quién manda, y ese, hasta que alguien ose a retarme negando lo evidente, soy yo.

Odio ser el malo aunque no me sienta así. Que no sea feliz como el resto de los mortales no me hace ser diferente al resto. Por eso, ladeo mi cabeza besándole en el brazo, ella tiene la mirada fija en un punto muerto de la mesa inmune a mis besos, ¡maldita sea, estoy cediendo! Sigue inmóvil como si le costara estar aquí sentada, por eso aparto la mesa haciéndole un

favor y mandándola a que se vaya lejos de mi vista. No ralentiza el paso cuando la veo correr por la oscuridad al fondo del club, perdiéndose en otra parte muy lejos de mí. Si sé que malditamente he hecho mal que alguien me lo explique. Supongo que debe de tener esa cosa que hace que las mujeres vivan en una montaña rusa de emociones, llorar, reír, para volver a llorar. Si sangra tendremos que follar en la ducha, esta noche acaba de ponerme de muy mal humor además de duro y no se va a librar de mí.

Humedezco mis labios porque Miss Paraguay va a llevarse un buen polvo esta noche, sigue con su baile sensual justo en frente de mí, perdiéndome en esas tetas naturales y con el movimiento tan hábil al abrirse de piernas para dejarme ver que está completamente depilada. Acabo con mi copa muy rápido porque quiero acabar pronto con ella, quizás le pida que se arrodille aquí mismo, la cubriré con la mesa como he hecho en más de una ocasión, haré que apaguen el foco que ilumina mi mesa y disfrutaré muy bien de ella antes de follar con la que acaba de huir de mí.

¡Mujeres!

Busco a la camarera del bar topándome con un hombre al que debería matar en estos instantes, levantarme y pegarle hasta verlo sangrar. Mi hermano pequeño lee mis ojos encaminado en mi dirección, esquivando a las mujeres que se echan sobre su cuerpo y acechándolas con sus ojos hasta que dejen de tocarle. Se sienta, levanta mi copa a la camarera con el dedo índice en alto y no me hace ni puto caso porque se queda embobado mirando a Miss Paraguay, el muy hijo de puta ni siquiera me ha dado una explicación del por qué casi morimos al no saber dónde está. Mis hermanos y yo siempre hemos estado muy unidos, excepto Bastian que fue un caso aparte, los tres hemos sido algo más que hermanos, hombres con la fuerza de la naturaleza que no nos ha bastado más de un gruñido para saber lo que queremos el uno del otro. Hemos sido tres y a pesar de que tras los años de sufrimiento con Bastian cuando nos apartó de su lado o los pequeños problemas de hermanos, siempre hemos sabido donde nos encontramos, que hacíamos y con quién. Y esta tarde casi perdimos el rastro de Sebastian porque el muy hijo de puta se enfadó con su medio follada o lo que sea la del pelo azul.

– Aquí tiene Señor Trumper número tres – Richi, la camarera que le está plantando las tetas en la cara de mi hermano flirtea con él desde hace unos cuantos años, han follado pero la pobre no sabe que ya tiene a una especie de mujer a la que follar.

Hago un gesto a Richi para que se vaya, mi hermano no da una mierda por ella y como vuelva a flirtear le mandaré a limpiar el almacén de las bebidas para que aprenda a no entrometerse cuando un Trumper no da una mierda por ella. Casi vacío mi copa disfrutando de Miss Paraguay, la mujer no se cansa de bailar, y mientras, echo un vistazo a mi hermano que ha bajado su mirada al suelo del escenario porque le importa una mierda que ahora tengamos una buena vista de esta belleza sureña.

– Habla.

Si no lo hace pronto voy a plantarle para meter mi boca entre las piernas de la stripper que tenemos frente a nosotros. Ignora mis palabras obligándome a golpearle en la nuca, él reacciona frunciéndome el ceño como si no supiera hacerlo, es la marca Trumper y yo no me acobardo por el gesto.

– No. Vuelvas. A. Tocarme.

– ¿Problemas en el palacio, princesito?

Un hermano pequeño sirve para ser el centro de todas mis burlas, fin de la historia. Voy a meterme con él hasta que nos vayamos de este mundo para conquistar a otro, yo no hago las reglas, cumplo las que me invento. Estiro la mano para golpearle de nuevo pero esta vez me golpea él a mí siendo muy avispado.

– Imbécil – reniega.

– ¿Rachel?

Rueda los ojos porque sabe a lo que me refiero. Espero a que se decida para contarme su problema porque si no quisiera estar aquí, desde luego que mi hermano no estaría. Le dejo el tiempo que necesite a solas levantándome, metiéndome las manos en los bolsillos y acercándome a Miss Paraguay que gatea por el suelo hacia mí. Su lengua lame mis pantalones donde sabe que mi dureza es protagonista entre nosotros dos,

prosigue poniéndose de rodillas, tocándome lo justo para equilibrarse y así lograr besar mis labios.

– Hola ahí – susurra. La jodida purpurina me hace entrar en un mundo donde los ponis son mujeres y todas me desean al mismo tiempo – Señor Trumper.

– Mi habitación. Cinco minutos.

– A sus órdenes, jefe.

Vuelve al suelo gateando hacia la otra parte del escenario donde los hombres le meten una buena cantidad de billetes, creo que voy a viciarme con ella, le mostraré el efecto que me ha provocado al moverse de esa forma frente a mis ojos. Doy media vuelta sentándome de nuevo junto a mi hermano, esta vez le quito el móvil y me gruñe.

– ¡No tengo toda la noche!

– ¡No te he pedido una jodida mierda!

– Sebastian, – maldito sea el enano – ¿qué malditamente te ha pasado? Mamá ha preguntado por ti.

– Esa mujer no se cansa.

La verdad es que no, tiene el mismo interés en casarme a mí que en casarle a él. Creo que sabe algo más de lo suyo con Rachel ya que siempre la invita a las comidas o cenas que hacemos en familia, se caen muy bien y es la mejor amiga de su Nancy, su favorita. Las mujeres son una especie diferente, pero nuestra madre se lleva la palma. Sigo pensando que su hijo favorito es Bastian, diga lo que diga. Por eso cuando tuvo los problemas que tuvo, mi hermano pequeño y yo nos unimos más para ayudarle, enfrentándonos a nuestra madre juntos por el honor de nuestro hermano. Fueron años complicados, pero la versión que ahora vemos de nuestra madre es la misma que deberíamos haber visto mucho antes de que Bastian se perdiera en la miseria, gracias a Dios, el siguiente en sentar la cabeza será Sebastian y se olvidarán de tocarme los huevos a todas horas.

– Dos minutos, – susurro a Miss Paraguay y miro a mi hermano lanzándole el móvil – tengo cosas que hacer. ¿Irás mañana al gimnasio o a Nueva York?

– No sé.

– Rachel está durmiendo en casa de Nancy, por si quieres saberlo.

Levanta su cabeza fulminándome con la mirada. No es mi maldito problema si tiene problemas con su follada, pero que no mate al mensajero, yo solo me he puesto al día hace un rato con mi hermano Bastian. Está enfadado porque Nancy ha acostado a las niñas y está en plena charla de chicas con su mejor amiga, algo ha pasado pero lo desconoce aún, ya nos enteraremos en cuanto Nancy vaya a la cama y se lo cuente todo a mi hermano.

– ¿Ha ido allí?

– Sí. Desde que se suponía que tú estarías volando a Nueva York. Mentiroso.

Un Trumper nunca miente de cara al público, somos directos y sinceros, entre nosotros es diferente, siempre nos decimos medias verdades con el fin de ocultar algo que queremos proteger para nosotros mismos, una mujer. Mi hermano está embobado, debe de estar pasándolo mal, nunca le han ido bien las relaciones por el sexo que practica, pero no sé lo que le da esa chica del pelo azul que cuando está con ella se convierte en mi hermano mayor, un calzonazos de su mujer.

Cada día me alegro más de estar solo.

Subo un dedo dirigiendo a Miss Paraguay hacia los camerinos y directa a la habitación donde la follaré durante un buen rato. Sebastian intenta escuchar por el móvil afirmando con la cabeza, levantándose y caminando hacia la salida, ¡no me puedo creer que vaya a correr detrás de su follada! Aunque sigo manteniendo mis cincuenta dólares a que no acabarán juntos, mi cuñada va a pagarme sus cincuenta y las gemelas sus otros cincuenta, voy a hacerme un poco más rico a costa de tres cerebros vacíos que creen que mi hermano acabará con su amiga. Eso no pasará, no con Rachel, la chica tiene un trasero que me gustaría que botara encima de mis piernas y no me puedo permitir el tener pensamientos impuros con mi futura cuñada. Forma parte de nuestro lema, respeto a la mujer.

Aunque las reglas se hicieron para romperlas, yo deseo que el mundo sea de hombres donde solo existan putas dispuestas a saciarnos cuando nos

plazcan. Como siempre ha existido.

Deduzco que estoy borracho cuando me he dado cuenta que los pezones de Miss Paraguay se pasean duros por mi espalda tras haberla dejado que me desnude. ¡Maldita sea! Sus manos piensan con más rapidez que mi mente, se supone que yo tengo el control, que ella es mi puta y yo decido cuándo, cómo y dónde follaremos. Es más que evidente que mi erección duele como el infierno, si no me giro completamente haré un maldito agujero en la cama y luego no podré follar con la otra, ¡mierda! Tiene sangre, entonces ella la follaré en el agua. Hay solución para todo, sí, menos para combatir con el abandono de la mujer de tu vida, para ese problema no he encontrado ninguna.

– Déjame ver que tenemos por aquí – sus manos intentan colarse entre mi cuerpo y la cama.

– ¡Vete! – Ordeno sutilmente.

– Cielo, ¿has tenido un mal día?, ¿prefieres verme bailar?

– No, llama a Gina, la quiero aquí.

– ¿Qué? Estás borracho jefe, cuidaré de ti y…

– ¡Lárgate o te despido!

Pongo mi espalda sobre el colchón parpadeando con lágrimas en los ojos por la posición, no porque me haya acordado de Jocelyn. No. A ella la tengo que superar y hoy he avanzado, apenas me acordé de ella en todo el día. Arrastro mi cuerpo sobre la cama hasta apoyar mi espalda sobre el cabecero con mi gran longitud extendida sobre la cama, haciéndole un gesto con mi dedo a Miss Paraguay para que se acerque a mí. No soy idiota, tendré un poco de diversión aunque ahora venga Gina, mí Gina.

Coloco su cabeza acariciando mi erección y ella sabe lo que tiene que hacer. Mientras, levanto el teléfono de la mesa marcando los tres números que sonarán al otro lado del club donde estará ella trabajando como una mujer honrada.

– Barra dos, Gina al habla.

– Soy yo, ven.

Cuelga al instante después de haber oído mi voz, ¡maldita zorra!, odio que sepa entenderme tan bien y que esté corriendo para venir a la habitación porque sabe que la necesito, la necesito a diario. Estoy planteándome en volverme serio con ella y hacerla mía oficialmente, ser mi mujer. Pero dudo, ella es tan débil como Jocelyn, me abandonaría a los cinco minutos y no permitiré que eso ocurra de nuevo. La boca de Miss Paraguay trabaja bien sobre mi erección, sujeto su pelo para ver sus labios pasar por lo que tanto disfruta y por lo que ha estado pidiendo a gritos toda la noche. Quiero meterme entre sus tetas y lo haré, lo haré con mucho gusto en cuanto acabe aquí y me folle a Gina esta noche. Al menos, no estaré solo como lo estaría en casa lamentándome por haber amado y no ser correspondido.

Gina abre la puerta llevándose una mano a la boca. Creo que acabo de darme cuenta que nunca he follado con una miss y con ella al mismo tiempo.

– Pue… puedo esperar a que…

– Vamos Gina, entra, – el pronunciar el nombre hace que Miss Paraguay vaya más rápido dejándome con las ganas de saltar de la cama para follarle por detrás como le gusta – tú, más despacio.

No me puedo concentrar en correrme sobre la morena hasta que mi Gina no cierre la puerta con severidad y avance hasta la cama. Indico que se acerque a mí, no debe de asustarse de esto cuando le pago por follarme cada vez que lo diga, se dedicaba a ser una maldita puta. ¡Este es su trabajo, joder!

– Tengo que ir al baño – susurra dándose la vuelta.

– ¿Sangras?

– No.

La puerta del baño se cierra dándome por vencido con la miss. Pide a gritos que la voltee a cuatro patas y que la folle hasta dejarla sin aliento. Eso haré. Le aparto el pelo de la cara atrayéndolo bruscamente hacia mí para besar esos labios que han estado suplicando por los míos. Su lengua me destruye de tal manera que me he perdido el momento del maldito condón, estoy tan borracho y ella tan desesperada que no hay tiempo para

ello. Pero tengo que encontrarlo. Sí, debo de hacerlo a pesar de que todo ser que entre a este club debe de hacerlo con un justificante médico que les hago pasar con mucho gusto. Estamos sanos, ella y yo, pero no quiero estar dentro de nadie y que sienta mi pena, mi dolor o el por qué lo estoy haciendo.

– Gina, el condón.

Aparece en la oscuridad de las luces halógenas, juraría que se ha lavado la cara o está llorando. Declino mis pensamientos volteando a la Miss y arrodillándome sobre la cama para esperar a que Gina me ponga el condón. Ella lo hará mucho mejor que yo y no quiero sorpresas de última hora nueve meses después. El roce de sus largas uñas al girarme para encontrarse con mi erección ha hecho subirla mucho más de lo que está, pasando el condón suavemente a través de ella para dejarlo ajustado a mí. Sí, sin duda mi Gina sabe cómo hacerlo. Quiero besarla tan terriblemente tanto que no puedo distraerme, si lo hago, estaría toda la noche perdido en sus labios, para eso ya tendré tiempo después. Introduzco mi erección en el trasero de la miss hasta el fondo y bien duro, doy gracias a que está abierta y dilatada, si no estaría intentando chocar en este agujero que un hombre no debe de desperdiciar. ¿Sexo anal? Sí, siempre.

Miserablemente para ella me corro tan rápido como puedo pensando en que Gina está en el baño y me interesa follarla más que a esta. No me acordaba de lo mucho que gritaba y de lo mucho que le gusta arañar mi maldito trasero cuando se erguía buscando mi cuerpo, ya he tenido que regañarla y azotarla para que volviera a su posición. Se cuelga de mi cuerpo rodeándome con sus piernas y brazos mientras le acompaño a la puerta. Está restregándose sobre mí desnudez, encendiéndome hasta el punto de querer repetir lo mismo que acaba de pasar.

– Quiero más.

– Mañana – pellizco su trasero haciendo que se retuerza.

– Mañana es mucho tiempo, te prometo que te haré otro baile.

– Cariño, mañana, ¿vale?

– ¿Vendrás?

– Como todos los días, – paso mi lengua por sus labios besándola mientras dejo arrastrar su cuerpo sobre el mío hasta dejarla de pie – ve a trabajar.

– Espera, un poco más.

No puedo negarme a lo dulce que se ponen las mujeres cuando han sido folladas. Mi hermano me aconsejó que no importa si es una follada de un minuto o de dos, siempre hay que ser amable con la mujer afortunada que ha tenido el placer de acostarse con un Trumper.

Levanto la mano una vez más viendo como salta de alegría al decirla adiós, se cree que me voy a casar con ella o que será la elegida por haberla follado; hay una maldita apuesta en el club por ver con cual repito más y juro por Dios que me he perdido. Sigo pensando que Miss Los Angeles ha sido la más afortunada, me gusta hablar con ella sobre trabajo cuando lo hacemos, es inteligente. Cierro la puerta con llave guardándola después en el cajón de siempre para que nadie nos moleste. Gina sigue en el baño y sé que se ha encerrado porque no quería verme follar con la miss, toco amablemente para indicarla que salga pero no obtengo ninguna respuesta desde dentro.

– Gina, no seas absurda. Sabes que derribaré esta puerta y las consecuencias serán mucho peores. Quizás todavía te folle en uno de los escenarios para que todos te vean.

Accede dejándose ver tímidamente con sus cejas unidas ya que está enfadada conmigo. Esta noche no sé lo que le pasa pero no puedo soportar verla así, si sangra se marchará y follará conmigo cuando haya dejado de llorar por los rincones. Pongo mi mano sobre su hombro empujándola prácticamente fuera del baño y arrastrándola hasta la cama. Su cuerpo no avanza más porque tiene sus ojos puestos sobre parte de la corrida que ha emanado de la miss, mojando las sábanas más de la cuenta. Las arranco lanzándolas al suelo y empiezo a desnudar a Gina.

Sigue estando malditamente rígida y estoy empezando a sentir como mis huevos se endurecen tanto que me molestan cada vez que respiro. Con ella no puedo perder la calma, no es una mujer cualquiera, por eso es especial y por eso me casaré con ella. Sí, lo tengo decidido.

La desnudo con facilidad, me conozco su hermoso cuerpo como la palma de mi mano. Beso sus labios frescos, saben a la bebida que le gusta a ella mezclada con café y caramelo.

– ¿Podemos meternos dentro de la cama?

No espera respuesta y tiene la decencia de hacerlo por sí misma. Se le olvida malditamente quien manda aquí. Y sin embargo, la dejo, dejo que haga lo que quiera porque me interesa tenerla de la forma que me ordene, si tengo que darle un poco más de espacio lo haré con mucho gusto, pero esta noche quiero comérmela de arriba abajo y no habrá excusas para ella.

Aprieto su cuerpo junto al mío abrazándola por detrás ya que está recostada con el culo chocando en mi creciente erección. Beso su hombro dejando un rastro de mis babas que termino soplando para llamar su atención. Sin éxito. Cada vez estoy sintiéndome menos ebrio y mucho más enfadado con su maldita actitud.

– ¿Sangrarás?

– No – su negación llega con un lamento susurrado.

– Gina, estoy perdiendo la paciencia.

– No la pierdas.

– ¡Vístete y ve a por Lena! Os quiero aquí en menos de cinco minutos, desnudas y jadeando. ¿Entendido?

Si ha dicho algo no la he escuchado, se viste rápidamente saliendo por la puerta para avisar a su mejor amiga Lena, una mujer como ella que trabaja en la misma barra, esta noche tenía turno y si no llego a saber que Gina estaba trabajando la hubiera escogido a ella.

Marco el teléfono para putear a mi hermano mayor, también para que me cuente que ha pasado con Sebastian cuando ha ido a por Rachel. ¿Porque malditamente ha ido a por ella arrastrándose como un perro?

– Están en el jardín.

– ¿Qué ha pasado?

– ¡Nancy, como no cierres la ventana del balcón te ato a la cama! – Gruñe a su esposa – han venido, han montado una escena y ahora hablan.

– Él está hecho una mierda – digo.

– Eso es mentira, – grita mi cuñada al teléfono – es un idiota, se lo tiene merecido.

– Como verás, la inconsecuente de mi esposa tiene su propia opinión.

– Sabe que ganaré la apuesta y le fastidia.

– He oído eso – grita.

– ¿Por qué no nos vamos a dormir nena? – Mi hermano bosteza.

– Porque no podré dormir hasta que no sepa si se van a arreglar o no.

– Llevan follando desde hace años, lo harán.

– Eres un insensible.

– Pero me amas, – se ríe a carcajadas – ¿y tú que Sebas, qué haces?

– A punto de dormir – o de follar otra vez.

– Bien.

– Sí.

Veo a mis chicas entrar y cuelgo rápidamente, no quiero que Bastian sepa que duermo en el Golden Night, odia que esté aquí y no le cuento nada para que su esposa no piense que él tiene algo raro o algún tipo de contacto con mis chicas. Le quiero fuera de mi mierda.

Ellas dos están sonrientes como me gustan y murmurando a escondidas en la oscuridad pensando que no las veo desde aquí. Por fin siento un poco de felicidad gracias a mis chicas favoritas, mordiendo mi labio desesperado por follarlas. Aunque Gina es mi debilidad, Lena puede ser la primera, la he echado de menos tras sus pequeñas vacaciones. Levanto mi brazo indicándola que se acerque a mí, ella lo hace felizmente, llevo sin verla desde hace una semana y media.

– Hola gran jefe – susurra.

– ¿Me echaste de menos?

– Sabes que sí.

– ¿Pensaste en esa escoria de persona que tienes a tu lado cuando te corrías?

– Mi novio no está en mis pensamientos, solo tú.

Nos besamos y soy el primero en sacar mi lengua, la deseo tanto que me va a explotar la entrepierna. Ayer comprobé la cantidad de condones que tengo en el cajón, pero esta noche pienso acabar con todos ellos como Gina no tenga piedad de mí si se desnuda ella sola, sin mi consentimiento.

– Tú, ven aquí. Hoy no estoy contento contigo.

Se nota que ahora se siente más cómoda con su amiga en la habitación que está dejando un rastro de sus besos por mis jodidos abdominales, llegando a mi cuello, chupando mi barbilla y acabando por besar mis labios. Siento las caricias de cuatro manos sobre mi cuerpo y yo estoy malditamente en el paraíso, y no me refiero a la casa de mi hermano y mi cuñada.

– Tal vez no has sido bueno antes.

– Sabes que ella no significa nada para mí – pongo su pelo detrás de la oreja, es perfecto.

– Miss Paraguay es una gilipollas – afirma Lena y capta mi mirada.

– ¿Ah sí? No tenía ni idea – quiero malditamente sonreírles pero no puedo.

Las palabras me bastan por ahora, no quiero más conversaciones si no descargo a mis soldados dentro de ellas. Que Lena tenga un novio me es indiferente, pero que tenga un novio y se corra pensando en mí pone en alerta todos mis jodidos sentidos. No hay nada que me excite más que ellas dos puedan practicar sexo con otras personas y yo esté en sus mentes, ellas me pertenecen. Dado que Gina está soltera es a la que más follo y de las dos es la que más me gusta, pero todavía estoy en fase de reconciliación con Lena, osó a presentarme a su novio para restregarme que otro la disfrutaría en mi ausencia. La amordazaré esta noche, la ataré para hacerla saber que yo tengo el maldito control de sus orgasmos, solo yo y nadie más.

Ellas actúan solas cuando están juntas, odio que lo hagan, pero sé que esta noche Gina necesitaría a su amiga ya que estoy seguro que va a sangrar

pronto y el humor le suele cambiar días antes. Tengo que mirar el calendario de su periodo para asegurarme al cien por cien. Lena se desnuda como Gina lo está, perdiéndome en una y en otra, acariciando con mi mano sus piernas, subiéndola hasta sus pechos, ¡malditamente inmensos y malditamente naturales! Estoy en el jodido universo y ellas son mis estrellas. Me apetece acomodarme recordándome que con ellas no puedo hacerlo. Prefiero emborracharme con cada cosa que hagan, que me hagan y que se hagan. El sexo con dos mujeres es mucho más satisfactorio.

Las miro enamorado como si ellas estuvieran aquí cada vez que quiera verlas, ellas me dan lo que necesito siempre que las llamo, saben cómo hacerme feliz y olvidarme de Jocelyn. Ella ha pasado a la historia, con Gina e incluso Lena cuando ose a dejar a su novio, seré más que feliz. No quiero ni imaginar la cara que pondrá mi madre cuando aparezca de la mano con ellas dos, presentándolas a toda la familia y explicándoles que me casaré con ambas, tendremos muchos más hijos que Bastian y Nancy, y por supuesto, ellas me amarán hasta nuestra muerte.

– ¿No te gusta? – Susurra Gina extrañada sobre mi cara.

– Sí, ¡joder! – Confirmo más rudo de lo que quería, no me pierdo nada de lo que me hagan – ¿por qué no sacáis del armario algun juguete que os guste? No quiero ser brusco.

– Amor, – Lena besa mi cuello – tú nunca lo eres, aunque me cueste el sexo anal, lo intento por ti.

– Id, no quiero haceros daño y como sigáis acariciándome voy a dejar de ser amable. Además, – increpo a Lena enfadado – sacad la mordaza, señorita, no te creas que te he perdonado.

– Es injusto – intenta huir divertida y me adelanto para empujarla sobre mi cuerpo, se retuerce pero consigo establecerla.

– Gina, ayúdame. Ponle el bozal mientras evito que me muerda por desagradecida.

– Te prometo que no tendré sexo con él en una semana.

– ¿Con lo fresca que eres tú? Lleváis un mes saliendo y no tardaste ni un día en meterte en sus pantalones, ¿cómo te atreves?

Gina se ríe por la escena divertida y por cómo nos sentimos los tres. Felices. Siento que ellas completan el vacío que siento dentro de mi corazón. No puedo olvidarme de Jocelyn, eso es de por vida, ¿pero y si me doy una oportunidad con ellas? Nada puede salirme mal, los tres nos conocemos más tiempo del que conocí a Jocelyn. Las dos ya trabajaban en el club antes de ser abandonado, siempre han sido mis amigas aunque era un cabrón antes de madurar y por supuesto, son las únicas a las que follaría el resto de mi vida, como en los últimos cinco años. Conocen mi historia, conocen mi vida, conocen inclusive a mi hermano que las adora. Son mucho mejores que mi ex novia o mi ex follada abandona hombres. Con Gina y Lena me siento pleno, logran hacer olvidarme del hombre que soy cuando salgo de aquí y creo que me he enamorado de ellas. Y si Lena continúa con su novio empezaré a conquistar a Gina como se merece.

Un rato más tarde, las dos yacen sobre la cama ya que hemos pasado una de las mejores noches de mi vida y es una pena que se hayan dormido tan pronto. Quisiera despertarlas para continuar con la diversión, pero mis dos ángeles no tienen la misma energía que cualquier otra mujer. Las babas de Gina resbalan por mi vientre porque la aprieto tan fuerte sobre mi cuerpo que le hago abrir los labios. Lena respira con normalidad mientras beso su cabeza, le va a salir una marca que ha dejado su pelo a causa de la mordaza que le he puesto, es hora de levantarle el castigo, la próxima vez que la folle le permitiré escuchar sus propios gemidos.

Me arrastro vagamente por la cama besando sus cuerpos como despedida y alcanzando mi ropa que me pongo pausadamente. Ellas probablemente se quedaran a dormir aquí, yo necesito la tranquilidad de mi casa para poder descansar correctamente, aunque las habitaciones estén insonorizadas, las puertas no, y eso quiere decir que escucharé a las chicas ir de un lado a otro con los clientes durante toda la noche.

A las tres y media de la mañana llego a casa cerrando la puerta y activando la alarma mientras leo en el chat como mi cuñada me ha contado los últimos acontecimientos antes de irse a dormir. Comprobando el despertador y metiéndome en una cama grande y fría, puedo dar por terminado otro de mis malditos días deseando morirme para ver si en otra vida me esperan cosas mejores que en esta.

CAPÍTULO TRES

Esta jodida corbata va a acabar con mi maldita paciencia, ¡mierda! He desperdiciado cinco minutos en desenrollar esta tela que se enrolla entre sí y no me deja hacerme el nudo. La reto frente al espejo suplicando que pare de tocarme los huevos, hoy me he puesto el traje azul marino con la corbata a juego que me regaló mi madre, creo que me queda pequeño, hace calor, y para colmo, hoy no atino con nada. Desde que me he levantado no he dejado de lanzar el móvil al otro lado de la casa, mi hermano, mi cuñada, mi madre y Diane, que se ha peleado con su esposa. Todos quieren verme hoy por activa o por pasiva y me voy a pasar el día trabajando, anoche no pude hacer una mierda en el caso y lo haré estudiaré todo el día desde mi despacho si no tengo que ir al Ministerio de nuevo para solucionar la vida de todo el mundo.

Desisto en pelearme con la corbata lanzándola sobre mi maletín y optando por desabrocharme los dos primeros botones para poder respirar, ¡que le jodan a la formalidad! Enciendo el móvil del trabajo avisando a Annie de que voy saliendo de casa y que esté preparada mientras estoy contestando algunos mensajes de mi gabinete para confirmarles la hora de la reunión. Mañana tengo que ir al Senado, tengo que hablar con los responsables de prensa y también asistir a una conferencia en el colegio electoral sobre la justicia de nuestro país. Una mierda tras otra para una vida tan divertida como la mía.

Estoy enfadado, irritado, abrumado y con ganas de pegarle en la cara al primer hombre que ose a ponerse delante de mí. Cojo el maletín colocándolo sobre la encimera de mi cocina impoluta, algún día cocinaré para mí mismo aunque esté solo. Solo en esta maldita vida.

Miro desde aquí a ese maldito trozo de tela que grita victoria desde el suelo. Una vez que tengo la corbata alrededor de mi cuello, resoplo frente al espejo de tamaño completo que tengo colgado en la pared de mi casa e intento empezar de nuevo. Sí, así mucho mejor. Ya lo dice mi madre, que me calme y las cosas me saldrán mucho mejor, ella no sabe que un Trumper primero se enfada, después grita, maldice y más tarde, mucho más tarde, hacemos las cosas en calma. Aprieto hasta arriba el nudo de mi garganta ahogándome con mi perfume a pesar de que solo he usado dos gotas en mi cuello, reajustándome la chaqueta americana a mi cuerpo, girándome de

nuevo delante del espejo para darme el visto perfecto y suspirando por lo mal que me siento. No sé para qué me tomo tantas molestias, nadie se va a fijar en mí y tampoco quiero impresionar a ninguna mujer, total, todas son unas perras malditas ya que solo quieren que las folles, les digas lo únicas que son y si les dices que las llamarás, te tendrán en un pedestal, si no, ya pueden hacerte algún tipo de vudú que funcionará. Son unas malditas brujas. Hoy no quiero ver a ninguna. Espero follarme a Annie si se porta bien. Y punto.

El motor de un coche suena afuera sin malditamente saber quién osa a presentarse en mi casa, como sea Miss Bélgica celosa de que Miss Holanda estuvo aquí se va a acordar de quien soy yo. No quiero a una maldita mujer a estas horas de la mañana sin haberme bebido un jodido café. Me preparo para una guerra mientras guardo mis últimas cosas en el maletín, blasfemando sobre las mujeres y lo pícaras que son, como se haya corrido la voz en el club de que pueden venir a mi casa siempre que quieran, en la reunión del domingo las haré llorar a todas para dejarles bien claro que al menos las follaré si me traen el desayuno.

Unos tímidos golpes suenan en la puerta respirando hondo para no enfadarme completamente con la miss, dispuesto a escuchar su versión también y eliminando de mi mente como quiere optar a la tarima Golden pisoteando a todas sus compañeras. Resoplo una vez más con mi mano en el manillar sabiendo que cuando abra la puerta un cuerpo va a estrellarse contra el mío porque sus compañeras le amargan la existencia. Buscaré la mejor versión de mí en mi interior y me tranquilizaré por el hecho de que tengo que ser paciente aunque no haya tomado un maldito café a las siete y media de la mañana. Atraigo la puerta hacia mí con un movimiento lento porque quiero evitar que la fuerza de la miss acabe conmigo en el suelo, se pueden poner muy agresivas cuando están haciendo escenitas como las que suelen hacer.

Ya está abierta la puerta de par en par y no hay nadie frente a mí, pero puedo oler ese maldito perfume que me ha estado persiguiendo durante cinco años y que aún conservo en el armario de mi baño. Jocelyn. Su cabeza se asoma con una evidente sonrisa en su rostro que me mata en el acto, ya sé lo que sintió mi hermano el día de su infarto, creo que estoy

teniendo uno. Sé que no está muerta, pero en parte, para mí lo estaba y su presencia aquí me impacta. Ella está frente a mí sonriendo como si nada hubiera pasado, más bella que nunca y dispuesta a recoger los restos de mi corazón roto para volver a llevárselos. Mi boca se seca, mi aliento desparece y mis manos se meten dentro de los bolsillos de mis pantalones retándola a que como siga sonriéndome voy a ponerla a cuatro patas y me la follaré como un maldito animal. No le va a gustar lo poco delicado que voy a ser.

– Hola – susurra, su dulce voz es más dulce aún, ella es la maldita miel de mi jodida vida – ¿puedo pasar?

¡No! Te llevaste mi corazón, me dejaste uno de plástico completamente destrozado. No eres bienvenida aquí.

– Tú misma.

Mi hombría me obliga a darle la espalda porque mi dignidad me lo está aconsejando. Enfrentarme a ella ahora sería un suicidio para mí obligándome a hacerle una reverencia por su grata victoria en joder nuestra relación. Escucho la puerta cerrarse y tengo que girarme de nuevo porque no puedo creer lo que mis ojos están viendo. Mi Jocelyn, el amor de mi vida está de vuelta y ella es malditamente caliente. Avanza unos pasos sonriendo mientras está analizando que la casa sigue igual de hermosa como dijo que lo era el primer día que entró aquí. Yo me estoy descomponiendo en millones de piezas que se encargarán de recoger como no me mantenga en mi línea. Dado que mi traje es más ajustado de lo que debería, espero que al menos la chaqueta abrochada cubra lo suficiente para que no note la evidencia de lo mucho que la he echado de menos.

– Hola – dice de nuevo y como vuelva a hacerlo la ataré a mi cama, la follaré y luego lamentará el haberme conocido.

– Eso ya lo has dicho.

Si tengo mis manos en los bolsillos es para no estamparla contra la pared y hacerla mía, también para intentar que mis calzoncillos no dejen escapar lo que quiere salir. Se siente nerviosa, respira con dificultad y yo quiero malditamente acercarme a ella, besarla, abrazarla y no dejarla escapar nunca más. Tal vez, amordazarla para que no hable y demos las

cosas por zanjadas. Por desgracia, hay una clara evidencia de cinco años y un abandono irrecuperable.

– Yo, huh, ¿cómo lo digo? Quería. No, sentía que. Quiero… – no tengo intención de hablar porque no puedo, no porque esté enfadado, que lo estoy, es porque estoy pensando que me he desmayado y esto es un sueño. Me despertaré y haré el ridículo si pronuncio su nombre en alto y abro los ojos viendo que al otro lado hay algún médico o enfermero tomándome el pulso – Sebas, quería pedirte perdón.

Vaya. Perdón. Qué honor por su parte.

– De acuerdo.

– ¿Leíste la carta? La dejé encima de la mesa y quizás el viento pudo…

– La leí – me la memoricé y la quemé en mi jodida chimenea que horas antes fue testigo de cómo te hacía el amor.

– Huh, bien. Sí.

Subo una ceja inconscientemente, cerciorándome de que esto puede que no sea un sueño y que mi Jocelyn realmente esté delante de mí a punto de provocarme un orgasmo como siga entrelazando sus dedos y bajando la cabeza. ¿Espera que la grite? No lo haré. Ella me hizo ser un caballero y hasta el día de hoy lo soy, con o sin ella, pero lo soy. Pasa por mi lado despistándome por unos instantes para que huela su perfume, la muy hija de puta está haciendo esto para hipnotizarme, sabe que efecto tenía en mí cuando se perfumaba por las mañanas y no quería dejarla salir a ningún lado porque mi idea de follarla en casa era mejor que una vida fuera.

Sin dudarlo, planto mis dos ojos sobre su trasero moviéndose hasta la puerta del jardín y aprovecho que está de espaldas para tocarme por encima de los pantalones, ella no se da cuenta que estoy a punto de correrme y aún ni me ha mirado a los ojos. Veo como cierra la puerta tras su pequeña pelea porque está atascada y viajando al pasado por unos momentos sintiendo que nada ha cambiado entre nosotros. Ahora que lo pienso, ella amaba estar encerrada, incluso la puerta del jardín abierta le molestaba porque odiaba los espacios grandes. Siempre quería estar conmigo a solas en sitios donde no había puertas abiertas o cuando la oscuridad era nuestra mejor amiga.

Muchos recuerdos están viniendo a mi mente y como todavía siga con sus mismas fobias creo que seguirá siendo la misma persona, la misma que me abandonará de nuevo.

El marrón de sus ojos choca con los míos descomponiéndome con su timidez, su humildad y desafortunadamente con su honestidad a pesar del daño que me hizo. Piensa en que decirme, sé que se ha estudiado en un papel la conversación que vamos a tener, que está preparada para recibir todo tipo de respuesta y poder contestarme a su gusto, ¡joder! Ella es la mujer más hermosa que jamás haya visto, hermosa y mía, o era mía hasta que me abandonó.

– Habla.

– Sebas, perdón. No te haces una idea de lo mucho que lo siento… – traga el nudo formado en su garganta con lágrimas en los ojos, por mucho que la odie, no quiero verla llorar ni hacerla pasar un mal rato. Sigo creyendo que esto es un sueño – de verdad que lo siento.

– Creo que ya he pillado tu punto – y tu maldito escote, ¿no te has puesto sujetador?, ¿cómo te atreves a no abrocharte los botones hasta el cuello? Me niego a que te vean por la calle y sueñen con lo que es mío, o era, o ya no sé diferenciar que es sueño o realidad, necesito un café – tengo que ir a trabajar.

– Sí. Yo te, huh, dejaré. Sí.

Pasa por mi lado rápidamente dando pequeños pasos que avanzan hasta la puerta, la abre sin mirar atrás saliendo desconsiderablemente. Su descarada acción ha hecho que coja el maletín para seguirla y suplicarla que vuelva conmigo, que no me deje porque la sigo amando. Mi erección va a matarme una vez que me toco mientras cierro la puerta y activo el sistema de seguridad, ella tiene problemas para abrir su coche, está muy nerviosa porque quiere huir lejos de mí. Otra vez.

Recojo las llaves que han caído sobre mi zapato cuando iba a girarla para que me mirase, abro la puerta del pistacho que conduce y espero a que se meta dentro, se ha alejado bastante de mí. Esta mierda de coche verde es lo más horrible que ha podido existir en el jodido mundo, quien lo haya creado se ha debido de estrellar con la creatividad. Cierro la puerta una vez

que está dentro, viéndola como abre la ventanilla manualmente y perdiéndome en su escote tan evidente, me gustaría que fuera mía para obligarla a que se pusiera un jersey. No soy celoso, no creía que lo era hasta que ella se expone a su voluntad para que los hombres puedan fantasear con el escote que debería ser para mí.

– Tus llaves – se las lanzo dándome media vuelta.

¡Maldita sea! No puedo soportar verla de nuevo y no poder tenerla, si ha venido a pedirme perdón que lo hubiera hecho por mail, o no, mucho mejor, por una jodida carta que haya escrito llorando como ya lo hizo. La odio por haber venido a mi casa, ¿dónde cojones ha estado todo este tiempo?, ¿por qué ha venido?, ¿por qué me tortura así?, ¿no sabe ella lo que me provoca cuando simplemente respira? Todo son hormonas femeninas que atacan a las masculinas, las mujeres tienen algo que nos hace hipnotizarnos y yo estoy hasta los huevos de perder el control cuando se trata de Jocelyn. Mi Jocelyn.

El sonido de las ruedas chirriando sobre la calzada me distrae de mi enfado momentáneo para seguirla. Ella no sabe conducir, no sabe malditamente conducir porque es una mujer, las mujeres no saben y provocan accidentes todo el tiempo. Necesito que esté bien y más ahora que me ha visto, ¿querrá follarme?, ¿le pareceré atractivo? He cumplido treinta y ocho, ya no soy aquel joven de treinta y pocos. Seré un viejo para ella.

La sigo por la autovía esquivando el tráfico que se forma cuando todos nos dirigimos al centro de la ciudad, estos malditos cabrones no tienen nada mejor que hacer que salir a la misma hora que yo. Sin dejar de visualizar el pistacho que va a quinientos metros por delante de mí, me obligo a tocarme por encima de los pantalones sintiendo un pinchazo bien fuerte cada vez que paso mi mano para reajustarme o hacer un intento de reajuste. ¡Maldita sea! Ella es una jodida provocadora y sabe cómo hacer que mi erección sea más importante que conducir malditamente bien. Termino por bajarme la cremallera una vez que me he desabrochado los pantalones mientras conduzco con una mano. Llego hasta mi dureza que acaricio velozmente, escupo mi mano aliviándome cómo puedo de arriba abajo y masturbándome como un ninfómano de quince años cuando descubrimos lo que nos pica. Estoy a punto de tener un maldito orgasmo de

nuevo cuando pierdo de vista el coche de Jocelyn, sacando mi mano para apoyarla en el volante y acelerar buscando a su pistacho.

Tengo un nudo en el estómago, soy un insatisfecho y estoy muy lejos de ser el mejor hombre que hayan podido conocer porque supero límites insospechados para la vista de cualquier humano. ¡JODER! Golpeo el volante abrochándome los pantalones y aceptando que ella se ha alejado de mí. No ha intentado hablarme, explicarse y darme una maldita palmada en la espalda para curar el maldito dolor que me está quemando. Mi vida sin ella era estable, no feliz, pero lineal, ahora que ha vuelto se piensa que puede poner mi mundo patas arriba de nuevo, pensará que voy a ir detrás de ella como ya hice. ¡No! Ella ha tenido sus cinco minutos de gloria para excusarse, espero que no haya podido dormir en estos cinco años y que haya tenido las mismas pesadillas que yo. Sobre todo, que viviera con la agonía de no saber si leí su maldita carta o sí estaría bien tras su marcha.

Ella es una mujer y las mujeres son malas.

El móvil del trabajo suena, odio que esté sonando cuando no he llegado a mi oficina aún. Es de la secretaría del Ministerio.

– ¿Señor Trumper? Soy Kelly.

– ¿Has abandonado a tu esposo y te casarás conmigo?

– No. Estamos esperándote, ¿cuándo vas a venir?

– ¿Por qué debería ir hoy?

– Porque en su agenda está programada que tiene una reunión con los corresponsales de prensa, además de la conferencia en el…

– Colegio electoral sobre la justicia en nuestro país – ¡joder, me olvidé! – ¿estás segura que no la programé para el jueves?

– No Señor Trumper, la programaste para hoy miércoles ya que estaba trabajando en su caso.

Doble y jodido problema. Es verdad, me olvidé creía que… no sabía ni… ¡mierda! Hace diez malditos minutos que he visto a Jocelyn y ya está haciendo de mí un hombre desechable. Me olvidé de que hoy tengo una jodida agenda que cumplir. La culpa de todo la tiene Jocelyn, ella es la culpable de que esté todo el día pensando en ella. Espero que solo haya sido una imaginación, un maldito sueño o que haya sido su hermana gemela imaginaria o algo así porque ya estoy cansado de ser el perrito faldero de esa mujer. Me dejó y ahora más que nunca me he dado cuenta que no la amo. No. Ya no la amo. He vivido con el recuerdo de que la amo, quizás antes era todo romántico y un amor con ella, ya no. Ella no existe para mí. Dado que ha huido de nuevo y no ha dado una mierda por mí, yo haré lo mismo. Hasta nunca pequeña abandona hombres.

Cuelgo la llamada dirigiéndome al Ministerio, hoy necesitaré una distracción mayor, tal vez estar en el despacho y obligarme a distraerme estudiando mi caso puede que sea un error. Gracias a que Kelly, una mujer que no abandona a su hombre, ha tenido la valentía de avisarme, hablar conmigo sin que le temblara la voz y cerciorarse de que cumplo con mi obligación. Si Jocelyn no me hubiera abandonado tal vez ella sería la que tras hacerme el desayuno, me diera un beso de despedida en el maldito coche y me recordara que hoy tome otro camino que el usual al jodido centro.

El maldito móvil suena otra vez subiendo las escaleras, la gente me habla, me saluda y yo todavía tengo la imagen de Jocelyn grabada en mis ojos. ¡Joder! No atino a coger el móvil y freno en seco, el hombre que está a mi lado se lleva un regalo de mi parte, una mirada y un susurro instándole a que me deje solo. Voy avanzando. Sí, me controlo, no le he gritado, solo susurrado amablemente mientras me lo imaginaba lanzándolo por las escaleras. Descuelgo la llamada relajado porque sé que es el móvil personal y solo mi familia, la que no me abandona y me quiere, puede localizarme cuando quieran.

– Ven a mirarme los huevos.

– ¿Qué?

– Qué vengas a tocarme los huevos. Rachel me dio una patada anoche y están negros. Duele.

– Ve a un médico.

– No. Nadie me toca los huevos. Ven a mirarme.

– Llama a Bastian. Estoy trabajando.

– Ya le he llamado. No deja salir a Nancy de casa porque no aprueba sus vestidos de primavera.

– Ve al médico. Yo no puedo.

– Sebas. Me duelen los huevos. Creo que la piel es negra. Me quedo sin huevos Sebas.

– ¡Joder! Llama a un médico privado. A mamá. ¿Qué se yo?

– No. Ven a mirarme los huevos. Te espero en casa.

Mi hermano pequeño me cuelga. Yo siempre cuelgo. Ruedo los ojos resoplando y girándome de nuevo para bajar las escaleras sin matarme. Busco a Kelly entre la gente que se agolpa a primera hora de la mañana, tanta puntualidad para acabar bebiendo un café de dos horas y media. Sigo sin localizarla una vez que me he desprendido de las voces que se han colado por mis oídos, esos hombres se piensan que voy a dar una mierda en lo que me digan tan temprano y sin un ¡maldito café! Marco de vuelta el número entrante de antes saliendo del aparcamiento rápidamente.

– Kelly. Soy Sebas, cancela la reunión. Llegaré para la conferencia antes del almuerzo.

– Están nerviosos Señor Trumper.

– Yo también lo estoy porque malditamente no he visto tu trasero en pompa esta mañana.

Cuelgo por no pagar mi humor de perros con ella, en parte tengo razón, me moría por ver su trasero esta mañana. Siempre la obligo a que me acerque cualquier cosa que está al otro lado de la mesa porque tiene la costumbre de abalanzarse sobre ella sin rodearla y dame una buena vista por la cual me pone duro. ¡Dios, su trasero! Eso me recuerda a que mi erección ha vuelto a la vida, necesito follar y Annie no estaría a la altura. Podría haber follado a Jocelyn, me merezco mi polvo de despedida, es más, ella me debe el polvo de despedida, cuando las parejas acaban se despiden

follando como desesperados. No es que lo esté, tal vez sí, pero ella ha tenido su oportunidad y la ha desaprovechado.

Hoy juro que si veo a Jocelyn de nuevo miraré para otro lugar. Cada vez entiendo más a mi hermano Bastian, la primavera y el verano son dos estaciones del año que no me gustan, acabo de averiguarlo cuando la he visto con ese escote. ¿Por qué hace calor? Mi erección también tiene calor y ella no se ha preocupado en cinco años. ¡Mierda!

Cierro los ojos golpeando el volante de nuevo porque estoy en mitad de un atasco, el nombre de mi hermano pequeño ilumina la pantalla de mi móvil, otra vez.

– ¡Mis pelotas Sebas!

– ¡Ya voy! Ponte hielo.

– He probado con hielo pero sigue doliendo.

– No tardo.

Estoy parado resoplando a que la maldita obra de la Avenida Michigan acabe de una maldita vez. Tengo que hablarlo con Bastian para que haga algo al respecto. Contesto mensajes a mi equipo confiándoles el relevo, no suelo faltar, pero cuando lo hago saben poner las mejores excusas del por qué he faltado. La reunión con los corresponsales de prensa era algo de categoría menor, pero insistían en escribir un artículo sobre la justicia en Chicago y expandirlo a otros países. Pongo el móvil en el asiento de al lado junto con mi maletín cuando un pistacho verde me distrae, ¡es ella! Está al otro lado de la calle donde no hay desvío hacia la izquierda, sin obras, sin malditos atascos y está parado en frente de una cafetería. Mi Jocelyn, ¡maldita sea! No vas a volver a escaparte, ella tiene que darme mi polvo de despedida. Entraré en la cafetería, la sacaré a rastras y la follaré sobre el capó del coche que tanto ama. Sí, eso haré.

Desvío mi coche nuevo colándome en el carril de sentido contrario y bajando la ventana para que vean quien soy yo ya que no pueden hacerme nada en mi ciudad. Aparco sin problemas tras haber serpenteado a los coches que quieren aparcar en esta parte de la avenida, lejos de las obras y donde parece ser que todo el mundo está trabajando menos yo. Y ella.

Avanzo a pasos agigantados tocando mi erección y disimulando con la chaqueta para que nadie vea mi intención de follarla sobre el capó del coche. Abierta, empujándola duro y embriagándome con su maldito perfume mientras gime mi nombre para que todos se den cuenta a quien le pertenece. Una mujer con su perrito se cruza por delante de mí haciendo que pare en seco, me dedica una sonrisa pero yo a ella no, continúo andando por la calle hasta que veo a Jocelyn salir de la cafetería. Oh sí reina, vas a ser follada ahí mismo, delante de tu coche. Está sonriendo sola, se ve que le parece divertido haberme acosado a primera hora de la mañana con su presencia sin dejarme tocarla y ahora se está acordando, pero mis putas ideas se van a la mierda cuando se gira hablando con un hombre que sale tras ella.

¿Qué hace ese hombre sonriéndole de vuelta?, ¿qué hacen los dos juntos?, ¿por qué malditamente están caminando hacia el pistacho? Ese hombre va a morir delante de ella, luego me la follaré en el coche y la seguiré follando hasta que no pueda malditamente andar. Mi Jocelyn está de espaldas a mí y no me ve, mis pasos son más y más rápidos con la mirada fija en ese ser despreciable que ha tenido el valor de sonreírle a mi Jocelyn. Su cara cambia cuando sabe que él es mi objetivo matando su sonrisa y haciendo que ella mire hacia mí para volver la vista a él. Sí, probablemente le esté avisando de que soy su hombre y ella está pillada.

Con el aliento afuera consigo llegar a ellos dos colocándome al lado de mi Jocelyn y pasando el brazo por encima de su hombro mientras la atraigo hacia mí. Sí, ahora si fuera necesario me bajaría la cremallera para mear a su alrededor sin ningún tipo de remordimientos, él debe de saber que ella es malditamente mía y de nadie más. Si se opone a ello se las verá conmigo.

– Sebas, huh, ¿qué haces aquí?

– ¿Qué hace él aquí?

– Amigo yo…

– No soy tu amigo. Ella es malditamente mía. Fuera de mi jodida vista. ¡YA!

Siento en mi costado como se mueve la cabeza de Jocelyn haciéndole una señal para que se vaya, ¿son mejores amigos?, ¿un polvo de cafetería? Parece ser que él se aleja mirándola a los ojos, como si fuera alguien más y yo estoy tan malditamente ciego que no me doy ni cuenta. Pueden que sean pareja, su marido, ¡qué sé yo! Este momento está siendo un dolor en el trasero y acabo de darme cuenta que he aclamado a una mujer que me abandonó.

Tan pronto veo que se pierde entre la gente, suelto mi agarre de ella e incluso llego a empujarla bruscamente. Quiero follarla tan malditamente duro que me duele el imaginar que mi sueño se hace realidad, azotarla y amordazarla. No quiero oír su voz, sus perdones y la mierda que esté pensando ahora mismo en decirme.

– Sebas, ¿qué has hecho?

Su voz. He echado de menos oírle pronunciar mi nombre cuando suplicaba que parara cada vez que me enterraba dentro de ella. Alejándome, miro hacia abajo porque no puedo permitirme romperme aquí. Ella quiere eso, que sea un ser débil para volver a abandonarme.

– Me voy.

– Sebas.

Susurra un poco más alto cuando ya le he dado la espalda, estoy prácticamente corriendo hacia mi coche. ¿Qué mierda acaba de pasar? Ella tiene el maldito poder de joderme sin hacer nada. Jocelyn no significa nada para mí, ella puede ponerme duro, hacer que mi vientre se descomponga, que no pueda respirar o que no piense con claridad. Pero no estoy enamorado de ella, ha ido a verme para pedirme perdón porque no puede dormir por las noches y luego se ha ido a tomar un café con uno de sus amigos, o ¿quién era ese? No voy a dar una mierda por ella. Ya la perseguí por todo el país, le cambió la matricula a su coche porque quería desaparecer y estoy seguro que usó un nombre falso porque en los Estados Unidos nunca existió Jocelyn Harden una vez que me abandonó.

Llamo a mi hermano cuando estoy dentro del coche, parado, reajustándome mis putos calzoncillos y lamentándome de la escena que he hecho alentando su acto a primera hora de la mañana.

– ¿Por qué no contestas al maldito móvil?

– Estaba tocándome los huevos. ¿Dónde estás?

– ¿Qué voy a hacer yo delante de tus huevos? No sé una mierda de como curarte.

– Solo ven y dime si son alucinaciones mías.

– ¿Por qué no te lo cura tu follada?

– No llames a Rachel mi follada. Ella es jodidamente mi mujer.

– Me alegro.

Pienso con claridad cuando el rostro de Jocelyn me deja y pongo el coche en movimiento observando que el pistacho ya no está aparcado en frente de la cafetería, por lo tanto, adiós a mis deseos de follarla allí mismo. ¿Qué digo? Si yo he sido esta vez la que le ha abandonado, ¿cómo se siente eso? Ella ya no es mi problema, no. Lo acabo de decidir. Soy un hombre nuevo y si se piensa que la he estado esperando durante cinco años está equivocada.

Apago el motor del coche no muy lejos de donde estaba olvidándome de Jocelyn y que está de vuelta. O quizás se reunirá con su amigo. Habrán quedado en otra cafetería para seguir sonriéndose el uno al otro. ¡Me dan asco! Él me da asco. Entro en el portal evaluando que está todo correctamente como debería, pago lo suficiente como para que los encargados de cuidarlo hagan su maldito trabajo. Decido subir las escaleras de dos en dos plantándome delante de la puerta del tres b antes de lo que creía. Toco fuerte por tercera vez porque es evidente que ignora el timbre, por fin oigo algunos ruidos que hacen de mi día de mierda uno perfecto, sin importarme lo que me está pasando desde esta maldita mañana.

– ¿Sebas?

Gina es hermosa. Abre un poco más la puerta tímidamente porque no se cree que esté aquí delante de ella cuando anoche estuvimos follando junto con Lena. Habrá venido del club hace poco y estaría durmiendo, me regaño a mí mismo por ser un maleducado y no pensar esto antes de estar aporreando la puerta. Su cara está hinchada, ¡Dios, la quiero besar, lamer, morder! Su pelo corto está revuelto hacia todos lados, sus ojos azules están

despertándose y la misma mano que anoche me masturbó mientras me lamía pasa por debajo de su nariz porque es su gesto de sorpresa. Estoy apoyado contra el marco de la puerta viendo el espectáculo de mujer que tengo frente a mí, dándome cuenta que quizás ya sea el momento para hacerla mía. Para siempre. Sí. Creo que todas las señales de esta mañana me han despejado la duda que probablemente rondaba en mi cabeza y por la cual no me decidía. Ahora lo sé, he visto a Jocelyn y ha dado una mierda por mí. ¿La deseo? Sí. ¿La amo? No sé. Quizás el rencor no me deje ver más allá pero Gina ha estado para mí durante cinco años y quiero pensar que lo que me hace sentir es amor, sentimiento que olvidé.

– Hola, – dejo caer mi cuerpo hacia delante besando sus labios – ¿puedo pasar?

– Adelante.

El apartamento que le compré es pequeño pero su ilusión era vivir encima de la librería que hay justo debajo al lado del portal. Quería comprarla también y ella se negó tan tajante que acabé denegándole el deseo de hacerla suya. Su habitación está al fondo, desde aquí puedo ver la cama donde echo de menos follarla lentamente, prometiéndome a mí mismo que respetaría su vida privada fuera del club y eso hago. Pongo mi chaqueta sobre el sofá sentándome mientras desajusto mis botones de la muñeca, remangándome la camisa que evidentemente está causándome más calor del que pensaba. Ella está inmóvil delante de mí, esperando a que le explique el por qué he venido. Ni yo mismo tengo las respuestas, si me encuentro aquí es porque este es el único lugar que me recuerda que puedo amar y ser amado. El destino me ha traído hasta ella, lo más difícil será explicárselo.

– ¿Café? – Pregunto.

– ¿Solo y con dos cucharillas de azúcar?

– Sí.

No me sale una maldita sonrisa, quería haberla sonreído y la afirmación ha sonado más severa de lo que quería trasmitirle. Ella es especial, necesita de mí un trato diferente porque sabe que últimamente la follo más de la cuenta y debe de imaginarse que estoy empezando a sentir de nuevo. Con ella. Entierro a Jocelyn en el fondo de mi cerebro, a un lado

junto con todos sus recuerdos, sus perdones y sus sonrisitas a hombres que le sonríe. ¡Maldita mujer!

– ¿Estás bien? – Pregunta Gina poniendo algunas pastas sobre la mesa.

– Tengo hambre.

¿Es lo único que puedes decir mientras devoras una galleta? Está deliciosa, todavía tengo en el coche los pasteles de Nadine y debí de haberme comido alguno de ellos en algún momento de esta maldita mañana en la que Jocelyn ha venido a visitarme. Mastico otra galleta centrándome en el resto, Gina las ha puesto para mí y no seré descortés en no comerlas. Tras unos minutos trasteando en la cocina pone un delicioso café delante de mí, ese aroma y el de su corrida en mi boca son lo único que me mantienen feliz en esta vida de mierda. Sí, esta donde Jocelyn sonríe a otros. ¿Quería dejarme para salir con otro?, ¿no me amaba?, ¿qué mierda le hice yo? La traté como una señora, mejor que a nadie en mi jodida vida. No me merecía que me dejara de ese modo, ella me destrozó el corazón.

– Sebas, ¿qué ocurre?

Gina se arrodilla a mi lado dándome una servilleta, está quitándome con su mano las lágrimas que nacen de mis ojos. ¡Mierda! No debo de mostrar debilidad ante nadie. Aunque ella ya no es nadie, es mi futura esposa, la elegida. Gina puede verme llorar.

– Te quiero.

Digo firmemente como si lo dijera todos los días. No era tan difícil a pesar de que lo olvidé. Ha nacido de mi corazón, esto significa que puedo expresar mis sentimientos con ella, para ella y por ella. Gina ya es mi novia, dejaré de follarla lentamente para pasar a hacerle el amor, le obligaré a que abandone el trabajo para dedicarse a sus estudios de enfermería. Ella es mía, tendrá todo lo que me pida, una casa, un coche o un hospital, lo que quiera.

Por alguna razón vuelvo en mí mismo para fijar mis ojos en ella, lanzo la galleta que tenía en mi mano bruscamente sobre la mesa para seguir analizando por qué no está saltando de alegría y bebe de su café como si mi confesión hubiera sido un ligero soplo de aire para ella.

¡Mierda! Le he dicho que la quiero, ¿qué más quiere?, ¿no es suficiente como con Jocelyn?, ¿qué mierda le pasan a las mujeres de este maldito planeta? Al final Bastian tenía razón y solo hay una mujer en el mundo, la suya.

Trago con brusquedad el café que está ardiendo enfadándome por haber tenido un momento de debilidad. Es más que evidente su reacción, no siente lo mismo, le dije que no se enamorara de mí y lo lleva al pie de la letra. Me levanto agarrando la chaqueta, no quiero hacer el ridículo.

– Sebas, ¿a dónde vas?

– A donde malditamente nadie me abandone.

Abro la puerta tan fuerte que no me doy cuenta que está llorando y ha arrastrado la silla en la que se sentaba para llamar mi atención. Lo ha conseguido porque he cerrado la puerta otra vez lanzando la chaqueta al suelo para abrazarla como nunca antes lo había hecho. Sus brazos se aprietan a mi cintura, no llega a rodearla por sus pequeños brazos pero me da igual, me importa una mierda porque ella está mojando mi camisa con lágrimas que yo le he causado.

Espero a que su hipo termine su función secándole las lágrimas con mis dedos y besándola en los labios. Quiero demostrarle que un Trumper es así, primero la acción y luego la palabra.

– Estás enfadado, – susurra y yo resoplo – conmigo.

– Gina. Tú no eres un problema para mí. Siento haberte dicho que te quiero.

– ¿Lo haces?

La miro a los ojos para asegurarme de mi respuesta. Quiero amarla. Y no sé si es amor.

– Creo que deberíamos averiguarlo juntos. ¿No crees?

– Yo no puedo.

– ¿Por qué? – Intento no irritarme pero como me rechace de nuevo lo haré de verdad – ¿ni siquiera me quieres un poco?

– Te quiero Sebas, mi corazón te ama.

– ¿Entonces?

– Míranos. A ti y a mí.

Esto ya me lo conozco. Es como si Jocelyn estuviera delante de mí, tal vez quiero que Gina sea Jocelyn y la esté usando. Me retractaré si es cierto. No lo es. Quiero a Gina. No por Jocelyn sin embargo, que a ella la amo, o no, no sé una mierda está mañana. Besos sus labios con intensidad metiéndole la lengua hasta el fondo, conquistando cada centímetro de su boca y separándome de ella tan pronto me llevo su labio inferior con mis dientes. Tengo que darnos una oportunidad porque ya no tengo veinte años para jugar con las mujeres, necesito a una esposa que me ame como yo a ella. Gina me quiere, su corazón me ama. Me es suficiente. El resto ya vendrá.

– Si me amas y yo a ti, fin de la maldita historia.

– Pero.

– No hay pero. ¿Entendido? Te mudarás a mi casa, te presentaré a mi familia y te folla… y te haré el amor todos los días de nuestras vidas. Nos casaremos, tendremos hijos, competiremos con mi hermano Bastian por tener más que él y viviremos felices.

– ¿Qué?

– ¿Puedo preguntarte algo?

– Claro – se aparta de mí sorprendida, ¿por qué se aleja de mí lado?, ¿qué mierda hago mal para que Jocelyn y ella no me dejen estar cerca de ellas?

– ¿Quieres verle los huevos a mi hermano?

Su boca se abre hasta abajo. No era necesario decirlo tan bruscamente cuando podía haber escogido la historia desde el principio. Ahora ella es mi familia, podré contarle cualquier problema que me consuma, cualquier noticia que nos concierne y será mi esposa, la única que me espere cuando llegue del trabajo.

Gina y yo llegamos por el ascensor privado a la casa de mi hermano. Se ha estado riendo de lo que le ha pasado tras recibir la patada, que me ha estado llamando todo el tiempo para que le mirara los huevos y ¡juro por

Dios que quería follar… hacerle el amor mientras sonreía! Como quería hacerlo con Jocelyn justo cuando hacía lo mismo a ese desgraciado que ha osado a acercarse a ella, ¿qué se ha creído? Ese no puede ir por ahí follando a mujeres de otros. Una ruptura no es definitiva hasta que el mensaje no llegue al destinatario, ¿y qué si no leí la carta? No sé nada, por lo tanto, Jocelyn es malditamente mía.

– ¿Sebas? – Miro a Gina – ¿es esta la puerta?

– Solo hay una.

Golpeo fuerte tocando el timbre al mismo tiempo y si hace falta derribo la puerta para que mi hermano pueda tener sus huevos como debería. Ya me encargaré de Rachel en otro momento cuando no esté pensando en las sonrisitas de Jocelyn con ese hombre. Nadie hace daño a mis hermanos, ya sean hombre, mujer o extraterrestre como la follada de mi hermano, ¿cómo se atreve a golpearle en los huevos? Si no le gusta como folla qué se vaya a la maldita mierda.

– ¡Te he escuchado cabrón!

Relajo mi brazo porque siento la presión de Gina sobre este, estaba intentando que no la rompiera mientras me perdía en mis malditos pensamientos con Jocelyn como protagonista. Ella quiere hacerme daño, no le dejaré. Yo también se sonreírle. Miento. Me lo arrebató también.

El olor a alcohol de mi hermano hace que retroceda, me está regañando con su mirada, algo que hacemos los Trumper como el respirar, luego mira a Gina y después a mí también.

– Hola – susurra la voz de mi nueva y ultima novia para siempre. Sí Jocelyn, puedes sonreír a todos los hombres que te dé la gana porque yo tengo a alguien a la que sonreír. Cuando pueda.

– ¿Una maldita puta del Golden?

– ¡Sebastian! Ella es Gina, mi novia y estudia enfermería. ¿Verdad?

– En realidad me licencié hace dos años.

¿Cuándo malditamente me olvidé de eso? No recuerdo ir a ninguna graduación, le he pagado la maldita carrera de su vida íntegramente y no me

ha invitado a ver como recogía su diploma. Me ha desplazado del momento más importante.

– ¿Por qué no me lo dijiste? Y lo que es mucho más grave, ¿por qué no me invitaste a tu maldita fiesta de graduación? Una carrera no es algo fácil de conseguir y tú lo hiciste. ¿Por qué me apartaste de ti? Te la he malditamente pagado.

– Decidiste no presentarte porque al parecer Miss Italia y Miss Australia eran una buena razón por la cual no ir ya que estabais follando en el club.

Esa noche fue inolvidable por el simple hecho de que derretí demasiado hielo en sus cuerpos y me lo bebí mientras las follaba bien duro. Retuerzo mis calzoncillos disimuladamente porque es en lo único que pienso desde que me he levantado oliendo el perfume de Jocelyn, su sonrisa, su maldito trasero que rebotaba sobre mi cuerpo y su escote de busca hombres sonrientes.

Sacudo la cabeza volviendo al tiempo presente. Aniquilando a mi nueva novia por la estupidez de no haberme invitado a la dichosa ceremonia de graduación.

– Si tanto te importaba debiste avisarme.

– Lo hice. Entré en la habitación para que me llevaras como me prometiste pero tenías la boca ocupada entre las piernas de Miss Australia.

– ¿Habéis terminado de contaros vuestra absurda vida? Mis huevos están muertos.

La voz ronca de mi hermano frena el ataque verbal que iba a propinarle. Gina y yo tenemos que hablar muchas cosas, entre ellas, que debe de comportarse como una mujer digna de mi amor. Ella es mía, lo es y para siempre.

Mi hermano vuelve a carraspear con la garganta y me hace una señal con la mano libre que no sujeta la bolsa de hielo que sostiene sobre sus huevos. Está desnudo tal y como vino al mundo.

– Entremos.

La última palabra que sale por mi boca lo hace realmente. Sebastian secuestra a Gina llevándola a donde quiera que sea y yo atiendo el maldito móvil del trabajo, viéndome en uno de los espejos que tengo una maldita erección que está sufriendo por no calmarla de nuevo. En cuento Gina termine la follaré bien duro y me iré a trabajar. Kelly me está informando de que preguntan por el fiscal del distrito y me están tocando los malditos huevos metafóricamente. Aparezco en el salón viendo como ella está acariciando los huevos a mi hermano y él está disfrutando de su toque. Sigo adelantándome a una escena que no me duele para darme cuenta de que estaba aplicándole una crema que debe de estar aliviando su dolor.

Ella está haciendo esto porque es mi novia, no traería a una mujer de la calle para que le tocara los huevos a mi hermano. Ella tiene y debe de estar aquí. La follaré antes de largarme y el móvil del trabajo no deja de sonar con Reynold al habla todo el tiempo, estoy cansado de mandarle mensajes contándole que estaré allí en media hora.

– Trumper, ¿dónde diablos estás?

– Lee mis mensajes.

– Media hora es mucho, te necesitamos aquí. El gabinete de Gibson ha venido con sus propios corresponsales a cubrir esta mierda que hemos organizado. Te quieren a ti.

– Qué se compren una foto mía.

– Te cubro media hora. Ni un minuto más y ni uno menos.

– De acuerdo. Y tú no vuelvas a llamar, voy a follar y me tomaré mi tiempo para disfrutar.

Meto el móvil dentro de mi chaqueta cuando el otro me suena. Como sea mi madre sermoneándome a estas horas de la mañana lanzaré el móvil a su hijo y me iré a la reunión sin follar, me guste o no. Veo que a mi hermano mayor le queda dignidad.

– ¿Y Sebastian? No atiende a mis llamadas.

– Está ocupado. Le están tocando los huevos.

– ¿Qué mierda ha pasado?

– Rachel le pegó una patada anoche y los tiene un tanto jodidos – me asomo ignorando que tiene la zona blanca por la crema que Gina le extiende.

– ¡Es un obstinado! Debería controlar a su mujer. Miradme a mí, sé hacerlo muy bien.

– ¡Bastian, dame mis pastillas anticonceptivas! – Oigo gritar a mi cuñada al otro lado, estoy seguro que le ha lanzado algo y me lo he perdido.

– Las tienes en el baño, nena.

– Cuelga el teléfono cariño y ven aquí, por favor.

– Te dejo. Mi esposa necesita que le haga el amor. Vosotros no tenéis esposa, no sabéis lo satisfactorio que es.

Riéndose a carcajadas cuelga el maldito teléfono. ¿Por qué narices tengo que saber cuándo follan mi hermano y mi cuñada? Cómo si me importara. Yo también sé lo que era hacerle el amor a Jocelyn, pero ella perdió su maldita oportunidad, a partir de ahora le haré el amor a Gina.

– ¿Qué falta? Tengo trabajo – estoy a punto de sentir como habla mi erección.

– Ya está. Hay que aplicar la crema suavemente en círculos Sebastian, repite la misma acción cada dos horas hasta que te baje la inflación. Solo es un pequeño golpe, si en un par de días no tienes un color amarillo o morado deberías ir al médico.

– ¿No puedes seguir con ello?

– ¡Sebastian! Gina es ahora mi novia.

– Eso ya lo intentaste hace tres años, hermano.

¡Maldito sea! Gina baja la cabeza limpiándose con algo mientras mi hermano se levanta yéndose probablemente a meter su jodida resaca debajo de la ducha. Ella no me mira, ni yo a ella, se suponía que quería follarla pero se me han quitado las ganas. Hace tres años quise intentar algo con Gina, ser romántico y amarla, fracasé tan pronto gemí el nombre de Jocelyn mientras la follaba duro contra la pared. La estaba castigando a ella como quería castigarle a Jocelyn, la única culpable por la cual estoy haciendo

daño a todo el mundo empezando por mí. Esa mujer va a enterrarme vivo como no le ponga remedio. La buscaré aunque tenga que perderlo todo, me mirará a la cara y admitirá que me abandonó porque no me amaba, porque era el peor novio del mundo o porque malditamente dejó de estar enamorada de mí. No sé cuál fue su maldita razón y lo descubriré, más pronto que tarde, lo descubriré.

– Gina.

– No pasa nada, Sebas – se levanta distrayéndose en colocar lo que hay sobre la mesa.

– Él está borracho, hace tres años yo no era el mismo de hoy en día.

– Mira Sebas, – deja todo acercándose a mí – ojala supiera lo que te ocurre, quisiera poder ayudarte pero estás luchando una guerra que no es la mía. Te amo, te amo con toda mi alma y ambos sabemos que no es reciproco. Soluciona tu corazón, y cuando lo hagas, ven a buscarme. Estaré disponible para ti de cualquier manera que me quieras.

– Te quiero. Te lo he dicho antes. Quiero folla… hacerte el amor. Qué seas mi esposa.

– Los dos sabemos que no es verdad, – se pone de puntillas haciendo que baje mi cabeza para besarme en los labios – soluciona aquello que te está arrastrando al abismo de nuevo, acaba con todo y ven a buscarme. Cuando lo hagas, nos casaremos y tendremos hijos.

– ¿Me esperarás?

– Siempre.

Zanjo el tema de conversación besándole rudamente, jugando con el empuje de sensaciones que intento emanar de mi interior y que ahora me está dejando en la estacada. Si estoy malditamente duro con una erección de juzgado de guardia es por la maldita Jocelyn, no se ha movido dentro de mis pantalones por Gina, no quiere que la folle para satisfacernos, mi jodida erección quiere a Jocelyn.

Yo también la quiero.

Beso nuevamente a Gina intentando centrarme en ella, en sus besos, en que ayer no estaba Jocelyn y hoy se ha atrevido a venir a mi casa. Quiero

correrme con Gina, hacerlo aquí y ahora, necesito que sea ella la dueña de mí y no Jocelyn. Y por mucho que lo intento, mi erección no quiere tener diversión. ¡Maldita sea!

El pensamiento de mi ex novia motiva a mi organismo a sentir una explosión de emociones imaginándomela de todas las posturas existentes. Tener a Gina disponible para mí y sabiendo que me ama, me motiva a querer matar a mi ex novia para intentar buscar un nuevo placer en mi nueva conquista. Tengo que enterrar el pasado si quiero empezar un presente.

– No en mi sofá nuevo – la voz de mi hermano me despierta de mi ensoñación con Jocelyn, es decir, Gina.

– Tranquilo. Tengo más categoría que tú.

– Deberías hacer algo – señala a mis pantalones. Mi erección sigue arañando fuerte pero Gina no es la razón.

– Sebastian, lleva a Gina a casa o a donde quiera, – la miro besándola en los labios – te veo en el Golden con una respuesta definitiva. Te lo prometo.

Su maldita sonrisa me deja perplejo, mi cabeza no quiere follarla, mi corazón tampoco pero mi erección me dice lo contrario. Sería un jodido fracaso si no me corriera dentro de ella como me gusta hacerlo.

Cierro la puerta del coche una vez que estoy llegando al Ministerio de nuevo, tengo que coger un coche oficial e ir al maldito colegio electoral para la maldita conferencia. ¿Nuestro país? Perfectamente. Sale el sol y se pone. El juzgado lleno de papeles que se trituran y se mandan a reciclar. Fin de la historia. Es lo que pienso decir, pero juraría que tenía el maldito discurso en la mesa de mi oficina. Kelly se encargó de ello, me lo dio para estudiarlo, debe de estar en mi carpeta junto a la naranja que tenía esta mañana en el mostrador de la encimera en la cocina. Sí, es ahí donde está mi discurso. ¡Maldita sea! La culpa de todo la tiene Jocelyn, esa perra me ha hipnotizado como quería. Ella planeó todo para que me dejara la maldita mente en su trasero y escote haciendo que me olvide del discurso.

Una vez dentro soy seguido por Kelly y Reynold mientras entro en mi despacho repleto de gente. Hay un fotógrafo que acabo echando.

– Trumper, el corresponsal de…

Pongo mi trasero sobre la silla mirando a todos aquí presentes y encendido de tal modo que quiero follar a Kelly públicamente, invitarlos a que participen y convertirme en un cerdo que trata a una mujer como un trozo de carne. ¿Qué diablos? Ella es un trozo de carne, las mujeres lo son. Jocelyn quiere venganza, por eso ha venido acompañada de su amiguito el sonrisitas, ¿y si la estaba esperando dentro del pistacho?, ¿por qué le sonreía a él cuando también lo ha hecho conmigo? Se supone que yo debo de ser diferente o…

– ¡CERRAD LA BOCA!

Odio que me estén hablando, me estoy volviendo completamente loco. No llevo ni dos horas despierto cuando ya quiero quemarlos vivos mientras supliquen por el agua que les salven la vida. Todos mis hombres me miran extrañados, pues bien, yo soy el fiscal y el puto jefe aquí, me deben un respeto. Voy a estallar y solo la he visto por unos malditos cinco minutos, cuando la tenga seis minutos acabaré con mi vida. Lo haré.

– Señor Trumper, – Kelly susurra acercándome un vaso de agua – está usted pálido.

– ¿Estaba enfermo de verdad? – Dice Reynold – lo siento si era verdad.

– Salid del despacho por favor. El Señor Trumper os atenderá cuando esté disponible. La programación de los actos sigue activa.

Kelly los acompaña uno a uno cerrando la puerta una vez que nos quedamos a solas. Me he bebido la jarra entera de agua que hay sobre mi mesa ciego por el dolor que está acabando conmigo. Coloca una mano sobre mi frente comprobando mi temperatura, yo no tengo ninguna otra opción que mirar sus malditas enormes tetas. Levanto una mano para tocarla recibiendo un golpe de la suya, ha sido más veloz de lo que debería haber sido yo.

– Solo estaba…

– Estás caliente Sebas, ¿por qué no te vas a casa y descansas?

– También tengo un problema aquí, – señalo a mis pantalones – ¿cuidarías de mí?

– Hablo en serio.

– Yo también. Deja que te folle encima de la mesa. Te va a gustar.

– Ve a casa. Has perdido los papeles, veo desde aquí tu vena palpitar. Te excusaré de tu agenda hoy, hay testigos más que claros que te han visto enfermo. Necesitas descansar.

Acaricia mi cabeza como mi madre lo haría, yo no quiero que sea mi madre, quiero follarla realmente duro contra la mesa. Me encuentro apoyando mi cabeza sobre su vientre y apretando su trasero mientras sigue golpeándome.

– No tengo casa. Ella me arrebató todo.

– Quizás deberías hablar con alguien sobre esa tal ella. Estoy segura de que podéis solucionarlo. Y por favor, deja de intentar levantarme la falda o te denunciaré por acoso sexual en el trabajo.

Le hago un repaso de arriba abajo llegando a sus labios que sonríen.

– Inténtalo. Démosles un motivo para hacerlo real. Follemos duro.

Rueda los ojos alejándose de mí rodeando la mesa para salir del despacho que reina por la tranquilidad. ¿Qué me ha pasado antes? La visita de Jocelyn me ha afectado más de lo que creía y solo hay una persona que me entendería, pero está siendo follada por su marido en estos instantes. Nancy diría lo que quiero escuchar, me animaría a que fuera flexible con sus palabras, que le diera la oportunidad de expresarse porque no habrá podido y un montón de mierdas femeninas. El primer encuentro ha sido el peor de todos y el segundo espero que sea para siempre porque cuando la vuelva a ver no la dejaré escapar.

Acabo por ir a mi despacho para trabajar en el caso sin presiones e intentar relajarme lo que pueda. Cuando llego no veo a Annie en su mesa, conociéndola estará flirteando en otros departamentos o contando a sus amigas que trabaja para mí, ¿quién sabe? Tal vez esté trabajando y ayudando en la reunión que programé al medio día en el departamento de gestiones fiscales.

Extiendo mis papeles sobre la mesa poniéndome las gafas de lectura con el pensamiento en órbita de Jocelyn vagando dentro de mí, atándome fuerte contra ella para no dejarme escapar. El corazón me late a mil por hora, mis manos tiemblan, mi voz es insonora y mi erección quiere follar. Me he pasado toda la mañana retorciéndome los calzoncillos, hasta que no me de alivio no podré continuar con mi vida. Estoy deseando que se acabe el día para ir al Golden y follarme a Gina, ella sabe lo que hacerme para que sea feliz.

Pulso por quinta el vez el botón verde que avisa a Annie, ella ha debido salir al no verme por aquí. ¿Y si trabaja realmente y no solo se dedica a alardear? Opto por desabrocharme el botón, bajarme la cremallera de los pantalones y soy interrumpido nuevamente por el móvil familiar que está acabando conmigo. Puede que no tenga una vida social digna y plena, pero el móvil funciona correctamente día tras día cada diez minutos.

– ¿Por qué has llamado a Nancy?

– ¿Por qué le miras el móvil?

– Porque soy su marido. Es mi deber.

– Bastian, se va a enfadar.

– Ella está echando una siesta tras…

– No hace falta que termines la frase. Puedo imaginármelo.

– ¿Para qué le has llamado? No Dulce Bebé, ese peluche es feo, este que te regaló tu padre que te ama con locura es mucho mejor.

– ¿Chantajeas a tu hija?

– Ella me ama. No la chantajeo. La guío entre el bien y el mal. Dime, ¿para qué has llamado a mi esposa?

– Iba conduciendo cuando lo hice. Me he olvidado.

– Sebas. Mientes. Habla.

– Le he llevado una enfermera a tu hermano para curarle los huevos.

– Acabo de colgarle. Me lo ha contado. ¿Estás bien? Te noto raro.

– No lo estoy. Hoy es un día de mierda. Iba a masturbarme.

– ¡HIJO DE PUTA! ¿Por eso has llamado a mi esposa?

– No. Aunque son sus tetas lo único que me vuelve loco, o su boca, tal vez su mirada angelical o…

– ¡TE MATARÉ!

– Bromeo Bastian, bromeo.

– Mientes. ¿Qué querías de mi esposa?

– Es verdad cuando te decía que me iba a masturbar. Estoy teniendo un día de mierda.

– ¿Es el caso ese? Te dije que vinieras anoche a cenar. Ven hoy, lo estudiaremos juntos.

– No es eso.

– ¿Qué es?

Nuestras conversaciones son directas y clásicas. Creo que Bastian no es el hombre más adecuado para contarle en primera persona que Jocelyn ha vuelto y que le han bastado cinco minutos, solo cinco malditos minutos para poner mi mundo del revés. Rozar el borde de la locura. Llevándome lejos de la realidad. Viviendo una mierda de fantasía que acaba por terminar estrellándome con la verdad. Sin embargo, estoy muy unido a mi hermano Bastian, hemos estado en las buenas y en las malas, hemos compartido mucho más que amor de hermanos y para mí es mi otra mitad. Tengo que ser valiente, enfrentarme a lo que pueda decirme, su mujer le ha ablandado y puede guiarme de algun modo a lo que debería hacer con respecto a Jocelyn.

– Jocelyn – digo simplemente escuchando un suspiro al otro lado.

– Dulce Bebé, no te metas el peluche en la boca, es asqueroso.

Los balbuceos de mi sobrina, mi ahijada, mi Dulce Bebé me hacen sentir tierno y humano.

– Bastian.

– Lo siento. La tengo en el parque mientras hablo contigo. ¿Qué decías?

– Jocelyn. Ha vuelto, – me responde con el silencio – no quería decírtelo. No hubieras preguntado.

– ¿Por eso llamabas a Nancy?

– Sí. Ella es la única que puede mantenerme sobre la Tierra sin cometer errores de nuevo.

– Acabamos de hacer el amor. Está durmiendo.

– Lo he supuesto – abrocho mi pantalón subiendo la cremallera. Se me han quitado las ganas.

– ¿Quieres hablar de ello?

– Quería. Ella está en la ciudad, ha venido a verme. Pero no sé nada más.

– ¿Quieres que lo averigüe por ti?

– ¿Perseguirla de nuevo? No, gracias. Ella me ha pedido perdón.

– Qué detalle por su parte. Deberías mandarla a la mierda.

– No he podido. Me ha puesto duro y he pensado con la única parte del cuerpo que no quería pensar.

– Llama más tarde o ven a cenar. Nosotros solemos comer con las niñas y acaban de hacerlo hace un rato. Vamos todos a echar la siesta.

– ¿No es un poco pronto?

– Nos adaptamos al horario de nuestras hijas. Vivimos por y para ellas.

– Estás hecho todo un hombre de familia, – respira orgulloso al otro lado – anda, regresa con ellas. Yo estaré bien.

– Le diré a Nancy que has llamado. Ven a cenar. Mis hijas te echan de menos.

– Lo intentaré.

Necesito a mi cuñada que me diga cómo manejar esta situación. Enfrentarme a Jocelyn sin perder los papeles como lo he hecho pensando con mi evidente erección o marcando territorio frente a ese gilipollas. ¿Por

qué malditamente lo hizo? Sigo sin comprenderlo. Su versión del perdón no me ha servido para nada si luego ha quedado con un hombre para sonreírle, ¡por favor! Les ha faltado poco para follar en la acera, ese maldito bastardo iba a follar a mi Jocelyn. Se me forma un nudo en el estómago solo de imaginármela haciéndolo con otro que no sea yo, besarla, penetrarla, todo se va un pozo sin fondo si yo no soy el culpable de su placer, de su existencia. Lo fui, malditamente lo fui y me abandonó. Me duele la jodida cabeza, me va a estallar mi sistema inmunitario si no le pongo remedio a mi jodida vida. Vale la pena luchar por algo que ya está muerto, para ella puede que lo esté, para mí no, aunque vale aún más la pena luchar por una mujer a la que todavía amo. Ella va a devolverme cada uno de los trozos que se llevó de mi corazón roto, amo a Jocelyn Harden y me dará una explicación más convincente el día que la tenga frente a mis ojos de nuevo.

Espero que sea hoy mismo. Le he prometido a Gina una respuesta y no voy a jugar con el corazón de una mujer que me ama. Jocelyn no puede destruir mi presente cuando destruyó mi pasado. No será la que controle mi futuro porque no la dejaré.

Esto va a terminar hoy mismo. Mañana me despertaré al lado de una mujer y pronto sabré cuál de las dos será.

La voz de Annie suena al otro lado gastándose el dinero de la empresa en sus caprichos de revistas femeninas porque está comprando otro número de revista. No sabe que estoy aquí, por eso marco el botón verde y duda en responder.

– ¿Sí?

– Estoy dentro.

– Señor Trumper, no sabía que…

– Entra y bloquea la puerta.

– Enseguida señor.

Desabrocho mi botón bajándome los pantalones junto con los calzoncillos una vez que se ha girado tras cerrar la puerta y me ha lanzado sus bragas desde allí. Ella se está quitando la ropa, sabe lo que pasa cuando me desnudo de cintura para abajo. Se sube la falda, lanza el sujetador y se

sienta sobre la mesa hasta abrirse de piernas delante de mí como siempre lo hace, pero esta vez más sensualmente sabiendo que mis ojos disparan llamas de fuego.

Saco un condón del tercer cajón estirándolo bien sobre mi erección justo en frente de una deseosa Annie dispuesta a darme lo que mejor sabe hacer.

Ser follada por un Trumper.

De pie, entro dentro de ella tan duro que la desplazo hacia el otro lado, sujeto sus muñecas repitiendo la misma acción. Más fuerte esta vez. Metiéndome una de sus tetas en mi boca.

– No quiero oírte gemir.

– Lo, lo intentaré Señor Trumper.

Y tras el desvanecimiento de mi apellido saliendo de su boca, empujo mi erección dura dentro de ella follándola como quisiera estar haciéndolo con mi Jocelyn.

Yo jamás la abandoné.

CAPÍTULO CUATRO

La cabeza de Morgan se asoma por la puerta de mi despacho, su sonrisita de haber llegado hasta aquí sabiendo que Annie lleva más de media hora desayunando o donde quiera que esté, le ha hecho conquistar uno de los obstáculos más difíciles en el edificio; estar a solas con el jefe.

Ella desea por encima de todo que le invite a entrar, no podemos mantener esta guerra de miradas para toda la vida y acabo invitándola a que lo haga con un gesto débil que ha salido de mi mano. Morgan es malditamente caliente, lleva un vestido que lo llevarían mis chicas del Golden y sus curvas están muy pronunciadas, no es un palo y algo debajo de mis calzoncillos que estaba en calma ahora quiere averiguar que lo ha despertado. Brinca hacía mi mesa dando pequeños saltos porque no posee una altura que pueda hacerla llegar en menos tiempo. Me limito a lanzar mi pluma descuidando mis notas, a quitarme las gafas y a evaluar detenidamente como vamos a acabar la señorita y yo.

– Señor Trumper, buenos días. El Señor Connor me ha enviado para que le traiga estos dosieres importantes para su caso.

La carpeta verde es empujada por dos de sus dedos en mi dirección arrastrándola por la mesa lentamente. Sus dedos son malditamente

apetecibles y posee una perfecta manicura limada hasta el último detalle, ¿son esos diamantes de verdad? Pongo mis dos dedos sobre la carpeta frenándola y atrayéndola hacia mí. Evito que se recueste sobre la mesa de roble bastante grande y me enseñe la razón por la cual hoy se ha puesto ese vestido que enseña más de lo que debería.

– Gracias.

Insisto en ser amable porque sé que Connor no la ha enviado. No existe ningún dossier para el caso en el que trabajo ya que tengo toda la información en mis manos, y por supuesto, la razón por la que ella está aquí es otro de los motivos por los cuales estoy manteniéndola dentro de mi despacho. Alimentar un nuevo rumor.

– A mandar, Señor Trumper. ¿Tiene lo que desea?

– Lo tengo.

¡Joder! Veo la pantalla del móvil iluminarse por la llamada entrante, ¿por qué mi vida estará ligada a un maldito móvil?

Estaba teniendo una mañana tranquila hasta que Nancy se ha despertado, entonces, todo se está yendo a la mierda junto con mi arrepentimiento de haber ido a su casa ayer por la tarde para contarle en persona lo de Jocelyn. Me aconsejó que le diera la oportunidad de explicarse sin presiones y que me pusiera en su lugar dejando la crueldad a un lado para atenderla como se merece. Jocelyn probablemente sienta miedo, pánico y sentimientos de ese tipo porque un Trumper no es algo que todo el mundo puede controlar. Básicamente, aguanté una charla de horas en la que puse mis seis sentidos; mis ganas de follar es el sexto que completa a los cinco restantes. Mi cuñada sacó su libreta de notas y en su ajetreada vida de no hacer nada durante todo el día encontró las ganas de reavivar mi historia con Jocelyn. Apuntó cómo fueron los dos encuentros que tuve, cómo me afectó después de que le diera la espalda y le describí cada gesto, percepción y cualquier punto insignificante que me exigió.

Encontrar el karma entre el bien y el mal, entre el follarla o no, o entre solucionar lo que sea esto o no solucionarlo, va a ser lo más complicado a lo que me voy a enfrentar junto con mi erección cada vez que

pienso en ella. En definitiva, buscar el equilibrio que no la haga huir de nuevo.

Abandonarme otra vez.

Estoy en mi maldito derecho de expresar mi inmensa ira si la tuviera delante, ella fue la que me dejó con una maldita carta respaldando las mierdas de palabras que me escribió. No me ha dado motivos suficientes del por qué se fue tan rápido sin decirme adiós y por supuesto, que no lo dude, voy a seguir manteniéndome en mis trece hasta que me haga pensar lo contrario.

Tras la bronca de mi cuñada por haber pensado en mearla a su alrededor, le di de cenar a Dulce Bebé y cuando me aseguré que estaba dormida me marché sin decir nada. Bastian me envió un mensaje diciéndome que está enfadada conmigo, le contesté que se la follara en mi honor y él me llamó regañándome de nuevo. Toda mi actitud era el reflejo de mierda del día que viví ayer, y hoy, gracias a Dios, es otro día en el que no tengo que atender a nadie. Y bueno, ahora a dos tontas que no quieren hacer otra cosa que follarme cada vez que me ven.

– Hola – sigue susurrando Morgan en la misma posición, ¿no se había malditamente ido?

– ¿Sigues aquí?

– Le he preguntado, Señor Trumper, si están correctos los documentos.

– ¿Ves que los haya visto?

Coloco las gafas sobre mis ojos mientras abro la carpeta encontrándome con una foto desnuda de Morgan. ¡Joder! ¿Cómo quiere que no me folle a todas las mujeres que se me planten delante si no hacen otra cosa que provocarme? Yo no he buscado una follada con Morgan, pero tiene todas las de ganar con esta foto. Separo las que ha puesto dentro de la carpeta, porque hay tres o… ¡maldita sea!, cuatro, esta última con las piernas abiertas es una jodida buena razón por la cual debería despedir a Annie. Sin embargo, aquí soy el fiscal, el jefe, un Trumper y el único que decide con quién, cómo y dónde follar. Y precisamente hoy no es el día porque voy muy bien servido.

– ¿Le gusta Señor Trumper?

Da un paso hacia delante colocando las palmas de sus manos sobre mi mesa mientras está bajándose el vestido para mostrarme su exagerado escote. Cinco minutos más y estoy seguro que ella se desnuda y yo compruebo si las fotos están trucadas o de verdad tiene un lunar al lado de su teta izquierda que le hace tan sexy. Guardo la carpeta en mi cajón junto con los condones, la próxima vez que la vea me la follaré sin dudarlo.

– Vuelve a tu trabajo, Morgan.

Arruga sus labios pensando en que la he regañado con bastante dureza, parece mentira que no conozcan que mi voz siempre es grave, ruda y ronca, digna de alejar a todas las mujeres como ella de mi vista. Ayer por la tarde fui al gimnasio, luego a casa de Sebastian para mirarle los huevos y cuando acabé de aguantar la charla de mi cuñada me fui al Golden Night. Gina me dio lo que necesitaba, calma, tranquilidad, paciencia y amor, algo que buscaba tras haber tenido esos dos encuentros de cinco minutos con mi Jocelyn. No sé en qué punto me encuentro con Gina, si somos algo, si no lo somos, me dormí mucho antes que ella y esta mañana he amanecido a su lado, follandola de nuevo antes de ir a casa para arreglarme. Por lo tanto, quisiera hablar con Gina sobre Jocelyn, ella me dijo que el pasado siempre vuelve y ayer fue la única persona con la que no me sinceré porque no quería hacerla daño. Ella es especial y no sé cuáles son mis sentimientos, pero sea lo que sea, no está cerca de ser amor o la mujer con la que querría pasar el resto de mi vida.

La puerta se cierra rápidamente y pronto estará alimentando el rumor sobre mi rechazo. Si tan solo las mujeres tuvieran un poquito de dignidad por sí mismas podríamos organizarnos y follar entre todos pausadamente, tal vez, hacer un esquema u horario para el acto en general.

Sacudo mi cabeza porque mi idea no es tan mala. Algo como un calendario para follar es lo que necesitaría.

Al declinar las llamadas de mi cuñada mi hermano arremete contra mí llamándome hasta que le atienda. Necesito un descanso de treinta segundos para aguantarle.

– ¿A Bastian le contestas y a mí no?

Fracaso. Me lo debí imaginar.

– Nancy. La gente trabaja. ¿Sabes lo que es eso?

– ¡No te pases! – Ese es mi hermano metiéndose en nuestra conversación.

– Esto es cosa mía, cariño – ¿por qué no están follando y me dejan en paz? – Sebas, ¿sabes algo de ella?

– No. Ni quiero.

– ¿No vas a aceptar la oferta de Bastian para encontrarla en la ciudad? Según tú, el pistacho verde no es muy común y te memorizaste la matrícula.

– Nancy, agradezco tu apoyo pero se acabó. Voy a darle una oportunidad a Gina.

– Gina no es la solución.

– Para mí sí. Desde que he decidido estar con Gina me siento mejor, no tengo sofocos, mareos o incluso ganas de matar a alguien. Ahora solo tengo un mal humor de perros, pero ya conoces a los Trumper.

– Sebas, he estado toda la noche pensando en tu situación y debes de encontrarla. El amor de tu vida está en la ciudad, ¿sabes lo que es eso? Ha venido a verte, te ha pedido perdón y…

– Nancy, para. Tú vives una vida de rosas. Yo no. La vida real aquí afuera es diferente. Fin de la historia.

– Voy a ir a por ti y más vale que despejes todo a tu alrededor porque te lo lanzo a la cabeza. ¡Insensible!

– Te reto. Anoche ya esquivé parte de tu mobiliario en la cocina.

– ¡Sebas, deja a mi esposa! – Grita mi hermano.

– Esto no va a quedar así. Quiero que seas feliz y ayer tus ojos se iluminaban cada vez que hablabas de ella.

– Hay interferencias en la conexión.

Aparto mi móvil de la oreja guardándolo en el cajón después de haberlo silenciado. No soportaré otra charla de amor, sentimientos y esas

cosas ridículas de las que me habló mi cuñada. Voy a tener que tener una conversación seria con mi hermano y aconsejarle que empiece a dejarla salir de casa, la vida en pareja con las niñas en su paraíso le está perjudicando. Que ellos tengan una vida perfecta y feliz no significa que aquí afuera todo sea de la misma forma. ¡Joder!

De malas ganas vuelvo con el trabajo preguntándome malditamente donde está Annie y por qué tarda tanto. Me comentó algo sobre desayunar fuera del edificio, pero como se haya ido de compras acabaré con ella hoy mismo y contrataré a Morgan que hoy ha hecho méritos propios para optar al puesto de secretaria. Un puesto que lo tengo por tener, por justificar un sueldo que le pago a la mujer que se preste para ser follada cada vez que me plazca.

Llamo al departamento de las enormes tetas que han estado aquí hace un rato.

– ¿Señor Trumper?

– Morgan, ¿sabes dónde está Annie?

– No Señor Trumper, la vi marcharse en un taxi hace una hora.

– Necesito a alguien ahora mismo, ¿quieres ayudarme?

– Por supuestísimo Señor Trumper, enseguida subo.

– Recoge las cosas de tu mesa e instálate al lado de la de Annie.

– Sí, Señor Trumper.

De buen humor. Sí, todo marcha sobre ruedas. Estoy seguro que a Gina no le importará que me lucre la vista al menos ya que ella va a ser el amor de mi vida y mi mujer, no tendrá por qué saber que me follaré a dos tontas por follar. Aunque como siga así voy a necesitar de verdad ese calendario para darle un respiro a mi erección, no me gusta que esté presionada y escondida bajo mis calzoncillos apretados.

Al rato, cuando estoy centrado en mi caso, oigo como Annie discute con Morgan, lanzo las gafas sobre la mesa y abro la puerta enfadado por el escándalo que están montando.

– ¡CERRAD LA MALDITA BOCA!

– Señor Trumper, ella me ha robado mi grapadora rosa. Es mía.

– Estaba escondida en este cajón Señor Trumper – contesta Morgan en su defensa.

– Aquí venís malditamente a trabajar no a competir por lo que no es vuestro. Dejad de ser tan crías y poneros a trabajar.

– ¿En qué le ayudo Señor Trumper? – Se levanta Morgan con esa sonrisita. Como se acerque a mí voy a mandar a la mierda el celibato mañanero para follarla como se merece.

– Eso debería preguntarlo yo – Annie ataca nuevamente.

Ruedo los ojos pasando la mano por mi frente y pensando en que no puedo ponerme a la altura de dos mujeres sin cerebro; muy rápidas y hábiles para follar pero a la hora de mantener la calma por una maldita grapadora se vuelven infantiles.

– Annie, baja a archivo para ayudar a Frankie y después de la hora del almuerzo puedes marcharte a casa. Morgan, tú termina de instalarte y ponte al día con el programa electrónico de Annie, no te será difícil pero te tomará tiempo. ¿Queda malditamente entendido lo que os he mandado?

– Sí, Señor Trumper – se vuelve a sentar Morgan.

– ¿Por qué yo con Frankie?

– Porque te has pasado toda la maldita mañana comprando unos supuestos pasteles para mí que te has comido por el camino. He visto tus malditas bolsas de ropa en recepción.

– Era una sorpresa para ti.

– Y tú deberías saber que sé todo lo que pasa en este edificio e inclusive fuera de él. ¡Largo!

Golpeo la puerta cerrándola para que sigan murmurando y peleando sobre lo que les he mandado. Mis sobrinas pequeñas tienen más sensatez que esas dos juntas, separarlas esta mañana será lo mejor. Estoy raramente calmado, con mi vida amorosa por las nubes y trabajando en un caso que se me escapa de las manos porque no dejo de pensar en que ella me ha afectado más de lo que creía. Se supone que no somos pareja, ¿por qué

debería afectarme? Además, ya se habrá ido de la ciudad, estaría de pasada y el pedirme perdón sería su prioridad número uno. La segunda sería sonreírle al maldito follador de mujeres en las aceras de las calles de Chicago.

El teléfono del despacho suena distrayéndome de la página setecientos tres, bostezo porque la presión que siento hoy se está extendiendo por todo mi cuerpo, y ahora, tengo ganas de follar más de las que debería y me siento como si hubiera levantado un camión lleno de piedras.

La luz verde solo me indica que es Morgan, probablemente esté toqueteando las cosas de Annie y pruebe cómo funciona el teléfono.

– Señor Trumper, soy Morgan.

– Lo suponía.

– Con el Señor Connor suelo hacerlo de esta manera, no quería irrumpir en el despacho y por eso he decidido llamarle para avisarle que tiene visita.

– Dile que se vaya, no tengo ninguna cita programada – si fuesen Bastian y Nancy ella ya hubiera abierto la puerta del despacho sin dudarlo.

– Es una mujer que pregunta por usted y ha insistido en ver al Señor Trumper.

– Hágala pasar.

– Sí, Señor Trumper.

La de Asuntos Internos va a saber quién soy yo. Quizás me folle a la mujer y le dé una buena razón para que se piense en una jubilación anticipada y deje de tocarme los malditos huevos insistiendo en mis contactos políticos. Necesito a mi madre aquí, ella la patearía el culo fuera de mi vista. Acusar a su hijo va en contra de su ley y si viene con mi padre estoy seguro que la vería volar a través de la ventana. Mantengo la calma porque es así como debo de actuar con la mujer, ella entrará dispuesta a arrematar contra mí y cuanto más la ignores, más se enfada. Y si algo me gusta de mi trabajo es hacer enfadar a esas personas que quieren mi cabeza en una bandeja de plata.

La puerta se abre más lenta de lo que debería. Alejo mi vista del papel quitándome las gafas porque mis ojos están quemando, para mi sorpresa, ellos se van directamente hacia una persona tímida e inocente que está dudando en si entrar o volver a abandonarme. Ha despertado a la fiera que dormía plácidamente, le doy la bienvenida a este placer que ya me está matando y ella no ha hecho otro gesto que sonreírme, ¿quiere malditamente matarme? Jocelyn está parada a punto de entrar sin dar un paso hacia delante pero tampoco hacía atrás. Sujeta una carpeta en la mano y la otra está sobre el manillar de la puerta esperando a que le de paso. Por primera vez en cinco años quiero devolverle la sonrisa, follarla y luego hablar ya que es indudable que no puedo resistirme a ella porque posee cada parte de mi control. Aunque todo se lo llevó junto con mi corazón, no debo de olvidarme de quién es ella y quién fue para mí una vez que me dejó abandonado.

Pongo mi espalda recta fingiendo buscar un papel inexistente.

– ¿Vas a quedarte ahí toda la mañana?

¡Maldita sea! Yo no era así con ella, me duele en el alma tener que ser tan borde con la única mujer a la que he amado, amo y amaré.

La miro de reojo mientras ella se pelea con la puerta, se queda abierta y si no le das un golpe fuerte se abrirá enseguida, y mi Jocelyn puede propinarle la patada que le acaba de dar creyéndose que no la he visto. ¡Esa es mi chica! Se gira quedando frente a mí avanzando decidida en mi dirección, intentando tener la cabeza alta y fracasando gravemente porque la conozco demasiado como para saber que está disimulando una actitud que no posee. Voy a malditamente follarla sobre todas las superficies aptas de mi despacho, las no aptas también. Doy por terminado el fingir que no me interesa que esté aquí y voy a admirar a esta hermosura que se acaba de sentar más rápido de lo que creía en una de las dos sillas que tengo frente a mi mesa. Aprieta contra sí misma un bolso junto con unas carpetas, no se ha quitado el abrigo que lleva puesto y mi reina debe de estar asfixiándose de calor. Buena decisión de todas formas, no quiero que nadie vea lo que es mío.

– Hola, Sebas – mi nombre en sus labios sigue siendo lo más erótico que puede darme sin moverse, pero ha dudado en pronunciarlo y quiero

castigarla por haberlo hecho.

– El mismo – apoyo uno de mis codos sobre el reposabrazos llevándome los dedos a la boca y pasándomelos por los labios para apretarme bien fuerte. No quiero contestarle mal.

– Siento si te he interrumpido, yo, huh…

Ese huh hizo que no durmiera en dos noches, aún recuerdo esos dos días en que no paré de hacerle el amor durante cuarenta y ocho horas seguidas. ¡Maldita sea! Quiero hacerle el amor durante el resto de mi vida empezando por la mesa de mi despacho y acabando en nuestra cama, en la que cada noche pongo un poco de su perfume en la almohada para aliviar mi soledad.

Y como vuelva a morderse el labio o mirar hacia sus manos la amordazaré y malditamente la ataré. Mía, malditamente mía y de nadie más.

– No interrumpes.

– Bien, huh, venía a… sé que no debería estar aquí y…

– Seguramente no deberías.

Porque me abandonaste. Y si quieres volver a hacerme daño, no lo harás. Malditamente no lo harás de nuevo. Ya no soy tan débil. No caeré dos veces en tu trampa.

– Eso, ya lo sé. Huh, yo quería – saca algo de sus carpetas y lo pone sobre la mesa – dejarte esto, personalmente… creo que…

Dejo de oírla porque vamos mal encaminados si no quiere acabar en una silla de ruedas por cómo voy a enterrarme dentro de ella. Lo arrastra hasta que lo atrapo sin ningún tipo de contacto porque quizás en este papel estén muchas de las respuestas que necesito. Quiero acabar pronto con toda esta mierda y después follarla como tengo en mente.

– ¿Qué es? – Lo primero que veo es su foto en la esquina superior.

– Mi curriculum.

Todo lo que sentía se viene al traste, lo dejo caer sobre la mesa para mirarla fijamente, la he pillado mirándome también pero ahora prefiere

prestarle atención a sus delicadas manos. ¡Deja de esconderte y da la maldita cara!

– ¿Has venido a pedirme trabajo?

– No particularmente, tal vez… solo… huh.

– Jocelyn Harden, ve al maldito grano. ¿Quieres que te busque trabajo?

– Sí – responde en un susurro inaudible.

– No te he oído.

– Sí, – ahora ha sonado mucho mejor – yo, huh…

– Lo tramitaré a Recursos Humanos, el lugar en el que deberías haberlo dejado.

– Gracias.

Aparto de mi lado su maldito curriculum porque no quiero enfadarme, ya no me manipula y lo mejor será que dejemos las cosas tal y como están. Ya no viene solo a pedirme perdón, ya viene a pedirme trabajo, al tonto y bueno de Sebas Trumper que dio toda su jodida vida por ella.

Vuelvo a ponerme las gafas sintiendo mi erección pinchar más fuerte de lo usual porque estoy malditamente hasta los huevos de no follar. En cuanto se vaya, Morgan hará lo que ella no ha hecho durante los cinco años en los que me abandonó. Me percato de que se está poniendo el bolso una vez que está de pie, ella no está yéndose de nuevo, no lo permitiré.

– ¿Te vas? – Pregunto en mi derecho a hacerlo.

– Sí.

– Cierra fuerte la puerta cuando lo hagas.

Le he dado la jodida oportunidad de hablar conmigo. No ha interrumpido, no estoy ocupado, estamos solos, somos adultos y malditamente ha optado por huir de nuevo. ¡Joder! Su trasero está haciendo de mí un hombre miserable, ¿cómo se atreve a salir así a la calle? El abrigo no lo cubre lo suficiente, es delgado, me he dado cuenta que es una chaqueta, ella puede tener frío, se helará de nuevo si sale así a la calle, no

hace el calor suficiente para cubrirla. ¿Es que tengo que pensar en todo? Se cree que la primavera es caliente pero no, ella puede atrapar un resfriado, ¿quién la cuidará?

Rotundamente me niego a perderla de nuevo, mi equilibro emocional y mi erección no me lo perdonarían. Hago caso a mis instintos corriendo hasta abrir la puerta bruscamente para encontrarla esperando el último ascensor al otro lado de la planta. Morgan me mira sonriendo, le regaño levantando ambas manos para que continúe con el trabajo y fijo mi vista en la mujer que está sujetando fuerte contra sí misma su bolso y las carpetas. Rezo porque en estos quince segundos en los que camino hacia ella no venga el ascensor, que me deje acercarme sin asustarla, necesito que me perdone por haber matado la sonrisa que me había regalado hace un momento. Jocelyn no entiende que estoy malditamente roto por lo que me hizo, no sabe que tiene que tener cuidado y que no soy el mismo, ya no, ella me arrebató mi vida, mi corazón y ahora quiere que todo sea como antes. No, no lo es, pero tampoco quiero que huya de mí otra vez.

Descompone cada uno de mis seis sentidos cuando clava sus ojos marrones en los míos. Sus largas pestañas, delicadas cejas, su nariz redonda y respingona, y su sonrisa de nuevo. Todo eso es para mí. Por y para mí.

– ¿Querías algo?

¡Follarte hasta el amanecer!

– ¿Has venido solo a pedirme trabajo?

– Huh – el pitido del ascensor suena, da un paso evitando que las puertas se cierren de nuevo y todavía está sonriendo, ¿por qué me hace esto? – sí, en parte sí.

– ¿Es eso lo que querías cuando viniste a casa?

– No. Ayer quería, huh, pedirte perdón.

Cómo vuelva a decir huh, nos encerraremos en el ascensor por el resto del día. No le va a gustar que las cámaras vean el espectáculo que vamos a tener dentro.

– Así que, perdón y trabajo. ¿Cierto?

– Sí.

Las puertas del ascensor se cierran en mis narices una vez que ha levantado la mano para decirme adiós. ¿Cuándo malditamente ha avanzado dentro quedándose con la última palabra?, ¿se ha ido otra vez?, ¿qué cojones está pasando con ella?

Destruyo todas las esperanzas posibles con la mujer que me acaba de abandonar por millonésima vez, ¿es esto un maldito juego para ella? Para mí no, se trata de mis sentimientos y ella está haciendo de mi vida un infierno desde ayer por la mañana. Pienso en lo que mi cuñada me diría, que fuera amable, sensible y escuchara su versión, ¿pero cuando malditamente voy a escucharla si solo me utiliza para encontrarle trabajo? Primero el perdón, luego el trabajo, ¿qué será lo siguiente?, ¿te presento a mi nuevo novio, que por cierto, no eres tú?

Entro en mi despacho estrellando la maldita silla contra el suelo. Para colmo ha dejado el rastro del perfume que me vuelve loco, sabe lo que me hacía cada vez que se lo echaba porque el olor a vida emana de su aroma. ¡Joder!

Morgan aparece asustada.

– Señor Trumper, ¿va todo bien?

Repaso de arriba abajo a este trozo de mujer fácil sin remordimientos, debo de estar perdiéndome algo por el cual no la he follado ya, mi erección pica duro, quiere que malditamente echemos un polvo. Y por eso, es inevitable que dé un paso hacia delante reclamándola aquí mismo. La cojo en brazos cargando con ella para dejarla sobre la mesa y arranco el vestido que debería haber arrancado desde que la he visto esta mañana. Planto con posesión mis labios sobre los suyos y recibo en respuesta sus pies sobre mi trasero que aprietan fuerte contra su cuerpo. Me dejo llevar por sus manos, sus uñas acariciando los botones que ya ha desabrochado de mi camisa y abro los ojos para ver que malditamente está haciendo.

– Para – retrocedo aguantando su fuerte agarre sobre mí.

– Señor Trumper, relájese, yo cuidaré de usted.

Su lengua entra en mi boca explorándola por primera vez, ronronea, gime y yo sigo con los ojos abiertos mirando por la ventana, pensando en

qué he hecho yo para que Jocelyn haga de mi vida un infierno.

Olvido por un instante a Jocelyn, o tal vez no. Siento el alivio que está recorriendo mi cuerpo porque la mano de Morgan está dentro de mis pantalones. Trabaja bien de arriba abajo sobre mi erección, moviéndose, gimiendo y satisfaciéndome más de lo que creía. Me relaja el tenerla frotando sus manos sobre mi piel, perdiéndome en los diamantes de su manicura e importándome una mierda si son de verdad o son falsos. Dejo las palmas de mis manos caer sobre la mesa tan rápido un escalofrío viaja dentro de mí extendiéndose desde todas las extremidades y acabando resbalando sobre las manos que han hecho esto posible.

He ahogado un grito ronco que no ha oído. Ella está medio desnuda y yo no, me siento más calmado rodeando la mesa para limpiarme con unas servilletas con aroma de colonia que ya he usado con Annie en más de una ocasión. Morgan no se pierde lo que estoy haciendo, incluso recibe felizmente las servilletas frotándolas sobre sus manos, aquellas que me acaban de poner del mismo mal humor que me encontraba hace unos minutos. Abrocho la cremallera de mis pantalones introduciendo bien la camisa dentro de ellos bajo la atenta mirada de mi nueva secretaria. Pongo mi trasero en la silla bostezando, colocando mis gafas y cogiendo la pluma que dejé sobre mis documentos.

– Puedes irte.

También podría parar de insultarme una vez que se ha puesto el vestido, pero no es mi culpa, ella ya sabía a lo que venía, ha hecho lo que ha querido y que no espere un polvo de regalo porque no quiero. No me apetece ahora. Ella ha sido mi maldita cura tras la visita de Jocelyn, hubiera hecho lo mismo con la primera que hubiera entrado en mi despacho. Cuando se marcha, puedo relajarme suspirando mientras ojeo desde aquí el curriculum que está en la otra parte de la mesa, el que he apartado vulgarmente porque me parecía más interesante la visión de tener a Jocelyn frente a mí. Arrastro mi brazo hasta llegar al papel y busco lo que verdaderamente me interesa, ¿dónde malditamente ha estado estos últimos cinco años? Paso los dos folios insignificantes que tiene como curriculum buscando fechas, nuevos datos o alguna pista que me lleve a una explicación digna. Fracaso en ello, no hay nada que ya no sepa y si ha

venido a reírse de mí entregándome un curriculum a medias le va a costar cara la broma porque le voy a hacer saber que está malditamente acabada en Chicago. Si quiere encontrar empleo que se vaya de nuevo y no vuelva nunca más.

Lanzo la mierda que me ha entregado sobre la mesa memorizando desde aquí su foto que pienso arrancar y guardar en mi cartera junto con las otras que tengo. Esta es actual y ya estoy tardando en despegarla suavemente, no quiero que se me rompa y por eso lo hago con delicadeza. Llego al punto de que había dado por hecho que los datos personales eran los mismos. Y no es así. No tiene nueva dirección pero sí un nuevo número de teléfono. Bien Señorita Harden, ahora no te puedes escapar. Malditamente voy a regalarle mi primera sonrisa porque tal vez esto haya sido una manera de dejarme una pista. Sabe que puedo estar en la puerta de su casa en menos de cinco minutos y que la acosaré por el móvil activando el GPS para no perderme ni un paso que dé en esta ciudad. Ella ha sido muy lista, Jocelyn lo es, me ha dado una señal y voy a tomar todo lo que me dé porque la amo más que a mi propia vida.

Guardé mi móvil en el cajón y ahora está vibrando, como sea mi hermano Bastian amenazándome por ignorar a su esposa voy a colgarle inmediatamente. Doy con el aparato leyendo y es mi madre, ruedo los ojos pensando en si descolgarla o no.

– ¡No me llamas nunca! – No me ha dejado ni saludarla.

– Trabajo.

– Siempre trabajas, ¿qué hay de tu madre? Ayer no coincidí contigo cuando fui a ver a mis nietas. ¿No quieres verme?

– Madre, sí quiero, últimamente trabajo mucho.

– No tienes que trabajar tanto y dedicarte más a tu familia. ¿Por qué no me llevas a almorzar fuera? Tú padre está en el despacho encerrado estudiando tu caso, no quiero molestarle.

– No lo hagas. Me ayuda con ello. Otro día, ¿vale?

– ¿Mañana? Es viernes, no debes de estar muy ocupado.

– No te prometo nada.

– Pues hazlo. Además, Sebastian está enfermo y no quiere que vaya a casa para cuidarle.

– Problemas de hombres.

– ¿Qué problemas?

– Madre. Tus tres hijos están bien, sanos y salvos. Ve con tus amigas a hacer algo. Ya hablamos este fin de semana en la comida del domingo. No fallo nunca los domingos.

– Luego te vas rápido. No te quedas conmigo.

– Tengo otras responsabilidades.

– No me gusta. ¿Has conocido ya a alguna mujer?

Abro la boca para responderle pero vuelvo a cerrarla arrepintiéndome de soltarle lo de Jocelyn. No quiero darle falsas esperanzas, tanto positivas como negativas. Evitaré contarle que ha vuelto a la ciudad y que me está volviendo loco, que mi corazón vuelve a la vida y que me apetece hasta sonreír.

– A ninguna mujer que me llene, madre.

– Ponte a ello pronto. Quiero más nietos.

– Intentaré ponerme a ello en mis ratos libres. Tengo que colgar, iré a ver a Sebastian y volveré al trabajo.

– ¿Verás a las niñas cuando salgas?

– Si me da tiempo sí. Suelo entretenerme en el gimnasio y termino en casa durmiendo más pronto que tarde.

– ¡Esa no es vida Sebas! No me gusta. Tampoco que no quieras verme.

– Madre, si te sirve de consuelo me siento muy feliz, – sujeto la foto de Jocelyn entre mis dedos – muy feliz desde ayer.

– ¿Has conocido a una mujer? Me lo has negado.

– He dicho que me llene, madre. El mundo está repleto de mujeres bonitas, solo espero a la perfecta.

– ¿Y esa perfecta ha llegado?

– Más o menos.

– ¡SEBAS, LA QUIERO EN CASA!

Probablemente he reído inconscientemente, me despido de ella rápido prometiéndole que le contaré el resto de la historia y beso la foto de mi Jocelyn. Puede que sea verdad y yo sea su favorito, al menos, creo que me he sentido muy unida a ella en los últimos cinco años. Si algo me ha enseñado ha sido el no necesitar a nadie para continuar viviendo, que con el amor de una familia y amigos la vida continúa. Y eso he hecho, vivir. Y omitir a mi madre gran parte de mi vida; la sexual, la provocadora, la que no para de piropear a una mujer que me ponga duro, la del Golden Night, la de veces que me he corrido pensando en mujeres, el tener a dos secretarias a mi entera disposición e infinidades de vidas adversas que vivo sin que mi madre lo sepa. Sí, creo que dejaré el trono de hijo perfecto si algún día supiera lo que hago tras la fachada que le muestro.

Salgo de mi despacho encontrándome con una Morgan que está llorando sus lágrimas en peso. Suspiro con el esfuerzo mínimo de tener que consolar a una mujer que ni siquiera conozco. Ha hecho una buena labor ahí dentro pero no me la he follado aún para ponerle una maldita nota mental y pensar en repetir, de hecho, repetiría su trabajo manual tantas veces ella quisiera. Rodeo el mostrador más alto que ella posicionándome a su lado, animándola a levantarse muy a su pesar porque susurra que está fea con el maquillaje mojado. Me importa una mierda, me siento sobre la mesa atrayéndola hacia mí para abrazarla lo más fuerte que puedo.

– Llorar es un signo de debilidad, solo los más débiles lo hacen.

– Lo siento.

– No pidas perdón por llorar. Eres débil. Nada más que añadir – veo su reacción y siento que la estoy empeorando – ¿por qué lloras?

– Nada.

– Nada no es una respuesta convincente. ¿Es por lo que ha pasado ahí dentro?

– Sí, – susurra – no eres tú, soy yo.

– Eso ya me lo sé de memoria. ¿Es porque no te he follado? – No responde y me lo tomo como un sí – ¿querías que te follara?

– Sí – su afirmación ha sido más que suficiente.

– Mírame, – lo hace temblando – vas a hacerme un favor antes de tomarte el resto del día libre. ¿Te acuerdas de la chica que ha venido hace un rato?

– Ha sido la única – se ríe porque se cree que la tomo por tonta. Debo de tener un poco de delicadeza hablando con este tipo de mujeres frágiles.

– Es alguien que ha venido a dejarme el curriculum, la llamarás para concertar una cita con ella mañana a primera hora. Y cuando lo hayas hecho, te irás de compras a la tienda de Victoria Secret al final de la Avenida Michigan para escoger algo sexy que vestirás solo para mí. ¿Entendido?

– Sí Señor Trumper, – le ha cambiado el gesto de la cara – ¿mañana no vuelvo a mi departamento?

– No. Más tarde hablaré con Connor para informarle que ahora trabajas para mí.

Su sonrisa infantil le hace erguir la espalda porque se siente realizada. Escribo en un folio el número de teléfono que me he memorizado para que mañana Jocelyn venga a mi despacho, daremos por finalizado las mierdas que hay entre nosotros. Ya me he cansado de jugar al ratón y al gato. Cuento los minutos para que tengamos una conversación íntegra en mi despacho, aquí no se sentirá intimidada y es la mejor opción, porque como vaya a su casa ahora mismo me la follaré de tal modo que crearemos un kamasutra nuevo con nosotros de protagonistas.

La dejo contenta tomando notas. Saco mi móvil mientras bajo en el ascensor, ¿cómo no?, mi cuñada intentando hacer de celestina. No pienso contarle a nadie que mañana la veré, que la he visto y que probablemente la follaré duro contra todo lo que esté en nuestro camino.

– Sebas, ¿te esperamos para comer?

– No. Lo hago con Sebastian.

– ¿No está con Rachel o continúa con sus genitales rotos?

– Ellos lo han dejado. Lo llamé para almorzar juntos.

– ¿Por qué no venís a casa?, ¿nos estáis excluyendo a Bastian y a mí?

– Pregúntale a mi hermano, si no nos usarais de niñeras momentáneas para daros un revolcón tal vez iríamos más a menudo.

– Eso es incierto, no nos damos revolcones.

– ¡Sebas, modera tu lenguaje! – Mi hermano interrumpiendo para no variar.

– De todas formas yo tengo que volver al trabajo, solo iba a verle los huevos.

– Oh, y…

– No. No sé nada. Tengo que colgar, luego si puedo me acerco a ver a las niñas. ¿Cuándo acaba tu encierro?

– Bastian, tu hermano Sebas me pregunta que cuando acaba mi encierro.

– ¡Nunca! – Gruñe.

– Qué te sea leve cuñada, siempre puedes abandonarle y dejar que yo te folle fuera de casa. Yo nunca te encerraría.

Apago el teléfono esperando a que mi hermano corte mis pelotas en cuanto me vea si lo ha oído. La relación con mi cuñada es perfecta, jamás hubiera pensado en encontrar a una amiga que se ha convertido en familia. Por ella mataría como lo haría mi hermano, incluso encerré a las personas que le estorbaban en su vida por ella, por mi hermano, porque sean felices ya que se merecen lo mejor. Por eso, cada día que pasa me recuerda más a que puedo ser un hombre normal, bromear, tomarme las cosas con más ligereza y no pensar en que todo me molesta, incluso el aire que respiro. Mi personalidad tiene una explicación digna de cine, que Jocelyn haya vuelto a la ciudad y que el momento de enterrarme dentro de ella está más cerca de lo que creía.

Me encuentro tocando a la puerta esperando a que me abra, he oído ruidos adentro y el muy vago me está haciendo esperar. Me adelanto a su inteligencia sacando las llaves de mi bolsillo para entrar con desfachatez y

encontrándomelo desnudo como nuestra madre nos trajo al mundo. Aparto la vista gruñéndole. Podría ponerse algo de ropa y dejar de hacerlo como si fuera lo más normal sabiendo que yo vendría a esta maldita hora.

– Mis huevos no duelen – es lo único que me dice sonriendo.

– Llevo cinco minutos tocando a la puerta, ¿qué malditamente hacías?

– Intentar poner a mi campeón duro para comprobar si puedo follar o no. Ven, mira y tócame a ver si me duele el tacto de otra mano.

En desventaja podría hasta ser coherente lo que ha soltado por su maldita boca, pero que yo le esté tocando los huevos está fuera de mi jurisdicción. Sea mi hermano o sea quien sea, no toco huevos a otros hombres. Tomo la libertad de dirigirme a la cocina, se suponía que había pedido algo para comer y veo sobre la mesa mierdas como galletas saladas y vino.

– ¿Y la comida?

– Ya viene de camino. Tranquilo – le siento cerca de mí, giro la cara tragándome el orgullo de no pegarle fuerte – ¿qué?

– ¡Qué te pongas ropa!

– No hasta que me toques los huevos Sebas – osa a agarrar mi brazo levantándolo para que le toque.

– ¡Sebastian! – Le regaño empujándole – ¡ya basta!

– Tranquilo hombre de las tinieblas. Era una broma, aunque lo de tocarme no lo era. Si mi misil no está hacia arriba me duele, el que me cuelgue esta belleza de la naturaleza hace que presione el peso en mis huevos y…

– ¡Cierra la maldita boca!

Se va sonriendo y espero que aparezca con ropa o si no seré yo el que se la ponga, y si tengo que tocarle los malditos huevos para que lo haga, lo haré. Recibo en mi móvil del trabajo la confirmación de Morgan sobre la visita mañana a primera hora de mi Jocelyn, paso una mano sobre su

nombre en el mensaje guardándolo rápidamente ante la presencia inoportuna de mi hermano. Vestido.

– He pedido comida china, espero que no te importe. La chica siempre viene disfrazada.

– No me importa.

– ¿Vienes al gimnasio luego? Como no he podido salir me he comprado una máquina nueva. En una hora la traen.

– Quiero ir, pero no al de tu casa. A otro.

– ¿Qué harás luego?

– Depende, quisiera ir a ver a las niñas.

– Yo llevo dos días sin verlas y tu hermano está acabando con mi santa paciencia. ¿Tan difícil es que entienda que casi pierdo a mis muchachos?

– Si fueras un hombre digno de una mujer inteligente no dejarías que te golpeara.

– Exacto. Es más inteligente follarte a tus putas o mucho más, traértelas aquí.

– Gina no es una puta.

– Ya veo. Me contó lo que pasó entre vosotros. Por favor, ¿ser novios?

– Eso fue un lapsus. ¿Y qué pasaría si fuese mi novia? Tú menos que nadie no debes de juzgar dónde trabaja.

– Hermano. No he dicho ni una jodida palabra. ¿Qué te pasa?

– Absolutamente nada.

– Eso no es lo que dices de ti. Te conozco desde hace bastantes años, no puedes mentirme. ¿Quién es ella?

– Gina. Te lo acabo de decir.

– Gina no te tendría de esta manera. Te tendría como si estuvieras flotando, ojos brillantes y una obsesión compulsiva con su seguridad como

el loco de tu hermano. Te he visto enamorado, y déjame decirte hermano, – golpea mi hombro – que Gina no es tu problema.

– Supongo que Bastian y Nancy no te han dicho que Jocelyn ha vuelto.

– ¡NO!, ¿me excluís de la familia?

– Deja que te cuente la mejor versión, incluso la última si mantienes tu pico cerrado.

– Dispara.

Compartimos un almuerzo y una charla de chicas en menos tiempo del que creía. Le cuento hasta el más mínimo detalle enfocándome en los puntos flexibles de las reacciones que mi Jocelyn ha tenido. Tal vez se me escapa algo y estoy tan ciego que no logro ver más allá de su maldito trasero que me pone duro cada vez que pongo mis ojos sobre él.

Confirma su sellamiento de boca jurando por su ahijada Nadine, no dirá nada pero no promete el compartir algo más de información como no acabe contándoselo pronto a Nancy. Ellos dos tienen una relación muy íntima y están bastante unidos, esté con Rachel o no lo esté. Quisiera prometerle que pronto acabaré con todo gritándoles que por fin la he conseguido de vuelta, pero ni yo mismo sé cómo voy a reaccionar mañana a primera hora. Hoy debo de acostarme pronto, pensaré en usar la crema que me compró mi madre para las arrugas de la cara, quiero estar perfecto para nuestro encuentro.

Siento como que he vuelto al pasado, cuidando de mi físico para impresionarla.

A medida que el día va acabando mis ganas de ir al gimnasio se desvanecen considerablemente. Conduzco de vuelta al Golden Night tras haberles hecho una visita rápida a mis dos sobrinas que dormían, esquivando las preguntas de mi cuñada y robándoles algo de cenar que está haciendo un agujero en mi estómago. No sé de dónde sacan el gusto por el picante en todas las malditas comidas que tienen. Si fuese sincero conmigo mismo me iría a casa, prepararme para estar mañana en el trabajo antes de que ella vuelva, pero como soy un maldito cabrón descerebrado y atento, necesito ver a Gina. Ignoraré el hecho de contarle que Jocelyn ha venido a

verme y que estoy en una jodida nube por ella, porque si me vuelve abandonar Gina será mi elegida, sí o sí.

Saludo a los chicos de seguridad entrando con la cabeza en alto y buscándola en la barra donde debería estar sirviendo. Espero que no haya ningún baboso molestándola o tendré que expulsarle a patadas fuera de mi club. Por fin doy con ella cuando la veo salir cargando una caja de cervezas, ¿es que nadie va a malditamente ayudarla?, ella no puede con todas. Salto la barra haciéndome daño en mi tobillo por golpear algo y me dirijo hacia la caja colocándola en el suelo.

– Puedes hacerte daño con el peso de la caja.

– No lo haré – me replica bruscamente con las manos en su cintura. Puede que no solo venga a contarle lo de Jocelyn y opte por darle mis últimas folladas antes de recuperar a la mujer que me abandonó.

– ¿Cuándo acaba tu turno?

– Hoy tengo cierre.

– ¿Cierre?

– Es jueves. Siempre hago cierre los jueves, viernes y sábados.

– Me había olvidado, oye…

Bajo la cabeza para besarla pero se asusta alejándose de mí con los ojos abiertos. ¿Qué malditamente ha hecho?, ¿otra vez esta mierda? Sacudo mi cabeza saltando por la barra de nuevo.

– Sebas, espera.

Doble i, ira e ignorancia hacia Gina tras rechazarme públicamente. Sus mierdas no son mi maldito problema ahora y probablemente me despida de mi celibato follandome a todas las mises que trabajan esta noche.

El club está lleno de gente, Charles me hace un gesto en afirmación confirmándome que él y el equipo de seguridad que dirige lo tienen bajo control. Siempre me recuerdo a mí mismo que debo de subirle el sueldo a este hombre que hace de este lugar uno más seguro, que mis chicas no tengan problemas con borrachos o que no pasen las barreras de seguridad

que tenemos en las tarimas cuando bailan. Miss Bélgica me guiña un ojo, este fin de semana no trabaja si no recuerdo mal y el domingo estará en la reunión para ver si solucionamos el problema que tiene con Miss Holanda.

Sami capta mi atención indicándome con la mano que vaya a sentarme a su lado, acaba de despachar a dos mises y llego a la mesa girándome para pedir unas copas que ya están preparando.

– Sebas, te ves como una mierda.

– Hola a ti también, – dejo que me bese en la cara – tú dirás.

– Nada que informar más allá del examen aprobado de Miss Holanda. Te busca.

– Luego le daré mi enhorabuena.

Karina pone dos copas sobre la mesa con una sonrisa.

– Aquí tenéis. Espero que pongáis remedio a las niñas de la barra cinco, no dejan de pelearse por un cliente.

– ¡Joder, estúpidas!

Sami se levanta rápidamente dispuesta a gritar a Miss California y Miss Arizona, ambas, enamoradas de un hombre que frecuenta este tipo de clubs. Veo su trasero perderse en la oscuridad y a Karina que sigue de pie penetrando su mirada inquisidora sobre mí.

– ¿Qué?

– Eso digo yo, ¿qué? – Se sienta en el mismo lugar que ha sido abandonado por Sami.

– No te entiendo.

– Como jodas a una de mis favoritas como es Gina te voy a romper el culo, lo congelaré y luego me lo comeré. ¿Hablo claro?

Gina está observándonos desde la lejanía escondiéndose en la oscuridad y sirviendo copas.

– No te metas.

– Sí lo hago cuando la veo llorar. Mira hijo, folla a quien quieras, pero no juegues con los sentimientos de una buena chica. Gina no es como

las demás mujeres.

Eso es algo que nunca tengo en mente cada vez que estoy con ella, automáticamente tengo que recordarme a mí mismo que probablemente necesita un trato especial. Un trato que no voy a darle porque no la veo diferente, para mí, ella es como todas, es incluso más, una mujer digna de los pies a la cabeza.

– He tenido un día de mierda.

– Eso llevas diciendo los últimos años – se marcha dándome la espalda.

– Hola, señor amadísimo Trumper – giro mi cabeza oliendo el perfume de Miss Holanda.

– Enhorabuena.

Se sienta sobre una de mis piernas bloqueándome la visión sobre el resto del club para cegarme con sus más que evidentes tetas. Aparto el pelo de su cara pasando mi dedo sobre sus labios y distraído por lo hermosa que es esta chica. Todas me recuerdan a Jocelyn.

– Mañana hago una fiesta, – me besa inesperadamente – he preparado una sorpresa para ti.

– ¿Ah sí?

– Sí. Tú, yo, y tus sueños hechos realidad.

Corta en seco todas las atenciones que le estaba dedicando y dirijo mi vista a la mujer que acaba de pasar por delante de la mesa tapando su rostro para que no la vea.

– Vuelve al trabajo – aparto su cuerpo del mío dejándola sentada sobre el asiento y obligándome a arrastrarme por el sofá de cuero que me lleva a la salida.

– ¿Vendrás a la fiesta?

– No lo sé.

Sigo los pasos de Gina hasta los camerinos, ¡maldita sea! No cabe duda que estará sangrando y entonces sí que me veré obligado a tener un

trato especial con ella. Mi hermano Bastian dice que hay que tener mucho cuidado en esos días del mes, todo lo que salga por nuestra boca o cualquier gesto puede hacer llorar a una mujer eternamente.

Cruzo las salas especiales de mis chicas recibiendo abrazos, besos y tetas que se estrellan sobre mi cuerpo constantemente. Evito el no tocarlas pero me es imposible, acabo calmando los gritos de efusividad palpando algunos implantes nuevos o plantando un azote en más de un trasero. El deshacerme de ellas no es lo más complicado, tras la última puerta se esconde una mujer que llora aclamándome de un modo que ha hecho que corra detrás de ella sin reparos. Toco a la puerta y no dudo en pasar rápidamente, está retocándose el maquillaje frente al espejo. Su camerino es diferente, tiene privilegios que otras no tienen y es la única que posee una llave de mi habitación privada para que entre cuando se canse de soportar los gritos de sus compañeras.

Meto las manos en mis bolsillos inspirándome en decir las palabras correctas antes de hacerla llorar de nuevo.

– ¿Querías algo? – Opta por hablar primero, ese maquillaje en su cara está estropeando una belleza al natural. Sé que sería un auténtico gilipollas si le niego algo tan vital para una mujer como es pintarse la cara.

– Jocelyn ha vuelto.

Mis planes a la mierda, tenía que contárselo a la única persona que me ha conocido más de lo que hubiera querido en los últimos cinco años. Deja lo que tenía sobre su cara girándose con una gran sonrisa en su cara.

– Es una buena noticia. ¿Qué haces aquí?

– No estamos juntos. Todavía.

– ¿Por qué? La amas. Siempre has dicho que el día que la tuvieras delante de ti harías todo lo posible por estar con ella.

– Las cosas no están siendo tan fáciles para mí, – avanzo sentándome en una silla – muy difíciles, de hecho.

Gina arrastra la silla con ella sentada acercándose a mí, cogiendo mi mano y tranquilizándome, gesto que necesitaba hoy más que nunca después de haberla visto de nuevo. Ladea su cabeza acariciando mi cara,

obligándome a cerrar los ojos mientras me imagino que es el tacto de otra mujer quien lo está haciendo. Jocelyn. Al abrir los ojos me regaño a mí mismo por pensar en mi ex novia cuando Gina ha sido algo más que una follada para mí.

– Lo siento tanto. ¿Quieres que hable con ella?

– Mañana viene a mi oficina. Hablaremos definitivamente.

– No seas un asno. Sé dócil y amable como lo eres conmigo.

– Memorizaré tu consejo. Lo voy a necesitar, – agarro sus manos entrelazándolas con las mías mirándolas por última vez – si Jocelyn y yo…

– Sebas, no te justifiques. Tú relación con ella es lo correcto.

– Te quiero Gina, te quiero mucho.

– Pero no como a ella, – sonríe acariciando mis dedos también – sal ahí afuera y recupera al hombre que eras antes de su marcha. La gente evoluciona, cambia, los miedos vienen y van, seguramente ella esté preparada para aguantar de nuevo al insoportable Trumper que se convirtió cuando te emparejaste.

– ¿Insoportable?

– Sí. Vivías por y para ella. El GPS en el móvil, en su coche, el control excesivo con la pobre mujer y el trabajo que hacías en el Golden sin pisarlo. Nos regañabas aunque no entraras aquí.

– No era tan malo.

– Era tu obsesión.

– Me ocupo de vosotras.

– Por obligación, Sebas.

– Os aprecio a todas.

– Para que reine la paz, – sonríe – ahora que ya sabes los errores que has cometido espero que te conviertas en un hombre de los pies a la cabeza.

– Lo soy.

– Sabes a lo que me refiero. Nada de controlarla, de chips para rastrearla, de gritarle por su ropa o de poner un pie aquí. Ella no te lo perdonaría.

Jocelyn sabe que tengo el Golden Night porque la traje alguna que otra vez. Discutimos, se enfadó, le prometí que no volvería a venir y lo entendió. O eso espero que hiciera ya que este club da de comer a muchas chicas que pueden ser usadas de manera vulgar fuera de él; las prostitutas de lujo, las bailarinas y todas ellas que deciden por si mismas venir. Aquí somos una familia y me dolería bastante que Jocelyn me obligara a cerrar un club al que aprecio, no por el sexo o por follar, es porque de alguna manera, me hacen sentir joven y vivo.

– Todavía no sé cómo vamos a acabar. De momento, me ha pedido perdón y trabajo. Desconozco si todavía tiene interés en mí.

– Solo no aparezcas en el Golden, por favor. Ella no entendería tú trabajo aquí o lo que has hecho mientras estabas soltero. Es desagradable verte con todas las mises a tu alrededor.

– Gina, – ahora ladeo yo la cabeza – tú mejor que nadie sabes que eres mi favorita.

– Por eso te aconsejo que no aparezcas. Si la amas, haz que las cosas sean diferentes ahora. Sin presiones, sin controles y mostrando el hombre sensible que eres por dentro.

– Vaya, eso es una cosa que diría mi cuñada.

– Parece inteligente.

– Sí, lo es. Ojala mi hermano la dejara salir más, estoy seguro que la amarías.

– Odio a Bastian, nunca podría mirarla a la cara si se mete en la cama de esa cosa.

– Gina – la regaño. Nunca ha soportado a Bastian por cosas del pasado y no muy buenas – él es diferente, ha cambiado mucho.

– Hizo que le hiciera un striptease delante de todos sus amigos.

– Te aconsejó que empezaras a tus veintiocho la carrera de enfermería retomando tus ilusiones.

– Me obligó porque no le gusta la gente incompetente.

– Te animó.

– No me gusta – frunce el ceño soltando mis manos.

– ¿Ves? Ese carácter que tienes podrías usarlo para enfrentarte a mí cada vez que piensas que actúo como un asno.

– Tú no lo eres. Tú eres diferente – se sonroja.

– Soy el mismo desgraciado que era mi hermano, ahora, con una mujer que ha vuelto a poner mi mundo patas arriba. Es una locura lo que estoy sintiendo desde que ha vuelto.

– Eso significa que te late el corazón de nuevo. Sebas, si tú relación con Jocelyn va bien voy a ser muy feliz por ti. Te mereces salir del agujero en el que te metiste estos últimos cinco años.

– Gracias a ti no ha sido tan malo.

– ¿Eres consciente de que si vuelves con Jocelyn a mí me pierdes?

– No. No lo soy. Temo el perderos a las dos.

– Es hora Trumper, lucha por tu amor y olvídate de mí. Era una puta con gracia, ahora una camarera enfermera y con menos gracia, piensa por una vez en ti. Ella ha vuelto por algo, ¿no es así? A mí me tendrás siempre y cuando me prometas que le harás entender que no somos nada más que, ¿cómo dices?, ¿una follada?

Gina se ríe a carcajadas delante de mí. Quiero sonreírle, desafortunadamente, sigo sin poder hacerlo.

Horas después yace a mi lado como tantas noches de mi vida en los últimos años, hemos estado hablando gran parte de la noche hasta que ha aceptado mi propuesta de follar como locos para despedirnos de lo que sea que hayamos tenido. Ella cree firmemente en el amor, es de esas personas románticas que ven más allá de mis ojos, por eso, su apuesta firme sobre Jocelyn y sobre mí, me da esperanzas para lograr intentar ser un nuevo hombre. Jocelyn se marchó por algo que desconozco, si me acerco a ella

con cuidado, con delicadeza, sin dejar de pensar en que me la quiero follar durante toda mi vida, tal vez pueda hacer que se acerque a mí de nuevo. Gina tiene razón, necesito ser diferente con ella, dejar mi control obsesivo, la posesión que nace de mi interior cada vez que la veo y la presión constante que ejerzo sobre ella para retenerla junto a mí. Voy a tener que trabajar duro por cambiar si quiero mantener cerca a Jocelyn, de momento, la quiero trabajando a mi lado, con un contrato y una relación jefe-empleado. Ojala el roce vuelva a hacer el cariño y se enamore de mí. O al menos, esos son mis planes.

Salgo de la cama con cuidado besando a Gina por última vez y agradeciéndole en susurros lo mucho que me ha ayudado todos estos años. Es hora, como ella dice, de luchar por la única mujer que he amado y que amaré. Es obvio que no he querido conocer a nadie más en estos años porque Jocelyn es a la única que amo.

Cierro la puerta de una etapa que quiero dejar atrás y despidiéndome de los últimos vistazos de mi club cruzándolo con nostalgia. El Golden Night dejará de existir para mí tan pronto me reúna con Jocelyn mañana. He disfrutado follando todos estos años por el simple placer que me provoca y por no estar a solas en casa sufriendo su ausencia. Pienso en si debería echar el cierre a este club y trabajar desde el despacho para empezar una nueva vida junto a la mujer que amo. Pero soy consciente que debo de tomar la decisión en otro momento.

Adiós Golden Night, hasta siempre. Mi vida comienza en estos instantes.

Pongo mis gafas de sol para que los focos del parking no me cieguen y arranco el coche directo a mi casa donde pasaré el resto de mis noches hasta conseguir a Jocelyn Harden de nuevo.

Empieza la aventura, cuando un Trumper quiere algo, lo consigue.

CAPÍTULO CINCO

Como si me faltara el aire comprimo mis deseos de gemir en alto mientras froto mi erección de arriba abajo, de adelante hacia atrás, fuerte, suave y aplicando desde lo alto algo más de vaselina que me haga hacer resbalar mi mano ligeramente. Pulso el aplicador del perfume de Jocelyn inhalando mi droga favorita sin descuidar mi mano derecha, viendo desvanecer mi rostro en el espejo entrecerrando los ojos y visualizando en mi mente la boca de la mujer que me ha vuelto loco. Sí, maginando que ella está de rodillas en mi baño como si nunca se hubiera marchado. Doy por terminado mi fiesta privada echándolo todo por el retrete como las últimas cuatro veces desde que me he despertado, si echo cuentas, solo he dormido tres horas y llenas de pesadillas con Jocelyn y conmigo de protagonistas. No estoy preparado para que abandone de nuevo.

El reloj no marca todavía las siete cuando ya he llamado al Senado, al Ministerio, a mi equipo y he empezado pronto mi jornada laboral desde casa. Estoy esperando a que mis hermanos se despierten para escucharles aunque solo sean unos segundos, gritarnos, enfadarnos o provocar a Bastian con echarle un polvo a mi cuñada. Hoy necesito a todos los míos conmigo, que estén presentes de algun modo. La conversación con Gina me calmó, pero ni por asomo estoy cerca de ser un hombre nuevo cuando se trata de Jocelyn, no puedo serlo porque pierdo el control de mí mismo cuando se trata de ella.

Compruebo que los relojes de mi casa no se han parado, que aún me da tiempo a arreglarme como es debido rebuscando en mi armario un traje digno para una cita con Jocelyn. Quiero que me vea guapo, aunque a mi edad estoy seguro que tiene fijación por los de la suya, esos que le sonríen en la calle dispuestos a follarsela en la acera, ¡maldita sea! Va a tener que explicarme quién demonios es ese maldito gilipollas que le estaba sonriendo. Decido por uno gris sencillo y normal, necesitaría la ayuda femenina para esto pero me fiaré de mi gusto de mierda.

El móvil suena y por una vez me alegro, rebusco entre los papeles de la mesa para encontrarlo debajo.

– ¿Qué? – La voz ronca de Sebastian me alarma de que está recién levantado.

– Buenos días, hermano.

– ¿Te la has follado ya?

– ¿Disculpa?

– A Jocelyn, ¿te la has follado ya o no?

– Buenos días, Sebastian.

– Buenos días cabrón, ¿te has follado a tu ex?

– ¡Maldita sea, no hables así de ella! Cuando me duche voy para el despacho.

– ¿Tan pronto? Son las siete de la mañana.

– Quiero evitar el tráfico.

– Cuando huya de nuevo, llámame.

Iba a contestarle que probablemente trabaje duro para que no huya de nuevo pero mi hermano me ha colgado sin reparos. Dado que hoy no sé si moverá su trasero de la cama, luego le confirmaré como me ha ido con Jocelyn.

Sí, Jocelyn, hoy es nuestro día.

Aplico sobre mi cuerpo todas las mierdas que recibo por mis cumpleaños o logros empresariales, no sé si se ponen de acuerdo pero tengo más cestas repletas de geles, cremas y mierdas para el cuerpo que tarjetas navideñas. Tardo menos de lo que debería porque no quiero entretenerme, Morgan me confirmó que a las ocho en punto estaría plantada en mi oficina, y lo estará conociendo a Jocelyn. Ella nunca llega tarde, es más, siempre llega diez minutos adelantada y yo ya voy con retraso. Ajusto mi toalla a mi cintura empezando por el pelo cuando la melodía de mi móvil suena otra vez.

– ¿Qué?

– Hola Bastian, buenos días.

– ¿Y el idiota de mi hermano Sebas, qué has hecho con él?

– ¿No puedo llamaros?

– Sebastian me ha dicho que estás nervioso por una cita. ¿Es Jocelyn? – Voy a cortar las pelotas de mi hermano pequeño.

– ¿Una cita con Jocelyn? – Grita mi cuñada – dame el teléfono.

Definitivamente mi hermano pequeño tendrá dos razones menos por las cual no follará en lo que le quede de vida.

– Tengo prisa y ya voy retrasado.

– Dame el teléfono, Bastian.

– No estás vestida y no me gusta que hables con mis hermanos desnuda – oigo como mi cuñada golpea a mi hermano consiguiendo alzarse con el teléfono.

– Sebas, ¿qué cita?, ¿cómo?, ¿cuándo?, ¿dónde? Espera, ¿a esta hora de la mañana?

– No he confirmado nada, – vuelvo al baño para arreglarme el pelo – vino a pedirme trabajo.

– ¿Qué ha hecho, qué? Sebas, no seas un neandertal con ella. Sé sensible, por favor.

– Seré como tenga que ser – los llantos de mi sobrina pequeña me ponen de buen humor, escuchar a lo más bonito de mi vida es como una señal del destino –saluda a las niñas en mi honor.

– Quiero un parte completo cuando haya acabado.

– Tendrás un parte. Cuelgo.

¿Insensible yo? Siempre he sido sensible con ella, mucho más de lo que creía que podía ser. Siempre culpo a mi hermano mayor riéndome de él por el calzonazos que es con su esposa e hijas, y no me acuerdo de cuando yo solía serlo con Jocelyn. Si hay algo de lo que no se me puede acusar es de insensibilidad, yo mejor que nadie la conozco y yo mejor que nadie sabré cómo comportarme cuando esté cerca. Ella es malditamente mía,

espero que le quede bastante claro el único mensaje que voy a trasmitirle con claridad en cuanto la vea.

Saludo a Horacio una vez que he dejado mi coche en el parking mientras él me habla sobre los resultados del futbol que nunca me ha interesado pero que hago un esfuerzo por prestarle cinco minutos de mi apreciada atención. Aunque esta mañana esté siendo complicada, me fijo en el reloj de su cabina que marcan las ocho menos cuarto, faltan cinco minutos para que Jocelyn esté yendo a nuestra reunión. Le despido sintiéndome un hombre diferente e inhalando toda la energía positiva que necesitaré para mi cita con Jocelyn.

El viaje en el ascensor se hace interminable y me entretengo comprobando que el pelo que debería cortar debe de estar en su sitio. No descuido ningún detalle que me haga imperfecto mirándome en el espejo sin tapujos. Atiendo en este viaje al móvil del trabajo, todo sigue su curso, no habrá problemas aunque tal vez tenga que ir antes del almuerzo para firmar unos documentos que Kelly tiene preparados para mí. Guardo el móvil en mi maletín después de haberlo silenciado, no quiero interrupciones.

Las dos puertas de mi ascensor se abren y lo primero que oigo son gritos femeninos que me hacen perder la paciencia. No las estoy viendo pero me las imagino tirándose de los pelos la una a la otra, hoy no quiero escenas porque Jocelyn estará al venir. Avanzo rápidamente para separarlas antes de que lleguen a las manos, el antiguo yo se las follaría y las tendría contentas por el resto del viernes, pero hoy seré un hombre nuevo y de una sola mujer. Cruzo dos pasillos solitarios más hasta encontrarme con la única persona que no quería aquí presenciándolo todo, mi Jocelyn.

Petrificado ante ella por su indudable belleza, hace que frene en seco para admirar a tal semejante mujer. Ella está mirando hacia el suelo escondiéndose tímidamente del escándalo que están formando las dos taradas que tengo trabajando para mí.

– ¡Morgan! – Grito porque está justo en la puerta de mi despacho y me mira sonriendo.

– Señor Trumper, Annie está…

Dejo de escucharla porque Jocelyn ha levantado la cabeza fijando sus ojos marrones en mí, ¡es tan hermosa que duele mirarla! Me sonríe saludándome y yo acabo de romperme ante ella. Quisiera arrodillarme en sumisión para demostrarle que es la única mujer a la que amo, pero los dos pájaros que están en guerra me impiden que lo haga. Ahora sí que me dedico a aniquilar con los ojos a Morgan, Jocelyn está aquí y sea quien sea, es una invitada que no debe de ver el espectáculo deprimente que están haciendo a primera hora de la mañana.

– ¡Parad! – Consigo llegar al despacho y Morgan se aparta dejándome ver que Annie está en posición sobre mi mesa, con el café caliente y sus bragas justo a su lado – ¡mierda!

Cierro la puerta atrayendo a Morgan conmigo porque estoy seguro que quiere ser espectadora de verme lanzando a Annie por la ventana.

– Señor Trumper, no quería bajarse y…

– Annie, por el amor de Dios, vete de mi despacho, ¡ahora! – Siseo aunque mis deseos de lanzarla por la ventana siguen muy vivos.

– Sí, Señor Trumper.

Mientras Annie obedece bajándose la falda ajustada que lleva, me choco con el cuerpo de Morgan cuando me daba la vuelta.

– Señor Trumper, pensé que estaba sola cuando la Señorita Harden llegó y….

– ¿Qué? Explícate – me ciego cuando sale por su boca el apellido de mi Jocelyn.

– Creí que Annie no había llegado. La Señorita Harden ha venido pronto y quise invitarla a que le esperase en su despacho, al abrir la puerta hemos encontrado a Annie sobre su mesa y no quería bajarse.

– ¡Esta puta miente! – La voz de Annie nos interrumpe – ella quiere echarme de aquí, ha dicho que hará todo lo posible para ponerse en mi lugar.

– ¡Ponte las malditas bragas también! – Susurro a punto de darme un ataque al corazón, estas dos van a acabar con mis posibilidades de recuperar a Jocelyn.

– Señor, lo siento tanto. Si hubiera sabido que Annie estaría aquí no hubiera hecho pasar a la Señorita Harden, ¡qué vergüenza!

– Está bien – pongo mi mano sobre la frente recordándome a mí mismo que ninguna de las dos sabían nada de esto. No puedo culparlas por nada, solo mostrar mi mejor sonrisa e instalas a que vuelvan al trabajo – ¡sacad vuestros culos de aquí y os quiero calladas mientras trabajáis o hagáis la mierda que hagáis! ¿Entendido?

– Sí, Señor Trumper, – responde Morgan – estaré al otro lado si ustedes necesitan alguna cosa, veo que Annie le ha entregado su café, ¿me permitiría que le sirva a la Señorita Harden un café también?

– Sí, hazlo. Y haga pasar a la Señorita Harden. Annie, no quiero más mierdas como estás, ¿entendido?

– Entendido.

Está más que claro que la morena le lleva ventaja a la rubia, no debo de olvidarme que Annie empezó de la misma manera y que un año después la quiero lejos de mí. Pongo el maletín en el suelo mientras estoy quitándome la chaqueta ya que estoy a punto de arder por fuera como lo estoy por dentro. Esas dos están peleándose ahora por hacerle el café a Jocelyn. ¡Joder! Ya ha llegado el momento, ella está aquí, se ha adelantado a la hora estipulada y me alegro de que sea así porque me moría de ganas por verla de nuevo.

Pongo mi trasero sobre la silla organizando algunos papeles sobre la mesa para que vea que no tengo interés en nuestra reunión y saco su curriculum para justificar el motivo por el cual la he hecho venir. ¡Maldita sea! La razón por la que le he hecho venir es porque la echo de menos, la amo con todo mi corazón y pondré mi vida en recuperarla de nuevo, cueste lo que me cueste.

– Señor Trumper, la Señorita Harden.

Morgan invita a mi Jocelyn a entrar actuando como una secretaria normal y le agradezco ese gesto, no quiero que se dé cuenta que ellas no tienen nada de secretarias. Aparece Jocelyn mandándome a mí mismo a la mierda en fingir que no me importa que esté aquí. Me importa, y mucho. Sonríe a Morgan entrando en mi despacho, ¡me quiero morir! Lleva un

vestido que le llega a los tobillos, floreado, de primavera y con escote, ¡ella no puede llevar solo una chaqueta diminuta que no le cubre lo suficiente!, ¡va a resfriarse! ¿Es qué no ve que va enseñando lo que es malditamente mío? Me rompo de nuevo cuando mis ojos se apartan de sus tetas, ¡mías! Llego a hacer contacto con sus ojos perdiéndome en los recuerdos del día que me enamoré de ella. Sonríe con timidez como siempre ha hecho, esta vez menos segura que ayer, dando los pasos justos para ponerse al lado de la silla sin sentarse.

– Por favor – susurro porque no puedo hablar, he tragado saliva y ya empiezo a estar incómodo por debajo de mis calzoncillos.

– Gracias.

Es lo que vas a decir cuando te folle hasta que envejezcamos juntos.

Arrastra la silla tan sensualmente que hasta mi erección escuece. Ella está sentándose como solo una reina lo hace y aprieta el bolso contra sí misma evitando que tenga una percepción de su escote. ¡Buena chica! Porque no daría una mierda a nuestra conversación si tengo sus tetas pidiéndome a gritos que las toque, las masajee y las muerda hasta que estén rojas por el dolor.

Carraspeo en muestra de seriedad, me he prometido que no la asustaría y no lo haré, por ahora. Muevo mi trasero inquieto sobre la silla intentando dar a mi erección un poco de tranquilidad y fijándome en su curriculum, su perfume está haciéndome un hombre miserable, suplicando piedad desesperadamente. Está esperando a que hable, debo de hablar, ella no dirá nada si no le pregunto. Un lo siento o un te quiero tal vez debería ser lo correcto para empezar esta mierda que estoy haciendo, pero dado que de su boca no nacerá nada que no sean los ruegos porque la deje de follar, insistiré en mostrarle mi profesionalidad.

– Tu curriculum es el mismo, ¿qué has hecho en los últimos cinco años?

¡A la mierda!

Si quería impresionarla siendo un hombre profesional se ha topado con el Trumper que llevo dentro y malditamente me cuesta esconder. Ella ha bajado la cabeza escondiéndose de nuevo, refugiándose en la timidez y

fragilidad que le caracteriza, si no la conociera ya estaría pensando que quiere huir de aquí para irse a llorar a algun rincón. Carraspeo mi garganta insistiendo en una respuesta rápida antes de saltar la mesa y follarla sobre la silla si es lo que desea.

– No he… huh… yo, no he… – respira hondo deshaciéndose como gelatina – no he visto conveniente actualizar mi curriculum.

– ¿Por qué?

– Porque no se ha adaptado.

– Responde Jocelyn, ¿qué has estado haciendo en estos últimos cinco años?

– Yo… huh.

– ¡No tengo todo el día! – Sí lo tengo, necesito presionarla.

– No se adapta a cualquier puesto al que pueda optar.

Su voz es un susurro que me cuesta entender, se escapa como un soplo entre sus labios carnosos que exigen los míos. Quedo embelesado con la idea de besarla y de actuar como el hombre que llevo en mi interior, ese que la ha echado de menos anhelando estar dentro de ella y gritarle lo mucho que la ama hasta que se desmaye en un mar de orgasmos provocados por el único hombre de su vida.

Resoplo porque está haciendo una entrevista adecuándose a los roles que se ha inventado en su cabeza, ¡maldita sea! Ella no va a decirme una mierda. Preciso encontrar otro tema de conversación para mantenerla aquí el máximo tiempo posible.

– Jocelyn, – miro el curriculum buscando pistas – veo que tampoco has actualizado los datos académicos, ¿dónde está aquí escrito la diplomatura universitaria?

Traga saliva y me fijo en ella incitándola a que no se piense el diálogo que habrá estado estudiándose durante el día de ayer. Sin opción de distracción, baja su cabeza mirando sus manos entrelazadas y las que presionan de vez en cuando su bolso. ¡Estoy hasta los huevos de su rechazo constante a mirarme! Sin embargo, aguardo a que la señorita se decida a no aislarse y enfrentarme.

– Huh, no existe ninguna diplomatura.

– ¿QUÉ? ¡Malditamente imposible!

Cuando conocí a Jocelyn acababa de cursar el penúltimo año de Derecho y empezó el último curso con fuerza aprobando asignaturas difíciles en menos tiempo de lo que me costaron a mí cuando las estudiaba. Recuerdo sus ganas de optar a un doctorado tras la diplomatura, era una chica inteligente, llena de ilusiones y perspectivas de futuro. Por aquel entonces yo ya estaba trabajando en el Senado y en el Ministerio, le aconsejé tanto que estudiara para tenerla a mi lado que esa motivación le valió para aplicarse mucho más; le fascinaba crecer profesionalmente como lo hice yo en mis años de juventud. Aunque que me costaba un infierno adaptarme a sus horarios de estudio, consiguió asistir a clase mientras mantenía una relación conmigo. Hacíamos el amor en sus ratos libres, yo hablaba con sus profesores, con el rector de la universidad y con todos sus compañeros para marcar territorio, no quería a nadie alrededor de mi Jocelyn que pudiera distraerle de sus estudios.

Ella todavía estaba cursando el último semestre de la carrera cuando decidió abandonarme, una parte de mí creía que había ido a estudiar a otra ciudad pero no había registro de su matriculación en los Estados Unidos. Jocelyn, simplemente despareció.

Permanezco a la espera de su repentina estupidez por no mirarme. Bloqueo todas sus expectativas en una posible respuesta estudiada golpeando mi dedo índice sobre la mesa.

– No… huh, no existe la diplomatura.

– ¿ Y por qué no existe la diplomatura, Jocelyn? – Mis palabras salen con mucho tacto.

– ¿No es evidente? – Gira la cabeza bufando como si le molestase mi pregunta y yo no sé qué malditamente hacer con esta mujer.

– Bien, ¿cómo quieres que te dé trabajo si no te has graduado? Al menos, ya que tienes la valentía de presentarte en mi casa y en mi despacho tras cinco años desaparecida, ten la maldita valentía para enfrentarte a mis preguntas. ¿Entendido? Ahora – cierro los ojos y los vuelvo a abrir, ella se

ha encerrado en sí misma – ¡cuéntame, que, es, lo que malditamente quieres!

Reconozco que me he alterado un poco pero sin éxito. Su reacción sigue siendo impecablemente como ella es; tímida, sutil, delicada, frágil y por mucho que me duela reconocerlo, una llorona que le vale la maldita lágrima que estoy viéndole para hacerme sentir culpable.

Me levanto de la silla al mismo tiempo que ella, está disculpándose o balbuceando palabras intuyendo que ha obrado mal al venir aquí, huyendo de nuevo hasta la puerta de mi despacho. Por supuesto que voy tras ella permitiéndole que se crea que está haciendo otra de sus salidas pero la alcanzo posicionándome en su camino.

– Por favor – susurra.

Sabe que me he roto en cuanto la he visto, sé que ella también, es indudable que aún logro ruborizarla aunque sea en la distancia, pero lo hago, ¡porque es malditamente mía! Paso mi dedo por su lágrima y me complico al hacerlo porque supongo que ve más interesante lo relucientes que están mis zapatos. Estoy comportándome como un caballero maldiciéndome a mí mismo que no debo de pensar en follarla y reluciendo mi parte romántica con ella para no hacerla huir. Y, ¡maldita sea si mi erección, pincha más que nunca!

Autorizo que se tome su tiempo. Tal vez yo también necesite uno para que mis instintos no me jueguen una mala pasada. Después de unos segundos en silencio levanta la cabeza mirándome a los ojos un poco enfadada, lo sé por la arruga que se le forma en la frente y por el tic que tiene en el labio inferior cuando le sobrepasa una situación. Quiero malditamente sonreírle, pasar mi lengua por sus labios y tranquilizar a mi chica jurándole que todo va a ir bien, porque así será. Todo, malditamente todo va a ir bien.

– ¿Te enseño tu despacho?

Abre la boca, la vuelve a cerrar y me regaño a mí mismo por no haberle metido mi dedo, necesito que su lengua toque algo malditamente mío. Bloqueo ese pensamiento reajustándome los pantalones como si se me

cayeran y disimulando terriblemente del deseo sexual que mi Jocelyn me provoca.

– ¿Tengo un trabajo?

– Más o menos. Dado que no hay comunicación verbal entre nosotros, lo mejor será que empieces a trabajar.

Encuentro realmente encantador que afirme con su cabeza. Me estoy dando el lujo de apreciar la piel sonrojada de su cara mezclada con la rojez de su nariz. ¡Ella quiere que la folle duro y lo haré, malditamente lo haré! Hallo con torpeza la descarada forma que tiene de inyectar sus ojos en los míos, normalmente le gusta evitarlos porque sé lo que siente cada vez que me mira.

Pongo punto muerto por ahora a esta manera de reencontrarnos de nuevo basándome en los nerviosos que estamos. El enfrentarnos el uno al otro no es fácil aunque cuando nos encontramos solos nos digamos a nosotros mismos que sí podemos. La realidad es que no es así, ambos nos rompemos como dos locos enamorados y el más mínimo comentario fuera de lugar hace que todo se vaya a la mierda.

Por eso, me encuentro retrocediendo mientras le abro la puerta para que salga. Nos encontramos al otro lado con Annie y Morgan sentadas en sillas opuestas alejadas la una de la otra. Morgan, sin dudarlo, sonríe con amabilidad a Jocelyn.

– Señorita Harden, ¿está usted segura que no quiere un café?

– No, gracias – responde educadamente.

– Acompáñame – le susurro a Jocelyn, está evitando que las chicas la vean y yo me pongo delante de ella para permitirle que se esconda.

Al final de todo voy a creerme que Morgan es realmente una secretaria actuando como tal y no como la cara de perro que nos ha puesto Annie al ver que salíamos juntos. No tardamos más de diez pasos en llegar al despacho contiguo que hay junto al mío. Dado que no estoy aquí la mayoría del tiempo, aunque en los últimos meses no deje de trabajar en un caso importante, escogí la última planta para mí solo con el fin de buscar privacidad y aquí estaremos bien.

Estoy abriendo las persianas dando la luminosidad que se merece este despacho. Está impoluto por el magnífico servicio de limpieza que tengo contratado; mesa grande, sillón grande, un pequeño sofá con una mesa y todo cualificado para mi Jocelyn. Ella está analizándolo el mobiliario y temo que no sea de su agrado. Pienso que tal vez no le guste, a lo mejor quería otra mesa o silla, tal vez mi Jocelyn necesite alguna mierda de mujeres, ¿y si me abandona por culpa de su despacho?

No va a huir de nuevo, no se lo consentiré.

– ¿Este será mi despacho? – Arruga su frente, mi chica no confía en que así sea.

– Lo será.

– ¿Por qué este?

– Escoge otro, la planta está vacía. Trabajamos periódicamente aquí en los días que no voy al Senado.

– Ah, todavía… pensé que, huh, nada.

– ¿Pensaste que no trabajaba en el Senado? Si te sirve de algo, también lo sigo haciendo en el Ministerio.

Gira dándome su espalda haciéndome sentir como un tonto con la pregunta en el aire, es como si no le interesara lo que le estoy contando. Pongo mis manos dentro de mis bolsillos malditamente para contenerme, sería deshonesto forzarla sin su consentimiento y obligarla a hacer lo que tengo en mente.

– ¿Estás, huh, seguro de…? – Deduzco que le inquieta el trabajar aquí.

– Estoy seguro, Jocelyn – doy un paso hacia el frente para calmar sus miedos y ella otro hacia atrás.

– ¿Cuándo empezaría?

– ¿Cuándo podrías? – Trago saliva, creo que ninguno de los dos queremos lo mismo. Ella probablemente tenga un novio y yo no soy lo que busca. Ya no.

– Hoy me sería complicado, ¿el lunes?

– El lunes entonces. Un segundo, – me acerco a la puerta – Morgan, ven a mi despacho por favor y trae lo que sea donde tomes tus notas.

Salgo del despacho de Jocelyn dejándola atrás y con la mano en alto para agilizar la lentitud de Morgan. Tengo que darle instrucciones y no lo haré delante de ella o Annie, los días de esta última están contados. Con la mano sobre la puerta de mi despacho, no avanzamos mucho más después de haberle pegado la famosa patada que hay que darle para cerrarla.

– Señor – ella está sonriente.

– La Señorita Harden trabajará para mí, es una amiga y por lo tanto el trato es especial e indiscutible, – es tan aplicada que lo apunta todo – si quiere café, le darás un café, si quiere un pony, le comprarás un maldito pony. ¿Entiendes lo que quiere decir trato especial?

– Como si fuera la reina – quiero sonreírle, ha dado en el maldito clavo porque mi Jocelyn es mi reina. Sacudo la cabeza esperando a que le haga corazones a las ies.

– Por lo tanto, ella empezará el lunes a primera hora y quiero total atención a lo que pueda necesitar. Jocelyn va a estar muy ocupada y vas a encargarte de sus necesidades. Si yo no estoy y no ha almorzado, le compras cualquier mierda y se la llevas. Si es hora de irse y todavía está aquí, la echas. ¿Vas captándome?

– Por supuesto, he trabajado para el Señor Connor durante dos años – sigue anotando con su peculiar forma de redondear las letras o.

– Correcto, así que espero que no haya ningún problema.

– ¿Algo más Señor Trumper?

Pongo mis dedos sobre la frente y deseo que la imagen del escote de Jocelyn desaparezca de mi mente mientras pienso en que más debería contarle a Morgan. Ah, sí.

– Prohibido hacerte amiga de ella y divulgarla entre la comunidad femenina de este edificio. Ella no se mezcla ni contigo, ni con las mujeres, si le llega algún rumor, se lo desmientes y, ¡por lo que más desees en tu vida! – Carraspeo para susurrarle – no le digas que tú y yo hemos tenido lo que sea que pasó ayer.

– Entendido. No masturbación, – sonríe divertida cuando golpeo suavemente su mano después de haberlo escrito y obligándola a que lo tache – no se preocupe Señor Trumper. ¿Algo más?

– Sí, – ahora sonrío yo por dentro – esto es lo más importante de todo lo que te he contado, ¿entendido? Anota lo siguiente en letras mayúsculas; sea a la hora que sea, me informarás de todo lo que haga la Señorita Harden en el trabajo. Desde que entra en su despacho, hasta que salga, pasando por sus llamadas, visitas y absolutamente cualquier tipo de información que me pueda interesar urgentemente.

– ¿Cuál sería esa información? – Morgan saca su lengua porque escribe con rapidez.

– Lloros. Actuaciones raras. Salidas a horas insospechadas. O si algún hombre la visita.

– ¿Un hombre?, ¿está casada?

– ¡NO! – Le contesto borde.

– Lo capto Señor Trumper, prohibido la entrada de hombres a su despacho. ¿Lo he hecho bien?

El hombre de ayer la follaría para darle un premio por lo bien que lo ha hecho. Morgan es una chica avispada, pero mi Jocelyn aún más, y no me está importando una mierda el atuendo de mi secretaria cuando la mujer a la que amo es la que me pone duro sin pensar en ella, e incluso pensando. Meto un mechón de su pelo detrás de la oreja mientras espero a que las ies tengan sobre si mismas un corazón.

– Muy bien, Morgan. Vuelve al trabajo.

– Sí, Señor Trumper.

Salimos de mi despacho dirigiéndome rápidamente al de Jocelyn. En el corto camino reajusto mis calzoncillos sin remordimientos y recolocando mi erección para que malditamente no acabe conmigo. Hoy quiere más actividad porque ha venido la chica que ama, pero tal vez, el proceso de recuperación sea inexistente si ella no pone de su parte. Al entrar me lo encuentro vacío, solo ha dejado el rastro de su perfume por todo el espacio,

regreso a las mesas de mis secretarias arrancándole como un bestia los auriculares de las orejas a Annie.

– ¿Dónde está ella?

– Se ha ido.

¡Maldita Jocelyn Harden, vas a matarme de un infarto! Pulso con rapidez el botón del ascensor con la esperanza de atraparla en la puerta del edificio, alrededor o en cualquier jodido lugar al que huya cada vez que nos vemos.

Una vez abajo y por mucho que vigile a la gente pasar no la localizo. Pero me felicito por tener su número de teléfono, uno factible que me hará comunicarme con ella.

Después de haberme dado un paseo en el ascensor y de cerrar la puerta de mi despacho, memorizo el número de Jocelyn en mi móvil familiar llamándola sin dudarlo.

– ¿Dónde estás?

– ¿Sebas?

– Jocelyn, ¿dónde malditamente estás?

– Yo, huh…

– No estoy para jueguecitos. ¿Por qué te has ido?

– Pensé que… ems, eso era todo.

– ¿Era todo? ¡Mueve tu trasero a mi oficina ahora mismo!

Cuelgo enfadado, ¡punto y final!

Más tarde, tras haber echado a mis secretarias del trabajo, espero impaciente a que Jocelyn aparezca por el ascensor. Estoy indignado, irritado, malhumorado y frustrado, las venas de mi cuello van a estallar si no consigo tranquilizarme, quiero golpear todo en esta maldita vida. ¡Todo! Me muevo de un lado a otro procurando estabilizarme de este infierno, inmenso infierno en el que ella me ha metido. Con las ideas muy claras de lo que va a pasar aquí en cuanto se digne a presentarse, omito el hecho de que no debo mostrarme tal y como soy o esta mujer huirá de nuevo.

El sosiego de mis pulmones se minimiza llegando a respirar con la normalidad que me caracteriza y controlándome del desastre de hombre en el que me convertí. Después de esperarla un rato, las puertas del ascensor por fin se abren con una Jocelyn bastante segura avanzando hacia mí. Ella pasa por mi lado y estrella su bolso sobre la mesa de mi despacho.

– ¡No vuelvas a gritarme de ese modo! – Su amago de grito no ha llegado muy alto.

Por fin, ya ha reaccionado. Cierro la puerta aunque sé que estamos solos para que se sienta más protegida de acuerdo a que no le gustan los espacios abiertos. Mi chica ha puesto un punto y seguido a una conversación que no me pienso perder.

– ¡Gritaré Jocelyn, malditamente gritaré! – El papel de mujer confiada se desvanece cerrando los ojos, sonrojándose y moviéndose los dedos de las manos en señal de nerviosismo extremo – Jocelyn.

– ¡Qué! – Contesta bruscamente, ¡maldita sea!

– ¿Por qué te has ido antes?

– Supuse que eso era todo, ¿vale? – Le tiembla la voz.

– Mírame Jocelyn, mírame – me aproximo a ella y consigo que se distancie más – ¿por qué malditamente huyes? ¡Joder! ¿Qué demonios te he hecho yo?

– ¿A qué hora empiezo el lunes? – Le está hablando a la pared, a mí no.

– ¿Puedes dignarte a comportarte como una profesional al menos?

– ¿A qué hora? – Va a romper a llorar, lo noto porque le cuesta pronunciar las palabras.

– De diez a cinco – doy por finalizada mi certidumbre en recuperarnos.

– Muy bien.

– En este momento es cuando coges el bolso y huyes de nuevo, ¿no es así? – Tengo por visión su maldita espalda, ¿por qué ni siquiera puede

mirarme? – Valiente y confiada para venir pero no para quedarte más de un minuto a mi lado.

– No lo hagas más complicado – frunce el ceño girándose para coger el bolso tal y como predije.

– ¿Complicado? Eres tú la que vienes y vas, es imposible retenerte más tiempo del que me gustaría.

– ¿Para qué? – Sube uno de sus hombros, mi erección se está cansando de su celibato en la última hora, quiere algo y es a ella – de todas formas, quería huh…

– ¿Un avión?, ¿un barco?, ¿un pony?

Inyecta sus ojos en los míos amonestándome por lo que he dicho. Es verdad, si no me quiere y si no nos quiere juntos, ¿qué va a pedirme?

– Las gracias, quería darte las gracias por el esfuerzo que has hecho en contratarme.

Ha levantado las dos manos fingiendo hacer unas comillas en el aire y su actitud fingida de mujer fuerte me acaba de mandar a un maldito orgasmo no duradero. Se muerde el labio inferior arrepintiéndose rápidamente de sus palabras y de sus gestos por querer aparentar ser alguien quien no es. Mi Jocelyn. Ella es pura magia, como un ángel caído del cielo. Ella es ese tipo de persona a la que no puedes gritarle porque llora, hablarle fuerte porque le molesta o intimar profundamente porque lo considera descortés. Repleta de su piel blanquecina, de colores faciales que me llevan al firmamento y de millones de cualidades más, hizo de mí un hombre que le compraría el maldito universo con todas las estrellas dentro. Jocelyn es la mujer cristal que me enamoró y la que me permite ver a través de ella. Siempre consigo adelantarme a lo que vaya a decir porque malditamente la conozco más de lo que me conozco a mí mismo.

– De nada, Jocelyn – la ignoro sentándome en mi silla para ponerme a trabajar. Ella se siente más libre si no la presiono y espero que no se vaya de aquí.

Hay un silencio bastante notable entre nosotros.

– Te lo… te lo agradezco mucho, – no se ha ido, gracias a Dios – necesito tiempo para…

Esa palabra ha provocado que levante mi cabeza. Tiempo. Ya le he dejado malditamente cuarenta y ocho segundos para que decida si irse o no. Ha decidido quedarse, ha decidido que sea completamente mía.

– ¿Para que necesitas tiempo?, ¿huir de nuevo?

– No. Iba decir para, huh, es para que… no me grites.

– Perdón por gritarte – le respondo en voz baja.

– Si no te huh… – como no arranque voy a malditamente follarla, ese escote está aclamando mi boca y no le quitaré ese gusto – quiero proponerte que…

– ¡SÍ!– Grito sintiendo que hemos llegado a un mismo punto, ella sonríe – sea lo que sea, sí.

– ¿Qué?

– Estoy disponible cien por cien. Habla.

– No sabes lo que… voy a… – levanta su brazo y uno de sus dedos dando vueltas en círculos imaginarios – proponerte.

– Confiaré en ti.

– Es evidente que… yo quiero… hablar… contigo – obligo a mis ojos que miren a los suyos, no a sus tetas – hablar, Sebas.

– ¿Sí? De acuerdo, hablar. ¿Cuándo?

– En un entorno… ¿privado?

– ¡SÍ! – ¿Cuántas veces voy a tener que gritárselo?, ¿se dará cuenta de lo desesperado que estoy?

– Tal vez yo, huh, pueda ir a tu casa más tarde.

– ¡Hora! – sus ojos Sebas, sus ojos no sus tetas. Oh bellezas, pronto estaré allí con vosotras.

– ¿Ocho?

– Te esperaré.

– Si tienes alguna, huh… cita o…

– ¡He dicho que malditamente te esperaré allí a las ocho! – Ella ha bajado la cabeza por mi voz ronca – ¿cena?

– No, gracias.

Susurra saliendo del despacho tan rápido que no me doy cuenta que estoy solo hasta que el sonido del ascensor avisa de que ha cerrado las puertas. Eclipsado y hechizado por Jocelyn, así me siento. Es la única que me convierte en un hombre completamente blando cuando se trata de ella. Inocente, dulce y enigmática, así es la mujer que me robo el corazón, y ¡maldita sean sus tetas!, han estado todo el tiempo pidiendo a gritos que pusiera mi boca sobre ellas y también esta horrible erección que atravesará mis pantalones.

Alcanzo su curriculum leyéndolo porque me siento cerca de ella. Esta noche tengo una cita con Jocelyn, nada va a interponerse entre nosotros y si hay alguna interrupción será mi culpa porque voy a hacerla mía en cuanto atraviese la puerta de casa.

– Sí, querida Jocelyn, ¡eres malditamente mía!

Consigo rechazar durante el resto del día las llamadas entrantes a mi móvil, solo hablé por unos segundos con Bastian confirmándole que estuve en el Senado y con un poco de suerte, he conseguido distraer a mi familia de la famosa cita mañanera que he tenido con Jocelyn. Nadie sabe que voy a quedar con ella, que vamos a hablar y que probablemente me pierda unos días porque haremos el amor recuperando los años perdidos. Mi erección está intocable desde esta mañana y pronto la tendremos de nuevo. Son las siete y media de la noche y llevo tres horas encerrado en casa por si se me ocurriese llegar tarde o no zafarme de la compañía de cualquiera que osase a distraerme de la cita.

Una botella de vino, una pizza comprada dentro del horno y un hombre desesperado que está sentado en el sofá mirando a la puerta, ese es el estado actual en el que me encuentro porque mi Jocelyn vendrá a verme. Pongo malditamente mi mano sobre mi erección intentando calmarme, lleva así todo el día y no quiero que mi reina piense que solo la quiero para follar cuando no es así, ¡quiero todo de Jocelyn! He imaginado los escenarios en

casa de nuevo, con ella, conmigo y con nosotros dos haciendo el amor en cada rincón. Tengo ganas de que pasemos la fase de hablar para pasar a la otra de desnudarnos y disfrutarnos el uno del otro. En caso que ella lo desee, por supuesto. Porque si no es así solo me llevará a un pensamiento y la posibilidad de mi Jocelyn teniendo un novio es totalmente inaceptable.

Pienso en que tal vez, solo tal vez puede que tenga a alguien. No, no creo. Ella llevaría consigo el perfume masculino de un hombre y si me equivoco sería muy buena camuflando el olor. ¡Mierda! El móvil familiar suena, voy hasta el cajón donde se suponía que estaba en silencio y ahora no lo está.

– ¿La has follado ya?

– ¡Sebastian! ¿No habrás malditamente entrado en mi móvil de nuevo?

– No deberías silenciarlo y aislarte, sabes que no te puedes escapar de…

– ¡Dame el móvil! – Esa es mi cuñada – Sebas, ¿tienes una cita?, ¿por eso no vienes?, ¿es con Jocelyn? Oh Dios mío, dame detalles por favor.

– Dejadme en paz. Es lo único que voy a deciros, y Sebastian, para malditamente de meterte en mi móvil.

– Tu configuración apesta – grita al otro lado lejos del teléfono, escucho los llantos de mi sobrina pequeña.

– Saluda a mis niñas de mi parte.

– De acuerdo, no te vamos a presionar más. Si las cosas no salen bien sabes que puedes contar con nosotros, vamos a ver una película aquí en la sala del cine, si te pones nervioso o cualquier cosa actúa con normalidad. Ella ha ido a ti, es lo más importante.

– Gracias Nancy – agradecido de sus palabras, corto la llamada desmontando el móvil y guardándolo en el cajón de nuevo.

Mis nervios acabarán conmigo, esto de la espera es terriblemente asfixiante. Sé que están preocupados por mí, me gustaría poder abrirme tan bien como lo hacen ellos con sus problemas, pero este no es uno de esos

momentos en el que puedo contarles que estoy realmente roto tras la vuelta de Jocelyn, que las cosas no están saliendo como deberían salir y que seguramente, ella ya no quiera nada conmigo a juzgar por sus huidas.

Diez minutos más de desquicio a solas el coche aparca fuera. Presiono mis nalgas en el sofá, me siento en el sillón, voy hacia la barra apoyándome, crujo mi cuello y doy los últimos paseos como hombre solitario antes de que Jocelyn toque a la puerta, como lo acaba de hacer. Me va a dar ese maldito infarto.

El pelo cae por mi cara, no me gusta así, procuro mantenerlo hacia atrás echándome un último vistazo en el espejo que hay al lado de la puerta. Abro con pasividad sin importarme demasiado, pero mi boca me desafía abriéndose sola de par en par. ¡Ese vestido debería estar prohibido para la humanidad! ¿Quién diablos es el maldito diseñador? ¡Acabaré con su firma antes del lunes a primera hora! ¡Maldita sea! Un vestido negro hasta sus pies me tiene inmóvil sin poder decir una miserable palabra y desafiando a mis instintos de saltarnos la parte dicharachera para centrarnos en nuestro objetivo sexual.

– ¿Puedo pasar?

¡Quítate la maldita ropa!

– Sí, adelante.

Cuando lo hace me percato que lleva una chaqueta vaquera por encima y me alegro, así nadie fantasea con mi Jocelyn. El escote está escondido en algun lugar, la bufanda cubre su cuello y se piensa que no sé mirar más allá de su ropa, oh sí reina mía, no sabes cómo malditamente caliente me acabas de poner.

Confío en permanecer con las manos dentro de los bolsillos para ir reajustándome los calzoncillos disimuladamente. No es mi maldita culpa si estoy más duro que una piedra gracias a que cierta señorita osa a vestirse de ese modo. ¡Insinuadora!

Jocelyn gira su cuerpo mirándome a los ojos, duda en hablar y vuelve la vista hacia el suelo. Ahora, creo que le parecerá más interesante la moqueta que no he limpiado en años antes que mi cara. Le consumen los nervios, es algo con lo que nunca ha podido luchar, y como la conozco,

jugaré mis cartas de tal modo que la hagan sentir lo mejor posible aquí conmigo.

– Huh, ¿he llegado pronto? No sabía si…

– Estaba aquí y te esperaba, por lo tanto, no has llegado pronto.

La barra de la cocina se encuentra a mi lado. Mi casa no reina por su maldita grandeza porque nunca me he querido deshacer de mis recuerdos viviendo juntos. Por eso, vamos a tener la intimidad que ambos buscamos. Vierto la botella de vino en las copas ofreciéndole una de las dos.

– No, gracias.

– ¿Estás segura?

– Sí.

Trago de un sorbo el vino de mi copa volviendo a meter mis manos dentro de los bolsillos. Bien, no sé si empezar a ignorarla o directamente besarla.

– ¿Quieres sentarte?

– No, gracias, estaré bien aquí.

Genial. Estamos de pie plantados uno en frente al otro, más lejos de lo que me gustaría pero con una distancia más que suficiente para no saltar encima de ella y follarla sobre el maldito sofá. No domino en su totalidad mis deseos de desnudarla, va a ser un infierno. Amaría decirle que hablemos luego, que lo hagamos aquí mismo, sin prisa, sin pausa, me da igual, quiero estar dentro de ella sea como sea.

Jocelyn prefiere memorizar las conversaciones importantes porque la conozco, ella se habrá estudiado unas supuestas conversaciones ante mis replicas, y me alegro porque lo haya hecho, triunfará mucho más en la vida si se adelanta a lo que las personas piensan. Pero yo soy un Trumper y por mucho que ella quiera hacer un papel conmigo los dos sabemos que no funcionará.

Espero y espero permitiéndome vagar por su cuerpo fantaseando con la posibilidad de romper este momento para siempre.

– Jocelyn, no tengas miedo de hablar. Como verás, estoy aquí, ¿no?

– Lo sé, es que… yo… quisiera.

– Tranquila, no voy a morderte. A menos que me lo pidas, – retrocede un paso chocando con la mesa baja de cristal – es una broma Jocelyn, por favor, relájate.

– Estoy… huh, relajada, es solo que… no es fácil.

– Supongo, reina – ¡Mierda! No debo de llamarla así.

– Para mí ha sido difícil venir aquí, ayer y hoy. Mucho. Yo… no sabía si… y tienes derecho a…

Se está estancando de nuevo en los nervios, ojala pudiera tranquilizarla pero mi toque la asustaría, a ella y a mí. Mueve los dedos de sus manos entreteniéndose con cualquier cosa insignificante para no tener que enfrentarme. Doy un paso hacia delante, Jocelyn, por supuesto y sin ninguna duda, retrocede uno hacia atrás.

– Es mejor que sueltes todo tal y como te lo has memorizado.

– Yo no he memorizado nada – me permite que vea sus ojos marrones, están brillantes y quiero malditamente follarla ahora mismo.

– Si no has memorizado nada, simplemente, habla ya Jocelyn. También podemos follar si quieres.

– ¡Sebas! – Se asusta un poco más.

– Era una broma. No soy tan depravado. Procuro romper el hielo.

– Lo que hice estuvo mal.

– En eso estamos de acuerdo – aprieto mis puños dentro de mis pantalones, duele como el infierno.

– Me figuro que mis palabras hacia… ti… huh, son inútiles.

– Tienen valor, al menos para mí – respiro hondo, estoy perdiendo la paciencia. Trumper va a salir pronto de la jaula donde lo he metido.

– ¿Sí? – Asiento, está sonrojada – gracias, yo quiero agradecerte por el trabajo y… tú… huh… comprensión por lo que pasó.

– Jocelyn, he deseado cada maldito día de mi vida que aparezcas por esa puerta con la idea en mi cabeza de follarte hasta que te desmayaras. No pongas a prueba mi paciencia, la estoy malditamente perdiendo. Ve al grano, hablemos y solucionemos este problema. ¿Para qué has vuelto? Y tienes prohibido salir corriendo.

¡Maldita sea! Se está ahogando, mi Jocelyn se ahoga inhalando grandes bocanadas de aire suplantando al que supuestamente le falta. Le permito recuperarse de tal escena catastrófica, me tengo que recordar que ella es diferente.

– Agua – susurra.

Por suerte compré una botella de agua sabiendo que ella no bebería vino, le pongo el vaso al lado de las copas para que se acerque pero duda en hacerlo.

– ¡Puedes malditamente venir! – Ruedo los ojos cerrando la botella.

– No… huh me grites.

– Recuerda que se me acaba la paciencia.

Porque es malditamente mía. Sin embargo, porque la quiero más que a mi vida, retrocedo facultándole la posibilidad de que su confianza crezca sin mí alrededor. Bebe como un cachorro sacando su dulce lengua para probar si el agua está a su gusto, pasando a tragársela en un movimiento rápido y acabando por martirizarme haciendo que mi dureza se convierta en patrimonio de la humanidad como no tenga lo que quiere. ¡Dios! Esto va a ser una catástrofe si no consigo estar dentro de ella.

– Gracias – sigue susurrando.

– Habla claramente Jocelyn, creo que somos adultos y si estamos aquí es porque me lo has pedido – paso claramente la distancia que teníamos.

– Vine a pedirte perdón y… quería que tú… supieras que estuvo mal y que no… huh, quería irme pero tuve que hacerlo.

– Por el maldito principio, ¿por qué me dejaste?

– ¿No es evidente?

– Creo que es la segunda vez que me lo has dicho hoy y aquí no hay evidencias, Jocelyn – vierto más vino en mi copa, sí, malditamente voy a necesitarlo.

– Lo siento. Lo siento mucho, ojala pudiera expresarme mejor pero…

– Prueba a escribirme una carta – dejo bruscamente la copa volviendo a mi posición.

– No seas cruel, podía no habértela escrito… y sin embargo… huh, lo hice.

– Levanta la cabeza cuando hables conmigo. Te impido que mires a otro sitio que no sea a mí.

¡Joder! Sigo sin comprender que hago mal, la he hecho llorar, si la ignoro no habla y se le digo cualquier palabra, ella se ofende. ¡Mujeres! A este paso voy a beberme la maldita botella yo solo. Estoy tan tenso que se afilarían cuchillos con tan solo acercarlos.

– No sé cómo explicarme – sus palabras chocan con mi espalda mientras me vierto más vino, a lo mejor prefiere que no la mire.

– Como sepas.

– Tu y yo… huh, era imposible. Me asusté. Y hui.

– Eso es algo que también sabemos.

– Merezco tu enfado y tú estás… volviendo a ser dulce conmigo. Te agradezco el trabajo y…

– Mira Jocelyn, – vuelvo a enfrentarla – ¿por qué no dejas de actuar como si no nos conociéramos? ¡ME ABANDONASTE!

– No grites – solloza aún más, tiene que malditamente llorar lo que he llorado yo y lo hará delante de mí.

– Sí, si grito. ¿Sabes el daño que me has hecho?, ¿cómo me he sentido durante cinco malditos años? Te cambiaste de nombre, la matrícula del coche, ¡todo! Te olvidaste de la vida que dejaste en Chicago y conmigo dentro de ella.

– Lo siento. Te lo he dicho.

– Y yo sigo esperando una maldita respuesta, Jocelyn.

– La respuesta está en mí. ¿No lo ves?

– Guíame – estoy a punto de perder los papeles.

– ¿Guiarte?, ¿no tienes ojos?, ¿no me ves?

– Veo a una mujer que está llorando y qué no le importó dejarme después de escribirme una maldita carta. ¿Lo tenías planeado?, ¿qué era, una maldita apuesta para ver quién pillaba a un Trumper?

– ¿Cómo te atreves? Yo no… no fui la que…

– Puede que yo me enamorara de ti primero, pero dudo en si tú lo has estado alguna vez.

– Desmiéntelo, no puedes acusarme de este modo. Yo te quiero… huh…te quise, te quería.

Cierro los ojos pasándome las manos por la cara arrastrando la vergüenza del hombre que está aquí. Me duele la cabeza de pensar que esta conversación va de mal en peor, ella tendrá su versión y yo la mía. Pero desde luego, los dos no vamos a ponernos de acuerdo por mucho que hablemos porque me abandonó, ella lo hizo cuando iba a pedirle que fuera mi esposa y tuvo el coraje de salir corriendo desapareciendo de la ciudad.

– Destrozado, hundido, humillado… así es como me siento desde el día que te marchaste. ¿No merezco una explicación más convincente?

– Tuve que hacerlo, Sebas. Lo siento mucho – niega con la cabeza, está mirando hacia la puerta.

– Si estás abrumada puedes irte cuando quieras. No te lo impediré.

– Un poco agobiada, sí.

– Desnúdate, – pruebo a decir por si acaso pero ella se escandaliza – era broma.

– Creía que esta noche iba a… yo huh, iba a encontrarme mejor. Supongo que ha sido un día largo.

– Sí. Vernos tanto tiempo debe de haberte dañado el cerebro. Seis minutos en total ha sido un verdadero infierno.

– Sebas – ladea su cabeza, quiero que se vaya porque la besaré y le forzaré a que haga lo mismo.

– El lunes vendrás, ¿no?

– Pensaba en venir mañana por la mañana, si no… huh, quizás, un poco de descanso y… también es complicado para mí el estar aquí.

– ¿Vas a venir mañana por la mañana?

– Si no interrumpo, me gustaría.

– Aquí estaré.

Echo más vino en mi copa sabiendo que iba a aprovechar que no la miraba para pasar rápido por detrás de mí y abrir la puerta. Puerta que cierra rápidamente sin la posibilidad de haberla acompañado al coche, darle un beso de despedida o tal vez un polvo sobre su pistacho.

Una vez más, esto ha sido un verdadero fracaso.

Conecto el móvil para escribirle un mensaje a Nancy, le escribo que todo ha ido bien y que mañana hemos quedado. Espero por su respuesta inmediata contestándome que no se lo ha creído pero que le compre flores, eso siempre ayuda a hacer que un Trumper no parezca tan aterrador.

Silencio el móvil de nuevo, esta vez dejándolo sobre la mesa al lado de mi cama. Ya no tengo por qué esconderme o ausentarme de la gente que me quiere.

Sacudiendo el pelo de mi cabeza recuerdo cada uno de los gestos de Jocelyn y cada balbuceo sin sentido que ha salido por su boca. Admito y

premio que al menos me ha confesado que no está cualificada para tener una conversación del índole que ambos esperábamos.

Esta noche me iré a dormir solo nuevamente. Me mentalizo cada vez más que las siguientes noches dormiré con la misma compañía. La mía. Ella no está preparada todavía para avanzar tanto como yo lo estoy porque para mí no ha habido ruptura en estos años. He echado de menos a Jocelyn desde que casi la atropellé y hoy he anhelado un abrazo, un jadeo o un suspiro hacia mí. Ella ha vuelto mucho más rota que yo y todos mis planes de recuperarla se desvanecen porque no quiero hacerle daño. Por eso, necesito aceptar que las cosas no siempre funcionan como un Trumper quisiera, tal vez ella querrá empezar una vida sin mí y yo no me estoy dando cuenta.

Cómo exista otro hombre en su vida la dejaré marchar para siempre.

Sí. Eso haré.

No.

Por supuesto que no lo permitiré.

Jocelyn Harden es mía y si he esperado treinta y ocho años a mi mujer, malditamente esperaré otros treinta y ocho años más.

CAPÍTULO SEIS

– ¿Quieres que hable con ella?

– No. Sebastian, vuelve a dormir.

– Son las nueve.

– Es sábado – suspiro, ¿es que no me va a dejar malditamente dormir? O al menos, fingir que lo hago en paz.

– ¿Y qué? No me convenció la respuesta que me dio Nancy.

– A dormir. Adiós.

– Nunca duermes hasta tan tarde. No finjas. ¿A qué hora has quedado con ella?

– Dijo que vendría por la mañana.

Por eso llevo despierto más de dos horas, no sé qué quiso decir con mañana. Si era a primera hora, a media mañana o más tarde en la mañana. Espero que no se retrase, la echo de menos.

– ¿Quieres que entre en su móvil?

– Sebastian, quiero que metas tu trasero en la cama.

– Estoy solo. Echo de menos a Rachel.

– Recuerda cómo dejó tus malditos huevos esta semana.

– Colgaré. En cuanto se vaya de nuevo recógeme y vamos a ver a las niñas.

– Lo haré.

Me deshago de mi hermano con éxito y hace cinco minutos de mi madre, que está bastante enfadada, pero ahora no tengo fuerzas para tratar con ella. Mañana en la comida familiar va a acabar con mi maldita cabeza explotándomela con una mirada, y yo, espero estar a la maldita altura para soportarla.

Decido levantarme después de haber dado vueltas en la cama durante horas, anoche conseguí dormirme con facilidad cuando acabé con la botella de vino, desperté a las cinco de la mañana y no he podido dormido desde entonces. Las llamadas persistentes de mi madre ha hecho que salga del entumecimiento en el que me encontraba para atenderla, más tarde mi hermano Sebastian y doy gracias a que Nancy estará durmiendo porque ella también me llamaría preocupándose por mí. Me siento amado, querido, ellos me hacen sentir bien, solo que a veces uno necesita estar solo para poner en orden su vida, como procuro hacerlo desde que Jocelyn volvió.

Me pongo unos simples vaqueros viejos y una camiseta de manga corta tras haber salido de la ducha. No he comprado un café y lo necesito más que el respirar, tampoco me atrevo a pedir que me traigan uno porque no quiero a nadie interrumpiéndonos en caso de que Jocelyn esté viniendo. Son pasadas las diez y media, suponiendo que es una mujer, estará decidiendo que ropa ponerse, aunque conociendo a Jocelyn, estará llorando, dando vueltas y suplicando no volver a verme. Es evidente que no quiere enfrentarse a mí y yo procuraré que eso no sea de esta forma una vez que hayamos hablado.

Estoy apoyado mirando la piscina pequeña que tengo en el jardín, mi hermano Sebastian me la regaló y dijo que era una buena forma de relajarme cuando viniera del trabajo. Está climatizada y la habré usado dos veces, la tercera pasó rápidamente en cuanto me vi solo las dos veces anteriores. Hace un día de calor terriblemente asfixiante, la primavera está golpeando duro y no ayuda a que mí erección quiera un poco de acción. Me prometí no tocarme desde ayer por la mañana y no lo haré, pero si Jocelyn

no se decide a disfrutar de lo que es suyo me veré obligado a desfogar mi deseo sexual con cualquiera.

Desesperado y mirando a un punto muerto, oigo el motor del pistacho verde rugir que reconocería entre un millón de ellos por el peculiar ronroneo. Me encuentro abriéndole la puerta encontrándomela andando hacia mí. Mi Jocelyn viste con otro vestido primaveral de flores y esta vez en color verde, ¡se ve incluso más hermosa que ayer! Su sonrisa sincera está dibujada en su cara de oreja a oreja y lleva una bolsa que hace que me ponga de muy buen humor. No sé por qué ella consigue devolverme al hombre que perdí en estos años. La amo.

– Hola. Huh, perdón por llegar tarde, yo… he traído café – levanta la bolsa de plástico.

– ¡Gracias a Dios! Pasa. Tenía pensado llevarte a desayunar.

Muerdo mi labio pasándome la lengua por el mismo al ver el contoneo de su trasero rebotar hasta que se pierde en la cocina. Aparezco sentándome en la silla de la barra dejando que se desenvuelva sacando de la bolsa lo que ha comprado. Un café para mí, un zumo de manzana para ella y unas galletas de arándanos que solía comprarme a menudo porque eran mis favoritas.

Arrastra hacia mí el café, las dos bolsitas de azúcar y un palo de madera para removerlo, las galletas también las coloca a mi alcance. Ella solo remueve el zumo con la mano mientras sale de la cocina, abriéndolo a mis espaldas y decidiendo sentarse a mi lado.

¡Esta es la maldita actitud!

Parezco un adolescente cuando la chica de sus sueños se ha sentado a su lado sin haberla invitado y sin esperar que lo hiciera. Ahora me siento como si mis manos temblasen por la emoción y la agonía de haber estado esperando este momento desde hace mucho tiempo. Simplemente los dos, de vuelta y desayunando juntos. Sin embargo, la veo diferente, feliz, radiante e incluso un poco más confiada que anoche, tengo que regañarme por no haber pensado en que ella necesitaría un poco de descanso después de tanta presión a la que debe someterse.

Su perfume invade mi territorio haciendo que mi erección se emocione al respecto. Bebo el café que tanto necesito esperando a que la señorita decida dar el primer paso, es evidente que si lo doy yo primero siempre logro asustarla y esa no es mi maldita intención.

– ¿Está bien… huh, el café?

– Delicioso.

– Dos de azúcar, ¿cierto?

– Exacto – el café arde directamente a través de mi garganta.

– Sebas – se gira hacia a mí dejando el zumo sobre la mesa, creo que ya ha tenido suficiente aplastando y jugando con el plástico de la pajita – me merezco lo peor por… yo no deseaba que sucediera tal y como fueron los hechos.

– Escribiste una carta de mierda y desapareciste, ¿por qué no malditamente ibas a desear que sucediera de esa forma? El plan funcionó, te fuiste.

Puedo oír como traga saliva levantándose de la silla y retrocediendo asustada porque probablemente le imponga respeto. Yo mismo le obligué a que eso no sucediera, no debe temerme.

– Yo… no quería irme. Tuve que hacerlo.

– ¿Por qué? – Giro la cara acechando la suya con una mirada incriminatoria que le haga recapacitar sobre lo que hizo.

– Es evidente.

– Mira Jocelyn, estoy empezando a cansarme de este jueguecito que te traes.

Acompaño su mismo gesto levantándome de la silla como un energúmeno. Procurando calmarme y con las manos dentro de los bolsillos, cuido hasta el más mínimo detalle para que no se asuste. Ella, sin embargo, tiembla por el miedo, la desconfianza y la inocencia que aún le corroe por las venas.

– Quiero... huh, irme – está mirando hacia la puerta de nuevo, como siempre.

– Hazlo. Y cuando lo hagas, no vuelvas. Nunca.

Eso es una jugada bastante rastrera pero necesaria para su reactivación. Sea lo que sea, ella ha venido aquí por mí y va a tener que jugar a mi juego si no quiere salir más herida de lo que se supone que está.

La muy degenerada da un paso hacia delante y frenando en seco porque tiene que pasar por mi lado para llegar a la puerta que tengo a mi espalda. Ella espera a que me retire, me aparte y la deje como siempre hago. Pero esta vez tendrá que armarse de valor afrontando que es una mujer adulta al igual que yo, no me voy a comer a nadie porque discutamos. O, al menos que ella me pida que me la coma, entonces tendremos un largo fin de semana con mi cabeza entre sus piernas. Sería uno perfecto y el mejor en mucho tiempo.

– ¿Puedes…huh? – Levanta la mano indicándome que me aparte, mi paso en su dirección es más firme aún.

– Perdón – me aparto hacia un lado sorprendido de que ella está dispuesta a avanzar hacia mí – vamos Jocelyn, la puerta está ahí.

– ¿Sabes? Eres un… yo solo quería ser… huh… amable.

– Y yo huh, quería huh, que malditamente lo fueras.

– No te burles de mí – baja la cabeza retrocediendo.

– Es lo último que quisiera hacer. ¿Por qué esas ganas de huir lejos de mí constantemente?

– Sebas, yo…

– Somos dos adultos, ¿por qué no hablas como tal?

– Intento, ¿te crees que no lo hago? – Su cabeza se levanta con lágrimas en los ojos, no puedo soportar ver a una mujer llorar y más cuando ella es malditamente mía.

– Soy consciente de ello. No obstante, espero que tu empeño sea exquisito la próxima vez.

– Me gusta… yo… huh, ojala pudiera ser fuerte para…

– Reina, soy yo, el mismo. Más viejo, aunque el mismo – ¿está sonriéndome? Supongo que mis sueños con mi cabeza entre sus piernas se van a hacer realidad – sé tú, no tengas miedo.

– Es inevitable, lo de… lo del miedo y eso.

– ¿Por qué?

– ¿Te has visto? Eres como wow – levanta ambas manos. Ella está convirtiendo mi erección una placa de hielo y su fuego será lo que malditamente la descongele.

– ¿Wow?, ¿qué es eso, una expresión nueva?

– Significa… huh, lo más… expresión, es algo como wow. No sé explicarlo muy bien porque…

– Entiendo que la palabra wow es positiva y no negativa, ¿cierto?

– Así es.

– Soy wow y es bueno.

– Algo así, sí.

– Recapitulemos, me tienes miedo porque soy wow y no porque soy otro tipo de palabra.

– Sebas no te… – frunce el ceño, ¡mi erección va a matarme!

– Tranquila – levanto ambas manos.

– Está bien – vuelve a entrelazar sus dedos. Otros momentos de silencio vendrán y acabará marchándose e impugno que lo repita – Sebas, de verdad, aunque quizás no lo creas, lo… huh siento mucho.

– He captado ese mensaje desde que has vuelto. Suplico por algo más, Jocelyn. Estaré todo el día aquí plantado delante de ti esperando esa respuesta que me merezco.

– Te escribí la carta.

– No es suficiente.

– Te explicaba más o menos que… huh… no podíamos estar juntos.

– ¿Por qué? – Baja la cabeza, no aguanto más – ¿por qué Jocelyn? Por favor, te lo ruego.

– ¿No me ves?, ¿eres incapaz de verme?

– Te veo, reina. Créeme que lo hago.

– Ya tienes la respuesta – sus ojos son capaces de inhabilitar todos mis sentidos, hasta el sexto que poseo – no hay más.

– Explica esas últimas tres palabras.

– No hay más. Mírame y obtén la respuesta. Eres inteligente, estoy segura que hallarás el significado.

Jocelyn se vuelve valiente y me recuerda a las dos o tres discusiones que hemos tenido en el pasado. Ella es capaz de sacar la fuerza de la mujer que tiene escondida debajo de la dulce e inocente fachada en la que se refugia. Es inevitable no pensar que puede ser ella misma cuando quiera, sin ataduras, sin conflictos y sin un hombre que esté constantemente acechándola.

– Te puedo asegurar que este ser inteligente que tienes frente a ti carece de sus sentidos para hallar la respuesta.

– ¡Sebas! – Alza la voz y con ella un pinchazo en mis pantalones – ¿te miras al espejo?

– Para el pelo básicamente, me gusta que esté en su sitio, – bromeo a mi manera pero ella no se inmuta – sí, lo hago.

– Yo no, sé lo que reflejo en el cristal.

¡Malditas las mujeres y sus dichos enigmáticos! Procuro tener mi cerebro activo siguiendo la conversación, naufragando en un mar de malditas dudas y buscando la respuesta correcta.

– ¿Reflejos en el cristal? Jocelyn, no estoy siguiéndote. Lo siento.

– Olvídalo.

– Guíame hasta la respuesta.

– Sebas, si… huh… esto es un… juego… yo… huh.

– Jocelyn, por favor, no lo es. No he captado el rollo del cristal o reflejo.

Soy un maldito Trumper, tenemos dos neuronas que van directamente a nuestra mujer. Nos perdemos cuando profundizan llevándonos a su terreno femenino, un mundo desconocido por el maldito hombre. Juraría que he tenido esta conversación con mi cuñada, ubicando escenarios de mujeres, sentimientos y razones por las cuales un hombre tiene que adaptarse a ellas. Si tuvieran instrucciones o guiones para seguirlas podría malditamente ahorrarme esta mierda con Jocelyn y follarla directamente.

Está enfadada porque se cree que juego con ella, ¡no! Nada más lejos de la maldita realidad. Soy un hombre y no es que me esté entreteniendo en mirar su escote, es que dudo en qué punto estamos.

Rodea su dedo índice, luego el pequeño y cambia su peso de una pierna a otra agobiada por estar frente a mí. Carraspeo la garganta, un sonido ronco que la trae de vuelta.

– ¿Sí?

– Jocelyn, espero.

– ¿A…?

– Reina – resoplo, necesito que follemos y luego hablar – ¿por qué no dejamos la charla para más tarde?

– Una… huh, buena idea.

– Genial – avanzo hacia ella quitándome la camiseta porque quiero que el primero sea rápido, duro y fuerte, y marcándola de nuevo por si se había olvidado a quien pertenece. Jocelyn retrocede asustada, el gesto me paraliza – Jocelyn, ¿por qué…?

– Tu camiseta…

– Has dicho que es una buena idea, – sigue paralizada – ya sabes, la charla para más tarde.

– ¿Puedes… por favor…? Póntela.

Bajo mi vista hacia mi propio torso investigando que la hace ruborizarse o huir hasta pedirme que me ponga la camiseta de nuevo. Ella

no debe de asustarse, los años no han pasado por mi cuerpo, trabajo mis abdominales en el maldito gimnasio, mis músculos siguen firmes, mi piel bronceada por la genética y sigo acojonado con las agujas denegando hacerme un tatuaje. Jocelyn debe de conocer mi cuerpo de memoria como yo lo hago con el de ella.

Elevo una ceja fascinado por su actitud de reproche, una que no le convendría cuando tiene el maldito poder de jugar con mi erección.

– ¿Quieres que me ponga la camiseta?

– Por… por favor – respira fuerte. Mi reina quiere a su hombre y su tozudez le hace reprimir sus verdaderos instintos hacia mí.

– Está bien, lo haré, – me agacho cogiendo la camiseta observando como ella está prácticamente babeando por lo que ve – ¿estás segura?

– No lo sé – susurra.

¡Esa es mi chica!

– Culpa mía, me emocioné con la idea de nosotros dos haciéndolo.

– ¿Qué? – Retrocede un paso.

– Ya sabes, la charla para más tarde, tú, yo y el sexo.

– ¡No! Por favor, – abre los ojos – nunca, no. Es… huh, imposible, ya no. ¿En qué pensabas? Yo creía que la charla… huh… y hablar era para más tarde, no ahora.

– ¡JOCELYN! – Le grito – ¡estás malditamente acabando con la santa paciencia que no poseo!

– Huh... – resopla.

– ¿Por qué te fuiste? – Paso la camiseta por la cabeza arrastrándola sobre mi cuerpo otra vez – respóndeme porque no te irás de aquí hasta que no me lo expliques.

– Te lo he… no me grites más.

– Eso depende de ti, – me cruzo de brazos – vamos, ¿quieres charla?, tengamos charla. ¿Por qué malditamente te fuiste y me dejaste abandonado?

– ¿Otra vez?

– Sí, el rollo del reflejo, el cristal y esa mierda de mujeres no va conmigo. Dame palabras convincentes, exijo respuestas elaboradas.

– Sebas… – susurra con lágrimas que chocan en sus labios – míranos.

– Sí, nos veo. Continúa.

– Eso es lo que… – sigue mirando al suelo con la cabeza baja y tragándose los llantos que ahoga.

– Jocelyn, mi paciencia.

– ¡Sebas! ¿Por qué lo haces tan difícil?

– Tengo los huevos bien cargados, ¿te vale esa respuesta?

– Yo no… esto… no hay comunicación.

– Por tu parte. Exprésate o mejor escríbeme otra jodida carta.

– No soy buena con las palabras, – susurra – yo soy la única respuesta que necesitas Sebas, por favor, déjame ir.

– Claro, vete, huye hasta el maldito lunes. Vendrás a trabajar, te veré y malditamente me volverás loco. ¿Eso es lo que quieres?, ¿espacio?, ¿por qué no me cuentas la verdad?, ¿hay otro hombre?

Levanta su cabeza directamente negando.

– No.

– ¿Quién era ese maldito hijo de puta con el que estabas los otros días?

– Solo… alguien que…

– ¿Un amigo?, ¿de esos que os faltó estar a solas para que follarais en la maldita acera?

– Por esto te deje… – su voz me inmoviliza – vives una realidad alterna a este mundo.

– ¿Qué?

– Esto, Sebas. Tus palabras, tus suposiciones, el cómo me ves. Todo. Debes de estar bastante ciego.

– La semana pasada me hice una revisión. Excepto por las horas leyendo, no necesito unas malditas gafas.

– Prueba a cambiar de óptica – seca sus lágrimas con un pañuelo que saca del bolso y que mantiene junto a ella todo el tiempo.

– Jocelyn, ¡ya basta! Malditamente deja de actuar de esa manera. ¿Qué mierda te he hecho yo?

– Sebas, ¡ya basta tú! Hasta que no abras los ojos no vas a entenderlo.

– ¿Entender el qué? ¡JODER! – Grito porque estoy a punto de perder los dos últimos gramos de paciencia, voy a doblarla y a follarla. Mientras, me pensaré que mierda ha querido decir todo este tiempo – Jocelyn, por favor, discutir contigo es lo último que quiero.

– ¿Crees que yo lo deseo? Me haces sentir infantil.

– ¿Por qué? – Doy un paso hacia ella – estoy perdiendo el control conmigo mismo, no vas a querer lo que viene ahora.

– ¿Huh? – Levanta su barbilla observando mis ojos inyectados de lujuria.

– Que no vas a querer lo que viene ahora. La camiseta no será lo único que me quite.

– Por favor, no… yo…

– ¿No me deseas?

– Sí, – abre los ojos asustada – no.

– ¿No? A juzgar por cómo cambia el color de tu cara, el brillo de tus ojos y las babas que te falta por salir de tu boca, juraría que malditamente me deseas.

– Sebas, no lo hagas más complicado.

– Tú eres la que lo hace complicado – avanzo otro paso, estoy a punto de perder los estribos y follarla bien duro.

– Aléjate de mí, por favor. Yo no soy lo que buscas, me fui por cómo soy.

– ¿Y cómo eres? – Ella me mira enfadada.

– No hagas que lo repita en voz alta, por favor. No eres consciente de la realidad.

¡Otra vez las mujeres y sus dichos!

– Tienes razón, no lo soy porque vivo en otro mundo, ¿por qué no malditamente continúas? Cada vez hablas más, ¿qué es lo que te hace alejarte de mí?

– Tú, Sebas. Tú eres la razón.

Un jarro de agua congelada para equilibrar el iceberg que tengo bajo mis pantalones, así chocan sus acusaciones contra mí, sin directrices que lo controlen y con la única intención de herirme más de lo que me siento. Intuitivamente retrocedo sin remordimientos y dirigiéndome a la cocina para que el agua que beba alivie mí llaga lanzada al corazón, si estuviera ardiendo, conseguiría que el hombre frío en el que me convertí con ella desapareciera, pero solo lo ha empeorado más.

Las esperanzas no existen, ella las acaba de eliminar fuera de mi sistema.

Con el vaso sobre mi boca y con mis ojos sobre ella viendo cómo se descompone, repongo en línea recta al hombre que por unos instantes había desaparecido.

– La puerta está abierta.

– ¿Me voy?

– Tengo cosas que hacer. Es sábado por la mañana y mis chicas necesitan que me ocupe de ellas.

Pasa por delante de la cocina fugazmente dejando un rastro de aire frío y cerrando la puerta con mucha más fuerza. Eso, malditamente, me pone de muy mal humor. La abro con la misma fuerza con la que la ha abierto yendo detrás de ella hasta el pistacho e impidiéndole que entre como si se me fuera la vida en ello.

– ¡Sebas! – Está llorando – por favor.

– ¡Maldita sea! No me hagas ser el malo.

– Por favor.

– No me da la gana de que te vayas. Punto y final.

La agarro del brazo arrastrándola sutilmente hacia mi casa mientras llora como si fuera una niña pequeña y se sujeta al marco de la puerta para que no la obligue a entrar. ¡Esto es malditamente absurdo! Cuando se posiciona donde se hallaba, esta vez de espaldas a mí, no declino la idea de sentarme esperando a que el berrinche se le pase. Es más, esa maldita galleta está pidiendo que la muerda y eso hago, o eso, o morderle los pezones.

Un rato después mi orgullo ha hecho que me coma las galletas de arándanos, no me arrepiento de no haber dejado alguna para que ella las probara, me las ha comprado para mí y las he disfrutado. La adrenalina se ha diversificado a través de mis venas, Jocelyn sigue llorando cada vez más calmada, ahora, temo dar el siguiente paso porque presiento que haga lo que haga no será lo correcto.

– ¿No te das cuenta? – Da media vuelta pillándome con la boca abierta porque estaba bostezando.

– ¿Cuenta de qué?

– Mi cuerpo. ¿No lo ves?

Sí. Y quiero verlo desnudo, pero sería descortés. Salto de la silla en la que estaba sentado junto a la barra de la cocina acercándome delicadamente a ella.

– Lo veo Jocelyn.

– Entonces, no hagas que repita lo mismo de siempre, – ella me abrasa con su mirada – por favor. Es duro para mí encontrarme en mi posición.

– ¿Qué posición? – Sacudo mi cabeza.

– La mía. ¿No es obvio?

La maldita luz que aparece delante de mis narices en forma de rayo evita que abra la boca de par en par. Acabo de unir los trozos de palabras que me ha ido diciendo hasta lograr formar un maldito pensamiento. Uno

iluminando mis respuestas, aquellas que he ido persiguiendo durante cinco años.

Retrocedo anonadado porque no puede ser verdad. Si no me equivoco, creo que he llegado a la conclusión definitiva por la cual huyó de mí.

– ¿Te fuiste por…?

– Sí – responde sin dudar, parece que nos hemos cambiado y ahora sea yo el que está acojonado y ella dispuesta a responder todas mis dudas.

– Niégamelo, Jocelyn Harden. Niégame por favor que no has huido por lo que creo.

– Lo es.

– Estuvimos juntos demasiado tiempo. No es posible.

– Es el único foco de nuestra relación.

– Es malditamente imposible, Jocelyn. Por favor, confiesa que es una maldita broma que te has estudiado de tu guion personalizado.

– Yo no… huh… no he… bueno… ayer… hoy no, no existe guion.

Bajo la nuez que se me queda estancada en un punto muerto entre mi garganta y mi boca, o entra o sale, pero malditamente conteniendo las ganas de vomitar si no consigo domesticar mis sentimientos por ella.

Reafirma mis sospechas quitándose el bolso, ese que siempre lleva junto a ella. Me enseña una muestra de valentía al confirmarme que no huirá. Esta vez no.

– ¿Me abandonaste por tu cuerpo? – Asiente – niégamelo y hazme feliz.

– No puedo hacerlo, Sebas. Ojala.

– Espera un segundo – restriego mis manos sobre la cara buscando un poco de auxilio con el temita que me va a tocar los huevos.

– Sebas, eso es lo… quería que supieras como… esto… por lo que…

Dejo caer mis manos guardándolas dentro de mis bolsillos para no hacer ningún movimiento que vaya en contra de su voluntad. Respiro como

mí cuñada me enseñó, ¡maldita sea!, ella estaría diciéndome que me relaje y que no la asuste, pero el efecto que consigue con sus palabras en mí es inaplicable ahora mismo.

Hago círculos a mí alrededor dando pasos para calmarme. Ella suspira por su intolerancia creyendo que ha obrado bien al confesarme la verdad. ¡Esa maldita y estúpida verdad!

Respiro hondo, bien sabe mi yo interior que quiero follarle duro para que se le quiten las tonterías, pero soy todo un caballero y no me lo permitiría.

– Tu cuerpo, ¿eh? – Paro de dar vueltas para dedicarme a hacer el idiota delante de ella.

– Sí.

– Me has abandonado por tu cuerpo.

– Sí, – susurra – ya lo sabías.

– ¿Qué sabía, Jocelyn Harden?

– Los… eso… yo y mi…

– Pensé que dejó de ser un problema cuando te demostré que te amaba.

– Nunca dejó de ser un problema, Sebas.

– ¿Por tu cuerpo?

– Sí. Para de… huh… repetirlo.

– ¡MALDITA SEAS JOCELYN!

Sé da la media vuelta cruzándose de brazos y llorando a juzgar por cómo se mueven sus hombros al mismo tiempo mientras se traga los llantos para que no la oiga.

Ella no me ha podido abandonar por su cuerpo, eso era un jodido problema para ella, nunca para mí. Pensé que lo dejamos bastante claro al principio de la relación cuando malditamente me declaré delante de todo el país haciéndola mía. Estuvo tres semanas sin hablarme, pero por fin se creyó que mis sentimientos eran reales, que ella era malditamente mía y

estuve a punto de presentarla oficialmente a mi familia como la primera mujer en casa después de madre. Todo, absolutamente todo estaba planeado. Conocía a mis hermanos por separado, a mis padres, ¡maldita sea! Solo faltaba que llegara el día para que ella entrara en casa de mis padres e hiciera la presentación que se merecía como mi futura esposa.

Sigo sin creer que me haya abandonado por su maldito cuerpo, eso no tuvo que ser una opción para ella y si lo fue, ¡ella debió hablarlo conmigo!

– Sebas, sé que…

– Mírame a los ojos cuando hables conmigo, – lo hace lentamente – mucho mejor.

– Necesitaba que… sé que tú… yo… huh… esto no pudo funcionar.

– Es tu opinión bajo tu punto de vista.

– Sí. Y la misma opinión que la tuya aunque no lo creas.

– Estas malditamente juzgando mis sentimientos, además de jugar con ellos.

– Por favor, no pienses así, – avanza para estar más cerca de mí pero se arrepiente – todo lo que viví fue real. Tal vez lo que viviste tú no lo fue.

– ¿NO? – Le grito – ¿escribiste una puñetera carta porque el único problema era tu cuerpo?

– Me haces sentir mal si repites lo mismo.

– Te jodes Jocelyn, malditamente te jodes.

En este momento soy yo quien actúa dándole la espalda y pasando mi mano por el pelo intacto por no tocarla a ella. Está sacando lo peor de mí. Inhalo una maldita flor y escupo a una maldita vela controlando o malditamente haciendo un intento de jugar con la respiración que está desbordándose dentro de mí.

Encontrando un punto de inflexión entre mi estado actual y mi calma desaparecida, le doy una oportunidad a la mujer que llora delante de mí. Observo como lo hace en silencio y con la cabeza hacia abajo evitando todo contacto conmigo.

Cuidando de la ligereza de mi avance consigo llegar hasta ella. Malditamente llego a la felicidad plena en cuanto da el primer paso para abrazarse fuerte a mí, la recibo tal y como la deseo, devolviéndole el gesto pasando mis brazos junto a su cuerpo mientras la atraigo vigorosamente. Cierro los ojos apoyando mi barbilla en su cabeza y bajando mis labios hasta besarle para calmarla. Sus sollozos son constantes empapando mi camiseta. Hay una brecha entre ambos y solucionaremos el maldito problema. De un modo u otro lo haremos ya que he descubierto el porqué de su marcha.

Atreviéndome descaradamente a seguir con mis intenciones de follarla, subo mis manos acariciando su cuerpo hasta apoyarlas sobre su cabeza sin la posibilidad de que se mueva. Beso su frente y mi Jocelyn consigue abrir los ojos asustada. Por un momento creo que estamos llegando a entendernos pero ella vuelve a hacer esto que se le da tan bien, alejarse malditamente de mí. Quizás estaba tentando a la suerte ya que pensaba que íbamos a hacerlo si se dejara llevar. Sus pezones están malditamente erectos por mí, ella me desea aunque no quiera reconocerlo.

– Yo… no…

– Tranquila, fallo mío. ¿Estás bien? – Paso mis nudillos por su cara acariciándola lentamente – ¿quieres agua?

– No – niega como si mi pregunta fuera rara.

– ¿Quieres irte? – Asiente afirmando – ¿por qué?

– Sabes que no me siento… huh… bien, – aparta sus lágrimas volviendo a coger el bolso – todo me supera.

– Reina, – susurro – miénteme por favor, ¿de veras que me abandonaste por tu cuerpo?

– Es la… verdad. ¿Podemos dejar ya…? Lo… lo siento mucho Sebas, yo no… quería.

– ¿Por qué Jocelyn?, ¿por qué me hiciste eso? Yo era un novio ejemplar a tu lado, te daba lo que necesitabas, abrías la boca y era malditamente tuyo, – retrocedo negando – es imposible que te fueras por eso y que hayas roto lo que era nuestro por tu inconsciencia infantil.

– ¿Inconciencia infantil? Mira mi cuerpo, esto no es infantil.

– ¿Y qué?, ¿y qué si no eres delgada?

– Yo… yo me voy.

– No te atrevas a dar un maldito paso, – le amonesto – Jocelyn, no eres delgada, ¿y qué?

– ¿Y qué?, ¿te has visto tú, Sebas?, ¿has visto el hombre que eres? Yo no… tu mereces que…

– Merezco la perfecta modelo a mi lado, ¿así crees? – Afirma ligeramente – una sin cerebro que me ponga sus tetas falsas en la cara y que sea un maldito palo, de esas con piernas largas, sin curvas y con la inteligencia de una hormiga.

– Sí – susurra.

– ¿Quién te crees que eres para decidir a qué tipo de mujer quiero a mi lado? Qué me hayas abandonado por esa razón me haces sentir como un auténtico gilipollas, Jocelyn, ¡maldita sea!

– Lo siento yo…

– ¿Te has parado a pensar que es a ti a quien quiero? Me he follado a modelos durante cinco años, de todas las razas, clases y mierdas de mujeres, ¿sabes en quién pensaba cada vez que me corría dentro de ellas? En ti. E incluso cuando lo hacía en sus tetas, en sus caras o malditamente en sus traseros. Tú, Jocelyn, tú eres el amor de mi vida y que me hayas abandonado porque piensas que no eres la perfecta para mi es de juzgado de guardia.

– Lo siento – baja la cabeza.

– Por supuesto, lo vas a sentir señorita. ¿No te demostré que te amaba?

– Sí.

– ¿Entonces? Mírame a la cara cuando te esté hablando, – duda cediendo poco a poco – ¿es por tu cuerpo?

– Sí.

– ¿Piensas que no eres la indicada para mí?

– Sí – afirma de nuevo, parece que estamos en un juicio y soy el maldito cabrón que va a acusar a la inocente.

– ¡Por el amor de Dios, Jocelyn Harden, vas a acabar con mi vida!

– Lo siento.

– Llevo cinco años sin dormir buscando la maldita respuesta al error que hubiera cometido, a ese que me llevara a ti. Quería arrastrarme y suplicarte como un desesperado si hubiera hecho falta. ¿Y ahora me dices que es por tu cuerpo?, ¿y qué? ¡Maldita sea! Si te cuelga un poco la barriga según tú, si se te juntan las malditas piernas o no tienes unos brazos delgados, es mi maldito problema, ¿entiendes, Jocelyn? Eres malditamente mía y me debías un respeto como pareja.

– ¿Ves que no soy perfecta? Yo no… tú y yo… esas chicas.

– Hay una diferencia entre las mujeres que me he follado en mi vida y la única mujer que quiero follarme pare el resto de mi vida. ¿Lo puedes malditamente comprender? No eres delgada, ¿y qué?, ¿me enamoré de tu cuerpo? No. Te vi y supe que ibas a ser mi mujer, estabas en la facultad de derecho, te gustan las mismas cosas que a mí, tenías ilusión, ambición y un intelecto que me hizo masturbarme mientras respetaba las malditas pautas de la relación.

– Tú me… sé que tú me diste mucho, más que yo a ti…

– Te enseñé a quererte, a amarte, a que vieras lo que yo veía en ti. No eres delgada y por eso no eres diferente. Mira mis pantalones, dime que estoy malditamente duro por una supermodelo de revista y no por ti. ¡Joder! No me importa, nunca me ha importado.

– Eres lo opuesto a mí.

– ¿Por qué no tengo el mismo cuerpo que tú?

– Mírate. Míranos.

– Jocelyn, nos he visto a los dos. Tuvimos una relación tan malditamente perfecta que la echaste a perder y que achaques tu cuerpo a nuestro amor es una desfachatez por tu parte. Piensas que un hombre como

yo debe de estar con una de esas mujeres plastificadas, ¿qué hay con lo que me gusta a mí? Yo te amo tal y como eres. Te repito, tu cuerpo no es delgado y no es un problema, lo es para ti porque te aventuras a pensar en que me gusta.

– Me avergüenza estar a tu lado.

Suspiro hondo, estamos de vuelta a nuestras pequeñas discusiones del pasado.

– ¿Por qué no eres delgada? – Afirma – si el peso era un problema tan grande para ti, ¿por qué no le pusiste remedio?, ¿por qué no hablaste de tus miedos conmigo?

– Estabas siendo tan bueno que…

– Era tu novio, Jocelyn. Dejé mi vida a un lado por ti, a mi familia, amigos, trabajo e incluso no iba al club desde que te conocí y empezamos a salir. ¿Sabes por qué? Porque yo encontré en ti mi felicidad, tú me completabas, te deseaba, te amaba y malditamente eras mi mujer. Y todavía siento lo mismo.

– Es verdad, fuiste un caballero conmigo – susurra.

– Si tu cuerpo era un problema para ti nunca lo fue para mí. Sentías vergüenza mientras yo iba con la cabeza bien alta por la mujer que tenía a mi lado. Me estás haciendo sentir una mierda, como si te hubieras aprovechado de mí.

– No, Sebas, no es así. Soy yo la que…

– Hablamos de nuestros problemas, Jocelyn, lo aclaramos malditamente todo. Fui a comprarte un maldito anillo para que nos casáramos.

– ¿Sí?

– La mañana en la que me dejaste. Quise hacerlo antes de que te despertaras para sorprenderte, mi madre me acompañó porque ya sabes que lo del romanticismo lo llevaba muy mal y quería el mejor anillo para ti. Cuando volví todo se fue a la mierda. Me dejaste destrozado.

– No eras el único.

– Sí lo era, Jocelyn. Te fuiste porque no eres capaz de aceptar que te amo tal y como eres. Te deseo, estés delgada o no.

– No digas eso, – abraza a su bolso – las chicas del club decían que era una broma de la que te reías.

– Rotundamente, por eso iba a casarme contigo. ¿Confiaste en lo que esas locas te dijesen antes que en mí?, ¿yo, qué te lo di todo? Vaya Jocelyn, estoy viendo dónde queda tu honorabilidad.

– Todas me conocían y hablaban.

– ¿Y? Si las vieras ahora te darías cuenta que siguen igual de locas e intentando pisarse unas a otras. No sé qué pensar de ti, Jocelyn. Tu cuerpo es un problema para ti, no para mí, y jamás serás feliz hasta que no valores lo que posees. Tú más que nadie das clases de objetividad física si ni siquiera puedes quererte a ti misma.

Activo algún botón femenino que la hace lloriquear hasta que el hipo traga su propio orgullo. Llevo mis manos a mi cintura, investigando, pensando y matizando mentalmente hasta dónde voy a llegar con Jocelyn. ¿Su cuerpo? Ella no es delgada, ¿y qué? ¡Maldita sea! Ella me excita sexualmente, hacíamos el amor día a día, creía que la estaba haciendo sentir única e irrepetible para mí. Cuando salíamos juntos no pensaba en otra cosa que en hacerle el amor, lentamente y rápidamente, quería que ella sintiera cuanto la echaba de menos cada vez que nos separábamos. Sus horas de estudio eran un suplicio para mí porque miraba el reloj cada dos por tres deseando volver a estar dentro de ella. Si estaba en la universidad yo la esperaba afuera porque mis deseos pasaban la línea de la locura, ¡joder! Jocelyn no puede ver que malditamente es la razón por la cual sigo viviendo en esta mierda de mundo. Si no existiera me hubiera perdido en un agujero con las chicas del Golden para siempre, ella me hace querer formar una familia, casarme, tener hijos y tener lo que tiene Bastian al día de hoy. Pero es obvio que ella no siente lo mismo que siento yo y me mata el darme cuenta de ello.

Termina de llorar sacando otro pañuelo de su bolso y me reta con la mirada.

– ¿Puedo irme ya?

– ¿Quieres?

– Sí.

– ¿Irás a trabajar el lunes?

– Me gustaría.

– De acuerdo, buena respuesta – me cruzo de brazos esperando a que se suene la nariz. Sus tetas aclaman mis manos pero la señorita no estaría por la labor.

– Sebas, hemos… tú y yo… hemos tenido algo y… yo he aceptado como soy, acéptalo tú.

– La reciprocidad no es mutua, señorita.

– Eres un hombre increíble, yo no soy la mujer que debe de estar a tu lado.

– ¿Lo serías si fueras sacada de una revista?

– Ese concepto no es una opción para mí. Eso no pasaría.

– Jocelyn, me increpas por tu cuerpo y no aceptas que yo lo ame. ¿Ves quién de los dos tiene el problema aquí?

– Yo… huh, yo nunca lo he negado. Sé que soy el problema.

– Reina, – susurro rechazando cada vez más la idea de follarla – trabaja ese problema, vuelve a ser la misma mujer que me tenía embobado todo el día. Me has hecho jugar en una liga muy aburrida porque eras en lo único que pensaba a todas horas, deseando que volvieras para arreglar la miseria que te hubiera hecho huir. Eres lo que siempre he deseado y deseo, no creas lo contrario.

– Tu estilo de vida no concuerda con el mío.

– Porque rechazas la idea de que eres malditamente mía. ¿El único problema que hay entre tú y yo es el tamaño de tu cuerpo?

– Sí – está avergonzada por el color de piel de su cara.

– Buscaremos ayuda profesional, física o psicológica, Jocelyn. Yo te voy a amar decidas lo que decidas. Desearé tu cuerpo tengas la talla que

tengas y te llevaré de la mano seas como seas. Todo tiene solución, ¿no lo ves?

– Nunca será suficiente. He estado fuera cinco años intentando cambiar, pero no lo he logrado… veía ilógico el seguir desaparecida viviendo una vida que no era la mía.

Mi Jocelyn, amo cuando se desenvuelve poco a poco perdiendo esa timidez del encuentro para volver a ser la persona que era antes. Ella no debe de temerme, solo debería cuando quiero hacerle el amor para demostrarle cuanto la he echado de menos porque no podría controlarme.

Aprovecho su relajación procurando medir mis palabras, necesito evitar ahuyentarla.

– Respeto tu decisión si esos fueron los verdaderos motivos, rastrera forma de actuar pero inevitable dadas las circunstancias.

– Perdóname por todo. Comprende mis sentimientos y mi decisión. Carezco de un físico placentero para cualquier hombre, que uno como tú te hayas… huh… fijado en mí, es maravilloso e irreal.

– ¿Irreal? Todo lo que malditamente siento es real.

– Porque te has acostumbrado o adaptado, no lo sé. No puedo estar a tu altura. Nunca.

– Torturas a tu mente, Jocelyn, ¡joder! ¿Por qué nos haces esto?, ¿no eras feliz conmigo?

– La más feliz.

– ¿Por qué lo echas a perder? Te voy a estar repitiendo malditamente que tu cuerpo es secundario para mí, y si es lo primario, lo deseo como jamás he deseado nada en mi vida. Te amo, Jocelyn. Me has puesto duro desde que has venido vagando entre todo lo que conozco para encontrarme a mí mismo.

– Con mujeres.

– Con mujeres, – repito – el haberte marchado hizo que me pusieras de muy mal humor además de dejarme con una erección indomable. Estaba

perdido en cada uno de mis malditos recuerdos y mientras me evadía intentaba llegar hasta la explicación del porqué me abandonaste.

– Con mujeres – vuelve a decir.

– Sí, Jocelyn, con mujeres.

– Ah.

Baja la cabeza llorando de nuevo y escondiéndose de mí, ella no quiere verme o le ha dolido demasiado que haya estado con otras mujeres. Me regaño si no he tratado el tema con la suficiente delicadeza que se merece, ella no es como otra mujer con la que puedes discutir o luchar, ella es especial y necesito meditar mis palabras aunque fracase en eso.

Tiene un maldito problema mental que debe de tratarse, el no quererse así misma depende de ella, pero el acusarme que no es la adecuada para mí toca bastante mis huevos porque no debe de elegir por mí. Yo la amo como un hombre puede amar a una mujer, con Jocelyn siento lo que Bastian siente con su esposa. El cuerpo de mi chica es espectacular en cada poro de su piel, sus curvas me ponen a cien y su trasero hace que mi erección vibre, esté o no pensando en ella. Y por supuesto, es la mujer más guapa que he visto en esta vida, sus ojos grandes marrones, su nariz redonda respingona y sus labios carnosos junto con el resto de su cara redonda pueden dejarme mudo. Mi Jocelyn sonríe y puede perderme para el resto del día. Mi reina está teniendo un maldito problema con algo que deseo terriblemente y que adelgazara sería algo secundario para mí. Tal vez me afectaría porque sabe que amo morderla, pasar mi lengua y apretar sus carnes bien fuertes marcándola para que se acuerde que solo Sebas Trumper posee el poder de tenerla.

– Jocelyn, reina, – susurro – te quiero tal y como eres. Tu cuerpo no es un problema para mí.

– Para mí sí que lo es, Sebas. No hagas huh… esto más difícil – no para de llorar.

– Pretendo que no, todo lo contrario. Deseo que te veas como yo a ti.

– ¿Delgada?

– Jocelyn, ¡maldita sea! Frena un poco, reina, por favor.

– Frena tú, te mientes constantemente.

– ¿Por qué te amo?

– Porque crees amarme, Sebas. Nunca, jamás voy a sentirme bien a tu lado. Eso no va a cambiar.

– Haremos que cambie Jocelyn.

– ¿Cómo, adelgazándome de la noche a la mañana?

– No quisiera que fuera así, pero si es tu deseo lo respetaré.

– Te acuestas con mujeres diez y a mí me deseas tal y como soy, ¡qué descompensación!, ¿no crees?

– Ellas no son tú. Si me he acostado con ellas era porque tú no estabas conmigo. No te atrevas a reprochármelo – baja la cabeza, ¡mierda! – Jocelyn, lo que estoy tratando de decirte es que no quiero que adelgaces porque te amo así, tal y como eres, pero si lo haces te apoyaré igualmente. Amo tu corazón por encima de tu cuerpo, me da igual cuánto pesas, solo espero que te sientas feliz contigo misma para poder sentirte de la misma manera conmigo. ¿Entiendes mi punto de vista?

– Lo entiendo, Sebas, pero tú sigues sin comprender el mío. Aunque estuviera delgada, que no lo estaré, no puedo enfrentarme a un hombre de tu magnitud.

– Sigo siendo yo, malditamente yo mismo. Fui un novio perfecto, reina, no te quejes por ello.

– Jamás me quejaré, lo fuiste.

– Por favor, Jocelyn. Déjame seguir siéndolo.

Me arrodillaré, me arrastraré y haré lo que malditamente me diga para recuperarla. Jocelyn es todo lo que quiero y estoy a su entera disposición. Seré el novio perfecto que era y ella seguirá siendo mi prioridad número uno por encima de mi familia y mi trabajo. Estoy en sus manos, posee el poder sobre mí y el control que la dignifique como la mujer que es. Cuando un Trumper se enamora es para toda la vida y yo ya me enamoré hace más de cinco años desde el día que conocí a Jocelyn Harden.

Este silencio es abrumador, la tensión por su respuesta me mandará al maldito infierno si lo desea. Discute murmurando, pero por cómo me está mirando negando con la cabeza puedo hacerme una idea de cuan jodida y rota está.

– Lo siento, Sebas, lo nuestro no puede ser.

– ¿Me amas?

– Sí – no duda.

– ¿Por qué no lo intentas de nuevo? Haré todo lo que me pidas. Habla y malditamente dalo por hecho.

– Ojala las cosas fueran así de sencillas, – ladea su cabeza – te amo, Sebas, más de lo que nadie va a amarte, pero no soy la mujer que deseas tener a tu lado y con el tiempo lo descubrirás. Has aprendido a echarme de menos en estos cinco años como yo he hecho y ahora que estoy aquí te darás cuenta que no merezco la pena.

– ¡Maldita sea, Jocelyn!

– Lo siento. Sebas, no sé huh… que decirte más.

– No puedo ser tu maldito amigo, no lo seré. Impugno la imagen absoluta de verte con otros hombres.

– ¿Hombres?

– Sí, hombres. Me gustaría que por un momento vieras lo que yo veo, a la mujer tan sensual que menea su trasero provocando todo el tiempo. Más vale que hayas cambiado tu vestuario porque no voy a consentir que salgas a la calle vestida para atraer a otros hombres.

Mueve su boca sonriéndome y no se puede ni imaginar lo que me ha hecho sentir, he vuelto a vivir. El tiempo se ha agotado. Voy a follarmela hasta el fin de sus días, hasta cambiarle la visión de la vida y de nosotros como pareja. Malditamente es una cabeza hueca que no sabe apreciar que un hombre como yo este profundamente enamorado de ella. He soñado con su llegada tantas veces que ahora que está de vuelta solo deseo follarla constantemente hasta que decida amarme de la forma en la que yo la amo.

El móvil suena en mi bolsillo y ruedo los ojos porque solo yo mantengo el móvil dentro de mis pantalones cuando tenía pensado quitármelos en cuanto la viera. Leo el nombre de mi hermano en la pantalla, ella me anima con un gesto sencillo a descolgar y acabo pulsando la tecla esperando a que Bastian me toque los huevos un rato.

– ¡Sebas, Sebas! Algo terrible ha pasado… – su voz suena más ronca de lo normal y mi sobrina pequeña está llorando. Acaba de encender todas mis malditas alarmas.

– ¿Qué ocurre?

– Es Nancy.

– ¿Qué le pasa? – Ya pienso en volar hacia él.

– Nancy, te lo he dicho. Expulsa los gases, mi niña – sisea a mi sobrina.

– ¿Qué malditamente sucede?

– Sebas, tienes que venir urgentemente. Es Nancy, ella… ella…

– Habla.

– Ella quiere ponerse un vestido sin mangas, Sebas. Está vistiéndose y dispuesta a enseñar su piel a todo el mundo. Estoy muy nervioso, ven.

– No me jodas hombre, ¿me has llamado por eso?

– Sí. Quiere salir a dar un paseo con las niñas. Ya están evacuando los parques a los que vamos a ir. Ella pretende salir como una fulana a la calle y ¡enseñando lo que es mío!

– La has dejado encerrada demasiado tiempo, este día pasaría. Y hace malditamente calor.

– ¡Nancy, no!– Grita – nena, amor, ¡no te atrevas a ponerle ese vestido a Dulce Bebé y quítate la ropa! ¡No la apruebo!

– Vete a la mierda, Bastian – le contesta.

– Sebas, tienes que ayudarme por favor.

– Creo que esta vez no, hermano. Tienes una familia y es sábado, te toca disfrutar.

– He comprado una mansión con más de diez mil hectáreas para salir. ¿Por qué se empeña en querer hacerlo en un parque público?

– Bastian, ¿quieres hacer el favor de colgar? – Nancy le grita riéndose a carcajadas de su marido – y sí, tal vez conduzca.

– ¿La estás escuchando, Sebas? ¡Ella quiere conducir, la muy insensata!

– Luego paso a veros, estoy ocupado.

– ¿Más que ayudar a tu hermano con este gran e inmenso problema?

– No hay ningún problema, déjala en paz.

– Oh, gracias Sebas, lo he oído. Dame a mi pequeña Nadine y vístete Bastian.

– No vamos a salir. Fin de la historia.

Mi hermano cuelga para discutir con su esposa sobre la desfachatez de querer salir en familia en un sábado por la mañana. Él está llevando el encierro de Nancy demasiado lejos y la apoyaré en todas las decisiones que tome.

Esta vez dejo el móvil sobre la encimera de la cocina agradeciendo internamente la pausa de Bastian con su llamada, necesitaba distraerme de la conversación que estaba teniendo con Jocelyn. La miro desbaratando todo el enfado posible que podía tener con ella.

– Era mi hermano – subo un hombro quitándole importancia.

– ¿Va… huh… todo está bien?

– Sí, dentro de lo que cabe. Él ha encerrado a su esposa antes y después del parto, – me mira extrañada – quiero decir, bajo el consentimiento de mi cuñada. Mi hermano es un tanto exclusivo con su mujer. Ahora que ella ha recuperado la figura y está recuperada quiere salir de casa.

– ¿Sebastian se ha casado? – Su cara se alumbra en sorpresa.

– No. Bastian.

– ¿Bastian está casado? – Ella vivió los peores años de mi hermano, creo que nadie apostaba por un futuro como el que tiene.

– Sí, casado y con dos niñas.

– ¿Qué? – Retrocede – ¿Bastian Trumper?, ¿tu hermano?

– El mismo, reina. La vio, se enamoró y hoy viven a las afueras de Chicago en una especie de mansión, nosotros lo llamamos el paraíso Trumper.

– No puedo creerlo, – cuando está nerviosa se rasca la frente como lo acaba de hacer – quiero decir… huh… no lo sabía.

– Te has perdido mucho. Ella te encantaría, tiene los cojones para aguantarlo.

– ¿Sigue siendo el mismo que…?

– No. Enterró su pasado y su antigua vida en cuanto la conoció, apostó todo por ella. Le costó bastante pero cuando la tuvo no la dejó escapar. Mi hermano es complicado de entender.

– Lo recuerdo un tanto… huh… brusco.

– Adjetivo del que no se ha deshecho. Actualmente enfoca todo su enfado por el bienestar de su familia. Ya te he dicho, amarías a Nancy y mis pequeñas son lo mejor que hay en este mundo.

– ¿Las fotos de tu despacho son tus sobrinas?

– Sí, soy el padrino de la mayor, Dulce Bebé. Mi hermano tiene una familia de ensueño y soy participe de todo ello.

Pensar en una familia se siente bien, pero pensar en una familia junto a Jocelyn tras cinco años se siente mucho más que bien. Es más, rozas el firmamento, flotas en él y vuelves a este punto dónde me encuentro babeando frente a la mujer de mi vida. El hablar de la familia que anhelo de mi hermano me ha hecho recordar nuestros antiguos proyectos de futuro. Ella como mi esposa y ella embarazada tan pronto pudiera ya que respetaría el tiempo que necesitase hasta que finalizara la carrera.

Hoy en día no puedo hablar en pasado porque ella ha vuelto y se ha convertido en mi presente, por lo tanto, mis expectativas y proyectos

futuros están más cerca que lejos. La piel de Jocelyn ha brillado de felicidad en cuanto le he hablado de la familia de mi hermano, no he requerido de nada más para darme cuenta que tengo frente a mí a una mujer muerta de miedo, que desconfía y que su fragilidad aumenta con el paso de los años.

La estúpida llamada de Bastian ha traído de vuelta al hombre que creía haber matado antes de que Jocelyn se marchara. El verdadero Sebas acaba de volver a nacer y creo que tengo la solución perfecta para nuestra relación.

Volveré a tomar las riendas de la única forma en la que ella reaccionará y será feliz.

– Debo irme, Sebas – me sonríe como si hubiera desecho todo el cargo de conciencia con el que mi reina ha debido convivir.

– Reina, disfruta estos dos días porque el lunes empiezas una nueva vida conmigo y más vale que te vuelvas a adaptar o me veré obligado a ser descortés.

– ¿Huh?

Con agallas, paso mi dedo por sus labios y le planto un dulce beso.

– Malditamente mía.

JOCELYN HARDEN

CAPÍTULO SIETE

Espero que la medicación que me he tomado con el café haga efecto en cuanto las puertas del ascensor se abran, ruego por todos los dioses que pueda dominar mi lengua y formar una frase sensata y coherente. Reside en mí una dificultad enorme de comunicación en cuanto a Sebas Trumper se refiere porque dejo a un lado que un hombre me esté hablando, un hombre como él, para darme cuenta que estamos hablando de Sebas Trumper. Él es el Dios de todos los dioses, no es de esos que te encuentras por la calle, que ves en televisión o simplemente aparecen en tus sueños; él existe y me ama. Indudablemente mis sentimientos son los mismos que desde ¿cuándo?, ¿cuándo el aparecía en las noticias del Senado?, ¿cuándo es el dueño del Ministerio? Cada día deseaba que las clases acabaran pronto para regresar a casa y verle en las noticias por algun caso nuevo que hubiera ganado o conectarme a internet para acosar su vida íntima cien por cien protegida;

excepto estar en alguna foto en segundo plano cuando su hermano reinaba el mundo, nunca ha existido información en sus horas fuera del ámbito laboral. Desde entonces y desde que era una jovencita, ya sentía atracción por el hombre que dice amarme, y hoy en día, me es imposible estar delante de él sin actuar como una niña pequeña. Me siento tonta, abrumada, desprotegida e increíblemente nadando en una nube de purpurina en un mundo irreal donde tantas noches soñaba con que Sebas se enamoraba de mí. Hasta que mi sueño se hizo realidad, bajé de la nube como una bala y me estrellé en el suelo escondiéndome del hombre que hasta el día de hoy me persigue constantemente.

Haberle conocido fue un tremendo shock para alguien como yo, haberle conocido y que te hablara se sentía sospechoso, pero que él se enamore de ti o finja estarlo supera los límites existenciales. Siempre le he dicho que vive en un mundo paralelo al real, no le culpo porque tal vez soy yo la que está viviendo en una burbuja de autoprotección con la finalidad de descubrir el mundo del que me escondo. Sin embargo, fracasé en mi totalidad. No me bastó lo suficiente huir del hombre que se enamoró de mí porque mis miedos, vergüenza y humillación constante desde que tengo uso de razón, me ha hecho ser una mujer con barreras emocionales indestructibles, ¿y con qué pago la maldición de mi personalidad? Comiendo.

Sebas piensa que me ama por mi inteligencia, él quizás la ame, no más. La posibilidad de que haya un él y yo son meramente suposiciones nulas, cero, negativo. Él es un hombre wow y yo soy alguien que se aleja del wow. Soy conocida por llevar puestas las etiquetas sociales, es más, con una especialmente colgada desde siempre y que aunque lo intente, no puedo prescindir de ella. Es evidente, solo hay que verme. Por esto, prefiero esconderme en mi burbuja de ficción, aquí dentro no hay problemas, no hay adversidades y ni mucho menos hombres que te persigan todo el tiempo contándote lo enamorados que están de ti. Sebas se cree que soy algo divertido con lo que jugar, alguien bella, hermosa o una mujer diez que pueda llevar de la mano orgullosamente, pero él no se da cuenta que en su burbuja hay una grieta profunda que le hace ver alucinaciones. He buscado información sobre su comportamiento en los últimos cinco años, he visto

videos sobre brujería y hasta en las anomalías de la visión, y hoy por hoy, sigo sin saber que ha visto este hombre en mí.

El factor Trumper ha inducido mi vuelta tras haber estado cinco años escondida en un pueblo miserable rodeada de cuatro vacas y dos caballos mientras ayudaba a un matrimonio mayor en sus tierras. Este invierno ha sido devastador, las tormentas de nieve, el frío y la soledad a la que me sometí me ganaron íntegramente, enfermé y decidí retomar mi antigua vida con la satisfacción de poder encontrar un trabajo. Y acabé en el último lugar donde quería haber acabado, su casa. Hervía en mis entrañas una culpabilidad de la que no me arrepiento, tal vez en parte, pero era vital que le pidiera perdón tarde o temprano porque él de un modo u otro iba a saber que había vuelto a la ciudad. Sigo pensando que obré bien, la visita no fue la soñada, pero al menos ha aceptado mis disculpas y es lo que me vale. Solo me ha perdonado porque le doy pena. Seguro. Es probable. No descarto la posibilidad.

Desde el sábado por la mañana no le veo. Anoche le mandé un mensaje para comentarle que mi horario laboral sería de ocho a cinco como todos los empleados y mis sorpresa fue que aceptó sin rechistar, sin gritarme y sin enfadarse conmigo por mi propuesta desenfrenada, tal y como estaba pensando antes de encontrar coraje para escribirle. El ascensor se va acercando a la última planta y temo que él esté ya allí. Miro el reloj con quince minutos de antelación, bien, necesito crear mi propio espacio vital para adaptarme a los nuevos cambios. El llegar puntual no es lo mío, soy de las que observo de lejos durante una hora antes y luego me acerco poco a poco a mi objetivo, en este caso, llevo en la cafetería de enfrente desde las siete de la mañana.

El pitido me descuadra de mis pensamientos, no había, yo… huh, no había planeado mi salida del ascensor al despacho. ¿Entro o espero? Las puertas se cierran de nuevo pero antes de que me aplasten con facilidad corro hasta mi despacho cerrando la puerta detrás de mí. ¡Sí! Un objetivo menos con el combatir. El mirar a mi derecha cuando he entrado habría sido un error pues se olía a café y estoy segura que estaban esas chicas guapas con las que Sebas práctica el sexo en su oficina. Activo el interruptor para dar luz al despacho agobiada por las grandes ventanas y agradecida a su

tiempo porque existan las persianas que rápidamente me pongo a bajar. Usando las cuerdas finitas con las que lucho, puedo tapar la visión de los edificios de al lado, rodeados de hombres y mujeres que puedan observarme descaradamente y sin mi permiso. Diviso el despacho contenta por la oscuridad que habría si apago la luz, para eso, esperaré a que nadie me interrumpa y encenderé la pequeña lámpara que hay sobre la mesa. Bonita, violeta, como mi color favorito. Mi mesa está… huh, diferente, hay folios, cuadernos, bolígrafos, un ordenador y cables que conectan a una maquina bastante grande, ¿una impresora? Se han debido de equivocar, yo no… ¿necesito esto? Bueno, ¿y qué hago ahora? Esto no… yo no había preparado el siguiente paso, vengo aquí y, ¿qué hago?, ¿tendré que ver a Sebas? Espero que esté trabajando fuera todo el día, no quiero verle, ilógico cuando le he pedido trabajo, pero es que nadie quería contratar a una mujer con mi peso, solo tuve una oferta en una hamburguesería y yo… huh no se hacer mucho. De hecho, no sé hacer de nada.

Tocan a la puerta y no me he preparado para ello… huh… no puedo enfrentarme a la persona que esté al otro lado. Continúa tocando, esta vez más fuerte, se oye una voz aguda que alarma mis neuronas. ¿Me habré equivocado de despacho? Tracé un plano sobre dónde estaba situado, de hecho, me lo he memorizado durante este fin de semana, no he podido equivocarme. ¿Y si alguien quiere echarme de aquí?, ¿y si me grita?

La puerta se abre y bien, mis sandalias de verano son hermosas, no como en la revista porque obvio que no soy una modelo. Mis dedos son regordetes al igual que mi pie que parece el de un elefante. Estoy muy lejos de la realidad y de ser una mujer diez, esa que desea Sebas para él mismo y mientras tanto se distrae conmigo.

– ¿Señorita Harden? – Subo mis gafas arrugando la cara, no debí de habérmelas puesto, pero estaba tan emocionada con trabajar que me he adelantado – ¿me oye?

– ¿Huh?

– Ho. La. Soy. Mor. Gan. ¿Tú. Me. Comprendes?

¿Por qué me habla como si fuera idiota? Levanto mi barbilla a mi pesar. La chica con los pechos hacia afuera está actuando como si fuera su

mono de circo o algo así. Me hace sentir lo que realmente puedo ser, ella no está invitada a mi burbuja. Afirmo moviendo con la cabeza porque es a lo que me he acostumbrado, ellos me dejarán en paz tan pronto vean como el color rosa cubre mi cara y enfatizando aquella parte que se me marca en cuanto sonrío. Tal vez si lo intento logre estar sola.

– Sí – susurro, es otra de mis virtudes para alejar a todo el mundo de mí.

– Bien. Yo preparar un café. A ti – sigue burlándose de mí gesticulando lo que va a hacer.

– Sí.

– ¿Leche?, ¿azúcar?, ¿especial?

– Solo.

– ¿No azúcar?

¡Qué se vaya!

– No azúcar – logro decir porque he estado a punto de sentarme en el hueco de la mesa para esconderme de ella, ¿por qué grita tanto?

– Estupendo, Señorita Harden, enseguida se lo traigo.

Se dirige a mí como las tontas, gesticula como si supiera hacer el movimiento de un café y ¿acaba por despedirse normalmente? Desde luego que Sebas no se las busca muy inteligentes, no. El viernes tuve que ver la escenita de la rubia sin bragas y abierta en su mesa, y hoy tengo que acatar con la mujer de las tetas brincando perpetuamente, ¿ni siquiera ha dictado un protocolo de uniforme o de vestimenta? Es más que evidente que él las quiere para practicar el sexo con ellas, no me equivoco cuando me digo a mi misma que en mi burbuja soy mucho más feliz porque aquí dentro no existe un Sebas con mujeres. Él solo me quiere a mí, somos delgados, guapos y tenemos dos o tres hijos en sus respectivas burbujitas.

El teléfono suena asustándome. No voy a cogerlo. ¿Debo? No. Este no es mi lugar. Tal vez debería volver a Montana, allí era feliz viendo el amanecer, el atardecer y el anochecer, sola y sin sonidos que me molestasen. Abrazo mi bolso contra mí porque me protege de todo mal y de los ataques que sufro continuamente en la vida. La máquina está sonando,

contando los tonos mentalmente cuando el olor a café entra a través de mi nariz y giro la cabeza colisionando con la mujer de la sonrisa perfecta y tetas bailarinas.

– ¿Huh?

– Teléfono. Café, – descuelga el teléfono a punto de levantarme y salir de aquí – sí Señor Trumper, aquí está un poco distraída. Sí.

Ella me da el teléfono para que lo coja, le niego rotundamente, no voy a… no… hablar con Sebas a esta hora de la mañana es caer en la misma rutina en la que nos hemos envuelto. Él dice cosas que no me gustan y yo huyo. Esta chica insiste con su mirada, pone la mano en su cadera enfadada, no me gusta ver a la gente así porque pueden hacerme daño.

Termino cogiendo el teléfono.

– Gracias – susurro.

– El Señor Trumper está en el despacho de al lado, quiere hablar contigo – susurra.

Cierra la puerta fuerte, vuelve a entrar disculpándose porque no está rota y vuelvo a estar por fin a solas. Pongo el teléfono en mi pecho junto a mi bolso decidiendo como va a ser el siguiente encuentro con Sebas, él no… huh, yo… no puedo… él sabe que… ¿por qué me quiere torturar de esta forma? Saco una chocolatina del bolsillo mordiéndola para que me de fuerzas, el chocolate puede hacer milagros en una mujer, en mí, hace mucho más que eso.

– ¿Jocelyn, estás o no? – Pongo el aparato en mi oreja.

– Sí.

– Buenos días. Pensé que vendrías a mi despacho.

– Yo, huh…

– No te preocupes, reina – él no sabe cómo me hace sentir cada vez que me llama reina, eso es algo muy grande, es reinar un reino – ¿Jocelyn?

– Sí.

– Debí deducir que llegarías antes. Así que tu trabajo estará listo a partir de las ocho, acabo de confirmar la hora y ya está en camino.

– Gracias.

– De nada, que tengas un buen día.

– Tú también, Sebas.

Golpeo el teléfono en su lugar, ¿por qué he hablado más de la cuenta? Pensará que estoy desesperada, que me he escapado de mi burbuja al mundo real para hablar con él. Algo en mí necesitaba y luchaba con pronunciar su nombre en voz alta, y lo he hecho. ¡Qué vergüenza! Mastico el resto de mi chocolatina mirando a la pared y tramando el que probablemente se haya despedido porque tiene que irse fuera. Él no solía trabajar mucho aquí, por eso acudí en cuanto observé que los últimos días frecuentaba esta oficina. Espero que solo esté de pasada, tenga trabajo y consiga quitarme de la cabeza al hombre que me tiene enamorada desde mi juventud.

Recuerdo como nos conocimos, él se enfadó, me gritó y hasta me zarandeó porque pensaba que era una inconsecuente. Casi fui atropellada, yo solo pensé que no venía ningún coche mientras escuchaba mi iPod. Como siempre, vivía en mi burbuja apartada de la sociedad real, y de repente, levanté la cabeza llorando porque ese hombre estaba prácticamente sobre mí regañándome como a una niña pequeña. Mis llantos salían desde mis ojos cerrados, los abrí para pedir misericordia y supe que los sueños se hacían realidad. Sebas Trumper en todo su esplendor fijándose en mí por primera vez y yo siendo una idiota distraída que no supo mirar el semáforo antes de cruzar la calle. Creo que tiene esa obsesión compulsiva conmigo porque cruzó la línea del respeto, la gente nos hizo un círculo y en cuanto le miré llorando él paró de tocarme, me pidió disculpas y dos horas después me recogió en la universidad donde pensó que empezar una relación con la mujer del semáforo sería divertido. Sebas nunca me lo dijo, estoy segura que jamás admitiría eso de salir conmigo para remediar el espectáculo que dio frente a todas esas personas que lo conocían. El chico guapo, rico, perfecto… con una chica como yo. Eso nunca pasaría ni en mis mejores sueños dentro de mi burbuja, aunque sueñe con eso todos los días.

La puerta se abre directamente pillándome infraganti y tragando el último bocado de mi chocolatina. Un hombre trajeado me está sonriendo.

– Señorita Harden – me he quedado sin habla.

– Ho…

Me interrumpe dos hombres que entran sin pedir permiso y dejan caer una serie de libros que acaban esparciéndose sobre la mesa.

– Hola, soy Dawson. Si tiene alguna duda contacte conmigo, estoy en el Gabinete Jurídico Penal. La extensión en el teléfono es nueve, seis, tres, cinco.

– ¿Huh?

– Rápido Dawson, no podemos entretenernos.

Tan rápido como han entrado se han ido dejándome aquí tras la vista de una montaña de libros que se agolpan delante de mí. Me recuerda a mis años en la universidad con tantos libros de por medio, voy a necesitar memorizar la extensión para preguntarle a ese tal Dawson cual será mi caso, o en qué voy a trabajar. Sebas y yo nunca hemos llegado a matizar las bases de mi contrato, mi labor en la empresa o los requisitos para el puesto al que opto. Como todo lo que hace, es indiscutible. Me dijo fecha, hora, me enseñó mi despacho y di por hecho que ayudaría en algun caso.

Solo será una llamada, espero que él no me haga dirigirme a su gabinete, eso implica contacto con la gente real. Marco nueve, seis, tres, cinco y pulso al botón verde. Debe de… bueno, sonar, ¿no? Huh, ¿qué le pregunto?, ¿cómo? No quiero ser maleducada con mis compañeros de trabajo, de hecho, sería feliz si trabajase en algún despacho a solas o algo parecido.

– Casi no me ha dado tiempo a llegar, Señorita Harden. ¿Qué desea?

– Huh, soy… yo… Jocelyn.

– Encantado Jocelyn, yo me llamo Maurus pero es un nombre que solo aprecian mi abuela y mi madre, así que Dawson está bien para mí.

– Sí – susurro.

– ¿Tienes algún problema? Se me ha olvidado comentarte que en la carpeta amarilla se encuentra la documentación, los temas, anexos, protocolos y todo lo que necesites. No olvides las fechas y si tienes dudas cuenta conmigo, estaré cien por cien disponible de ocho a cinco de la tarde.

– Yo… lo… lo siento… Es mi primer día y… huh.

– No importa, Jocelyn. ¿Quieres que suba y te ayude?

– Tal vez no es una… huh… buena idea. Leeré la… ¿carpeta amarilla?

– Correcto.

– Sí. Adiós.

Estrello el teléfono de nuevo, interaccionar con personas no establecidas en mis guiones que previamente me estudio antes de salir a la calle no está nada bien. Rebusco entre la montaña de libros, ¿debo de quitarme el bolso? Pienso en si sería una buena opción cuando doy con la carpeta amarilla, la abro ajustándome las gafas hasta arriba de mi nariz y arrugo mi frente extrañada de lo que estoy leyendo. ¿Cómo es posible? Fechas de exámenes en la Universidad de Leyes de Chicago. El mes que viene empiezan y acaban en junio, con más fechas marcadas si no se superan las pruebas. Fechas, fechas y más fechas que acaban mezclándose en mi mente creando un cortocircuito con humo incluido. Aparto este folio para coger entre mis manos el expediente de mi universidad. Yo… yo me di de baja, eliminé cualquier rastro de las asignaturas y aquí aparecen las que están aprobadas y las cuatro que aún me quedan. Arrastro el folio anterior contando las fechas de los exámenes y efectivamente son cuatro las fechas marcadas para los exámenes.

Sebas quiere que regrese a la universidad.

Sin dudarlo porque esto es denigrante, pruebo con la extensión, cero, cero, cero, cero.

– Información, ¿qué desea?

– Yo soy huh… yo…

– Sí, Señorita Harden, ¿le puedo ayudar en algo?

¿Es que todo el mundo sabe que he vuelto? Muevo mi pie izquierdo por los nervios, un tic que descubrí el mismo día que Sebas casi me atropella en plena Avenida Michigan.

– ¿La extensión del Señor Trumper?

– Cuatro veces uno.

– Gracias – susurro, ella me agradecía cuando he colgado y descolgado marcando el número. Aprovecho este brote de valentía antes de derrumbarme.

– Jocelyn. Dime, reina – su voz suena ronca, áspera y feliz.

– Yo… huh.

– Dawson me ha comentado que en la carpeta amarilla ha puesto toda la información.

– Sí, yo huh… – quiero volver a mi burbuja – no puedo hacerlo.

– Sí puedes, señorita. Puedes y lo harás.

He apretado el botón rojo porque no quiero escuchar ninguna de sus órdenes, no cuando no me gusta lo que ha hecho. Ha jugado con mis sentimientos. Yo pensaba que venía a trabajar y resulta que tengo que estudiar de nuevo para que… ya no… tengo una edad, casi cumplo los treinta en un par de años. Soy… huh, adulta, estudiar es de jóvenes. En mi burbuja soy feliz y no estudio, ya soy abogada y trabajo en el Senado junto a mi esposo, Sebas. No. No. Está mal mezclar fantasía con realidad.

Un fuerte ruido hace que rebote sobre la silla.

Sebas, él… él ha… está en la puerta.

– Yo… – susurro.

Está enfadado. Sé cuándo está enfadado porque se le hinchan los agüeros de la nariz, luego frunce el ceño como lo está haciendo y el tic de su mandíbula cuadrada está palpitando más que nunca. Lo primero que hago es agarrarme al bolso, dejar que cierre la puerta y procurar no babear. Él… él debería… huh, ponerse una chaqueta, la camisa remangada y los pantalones de pinza negros que cuelgan de su cintura me distraen. Pero no puedo evitar fijarme en sus hermosos ojos, cristalinos, azules y grandes que

solo me miran a mí cuando no está en estado de ataque como en estos instantes.

– ¿Me has malditamente colgado?

Ojala pudiera evitarlo pero es inevitable sentir como se contrae mi vientre mandando una oleada de llantos hasta mi nariz. Es normal en mí llorar, lo hago todos los días, sin embargo, cuando está frente a mí trato de controlar mis sentimientos débiles.

Sus ojos siguen fijos en los míos esperando una respuesta que me es infinitamente imposible dársela.

– Lo siento – esto suele funcionarme con él.

– ¿Y por qué malditamente tienes las ventanas cerradas?

La entereza extra humana de Sebas y los movimientos bestias al abrir las persianas dando mucha más claridad a mi despacho, hacen que me refugie en mis llantos de mujer lamentable. Sé que soy débil, que tal vez yo… huh… no sea fuerte, pero si tan solo él fuera un hombre normal yo sería mucho más feliz. Él no puede ser tan directo en todo. Consigue su objetivo a base de golpes apagando la luz del despacho, ahora tengo a un edificio detrás de mi espalda preparado para verme cuando deseen. Sebas está frente a mí con dos dedos de cada mano sobre mi mesa, justo al otro lado. Su mandíbula va a desencajarse si prosigue con este enfado infantil, yo lloro pero él tampoco se va dejándome en paz.

Fijo mi vista en mis pies porque es mucho más conveniente que darle un segundo de visión al Señor Trumper.

Odio que me conozca tanto, está esperándome y hasta que no le diga algo no se va a ir de aquí. ¿No tiene trabajo?, ¿no se va a practicar sexo con sus amigas? Me urge acelerar este encuentro, en cuanto se vaya, correré lejos de aquí para siempre.

– Lo siento, yo no…

– Tú sí, Jocelyn, – aparta las manos de mi mesa colocándolas sobre su cintura – mírame cuando te hablo.

– Lo siento – susurro.

– ¿No sabes decir otra maldita cosa?

– Perdón... yo… huh, sí.

– Jocelyn, te he abierto las puertas que me has pedido respetándote y esperando a tus movimientos para no meter malditamente la pata. Viniste a mi trabajo, me dejaste un curriculum y estudiarás. Si no apruebas las cuatro asignaturas que te faltan lo volverás a intentar, así, hasta que el rector de la universidad me llame para contarme que Jocelyn Harden ha obtenido su carrera de abogada. ¿Nos vamos entendiendo?

– Sebas, por favor… yo…

– Tus estudios no son discutibles, señorita. Entras a las ocho y sales a las cinco de la tarde. Tienes muchas más horas de estudio que cualquier universitario que acceda a esas clases inservibles y aburridas. Pongo a tu disposición todo lo que tengo, Dawson es el quinto mejor abogado del país con unas calificaciones de órdago. Si piensas en desaprovechar la oportunidad que te estoy dando tienes todo el tiempo del mundo para mentalizarte, pero sin duda jovencita, vas a malditamente sacarte la carrera que dejaste a medias.

No me doy cuenta que se ha ido dando un portazo a la puerta hasta que estoy mordiendo otra de mis chocolatinas, me urge el encontrar una máquina en este edificio, no tengo suficientes, es más, una máquina de helado de fresa con nata. Sí, esperaré a que se vaya para buscar la máquina.

El teléfono suena con la extensión uno, uno, uno, uno. Seco las lágrimas de mi cara respirando hondo.

– ¿Sí?

– Lo siento, reina. No era mi intención gritarte.

– Yo… huh, también lo siento – mis reacciones deben de obligarle a sacar lo peor de él, no es la primera vez.

– Estudia, Jocelyn. Estudia y aprueba porque eres brillante, podrás con eso y con mucho más. Los exámenes son el mes que viene, tienes la capacidad para memorizar, comprender y entender. Llama a Dawson, reina, él te ayudará con tus dudas.

– Sí – susurro.

– ¿Ese sí es un sí afirmativo o un sí para que cierre el pico?

– Sí quiere decir, lo intentaré.

– Esa es mi chica. Estudia, yo tengo mucho trabajo.

– Vale.

He esperado a que colgase dejando el teléfono que resbalase lentamente por delante de mí para colocarlo en su sitio, esta vez, más relajada.

Siempre tiene razón, odio que sea así, pero la tiene. Sebas Trumper es el único que puede ver a través de mí. Mi intención al regresar era conseguir un trabajo, ahorrar y continuar con mis asignaturas a largo plazo, pero no era mi prioridad porque es más que obvio que no conseguiría entrar en algún bufete y defender a un cliente en un juicio. Revisaré documentos para el resto de mi vida como mucho, yo… huh, él sabe que no sirvo, por lo tanto, su intención de agilizar mis planes futuros van a ningún lado; por mucho que apruebe no soy válida para ser abogada.

Si estudiar va a hacer acercarme a Sebas aunque me duela no tenerlo, le daré una oportunidad a estudiar las asignaturas que me faltan. Va a costarme mucho más pero con tal de no escucharle regañarme todo el tiempo, le haré caso. Sé que lo hace por mi bien. Sí. Eso creo.

A continuación, después de la desastrosa entrada en mi primer día de trabajo, consigo ponerme al día con los libros, asignaturas y coincido con que algunas son difíciles pero voy a poner todo mi empeño en sacarlas adelante si cuento con el rey en el mundo de los abogados y Dawson, el quinto mejor del país, no debo de desaprovechar esta bonita oportunidad.

Más tarde, tras algunas entradas solidarias por parte de tetas bailarinas, el dolor en el cuello me atisba de nuevo, se me han acabado las chocolatinas, caramelos y la ansiedad está quitándome la vida. Se oyen ruidos en el pasillo durante toda la mañana, Sebas gritando, Sebas regañando a esa tal Annie, y siempre Sebas, su voz ha hecho que no me haya concentrado; espero que se vaya a la hora del almuerzo y no regrese más.

Muevo la planta de los pies porque el suelo está frío y el aire acondicionado más, si pudiera expresarme le hubiera pedido a tetas bailarinas que bajase un poco la temperatura, pero es más que evidente que ella solo quiere pasear su vestido corto de un lado a otro captando el instinto sexual de Sebas. Asco. Ojala se vaya pronto y me deje en paz. Los martilleos en la puerta se repite, finjo estudiarme el tercer tema del libro sin contestar, si es ella se meterá, si no, que nadie entre por favor.

– Reina – indudablemente levanto la cabeza para mirarle, ¿por qué se ha puesto la chaqueta? Huh, no debió leer mi pensamiento porque ahora pienso que está mucho mejor sin ella.

– ¿Sí?

– ¿Cómo lo llevas?

– Bien, – me quito las gafas – yo… huh… recuerdo cosas.

– ¿Ves? Es ponerle empeño, – sigue en la puerta – tengo que irme, si necesitas ayuda no dudes en…

– Llamar a Dawson – ¿qué?, ¿por qué he… yo…?

– Correcto. Me gusta que termines mis frases, es una buena señal para el emisario que está hablándote.

– Gracias – ¡qué guapo!, ¡vete!

– Qué tengas una buena tarde, – cierra la puerta y la vuelve a abrir – se me olvidaba, ¿vas a salir a almorzar?

– No – que no me hable de comida, él no por favor.

– Lo suponía, Morgan te tomará nota de lo que desees. Comerás un menú, sea cual sea y Jocelyn, – frunce el ceño – más vale que te lo comas, sino, como te dije, no seré cortés contigo.

Iba a responderle, sí… yo, huh iba a hacerlo pero no se ha dado la ocasión si me deja aquí sola. Los gritos de afuera paran cuando él está allí, cuando no, ellas se ponen a cuchichear lo guapo que es o que van a comprarse en una web de ropa, odio cuando muestran sus dientes perfectos sonriéndole como si fueran a casarse con él. Idiotas. Deseo que las despida y yo sea su secretaria personal, el verle entrar y salir todos los días me haría

la mujer más feliz del mundo, y cuando no esté, imaginarle en su despacho. Se nota que Sebas se ha ido porque esas dos no dejan de reírse, por lo que escucho, están jugando a lanzarse algo, hace dos días casi se matan y hoy son intimas amigas. Sí, son sus putas, supongo que deben de serlas. Las odio, odio, odio, odio. Espero que se vayan a almorzar pronto, ¿dónde almorzara él? Mañana fingiré que me he puesto enferma o que voy a la biblioteca. Sí. Dos días seguidos de la belleza Trumper no es acta para una persona que carece de amor propio como yo.

Mi móvil suena cuando estaba rebuscando en mi bolso por otra chocolatina, pero solo existen los papeles que he ido guardando. Miro en la pantalla que es una de las dos personas que hasta el día de hoy conocen mi número.

– Hola.

– Hola Jocelyn, ¿qué tal en tu primer día de trabajo?, ¿algún problema?

– Huh no Leo, todo está yendo bastante bien.

Cuando regresé a Chicago me apunté a una empresa de trabajo temporal, entré en la oficina y Leo fue quien me inscribió. Tardamos más de lo usual porque aunque no sea un hombre perfecto, no deja de ser un hombre y eso me hace sentir mal, en mi burbuja no acepto a hombres sean del tipo que sea. Leo fue amable pero yo no podía simplemente sentarme a contarle mis datos o que había estado haciendo los últimos cinco años. Este último par de semanas no recibí ninguna llamada, es más, él discutió con el gerente de una cafetería defendiendo mi honor porque me habían rechazado al no tener el físico requerido. Desde ese día, él me llama interesándose por como estoy, mi economía y ofreciéndome alojamiento en su casa si fuera necesario, a su mujer no le sentaría bien y yo no sirvo para convivir con mucha gente. Y dos personas, es multitud para mí.

Por lo tanto, él se ha convertido en… ¿un amigo? Él se alegró mucho que me dieran la oportunidad de trabajar aquí en el mismo edificio del abogado más prestigioso de América.

– Eso son buenas noticias. ¿Estás segura que no estás cediendo a las órdenes de algun gilipollas?

Pienso en Sebas y sonrío.

– No. Mis conocimientos como abogada no son… huh… extensibles, pero me tratan bien.

– Me siento muy feliz por ti, – tetas bailarinas acaba de entrar con su maldita libreta donde ha escrito con corazones que es la secretaria de Sebas – ¿me oyes Jocelyn?

– Sí.

– A ver si repetimos el café de los otros días, pero esta vez sin que llames a Trumper.

Sus carcajadas retumban en mi oreja, y sin inmutarme, levanto el dedo a la chica para que aguarde un momento hasta que Leo deje de reír. Los otros días el encuentro con Sebas no fue… huh, del agrado para nadie. Que se presentara de esa manera, me tocara, me gritara y se marchara, y además, que Leo lo viese todo mientras iba hacia el coche, fue la peor escena en público que he vivido. Estuve llorando horas por lo sucedido.

Ella está pendiente de todo escribiendo en su libreta, tal vez una nota de amor que pondrá en la mesa de Sebas. Leo hace ese sonido con la garganta que profundamente odio, da asco pensar que siempre tiene mocos ahí dentro y que los saca para escupirlos en la papelera.

– Huh, tengo que… dejarte.

– Disculpa mi ataque de risa, es que nunca había visto a un Trumper de cerca y es verdad que acojonan, en cuanto lo vi supe que tenía que salir disparado.

– Ya... – cuando lo llamé estuvo quince minutos hablando de su encuentro con Sebas, lo saben todos sus amigos y familia, la próxima vez le pedirá una foto y todo – tengo que… huh colgar.

– Muy bien Jocelyn, y no lo dudes, si tienes algun problema llámame. Para la revisión del contrato o cualquier otro tema te mandaré un mensaje con el teléfono del sindicato.

– De acuerdo – este hombre me agota. Está bien para reírte unos dos minutos, si pasan más de dos suplico volver a mi burbuja y encerrarme allí.

Introduzco el móvil de nuevo dentro del bolso evitando que no vea los restos de las chocolatinas. Tetas bailarinas sonríe abiertamente.

– ¿Quién es él?, ¿un chico?

– ¿Huh?

– He oído la voz de un hombre en tu móvil, ¿tu chico? – Cierra uno de sus ojos sacando la lengua como si fuéramos amigas íntimas. Idiota.

– ¿Querías algo?

– Sí, el Señor Trumper me ha ordenado que le pida un menú para su almuerzo y dado que no te vas con tu hombre misterioso sería de gran ayuda si me indicara que querría.

¿Está chica práctica o es así?, ¿tiene que mover su cuerpo de un lado a otro con los pies plantados en el suelo? Está más que claro cuál es su labor aquí.

– No es… huh necesario – me distraigo ordenando mis apuntes, espero que se vaya de una vez.

– Lo siento Señorita Harden, el Señor Trumper ha ordenado que le tome nota del menú que desea. ¿Prefiere una pizza? Hay un italiano al final de la calle y…

– Soy de Chicago, sé dónde está ese italiano.

– Perdone, solo intentaba…

– ¿Puedes irte? – Estoy empezando a agobiarme, eso quiere decir llanto asegurado. Qué me deje en paz, quiero salir corriendo y si no lo hace estaré encerrada aquí de por vida – por favor.

– Pero el Señor Trumper… – esta cara de tonta no la aguanto más.

– Salgo a almorzar.

Me levanto agarrando mi bolso junto a mí y me dirijo al ascensor. Ella sigue hablándome mientras yo estoy ignorándola. La otra mujer se está riendo, ambas lo están haciendo y una vez que el ascensor se cierra y estoy sola dentro, me atrevo a hacer algo que se le da muy bien a la gente que no

vive dentro de una burbuja; sacar el dedo medio a la nada en vez de hacerlo en su cara.

Prefiero a Sebas antes que a estas dos, bueno, no huh… yo con él… no… no podría.

El ascensor se va parando en algunas plantas porque todos salen a almorzar como yo. Ellos probablemente comerán algún menú en un restaurante cercano y yo me iré a Galerías Trumper para pedirme el combo número siete con triple hamburguesa de tres variedades, patatas fritas, nachos y esas gambas rebozadas con las dos salsas que me tienen enamorada.

Esa soy yo.

Tenía solo siete años cuando mis padres murieron en un accidente de coche, éramos la familia perfecta y estábamos muy unidos, yo… huh… incluso me acuerdo porque era delgada, bonita y la niña de papá. De la noche a la mañana me lo arrebataron todo. Que desaparecieran la referencia parental para una niña como yo de esa edad se sentía como arrancarme una parte de mi vida. Me fui a vivir con una mujer mayor, mi abuela, la única familia que me quedaba y que también perdí cuando me gradué en la universidad. Ellos me dejaron sola, mi madre, mi padre y mi abuela; todos menos la comida, siempre me he sentido completa al engullir porque es la única forma que conozco de afrontar el desamparo de la soledad. Después de que mi abuela me comunicara que era huérfana, la comida fue el único refugio en el que me involucré colosalmente. Ella era mayor y apenas podía moverse, tuve que aprender cosas por mí misma y al mismo tiempo, mal. Carezco de una base que cubre todos los aspectos de mi vida, ducharme, ponerme algo por encima y salir a la calle es lo único que puedo desafiar sin ayuda. Cocinar, hablar, convivir e involucrarme con la gente es algo que jamás podré hacer con soltura. La singularidad de la comida, el comprarla y comerla, me mantiene a flote mientras continúo viviendo esta vida tan amarga que me ha tocado.

Después de acabar con el combo paseo por las calles paralelas a la Avenida Michigan, no hay tanta gente y puedo esconderme bien. Escucho música mientras canto mentalmente mirando al suelo y esquivando obstáculos como papeleras, cigarros aun encendidos que se consumen poco

a poco y la sombra de personas que hacen lo mismo que yo; intentar no chocarnos unos con otros. Regreso a la oficina sin incidentes o altercados, es lo que tiene hacerlo media hora antes de que la hora del almuerzo finalice. Sin más preámbulos, sola en esta planta, prosigo con mis horas de estudio hasta las cinco de la tarde.

El reloj marcan las cuatro y media, esas dos locas no han parado de reír, chillar y gritar, sobretodo, no han dejado de comentar las apuestas que hay en la empresa para engatusar al juez y fiscal Sebas Trumper. ¡Chismosas! Las odio mucho. Por lo que he estado oyendo, Annie ha practicado el sexo con él durante este último año y ahora tetas bailarinas está tramando hacer lo mismo. Las dos están fingiendo delante de él para seducirle y engañarle, es un hombre, evidente que caerá en la trampa, pero que lo haga con ellas dos me molesta más de lo que querría.

Acabo con las palomitas que me compré a la hora el almuerzo, con el batido de fresa y los caramelos de café guardando los restos dentro de mi bolso mientras recojo la mesa. No me resulta complicado estudiar porque siempre he aprendido a hacerlo por mí misma desde que era muy pequeña. Mi vida social era nula, desde que era una niña hasta el penúltimo año de universidad que conocí a Sebas. Quizás solo he salido un par de veces con algunas chicas pero siempre acababan riéndose de mí porque no podían ligar si los chicos me veían con ellas. Efectos secundarios que he vivido cada vez que salía de mi burbuja, por eso siempre prefería ir de clase a casa y encerrarme hasta el día siguiente, comía, estudiaba y veía la televisión; no empecé a experimentar la vida hasta que Sebas apareció. Con él… huh, con él era distinto, me hizo ser una mujer y disfrutar de pequeñas cosas como ir al cine o sentarse en un bar para beber alguna bebida.

Le amo. No puedo eludir un sentimiento tan inmenso y real; tampoco el mirarme al espejo.

Ellas se han ido por fin de la oficina, saltando, brincando y tramitando los pasos que van a dar mañana cuando vean al Señor Trumper. Odio como pronuncian su apellido, los Trumper son lo más en el país, Bastian es el rey del mundo, Sebas es el rey de mi vida y Sebastian es el rey de… bueno, la verdad es que Sebastian él solo piensa en practicar sexo con mujeres a todas horas y andar por ahí desnudo… huh… no es lo mío.

Supongo que si Bastian se ha casado y tiene hijo él no debe de andar muy lejos. Estoy mirando hacia la puerta aguardando el momento ideal para irme de aquí, esas dos ni siquiera sabían que estaba en el despacho porque no me han molestado en toda la tarde, así que no me resultará difícil escaquearme de este día tan extraño. Muevo los dedos de mis pies viéndolos e imaginando que el edificio debe de estar vaciándose lentamente.

Son las cinco y quince minutos, sospecho que todos los trabajadores han salido a su hora. Es tiempo de salir de aquí antes de que el de seguridad venga a comprobarme, o… no lo sé, alguien pueda colarse, robar o… registrar los despachos. Me cuesta demasiado levantarme de la silla si no estoy segura al cien por cien, no lo estoy, ni siquiera me acerco al veinte por ciento. Mi obligación sería salir rápidamente antes de que… sí… debo de… vale, ahora me levanto, abro la puerta, llamo al ascensor, pulso menos cero hasta el parking del edificio y me voy de aquí. Son pasos sencillos, Jocelyn, tú puedes hacerlo, una vez fuera podrás meterte en tu burbuja para atender a tu marido Sebas y a vuestros hijitos dentro de sus burbujitas. Sí, eso haré.

Levanto mi trasero decidida con una sonrisa dibujada en la cara porque el imaginarme con hijos de Sebas provoca en mí sensaciones indescriptibles. Coloco la silla de nuevo revisando lo ordenada que he dejado la mesa pero el pitido del ascensor suena. Abro los ojos temblando, asustada y volviendo a mi sitio, cojo un folio y lo leo. Espero que sea una de las chicas que se le ha olvidado su brillo labial. Los pasos de los zapatos de un hombre trinan en mis oídos y como si lo imaginase, él está a punto de entrar en mi despacho. Prepárate Jocelyn, te gritará, te regañará y se irá. Tú puedes.

Él ha cerrado la puerta bruscamente. Está de espaldas a mí por lo que veo de reojo mientras finjo leer, hace algo con la cerradura y antes de que busque mis ojos evito que lo haga.

– Jocelyn – su voz es firme, dura y con un gran potencial. Jamás me acostumbraré a ella, él habla y me he perdido.

– ¿Sí? – Susurro.

– Deja lo que estás haciendo y recoge.

– Huh.

– No tengo toda la tarde. Te he estado esperando en el parking y no has aparecido.

– Creí que… huh… tú tenías… ¿garaje privado?

– No. Y mírame cuando te hable.

No llores. No llores. No llores. Solo es un Trumper, ellos suelen ser así, yo… huh… debo de estar acostumbrada a sus voces, pero la de Sebas puede crearme serios problemas si no obedezco. Esta noche voy a soñar con su voz de nuevo saliendo de mi burbuja para sumergirme en el mundo real, el suyo.

Como una tonta sin personalidad, cedo a su demanda. Dejo caer el folio a pesar de que estaba colocado en su sitio mientras malgasto tiempo por si me ampara algún ángel del cielo y le hace marcharse. Pero no es así, su respiración es constante, sonora y fuerte. Como él.

– Ahora bajo – sí, pido un poco de caridad para mentalizarme de que está aquí.

– Jocelyn, te he malditamente dicho que me mires a los ojos cuando hables conmigo – no muevo mi cabeza pero sí mis ojos, para que se fije en que puedo mirarle si quiero.

– Lo siento.

– He sido indulgente hasta el último segundo. Te he respetado, te he dado tu espacio, he esperado a que te desenvuelvas tú sola aquí mismo y solo tenías que malditamente salir a las cinco de la tarde. Mi paciencia, como verás, se me ha escapado de las manos. Te advertí que iba a ser descortés contigo.

– ¿Qué? – Yo no… no he hecho nada.

– Había pensado que reservar una mesa en el mejor restaurante del país, interaccionar contigo poco a poco e involucrarme en tu comportamiento seco, era la maldita mejor opción. Pero has defraudado a mi paciencia querida Jocelyn.

– Yo… – noto como se empapa mi cara con las inevitables lágrimas que me personalizan.

– Prohibido abrir la boca, Señorita Harden. Estoy muy enfadado, ¡mírame a los ojos! Como te decía, mi amabilidad no es un juego, quería hacer las cosas fáciles para ti pero me he cansado de esperarte al otro lado dónde está el resto de la gente. Tus respuestas monosilábicas se han acabado, tus lágrimas no tardaran en desaparecer y tu maldita actitud es el maldito pasado.

– Sebas… no… no te enfades conmigo.

– ¿Enfadarme? Me abandonaste cinco malditos años por tu insensatez. Has vuelto, te he abierto las puertas de mi casa, de mi trabajo, te lo estoy dando malditamente todo y tú solo tenías que mentalizarte estos días de que las cosas iban a cambiar entre nosotros.

– No entiendo… lo siento – susurro apretando mi bolso.

Pasa una mano sobre su frente, está desquiciado, la vena de su cuello palpita como el tic de su mandíbula, lo he hecho enfadar y no sé cómo. Soy una catástrofe. Trago saliva esperando a que diga algo, más bien, a que se marche enfadado o no. Él es el tipo de persona que intento evadir en mi vida, alguien que me acusa, me grita y se dirige a mí en particular más de dos minutos seguidos. Quiero que se marche.

– Tú ganas, Jocelyn. Demuéstrame que eres humana. Levanta tu trasero de la silla, deja el puñetero bolso y ven hacia mí. Solo eso.

– Sebas.

– Sin replicas, reina. Eres lo que más quiero en mi maldito mundo y eres la mujer que más me conoce. Lo harás por mí, porque tú también me amas y porque vas a obedecerme. Hazlo y mis planes contigo seguirán su curso, iremos a cenar y hablaremos pausadamente sobre el procedimiento de nuestra relación hasta nuevo aviso.

– No entiendo.

– Los buenos hábitos nunca mueren, Joce, nunca – su boca es una línea recta, labios carnosos y amenazantes que se equilibran – ¡muévete!

¿A qué se refiere? Él… él nunca es así conmigo. Raramente le he hecho enfadar cuando salíamos o hiciéramos esa cosa de novio novia en su mundo, en el mío era solo un sueño, uno que viví intensamente hasta

destrozarme. Bajando mi vista hasta la mesa me fijo en el punto exacto del calendario fingiendo que le doy más interés que a él, conociéndole, estoy segura de que se cansará y me dejará espacio. Se acordó de mi guion, espero que se acuerde de que también necesito planear mis siguientes pasos hasta decidirme. No puedo simplemente levantarme, soltar mi bolso e ir hacia él. Él lo sabe. Sabe que estudio guiones, situaciones y planos para conocer a lo que me enfrento. Debí haber memorizado un posible encuentro con Sebas después del trabajo. Su respiración profunda está poniéndome más nerviosa de lo que estoy.

– Lo siento – sí, eso funcionará.

– ¡Tú lo has querido, reina!

Su postura resistente se intensifica mientras rebusca en el bolsillo interior de su chaqueta. Saca una caja de madera cuadriculada que sostiene fijando sus ojos en los míos. Mi semblante es inmóvil y no puedo respirar con normalidad para no alterar más su evidente enfado conmigo. Él fuerza con dureza la apertura de la caja hasta abrirla y dejándola caer al suelo después de sustentar en sus manos una pequeña bolsa que no logro ver con claridad. Olvido que estoy pasmada en los movimientos de sus manos cuando algo brillante capta mi atención. La bolsa ha caído al suelo y algo oscuro y brillante reluce con notoriedad. Está jugando a terminar de desenvolverlo arrancando la etiqueta sin dejar de mirarme. Odio cuando me mira y se pone así. Bueno, huh, no, miento. No existe ningún odio hacia el hombre que amo.

– ¿Qué es eso? – Pregunto discretamente

– Algo que te gustará.

Muerdo mi labio inferior intrigante por lo que tiene, ¿me ha comprado una joya?, ¿una pluma?, ¿una calculadora? Sebas me hace sentir como una reina plagándome de regalos innecesarios que para él son vitales. Esta vez ha debido olvidar envolverlo y quiere dármelo a mí personalmente, no sé si debería… huh… aceptar regalos. Evito que confunda nuestra relación de, ¿amistad?, con algo más que me niego a que suceda.

Se toma su tiempo tocando lo que sea que tenga en sus manos, deteniéndose en seco hasta conseguir que le mire a los ojos como lo estoy

haciendo. Vale, el Señor Trumper me está haciendo sentir una reina con un regalo, soy una mujer, por lo tanto, me gustan los regalos así que deseo que el acto se agilice para conservarlo junto a mí como el resto de los regalos que me dio en el pasado. Otro más a la colección.

– Huh – podría preguntarle que por qué no se anima a dejarlo sobre la mesa.

– ¿Sabes lo que tengo entre mis manos, Jocelyn?

El hilo de mi voz se ahoga con mi respuesta al ver como cae una correa hasta el suelo y sujetando un collar en una de sus manos.

No por favor. No. No. Él no… esto no….

Mis temores, pesadillas y alucinaciones se han hecho realidad. Esto no… solo fue… no…

– Sebas, por favor. No.

– Sí, Jocelyn. ¿Sabes lo que significa?

Cierro los ojos pensando en la posibilidad de que esto sea un sueño, eso es, me he quedado dormida sobre la mesa del despacho y estoy teniendo una mis tantas pesadillas que me atormentan. Sebas no está aquí con el collar, él no ha sacado el collar que decidió enterrar para siempre, ese que me dijo que no necesitaba nunca más porque pensó que había cambiado. Ahora lo entiendo todo, él quiere hacer lo mismo que hizo conmigo durante un mes creyendo que así me ayudaría a desenvolverme mucho mejor en la actual sociedad fuera de mi burbuja.

Y no es verdad.

Por favor, que me haya quedado dormida, que me haya quedado dormida, que me haya quedado dormida.

– Por favor – susurro en voz alta.

– Abre los ojos, ¡maldita sea!

– No.

Escondo mi cara entre mis manos, sí, eso me dará un poco de fuerza. Aislarme del mundo se me da muy bien, aislarme del mundo con Sebas

Trumper delante de mí no suele funcionar del todo.

– Jocelyn.

– Huh – no, no, no, él no está a mi lado, ¿cuándo ha rodeado la mesa para…? No, él no está… tocándome.

– Has destrozado mis planes, reina, no me culpes de tu indecencia.

– Vete.

– Mírame a los ojos y pídemelo.

– Mientes, no… huh… te irás.

– Es verdad, pero tampoco me lo vas a pedir. Lo diré una maldita vez, deja de esconderte y mírame a los ojos.

– ¿Y si no quiero?

– Habrá consecuencias.

– No.

No. No. Y no. ¿Consecuencias? Él no… él no está… respira hondo Jocelyn, estás soñando, tienes hambre y el cerebro está conectado a tu sistema nervioso que manda los estímulos del sueño a la mente cuando estás dormida. Sí, eso es. ¿Y si no lo estoy? Nunca he… nunca se me han dado bien las ciencias.

– Jocelyn Harden. Las consecuencias aumentarán si no obedeces.

– Pues no juego.

– ¡Maldita sea!

Sus manos forcejan con las mías que se pegan fielmente a mi cara. Aprieto fuerte contra mí misma e incluso me hago daño mientras Sebas intenta despegarme los dedos de mi piel. La magnitud de sus manos con las mías es inmensa, fracaso cansándome rápidamente para dejarle que él se las quede agarrándolas con firmeza. No me intimida porque tengo los ojos cerrados, por lo tanto, Sebas no ha conseguido su objetivo del todo.

– ¿Contento? – Susurro, me vuelvo valiente si estoy a oscuras.

– Abre los malditos ojos, Jocelyn, te vas a hacer daño.

– Suéltame.

– Solo si me prometes que no te taparás de nuevo.

– No lo haré.

– Mentirosa, – contesta – de acuerdo, como quieras, es tu decisión, pero como no me mires malditamente a los ojos te voy a follar tan fuerte en todas las superficies de este despacho que van a tener que llamar a la policía por el escándalo que vamos a organizar.

– ¿Huh?

Mis ojos se abren automáticamente. No. Jamás. Nunca. Él y yo practicando el sexo. No. Él sabe que… no. Solo en la cama. Y a oscuras. Y bueno. No. Estoy temblando por la emoción de… no… eso es improbable. Dentro de mis bragas están sucediendo algunas cositas producto de sus palabras. No es una… él no…

– Mucho mejor, Jocelyn – está a mi lado y parece que lo estaba mirando a los ojos, mis manos están sobre mi misma y él apoyado sobre la mesa. Aquí. A mi lado.

– Sebas.

– Siempre consigues fastidiar todos mis planes.

– Yo – miro a su mano, aún lleva el collar – eso no… huh… pasará.

– Lo hará, reina. Espero traerte de vuelta a esta parte del mundo de la que huyes – acaricia mi cara y reacciono arrastrándome con la silla hacia atrás.

– Vete. Eso no… yo no… tú no…

– Puedo y quiero. Tú también quieres. Lo necesitas.

El único hombre que se ha fijado en mí ha sido Sebas, él es mi primer y único amor en mi adolescencia, juventud y madurez. Él está por encima de cualquier hombre al que yo pueda amar, nunca he salido con chicos y ellos tampoco se interesaban por alguien como yo hasta que Sebas apareció en mi vida. Con él perdí mi virginidad, sexual y en muchos otros aspectos pues yo a penas salía de casa si no era para cubrir mis necesidades básicas como el comer o ir a clase. Pero el llegar hasta donde lo hice con él

fue una trayectoria muy complicada. Mi cuerpo, mi personalidad e ideales me acorralaron acobardándome contra la esquina de una pared virtual escondiéndome de todos los pasos próximos que vendrían con él. Los besos, las caricias y el desnudo era mucho más embarazoso que mantener una conversación directa mirándole a los ojos. Nos costó un infierno de humillaciones para ambos, en especial para mí pues él se enfadaba y me contaba que era consigo mismo, yo siempre lloraba porque no podía darle lo que cualquier mujer le entregaría con los ojos cerrados. Ninguno de los dos decidimos buscar una solución inmediata porque Sebas pensaba que era cuestión de confianza, lo intentamos en repetidas ocasiones hasta que la última vez se enfadó mucho más de lo habitual y dio con la solución perfecta.

Nuestros comienzos fueron un desastre hasta que llegó el collar.

Culminaron con nuestros problemas una cena romántica a la luz de las velas en un restaurante lujoso junto a un envoltorio en papel dorado. Mayormente, mi problema. Reconozco que cuando lo abrí me sentí como si fuese una broma para él, lloré y le grité, o intenté hacerlo hasta que me explicó lo que iba a suceder si decidía aceptarlo.

El collar significa fidelidad, honorabilidad y obediencia basadas en unas directrices en las que me someto íntegramente a él. No es solo un collar que debo tener colgado veinticuatro horas al día, es mucho más que eso, pertenezco a las órdenes e imposiciones del hombre que posee la correa y que llevará el control absoluto de mí. Con este objeto él sucumbió a la supremacía íntegra conmigo, pensó que entregándole la universalidad de mi persona podría ayudarme remediando el problema que conservaba desde que era una niña. Es sencillo, él manda y yo obedezco. Durante un tiempo le otorgué el cien por cien de mi vida, de mi alma y mi cuerpo. Sebas se apoderó completamente de cada parte de mi ser construyendo con los cimientos de una responsabilidad a una nueva mujer. Con la innovación del collar atado a mi cuello encontramos el resultado idóneo que congeniaba en la evolución de nuestra relación, no solo me convertí en alguien mucho mejor, aprendí a ser más humana y a tocar con las yemas de mis dedos la felicidad plena. No obstante, Sebas decidió acabar con la directiva de

poseerme a su privilegio cuando notificó por sí mismo que me había convertido en una mujer diferente. No solo entregué el control absoluto de mi vida, mis cuentas bancarias, mi vestimenta o mi agenda universitaria, él poseyó mucho más de lo que jamás va a obtener de una mujer; mi virginidad.

No se trata de un simple collar sino de una entrega fiable al hombre que posea la correa, en esto caso Sebas. Me conoce mucho más de lo que recordaba porque sometiéndome a él otorgándole la totalidad de mí ser, aprendí mucho más en la vida de lo que jamás voy a aprender, sobre todo, a amarme a mí misma. Logró en unas semanas que me viera al espejo valorando que mi barriga no es plana, que mis brazos no son delgados o que mis piernas se rozan entre sí hasta las rodillas, y aun así, contentándome con que podía ser la mujer más sexy para el hombre más caliente del planeta. Esa parte le costó bastante y me costó a mí, mentí o intenté hacerlo para evitar el temido espejo consiguiendo finalmente que no solo me mirara a la cara, sino al resto de mi cuerpo. El resultado del collar fue absoluto. Me hizo sufrir porque me costó obedecerle sin llorar, me obligó y dictó una serie de normas que se impregnaron en mi memoria para siempre. Sebas consiguió que le amara más de lo que le amaba, pero también me demostró que él me amaba tanto como yo.

O eso creía.

De todas formas, ya no soy la misma chica tímida que se arrastraba a sus pies porque pensaba que dominarme a su antojo era la resolución a la que había llegado tras haberlo pensado durante nuestros acercamientos fallidos. Sebas piensa que voy a ceder con este juego o lo que sea, mi intención no es recuperarle, con suerte, necesitaría unos años más para poder ver a la misma chica que era antes de conocerle.

Trato de levantarme de la silla a mi pesar, me tambaleo mirando hacia el suelo notando en el reflejo de las sombras que él se mueve hacia el otro lado. Ha cogido el collar de la mesa, miro hacia la puerta porque quiero escaparme y sin embargo, sé que él no dejará que pase. Huir de nuevo no estaría en sus planes pero seguramente sí en los míos. Doy un par de pasos hasta posicionarme frente a él, se ha posicionado lejos y reconozco

que sé que me deja un espacio para poder asimilar todo lo que me está ocurriendo.

– Por favor, Sebas… te huh… prometo que intentaré hablar contigo y… ¿mirarte?

– Has agotado el último cartucho que te quedaba, he sido hostil y afable contigo.

– El collar no… no pasará.

– Eso ya no forma parte de tu decisión. Tres días. Tres días en los que debías mentalizarte de que esto iba a ocurrir tarde o temprano.

– No lo sabía, lo juro.

– Con esto aprendiste el coste de no apreciar la vida. He estado pensando en ello todo el fin de semana y he llegado a la conclusión que es el mejor procedimiento para una autocracia satisfactoria.

– Crecí Sebas. Soy adulta.

– E inmadura. ¿Me miras a los ojos para hablarme? No. Has deducido que tus pies son más importantes que yo, tiemblas y te marchitas como una flor. Reina, te ratifico nuevamente que has tenido muchas oportunidades para pensar en que el collar regresaría a tu vida. Debiste regresar con otra actitud pero estoy viendo que eres la misma chica frágil de la que me enamoré.

– He crecido. Y no juego – levanto la cabeza susurrando.

– Eso ya lo dictaminaré yo.

Él me asusta, tiene el collar en sus manos, sus ojos analizan mi miedo y en el fondo es lo que desea, que me destruya otra vez para que él pueda recoger los pedazos de mi inestabilidad emocional. Sí, soy frágil y antisocial, y esto no quiere decir que huh… él vaya… el collar no pasará. Lo he decidido. Tomo mis decisiones.

El ardor que sube a través de mi vientre se deposita en mi cara y debo de estar sonrosada como tantas veces me ha dicho. Escasamente me he mirado en un espejo en los últimos años y carezco de afecciones conmigo

misma, pero siento cuando ardo y cuando no. Y ahora… huh, ahora él está carraspeando y yo quiero morirme.

Las lágrimas se deslizan por mi vestido, me reconforta que no me hayan abandonado pues mi lema es; si no lo veo, no lo siento. Sebas está esperando susurrando algo, y si le pruebo argumentándole que no lo necesito… tal vez… él pueda… olvidar lo del collar. Sí, eso haré.

Levanto la cabeza aunque me cuesta.

– Te repito que no juego.

– Jocelyn, no intentes demostrarme que tienes agallas porque ambos sabemos que es una mentira vanidosa la que sale por tu boca. Reina, el tiempo se ha acabado. Te urge encontrarte de nuevo y abrirte los ojos para que luches con tus restricciones.

– Sebas, el collar…

– El collar lo he decidido yo. No formas parte de mis decisiones. Tus últimos segundos como mujer libre se están esfumando. ¿Quieres decir algo en tu defensa?

– Sí, – susurro – yo… huh… no quiero el collar.

– Conoces el significado. ¿O te has olvidado? No. Tú no olvidarías la mejor etapa de tu vida adjudicándome el derecho a someterte.

– Fui feliz… no lo niego… estoy viviendo huh… otra etapa. Yo… tú y yo… nunca.

– Últimos diez segundos de tu libertad. ¿Añades algo en tu defensa?

– Sí. Por supuesto. Protesto ante tu ominosa idea del collar.

El corazón va a salirse de mi pecho y yo voy a necesitar un desfibrilador si no logro tentar al diablo con un paro cardiaco. Sebas se dirige hacia la mesa desenroscando el collar de la cuerda y acto después carraspea su garganta hasta que le miro a los ojos.

– Al suelo – ruge.

CAPÍTULO OCHO

Sebas Trumper posee el collar, posee la correa y me posee a mí.

La rendición habla por sí sola cuando caigo de rodillas al suelo y apoyando ambas palmas de mis manos para estabilizarme adoptando la postura de un animal indefenso. Mis lágrimas no cesan y no las culpo, ellas reflejan mi estado anímico, no solo porque me he subordinado ante él, sino porque he entrado en un mundo que se aleja años luz de lo que representa mi burbuja. Su determinación absoluta por controlar todo de mí no es el mayor de mis sacrificios, es mi condena a enfrentarme a todos mis miedos impuestos bajo sus órdenes masivas para luchar contra ellos. La órbita en la que levito se ha desmoronado por completo estrellándome en la realidad

fuera de mi hogar espiritual aceptando que desde ahora mismo, Sebas Trumper es mi dueño y sus imposiciones son un privilegio al que me tengo que aferrar.

Se agacha acariciándome la cabeza. El ruido de la ciudad suena tras las ventanas de este edificio y sin embargo, aquí considero que hay un huracán de respiraciones que salen de nuestros pulmones. Aparta mi pelo dejándolo a un lado poniéndome el collar con delicadeza y cuidando de que no esté apretado mientras oigo ese ruido de cierre que me sentencia a una esclavitud desestimada con él. Mis llantos suenan menos desde que ha ajustado el collar porque a partir de ahora el llorar no me va a estar permitido.

– Buena chica, Jocelyn – besa mi cabeza y se levanta – te recordaré algunas de las normas que no debes de incumplir. A estas alturas deberías saber que cualquier acto de desobediencia por tu parte obtendrá una consecuencia negativa. Oprimo el derecho a llamarlo castigo pues no disfrutaría haciéndote sufrir en ninguno de los aspectos de tu vida. En este momento estás atada a mí, no solo a mi vida sino a mi alma, todo de mí te pertenece; mi respeto, mi confianza y mis deseos de ayudarte en todo lo posible. Con respecto a ti, no solo me das el control de tu vida o cosas cotidianas que son de un valor enorme para mí, me entregas tu obediencia, tu claudicación y tu concesión. Acatarás todas y cada una de mis normas. Yo no te obligaré mucho más allá de tus posibilidades ya que conozco tus límites, así que espero respuesta inmediata y tu plena virtud de aceptarlo como tal. Contéstame con un sí o un no. ¿Entendido?

– Sí.

– Prosigo. Está terminantemente prohibido que llores si no es bajo mi supervisión, esto quiere decir que yo te daré permiso para que te desahogues cada vez que lo vea necesario; una lágrima cae de tus ojos y tu castigo será irrevocable. Hablarás siempre y cuando te lo indique contestándome con más de cinto palabras, los monosilábicos no se te permiten a no ser que yo te lo ordene. Tendrás libertad para sonreír o enfardarte pero con la condición de que me hagas participe de cada una de tus emociones. Si me entero que has llorado, que te has reído o que te has

enfadado sin mi consentimiento, tu castigo reina mía, será malditamente indiscutible. Contéstame con un sí o un no. ¿Entendido?

– Sí.

– Dado que mis intereses con este mandato son diferentes a probablemente tus creencias, dejarás en mis manos cada una de tus obligaciones como mujer; tus baños, tus maquillajes, tu ropa y todo en conjunto que pasará a pertenecerme. Vives en casa de tu abuela y esto cambian los roles porque no quiero deshonrar su hogar con nuestra relación, por lo tanto, vivirás en mi casa como lo hiciste antes de que decidieras abandonarme. Dejarás en mis manos tu móvil, me hablarás de todos tus contactos y previamente cortarás todo tipo de relación con cualquier hombre que oscile desde los veinte a cincuenta años. Tu alimentación me pertenece, sin discusiones. Tus estudios serán supervisados por mí a diario. Apoyarte es uno de mis objetivos, pero si tengo que remediar alguna inconsecuencia con tus distracciones optaré por un castigo de categoría menor. Mi intención no es humillarte, ridiculizarte y ni mucho menos, hacerte daño. Acatarás cada una de mis acciones porque son valiosas para tu progreso como persona. Contéstame con un sí o un no. ¿Entendido?

– Sí.

– De acuerdo. Apartaré a un lado las normas que supongo no harán ningún efecto pues ya conoces que soy un blandengue cuando se trata de ti.

Acaricia su mano en mi pelo revolviéndomelo mientras se agacha besando mi sien y quitando con mi ayuda el bolso cruzado del que me cuesta deshacerme. Ahogo un llanto puesto que tengo prohibido llorar, quisiera suplicarle que lo deje conmigo porque ya estoy haciendo el ridículo lo suficiente como para que vea todos los restos de comida basura que hay dentro. Ignora mis pensamientos mentales agarrándolo fuerte con su mano por lo que veo de reojo, guardándose la correa dentro de su chaqueta y dando una pequeña patada a la caja que se esconde entre los cables de la impresora.

– Permiso para hablar – susurro.

– Tres palabras. Te faltan dos – gruñe, está escondiéndose bien la correa de mi collar.

– Permiso para hablar Señor Sebas Trumper.

– Permiso concedido.

– Permíteme que yo lleve mi bolso.

– Permiso denegado. Vamos, tenemos que ir a un lugar antes de ir al restaurante.

Las pisadas de sus caros zapatos me alarman de que se está moviendo hacia la puerta, me impulso con las manos levantándome hasta que se gira pillándome en el acto.

– Jocelyn, no te he ordenado que te levantes.

– ¿Cómo voy a…?

– Lo harás a gatas hasta el ascensor, señorita. Y ni se te ocurra volver a pronunciar una palabra sin que te lo ordene, – está abriendo la puerta con la llave – vamos reina, te estoy esperando.

Esto es frustrante. De acuerdo, no es la primera vez que gateo y aunque no se lo recomiendo a nadie, se ve un tanto… huh… sexy cuando lo haces a solas en la habitación con tu… novio. No ahora. Él está haciendo esto para propasarse conmigo. ¿Qué pretende haciéndome ir a gatas?

Coloco mi cuerpo en posición deslizando una rodilla por el suelo pero me caigo porque he tropezado con mi mano.

– Permiso para hablar Señor Trumper.

– Concebido.

– El vestido me molesta, huh… no puedo gatear.

– Muévetelo ajustándotelo hasta que puedas. Súbelo por encima de tus rodillas, te ayudará.

¿Piensa en todo? Le obedezco siguiendo su consejo, subiendo el vestido hasta sacarlo de mis bajas piernas y aunque el suelo me frene más de lo que pensaba se me hace mucho más fácil deslizarme por él. Gateo sin problemas hasta pasar el umbral de la puerta, Sebas anda dos pasos por delante de mí y yo me paro en los ascensores que hay frente a mi despacho.

– Permiso para indicarte que aquí están los ascensores.

– Bajamos en el mío privado. No tengo garaje propio, pero sí ascensor que me llevará directo a mi plaza privada en el parking. Muévete reina, no tengo todo el maldito día.

Aprieto mis labios dejándolos en una línea recta y odiándole más desde lo más profundo de mis entrañas. Continúo deslizándome, primero una rodilla, después otra, jugando con los movimientos de mis manos sobre el suelo hasta la figura del hombre que está esperándome al otro lado del pasillo. Estoy cansada, agotada e incluso sudada, me siento como un cerdo cuando se ha restregado en su pocilga felizmente mientras yo no he disfrutado ni una milésima parte de lo que lo habrá hecho Sebas.

Abre con una llave su ascensor colocando un pie entre este y el exterior mientras espera a las últimas baldosas de mármol que me llevaran hasta él. Una vez que le tengo mucho más cerca freno porque me pica la nariz, no me ha comunicado una norma en el que tengo que pedirle permiso para rascarme, además, él lo está viendo y puede regañarme si le parece deshonesto mi acto. Reanudo mis movimientos y ahora sí que descanso porque he llegado hasta él.

– Buena chica, – otra vez acariciándome como si fuera un perro – creí que malditamente no lo harías y tienes muchas más agallas de lo que pensaba. ¿Ves cómo necesitas esto más de lo que crees? Anda, levántate y entra en el ascensor.

Lo hago con ayuda de su brazo, él es grande y tiene fuerza como para levantarme en peso como lo hizo en el pasado, aunque… huh… eso no pasará de nuevo si puedo evitarlo. Equilibrio mi cuerpo hasta ponerme recta mirando como su pierna sujeta la puerta del ascensor. Él huele muy bien y no quiero hacer hincapié en su aroma o tendré serios problemas ahí abajo, lo que se esconde detrás de mis bragas. Estoy asfixiada por el arrastre y por acatar esta dichosa orden. Me adentro en el ascensor rápidamente yéndome hacia la esquina para evitar el espejo, agarro mis manos fuertes a la barra que hay en uno de los laterales casi derrotada. Sebas no me ha impuesto ninguna otra de sus ordenanzas, y mientras no lo haga, yo me alejaré todo lo máximo del hombre que está peleándose con su llave en el panel.

Nos ponemos en marcha con mi vista al suelo e inesperadamente con mis palmas contra la pared porque he visto su movimiento rápido hacia mí.

Sebas sujeta mis brazos en un abrazo que me mantiene inerte por la brutalidad con la que me agarra. Respiro con dificultad y esos respiros abundan excesivamente mucho más al sentir como sopla en mi cuello.

– Estás malditamente más delgada y te has convertido en una de esas mujeres flacuchas. Te he echado tanto de menos que ha dolido cada día sin ti – reparte suaves besos por mi cuello, me está llevando a la locura efímera, cierro los ojos trasladando estos recuerdos al interior de mi burbuja – menos mal que ahora seré yo el que se encargue de tu alimentación y de tus hábitos, porque juro por Dios que como estés haciendo una maldita dieta o vayas al gimnasio te castigaré de tal forma que no recordarás a nadie más que a mí una vez que vuelvas a despertarte.

Sus palabras se convierten en cantos angelicales para mí. En mi burbuja Sebas es mi esposo, con él hablo y él también habla conmigo, por eso no me sorprendo de que sus susurros en mi oreja manden electricidad al resto de mi cuerpo y enfocándose en el punto al que le debo la vida pues me ha hecho feliz cada vez que lo he imaginado. Aunque eso se acabó, Sebas, el de verdad, sigue besando mi cuello, masajeando mi barriga y moviendo mis pechos que se esconden en el sujetador. Quiero sucumbir a la tentación de girar la cara y devolverle la excitación con la que tengo que convivir desde el día que lo vi en las noticias por primera vez.

La confianza que he soñado hace escasos diez segundos se esfuman cuando Sebas deja de sobarme para salir por la puerta mucho antes que yo, se gira seguramente viendo a una Jocelyn muy descompuesta y abrumada por el deseo.

– Sal. Puedes andar.

Sacudiendo mi cabeza y anhelando que el viaje no haya sido más largo, parto desde dentro del ascensor hasta posicionarme a su lado. Él está girando la llave para que las puertas se cierren, yo me limito a ver el parking vacío del edificio excepto por un hombre que está mirando el partido en una cabina mientras unas mujeres barren el suelo a lo lejos. Mi bolso choca contra mi pecho porque Sebas ha decidido agarrar mi mano y tirar de mí hasta el único coche lujoso que veo aparcado no muy lejos de donde nos encontramos. Hace que me sienta como una niña pequeña. Soy arrastrada por la inmensidad de su fuerza tirando de mi mano hasta llegar a

la puerta que amablemente abre para mí. Antes de pasar adentro, con mí ya bolso aferrado a mi pecho, él frena mi avance levantándome la barbilla y posa sus labios carnosos sobre los míos. Sebas no cierra los ojos, yo tampoco porque me ha pillado por sorpresa, definitivamente lo que hay debajo de mis bragas lo ha echado de menos aunque no quiera admitirlo.

– Has estado malditamente bien allí arriba. El primer paso ya lo has dado, el resto te resultará menos difícil. Si pones de tu parte todo saldrá bien. Recuerda. Tú marcas el ritmo. Cuanto antes me des resultados, antes acabará esta maldita mierda.

Y sin más palabras, me empuja suavemente dentro del lujoso coche que huele de maravilla, cierra la puerta y mientras investigo como ponerme el cinturón veo su cuerpo a través del cristal hasta sentarse a mi lado. Ese momento lo he vivido a cámara lenta y no me arrepiento pues tengo que admitir que Sebas Trumper me estimula incluso haciendo el acto de no hacer nada.

Arranca el coche mientras esquiva a otro que entra, el empleado le ha comunicado que se le ha olvidado una documentación para la reunión de mañana en el Senado. A veces me tengo que recordar a mí misma que Sebas es el juez más famoso del mundo y el primero en llegar al Senado y al Ministerio con la friolera edad de veinticinco años. Cuando lo vi en las noticias pensé que su hermano Bastian, que por aquel entonces era ya un Dios en el mundo, le había colocado en ese puesto para esquivar algunos derechos fiscales o algo así, pero cuando conocí a Sebas y me contó que había estudiado muy duro para llegar donde llegó, tuve que reconocerle todos los méritos a él. Era evidente que todos los altos cargos políticos de la sociedad querían tener a un Trumper a su lado por los millones que generaba Bastian y a Sebas le costó hacerse un hueco por él mismo. Hoy en día sigue recibiendo alabanzas por los logros de su hermano pero quien ha estado trabajando a diario por la integridad de todos los ciudadanos del Estado es Sebas. Siempre he sentido admiración por él, los masters y alcanzar las notas más altas de América en el colegio de abogados me hace inmensamente feliz. Para mí es un ejemplo a seguir como profesional y como persona, es algo con lo que no puedo luchar.

– Mañana estaré reunido casi todo el día. Rezo porque las vacaciones se adelanten y pueda perder de vista a todos ellos – mira a la carretera pero sé que habla conmigo, él siempre lo hace, se da cuenta que no contesto y echa un vistazo a mi cara hasta volverla fija adelante – ¿qué tal el estudio de hoy?, ¿qué has hecho? Puedes sencillamente hablar conmigo Jocelyn, no voy a morderte a menos que me lo pidas.

– Huh… hoy he empezado con el libro de Derecho Financiero y Tributario del tomo cuatro.

– Me acuerdo de ese libro. Es un fastidio y a la vez esencial, necesario si quieres aprobar esa asignatura. ¿Has hablado con Dawson?

– No desde esta mañana… yo… no he necesitado huh… ayuda.

– Llámale sea la hora que sea Jocelyn, él fue el mejor en su promoción y el quinto mejor del país. Es un buen tío. Te ayudará.

¿Y si no quiero que me ayude y lo haga él? No. No. Eso sería huh… distraerme. Cuando estaba en la universidad él se empeñaba en que le explicara los temas y se inculcó más que yo en mi carrera. Para Sebas es vital que acabe con mis estudios porque él me animaba y premiaba mi inteligencia animándome a que prosiguiera estudiando hasta lograrlo todo. Él me quería en el Senado junto a él, en la mesa de su despacho y tener a una compañera con la que compartir su trabajo, es por eso que siempre me confundía en nuestra relación; si necesitaba a una amiga o a una novia a su lado.

El tráfico se hace nefastamente aburrido a esta hora de la tarde, todos salen del trabajo y apenas hemos avanzado en la Avenida Michigan. Él está atendiendo a una llamada indicándome con un gesto de la mano que ponga la radio, no quiero molestarle con mi absurda música porque él está hablando por teléfono. Sería de mala de educación. Mi móvil vibra en mis piernas justo cuando él ha acabado la llamada.

– Era Sebastian, ha llegado a Nueva York – asiento con la cabeza y se da cuenta que no puedo hablar a no ser que me lo ordene – ¡Jocelyn, por el amor de Dios, te lo tomas todo a pecho! Yo te indicaré cuando cierres la boca, puedes hablar conmigo mientras estamos parados en este maldito

tráfico. Tengo que llamar al ayuntamiento, estas obras van a malditamente acabarse mañana mismo.

Sebas no me gusta cuando está enfadado porque provoca que me cubra con una capa protectora para protegerme de sus escandalosa voz ronca. Aprovechando que nos movemos, aparto mi bolso hacia el suelo evitando que se dé cuenta que sigue vibrando y dado que me apunté a una agencia de trabajo temporal, ahora mismo puede ser hasta cualquiera que haya accedido a mis datos.

– ¿No vas a coger el maldito móvil?

¿Cómo lo sabe? El ruido de las máquinas trabajando ocultan perfectamente que mi móvil vibre, tiene oído de un delfín, tan agudo que podría saber si al otro lado del océano hay otro en apuros. Por supuesto, su pregunta no ha sido una sugerencia sino una imposición que me obliga a abrir el bolso y coger de nuevo la llamada que sigue entrando.

– ¿Sí?

– Jocelyn, ¡me habías asustado! Soy Leo. ¿Recibiste mi mensaje con el número del sindicato?

– Huh… yo no he tenido… tiempo para ello.

– Como no me contestabas decidí llamarte para asegurarme de que lo recibiste. Quería invitarte a cenar esta noche.

– Cuelga, Jocelyn.

Sebas me ha salvado de Leo, es un hombre que se ha portado muy bien conmigo, si Sebas no existiera probablemente sería mi amigo porque vela por mi seguridad y se asegura de que esté bien. Pero él tiene que frenar un poco o su mujer va a pensar que está haciendo una acción de caridad que le llevará a obtener el nobel de la paz. No soy sexy, ni guapa, así que solo es un gesto noble de un hombre con un pobre corderito. Guardo relajada el móvil con un Sebas murmurando para sí mismo, enfadado por las obras y porque un hombre me ha llamado. Él nunca me ha prohibido alejarme de los hombres ya que no se han acercado a mí, los que lo han hecho solo me han pedido unos apuntes o que me mueva de la cola en la hamburguesería, jamás he tenido problemas con ellos y Sebas parece que tampoco.

Espera una explicación por mi parte, nerviosa y relajada al unísono, cruzo mis brazos jugando con el bolso que he vuelto a dejar sobre mis piernas.

– Era Leo.

– ¿Quién es y qué quería?

– Huh… la semana pasada él, yo entré a…

– Jocelyn, ¡ve directa al maldito grano! – Abre la ventana– disfrutad vuestra ultima maldita hora trabajando porque me tenéis hasta los huevos con las obras.

– Señor Trumper, disculpe el alboroto. Somos conscientes de que las oficinas han cerrado y…

– ¡Vuelve al maldito trabajo! – Baja la ventana del coche mirándome – prosigue.

– Era Leo. La huh… cuando regresé me apunté a una agencia de trabajo temporal y él tomó mis datos.

– Y el hijo de puta se piensa que por tener tu número de teléfono puede acosarte.

– Él solo… es amable y está casado.

– Reina, eso no es un maldito problema para los hombres. Ven a una mujer soltera o casada y va a por ella le guste o no a su pareja. ¿Desde cuándo te acosa extraoficialmente? Él debe de conocer la ley de protección de datos, no puede hacer uso personal de los tuyos.

– Hubo un hombre, huh… una… yo… – respiro hondo tapándome la cara con mi mano. Sujeto mi collar para encontrar las fuerzas que rápidamente recorren mi cuerpo – la semana pasada hubo un hombre que quiso contratarme y cuando me presenté en la entrevista me rechazó, se lo conté a Leo y este se enfadó con ese hombre. Desde entonces ha tenido huh… un poco de fijación en mí.

– Eso no es excusa. ¿Golpeó a ese hombre de la cafetería?

– Discutieron por el móvil, ¿por qué?

– Porque lo haré yo.

Jamás he visto a Sebas pegar a alguien excepto una noche en la que tuvimos que ir a rescatar a su hermano porque estaba peleándose con un hombre, él simplemente me dejó a un lado y salió en su busca. Bastian luchaba sin problemas contra su contrincante, pero Sebas recibió golpes que me dolieron en el alma. Él decía que había luchado desde muy pequeño y que las heridas no le afectaban, perder a su hermano como lo estaba haciendo en aquellos años lo hacía mucho más que los cortes que tenía en la cara. La idea de Sebas golpeando a ese hombre de la cafetería, por mucho que se lo merezca, no es la mejor solución. Tampoco lo es poner en sus manos mi vida entera porque esto implica no estar de acuerdo en muchas de sus decisiones, y él peleándose es una de ellas.

Pone un punto y final al encender la radio mientras atravesamos algunas calles de la ciudad a una lentitud a la que no estoy acostumbrada. Si algo ama un Trumper son los coches, los conducen a velocidad máxima sin conseguir ninguna multa porque son los amos del país entero. Me extraña que haya dado por finalizada nuestra pequeña conversación, me sentía inclusive animada para continuar con una charla que ha acabado más pronto de lo que creía. Distraída por pensar en si hablar o no, me doy cuenta que el coche se para a un lado de la carretera. Esta calle está desierta, es un callejón con algunos coches aparcados y no hay nadie andando porque no parece peatonal.

Quiero preguntar dónde estamos y qué vamos a hacer. Conociendo a Sebas pensé que íbamos a su casa o a la mía antes de ir al restaurante, sin embargo, él ha salido del coche y lo rodea, esta vez por detrás. Abre el maletero, luego la puerta trasera del coche dejando algo sobre el asiento y por último llega hasta mí abriendo mi puerta.

– Levántate.

– Sí – susurro aunque no pueda hablar.

Una vez que lo hago, cierra la puerta y pone ambas manos sobre el capo del coche rodeándome e interceptando cada detalle del abismo que desprendo. Me compadezco al sentirme como una niña pequeña que va a ser regañada de nuevo. Sebas está pensando en algo que no consigo

entender porque el mirarle a los ojos sería caer en la debilidad de amarle y no consiento un error como ese.

Su garganta me avisa que debo de levantar la cabeza mostrando interés por él. Sus ojos azules están mezclados con su tormento, molestos e indignados.

– ¿Confías en mí? – Impone severo – contéstame.

– Yo… huh, Sebas…me estás asustando.

– ¿Confías malditamente en mí?, ¿sí o no?

– No lo sé. Sí, supongo.

Coje algo del asiento trasero cerrando la puerta con fuerza y me acecha con su mirada.

– Voy a vendarte los ojos.

– Sebas, por favor – suplico.

– No te he dado permiso para que hables.

– Llévame a casa, por favor Sebas. Te lo ruego.

Pronto, sin esfuerzo alguno, se encarga de vendarme los ojos con algo negro que no he llegado a visualizar del todo bien, palpa mis ojos y besa la punta de mi nariz.

– Vamos, no te sueltes de mi mano o estarás completamente sola y entrarás a cuatro patas. ¿Lo quieres de esa manera? – Su mano sujeta fuerte la mía mientras mis lágrimas caen detrás de la venda.

– Por favor.

– ¿Lo quieres de esa maldita manera?, ¿sí o no?

– No.

– Entonces, sigue mis pasos y entremos.

– ¿Dónde vamos, Sebas?

El silencio. La callada por respuesta me enerve tanto que tropiezo en más de una ocasión al entrar por esa puerta verde metalizada. He podido fijarme que estaba desgastada porque el resto de mi visión se la ha llevado

el hombre que ahora tira de mí. Con suerte, forcejeo haciéndome la tonta para que no avance tan rápido y consigo abrazarme por completo a su brazo, pero mis sueños se van al traste después de que él avanza otro paso más amplio dejándome atrás.

Aquí hace frío, el ambiente se va templando una vez que las pisadas resuenan en un suelo desconocido para mí. Lloro por la impotencia y desesperación. No admitiré que confío plenamente en Sebas, se supone que ya he pasado algunas situaciones que me hicieron ser una mujer confiada y fuerte. Esta vez temo desconocer el nivel de estrategia de este nuevo hombre.

– Hemos llegado, – la voz hace eco – no preguntes dónde estamos, reina. Cierra la boca o te pondré una maldita mordaza y entonces no habrá piedad para tus llantos ahogados y suplicas.

Mentiría si dijera que no me agrada que Sebas me esté abrazando, él ha rodeado mi cuerpo con sus brazos apretándome fuerte contra él y por unos instantes me dejo llevar tanto que me olvido de sus manos sobre mi trasero. Estos momentos fuera de mi burbuja me dan mucho tema de pensar cuando esté dentro, imaginarnos parece que sea un delirio cuando de verdad está pasando. Mis manos están sobre su pecho y Sebas disfrutando del abrazo que nos envuelve. Acaricia mis costados con las yemas de sus dedos hasta mis hombros para deshacerse de mí chaqueta.

– No – susurro.

– Mordaza, recuerda.

– Sebas.

La chaqueta me cubría por debajo de mi cintura que ocultaba mi cuerpo y ahora deja al descubierto la piel de mis brazos. Este vestido me lo compré hace dos años y no es mi favorito pero lo bastante cómodo ajustándose al desalarme de mi cuerpo. Empiezo a tiritar de frío fingiendo mucho más de lo normal y exagerándolo abrazándome a mí misma. Oigo pasos, Sebas me ha dejado sola aquí sin mi chaqueta y lo que pensaba que era un lugar templado se está convirtiendo en el polo sur.

– Tranquila reina, estoy aquí – susurra – no quería que tu chaqueta se ensuciara. Hay una alfombra blanca, te quitaré los zapatos y te pondré sobre

ella.

– ¿Sebas?

No, no por favor. ¿Qué va a hacer?

Él da un tirón a mí collar recordándome a quién pertenezco, golpea suavemente mi tobillo para que levante el pie y luego el otro. Me quedo descalza sobre lo que parece una alfombra de pelo sedoso. Se siente bien, pero el picnic improvisado de Sebas no me está gustando lo más mínimo.

– ¿Ves? No es para tanto. Ahora nos desprenderemos de este vestido pornográfico con el que te atreves a salir a la calle.

– No, – me alarmo – Sebas, no.

– Me parece a mí que alguien se está ganando un buen castigo, reina mía.

Nuestras manos forcejean cariñosamente, él busca la cremallera en el lateral y yo giro alejándome cada vez que llega a tocarme. Sus gruñidos no me asustan, él no me asusta, el estar desnuda aquí me asusta como el infierno. Lloro desconsoladamente al perder la batalla de la cremallera y susurrando lo mucho que lo odio cuando él se queda con mi vestido. Velozmente cruzo mis brazos en forma de x sobre mi torso, escondiendo barriga mientras me aprieto para que no pueda verme. Él se ha ido lejos, estará dejando la ropa sobre algún lugar y yo tiemblo aterrorizada de lo que me está haciendo. Otra vez.

– No voy a quedarme desnuda, Sebas, te juro que…

– Vamos, cuanto antes pongas de tu parte antes acabaremos con esto.

Me arrodillo bajo sus quejas que retumban en este lugar. Sus manos luchan con mis brazos que no ceden tan fácilmente pero nuevamente consigue quitarme el sujetador y llevándose consigo mis bragas hasta dejarme sentada sobre la alfombra en la que ahora lloro como nunca antes lo había hecho.

Le odio. Le odio con todas mis fuerzas.

– Sebas, te juro que… cuando… yo… huh… el collar…

– Reina, si dejaras de temblar y aceptar los hechos tal y como son no te llevarías el disgusto.

– Dame mi ropa.

– Recuerda quién manda.

– No juego. Dame. Mi. Ropa, – suspiro tragándome mis propias lágrimas – por favor.

Sebas tiene el poder de hacer conmigo lo que le plazca. Hace años no me parecía tan malo intentar descubrirme a mí misma con el collar y con el mandato de una persona que le importas, que rija tu vida y te lleve por el buen camino, hace años era una aventura, ahora ya no.

– ¿Te vas a quedar sentada? Tengo algo para cubrirte.

¿Me va a cambiar la ropa? No entiendo, ¿me ha traído para cambiarme de ropa? Si es así tomaré todo lo que tenga para mí siempre y cuando deje de ver mi cuerpo desnudo. Sé que no es la primera vez, pero si la primera desde hace muchos años y todo esto me agobia bastante.

A duras penas me pongo de pie equilibrándome un poco más al agarrarme a su brazo. Su aliento respira fuerte cerca de mí y yo me cubro los pechos y las piernas para que no me vea.

– Dame… huh… quiero cubrirme.

Ronronea besando mi cabeza y girándome porque va a poner algo sobre mis hombros. Me relajo porque me va a cubrir pero pronto volvemos a forcejear con uno de mis brazos que pone detrás de mí. Coloca algo por encima de mi codo y hace lo mismo con mi otro brazo.

Estoy atada y expuesta, mi peor pesadilla hecha realidad.

Caigo sentada vibrando con espasmos, curando mi alma y soñando con que esto sea otra de mis pesadillas que hacen despertarme en mitad de la noche. Mi madre decía que es un tópico dejar las puertas y ventanas abiertas, deben de dejarse cerradas para que no se escapen los monstruos y podamos luchar contra ellos. Me acuerdo que de pequeña dormía en la oscuridad buscando y esperando por aquellas criaturas de la noche que quisieran venir a por mí. Ahora mismo estoy viviendo una de esas pesadillas y no tengo fuerzas para enfrentarme a ella.

Mis llantos sonoros suenan con fuerza retumbando en este lugar, cuando hemos entrado me he dado cuenta que era oscuro y en ningún momento había imaginado que Sebas me haría esto. Él me lo ha hecho en casa, a oscuras, me llevé un disgusto pero aprendí a no tener miedo de mi misma. Lo que siento en estos instantes es repulsión asquerosa a Sebas, que me haga esto otra vez después de cinco años me parece lamentable. Dejaré que esta vez gane pero mañana desapareceré y no me verá nunca más.

Estoy sola pensando demasiado sin saber dónde está Sebas. No me ha dado ninguna orden, debe de divertirle verme tirada como una cualquiera. Con el paso de los minutos me voy relajando y aceptando encorvada que se puede estar lucrando de una mujer indefensa, atada y desnuda. ¿Y él dice que me ama? Ya he entendido que hago aquí.

Absorbo por última vez los mocos que trago con orgullo, me ha quitado la dignidad y me ha humillado pero no le daré el placer de verme llorar.

Recupero mi estabilidad emocional sintiendo su presencia a mi lado que se mezcla con el mismo aire que yo respiro. Sebas jadea entrecortadamente como si hubiera corrido una maratón y yo fuese su meta, y nada me importaría menos que ya hubiera llegado al final. El aire que se mueve a mí alrededor me ratifica que se está moviendo en círculos, seguramente dándose el lujo de verme aquí haciendo el ridículo. Su aliento choca por fin con mi oreja izquierda dándome un pequeño beso; yo, ni me inmuto.

– ¿Cómo estás?

– Te odio.

– Dos palabras. Sabes las reglas.

– O… odio tus reglas. Y te odio a ti.

– Repito, ¿cómo estás?

– Repito. Te odio.

Besa de nuevo mi oreja deseando que se aleje de mí pero esta vez, huh, esta… huh esta vez él besa mi cuello, por… él no puede hacerme esto.

– A pesar de tu desobediencia vocal, te has portado realmente bien.

– Su… suéltame… huh… para, no sigas.

Mis suplicas se quedan encerradas con mi miedo cuando Sebas prosigue con el festín de posar sus labios sobre mi piel. Él es… él es suave y dulce, pero yo no soy la misma y quiero irme de vuelta a mi burbuja. Ya no somos como antes, ahora somos un mal recuerdo del pasado con una nueva versión en la que Sebas cree en lo nuestro mucho más que yo. Debo de parar esto y lo hago alejándome.

Para colmo tengo que soportar sus incipientes partículas salivares sobre mí cuando ha resoplado, pero no me importa, su… huh… su saliva me gusta.

Creo que se me escapa una sonrisa mientras estaba desabrochándome la cuerda de los brazos. A él no le ha gustado porque está susurrando insultos no tan propios de un juez que trabaja en el Senado.

– ¡Levántate! – ¿Me habrá visto sonreír?

– Mi ropa.

– Jocelyn Harden, la paciencia se me ha agotado contigo. ¡Levántate!

Sí. Le obedeceré para seguir llevando a cabo mi plan de huir para siempre de este… de este hombre bruto del que estoy enamorada. Él puede ser realmente inaguantable cuando no se hacen las cosas cómo quiere o tenga planeado, para Sebas lo único que funciona en la vida es la osadía de poder manipular a la mujer que un día amó. Pues muy bien señor, haz conmigo lo que quieras porque yo ya estoy muerta por dentro y le juro por mi abuela que cuando tenga la menor oportunidad cogeré mi coche y conduciré a otro Estado. No por aquí, sino a otro continente para asegurarme de que nunca más, nunca jamás vaya a hacerme lo que él me ha hecho; ponerme la miel en los labios con mentiras para luego retirarme ese dulce y ponerlo en los labios de otra.

Es por eso que ya estoy de pie y Sebas ya me está poniendo el vestido.

– Te olvidas la ropa interior – ¿no irá a dejarme salir sin bragas?

– No me olvido. Tu indisciplina lo ha deseado.

– Por favor… yo… huh.

– ¡Cierra la puta boca, Jocelyn! Estoy muy enfadado contigo.

– ¿Por… por qué?

– Porque en tu linda cabecita todavía piensas que hago esto para humillarte. No me respondas.

Estimo que este ser inteligente posee algún artilugio que le haga leer la mente. Si él sabe que esto me humilla, ¿entonces por qué malditamente lo hace? Huh… yo… yo no puedo pensar como él, no… huh… copiar sus palabras está mal. Él no es más que un hombre y yo su ex novia, por lo tanto, está vengándose por haberle abandonado.

– Siento… yo… la carta… – quisiera poder expresarme como un humano de este mundo, en mi burbuja pronuncio muchas frases seguidas.

Tengo los ojos cerrados ya que aún estoy adaptándome a la claridad cuando ha decidido poner fin a mi tortura de no ver absolutamente nada. Sus manos se encuentran a cada lado de mi cara para que no me mueva, y ni mucho menos, me vaya. Aunque ahora querría huir lejos de él como ya lo hice hace cinco años, no hay ningún otro lugar que no prefiera estar que junto a Sebas Trumper. Tampoco me permito corroborar que mi estancia fuera de mi burbuja sea para siempre, simplemente, quiero disfrutar de esta fantasía que vivo junto a él.

– ¿Puedes verme?

– Sí.

– Sigo enfadado.

– Lo… lo sien… yo… huh.

– Jocelyn vas a acabar con mi vida. ¿Lo sabes, no?

– Yo…

– Estoy agotado de tus mierdas. Aclárate de una maldita vez, – bajo la cabeza o al menos lo procuro para que no me vea – insisto Jocelyn, aclárate.

– Qui… quiero irme de aquí. Sola.

– ¿Dónde irás?, ¿a casa de tu abuela?

– Sí.

– ¿Sola?

– Sí.

– ¿Has olvidado que no puedes responderme con monosilábicos?

– Lo… lo siento yo… – yo te amo Sebas, pero… pero no puedo decírtelo. Ha sido un día complicado y quiero volver a casa para… entre otras cosas, meterme en mi burbuja y procurar olvidarte para siempre – lo siento mucho Sebas, eres un buen hombre pero yo… no sirvo ni para el collar.

– El collar es algo simbólico.

– Y épico.

– Y épico – repite.

– ¿Dónde estamos?

– En un lugar donde suelo matar a dulces señoritas, – mi estómago se contrae – es broma, Jocelyn, relájate. Es un almacén donde Bastian practicaba sus peleas ilegales. Vine este fin de semana y quería preparar algo perfecto para ti, pero tu rechazo constante hace que retroceda todavía más perdido que tú.

– Sebas… el collar y yo… no.

– ¿Has aprendido algo en estos veinte minutos aquí sola?

– Huh… ¿aprender?

– Cuando te he dejado sola y desnuda, ¿has comprendido el significado?

– ¿Qué continúo siendo la misma?

– Memoriza las palabras que tienes en tu mente y déjalas deslizarse por tus labios. Háblame Jocelyn, háblame porque probablemente yo lo necesite más que tú.

¿Qué… qué le pasa a Sebas? Él no… él no puede estar así, ¿es otra estrategia del collar?, ¿pretende que le abra mi corazón y que… y que… hable? Sabe que no puedo hablar y que… que… no es lo mío. Yo… huh…

él quiere que hable como siempre, me está distrayendo mirando a mis labios. Quiero que los bese, pero también necesito mis bragas si no quiero dar un show con mis líquidos resbalando por mis piernas. Mi burbuja me empuja hacia fuera, al mundo de fantasía para que intente arreglar a Sebas y luego podré regresar de donde nunca debí salir.

– Me… cuesta hablar.

– Cuando estábamos juntos no te costaba, reina. Eras bastante habladora.

– Siempre te regañaba por tu… huh… sobreprotección constante conmigo.

– Amabas mi sobreprotección constante contigo. Admítelo. No te faltaba de nada, – besa mi nariz para luego besar mis labios, ¿estoy soñando? – No me has contestado, ¿has aprendido algo aquí?

– No. Me he sentido humillada, expuesta y avergonzada. Pero…

– ¿Pero?

– Pero cuando has vuelto… huh…

– Habla, reina, lo estás haciendo bien.

– Me he sentido segura. Te odiaba pero me dabas la tranquilidad de saber al menos que no estaba sola y que al menos tú estabas aquí, conmigo.

– De eso se trataba. Que aceptaras en soledad que así vas a estar toda la vida. Desnuda, atada y expuesta para mí.

– Sebas… – niego con la cabeza.

– Metafóricamente.

– ¿Has preparado todo esto para… para… que yo solo te odiara?

– Hay trescientas velas que coloqué ayer en forma de corazón. Iba a hacerte el amor en la oscuridad, en un lugar cerrado como a ti te gusta. Tu rechazo me hace retirarme de toda esta mierda de romanticismo porque no soporto que tus labios escupan que me odias. Por eso, te he vestido, y ahora aunque me esté matando, trato de mantenerte junto a mí por unos minutos más.

– Tú… yo… huh… no has… si querías… Esto no está bien. Tú me has ridiculizado, Sebas. Eso no está bien.

– He permitido que pensaras por unos momentos a solas, has entrado nerviosa y muerta de miedo. Te he quitado la venda y tu corazón late con normalidad, tu respiración va al mismo compás que la mía y por supuesto, estás hablándome. Concédeme el triunfo de un acto glorioso.

– Sebas…

– He ganado. Siempre gano. Y el collar ha ayudado.

– No puedes humillarme de esta forma.

– Puedo y lo haré. Tú lo percibes de esa manera, yo lo percibo de otra. Estoy siendo demasiado amable contigo. Si por mí fuera ya te habría puesto una maldita mordaza y estarías a mi entera disposición sin replicas.

Sebas es muy cabezota, apenas se puede discutir con él porque siempre te contará cualquier argumento que le haga darle la vuelta al problema. Es un hombre muy astuto y estoy segura que tiene en su mente muchas otras barbaridades en las que yo soy la protagonista y estaré expuesta, desnuda o atada en algun lugar frente a su soberbia de restregarme el poder. El collar significa un mundo para mí, para él un objeto de autoridad máxima en el que se proclama vencedor. Por todo esto, creo que… huh… debo de huir de aquí.

– Sebas… ¿puedes llevarme de vuelva a mi coche?

– No – su cara cuadrada me trasmite todo el enfado que está conteniendo para sí mismo.

– ¿Vas a retenerme?

– Voy a hacerte el amor, que es mucho mejor que querer huir de mí.

– ¿Huh?

No asimilo aún que desde que ha dejado de tocarme me siento más vacía que nunca. Sebas es un humano muy adictivo y yo soy su maldita cura… huh… debo de… no puedo repetir su palabra como solía hacerlo, me pasé un año y medio intentando eliminarla de mi mente para que no interfiriera en mi día a día y me recordara a él.

Ha tardado un buen rato en pasarse por las velas y encenderlas en este almacén. ¿Aquí luchaba Bastian ilegalmente?, ¿qué opinión tendrá su esposa de su peor vida? Al parecer, Sebas ha trabajado muy bien en hacer que este lugar sea bonito porque las velas en forma de corazón lucen como si estuviéramos en un romántico resort. La alfombra es mucho más grande y bonita que como se sentía debajo de mis pies. Hay algunas telas de color blanco y rojo que nacen del techo enorme junto con unas bonitas luces colgadas entre ellas. Sebas se levanta después de haber encendido la última vela y se dirige hacia mí ya que estoy en mitad del almacén.

– ¿Y bien?, ¿todavía me odias?

– Un… un poco menos.

¿Por qué me ruborizo? Es solo Sebas. El bruto que hace media hora me ha arrastrado hacia aquí, me ha desnudado, atado y abandonado para su antojo. No he aprendido el por qué me ha traído, si quería hacer algo bonito podría haberme invitado a pasear o a almorzar en el mexicano del centro comercial. Huh. Esto… no está bien…

Suspiro abrazando mi cuerpo ya que está bastante cerca de mí. Retrocedo dos pasos hacia atrás pero soy tan torpe que caeré sobre alguna de las velas. Él ha… ha hecho todo esto por mí y no siento que sea reciproco. Me niego a aceptar una vida a su lado, por mucho que lo ame, que es mucho, no quiero estar con él. No puedo.

– Cuando acabes de torturarte y de imaginar que soy la peor escoria del mundo, podremos hacer el amor.

– Sebas… yo… no… No soy la misma – le miro a los ojos, él sabe que hablo en serio cuando estoy inyectando mis pupilas marrones en las suyas azules – puede que… que el collar y… haya aceptado pero no podemos hacer el amor cuando no estamos realmente… huh… juntos.

– ¿Por qué no me amas como yo a ti?, ¿qué malditamente te he hecho yo?

– No somos compatibles. Te lo he repetido como dos millones de veces. Solo… huh… no lo somos. Por favor, para de complicar las cosas entre nosotros porque… ¡Sebas!

Una de las velas ha prendido una tela y él ha salido disparado para arrancarla y pisotearla entre los espacios de suelo. ¿Por qué habrá hecho corazoncitos entre el corazón grande? Son muchas velas. Él ha podido salir ardiendo. También, en mi burbuja, él estaría a salvo de todos los males que nos pudieran acechar. Remuevo ese pensamiento fuera de mi mente para adelantarme hasta él que está arrancando las telas del techo y arrinconándolas lejos del fuego. Está malhumorado y yo no ceso en seguirle con el mayor encanto que puedo ya que intento saltar las velitas que están haciendo de este momento un verdadero desastre con nosotros.

– ¡Tú fuera, y tú, y tú! – Arranca con brutalidad las pobres telas, son preciosas – ¡y tú también!

– Sebas. ¿Estás bien?, ¿te has quemado? Permíteme que te mire y pueda evaluar si… – tuerce su cuello para mirarme como si quisiera matarme.

– Estoy malditamente bien. Espérame fuera. Voy a apagar esta mierda.

No. Por favor. No. He hecho que se enfade conmigo, él se piensa que tengo la culpa de que las telas casi salgan ardiendo y… sí, puede que sea mi culpa pero yo… yo lo siento. Trago saliva sin querer apartarme de él porque me entristece tener que ver como deshace esto que ha preparado con cariño para mí, para nosotros. Soy lo peor, debí de haberme quedado en Montana. Yo no me merezco un amor como él.

– Lo… lo siento.

– ¡Cómo vuelvas a malditamente decir lo siento voy a hacer que vayas caminando a cuatro patas por las calles de Chicago y me va a importar una mierda que la gente te vea!, ¿hablamos el mismo idioma? Sal afuera y espérame. No pienso volver a repetírtelo.

– ¿Por qué… me… por qué me haces todo esto?

– Porque te quiero, Jocelyn, – sopla una vela – vete, por favor.

Me beneficio del brote que tienen mis hormonas para avanzar los tres pasos que nos separaban y abrazarle. Discrepamos en su manera de hacer las cosas pero tengo que admitir que yo tampoco soy una mujer fácil. Le he

cerrado puertas desde hace muchos años y aunque él las intente derribar, siempre frena porque me respeta. Le estoy abrazando fuerte y asumiré las consecuencias de un castigo si me he sobrepasado. He pensado que debo de asumir mi responsabilidad de ser lo suficientemente buena para él cuando he sentido que me necesita. Ha dejado de apagar las velas cuando sus brazos se posan sobre mi cuerpo atrayéndome hacia él y no estoy llorando porque no pienso en otra cosa que en hacer el amor con Sebas. Por muchas razones. Él y yo somos más que una pareja cuando lo hacemos y es el único hombre que puede saciarme de lo que a veces se lleva el control de mí misma; mi deseo de practicar el sexo. Huh, sexo… yo… no. Vale. Supongo que él entenderá que no estoy preparada.

– Practiquemos el sexo – susurro escondiendo mi cabeza sobre su pecho. O él ha crecido o yo soy más pequeña. Este hombre es más increíble cada día que pasa.

– ¿Practicar el sexo? – De acuerdo, se está riendo de mí y él sabe que no soy como el resto de la humanidad. Me duele que lo haga. Tal vez… – te ves incluso más hermosa cuando pronuncias esas palabras.

– ¿Huh? – Echo hacia atrás mi cabeza para mirarle desde mi posición, no pienso mover ni un músculo de mi cuerpo para que se deleite conmigo. Me opongo.

– Hermosa, que eres hermosa y eres malditamente mía porque eres malditamente la mujer de mi vida. ¿Quieres practicar el sexo? – Voy a dejarme llevar por unos segundos y regalarle una sonrisa que hago con gusto – si vuelves a sonreír mañana irás a la oficina en sillas de ruedas.

Une sus cejas formándose las arrugas normales de un hombre de treinta y ocho años. Huh, él es… bastante maduro, pero supongo que yo voy a pasar a los treinta dentro de un par de años y él llegará a sus cuarenta. Nos separa una década, una década llena de atisbos de separaciones que no sé si quiero dejar pasar. ¿Tanto tiempo me he lamentado por las esquinas de mi burbuja porque no puedo tener al hombre que amo? Él es real, se llama Sebas Trumper y me va a hacer el amor. Está apretándome un poco más contra su cuerpo para llamar mi atención, vuelvo a sonreírle pero me frunce el ceño y hago yo lo mismo imitándole porque se ve muy… huh caliente.

– Practiquemos el sexo.

Asiento con mi cabeza animándole una vez más a que haga algo porque se ha quedado petrificado. Le he seguido hasta la esquina del almacén cerca de la salida porque ha dejado el montón de telas que colgaban del techo, algunas velas se marchitan en el centro y las que tenemos alrededor están apagadas por sus soplos bruscos al querer acabar con todas ellas. Ahora soy yo la que le atrae contra mí para hacerle reaccionar, Sebas Trumper, el todopoderoso hombre sin sonrisa se ha quedado sin palabras.

– ¿Es tu deseo? Posees el collar. Eso no cambiará. Necesitas unas directrices e instrucciones que te hagan conocer quién eres realmente.

– De acuerdo, lo he aceptado. Lo hice hace cinco años.

– No cesaré en tu adiestramiento. El que hagamos el amor forma parte de la mujer que se esconde dentro de ti.

– Vale. Te he comprendido.

¿Por qué tiene el don de echarlo todo a perder? Le estoy ofreciendo practicar el sexo y él… él pensando en el collar y en mi adiestramiento. ¿Soy un animal al que adiestrar? Huh… oh, tal vez lo soy para él y no… ¿y si me estoy dejando llevar y estoy justo donde él me quiere? Es un plan, Sebas ha planificado uno para que lo practiquemos juntos y… yo… él lo ha hecho. Estoy demasiado irritada como para…

– ¿En qué malditamente piensas?

– En tu plan, – doy un paso hacia atrás – tú has planeado este momento para… para confundirme y así practicar el sexo conmigo.

– ¿De qué mierda estás hablando?

– Has dicho todo eso del collar y luego… tú… tú… has… has roto la magia.

– ¿Qué he roto la maldita magia? Bien, pues vas a ver como la recupero. ¡Ponte sobre la alfombra!

– No consiento que me grites – llevo mis manos a mis orejas.

– ¡Vas a gritar muy fuerte por insubordinarme!

Tiene un brazo en alto imponiéndome mientras yo le ignoro buscando la salida. Distraída y concienciada en alejarme de este lugar, su cuerpo irrumpe en mi espacio guiándome hacia la alfombra. Sebas desaparece en la oscuridad y yo me cruzo de brazos. Él ha tenido el placer de romper la magia, no yo. Él es el bruto, inconsecuente y animal. Yo… huh… ha salido de la oscuridad y trae algo en la mano, es la correa de mi collar. ¡NO!

– Sebas, esto no pasará y quiero irme a casa – malditas lágrimas y maldita yo por repetir sus malditas palabras.

– Ya conoces como funciona esto. He sido permisivo por mucho tiempo cuando has quebrantado más de una norma establecida. ¡No lloriquees y malditamente arrodíllate!

Se arrodilla delante de mí apartándome las lágrimas que caen de mis ojos, no son de debilidad ahora son de dignidad; la que nunca he tenido ni tendré.

Sus manos apartan las mías dejándolas caer, estoy nerviosa porque no sé cuál va a ser su próximo movimiento. Él, Sebas… no… huh… era así cuando me puse el collar hace años. Era mucho más severo y ahora actúa como si con cada orden me perdiera cada vez más.

Arranca mi vestido rompiéndolo de un tirón fuerte y raso. Mi desnudez se exhibe ante él que la aprecia con la luz de las velas, también, como mi barriga sobresale de mi cuerpo y como ni siquiera puedo verme más allá de ese trozo de piel que sobra. A Sebas parece que nunca le ha preocupado el tamaño de mi cuerpo, para él nunca ha sido un problema y aunque para mí sí, siempre me ha hecho sentir que no hay inhibiciones entre ambos. Sus manos suben hasta mis pechos que acaricia con encanto, mis pechos no han sido tocados por nadie nada más que por él, ni siquiera yo me atrevo ya que son grandes y... bueno… son lindos pero son demasiado para soportar. Sebas parece encantado porque evita mis pezones para sujetarlos con ambas manos y hacerme jadear de placer por primera vez en cinco años. Le deseo, le deseo tanto que duele como el infierno.

– Sebas…

– Sshh no hables reina, no hables por favor.

Sella mi silencio besándome tiernamente en los labios, yo… yo quisiera poder actuar y lanzarme sobre su cuerpo tal y como hago en mi burbuja, pero estoy contenida por el miedo de perderle y no quiero que se ría de mí o que piense que estoy desesperada. Sólo recibo sus besos abriendo mis labios, tallando en una pared de mi burbuja como se siente esto de ser besada por el hombre de tus sueños. Decaigo de mi posición postrándome sobre la alfombra que yace en mi espalda y procurando no tocarle demasiado para no romperle. Sebas es un ser de otro planeta como yo y temo que solo sea producto de mi imaginación. Por eso no cierro los ojos mientras sus labios trabajan sobre los míos, no es la primera vez que nos besamos pero sí la primera en la que siento todavía más que cuando era solo una cría. Porque ya no lo soy, puedo certificar que mi amor por este hombre sobrepasa las esferas de la Tierra y se extienden por todo lo existente e inexistente. Su corazón está a punto de morir junto con el mío ya que me acabo de dar cuenta que tengo la palma de mi mano sobre él.

– Sebas…

– Reina. Pídeme que frene, que te lleve a casa y que nos veamos mañana en la oficina. Es una orden.

– Prac… practiquemos el sexo ahora, por favor.

– No todas las velas están encendidas.

– Las de tu corazón sí, son las que me importan.

– Te voy a hacer el amor tan rápido que te dejaré con ganas.

– Siempre podremos repetir. Huh… si… – estoy delirando – si tú quieres.

– ¿Si yo quiero? Reina, ya me he corrido en mis pantalones y precisamente quiero repetir pero esta vez dentro de ti.

– Yo no tomo nada para…

– ¿Dejaste de tomar los anticonceptivos? – Asiento – Eso quiere decir que no…

– No.

– ¿En cinco años?

– No – por favor, ¿tenemos que hablar de que no he practicado el sexo en cinco años?

– Ni siquiera un polvo alocado.

– Mírame Sebas, – mi voz tiembla – mírame bien. Los hombres no las quieren como yo.

Creo que acabo de oír como cruje su mandíbula, ¿pue… puede hacer eso?

– Eso no es cierto. Los hombres te desean. Y más si sales a la calle con esos vestidos pornográficos sacados de una revista para adultos.

– ¿Huh?

– Escúchame bien, Jocelyn Harden. Vas a malditamente quitarte esa idea de la cabeza porque eres la mujer más bella del puto universo. Naciste para hacerme feliz, para mí, perfecta en nuestro mundo, el real. Qué no se te olvide.

– Me amas demasiado, – susurro – al igual que yo.

– Acabo de correrme otra vez como sigas susurrándome que me amas. Repítelo.

– Te amo, Sebas. Con el collar. Sin el collar. En mi mundo. En el tuyo. A tu lado. Sin estar a tu lado. Eres el hombre que ha conquistado mi corazón cuando era solo una adolescente y después de poco más de una década, sigues siendo el dueño de él.

– ¿Has dicho que he conquistado tu corazón cuando eras una adolescente?

– Huh… ¿sí?

– Me has puesto malditamente caliente.

Lame mis labios y cierro los ojos dejándome guiar por sus manos, quiere que le ayude a quitarse la ropa. Él… él y yo vamos a practicar el sexo y estoy tan emocionada que quiero gritar en alto. Necesito de su ayuda para no ser tan torpe ya que no sé desabrochar correctamente su camisa, pero logro hacerlo cuando me lanzo a tocar su piel. Sus brazos son musculosos, ¿ha ido al gimnasio? Claro, ha debido ir para… huh… esto es

grande, él es grande. Mis dedos resbalan por sus brazos hasta dejarlos muertos sobre la alfombra mientras pienso en lo erótico que sería poder mirarle mientras se baja los pantalones.

– ¿Sí? – Abro uno de ellos.

– ¿Tan feo te parezco que no quieres mirarme?

– Yo… huh…

– No pasa nada, reina, solo era una broma. Poco a poco.

– Sí, por favor.

Sebas siempre ha apoyado el hecho de que no me desenvuelvo como él lo hace porque a mí me cuesta, y ahora, él sabe que hay un problema bien grande aquí; hay luces y no me siento cien por cien cómoda. Y porque me conoce, está saboreando mis labios de nuevo cuando me coloca los brazos sobre sus hombros para que le abrace contra mí y… huh… su… está duro y tocando mi pierna.

En confianza como siempre me he sentido junto a él, abro mis piernas colocando las plantas de mis pies sobre la alfombra para indicarle que aunque parece que estamos lejos el uno del otro, no lo estamos. Sus labios bajan ronroneando por mi cuello, mi delgado cuello, una de las partes más delgadas de mi cuerpo después de mi dedo pequeño. Bueno, no… no voy a entrar en detalles sobre mí cuando tengo su boca cerca de mis pezones. Esto… esto se va a sentir excitante.

Gimo alto porque su lengua ha saboreado mis pezones, primero uno y después el otro. Rápidamente parece que… que lo desee tanto como yo… huh… esto… esto se siente malditamente bien. Sí. Sus grandes manos parecen desenvolverse bien con mis grandes pechos, él está disfrutando por sus constantes ruidos eróticos que emanan de su boca y me los está trasmitiendo cada vez que su lengua gira alrededor de mis pezones. Estoy mojada, él duro y vamos a acabar con uno de esos orgasmos como los que me provocaba en mis años de universidad; rápidos, constantes y a la vez excitantes e insuperables. Quiero… quiero acabar de…

El frío me invade ya que se ha incorporado y rebusca algo en su pantalón. Está ocupado en plastificar a su… huh… como sea grande va a…

romperme. Sí, me puede romper. Casi que soy virgen otra vez.

– Reina. He soñado con esto durante cinco años.

– Y yo.

– Me deseas, ¿verdad?, ¿me amas? Por favor, dime que me amas.

– Sebas Trumper, te amo – sonrío.

– Intentaré no ser tan rápido, creo que me he vuelto a correr.

– Huh… vale.

Soy yo la que elevo mi cabeza para besarle en los labios. Si él supiera que he imaginado este momento desde el día en que me fui me querría mucho más de lo que lo quiero yo a él.

Sebas Trumper, el hombre al que amo y al que he recuperado, se desliza dentro de mí pero frena en seco para fruncirme el ceño.

– Estás malditamente estrecha, reina, eso quiere decir que… ¿ni siquiera te has metido ningún consolador?

– Mi sexo solo te pertenece a ti. Jamás te sería infiel con ningún otro consolador cuando puedes… huh… penetrar dentro de mí.

Debo de parar en confesarle estas frases mal hechas y pensadas. Esta no soy yo la de… la de mujer excitada deseando de recibirle con ganas y pasión.

Mis rezos suplicando por sentirle dentro de mí han tenido respuesta. Sebas está deslizándose en mi interior tan lento que quiero gemir mucho más alto. Cuida de no hacerme daño y le amo aún más por esto. Si no consigue llegar hasta el fondo como a mí me gusta voy a ser la primera en retirarme por haber llegado al clímax. Su erección es desorbitadamente increíble y magnifica para recibirle tan duro en un lugar tan pequeño, pero procura deslizarse con tranquilidad y paciencia mientras acaricia mis grandes pechos provocando que concentre mi excitación también en esa parte de mi cuerpo. Adopta un ritmo devastado con sus labios sobre los míos, sus manos trabajando otras zonas erógenas de mi cuerpo y su erección entrando dentro de mí. Abro mis piernas tanto como puedo mientras acuno sus brazos sujetándome a ellos ya que no soy lo

suficientemente valiente como para hacer otra cosa que no sea palpar algo de su cuerpo.

Las embestidas logran llevarnos a un lugar común del que ninguno debimos salir, mi burbuja. Allí me está haciendo el amor con delirio y frenesí, entrando dentro de mí sin prisa pero sin pausa y tomando una actitud de macho alfa que me gustó desde el día que puse mis ojos sobre él. Sebas Trumper tiene el control absoluto de nuestros cuerpos apoyando una de sus manos justo al lado de mi cabeza para impulsarse mucho más dentro. Lo recibo con deseo y con la necesidad de dejar latir a mi sexo que ha gritado en silencio su nombre en los pasados cinco años. Ahora ya no hay barreras, solo dos cuerpos medio desnudos que se frotan entre sí para conseguir traer de vuelta la chispa que no se ha apagado, la que un día se encendió en mi cuerpo y se lo traspasó a él. Grito por el placer de haber llegado al orgasmo con un hombre de verdad, con mi Sebas, el único para mí. Con un gemido que ha hecho eco en el almacén siento caer los chorros de su semen por mi barriga como si no hubiera existido los últimos minutos entre nosotros. Él me mira asustado por mi reacción y besa mis labios mientras vuelve a entrar dentro de mí. Es… huh… bastante asqueroso verlo sobre mi barriga.

Las embestidas que continúan dentro de mí me traen de vuelta a la realidad o fantasía, desconozco ya dónde me encuentro, si dentro o fuera de mi burbuja.

Acabo de claudicarme a él.

– Eso que ves ahí es yo marcándote de nuevo. Quiero que tengas muy claro por encima de todo que no vas a dar un paso en tu vida sin mí maldita aprobación.

¡Qué romántico! Él solía serlo más. Espera. Ha sido todo muy raro.

– ¿Estás enfadado?

– No Jocelyn, estoy malditamente enamorado. Date la vuelta, vamos a repetirlo. Ya te dije que la primera vez iba a ser rápida.

CAPÍTULO NUEVE

Si pudiera contar con los dedos de mi mano todos los momentos agradables de mi existencia, Sebas Trumper se llevaría todos ellos. Primero, porque es el ser más maravilloso que ha habido, hay y habrá en mi vida. Segundo, porque es el ser más maravilloso que estuvo, está y estará a mi

lado. Y tercero, porque es el ser más maravilloso del mundo y no tengo que añadir mucho más porque le amo, le amo mucho y él ha cambiado todo lo que soy. Abro los ojos somnolienta del extremo esfuerzo de anoche, trago saliva por la sequedad de mi boca y porque tengo miedo de no saber dónde se encuentra él.

Estoy en su cama mirando al lado izquierdo vacío donde se suponía que Sebas estaría durmiendo. Lo que más me extraña es que ni siquiera ha deshecho su lado de la cama, recuerdo que ambos caímos aquí rendidos después de haber venido de aquel almacén donde nos pasamos horas haciendo el amor. Pero… huh… él no está, al menos, no ha dormido aquí. No suelo despertarme o desvelarme en la noche pero sí que suelo sentir sus brazos apretando fuerte mi cuerpo y anoche no lo sentí así. Él, él no ha dormido junto a mí y eso me da qué pensar. Motivos suficientes por los cuales Sebas se haya arrepentido del día de ayer. ¿Y sí solo fue un espejismo para llevarme a practicar el sexo? El… el sexo con él siempre es magnífico, pero, huh… tal vez no ha sido suficiente y…

Incorporo mi cuerpo exhausta y con la última imagen de Sebas acudiendo a su club para acostarse con otras mujeres.

Acaricio mi collar apretando la sábana contra mi cuerpo desnudo porque él se encuentra sentado en el filo de la cama, mirando al suelo y de espalda a mí. Mi boca está reseca y deseo que me sacie con lo que me ofrezca. Estoy en su mundo fuera de mi burbuja y expectante para que me notifique cuál es el siguiente paso. No tengo coche, ni mi ropa o mis quehaceres femeninos diarios que trato de mantener con firmeza antes de salir de casa; es lo único que puedo llegar a hacer tantas veces quiera para sentirme mujer. Él está inmóvil y tampoco hace mucho para mandarme alguna señal en la que me dictamine qué debo de hacer en cuanto me despierte.

– ¡Vete!

Ruge una orden directa a mi corazón. En mi burbuja nos hubiéramos levantado haciendo el amor, le pondría el periódico sobre la mesa mientras le preparo el desayuno y le esperaría en albornoz para despedirle cuando se fuera al trabajo. Esos somos Sebas y yo en mi burbuja, mi fantasía es mucho más perfecta que su realidad.

Procuro carraspear mi garganta decretando ese acto porque me da por toser. Yo y mis defectos inclusive para pronunciar una palabra.

Voy a abrir la boca de nuevo después de haber tosido pero Sebas gira su cintura echándome un vistazo y… huh… él tiene una brecha en la ceja. Tiene sangre seca, no parece un corte profundo pero sí ha debido de pasarlo mal. Mi Sebas sangrando y yo durmiendo como una terca. Nunca estaré a la altura de las circunstancias.

– ¿Qué… qué te ha pasado?

– Quítate el collar, por favor.

– Sebas.

– Por. Favor.

Está enfadado, demasiado diría yo para ser temprano en la mañana. Su aspecto es infame, viste con la misma ropa que vestía ayer acompañado de una cara fatigada y la sangre granate yace sobre su cara. Le ha debido de chorrear hasta parar. Deseo poder ayudarle a curarle para demostrarle que puedo ser una mujer que se preocupa por él.

Su mirada sigue penetrando en la mía bajando hacia el collar y volviendo a mis ojos. Le obedezco porque se me da bien, y entre otras cosas, porque no quiero influir más en su humor.

Llevo mis brazos al collar jugando con la sábana que quiere deslizarse para lucrarse con mis pechos, pero llego a una conclusión que me hace frenar en seco.

– No, – susurro – no quiero quitarme el collar. Tú… tú me lo ataste y se supone que… huh… tú debes de acabar con esto si es lo que deseas y…

– ¡Maldita sea! – Susurra él también mientras se arrastra por la cama hasta quitarme el collar, lo lanza al suelo y vuelve a su posición – ahora vete, por favor.

– ¿Sebas? No…

Regreso a mi burbuja porque sin el collar soy vulnerable y débil. Desisto la idea de establecer conversación con él, me siento más desnuda que cuando lo llevaba puesto. Deslizo la sábana por encima de mi cuerpo

hasta la cabeza, sí, aquí no habrá nadie que me moleste. Sin embargo, Sebas toca mi pie y yo sonrío bajo este manto blanco trasparente cuando una sombra se posa sobre mí.

– Sal de ahí, señorita.

– ¿Por… por qué debería?

– Porque llevas tres horas de retraso en tus estudios y el juez del Senado no va a estar muy feliz si no apruebas tus exámenes.

– Huh…

Su sombra desaparece y noto como el colchón se hunde porque se ha sentado a un lado de la cama. Vuelvo a salir de mi burbuja para entrar en la suya, algo le pasa y dudo en si quiere confesarse conmigo o con alguna de sus amigas. Estoy… yo… claro… él es hermoso, puede que tenga amigas hermosas y quiera contarle sus problemas a ellas.

– Vete Jocelyn. Sal de aquí y márchate a casa.

– ¿He hecho algo mal?

– No, por supuesto que no, – gira su cabeza para mirarme – ¿qué te hace pensar eso?

– ¿Tú manera de echarme de tu lado?

– Tienes un punto ahí, Joce, pero en estos instantes necesito que te vayas a casa y… ¿puedes no llorar?

– ¿Qué? – Respondo mirando hacia la cama – yo no estoy llorando.

– Reina, necesito que vayas a casa. Por favor.

– ¿No quieres verme? Claro, ¿cómo querrías verme en el día?

Sebas rompió anoche mi vestido cuando estábamos en el almacén, hubo un momento en el que me ató las manos con él mientras me embestía contra la pared. Mi piel debe de ser rosada cada vez que recuerde ese momento, es así como va a pasar, voy a… voy a recordar lo de anoche como algo brillante que tenía que pasar. En mi burbuja soñaré con todo lo que me ha dado en estos pasados días, tomaré sus enfados y sus toques como algo extraordinario que sobrepasa los límites de la sociedad humana.

Estoy deseando volver a encerrarme en mi misma para saborear en mi mente que estuvo besándome horas y horas hasta que me quedé dormida.

– Jocelyn, te estoy malditamente hablando.

– Lo… lo siento.

– ¿Qué te dije sobre disculparte todo el tiempo?

– Hago lo que… lo que puedo. ¿Dónde está mi ropa?

– En el baño. Pensé que querías darte una ducha antes de regresar a casa.

Se levanta de la cama para encontrarse conmigo en el lado donde suelo dormir. Sebas dice que odia los lados de la cama pero que él ha dormido siempre en el izquierdo porque me imaginaba en el derecho. Esta de rodillas intentando tocar mis manos que luchan para que la sábana no acabe en mi barriga y le propine una buena visión de mis enormes pechos. Como todo en mi cuerpo, enorme. Me entristece que me eche de su cama, de su casa y me mande directa a la mía para alejarme de él. Siento que he fracasado en algo. Lo hago todo mal.

– ¿Sí?

– Jocelyn Harden, ¿me prestarás atención alguna maldita vez?

– Lo… – me pienso mejor en disculparme – sí, alguna maldita vez.

Salta su mirada sobre mí de un ojo a otro impregnado con la desfachatez de haber respondido con sus mismas palabras. Le ha debido de gustar mi valentía porque ha puesto sus ojos sobre mis pechos que tapo con orgullo y dignidad para que no se percate que mis pezones están algo alegres esta mañana.

– Quiero que vayas a casa y descanses por hoy. Te enviaré por mail algunos dossiers para que puedas avanzar y mañana regresas a la oficina.

– ¿Qué te ha pasado en la ceja? – Descarto el que me haya ordenado que me quede en casa todo el día para no verme y centrarme en su herida ya seca.

– Es complicado.

– ¿Luchas como tu hermano en peleas ilegales?

Conocí a Bastian en su peor versión y quizás también conocí la peor versión de Sebas. Su hermano siempre le decía que se iba a dejar matar en las peleas porque no veía la luz a su oscuridad, y Sebas junto a Sebastian le sacaban de esas horribles situaciones de las que yo también fui protagonista. Cuando éramos novios no me dejaba sola en ningún momento, acudíamos a esos lugares oscuros llenos de hombres que apostaban para rescatar a Bastian de la oscuridad. Es por eso que temo que Sebas haya optado por su misma acción de luchar a escondidas ilegalmente. Siempre he pensado que un Trumper necesita pelearse con algo o alguien para satisfacerse personalmente.

– No. ¿Qué te hace pensar eso?, ¿me has oído cuando te acabo de decir dos veces que no he luchado? Vamos a tener que trabajar en focalizar tus sentidos sobre mí. No me gusta cuando te ausentas.

– A mí no me gusta verte la cara ensangrentada.

– No te vayas a reír, – pronuncia muy serio – en serio, no te rías.

– ¿Reírme de qué, Sebas?, ¿qué te ha pasado? Ya sabes que puedes contarme todo.

– Mi cuñada – gira su cabeza hacia la derecha.

– ¿Tú cuñada?

– Sí. Ella. ¡Maldita Nancy Trumper!

– Huh… ¿ella te ha golpeado? – Siento la necesidad de pasar mi mano sobre su cara y acariciarle, él cierra los ojos mientras lo hago con orgullo porque está confesándome que una mujer le ha hecho esto.

– Ojalá pudiera hacerlo el metro sesenta. Ella tiene un cierto don en lanzar cosas sobre las personas.

– ¿Por qué, cariño?

– Anoche cuando te dormiste me confundí. Me pasé toda la noche sentado en el sofá y cuando se han despertado para darles el desayuno a las niñas he ido al paraíso Trumper. Les he contado lo que había pasado desde que has vuelto y a mi cuñada no le ha parecido muy bien.

– ¿El collar?

– Entre otras cosas. Ha empezado a lanzarme cosas que se encontraba en su camino y todas ellas bastantes duras. Da la casualidad que mi cuñada ha perfeccionado su tiro al blanco.

– Huh… Sebas, lo siento mucho. ¿Por qué le has contado lo del collar?

– Necesitaba decírselo a alguien y mi hermano Sebastian está con Rachel… – me mira otra vez – perdón, ella es su chica y no iba a mover un huevo sin ella. Así que solo me quedaban ellos. En parte me he apoyado mucho en mi cuñada estos años porque desde que mi hermano la conoció ha traído mucha luz a nuestra familia y yo también la necesito para la mía.

– ¿Se ha enfadado mucho contigo?

– Demasiado. Menos mal que mi hermano llevaba en brazos a mis sobrinas, sino, estoy seguro que también me hubiera golpeado aunque él con las manos. Les he contado todo y Nancy me ha estado apoyando desde que la conocí, pero cuando he llegado a la parte neandertal de…

– ¿Neandertal?

– Sí, ella llama a su marido neandertal, es una larga historia. Una vez que le he contado lo del collar ha empezado a ponerse roja y a mirar cosas a su alrededor para lanzármelas a la cabeza, hasta que no me ha visto sangrar no ha parado. Me ha gritado que viniera corriendo para quitarte el collar, que te mereces una relación digna y feliz como todas las mujeres, y que por supuesto, te cuidara mucho después de haber cometido el error de imponerme ante ti. Ella… ella no sabe todo, ni siquiera mi hermano pero me ha abierto los ojos para darme cuenta que he sido un gilipollas contigo. Me he comportado como si fueras un trozo de escoria humana cuando eres lo que más quiero en mi vida. Es por eso que hoy te quiero mentalmente tranquila en tu casa y alejada de mí, necesito que recapacites lo que ha pasado en las últimas horas y mañana, si quieres, hablamos y te pido perdón otra vez.

– Sebas, mi amor. Yo… huh… ella no sabe lo del collar, lo que significa para nosotros, no debiste de ser tan directo para que te golpeara. No todo el mundo lo comprende.

– Ella me ha lanzado nueve biberones del armario. Créeme que si hubiera sabido que todos iban a ir a mi cara los hubiera esquivado.

– Tiene razón. Tal vez los pasos no han sido los correctos o soñados por una mujer, pero tampoco puedo pedir mucho más porque todo lo que me ofreces lo tomo con mucha ilusión y amor. Nuestra relación en estos años no ha sido correcta porque hemos estado separados, hui por algo Sebas y también he vuelto por algo.

– ¿Por qué has vuelto, Joce? Te suplico que me guíes en esta mierda de vida sin ti.

– Hui por cobarde y regresé por la misma razón. Mírame, – frunce el ceño – me da igual tus gestos, es la verdad, que una mujer como yo tenga en frente a un hombre como tú solo pasan en las películas de amor donde el guion está escrito con un final feliz. Estoy jodida Sebas, no tengo familia, amigos, trabajo o una vida normal que no sea encerrada en la oscuridad porque es ahí donde me siento mejor. Tú eres un hombre que puedes tener a quién quieras en tu corazón, chasqueas los dedos y se te arrodillan todas las mujeres a tu paso. Es muy dulce que quieras practicar el sexo conmigo, que me haya dejado llevar por mis sentimientos pero no estoy bien psicológicamente para volver a una rutina de pareja cuando por dentro grito en silencio. ¿Comprendes mi punto de vista, Sebas?

– ¡No! – Se levanta para sentarse a mi lado en la cama, aprovecho para taparme, ¿cómo puedo ser tan descuidada mostrando mis pechos mientras hablo? Espero que no se haya dado cuenta de que tenía medio pezón fuera – es por eso que espero que me dejes ayudarte.

– ¿Ayudarme a qué?

– A ser lo que tú quieras, ¡maldita sea! Lo que tú malditamente quieras.

– Cariño, me falta confianza, seguridad, valentía… y dejar a un lado la vergüenza, timidez y todas aquellas barreras que hay en mi vida. No puedo dar un paso sin haberlo premeditado antes porque necesito que no afecten las posibles consecuencias de cualquier acto al que me enfrente.

– Nancy dice que no te conoce y ya te quiere.

– Ella me gusta y tampoco la conozco.

– ¿Por qué no lo hacemos? Les digo que luego manden a las niñas con mi madre y podemos cenar en su casa. Es una mansión grande pero te sentirás bien. Ella también necesita una aliada en la familia, Rachel no entra del todo en la familia Trumper y mi madre la tiene atacada cada vez que aparece a diario para ver a sus nietas.

– ¿Se lleva bien con Rachel?

– Es la mejor amiga de Nancy.

– ¿En serio? Parece todo sacado de un cuento de hadas. Las amigas con los hermanos.

– Solo faltas tú, reina. Tú y que dejen de tocarme los huevos con intentar que me case con la primera que encuentre por la calle.

– Tu familia me odia.

Le pedí a Sebas que nunca me presentara a su familia porque me avergonzaba de mi cuerpo y en general de mí. Es por eso que al día de hoy su madre debe de odiarme mucho más que ningún otro Trumper porque abandoné a su hijo. Ella pensaba que íbamos a casarnos pronto y casi que había fijado una fecha para avisar a todo el mundo de que su segundo hijo daba el paso y que pronto vendrían sus nietos. Estaba muy contenta, pero había algo en mí que hacía que la rechazase y no sé el porqué de aquello, es como si nunca estuviera feliz de que yo fuese su novia. Por esa y por muchas razones quise huir lejos cuando su madre me chivó que Sebas iba a pedirme matrimonio. Quise creer que era una manipulación de ella para juntarnos obligatoriamente y mi menté divulgó mucho más allá, me llegué a visualizar entre toda la gente hermosa encerrada en un matrimonio falso. Supongo que Sebas se merece esta explicación y se la daré en cuanto me sienta con ánimos.

– Joce, no te odia. Te lo juro por mis sobrinas que son lo que más quiero después de ti.

– Tu madre me odia, Sebas – agarro una de sus manos para jugar con ellas, me encanta hacerlo porque tiene dedos grandes y hermosos, como él.

– Ella no te odia. Créeme que ahora odia mucho más a Nancy cuando le dice que no puede ir a ver a sus nietas porque están durmiendo o por cualquier otra excusa.

– ¿Se llevan bien?

– Sí, la verdad es que sí. Mi madre es encantadora, ya la conoces.

– Sentí que conmigo no lo era.

– Tal vez porque rechazabas cada una de sus comidas.

– Me llenaba el plato hasta arriba, era insultante.

– Reina, ella lo hace con todos. Y porque no conoces a la madre de Nancy, yo he ido a su casa a comer y a cenar y todos hemos salido con diez kilos de más. Te aseguro desde lo más profundo de mi corazón que si vas a ser una Trumper o ir a casa de los Sullivan vas a tener que aceptar su comida si no quieres que te golpeen en la nuca.

– ¿Hablas en serio?

– La madre de Nancy es pastelera, se me ocurrió decirle que me gustaba la tarta de arándanos y ahora no te puedes ni imaginar la de veces que he comido arándonos en estos años. Y las comidas de domingo en casa de mis padres es para repetirlas una vez al año, mi madre pone sobre la mesa toneladas de comida que acabas por aborrecerla. Pero es su manera de mostrarnos su felicidad, comes y te callas.

– ¿Nancy se la come?

– Ese metro sesenta come como una condenada. A mi madre le ganas por el estómago, piensa que ella siempre cocina para mi padre y para ella, y cuando se reúnen sus hijos le das una alegría porque lo hace con orgullo para todos.

– Para… huh… para mí es un problema la comida, Sebas. Ya me conoces.

– Para ti. Pero para los demás no. ¿Por qué no quieres comer delante de mi familia y sí a solas?

– Porque a solas me hace compañía. Es como el cariño y amor que nunca he recibido. Lo sabes Sebas, mis padres murieron cuando era una

niña y me fui a vivir con mi abuela octogenaria. Imagínate, me he criado sola y la comida era la única satisfacción que al día de hoy no me ha abandonado.

– ¿Quieres remediar eso?

– No lo sé. No quiero dejar a un lado algo que deseo y que mi cuerpo pide.

– ¿Por qué no pruebas a hacer las dos cosas? No sustituyas, sencillamente come mientras te dejas querer por personas que quieren acercarse a ti. No todo en esta vida es un límite, Jocelyn. Come si te hace feliz pero no te escondas en tu famosa burbuja soñando con algo que tienes en la vida real.

Para él es fácil decirlo porque lo tiene todo. Yo no puedo ser postiza en su perfecta vida, en algún momento se cansará de mi actitud y volveré a tener los mismos miedos. Le sonrío tímidamente mientras miro hacia la puerta del baño.

– Tengo que volver a casa.

– Esta conversación ha servido una mierda, ¿verdad?

– Huh… Sebas, no te voy a mentir. Hallo la forma a diario de poder expresarme como lo haría una persona normal pero yo no soy así. Tu… huh… tu madre me escribió un mensaje la última noche que pasamos juntos para advertirme que me ibas a pedir matrimonio.

– Lo sé.

– ¿Lo sabes?

– Sí. Necesitaba prepararte y que no te pillara por sorpresa. Le pedí que se le escapara la idea de que por la mañana iríamos juntos a recoger el anillo y pasaríamos un rato con ella. Luego te llevaría al lago, te metería en un barco y en el atardecer iba a pedirte que fueras mi esposa.

– ¿Qué? – Me levanto alejándome de él – ¿por… por qué le dijiste que me lo dijera?

– Porque tengo que medir mis jodidos pasos y palabras contigo. Jocelyn, me rebajo a tu maldita personalidad para hacer las cosas como creo

que deben de ser perfectas para ti.

– ¿Rebajarte?

– Joce, no quería.

– No… no importa. Quiero irme de aquí, – le miro a los ojos – tal y como me has pedido.

Me encierro en el baño después de que él haya tirado la lámpara que había sobre la mesa. Él… él tiene razón, lo hizo bien pero me duele que las cosas sucedan de esa forma. Nunca voy a confiar en Sebas porque siempre dudaré si ha modificado las actitudes de las personas o situaciones para que no me sienten mal. De hecho, se lo agradezco, encontrarme con la noticia de la pedida de boda hubiera sido un sueño realidad si su madre no me hubiera advertido que iba a hacerlo. He maldecido a su madre tantos años y ella no tuvo la culpa, solo fue el resultado de lo que su hijo le pidió. Ya no sé cuál es la verdad, la fantasía y dónde acaba el bien o el mal.

Sonrío ligeramente después de mi ducha rápida porque Sebas es un hombre perfeccionista que no suele modificar las cosas en su baño. Todo está tal y como lo recuerdo. En los cajones están colocadas las cosas de la misma manera que hace cinco años, los armarios también e inclusive las toallas que están colocadas por tamaño porque dice que es más fácil acceder a ellas. Evito el mirarme al espejo y echo un vistazo a la ropa que Sebas ha traído para mí, se me forma un nudo en mi garganta cuando veo que es ropa de embarazada y rompo a llorar.

Estoy sentada en el suelo del baño mientras sollozo en silencio. Sebas ha pedido ropa de embarazada a su cuñada. Ahora sabrá que soy una obesa empedernida que prefiere el sabor de una chocolatina al cariño qué un humano pueda darme.

Sebas lleva cinco minutos tocando a la puerta y va a derribarla si no salgo pronto.

– Jocelyn, por favor. Deja de llorar y sal de ahí. Te estoy esperando.

– Voy.

Reviso otra vez la ropa mientras me pongo la interior, unos vaqueros y una camisa ancha. Esto… esto no va a cubrirme nada. Voy a hacer el

ridículo ahí afuera y cuando entre en casa de mi abuela la gente me verá y se reirá de mí.

– ¡Jocelyn!

– Estoy vistiéndome Sebas, enseguida salgo.

– No depiles tú…

– ¡Sebas!

– ¡¿Qué?! Me gustas con pelo ahí abajo.

Subo mis vaqueros negando con la cabeza, huh… ha debido de darme los de nueve meses porque me quedan demasiado grandes, ahora voy a necesitar un cinturón. La camisa es corta, ancha y no cubre mi trasero ni mis piernas, me siento desnuda y me da vergüenza salir a la calle. Peino mi pelo castaño dejándolo que se seque al aire porque a Sebas le gusta cuando se me riza por las puntas, el solía meter sus dedos en el rizo para entretenerse mientras veíamos alguna película o algo. Le encantaba acurrucarse conmigo y estar encerrados en casa, siempre le he amado mucho más de lo que él me vaya amar aquí.

Abro la puerta después de haberme echado el mismo perfume que dejé aquí cuando me fui, ¿por qué lo conservará? Avanzo hasta la cama para darme cuenta que está impolutamente perfecta y hecha cuando un gruñido bastante grande me deja sorda por el oído izquierdo. ¿Ahora qué quiere? Él está parado en mitad de la casa con las manos en su cintura, se ha lavado la sangre que tenía en la cara y tiene el pelo hacia atrás. ¡Qué hermoso es sin importar como luzca!

– ¿Ocurre algo?

– No me gusta que salgas con esa ropa ajustada. No sabía qué te iba a quedar tan malditamente bien.

– Esto no está bien y no sigas – le respondo con la mano en alto mirando al suelo. Quiero mi bolso y salir de aquí.

– ¿Qué no siga? Cuando robé la ropa de mi cuñada no pensé que te iba a quedar de ese modo. ¿Y tú te quejas de tu maldito peso? Échale un vistazo a mi entrepierna.

– ¡Sebas! – Por favor, que deje de invitarme a que mire su dureza.

– Es verdad. Te ves caliente, reina. Deberías ponerte vaqueros más a menudo, date la vuelta.

– No. No quiero. Me dirás otra vez que tengo el trasero como esas hermanas famosas y me harás sentir mal.

– Sí, pero tú lo tienes como la hermana mayor, no tan exagerado y ya sabes que me gusta tocarte. Ahora, date la maldita vuelta y da un pase para mí. Estoy pensándome en si dejarte salir a la calle así.

O lo hago o Sebas no me dejará irme hasta que no ceda a sus órdenes. Me doy la vuelta poco a poco estirando la camisa que no cede mucho más allá de mi cintura. Pienso en sus palabras cuando me ha dicho que ha robado la ropa.

– Pensé que tu cuñada te la había dado.

– Espera, reina, me estoy masturbando mentalmente con tu trasero.

– ¡Sebas! – Giro enfrentándome a él con los brazos cruzados mientras él mira hacia mis pechos, ¿es que esta camisa no tapa nada? – Para, por favor.

– Te comportas como una quejica cuando anoche… – levanto mis manos en alto – vale, ya paro Joce.

Intuyo que quiere mostrar una actitud de relajación y normalidad, pero sus constantes piropos me hacen sonrojarme y más cuando llevo una ropa que no es usual a la que llevo. Sigue disfrutando de mis pechos porque los dos últimos botones no están. ¿Ha sido un plan para vestirme como él ha querido?

– La ropa, Sebas. ¿De dónde la has sacado?

– Ya te lo he dicho, de mi cuñada, la robé mientras mi hermano y ella echaban su polvo de por la mañana mientras me ocupaba de mis sobrinas.

– ¿Qué?

– Sí, ya te contaré. Suelen invitarnos siempre a casa para desaparecer un rato mientras lo hacen en cualquier lugar del paraíso. Así que mientras la pequeña estaba en la cuna recién dormida me he ido con Dulce Bebé a

buscarte ropa. Ella te ha escogido la camisa, pensó que tus grandes tetas cabrían ahí pero la pobre se ha equivocado.

– Ya… para por favor.

– Ven aquí reina.

– ¿No trabajas? – Me reúno con él en el camino que me lleva a la cocina para sentarme sobre la banqueta.

– Sí. Pero es lo que tiene ser el maldito jefe. Qué pueden sobrevivir a unas horas sin mí. De todas formas me gustaría que hoy estuvieras en casa.

Debo y tengo que hacerlo si no quiero tener un ataque de ansiedad en mitad del trabajo. Y más cuando no visto la ropa adecuada ni con la que me siento feliz. Tal vez si… no… eso no serviría, ¿y si pruebo? No. Moriría.

– ¿Qué es todo esto?

Sebas ha puesto demasiada comida sobre la encimera y me está haciendo pasar un mal rato si piensa que me la voy a comer entera. Anoche no cené nada, hicimos el amor toda la noche y estoy pensando en miles de cosas menos en comer ahora mismo. Este hombre no acierta conmigo, me da pena que sea así. En mi burbuja él ya estaría trabajando y no dejando comida por todos lados.

– He pensado en hacer la compra mientras volvía a casa.

– ¿Qué hora es?

– Las once y media.

– ¿Once y media? Es muy tarde.

– No después de la noche que hemos tenido, te gusta dormir.

– Recuerdo que a ti también – está guardando algunas cosas dentro de los armarios y eso me hace sentir mucho mejor. ¿Por qué siempre pensaré lo peor de él?

– No duermo muy bien desde hace cinco años, pero no vamos a entrar ahora en ese tema. Además, quiero que desayunes antes de que te vayas.

– ¿No vas a la oficina?

– Sí. Pero primero tengo que ducharme, preparar algunos papeles y mentalizarme para aguantar la bronca de mi familia porque he desconectado el móvil que uso para ellos. Me aseguraré de que desayunes.

– Huh… no te preocupes ya hice la compra también y…

– El café se está haciendo. No creo que sea necesario contarte lo que va a pasar ahora.

Él no es capaz de hacerlo. Creo que no hemos avanzado desde que me he despertado. Sebas no puede sentarme y darme de comer como lo hacía cuando salíamos. Siempre buscaba tiempo libre para venir a mí y alimentarme. No se entromete cuando como comida basura como el chocolate, las chucherías, las palomitas y cosas que no son muy nutritivas, pero Sebas no se perdía ni una de mis comidas vitales. Él dice que es muy erótico verme masticar porque ama mis labios, yo digo que es una falta de respeto, y sin embargo, diga lo que diga acabará haciéndolo. Por esto, prefiero no llevarle la contraria y ceder a su idea de darme de comer.

Ya ha puesto los platos de comida sobre la encimera, se ha sentado frente a mí y está tocándome por el cuello metiéndome mano.

– Para…

– Anoche no decías lo mismo.

– Eso no era necesario.

– Lo era, créeme que lo era cuando veo desde aquí tus pezones saliendo por…

– Es tú culpa – me tapo con la servilleta que ha colocado en mi camisa.

– No, es la de un bebé de dos años. Ella quería esa camisa y yo le he hecho caso a mi sobrina.

– Huh, entonces no te culpo.

Me pregunto cómo será con ella. Cuando salía con Sebas siempre me habló de la importancia de crear una familia y de escoger a una esposa que le diera los hijos que tanto anhelaba. También recuerdo como intentó en varias ocasiones dejarme embarazada para atarme a su vida para siempre.

Con un Trumper siempre tienes que estar atenta si no quieres acabar con un miembro más en la familia. Él es el único padre de mis futuros hijos y mi marido, pero supongo que solo existe en mi burbuja porque en la vida real Sebas se merece a una mujer diez a su lado.

El imaginarme a Sebas con un bebé es sentir la felicidad al completo y me alegra de que sea tan abierto en hablarme de sus sobrinas. Las amo ya y aún no las conozco.

Abro la boca masticando las salchichas que ni siquiera ha cocinado. El pobre es pésimo en la cocina y ha comprado el menú que siempre solíamos pedir cada vez que no salíamos de la cama. ¿Tan poco han cambiado por aquí las cosas? Pensé que ese restaurante cerraría por lo pequeño que era, pero supongo que sus pedidos a domicilio tienen más éxito que el propio restaurante. ¿Por qué pienso todo en torno a la comida? No puedo ni distraerme ni un segundo que tengo que llevar a mi mente imágenes de comida, de restaurantes o de bocas manchadas con chocolate.

– Estás muy callada.

– Me siento como una idiota aquí cada vez que me das de comer.

– No deberías. Me gusta hacerlo.

– ¿Meterme un trozo de comida en la boca y luego hacer lo mismo?

– Sí. Eso es. ¿Por qué lo haces tan complicado?

– Porque me lo haces sentir así. Tengo la sensación de que estos cinco años no han servido para nada. Nadie aquí ha madurado y estamos reviviendo lo mismo. Es como si estuviera estancada en la misma vida de siempre.

– Antes eras feliz. Me lo decías constantemente.

– Es que lo era. Me dejé llevar. Ya lo sabes.

– ¿Por qué no paras de decir que ya lo sé y hablarme? Si repites lo mismo, pues lo repites.

– Es que… – me arranco la servilleta escupiendo la comida que tenía en la boca para dejarla sobre el plato – me agobias. Quiero irme.

– ¿Qué hago malditamente mal? Si no quieres que te dé de comer, no lo hago.

– ¿Dónde está mi bolso? – Está al lado del sofá, no lo había visto.

– ¿Vas a hacer otra de tus huidas? Pensé que habíamos arreglado muchas cosas. ¿De qué mierda me sirve hablar contigo entonces?

– Sebas, – cierro los ojos con mi bolso sobre mi hombro cruzado – no lo hagas más difícil. No estamos destinados a estar juntos.

– ¿Me estás abandonando otra vez, Joce?

– No me llames así. Sabes que… no me gusta que me digas Joce.

– Así te llamaba tu madre y hubo un tiempo en el que me suplicabas que te llamara Joce. Por favor, ¿qué mierda te está pasando? Esto no es por tu…

Mi móvil suena y Sebas se ha callado. Menos mal. No querría echarme a llorar delante de él. Me doy media vuelta para cogerlo y no tener que mirarle a la cara. Él ha llegado hasta mí y está mirando la pantalla por encima de mi hombro mientras me alejo.

– Huh, ¿sí?

– Jocelyn, soy Leo. Te he llamado a la oficina y me han dicho que no había nadie. Es una farsa, ¿verdad?, ¿por qué no estás en tu…?

Sebas arranca el móvil de mis manos para cogerlo él.

– ¿Con quién hablo? De acuerdo, Leonardo. Escúchame bien porque solo te lo voy a repetir una maldita y jodida vez. Estás hablando con Sebas Trumper y no con la versión amable precisamente. Jocelyn es mi novia y como vuelvas a llamarla de nuevo al móvil me veré obligado a hacerte la vida imposible. Para ti no existe este número y encárgate de eliminar todos los datos de mi novia si no quieres que te ponga una demanda por acoso. Te mandaré a la peor cárcel que haya en los Estados Unidos y no saldrás de allí en toda tu vida. ¿Has entendido mi mensaje?, ¿hola?, ¿Leonardo? – Sebas me da el móvil de nuevo como si nada hubiera pasado – ha colgado.

– ¿Qué… qué…?

– Marco territorio. ¿Algún problema?

– Sí… has sido… huh… tú… me voy.

– Hazlo, se te da muy bien.

Sebas se vuelve a sentar después de haberme escupido esa frase. ¿Qué pretende que seamos?, ¿novios otra vez? Vacilo en salir de su casa pero lo hago con la esperanza de recuperar las fuerzas que necesito para aceptar todas las cosas que me ha ocurrido en las últimas horas. Una vez que cierro la puerta detrás de mí con un ligero portazo, tenía la sensación de que evitara el momento pero al abrir los ojos respiro profundamente porque sé el motivo por el cuál no ha salido en mi busca. Abro la boca alucinando y recuperando mi dignidad al ver que no está mi coche. Ayer lo dejé en el parking del edificio y el maldito Sebas lo sabía.

Bajo mis hombros que estaban en tensión cuando retrocedo hacia la puerta y toco una vez. Él no responde. Huh… a lo… a lo mejor se ha metido en la ducha. Voy a hacerlo por segunda vez cuando la puerta se abre con un Sebas de brazos cruzados, se apoya en el marco y me evalúa mirándome de arriba abajo.

– Mi… huh… ¿coche?

– Reina, tienes que planear tus huidas, sino, no sirven de nada. Podría pedirte un taxi y hacerte gastar casi cuarenta dólares del viaje. O tal vez podrías por una maldita vez tragarte tu orgullo y esperar a llevarte a tu casa.

– Has dicho que te quedabas en casa.

– Tenía pensado quedarme en casa una vez que te dejara en la tuya. Tu ambición por desplazarme de tu vida te hace partícipe de otra alterna.

– ¿Vas a llevarme a mi casa, sí o no?

– Sólo si cenas conmigo esta noche. Si no quieres conocer a mi cuñada está bien, pero cenemos juntos. Compraré algo al salir del trabajo e iré a tu casa. ¿Trato?

– Llévame solo hasta mi coche, por favor.

– ¿Me estás escuchando? ¿Has escuchado alguna maldita palabra que he dicho? – Ahora sube su mano sobre la frente por el reflejo del sol sobre su cara.

– Cenaré contigo siempre y cuando me dejes en mi coche y pueda conducir a casa.

– ¿Todavía te avergüenzas de mí?

– Sebas, por favor.

Eso es incierto, aunque es verdad que la casa de mi abuela está en un barrio muy tranquilo y cada vez que plantaba su coche de cientos de miles de dólares delante de la puerta hacía que todo el vecindario saliera para verlo. Cada día daba un espectáculo de película porque todos los vecinos estaban embelesados con las joyas que iba trayendo. Además, Sebas no es un hombre de un solo coche, cuando no te aparecía con uno amarillo, era el naranja, el azul o el rojo… pero siempre con uno que te hacía plantearte si trabajas para vivir o vives para trabajar. El lujo que posee él no lo posee nadie más que los de su clase social.

En mi debate interno Sebas se ha metido dentro de casa y ha salido con las llaves, ahora está activando el código de seguridad susurrando palabras que se alejan de las comunes.

– El negro.

El coche negro es el que está en frente y en dirección a la salida. Me acerco a la puerta del copiloto y espero a que se acerque al otro lado. Menos mal que soy baja sino mi cabeza sobresalía y tendría que ver la escena de hombre enfadado que se dirige a abrir la puerta.

Cuando los dos estamos sentados dentro, él activa el coche y sale a la carretera sin ánimos de tener una conversación amigable. Más tarde me doy cuenta que no vamos a su trabajo sino a mi casa. Le miro un par de veces pero en una de ellas me levanta un dedo en señal de que no pregunte, y no lo hago, no porque él quiera, es porque tal vez esté evitando que me vean vestida así en el parking del trabajo. Espero que luego pueda traer mi coche. Es lo único que me mantiene unida a mi abuela ya que era de ella, no tengo familia pero una vez la tuve y no tengo que olvidarme de eso.

Aparca justo en la puerta de mi humilde casa, no es muy grande pero si antigua. Sebas la odia porque dice que algún día se vendrá abajo y el techo acabará por derribarme, eso fue una estúpida excusa para pedirme que me fuera a vivir con él. Lo hice, sí. Y también creo que me precipité. Desde

que he vuelto de Montana tengo pensado en restaurarla y vivir aquí por mucho tiempo, esta vez no cometeré el mismo error de dejarla sola como ya he hecho en estos años y tampoco me iré a vivir con Sebas. Lo tengo decidido.

– ¿Me devolverás mi coche?

– ¿Cenaremos juntos esta noche?

– Huh… tú mismo me has pedido que me quede en casa tranquila.

Respiro hondo, me acerco a su cara y le doy un beso en su mejilla cerca de su ojo. ¡Soy una idiota, casi le dejo ciego! Abro la puerta rápidamente para que se deleite de nuevo como huyo de él, estos pantalones me están matando y después de subir los cinco escalones que me llevan al porche posterior procuro abrir mi casa sin la necesidad de mearme encima.

En cuanto doy con la llave Sebas desaparece haciendo sonar el motor de su coche caro. Por fin puedo respirar en paz una vez que estoy en la oscuridad de mi hogar, pero no sé, tengo una rara sensación y la necesidad de querer abrir las ventanas para que entre la claridad del día. La primavera está apretando fuerte y me aso de calor como un pollo. Tengo un nudo en el estómago, me siento diferente, quiero hacer muchas cosas en vez de comer o de estar tumbada leyendo un libro. Respiro hondo tocándome los labios que han sido besados, mordidos y lamidos por el hombre que me hace ver la vida de otro color.

Sebas Trumper.

Abro las ventanas de toda la casa, tiene dos plantas pero era perfecta para mi abuela y ahora también para mí. Abajo se encuentra la mayor parte de toda la propiedad, la salita, la cocina, el aseo y una puerta trasera que da a un jardín que he descuidado mucho porque está sucio. Menos mal que nunca bajo ahí, sino me vería obligada a tener que limpiarlo, aunque… huh… tal vez lo haga. La puerta del jardín parece atascada y me cuesta bastante abrirla pero lo consigo. Subo hacia arriba y continúo abriendo ventanas, la de la habitación de mi abuela y la mía mucho más pequeña. Nunca quise trasladarme, me conformo con el tamaño diminuto de mi habitación aunque solo cabe una cama y un viejo armario. Tal vez ya va siendo hora de cambiar. Sí, me pondré a ello.

Mi casa está hecha de madera y de la antigua, Sebas me hizo pasar un reconocimiento que fue aprobado ya que aunque se vea vieja está en perfectas condiciones. Sonrío porque creo que ya va siendo hora de dejar a la tonta Jocelyn Harden en el pasado y dar la bienvenida a una nueva. No sé todavía que soy de Sebas, pero estoy segura que va a gustarle esta nueva versión.

Bajo las escaleras corriendo sin mis sandalias para alcanzar el móvil que ha sonado, es un mensaje.

Hola Jocelyn. Mi nombre es Nancy y soy la esposa de Bastian Trumper, el hermano de Sebas. Él ha sido quién me ha dado tú número de teléfono porque se lo he pedido. Quiero que sepas que aunque me haya casado con un Trumper y formen parte de mi familia, estoy a tu lado siempre y cuando sea para criticarles o lanzarles algo a la cara. Sebas es un hombre muy serio y cabezota, pero no te imaginas como es mi marido conmigo. Cualquier cosa que hablemos se quedará para nosotras. Espero poder conocerte al margen de ellos y me tienes aquí para lo que necesites, no importa si es de día o de noche, eres mi medio cuñada o mi cuñada y eres de la familia. Escríbeme cuando quieras que yo estaré esperándote aquí. Besos.

Sonrío como nunca lo he hecho, me quito hasta la camisa porque me está dando calor. ¿Nancy me ha escrito?, ¿su cuñada? Me hace mucha ilusión, ojalá pudiera contestarle como quisiera pero, ¿y si meto la pata? Ella se ha… huh… casado con Bastian, creo que está en una peor situación que yo. Si le respondo ahora no sabré que decirle, pensará que soy tonta o algo así, y si no lo hago pensará que soy una arrogante y será mucho peor. ¿Qué hago?, ¿por qué me tengo que pensar las cosas más de la cuenta?

Con el móvil en mis manos respiro profundamente mirando el reloj, han pasado cinco minutos desde que lo recibí. Creo que lo tengo.

Querida Nancy, me alegra haber recibido tu mensaje y tus palabras de apoyo. Muchas gracias por tu oferta para hablar pero aún estoy adaptándome a mi casa y me es complicado atenderte. Estoy deseando conocerte, según Sebas eres una mujer increíble y con muy buena puntería. Espero poder hablar contigo pronto. Saludos.

Pulso a enviar y dejo cargando el móvil. Echo un vistazo a mi alrededor pensando en que voy a hacer con mi casa, el cambio quiero hacerlo ahora mismo. Tocan a la puerta dándome un susto de muerte y como siempre miro a través de la ventana, hay un hombre vestido de negro que espera a que le abra. No confío en él, así que soy mucho más lista deslizando la cortina y sacando mi cabeza como puedo.

– ¿Qué desea?

– Señorita Harden, le traigo su coche, me envía el Señor Trumper, su novio.

Compruebo que mi coche está aparcado en la puerta. Las mujeres ancianas de mi barrio ya están en sus porches porque hay un coche lujoso con otro hombre al volante, supongo que uno de ellos dos ha conducido el mío.

– Deje las llaves sobre el coche y váyase, gracias.

– A usted, Señorita Harden.

Soy una desconfiada pero no es nada nuevo. Creo que todas las mujeres seriamos precavidas en no abrir la puerta a desconocidos que visten como ese hombre que ya se marcha. Pueden decirme que vienen de parte de Sebas y ser enemigos suyos. ¿Quién sabe? Cuando el coche se marcha al final de la calle y gira por la carretera, salgo rápidamente para coger las llaves y vuelvo a cerrar mi puerta con los cinco seguros que Sebas me hizo poner. Sí, si me paro a pensar en todos los cambios que tuve que hacer cuando le conocí tal vez ahora mismo estaría luchando contra las goteras, los bichos o la puerta de la entrada.

Comienzo a planificar como voy a enfocarme en el cambio. Esto es lo que necesito, un cambio. Regaño a Sebas porque parece que estamos estancados pero en realidad soy yo que he vuelto siendo la misma, con mis mismos miedos y temores, y yo soy la única que debo cambiarlo. Pienso que he hecho una nueva amiga, mi primera amiga, y espero encontrar en Nancy a alguien con la que poder hablar sin que se me trabe la lengua. Tengo que empezar a trabajar en todo. De momento, es un buen paso haber abierto las ventanas.

Hago una lista de las cosas que voy a necesitar. Siempre he ahorrado todo el dinero que he podido y nunca lo he gastado en nada más que en comida, ahora creo que debo de emplearlo en cambiar mi casa. Después de haber apuntado todo me dirijo al centro comercial y no tardo mucho en cargar las cosas desde el coche a casa. También, me entretengo conversando con las ancianas amigas de mi abuela que todavía siguen emocionadas por mi vuelta y lo mejor de todo es que no he pensado en comer nada todavía.

Estoy escuchando música con mis auriculares cuando veo la luz de mi móvil, me quito un auricular para descolgar la llamada.

– ¿Sí?

– Jocelyn, ¡me has malditamente matado! Estaba a punto de ir a por ti.

– Huh… ¿qué ocurre Sebas?

– Te he mandado los dossiers de tu libro al mail y no me has contestado, tampoco a las llamadas ni mensaje.

– He salido. He estado ocupada.

– Pensé que estarías estudiando – esa era la antigua yo, creo.

– Sí, sí, perdona, es que… huh… ¿vienes a cenar, no?

– Contaba con que ya lo sabrías.

– Pues estoy haciendo limpieza y he salido a hacer unas compras.

– Podrías haberme avisado.

– Pensé que estabas ocupado.

– Lo he estado. Mi madre se ha presentado en mi casa y me ha regañado. Mis hermanos también lo han hecho vía telefónica y mi cuñada ha sido la más insistente, le he dado tú número de teléfono para que me dejase en paz.

– Sí, me ha escrito un mensaje y yo otro respondiéndole.

– Ella se aburre y quiere juntarnos, inclusive cuando no te conocía.

– ¿En serio?

– Sí, ella se compró una libreta para apuntar todo sobre nuestra relación.

– La vida con tu hermano debe de ser aburrida – sonrío, si Bastian me pillara diciendo esto podría matarme con tan solo una mirada.

– Sí, vida de casados y pegajosos. Reina, te veo luego y por favor, ten el móvil cerca de ti porque quiero estar en contacto contigo. Luego te comento un caso importante en el que trabajo como fiscal y que está dándome quebraderos de cabeza, necesitaré a tus neuronas que serán mucho más inteligentes que la mía.

– Huh… está bien, no te agobies.

– No lo haré porque al final de día estarás esperándome en casa. Ponte algún pijama bonito, quiero abrazarte en el sofá y quedarnos allí hasta que nos durmamos.

– Sí…

– Y, Jocelyn. Me alegro de que hayas vuelto. Te quiero.

– Gracias, – dile que le quieres también Joce, tú puedes – te veré luego.

Él es el primero en colgar y me hace sentir mal. Estaba esperando que le respondiera lo mismo, anoche mientras hacíamos el amor lo repetí muchas veces pero cuando más lo necesita más me cuesta decírselo. Se lo recompensaré en cuanto le vea aparecer porque ahora tengo un largo día por delante y quiero avanzar antes de que la hora del almuerzo llegue.

Muevo los muebles del salón y opto por deshacerme de los rotos tirándolos al jardín, espero que pueda deshacerme de todo lo que hay ahí afuera algún día. La mesa para seis que había la he tirado porque realmente nunca viene gente a mi casa y si lo hacen solo será Sebas, ahora solo he dejado dos sofás y un pequeño mueble con la televisión. Sí, hay un gran espacio que debo de ocupar, tal vez baje la mesa de mi escritorio y ponga mi despacho ahí frente a la ventana, así veré si alguien viene. Sin pensármelo más acabo por bajar la mesa, cuando murió mi abuela la trasladé a su habitación y ahora este lugar será mucho mejor. He puesto mi ordenador y mis cosas encima junto con la pequeña lámpara. También

cambio mi cama y me deshago de la de mi abuela que va al jardín para dormir en la grande como debí haberlo hecho en su momento.

Cambios. Todo son cambios y son buenos.

Satisfecha de haber cambiado de habitación, recolocado la ropa y tirado lo que no me sirve, me dedico a sacar de las bolsas lo que he comprado para el hogar. Monto la pequeña estantería en el salón y coloco mis libros antiguos de la universidad que me he encontrado, sé que Sebas me ayudará en todo pero el tenerlos aquí me darán motivación extra para mis estudios.

Malgasto todo el día en reorganizar mi casa de manera diferente, veo grandes cambios porque le dan toques de feminidad y juventud. Escondo los alimentos que pueden provocarme colesterol y un sinfín de enfermedades coronarias, el no tenerlos al alcance será lo mejor que he hecho por mí. No voy a ponerme a dieta, pero a pesar de que Sebas piense que no le escucho cuando habla, lo hago. Intentaré no refugiarme en la comida y sí en las personas. O eso es lo que me digo a mi misma para animarme.

Cuando me doy por satisfecha siento que todo los avances que he hecho los quiero deshacer. ¿Por qué Sebas lo hará todo tan difícil?

Me adaptaré a ir cambiando en mi vida, será lo mejor.

Espero por su llegada en menos de una hora. Me he duchado y puesto un pijama con una bata fina de primavera, aunque por el día haga calor por las noches suele refrescar. Él me ha estado enviando mensajes y dejó de hacerlo hace un par de horas, estoy preocupada porque sé la ilusión que le hace llegar a casa y acurrucarnos en el sofá. En mi burbuja eso lo hacemos siempre y tengo que admitir que también lo hacíamos fuera de ella. Estoy como una joven enamorada mirando a través de la ventana para ver su coche aparecer, sé que es pronto pero me siento desesperada por volverle a besar. Si Sebas supiera que todo lo que he hecho ha sido por él debería sentirse orgulloso de mí, aunque también me regañaría si saliese al jardín y viera lo desastroso que está. De eso ya me ocuparé en otro momento, ahora estoy contando los minutos para verle y contarle que intentaré cambiar lo que no le guste de mí. Quiero dejar a la antigua Jocelyn atrás.

Leo el mensaje nuevo de Nancy, nos hemos estado mandando algunos durante el día. Me ha mandado fotos de su boda, de sus hijas y de todos juntos, puedo decir que ya conozco a la familia. Bastian ha crecido mucho más, su pelo está más largo pero sigue teniendo cara de enfadado, mucho más que la de mi Sebas. Su hija mayor es preciosa, como su madre y su bebé se parece a su padre, aunque debería de verlas en persona para sacarle más parecido. Me ha contado muchas más aventuras como buenas cuñadas, según ella, tenemos mucho tiempo que recuperar.

Cuando llegue mándame un mensaje para quedarme más tranquila. ¿Vendréis mañana? Y no, os prometo que no os dejaremos a solas con las niñas, digan lo que te digan mienten. No siempre estamos dándonos revolcones. ¿Mañana?

Le respondo con una sonrisa en mi cara. Esta chica es muy charlatana, tengo muchas ganas de conocerla y espero que su marido la deje salir un rato. Además, también me ha hablado de Rachel y sobre sus reuniones para criticar a los hermanos Trumper junto a unas gemelas. Tienen algo como su noche de chicas y como Bastian siempre se enfada acaban por hacerla en casa. Nancy me está haciendo sentir como que hay vida detrás de las paredes, ojala fuera hermosa como ellas lo son.

Mañana sería muy pronto. Todavía estoy asimilando que soy de Sebas, tal vez en otro momento podamos conocernos. Gracias por el día de mensajes, me lo has hecho ameno y espero que hayas engordado tu libreta para tus avances. Me despido ya, quiero cargar el móvil por si él me llama. ¿Hablamos mañana otra vez? Me haría ilusión.

Muy típico de mí. Guardo el móvil porque no quiero leer su respuesta, así mañana leeré algo nuevo cuando me despierte. Nunca he tenido amigos que me envíen mensajes si no son los mails de la universidad cuando estudiaba o de algun compañero que quería mis apuntes. Con ella he podido ser yo a través de un móvil y es bonito que alguien se preocupe por ti sin habernos conocido. Estoy cien por cien segura que vamos a ser muy

buenas amigas, espero que pueda perdonarme el resto de su familia por haber abandonado a Sebas.

Sebas, ¿dónde estás, cariño? La inestabilidad me corroe por las venas y más cuando sé que su hora de salida ha sido hace diez minutos, tenía que haber tardado otros quince en el trayecto de recoger la cena del restaurante y otros diez hasta mi casa. Y él ha sobrepasado todo el límite de tiempo estipulado en mi mente. Mi fracaso viene de su impuntualidad. De nada sirve que haya hecho todos estos cambios si no son supervisados por él. Odio, definitivamente odio que llegue tarde.

Doy gracias a que veo una luz del coche por la ventana, me asomo pero es el hijo de mi vecina de enfrente, incluso él ya ha cerrado la tienda. Todo el mundo está en casa menos él. Tomo la valentía de coger el móvil para llamarle.

– ¿Sebas? – Oigo música de fondo y puedo imaginarme dónde se encuentra.

– Jocelyn, pensaba llamarte ahora. Me temo que no podré ir a tu casa esta noche porque tengo los huevos de corbata. Estoy trabajando en un caso y creo que tengo las respuestas delante de mis narices.

– ¿En un club?

– Es largo de explicar. Confía en mí, reina. Mañana a primera hora te recojo, espero no terminar muy tarde aquí, voy a necesitar hacer un informe de todo lo que estoy haciendo.

– ¿En un club? – Repito. No sé si él llega a comprender que le he preguntado por el club dos veces. Me preocupa que esté allí con mujeres diez.

– Sí, en un club pero no es lo que piensas.

– No entiendo, Sebas, huh… si estás jugando conmigo puedes ahorrártelo.

– Reina, no estoy malditamente jugando contigo. Mañana te lo explico.

– Mañana no querré oírte.

– Tengo que irme, – he oído la voz de una mujer – confía en mí.

– No lo hago.

– Pues aprende, Joce, malditamente aprende a hacerlo.

Cuelga otra vez antes que yo. Odio también que haga eso. Él solía hacerlo, ser imperativo en todo y acabar con la última frase de cada maldita conversación. ¿Por qué sigo usando la palabra maldita? Debo de aprender a no usar sus expresiones si no quiero acabar siendo como él. También lo odiaría.

Ahora odio todo.

Empiezo a cerrar las ventanas de mi casa y a apagar las luces. Me siento en el sofá comiéndome diez chocolatinas hasta reventar. Yo no puedo hacer el cambio sin apoyo y es más que evidente que el Señor Trumper está demasiado ocupado con mujeres en un club como para atenderme. Sebas es mi motor y si él no lo enciende yo no puedo hacerlo funcionar.

Vuelvo a sentirme bien conmigo misma una vez que me acurruco sola en la oscuridad, con los restos de las chocolatinas por los suelos y con mis lágrimas resbalando por mi cara.

Tú tienes toda la culpa maldito Sebas Trumper.

CAPÍTULO DIEZ

Hace tres días que Sebas me dejó plantada en casa, hoy es viernes y nunca pensé que odiaría tanto la previa del fin de semana ya que no quiero quedarme encerrada. Muerdo la punta de mi lápiz mientras continúo estudiando aunque mi mente esté en él. Es cierto que el miércoles vino a la oficina a explicarme un poco el caso en el que está trabajando pero desde entonces no lo he vuelto a ver. Practicamos el sexo aquí mismo, sobre la mesa, desesperado por encontrarse de nuevo conmigo en cuanto ponga punto y final a su tortura. Lo que no entiendo es como puede implicarse tanto en su trabajo, si según él, yo le hago más feliz que todo ello. Estoy pensando demasiado en no recibir tanto afecto como solía hacerlo. Le echo de menos.

Estos días han sido un infierno nuevo de sensaciones para mí. No me dio tiempo a contarle que yo también he hecho cambios en casa y que necesito a alguien que se ocupe del desastre de mi jardín. Hacía muchos años que no me sentía yo de nuevo y la razón es que Sebas hace que yo desee dar carpetazo a mi antigua vida para prosperar en una mucho más beneficiosa para mí. ¿A quién estoy engañando? Sigo comiendo como siempre por la ansiedad y ahora por estar en alerta esperando su llamada, a que me mande un mensaje o tal vez a que aparezca por la oficina. Se puede decir que estoy en mitad de una frontera sin límite y desconozco cuál camino escoger, si el que me lleva al cielo con él o el que me lleva a las tinieblas sin él.

Acostumbrada a premeditar las situaciones, me encuentro en una espiral de torbellinos sin respuestas a mis preguntas ya que todas ellas me llevan a Sebas. No es la primera vez que me deja abandonada porque ha tenido un juicio, una reunión o algo raro con respecto a su trabajo, pero siempre solía contármelo, ahora… huh… siento que él es quién está huyendo de mí y temo perderle. No es que seamos novios, ¿o sí? Eso es también otro misterio que intento resolver en mi cabeza, si estamos juntos debería verme a diario, besarnos, contarnos las cosas… pero si solo estamos

practicando el sexo seguramente estemos en esa fase de amigos íntimos con recuerdos del pasado.

Abro una bolsa de chucherías colocándola sobre mis piernas para ir comiéndomelas sin que nadie me vea. Esas dos tontas de ahí afuera no hacen otra cosa que pelearse por todo y aprovechan que Sebas no ha pasado por su despacho para tirarse de los pelos. Han intentado meterme en su pelea en acto de mediación pero mi interés no ha podido ser menos que razonar con dos cerebros de mosquito. La rubia se supone que era la secretaria de Sebas, pero la morena insiste en que ella es la oficial ya que está a cargo de mí. Tetas bailarinas ocupándose de traerme café, comida y todo lo que necesite con una sonrisa falsa plasmada en su diminuta cara. Las odio con todas mis fuerzas, ojala Sebas viniera pronto que según el mensaje de ayer, él procuraría quedar conmigo esta noche.

Resoplo leyendo los mensajes que nos enviamos Nancy y yo, también la echo de menos. Solo hablamos el martes cuando hice los cambios en casa mientras esperaba a Sebas, desde entonces, me envió un mensaje despidiéndose porque su marido se la llevaba a las Islas Bora Bora. Sebas me comentó que tienen una casa allí y que Bastian no le deja usar el móvil ya que ese lugar es para desconectar. Les imagino tan felices con sus dos hijas en esas playas paradisiacas, sonriendo y disfrutando del inmenso sol que debe azotar allí. Son la familia perfecta. Y yo no la tengo.

Me he quedado compuesta y sin amiga. Sin contacto con Sebas. No tengo a nadie que a mí misma y a esa deliciosa comida que grita que la cocine para engullirla. Estoy aturdida y perdida y lo peor de todo es que ni siquiera el hombre que me ama está junto a mí en estos difíciles momentos.

Tocan a la puerta y escondo la bolsa trasparente enfocándome en el libro que tengo delante de mí.

– Adelante.

– ¿Me has dado paso, verdad? – Tetas bailarinas se asoma en la puerta.

– Sí.

– No te he oído. Me preguntaba si sabes que vas a almorzar. Quiero tener tiempo para… ¡aparta!

– Hola, Jocelyn. Puedes decirme a mí que quieres para almorzar, llevo sirviendo al Señor Trumper más de un año, soy su secretaria – la rubia se está empujando con tetas bailarinas.

– Chicas, huh… estoy… bien. Gracias.

– El Señor Trumper me ordenó que le atendiese en sus horarios de comida – ¿por qué tendrá esa sonrisa tan grande?

– Saldré a almorzar.

– ¡FUERA!

Las tres nos quedamos inertes ante el grito de Sebas. Había escuchado algunas pisadas a lo lejos pero las voces de estas dos no me han dejado confirmar si era él o no. Ellas retroceden marchándose mientras les indica con la mano en alto que salgan de la entrada de mi despacho. Lanzo la bolsa de chucherías al suelo escondiéndolas detrás de la papelera y aprovecho para retocarme los mechones de pelo que caen por delante de mi cara. Sebas entra con el ceño fruncido observando que esas dos no digan ni una palabra mientras vuelven al trabajo. Cuando se ha quedado satisfecho, entra en la oficina dejando el maletín en el suelo y cambia el gesto de su enfado momentáneo con sus secretarias.

– Vas a tener que… huh… decidirte.

– ¡Las dos a la puta calle! – Resopla agobiado.

– ¿Va todo bien?

Omite su contestación rodeando la mesa y llegando hasta mí para darme un beso sonoro en los labios. Llevamos muchos días sin besarnos, en su mundo tal vez no tanto, pero en el mío han sido milenios de soledad sin su contacto.

– Mucho mejor ahora.

Se sienta en la silla que hay delante de la mesa alejándose de mí, esto me deja en duda porque desconozco el por qué lo ha hecho, si es por cansancio o porque está cansado de mí. La verdad es que se ve agotado, tan solo quiero retenerle cerca para que no me deje sola como he estado en estos días. Pone sus móviles sobre la mesa mientras lee algunos mensajes del móvil familiar, estoy segura que es su madre, ella siempre ha sido muy

directa en proclamar a los cuatro vientos que quiere que sus tres retoños tengan esposa e hijos y por lo que me comentó el miércoles no deja de presionarle.

– ¿Tú… huh madre?

– Sí. No se cree que malditamente no tenga ni un minuto libre. Me culpa de que Bastian se haya llevado a sus nietas lejos de ella.

– ¿Por qué?

– Porque piensa que no voy a ver a mis sobrinas, y mi hermano y cuñada están solos demasiado tiempo y se han mudado a las islas.

– ¿Pe… pero no lo han hecho?, ¿o sí?

– No. Claro que no. Hablé anoche con Bastian y están bien, Nancy te manda recuerdos.

– ¿De verdad Bastian no le permite usar su propio móvil?

– Siempre y cuando estén allí, no. Es una isla paradisiaca y dudo que tampoco tengan mucho tiempo de atender a los móviles ya que desconectan de todos. Mi hermano es el único que llama a mi madre para calmarla.

– ¿Y no se cree que volverán?

– Tú lo has dicho. No se cree que solo estén de vacaciones. Cuando supo que volaban allí quiso convencer a mi padre de irse tras ellos.

– Huh… suena, acosador – sonrío.

– Mucho. No te imaginas lo revolucionada que está mi familia. Bueno, dejemos de hablar de una maldita vez de ellos. ¿Qué tal estás tú?

¿Qué respondo?, ¿la verdad?, ¿qué le he echado de menos hasta que me cuesta respirar?, ¿qué me siento sola todo el día?, ¿qué no hago otra cosa que comer y estudiar? Podría confesarle mis sentimientos reales, estos que me afligen a mí con fuerza para demostrarme que de verdad no tengo a nadie en la vida.

– Estoy bien – respuesta generalizada y explícita.

– ¿Debo de creerte o no? No quiero que malditamente huyas otra vez.

– Eso es… huh tierno.

– No juegues con eso Joce, te lo suplico – cierra los ojos, se ve cansado.

– ¿Cómo estás tú?

– Echo una mierda. He sacado cinco malditos minutos para venir a verte.

– ¿Y el caso?

– El caso se me está escapando de las manos, la policía ya tiene todos los datos y están investigándolos.

– ¿Sigues yendo a ese club?

– Sí, desde el martes estoy yendo. Esta noche también.

– Ah…

¿Sabrá Sebas que el fiscal del caso no tiene por qué implicarse en un trabajo de campo? Está intentando desmantelar una red de tráfico de drogas que se origina en Malasia. Se supone que el mes que viene tiene los juicios ya que aquí capturaron a los portadores y van a juzgar a los receptores por el cargamento, pero no tienen a los emisores. Esta semana creyó haberlos visto salir de un coche negro. Unos hombres procedentes de Malasia han viajado para cerrar otro cargamento personalmente y Sebas no dudó en perseguirlos, llamó a sus compañeros y desde ese día están siguiéndolos a todos ellos. Mi chico es tan radical cuando se le mete algo en la cabeza que no cesa en su persecución hasta que no tengan las pruebas necesarias para inculparles. Se está mezclando con ellos junto con un policía ya que no llaman la atención por su increíble físico y aparentan de todo menos agentes de la ley. Si esos hombres supieran que el mismísimo fiscal del Senado está detrás de ellos huirían lejos.

De todas formas, no me gusta que él se lo tome tan a pecho, aunque no seré yo quien se lo aconseje de nuevo. Espero que capturen a esos y puedan devolvérmelo todo para mí, no me gusta que vaya a lugares raros ni a clubs de strippers como me dijo el martes. Sé que… huh solo es trabajo pero el que vea a mujeres desnudas me pone en un mal lugar aquí.

– ¿Cómo llevas el primer examen?

– Es aburrido, pero lo llevo muy bien. ¿Sebas, puedo preguntarte algo? – Está mirando el móvil del trabajo.

– ¡Mierda! Tengo que irme otra vez. Ese gilipollas se está moviendo y parece ser que van derechos a un aeropuerto privado. Tengo que llamar a Bastian para que cierre todos los aeropuertos de la ciudad y de todos los Estados si es necesario.

Se levanta rápidamente para darme un beso mientras le veo salir por la puerta. Me ha dejado con la boca abierta sintiendo la brisa de su salida inminente. De repente, vuelve a abrirla porque se había dejado el maletín, lo coje y me mira con el ceño fruncido.

– ¿Te has olvidado de algo? – Nunca voy a saber cómo funciona este hombre.

– ¿Qué ibas a preguntarme antes?

– Yo… huh… en otro momento.

– ¡No, ahora!

– Sebas, ve a trabajar. Ya hablaremos.

– ¿Qué querías?

– El collar, – resoplo – quería el collar.

Ya lo he escupido.

No sé si he empeorado nuestra relación o lo que sea que seamos ahora. Él se queda pasmado por unos segundos más y cierra la puerta poco después cuando se ha dado cuenta de lo que he le pedido. Yo… huh… quería habérselo comentado en otras circunstancias pero apenas le veo y realmente lo necesito. Parece una tontería pero estar bajo la imposición constante de alguien que quiere lo mejor para mí se siente como renacer de nuevo. Estoy pasando por una dura etapa en mi vida y el concederle mi voluntad es lo que me mejor se me ocurre para zanjar el pasado de una vez. Si Sebas estuviese aquí conmigo todo sería diferente porque me dejaría guiar por mis instintos de amarle y de actuar como alguien de su realidad. Y al no ser así, me veo obligada a concederle mis actos en una bandeja de plata.

Estoy arrepintiéndome de la magnitud que contiene una sola palabra, collar. Quizás él no esté preparado, o no quiera, o no tenga tiempo, o incluso le crea problemas con su cuñada, no querría que le lanzara más objetos a su hermosa cara. Recojo la bolsa del suelo con las chucherías y me meto un regaliz dentro de la boca masticándolo con verdadera ansiedad. He cometido un error y… huh… él me va a regañar. El collar no es tan malo o humillante, pero puedo soportarlo. Mi pregunta es si estoy preparada psicológicamente para que me dirija con monosilábicos que le hagan parecer un hombre sin sentimientos. Yo… huh tengo que admitirlo, el collar me ayudó en su momento, pero el haberlo retomado por tercera vez va a ser una locura tan efímera como el haberle abandonado.

Mastico dos caramelos con chicle pensando en la petición que le he propuesto a Sebas, ya ni siquiera puedo concentrarme en la lectura porque su imagen no se borra de mi cabeza. Esa cara de sorpresa y aceptación, y después, su marcha inmediata. ¿A qué ha venido esa fuerza de voluntad al exigirle el collar? Estoy muerta de miedo y no tengo a nadie con quien hablar. Si él está ocupado puede que se le olvide, eso espero.

Todavía sigo dudando mientras espero en Macy’s por un pastel de chocolate. Ya he almorzado por dos veces y culpo a Sebas por mi enorme ansiedad. He estado dándole vueltas a lo mismo llegando a la conclusión enorme de…

– ¿Jocelyn? Hola, ¿qué haces aquí?

– Leo… huh – miro hacia otro lado buscando alguna salida, no me gustan los encuentros inesperados y no me ha dado tiempo para mentalizarme.

– ¿Cómo te va con Trumper? Vaya amenaza me soltó por teléfono. No sabía que era tu novio.

– Huh… – espera, yo tampoco lo sabía – sí, es mi… novio.

– Ya veo que bien te las apañas para haber entrado en su gabinete sin haber terminado la carrera, ¿eh? No importa, el estar enchufado es algo natural que por desgracia…

– Per… lo… lo siento… perdóname, debo de marcharme. Adiós Leo.

Salgo de Macy’s corriendo a paso ligero, era mi turno de pedir y ahora culpo a Leo de no haberme comprado mi pastel favorito.

Llego a mi despacho casi con la lengua fuera y después de haber escuchado como esas dos están discutiendo por llevarle un café al Señor Trumper. Dejo mis cosas sobre la mesa sentándome en la silla recuperando el aliento tras mi desafortunado encuentro con Leo, luego le llamaré para disculparme pero es que no me gusta hablar con la gente en persona ni mucho menos que me sonrían o finjan que quieren establecer una conversación conmigo porque piensan que voy a responderles. No. Yo… huh no soy así.

Recupero una chocolatina del fondo de mi bolso escaso de provisiones. La continua ansiedad que me ha provocado el tema del collar ha hecho que doble mis instintos en acabar con todo lo que tenía dentro. Ahora solo me quedan dos y tengo que estar aquí un par de horas más para estudiar. Debo de estudiar. Necesito aprobar, es más, ruego por aprobar porque quiero que Sebas se sienta orgulloso de mí.

El teléfono suena con el número uno, uno, uno, uno que se ilumina en la pantalla. Es del despacho de Sebas, él no… no está aquí, dijo que tenía que cerrar un aeropuerto. Espera, esas dos han dicho algo de llevarle un café al Señor Trumper, lo del collar me tiene tan en tensión que he olvidado hasta respirar. Descuelgo pensando en la posibilidad de que él haya podido regresar antes de lo previsto.

– Jocelyn – un Trumper, ¿su padre?

– ¿Sí?

– Ven a mi despacho, por favor.

Cuelgo chocando el audífono en la mesa para luego encajarlo mucho mejor en el aparato. Me escondo debajo de la mesa arrastrando la silla hacia mí para que nadie sepa que estoy aquí. Sí, eso haré. Primero esperaré a que se vaya, saldré del edificio y volveré a mi casa para esconderme allí.

Espero por lo que parecen horas comiéndome mi última chocolatina, el teléfono ha sonado más de cinco veces y tetas bailarinas ha abierto la puerta para confirmarle que no estoy aquí. No pueden verme desde la

puerta, solo la silla que está vacía y espero que nadie venga a comprobar que me escondo debajo de la mesa como una niña pequeña.

Los pasos de los zapatos de un hombre suenan en el pasillo, quiero saltar por la ventana pero no me da tiempo cuando ya ha abierto la puerta y la ha cerrado de un pequeño golpe. Está caminando por mi despacho hasta que veo la silla moverse, soy mucho más rápida y hago fuerzas para que no lo haga. No quiero enfrentarme a un Trumper. Nunca. Deduzco que este encontronazo me ha servido para recapacitar que no soy una persona válida para la gran ciudad y que Montana no estaba tan mal del todo.

Grito como un pajarito cuando la cabeza de Sebastian aparece de la nada entre el reposa brazo de la silla. ¡Qué susto! Yo… huh… creo que me he orinado. Espero que… él… ¿qué está haciendo aquí? Su pelo es más rubio que cuando le vi la última vez, sigue igual de joven pero su maldita voz es la copia de la de su padre. No dice nada porque está apoyado sobre la mesa esperando a que salga, ¿debo de salir? Él no… él y yo no tenemos nada de qué hablar. Es verdad que este hermano era más tratable cuando Sebas me los presentó porque con Bastian era imposible hablar, pero sé que está enfadado y me gritará, regañará y querrá agobiarme con mi huida.

– Vete – susurro. Él no tiene interés en moverse de mi despacho y necesito cambiar de postura pronto porque me duele todo el cuerpo de estar encogida.

– Sal de ahí, Jocelyn, no tengo mucho tiempo.

– Entonces… huh esperaré.

– ¡No, saldrás de ahí, te sentarás en la jodida silla y me atenderás!

– Yo… tengo… huh tengo que irme, lo siento.

No dudaba en su fuerza al apartar la silla arrastrándola hasta chocar contra la pared. Sebastian se agacha respirando con desesperación y yo miro hacia el fondo de la mesa, el trozo de madera con el que choco mis pies cuando me aburro de estar sentada porque me parece más interesante que lo que pueda decirme.

– O lo hacemos por las buenas o lo hacemos por las malas. Elige.

– Vete o se lo digo a Sebas.

– No seas cría. Vamos, te espero.

– Saldré cuando te vayas.

– ¡Eres desesperante!

Susurra palabras mientras agarra uno de mis brazos sacándome del agujero para sentarme sobre la silla. Le he ayudado a hacerlo ya que él no tendría fuerza para hacerlo por sí solo, no peso como una ligera pluma o una flor, más bien como una tonelada de todas ellas juntas. Agarro mi bolso contra mi cuerpo sin mirarle a la cara, pero si puedo darme cuenta de que su cuerpo ha crecido. ¿Qué pasa con los Trumper?, ¿les hacen descuento en los gimnasios? Un pensamiento erróneo cuando son los dueños de muchos de ellos, recuerdo que Bastian lo era de casi todos lo de la ciudad ya que llevan el sello Trumper allá donde vayan. Sin embargo, me limito a ignorarle hasta que no está lo suficientemente lejos de mí, se ha sentado en la silla donde se sentó Sebas esta mañana. Sin embargo, si algo debo de admitir del pequeño de los hermanos es que sabe cómo es mi personalidad.

– Huh… ¿qué… qué querías? – Me siento más cómoda una vez que hay una gran mesa entre ambos.

– Quería ver que habías vuelto y ya que el cabrón de mi hermano no está aquí, he pasado a saludarte.

– ¿A la hora del almuerzo?

– Sí, a la hora del almuerzo. ¿Algún problema? – Sube una ceja intimidándome, es el Trumper divertido pero puede mandarme al infierno sin mover ni una sola pestaña.

– ¿Has venido solo a saludarme?

– Sí. A averiguar porque mi hermano lleva más de una semana haciendo el tonto. Ahora sé la razón.

– ¿Me odias?

Aprieto mi bolso contra mi cuerpo, no… yo… huh si él me odia estaría muy triste porque los hermanos están muy unidos y ya tendré bastante con que su madre lo haga. Miro hacia el suelo mirándome las sandalias que me he puesto hoy porque no quiero escuchar la respuesta tan

directa que me haga llorar. Amo a Sebas con todo mi corazón pero el que su familia no me tenga cariño me duele mucho.

– No te odio – susurra y levanto mi cabeza para encontrarme con su mirada.

– ¿De verdad?

– Entiendo la razón por la que te fuiste.

– ¿Sí?

– No soy idiota, Jocelyn. Necesitabas tu tiempo y lo has hecho. Cuando conocí a mi cuñada ella ya había dejado a mi hermano en una ocasión y se atrevió a hacerlo por segunda vez. Ahora ella es de la familia y la hermana pequeña que nunca tuvimos.

– ¿Qué? ¿Nan… Nancy dejó a Bastian?

– Es algo que no me toca contarte, pero sí. Ya sabrás la historia completa. Por eso vengo a decirte que si piensas que hay un hacha en alto en tu contra estás equivocada, Señorita Harden.

Sonrío débilmente sintiéndome más relajada cada vez más. Es como si necesitara escuchar de un Trumper que ellos no me odian, que al menos no me quieren despreciar y que se alegran de que esté aquí. Esto me empuja a imaginarme siendo una de ellos, pero todavía no puedo cantar victoria ya que debo de ganarme al peso fuerte de los Trumper, Bastian.

– Gracias… yo… huh te lo agradezco. Quisiera poder explicarme por… y….

– Mi hermano es un calzonazos, Jocelyn. Podrías haber aparecido dentro de quince años que seguiría esperando por ti.

– ¿Sí?, ¿él ha… quiero decir… él…?

– No, no ha tenido ninguna novia si es a lo que refieres. Y sí, para ahorrarte mierdas con él, si se ha follado a todo lo que se ha movido. Es un hombre y tiene necesidades, no puedes pretender que esté cinco años cascándosela como un blandengue. Pero esto tampoco es algo que me toque a mí contarte. Me voy, tengo cosas que hacer.

Sebastian ha puesto un nudo en mi garganta.

– Me alegro de haberte visto, – sonrío – te ves muy bien, estoy segura que Rachel se sentirá afortunada.

Eso le petrifica dejándole inmóvil en su asiento cuando estaba levantándose. Me mira ladeando la cabeza, posiblemente analizando como sé el nombre de su chica.

– Nancy. ¿Hablas con ella?

– Solo nos hemos mandado algunos mensajes. Tú… huh Bastian no le permite el móvil en las islas.

– Es verdad. Ella estará no disponible hasta que se le hinchen los huevos y vuelvan a Chicago. Pues iba a decirte una cosa pero dado que ya hablas con Nancy, hazlo con ella, nadie mejor que mi cuñada te puede aconsejar sobre tu relación con mi hermano, – frunce el ceño y mira de un lado a otro extrañado – estoy empezando a hablar como una mujer.

Se levanta dirigiéndose a la puerta y renegando porque ha dicho algo realmente bonito y… huh… femenino. Me ha servido de mucho su frase pero ya contaba con mi nueva cuñada.

– Sebastian, – se gira mirándome – eres un hombre increíble, gracias por tu visita.

Cierra la puerta fuertemente, le ha faltado lanzarme un beso en el aire para certificar que hemos tenido una conversación de chicas. Es verdad, me alegro mucho que haya venido y su apoyo me ha hecho ver las cosas de distinta manera. Necesitaré todos los aliados posibles para una futura presentación en familia, ya tengo el de Nancy y el de Sebastian, espero conseguir el de Bastian y el de sus padres, y por supuesto el de Rachel… aunque… huh no sé si están juntos o no. Si no están juntos debo de haber metido la pata, Nancy me dijo que… yo creí… ellos… he vuelto a fracasar con los Trumper, no acierto ni una. Debería sellarme la boca con pegamento para no volver a hablar nunca más.

La visita sorpresa de Sebastian me ha hecho olvidar el caos en el que me veía envuelta y la necesidad inmediata de poseerlo alrededor de mi cuerpo para que Sebas tome el control de mí. Es evidente que es imposible que pueda dar un paso sin sentirme protegida, con Leo, ahora con Sebastian y con cualquier obstáculo que se me presente. Siempre voy a tener miedo

de enfrentarme a la vida y Sebas es el único que puede ayudarme. Lo tomaré como una etapa nueva que quiero experimentar ya que siempre puedo regresar a mi burbuja y ser la Señora Trumper con un hombre que hace realidad todos mis sueños. Además, dentro ella solo existimos él y yo.

Resoplo agobiada y para colmo me he comido mi última chocolatina. Las charlatanas se han callado y llevan un buen rato en silencio, se lo agradezco porque así aprovecho para concentrarme en adelantar algo hoy. Todo lo que me está pasando está poniendo mi mundo en desorden y no me gusta porque echo de menos a Sebas. Espero que esté bien, que no se haya metido en ningún problema con los de Malasia y que consiga ya sus malditas pruebas para que pueda tenerlo para mí sola. ¿Por qué será tan perfecto mi hombre? Quiero besarle y practicar el sexo con él, como hacíamos antes casi todas las horas del día esperando a recuperarnos para continuar. Le amo, le amo tanto.

Después de este día tan complicado espero en casa a que pase el fin de semana y así poder saber de Sebas el próximo lunes. He cenado una lasaña doble porque no he podido negarme a la caja que pedía comerla con fervor. Ahora saboreo una chocolatina mientras veo un programa absurdo en la televisión, tengo ganas de meterme dentro de la cama y esperar a que venga pronto la semana que viene.

Las luces de un coche iluminan mi sala y no puede ser otro que Sebas. Él deja el coche preparado en dirección al camino por el que ha venido. Está aparcando haciendo sonar más de la cuenta ese horrible motor de cientos de miles de dólares. Me levanto escondiendo los restos de chocolatina, tirando a la basura el envoltorio de la lasaña y retocándome en el espejo del baño para que me vea bien. Nunca lo hago pero desde que he vuelto me siento diferente con él, como si fuera otra yo distinta mucho mejor que la antigua. Muerdo nerviosa mis labios porque ha tocado el timbre de la puerta, siempre lo hace a pesar de que sabe que todo el mundo lo ha escuchado llegar por lo escandaloso que es cuando aparca.

Lleno mis pulmones de aire una vez más, aliso mi camiseta gigante y suelto el aire mientras abro la puerta delicadamente. Sebas. Él es mi Dios, el de mi mundo, el Dios de otras mujeres será otro hombre pero este es para mí. Está apoyado en el marco de la puerta, se ha cambiado de ropa y huele

muy bien. Su pelo está peinado hacia atrás, no se ha afeitado en más de dos días y su creciente pelo en la cara está sugiriendo que sea atendido por una delicada caricia. Viste con una chaqueta de cuero granate, una de mis favoritas porque seguro que habrá traído el coche del mismo color. Él es más que un hombre cuando viene vestido así, está hecho para que cualquier persona le haga una reverencia a su paso. Nos quedamos mirándonos un par de minutos embobada con sus ojos azules, grises o blancos, me estoy poniendo realmente nerviosa. Ellos evalúan los míos ya que ha hecho el mismo repaso a mi cuerpo que he hecho yo. No he querido mirar mucho más allá de su cintura porque tendré serios problemas de contención si decido rendirme a sus pantalones.

Soy la primera en sonreír, y como siempre, él no me sonríe de vuelta. Es el hombre sin sonrisa y sé que está esperando a perdonarme del todo para regalarme una. Cuando le conocí le costó bastante abrirse por completo y ser él mismo, me sonreía pero no como hubiera querido. De todas formas y a pesar de que yo sí le muestro mis sentimientos, esta noche le haré saber que se ve realmente increíble, mucho más que hace cinco años.

Con mi intención de abrir la puerta, susurrarle que pase y que se tome un café o lo que quiera, se adelanta levantando su mano izquierda en alto dejando caer al vacío un objeto del que llevo huyendo durante todo el día; el collar.

Lo sujeta de un extremo mientras lo miro intranquila suspirando, él ha comprendido el mensaje directo con el objeto que me va a devolver la vida. Espero a qué diga algo pero se queda paralizado con sus ojos inyectados en los míos. Es como si estuviese ordenándome que actúe o trate de decir algo para replicarle. Comprendo que con un gesto nos trasmitimos más que con las palabras y es por eso que estoy retrocediendo mientras Sebas va avanzando en mi dirección midiendo cada paso que da.

– Al suelo.

No me lo pienso y caigo de rodillas como a Sebas le gusta, apoyada con las manos en el suelo para equilibrarme si no quiero acabar haciendo el ridículo delante de él. Me siento nerviosa pero aliviada una vez que se agacha, voy a desmayarme por lo bien que huele su perfume. Sebas no tarda

mucho en colocarme de nuevo el collar y yo en respirar una vez que me levanta la cara con dos dedos empujando mi barbilla en alto.

– Gra… gracias.

– ¿Por qué el collar? – ¿Él está… huh… enfadado? Yo… no quería que… pensaba – repito, ¿por qué el maldito collar?

– Lo necesitaba – sube una ceja, tengo que responderle con más palabras – lo necesitaba más de lo que creía.

Vuelve a estar de pie y yo a dejar caer mi cabeza. Estoy dudando en si esto ha sido una buena idea aunque sé que en el fondo de mi corazón es lo mejor que me ha podido pasar desde que he vuelto. El lunes tal vez me asusté y agobié, pero cuando he pensado mucho mejor los resultados positivos que conlleva el collar me ha parecido la mejor de las soluciones.

– ¿Has cambiado la casa? Se ve distinta.

– He comprado algunos… huh cuadros.

– Y finalmente has bajado tu mesa aquí. Te habrás cambiado también de habitación, ¿cierto?

– Sí.

– Joce – suspira.

– Se me… se me olvida contestarte con más de una palabra, lo… lo siento. Sí, me he cambiado de habitación.

Los pasos de Sebas se escuchan como los de un soldado evaluando un lugar sospechoso, ha entrado en la cocina y ha salido, ha hecho lo mismo con el baño y ahora está en las habitaciones. Baja por las escaleras cuando vuelvo mirar hacia el suelo ya que admito que he estado inspeccionando yo también su indumentaria. Sus vaqueros viejos se los solía poner cuando salía de manera informal, son los mismos que llevó cuando se me declaró en el parque al lado del lago. Él es hermoso por fuera y por dentro, y necesita comprarse dos tallas más de camiseta si no quiere que tenga serios problemas por debajo de mis bragas.

Se para justo en frente de mí resoplando en alto para llamar mi atención.

– Entonces, ¿estás dispuesta a llevar el collar otra vez?

– Sí… huh… sí Señor Sebas Trumper.

– Conoces lo que eso implica, ¿por qué? Me desconciertas Jocelyn Harden.

Nombrando mi apellido también demuestra que está de mal humor, no le ha gustado que le haya pedido el collar otra vez y ojala pudiera expresarme yo también como lo hago cuando las palabras me fallan. Muevo mi postura pero no cambio de posición porque él no me ha dado permiso. Pienso en que no dudaré en quitarme el collar si no obtengo los resultados de mis expectativas, no me gusta que sea tan serio conmigo. Sebas está de brazos cruzados esperando delante de mí e inundando mi casa con el aire de sus pulmones que trabajan aceleradamente por una respuesta que nazca de mis labios.

Él me pone nerviosa, mucho, tal vez esté más nerviosa que nunca pero si lo pienso bien yo he escogido esto y él solo está haciendo lo que le he pedido.

– Yo… Sebas…. es… no puedo – resoplo sentándome en el suelo. Me doy por vencida porque no puedo engañarme e imaginar que él es la solución a mis problemas – lo… lo siento.

– ¡Cierra la puta boca por Dios! – Grita.

No hago otra cosa que inmovilizarme ante su frustración cuando le veo girar y entrar en la cocina abriendo cajones mientras lanza las cosas al vuelo. Con cada sonido de cada objeto estrellándose en todas partes sucumbe en mi interior un cumulo de sensaciones indescriptibles de inestabilidad. Estoy a punto de llorar pero su figura aparece de nuevo frente a mí mientras voltea un trapo haciéndolo más fino para colocármelo sobre la boca. Su actitud me demuestra que algo he hecho para enfadarle pero también afronto la posibilidad de que se haya cansado de mí, cualquiera que estuviera conmigo más de cinco minutos acabaría odiándome.

Se encarga de apretar bien fuerte el nudo para que no pueda hablar, como él dice, me ha amordazado. Sé que Sebas se enfrenta a sus problemas haciendo callar a la gente con un grito o con una imposición. Solía dejar a las mujeres sin habla amordazándolas sexualmente por las terribles cosas

que según él les decía. Al día de hoy desconozco cuantas han pasado por su cama o por su vida, pero me pregunto si habrá amordazado a todas o les habrá puesto el collar.

Acepto mi castigo como tal mirando al suelo, él se ha quitado la chaqueta para permitir que babee sobre el trapo que tapa mi boca… huh… voy a humedecerlo y no será lo único.

Le permito que se tranquilice mientras le veo caminar de un lado a otro, susurra palabras sobre lo estúpido e inmoral que es tener una conversación conmigo. En parte, me dejo llevar por estos momentos analizándolo como se me antoje ya que se ve espectacular. Llego hasta sonreír apartando mis lágrimas de los ojos cuando decido quitarme el trapo que me dejaba incomunicada con él.

Ninguno de los dos nos merecemos esto.

– No lo necesito. Ya no. Puedes irte – susurro.

– ¿Qué puedo malditamente irme?

– Sí.

– ¿A qué mierda juegas, Jocelyn?

Trago el nudo de mi garganta, la bola que se nos forman a las mujeres cada vez que nos enfrentamos a situaciones difíciles o de máximo riesgo, en mi caso, un solo hombre puede provocar tantas de estas dentro de mi cuerpo. Le miro por primera vez sin sentir nada más que pena por mí misma y como estoy arrastrando a Sebas conmigo a mi inestabilidad emocional, no debí de salir de mi burbuja porque ahora tengo que enfrentarme a nuestra verdad.

– Sebas, yo… huh no juego a nada, – tampoco puedo levantarme tan ágilmente pero no se lo comunicaré – quiero que te vayas, aquí no tienes nada que hacer.

– ¿Qué no tengo malditamente nada que hacer? – Está respirando hondo y el volcán va a entrar en erupción si no le pongo remedio.

– Siento si te he hecho daño, otra vez. Verás que… yo… no, uf, me es terriblemente imposible hablar. Sabes que no he podido hablar nunca y me resulta muy difícil comunicarme contigo porque… yo no puedo.

Me armo de valor para quitarme el collar y lanzarlo al suelo bajo su atenta mirada de confusión. Nunca he actuado así pero ya ha llegado el momento. Se suponía que hoy tenía que ser una noche de soledad esperando a recibir noticias de Sebas y ahora que lo tengo aquí siento que lo estoy perdiendo cada vez más.

Los dos nos quedamos mirando el collar en el suelo, sin embargo, algo le hace reaccionar cuando vuelve a fijar sus ojos en los míos.

– ¡Póntelo, maldita sea!

Da un paso hacia mí pero yo retrocedo huyendo al rincón de la esquina en el salón. Él se queda inmóvil con el collar en su mano plasmado desde la lejanía Estamos muertos en un punto en el que cualquier avance puede ser un gran retroceso y todo me lo debo a mí, que no puedo controlar la mierda que tengo dentro, mierda que debo de sacar si no quiero acabar con lo que sea que tenga con Sebas. Él es mi todo, mi norte y mi sur, mi este y oeste, él es justo lo que necesito en mi vida y lo estoy echando a perder.

Por eso, dejo de actuar con todo el temor que me caracteriza para recapacitar de mi retroceso y avanzar en su dirección. Él no dice nada, está impaciente y sumergido en un mundo lleno de desconcierto conmigo como reina. Toco la palma de su mano, con la otra sujeta el collar y está aturdido hasta el punto de tener dos lágrimas en los ojos que pican fuerte por salir.

– Yo no soy digna de ti, Sebas, yo…

– ¡CIERRA LA MALDITA BOCA!

– ¿Qué?

Mis ojos reaccionan con los primeros sollozos fuertes del día, estaba procurando controlar mis llantos pero me es meramente imposible y ahora estoy teniendo la prueba de ello.

Sebas me empuja contra el sofá dándome la vuelta y atándome como si fuera un criminal, se encuentra alterado y mi estado emocional no le

prohíbe actuar de esta forma. Una vez que me ha sujetado las manos con el collar me da la vuelta enfrentándose cara a cara conmigo, esquivando mis ojos y buscando el trapo que he dejado caer antes. Vuelve a ponérmelo en la boca privándome de la libertad para hablar y yo estoy demasiado confundida para aceptar esta situación. Debo de haberme mentalizado sobre la posibilidad de Sebas viniendo a casa o algo, ahora todo esto me pilla por sorpresa y parezco una estatua de hielo derritiéndose cada vez que él se acerca a mí.

– ¡Vas a malditamente obedecer cada maldita mierda que te ordene! ¿Hablo claro?

Asiento sin dudar aunque no le esté mirando.

Sebas sube arriba rápidamente, está golpeando muebles abriendo y cerrando cajones, va de una habitación a otra hablando solo y discutiendo consigo mismo. Poco después hace su aparición por las escaleras, lleva una bolsa de viaje y sobresale mi ropa interior, intento hablar a través del trapo pero solo logro balbucear.

– No toques mis…

Pasa por mi lado ignorándome y entrando en el baño como una bestia, también está peleándose con la puerta rota del armario. Hace lo mismo en la cocina, esta vez se pelea con las sillas, con las puertas y con todo hasta plantarse delante de mí. No es capaz de mirarme o hablarme, simplemente me agarra de la mano bruscamente y me conduce hasta la puerta como cual delincuente que va a entrar en el coche de un oficial. Intento frenar para que note mi desconcierto pero él tiene su mirada hacia el frente sin darse cuenta de lo que me está haciendo. Me siento dentro del coche mientras Sebas cierra la puerta de mi casa y lanza en la parte de atrás los restos de las cosas que llevaba en la mano. Yo… disimulando, continúo mirando hacia mi casa a través de la ventana. Una vez que su perfume a hombre me ahoga, suspira hondo y arranca el coche sin decir una palabra más.

Mientras Sebas conduce más rápido de lo que debería, me muevo en mi asiento para reajustar en mis muñecas el collar que me está molestando. Él me presta atención por un instante ante mi inminente movimiento.

– Sé que te molesta. Aguanta un poco más, ya casi hemos llegado.

Quiero y deseo mirarle como él a mí pero no puedo porque me limito a asentir. No soy una persona rencorosa y tomaré todo lo que Sebas me dé porque es la única persona que tengo en mi vida. La única.

Me desconcierto todavía más cuando nos vemos envueltos en el tráfico del centro de la ciudad, es viernes por la noche y la gente aprovecha el buen tiempo para salir, temo que me vean por los cristales pero estoy segura que serán oscuros. La inquietud de saber que pueden estar mirándome casi en pijama, despeinada, atada y amordazada, pone un puñal en mi vientre que se estruja bastante fuerte.

Sebas ha decidido en los últimos minutos ignorar que estoy aquí para discutir con los otros conductores, al iniciar la marcha después del semáforo giramos hasta una calle muy conocida para mí. Ya estoy empezando a negar con la cabeza cuando le miro descaradamente y llamo su atención, con el trapo tapando mi boca me es difícil que me escuche.

– Por favor, no, no…

Desecha mis insonoras palabras para adentrarse en su aparcamiento habitual, un garaje privado para los socios más VIPS de su club Golden Night. Estoy hiperventilando sintiendo las taquicardias severas en mi corazón y negándome hasta la evidencia de que vamos a ir al club que tanto odio y odié en el pasado. Siempre fue un problema para mí por lo que hay dentro, mujeres desnudas que han practicado o practican sexo con Sebas y la idiota de su… de mí sabiéndolo y permitiéndole que se afiance a esas mises. Mises. No quiero ver a ninguna de ellas.

Con su ayuda me baja del coche para desatarme con brusquedad las manos y quitarme el trapo que tapaba mi boca.

– ¡Ni una maldita palabra, Jocelyn. Te hablo muy en serio!

– Quiero irme.

– ¡¿Es que no entiendes lo que malditamente te digo?!

Yo también se enfadarme y planto mis pies en el suelo ante el pito de bloqueo que ha dado su coche. Él se mete las llaves en el bolsillo instándome a que le siga pero mi orgullo y dignidad no me lo permiten

porque me quedo plasmada aquí mismo. Él ha tirado el collar y el trapo dentro del coche, me siento desnuda y vacía pero más como una niña pequeña que no quiere entrar con esta ropa en el último lugar de la ciudad en el que me gustaría estar.

Sebas me está retando con sus ojos, esos inquisidores a punto de incendiarse en llamas reales por la observación nata que está teniendo de mi cara.

– No voy a entrar.

– ¿Cuándo te he preguntado por tu maldita opinión? Vas a entrar por las buenas o por las malas. No me hagas arrepentirme de ponerte desnuda en la plataforma golden toda la noche porque será lo único que hagas en mi club. Así que deja tu actitud infantil y mueve el culo, ¡vamos!

Él da un paso hacia delante, dos, tres, cuatro y cuando iba a dar el quinto se ha frenado pero antes de soportar otra vez que me regañe he avanzado hasta posicionarme a su lado. Le odio. Le amo pero también le odio. Puedo sentir esas dos emociones extremas si es lo que desea mi corazón.

Abre unas puertas que nos llevan a cruzar pasillos oscuros y secretos. Yo ya he entrado por aquí, así que no me asusto cuando escucho la música resonar fuerte. Espero que esta noche no sea la noche de camisetas mojadas, ni la de mini tangas, o algo parecido porque me va a repugnar ver todo esto. Ojala estuviera Nancy conmigo, podría pedirle consejo de cómo debo de comportarme en este club vulgar.

Emergemos de la oscuridad para mezclarnos con las luces rojas y azules de una de las salas, el Golden Night se caracteriza por las plataformas donde las mises de cada país están subidas, pero son las malditas salas lo que me enferman. Por suerte, no estamos en esa de las mises sin sujetador porque no me apetece ver pechos. Sebas está buscando a alguien con la mirada mientras doy gracias a la oscuridad porque la gente no puede verme y… ¡por favor, no, ella no! Esta mujer no… ella es… no…

– Hola. Ya conocerás a… – Sebas se da la media vuelta buscándome. Estoy escondiéndome en el lado opuesto mientras él se mueve con intranquilidad.

– Sí, ya la veo por ahí.

– Lo siento, suele ser más amable cuando quiere – la última palabra me la ha gritado por encima de su hombro.

Sami y él establecen una conversación en voz baja para que no la oiga, esto me enerve tanto que me entran ganas de huir de Chicago y abandonarle otra vez. Esa mujer es atractiva, de su edad y una ex miss, ¿por qué tiene que hablar delante de mí con una de ellas? Me es indiferente si es joven o vieja, él no tiene que estar martirizándome de esta forma infrahumana a la que me somete arrastrándome a este club. Echo un vistazo alrededor y no puedo evitar fijarme en las babas de los hombres que meten dinero en las inexistentes braguitas de las bailarinas que están sobre el escenario. Justo a mi izquierda hay una tarima con una de las mises y esta le restriega los pechos a un cliente. Esto me repugna.

Una camarera pasa por mi lado con una bandeja chocando conmigo. Menos mal que estaba vacía, aunque me mira con cara de asco y una sonrisa falsa.

– Lo siento.

– No importa – yo no le sonrío porque no me apetece.

Me escondo detrás de Sebas todo lo que puedo. Sus palabras con Sami me están enfermando, no sé de qué están hablando pero ella se acerca demasiado a él para susurrarle cosas que no quiere que escuche.

Tras pasarnos plantados un buen rato en mitad del club, Sebas reanuda su marcha mientras yo le sigo ya que si le pierdo de vista me perdería. No puedo evitar ver a las mujeres desnudas y la tarima golden que está rodeada de babosos lanzando dinero a la miss que baila sensualmente sobre ella. De repente, veo en la espalda de Sebas que aparecen dos piernas en sus caderas y dos manos sobre su cuello, quien quiera que sea, esa puta ha brincado bien alto hasta sujetarse a él. Mi cuerpo se paraliza descaradamente analizando como Sebas continúa con ella en brazos intentando despegarla. Ella está brincando sobre él gritando que ha aprobado un examen y que le espera en su habitación. Trago saliva con la única esperanza de honradez que me queda retrocediendo y girando para huir lejos de esta escena.

Porque no merece la pena.

No sé que estoy haciendo, hacia dónde voy y ni siquiera de dónde vengo. No puedo poner mi vida en sus manos y pretender que este hombre hermoso vaya a cuidar de mí para siempre cuando tiene sus necesidades en este club. Sebastian tenía razón, Sebas ha practicado el sexo con otras mujeres y yo se lo he permitido porque nunca fue mío, hui tan lejos como lo estoy haciendo ahora chocándome con personas que están a punto de presenciar mi desmayo. Estoy rodeada de hombres que tienen sus brazos levantados porque una de las chicas está restregándose los pechos con… huh… otra chica. Ellas dos están teniendo un buen momento y yo siento la mano de una mujer apretar mi hombro.

– Estás en la sala de las mises lesbianas y dudo que te vaya este tema.

– ¿Huh?

Su voz, ella es… ¿Diane?, ¿trabaja aquí? La última vez que la vi fue en una cena cuando salía con Sebas, ella ha cambiado, está más… huh… mayor que cuando la conocí. Su sonrisa me demuestra que me ha reconocido y no tengo más remedio que asentirle sonriendo como una tonta.

– He visto que ha pasado allí, – ella está señalando el lugar por dónde he venido – a Sebas no le va a gustar que le hayas dejado solo. Ya conoces a los Trumper.

– Tengo que… si me disculpas… yo…

– Siéntate, Jocelyn.

– No tengo tiempo yo…

– ¡Vaya tetas! – Grita un hombre y Diane sonríe mirando a la miss que tengo en mi espalda. Ella estará desnuda, recuerdo que Sebas me explicó que en la sala de lesbianas hacen de todo y lo hacen en público. No quiero ni imaginar que… huh… necesito aire.

– Ven, sentémonos aquí.

Diane camina hacia una silla vacía porque todos los hombres están cerca de las plataformas y escenario. La sigo con el único interés de que me informe dónde se encuentra la salida. Ella bebe de su copa con brusquedad mientras me pienso en como formularle la pregunta para salir de aquí sin

parecer que estoy tartamudeando. Necesito huir después de haber visto a Sebas sobarse con esa chica.

– Quiero irme.

– ¿Por qué? – Sube una ceja – ¿por lo que has visto ahí fuera? Vale que Miss Holanda no sea plato de mi devoción pero aunque se haya follado a tu hombre, está en todo su derecho de saludarle de esa forma.

– ¿Qué? – Estúpida. Siempre pensé que Bibi era mucho mejor que ella, su actitud arisca y arrogante nunca la he tolerado, y mucho menos desde que Sebas me confesó que era una de sus mejores amigas.

– No vuelvas a joder más a Sebas, ¿hablo claro? – Creo que está borracha porque no la entiendo – las mujeres os pensáis que podéis hacer con nosotros lo que os dé la gana, ¿no te fuiste? Pues quédate en el infierno y no salgas de ahí. Claro que tu hombre ha follado con todas las de este club, como yo también lo he hecho porque mi estúpida mujer no es capaz de darme un hijo.

– ¡Ya!

Una mujer se acerca a la mesa, cuando la he echado un vistazo me he dado cuenta que Karina sigue siendo la misma. Esta mujer me caía bien pero no tolero a las mujeres que están alrededor de Sebas en este club, y ella no iba a ser menos, puede que esté en sus cincuenta pero no deja de estar en mi lista de enemigos.

– La que faltaba – susurra Diane.

– Pon tu culo flácido en la barra si no quieres que te arrastre de los pelos. Tu mujer no tardará en recogerte.

– ¿Mi mujer? Piensa que me he follado a mi nueva… – empieza a reírse a carcajadas – es que lo he hecho, me he follado a la nueva porque está muy buena.

– Ven Jocelyn, te sacaré de aquí. No le hagas caso. ¿Qué te ha dicho?

– Qué Sebas se ha follado a esa miss y a todas las de club.

Karina golpea la cara a Diane y esta la dobla cambiando el gesto. Yo decido levantarme porque tengo que irme de aquí y regresar a Montana, allí

no me buscará nadie, seguiré trabajando en el campo y le daré de comer a los caballos. Seré más feliz que en Chicago.

– Yo… huh… tengo que irme, ¿por dónde está la salida?

No espero a que me respondan en esta guerra de miradas cruzadas cuando Sebas aparece de muy mal humor por detrás de Karina. Se me están aflojando las piernas, no tenía previsto todo lo que está pasando y ya he tenido suficiente. Desearía encerrarme en mi burbuja para siempre.

– ¡JOCELYN HARDEN! – Por mucho que grite la música está bastante alta y nadie nos escucha.

– No la culpes, Sebas, – responde Karina – Diane la había atrapado y la ha alejado de ti.

– ¿Os pensáis que soy idiota? Vamos Jocelyn, no he acabado y tengo que… espera, ¿qué mierda haces aquí, Diane?

– Lleva borracha dos horas, Bibi está en camino. Y casualmente me estaba llevando a Jocelyn a las habitaciones para que no vea… eso.

Vuelven a hablar en clave. Las pocas veces que he entrado al Golden Night todo el mundo ha hecho lo mismo, susurrar o dirigirse a Sebas con indirectas que para mí no lo están siendo.

– Quédate, Sebas, yo… yo me voy y…

– ¡TÚ TE QUEDAS, MALDITA SEA!

– ¡Me vas a dejar sorda niño! – Karina le replica enfadada – me voy a la barra. Encantada de volver a verte Jocelyn, a ver si cambias a este desgraciado malhumorado.

Ella se va chocando bruscamente con el hombro de Sebas, le trata como un hijo y a veces se lo he agradecido porque no ha restregado sus inexistentes pechos sobre su cara.

Yo también sigo enfadada de pie frente a Sebas y con una Diane ya callada que mira hacia las chicas desnudas. No pienso entrar en una discusión pública con él, y por supuesto, me niego a permitirle que me trate como una de ellas. Por lo tanto, me armo de valor dando un paso en su dirección

– ¡Qué. Te. Jodan!

Y con mi orgullo y disciplina retrocedo escondiéndome en la oscuridad hasta topar con dos pechos desnudos que se posan en mi cara.

– Cuidado Gina, – me mira de arriba abajo – perdona, me he confundido.

¿Gina?, ¿esa bruja sigue trabajando en el club? Le dije a Sebas que la despidiera hace años. Él tuvo un encariñamiento con ella o algo parecido y yo no la soportaba porque era mi copia exacta. Siempre pensé que Sebas quería un trío para reírse de nosotras pero Gina trabajaba aquí y eso la convertía en una de sus putas.

Lloro como una niña al dar con los aseos de hombres, así que no dudo en empujar la puerta paralela y entro en el baño de mujeres que está desocupado. No me molesto en pensar que está vacío ya que este club está repleto de hombres vulgares que buscan babear de un modo legal sobre mujeres que contonean sus cuerpos todo el tiempo. Odio a todo el mundo. Abro el grifo para refrescarme la cara y pensar en mi siguiente paso, estoy tan hundida que me siento caer. Sebas abre la puerta y gruñe en mi espalda después de matarme con la mirada a través de su reflejo en el espejo. Yo también se ignorarle, mucho menos que él pero lo hago, me dedico a refrescarme la cara demostrándole que estoy mucho más enfadada de lo que puedo aparentar.

– Jocelyn – ese susurro va con dobles intenciones.

– Sebas.

– Salgamos de aquí.

– No – le sonrío dándome la vuelta y me cruzo de brazos retándole.

Fallando, por supuesto, no se me da bien actuar de esta manera.

– Estás sacándome de mis casillas, no, ¡estás malditamente volviéndome loco, Jocelyn Harden!

– Me alegro, ya tienes tus respuesta del porqué te abandoné.

Eso nos deja a ambos perplejos en mitad de un baño con suelos de mármol y paredes del mismo estilo. Suspiro bajando la mirada, tengo que…

que pedirle perdón, yo no le abandoné porque le estaba volviendo loco o él a mí, solo me acobardé como siempre hago en mi vida. Le quiero demasiado como para que me odie o empiece a hacerlo, tengo que darme prisa antes de que…

– ¡Maldita sea! – Grita estrellándose contra mí.

– Sebas, baja… Sebas… por… esto… ¡SEBAS!

– ¡CALLA!

Estoy sobre uno de sus hombros, él… él me ha… ¿Cómo he sido tan tonta de no darme cuenta de que se ha abalanzado sobre mí? Yo… ¡qué mareo! Sebas está saliendo conmigo de esta forma mientras grita a todo el mundo que se aparten. Él… me está… no puede ser… yo… yo peso.

– Sebas… bájame… por favor, me estás humillando.

Golpea mi trasero.

– ¡NO!

Escondo mi cabeza para no memorizar este ridículo momento en el que estamos atravesando el club. Seguro que los hombres nos están viendo, las mises, las camareras y todo ser viviente. Broto mareada sobre su hombro. Sus pasos son grandes y bastos acorde con el grado de su enfado, y siento que está mucho más de lo que pensaba. Empuja una puerta y esta choca en mi cabeza después de cerrarse, pasamos por unos camerinos yendo directos a las habitaciones, recuerdo haber estado aquí pero… ellas huh… esas chicas desnudas están mirándonos como pasamos no tan desapercibidos. Mi valentía me obliga a levantar una de mis manos de mi agarre a su camiseta y saludarlas. Veo todo dar vueltas, creo que me estoy mareando de verdad y la pared del pasillo de las habitaciones me está sentenciando.

– Sebas, bájame… por favor, te lo suplico. Creo que voy a vomitar.

– ¡Te aguantas!

Es tanta su brutalidad que casi rompe una puerta chocando contra la pared, entramos y por fin me posa sobre mis pies. Lo primero que hago es intentar no caerme al suelo con ayuda de sus fuertes brazos que me sujetan ayudándome a que no desvanezca. Abro los ojos cerrándolos otra vez y por

alguna razón le veo incluso más hermoso que cuando no está enfadado. Su ceño está fruncido, sus ojos me lanzan órdenes aun callado y sus labios en una sola línea me advierten que no haga ni un movimiento si no quiero tener consecuencias.

– ¿Por… por qué me has…? Eso no se hace… Sebas – niego dándome la vuelta. Estamos en una habitación, la de una mujer a juzgar por todo la decoración – ¿qué hago aquí?, ¿por qué me has…?

– He tenido que actuar de emergencia dado que no estás obedeciéndome.

– Me has… he estado… debes de… ¿se encuentra bien tu hombro? – Va a tener una lesión crónica por haber soportado mi peso.

– ¿De toda esta mierda solo te preocupa mi maldito hombro?

– ¿Te das cuenta del peso que has soportado ahí arriba?

– Espera un momento, ¿te estás preocupando de verás por eso?

– ¡Sí! – Resoplo inquieta, esta… esta no soy yo… tengo que irme.

– ¿Es tu peso?, ¿te preocupa tu peso?

Mi tema tabú a flote. ¿Puede ser mi día más horrible? No. Esta es la gota que colma el vaso. A medida que él está acechándome con su mirada inquisidora yo estoy retrocediendo pensando en la forma de desviar el tema. Me va a ser imposible, él se ha cruzado de brazos y espera una respuesta.

– Quiero agua.

– Tu peso, ¿es eso?

– Tu hombro.

– Jocelyn, hoy me estas tocando los huevos y no como me gustaría. ¡Dime malditamente por qué demonios te preocupa mi hombro!

– Si… huh… no me gritases… yo te preguntaría como está tu espalda también.

– Estás muy graciosa hoy, ¿no es así? ¿Por qué me abandonaste?

– Es bastante delicado de explicar.

– ¿Por tu peso? ¿Es esa la razón por lo cual he estado cinco malditos años de mi vida llorando tu maldita ausencia?

– Por favor…

– ¡No! Ya está bien, Jocelyn. Habla malditamente claro porque estoy agotado de toda esta situación.

– ¿Te crees que yo no? Yo también estoy mal, no concibo el verte de nuevo y pensé que…

– ¿Qué mierda pensaste?, ¿que podrías aparecer de nuevo en mi vida y actuar como una cría? Mírate, ¡maldita sea! Estás actuando como mi sobrina de dos años.

– Pues ya sabes lo que tenemos que hacer.

Le doy la espalda sentándome en el filo de la cama. Hay un tocador con bombillas y trajes de vestir por todos lados. Espero que el estar aquí no haya sido premeditado porque si es así no tenía por qué traerme a la habitación de una de sus tantas putas. Resoplo bufando delicadamente mientras él está tecleando con el móvil. Menos mal que ha dejado pasar lo de mi peso o tendría que esconderme muy bien la próxima vez que huya de la vergüenza que siento.

Cuando acaba de teclear en el móvil se lo mete en el bolsillo trasero y se arrodilla frente a mí. Es tan guapo que estoy mareándome de nuevo.

– Jocelyn, mira, no quiero estar mal contigo. Esta semana está siendo una mierda para mí y tus continuas subidas y bajadas me vuelven paranoico.

– Ninguno de los dos necesitamos esto.

– ¿Por qué me abandonaste?

– Por todo Sebas, ya te lo he medio explicado.

– ¿Te agobiaste? Es imposible, tú accediste a salir conmigo aun sabiendo como soy yo. Es injusto para mí. Me debes una explicación más coherente.

– Prefiero no hablar de ese tema ahora – me levanto y él hace lo mismo.

– ¿Cuándo Jocelyn?, ¿cuándo vamos a malditamente hablar?

– ¿Acaso es la habitación de una puta un buen lugar para hablar? Vaya Sebas, te creía mucho más inteligente.

– No te pases reina, porque verás la peor versión de mí.

– Sí… ya… ¿puedo irme? Me gustaría que me devolvieras mis cosas.

Sus pisadas se acercan a mí mientras yo busco una salida con los ojos abiertos. Trago saliva anonadada de que pueda hacerme algo que vaya a lamentar después.

– Ni en tus mejores sueños, Harden. Vas a quedarte aquí porque esta maldita conversación no se ha acabado y créeme que tendrá su punto y final. Ve pensando, maquinando, memorizando y trajinando en tu linda cabecita lo que vas a decirme para satisfacerme porque hasta que no consiga la respuesta definitiva vas a estar bajo mi disposición, cómo y cuándo me plazca. ¿He hablado malditamente claro o te hago un esquema resumiéndotelo?

Ni mi padre jamás me habló así y hacía bastantes travesuras cuando era niña. Para él era la princesa de sus ojos y la razón de su existencia. Para este hombre solo soy una reina más de su reino. Soy un punto insignificante en su vida que trastea a su antojo cuando le place. Le diré un par de cosas para que comprenda mi punto aquí… sí, lo haré tan pronto se vaya y recupere el habla antes de ponerme a llorar. Le regalo dos lágrimas para que vea como me siento mientras él está contestando de nuevo a su móvil, deseo tirar esas dos maquinitas que están entrometiéndose entre los dos.

– ¿No te ibas?

Levanta su vista de la pantalla bajando los hombros y sin apartar sus ojos de los míos se mete el móvil en el bolsillo ronroneando. Escojo evitar que nos enfrentemos más accediendo a desvanecerme entre sus brazos que me rodean con fuerza.

– Te quiero tanto que malditamente me duele el corazón.

– Yo… yo también te quiero, Sebas.

– ¿Hola, se puede?

CAPÍTULO ONCE

– Perdón, pensé que no había nadie.

– Pasa – Sebas responde separándose de mis brazos para dejar que ella y yo nos veamos – ya conoces a Jocelyn, reina, ella es…

– Gina, lo sé.

– Sí, nos presentaste – contesta ella muy sonriente.

– No me acuerdo, pero bueno, tengo que irme. Reina, esto no acaba aquí, te vendré a buscar en cuanto termine – me da un beso sonoro que no es respondido y resopla en mi boca – es importante, hoy podemos conseguir las pruebas que estamos buscando y en el club estás a salvo. No confío en ti estando a solas.

– Siempre lo he estado.

– Ya no. Ahora estás conmigo – saca el collar de su bolsillo, él no va a hacerlo delante de ella. Lo hace, me lo pone sin prisa – no te muevas del Golden, ¿me has escuchado? Te recogeré y seré tuyo todo el fin de semana. Tengo que solucionar millones de cosas en una sola noche y quiero hacerlo para siempre porque el resto de mi maldita vida la pasaré a tu lado. ¿Te vale esta declaración?

– Pue… puedo esperarte en casa. Y lo del collar no era necesario, esto es ridículo.

– Recuerda que tú me lo has pedido.

– Olvido continuamente las cosas que hago en este lado de la vida.

Vuelve a besarme en los labios y cuando se separa de mí dándose la vuelta para salir por la puerta me siento más vacía que nunca. Sebas debería quedarse a mi lado ayudándome, no poniéndome un collar que no necesito porque he comprendido que somos mucho más cuando estamos juntos que cuando no.

Esta zorra le saluda levantándole la mano. Menos mal que hemos susurrado y que la gran figura de Sebas ha tapado lo del collar, pero estoy segura que lo va a ver. No es que sea un problema para mí, bueno, sí, lo es cuando es más importante para los dos de lo que creía.

Sebas da un portazo al irse, no se ha despedido de esta mujer y me alegro porque… abre la puerta otra vez y asoma su cabeza.

– Por cierto. Jocelyn, en caso de que te estés cuestionando tu maldito peso tendrías que saber que Gina está gorda, tú no. Piensa en eso. Adiós.

Casi planta una sonrisa enorme por humillarme de esta manera delante de ella. ¿A qué ha venido eso? Lo del peso sobraba y se ve que a Gina no le ha importado el comentario porque sigue igual de radiante. No la soporto.

– Él puede ser muy directo cuando quiere.

– Soy consciente porque le conozco, es mi novio – aquí estoy yo plantando mi flor al lado del árbol de Sebas.

– Sé que no somos amigas ni pretendo que lo seamos pero él me ha pedido que te acompañe y es por algo. Ven, siéntate aquí conmigo, necesitamos hablar.

– Gina, mira, no tengo… huh nada en contra de ti pero… yo no quiero estar aquí contigo. ¿Puedes irte?

– Es mi habitación.

– ¿Qué?

– Esta es mi habitación. Si Sebas te ha traído aquí es porque ha venido a hablar conmigo antes de traerte aquí.

Odio otra vez a Trumper, ¿cómo puede acudir a la mujer con la que peor me llevo? Él… él piensa que nos va a tener a las dos en la cama. Sus actuaciones son traiciones para mí porque no sé qué hago aquí esperándole con una de sus tantas putas, y por supuesto, en su habitación. Sí, como si no fuera ya demasiado lo que me ha hecho desde que vino a por mí esta noche. Hoy está siendo uno de los peores días de mi vida.

– Esperaré en otro sitio si… huh molesto. De verdad Gina, no me apetece tener que hablar contigo porque no eres nadie para mí. Este club no es mío y no tengo nada que hacer aquí… lo… lo siento si…

– Sebas me ha dicho que no te deje escapar y no lo haré. Tal vez para ti sea un encuentro casual y distante pero por favor, tienes que darme la oportunidad de explicar el estado de Sebas durante estos cinco años.

– Yo… huh no necesito saberlo, lo que tenemos entre él y yo nos pertenece y…

– Es que tienes que saberlo, ¿no te has dado cuenta cuando se ha ido? Me ha llamado gorda delante de mi cara y no me ha importado porque yo me he aceptado tal y como soy. ¿Lo has hecho tú?

– ¿A qué viene eso? – Esta mujer es idiota.

– Perdón, no debí de ser tan directa. ¿Sabes? Tienes razón, no es mi problema pero permíteme decirte que Sebas ha estado hundido durante cinco años. Yo no le puedo considerar un amigo porque él solo quería mi compañía con un solo objetivo pero si he…

– ¡Para! Por favor, no voy a oírte decir que has practicado el sexo con él… yo… huh…

– ¿Estáis…?

La puerta se abre con otra mujer que ha cerrado la boca en cuanto nos ha visto, a Gina sentada en la cama y a mí donde me ha dejado Sebas debatiéndome cuándo voy a salir de esta habitación. Esta otra se llama Lena y con ella completamos el cuento de las tres cerditas. Quiero irme a dormir y olvidar este día. ¿Puede ir de mal en peor? Sí. El gusto de Sebas por estas dos mujeres me manda al infierno.

– Lena, te presento a Jocelyn.

– ¡Qué delgada! ¿Te has ido a alguna clínica?

– ¡Lena! – Gina la regaña.

– ¿Qué? A ver si no se puede hablar solo porque sea la chica del jefe. Hola Jocelyn, soy Lena y mira este anillo, me lo ha regalado mi novio.

De acuerdo, supongamos que Gina es un problema para mí, pero Lena no lo es porque es muy simpática aunque sé que también ha practicado el sexo con Sebas. Su piedra de cristal me está nublando la mente y otra vez doy gracias al destino porque que se han olvidado de hablar sobre mi peso.

– Huh… el anillo es muy bonito.

– No tanto como el collar que llevas tú guapa. El símbolo masculino en honor al jefe y el símbolo femenino en tu honor, ¿no es precioso? Aunque esos pinchos no me van mucho.

– Lena, estás metiendo la pata. ¿No tienes trabajo?

– Acabo de sobarme las tetas con Miss Sudáfrica, dame un respiro chica. Por cierto, ¿dónde te has metido todos estos años? Has adelgazado.

– Yo… huh he estado ocupada.

– ¿En una clínica de adelgazamiento? Estás divina.

– Lena… – Gina se enfada.

– Sebas me ha dicho que venga y aquí estoy. ¿De qué estábamos hablando?

– Ve a ducharte y ahora vienes, estaba charlando con Jocelyn sobre algunos temas.

– ¿Qué te hayas acostado con mi novio son algunos temas?

Y ocasiono un silencio en la habitación. Lena hace una mueca yéndose a ducharse y Gina da un paso hacia delante retándome a acabar con lo que hemos empezado.

– Si me he acostado con tu novio es porque tú no has estado con él. ¿En qué pensabas cuando le dejaste? Sebas estaba hecho una mierda, solo quería autodestruirse follandose a todas las mujeres que encontraba. ¿Te crees que soy tu enemiga? Pues te equivocas porque yo siempre he querido que volvieses y le recuperases.

– En su cama.

– En su cama, sí. Él me ayudó cuando lo necesitaba y yo a él dándole lo que tú no le dabas. ¿Te has visto en el espejo? Eres hermosa, ¿por qué no te quieres a ti misma y dejas de avasallarle con tu peso?

Espero que Sebas no le haya hablado de mis intimidades a esta clase de humano. Si algo he aprendido desde que he vuelto de Montana es que quería a Sebas de vuelta en mi vida y lo voy a defender hasta que sea lo último que haga. Pongo mis brazos a cada lado de mi cuerpo, doy un paso en dirección a Gina y me encaro a ella.

– Estás despedida.

– No me hagas reír – sonríe nerviosa.

– ¿Quieres ver como sí lo estás? Sebas te ha mandado para que me vigilaras, pues no pierdas de vista mi trasero.

Lo he visto antes y voy a por el teléfono inalámbrico que está sobre el aparato en la mesita de noche. Gina no se ha movido pero sí se ha girado para ver lo que hago, marco el número de teléfono de Sebas y espero retándole con la mirada. Ella está nerviosa, nunca me ha caído bien y ya es hora de enfrentarme como una persona normal a los problemas de esta parte de la vida. Luego en mi burbuja seré quien me dé la gana que ser.

– ¿Gina? ¡¿Por qué no estás malditamente cuidando de mi novia?!

– Sebas… huh soy Joce.

– Reina, ¿qué pasa?, ¿te ha dejado sola? Le he dicho que no te dejara sola.

– Te resumo. Ella ha venido aquí a decirme que se ha estado acostando contigo para darte lo que yo no te daba. Le he dicho que está despedida y te he llamado para que se lo confirmes. ¿Estamos juntos en esto o no?

Voy a caerme al suelo, me tiemblan las rodillas.

– Estamos juntos. Dile que se vaya y que le mandarán sus cosas.

– Quiero que se lo digas tú.

Avanzo hasta Gina para darle el teléfono que coje nerviosa, ella escucha por el teléfono lo mismo que yo, a Sebas gritándole lo nefastos que

han sido sus comentarios y que está despedida. Cuando creo que es suficiente vuelvo a tenerle solo para mí.

– Y no vuelvas a…

– Sebas, soy yo otra vez. Creo que ha entendido lo que has querido decirle. Siento que se vaya tu puta favorita pero tú mismo me has dicho que estamos juntos.

– Has hecho bien, reina. Estoy en el muelle y no puedo atenderte porque el cargamento estará al llegar. Hablaremos de esto.

– Lo… lo siento si… – él también ha escuchado el ruido de la puerta que ha dado Gina – si te he molestado. Ella no me cae bien.

– Reina mía, no tienes por qué disculparte. Sea lo que sea no quiero mentiras entre tú y yo. Gina tiene razón, me ha estado dando lo que tú no me dabas pero no en el concepto que ella te habrá hecho creer. Yo me volví loco y no quiero hablar de esta mierda por teléfono. Prométeme que no te moverás del club.

– ¿Por qué tengo que estar aquí?

– Por tu seguridad, no me fío de dejarte sola. Espérame, por favor.

– Te lo prometo. No moveré mi culo de aquí – sonrío.

– Espero que no porque será lo primero que vea cuando regrese. Intentaré no tardar. Te quiero.

– Yo también te quiero.

Dejo caer el teléfono en la cama y me dejo caer sobre ella llorando. Esa que ha luchado con uñas por Sebas no he sido yo y ahora me siento mal porque Gina no tiene trabajo. He hecho lo primero que se me ha venido a la cabeza. Una parte malvada de mí se siente orgullosa de que ella ya no sea un problema para nosotros, Sebas nunca ha mostrado interés en otras mujeres cuando estaba conmigo pero no soy ciega y veo cuando una mujer es hermosa.

Descanso de todo el agobio que he tenido durante la noche cuando Lena me interrumpe, estoy acurrucada de lado pensando en que voy a hacer con Sebas. Ella se sienta junto a mí y apoya su mano sobre mi brazo.

– ¿Estás bien?

– No lo sé.

– Gina se ha ido llorando. Nadie sabe qué ha pasado, supongo que tiene que ver contigo.

– Le he dicho a Sebas que la despidiese y huh… él lo ha hecho.

– ¿Por qué? Gina es una mujer increíble.

– Me ha restregado en la cara que ha practicado el sexo con él y no me ha sentado bien.

– Si te sirve de algo y quieres despedirme a mí también, yo me he follado a tu novio. No cuando tú estabas con él, por supuesto, y en mi caso me hace más perra porque yo tengo un novio esperándome en casa. Se supone que para él soy camarera y no sabe que detrás de las barras del Golden actúo siendo una miss. Mira mi cuerpo, voy a prolongarme como siga comiendo pero trabajo por dinero y eso me hace menos culpable.

– ¿Tan mal estaba Sebas que se acostó con Gina y contigo?

– Sí, lo estaba cariño. Hablo en pasado porque hoy he visto al mismo Sebas que solía ser cuando te conoció. Ha echado una bronca de narices a la pequeña Miss Holanda por haberse enganchado a su cuerpo y le ha dado vacaciones hasta nuevo aviso porque no quiere volver a verla.

– ¿En serio? No he podido verlo porque estaba huyendo de él.

– Te entiendo, Jocelyn. Si mi novio fuera el hombre más sexy del planeta contando con su hermano mayor también, estaría igual de preocupada que tú. ¿Has adelgazado por él?

– Me hubiera gustado adelgazar más pero no he podido hacer mucho.

– ¿Has visto cómo te ha cogido en peso sobre su hombro?, ¿eres consciente de que no eres la Jocelyn que eras cuando te conocimos todos?

Suspiro cambiando de posición con mi espalda sobre el colchón. Quizás he sobrevalorado mi peso y no esté tan gorda como lo estaba antes, pero todavía no soy extremadamente delgada. He exagerado, lo sé, soy una dramática y maniática de mi peso porque siempre ha sido un problema. He

perdido casi diez kilos desde que dejé Chicago y supongo que Lena lo ha visto al igual que Sebas.

– Sí… huh… he adelgazado un poco.

– Estás hecha un pastelito y eres hermosa. Jocelyn, sé que habrás vuelto para recuperar a Sebas y estás haciendo todo lo posible para mantenerlo junto a ti, pero el echarnos a todas del club no te va a hacer mejor persona porque al fin y al cabo todas estaremos ahí fuera de una forma u otra. Acabaremos por coincidir con él y eso no podrás evitarlo.

– No me gusta el Golden Night y estoy en mi derecho de que no me guste.

– Lo que trato de explicarte es que Gina no es la única que se ha follado a Sebas y te vas a encontrar con todas las que sí lo han hecho y te aseguro que esas mises son irracionales cuando se trata de él. Están deseando atarle y hacer que caiga el segundo Trumper.

Lena consigue lo que nadie ha conseguido en esta parte de la vida fuera de mi burbuja, que siga dudando de todas las personas que conocen a Sebas. No me duele que… bueno, sí me duele que hayan practicado el sexo con él pero no tengo por qué saberlo de todas las chicas que me lo van a gritar a la cara. Cambio de posición sentándome en la cama para tener frente a frente a la única mujer que me ha dicho que he adelgazado, lo quiera o no, eso me ha motivado.

– Estoy confusa. Lo de Gina tenía que pasar tarde o temprano.

– Te entiendo, has venido a defender a tu fiera de todas y te apoyo. Solo te advierto que no todas van a ser tan buenas como Gina. Ella tal vez se haya sobrepasado en lo que te haya dicho, que lo desconozco, pero no tiene mala intención.

– Esa niña está enamorada de Sebas, – en la puerta está Karina con una bandeja – ya iba siendo hora de que continuara con su vida. Después de graduarse debió de haber dejado el Golden y todas aquí lo sabemos.

– Karina, que inoportuna, yo echándole la charla a Jocelyn y tú siendo tan detallista.

– Vete a trabajar y déjanos a solas.

Echo un vistazo a la hora que marca el reloj y no veo las doce llegar, parece que hemos estado estancadas en las once desde que Sebas me recogió. Me siento agotada físicamente pero psicológicamente mucho más. Lena me guiña un ojo dándome un beso en la cara mientras la vemos salir, Karina me da el vaso de leche que traía en la bandeja y lo bebo con gusto, comer es lo que menos necesito pero aceptaré el bonito gesto de habérmelo traído.

– Gracias Karina, te lo agradezco.

– Voy a dejarme de gilipolleces, esas dos son unos bichos muy inteligentes. Son las consentidas de Sebas y se creen que lo tienen en exclusividad. He defendido a Gina durante muchos años porque me daba pena y me he dado cuenta que ya era hora de que volara del nido. Lena debería dejar de trabajar también, si viene es por vicio y porque se folla al jefe, y eso tiene que acabar. Muchas cosas en el club tienen que cambiar. Ahora que has vuelto y que te estaba esperando será cuando me jubile y ponga este culo caído en casa.

Si algo caracteriza a Karina es que siempre está hablando sola, empieza a mover esos labios operados y no hay quien la calle. Es por eso que me limito a oírla mientras va quitando cosas de en medio, dobla la ropa, tira la basura a la papelera y ordena el tocador sin parar de hablar sobre lo mucho que Sebas me ama. La echaba de menos, aunque solo la he visto un par de veces mi impresión sobre ella no ha cambiado y no tengo que tener celos de una mujer que quiere mi bien.

Saco la lengua saboreando la leche, mi alimento favorito antes de irme a la cama.

– He entendido tu postura.

– No lo has hecho, chica, ¿has escuchado alguna de la mierda que te acabo de contar? – Lanza sobre la cama un vestido y se sienta justo dónde estaba Lena – aleja a Sebas de este tugurio de mala muerte. Estoy cansada de ver las mismas caras de niñas bonitas y tetas grandes que se menean por unos miserables dólares. Ellas deberían ser mujeres de hecho que se estén comiendo el mundo, cambiándolo si es posible, y no aquí encerradas

apostando a ver quién se acuesta con el jefe. Esas niñas me van a volver loca. Menos mal que has vuelto, ¿por qué lo has hecho, no?

– Sí, lo he hecho.

– No te creas lo que te cuenten esas dos. Estaban deseando verse contigo para demostrarte que ellas han estado con él y tú no.

– Huh… ya lo sé, ambas me han dejado bastante claro que han holgazaneado con Sebas. No las culpo… yo… ya sabes, no he estado aquí y…

– ¡Eso no les da derecho para entrometerse! Una vez que has vuelto deben de apartarse de él. ¿Qué ha pasado con Gina? Se ha ido llorando.

– Le he despedido, Sebas y yo lo hemos hecho.

– Me alegro. Buen paso. Punto número uno para empezar a poner los puntos sobre las ies, poner de patitas en la calle a Gina, y a continuación, a Lena.

– Ella… huh me cae bien. Tiene novio.

– Esa mujer se folla a hombres inclusive a Sebas, de hecho hacen tríos junto con Gina. No voy a ser la que te mienta en esto, tienes que tener toda la información si vas a recuperar a Sebas.

Me hace reír, ya lo he recuperado. ¿O no? Sí. Bueno… nos falta hablar y zanjar temas pero vamos a estar juntos. Eso creo. Me ha dicho que me quiere y me ha puesto el collar, eso quiere decir que lo nuestro va en serio. Hemos estado más separados que juntos y creo que no es necesario que hablemos de ciertas cosas. Debemos de darlas por hecho. Estoy segura que Sebas piensa lo mismo. Nos amamos.

Dejo el vaso sobre la mesita de noche para poner mis pies en el suelo y sentarme junto a Karina que también se mueve acomodándose a mi lado. Me mira suspirando y lo hago de vuelta para mirarme a los pies.

– Me fui porque cuando estaba junto a Sebas sentía que le echaba de menos. Él me lo daba todo, absolutamente cubría todas mis necesidades desde que perdí a mi familia y el haberle conocido fue la bendición que siempre busqué. Sin quererlo me enamoré más de él que cuando le veía por la ciudad o en las revistas aburridas de abogados. Mi impresión sobre Sebas

no cambió, se magnificó a niveles incontrolables para mí porque el tenerle en mi mente era una cosa y enfrentarme a él en la realidad era otra. No podía simplemente pasear de su mano por la calle o dejar que la gente nos viera juntos porque me avergonzaba de mi cuerpo. Es más, todavía me avergüenzo, pero esa fue la razón principal por la cual le dije adiós. Fue lo peor y lo mejor que hice en mi vida; lo mejor porque sabía que él encontraría a una mujer hermosa y lo peor fue que no contaba con destrozarle el corazón ya que me ha demostrado que me ama tanto como yo a él. Como verás, mi situación aquí es un poco complicada y lo único que deseo es acabar de recuperarme en todos los aspectos de mi vida para darle lo mejor que tengo a Sebas, si él todavía quiere.

– Quiero.

Miro hacia atrás con los ojos abiertos, veo de reojo como sonríe Karina porque se ha emocionado de que esté aquí plantado en la puerta. ¿Ha llamado y no le he oído?, ¿desde cuándo está aquí escuchándome? Por favor… que no… huh… yo me muero. Está increíblemente guapo con su chaqueta en la mano y la camiseta ajustada que no debe de ponerse otra vez. Mis bragas no aceptan más humedad.

– Si me disculpáis, esta que está aquí vuelve al trabajo.

Karina se levanta yéndose y ni siquiera me ha dado una señal sobre lo que tengo que hacer ahora que Sebas ha escuchado todo lo que he contado. Huh… espero que no… él… él no ha podido oír lo de mi peso o pensará que es una excusa patética.

– ¿Te apetece quedarte en mi casa a dormir o te llevo a la tuya?

– Tu casa – respondo sin dudar.

Sin que me diga nada me levanto hasta agarrarme de su mano que estaba en alto, entrelazamos nuestros dedos y me dejo guiar por él hasta el coche que diviso en su plaza de garaje. A veces me aprieta la mano cuando me quedo atrás pero también lo hace cuando estoy a su lado. Eso quiere decir que me da una muestra de cariño a su manera y debo tomarla como tal.

Una vez que estamos frente al coche, me empuja hacia delante provocando que dé un giro hasta que me planto delante de su cuerpo. Choco

contra su torso suavemente y deja su chaqueta en el suelo porque me está besando como solo Sebas lo sabe hacer. Le gusta apretar ambos lados de mi cara con sus dos manos y saborear mi boca al igual que lo estoy haciendo yo permitiéndole la entrada de su lengua. Siento las cosquillas en mi entrepierna tan pronto retrocedo y apoyo mi espalda en el coche mientras nos devoramos a besos, recopilando así nuestras sensaciones de amarnos tanto con palabras como sin ellas. Apoyo mis manos sobre su cintura con el deseo de no soltarme jamás. Quiero seguir sintiendo sus labios contra los míos, moverlos de un lado a otro sin piedad pero la alarma de un coche nos interrumpe. Los dos paramos viendo la escena de un hombre con una mujer entrando al garaje. Mi Sebas debería tener una plaza para él solo y no compartir este espacio con otros miembros VIP de su club.

– Aquí no. Es hora de irnos a casa.

Abre la puerta invitándome a entrar y caigo sentada tan rápido como le veo rodear el coche. Estamos ardiendo, agitados y nos sentimos con ganas de más. Pongo una mano sobre su pierna y me doy cuenta que sus ojos la están mirando, entonces, él me mira a mí bajando la nuez de su garganta.

– Sebas.

– ¡Maldita sea!

Dejo mi mano tímidamente en el aire por su repentina desaparición. Ha salido del coche y se ha marchado en la oscuridad. Me pregunto dónde habrá ido con tanto ímpetu, quisiera romper este momento de lujuria y hablar con él antes de practicar el sexo en casa. Tal vez… huh… he confundido los términos. Inesperadamente las luces se apagan cuando escucho a lo lejos los quejidos de Sebas que se acerca cada vez más. Su sombra oscura aparece en su lado del coche abriendo la puerta de nuevo y sentándose en el asiento.

– ¿Qué ha pasado? – Pregunto nerviosa, él está fuera de sí.

– He dejado el garaje a oscuras porque he arrancado de la caja de cambio los fusibles que desconectan las luces y las cámaras de seguridad.

– ¿Por qué?

– Porque malditamente no puedo esperar a que lleguemos a casa. Ponte en al asiento trasero. Ya nadie puede vernos.

– ¿Aquí?

– ¡Muévete!

Huh. Sí. Está bien. No es la primera vez que practicamos el sexo en el coche pero sí la primera vez desde que he regresado. Dudo en cómo vamos a caber ahí atrás en esta cosa tan pequeña que ruje como un demonio. Su mirada me ordena que me mueva y yo lo hago entrando por el pequeño hueco que divide los asientos delanteros y traseros. Gateo acomodando ambas manos en el respaldo cuando golpea mi trasero fuertemente estimulando mis sensores, giro la cabeza hacia atrás y no puedo verle porque mi posición no es la más acertada ya que al final caigo como una descerebrada en el asiento de atrás. Mi caída provoca mi risa pero pronto se me borra cuando aparece Sebas hasta dónde estoy yo. Él no se complica en posicionarse de una manera elegante porque apoya amabas manos a cada lado de mi cara y vuelve a besar mis labios.

Si negara que estar así no es confortable mentiría porque cualquier lugar lo es siempre y cuando él esté encima de mí. Subo mis brazos atrayéndole para hacer que este beso dure mucho más. Mis bragas están completamente destruidas por el reclamo intenso que le están haciendo a Sebas que continúa besando mis labios con pasión. Lamo sus labios porque son tan apetecibles que podría pasarme toda una vida besándolos y dejarme hambrienta si lo dejara de hacer. Estoy saciada por el deseo que me completa cuando su cadera se estrella contra la mía con brutalidad y pasión.

Noto como su mano se cuela por debajo de mi camiseta haciéndome cosquillas y por mi vientre que respira ansiado por el control que no ejerzo sobre mí misma. Mi grito agudo tras haber llegado a mi sujetador le ha motivado más para esconderse por debajo y acariciarme como a mí me gusta; pasando suavemente las yemas de sus dedos sobre mi pezón y apretármelo después con elegancia. Sebas gruñe escondiendo su boca en mi cuello, lamiéndomelo y haciendo que me lo imagine que está degustando otra parte de mi cuerpo. Al ver como estoy de excitada por mis continuos gemidos en voz baja, sube mi camiseta hasta dejarla por encima de mis

pechos y arranca mi sujetador sin cortesía. Su imagen congelada me la trasmite a mí también.

– ¿Sebas?

– Jocelyn, son malditamente enormes.

Y sin pensárselo un segundo más baja su cabeza hasta perderse en ellos.

Puede que sí tenga los pechos grandes… huh… enormes como él dice. Y es la verdad, si algo me ha dado la vida son dos buenas razones que Sebas disfruta con efusividad.

Le gusta estrujarme los pechos, moverlos de un lado a otro y a mí me encanta que lo haga porque cada vez que siento su tacto sobre mi piel me lleva a las estrellas. Entre las sombras puedo notar su figura, su forma, su cuerpo que se mueve rápido mientras yo gimo constantemente. Es su lengua la que salta de un pecho a otro para volver a ensalivarse repitiendo la misma acción. Aprecio su capacidad de movimiento en este espacio tan pequeño pero con cada movimiento me ahogo cada vez más y temo decírselo, no quiero que se enfade y dejemos esto a medias.

La cima de su cabeza choca contra mi garganta ya que simula que nunca ha visto mis pechos. Abro mis piernas para que encaje mejor y tenga una postura más cómoda a pesar de que su gran figura ocupa toda la parte trasera. Muevo intranquila mis caderas por la presión que ejerce sobre mí y repleta de excitación por el trabajo que está haciendo su lengua. No deseo que esto acabe pero voy a tener otro orgasmo y mis bragas van a salir disparadas.

– Sebas… huh… cariño… necesito respirar.

– ¡No!

Sonrío besando su cabeza ya que no se ha separado de mi cuerpo desde que caí aquí atrás como un objeto que lanzas desde el asiento delantero. Me atrevo a avanzar por mi cuenta cuando llego a los costados de su cuerpo y arrastro su camiseta hasta arriba, para mi sorpresa estaba deseando que hiciera un movimiento porque Sebas deja mis pechos un segundo para quitársela por completo. Está jadeando, sudoroso y entre las

sombras de este oscuro garaje puedo ver a un hombre sediento de sexo; el que quiere practicar conmigo. Dibuja de nuevo en mi cara una sonrisa que la plasmo sin ataduras cuando vuelve a besarme en los labios, esta vez, un poco más calmado ahora que no lleva camiseta. Tenía razón, su cuerpo ha crecido y tiene más músculos, él no… él debe de… parar de ejercitarse o explotará la ropa.

Pongo en control a mi sexo permitiéndole que se restriegue sobre mi cuerpo mientras nos besamos. Le gusta morder mis labios aunque preferiría que no lo hiciera ya que cada vez que sus dientes me aprietan fuerte siento un picor en mi entrepierna inevitable de dominar. Sus manos prosiguen su labor de estrujarme mis pechos hasta el punto de que el mínimo dolor que siento es cien por cien excitante y me guardo este pensamiento para pedirle que lo repita en cuanto pare.

Sin poder evitarlo, me agarro a sus fuertes brazos resbalando las palmas por su cuello hasta dejarlas sobre su espalda que empujo más sobre mí. Si antes tenía la necesidad de respirar, ahora no la tengo porque Sebas es todo el oxígeno que necesito para vivir.

Cada vez empieza a gemir más ronco cuando muerde mi hombro bajando lentamente por mis pechos hasta llegar a mi barriga, pero algo le detiene y vuelve a morderme los pezones desorbitadamente entre algun que otro gruñido.

– ¿De… decías algo?

– Voy a hacerlo como a mí me gusta.

– ¿Huh? – Me parece que ambos estamos pensando en lo mismo – ¿vas a… sobre mis… como antes solías hacer?

– Reina mía, ahora no me pidas cordura porque la he perdido. Pero sí a todo lo que me pidas.

Y saca su lengua para metérmela dentro de la boca, me río por la ferocidad de su emoción mientras él se dispone a practicar una de sus fantasías conmigo. Estoy ansiosa, asfixiada, acalorada, excitada y enamorada. Sebas se desabrocha el cinturón de sus pantalones lanzándolo sobre el respaldo del asiento trasero mientras trabaja con el botón y la cremallera. Atrapa mi mano que descansaba sobre mi vientre para guiarme

hasta su entrepierna, sonrío porque me gusta lo erecto que se encuentra pero dejo de hacerlo porque vuelve a morderme uno de mis pezones. Mi grito le ha asustado hasta él que reniega poniendo el cinturón sobre mi barriga, está llevándome las manos por encima de mi cabeza.

– ¿Sebas? No me moveré.

– No es que te muevas, Joce, es que me pones malditamente caliente si te ato las manos. ¿Está bien?

– Hazlo entonces.

Esta vez soy yo quien eleva la cabeza para besarle los labios y darle la respuesta que quería. No es la primera vez, esta no es nuestra primera vez, no lo es pero se siente como si todas lo fueran porque en cada acto me sorprende con algo nuevo y acabo de darme cuenta que practicar el sexo en este coche se va a convertir en una de mis nuevas aficiones favoritas.

Le permito el acceso completo a mis manos que se deslizan como él quiere mientras me reajusta el cinturón alrededor de mis muñecas. Lo hace con tanta pasión que me contagia su excitación. Ahora tengo su vientre chocando con mi cara y no puedo evitar sacar la lengua, él me responde con un gemido grave.

– Vuelves a sacar la lengua y te follaré hasta que pierdas la maldita conciencia.

Eso es bueno. Cuando me dice cosas como estas siento el deseo de volver a hacerlo para que pueda castigarme de esa forma. Sin embargo, mis instintos rebeldes caen al vacío ya que ha acabado de ajustarme las manos a su cinturón. No puedo moverlas y tampoco sé si quiero hacerlo. Sella con un beso su hazaña alejándose al otro extremo del asiento trasero ya que se está quitando los pantalones y la ropa interior. Por lo que me está susurrando está quejándose de que no cabe y le resulta difícil deshacerse de su vestimenta. Le quiero gritar que yo le ayudo sin problema pero aparece sobre mí de nuevo. Ahora me evalúa como si fuera una muñeca de cristal, quizás… huh… a veces aparento serlo y también puedo ser tan mujer si así lo deseo. Su mano acaricia mi cara, las yemas de sus dedos repasan la figura de mis labios y su cuerpo exclama atención tanto como el mío. En la oscuridad de nuestras sombras, solo nosotros poseemos la certeza de

adivinar dónde nos encontramos en este reducido espacio y es emocionante. Sebas no escatima en subirse sobre mí hasta sentarse sobre mi vientre. Una de sus piernas está flexionada en uno de mis costados y la otra cae al otro lado. Muevo con necesidad mi cuerpo invitándole a que termine esta osadía carnal que vamos a presenciar.

Con otro beso casto de despedida y elevándose de nuevo, se mueve por fin hasta sujetar mis dos pechos y orientar su erección entre los dos para deslizarse sobre ellos suavemente. Veo la escena en el negro que nos otorga esta maldita oscuridad, yo huh… quisiera haberle podido ver como hace esto, una de sus posturas favoritas. Cierro los ojos para sentir como juega a apretar más mis pechos y deslizarse nuevamente, esta segunda embestida ha sido mejor. El eje de su erección choca contra mi garganta mientras yo gimo cada vez que lo noto. Mentiría si dijese que esto es lo más erótico de practicar el sexo con Sebas, pero lo es, una de los actos más enigmáticos que descubrí cuando le conocí. Disfruta y enloquece cada vez que penetra el espacio de mis pechos, moviéndose como le place y sintiendo que él posee el control de cada embestida. Se conmueve con su empuje y al mismo tiempo yo arqueo mi espalda para encontrar el punto de excitación que le haga rugir.

Sus susurros, barbaridades y palabras se pierden en el coche empañando los cristales con nuestros gemidos. La erección resbala por mi torso con armonía, adoptando un límite de velocidad que me provoca estar en alerta porque deseo más y más cuando intento dejarme arrastrar hacia abajo para que su eje siga golpeando mi garganta. Sebas pierda la noción del tiempo mientras aprieta con fuerza mis pechos, penetrándome y bailando a su son cuando siento el líquido resbalar poco a poco por mi garganta. Intensifica sus gritos embistiéndome con más velocidad e inclusive yo le acompaño en este orgasmo que nos viene a ambos por igual; él por su roce constante y yo por el roce constante que ejerce sobre mí.

Finalmente derrama todo sobre mi garganta expulsado dulcemente mientras ahoga el último grito que le da su redención. Ahora los continuos jadeos por el sobreesfuerzo me dejan al límite de la miseria por no poder tocarle. En estos instantes me gustaría abrazarme a él y no lo permite porque se da unas últimas embestidas de propio placer que me llevan a

orbitar en la gravedad del universo. Lame mis labios con necesidad y furia como si no hubiera tenido suficiente y me lleva consigo a esa dimensión en la que nos escondemos. A veces quisiera no tener que inventarme un mundo dentro de una burbuja y darle la oportunidad a este, al real según para la sociedad, pero los miedos me abordan terriblemente y me siento débil combatir contra ellos.

– ¿Sí?

– ¿Estás bien?

– Huh… sí, aunque me gustaría poder verte.

– Lo sé, reina. Si no desconectaba las luces no se apagaban las cámaras. Tenemos que volver a casa porque no tardarán en venir a ver que ha ocurrido y quiero estar muy lejos del lugar de los hechos. ¿De veras estás bien?

– Muy bien. Ha sido maravilloso.

– Espero que no estés muy cansada porque tengo intención de tenerte en mi cama y desnuda por el resto del fin de semana.

Por muchas sonrisas que le dé, él no va a regalarme una después de haber estado conmigo y haber hecho el amor. Sé que Sebas es muy serio, que no le gusta que todo el mundo conozca su verdadero yo, pero a veces necesito que me ofrezca algún rasgo significativo para poder quedarme apacible ante su constante solvencia.

Dentro del coche no pronunciamos más palabras. Él se ha peleado con la puerta del garaje para que se abriera manualmente después de girar su llave personal, se ha atascado y se he puesto nervioso. La ciudad está ajetreada y a mí me espera una movidita si llevo a cabo todo lo que he estado planeando en la habitación de esa Gina.

Apaga el motor descuidadamente mientras me bajo del coche cuando hemos llegado a su casa, es pequeña pero perfecta para los dos. Él siempre me dijo que si se mudó del apartamento en el centro de la ciudad a esta casa fue por mí, para que me sintiera a gusto y así fue. Lanza las llaves y móviles sobre la barra americana, la chaqueta de cuero vuela hasta el sofá y se gira para enfrentarme. Me sorprende mirando su trasero estimulando la

rojez de mi cara, espero que no se haya dado cuenta porque prefiero que apague las luces otra vez y no me vea.

Con su mano en el aire avanzo los pasos que nos separan para rozarla con delicadeza y nos guiamos mutuamente hasta la cama. No soy tonta, sé que vamos a practicar el sexo pero si algo he aprendido en estos cinco años de separación es que… huh debemos hablar nos guste o no.

– Sebas…

Ignora mi susurro sentándose en el filo de la cama y me arrastra hasta quedar sentada sobre una de sus piernas. Yo… forcejeo, procuro que no… mi peso y… La cara de Sebas es arrugada ya que está regañándome con las facciones de su cara, no le gusta que le lleve la contraria. Consigo levantarme exhausta por la presión de tener que dejar caer el peso de mi cuerpo sobre el suyo. Sebas conoce mi problema, es decir… él… bueno, soy visiblemente diferente y…

– No hablaré contigo hasta que no pongas tu maldito culo sobre mi pierna – se cruza de brazos intimidándome. Él me obliga a algo que desearía hacer sino estuviera en mis circunstancias.

– Te… tenemos que hablar muy seriamente.

– ¡No! – ¿Está enfadado conmigo? Huh… nunca ha dejado de estarlo.

– ¿Quién es ahora el infantil? – Le imito y recibo un gruñido como respuesta – en serio Sebas, tenemos que hablar y… bueno… debo de explicarte que… yo…

Las conversaciones con Sebas acaban siempre en el mismo lugar, yo desnuda y él sobre mí penetrándome hasta caer muertos sobre alguna superficie. Sin embargo, esta vez me gustaría zanjar nuestra relación. Estudiar los aspectos que esto conlleva, hablar de su familia, de nuestro futuro, del collar, de nosotros y de una infinidad de brechas abiertas. Yo… es imposible hablar si no escatima en mirar hacia mis pechos todo el rato, mi camiseta es fea, la llevaba para estar por casa pero él apareció y… ¿puede parar de hacerme el repaso? Él parece un niño.

– Tengo todo el fin de semana para esperar a que pongas tu trasero sobre mi pierna. No voy a decir nada más.

– Está… está bien, pero solo si dejamos de actuar como si no… y… bueno, tú me has entendido, ¿cierto?

– Completamente, reina. Ahora ven aquí que me siento solo si no te toco.

Sebas es dulce cuando le apetece, solo cuando le apetece, y aunque siempre lo es conmigo es muy difícil que se deje llevar por sus verdaderos sentimientos a la hora de mostrar el increíble hombre que es.

Arrastro mis pies como si no quisiera hasta llegar al filo de la cama, me siento a su lado y subo una pierna sobre la suya. Él me gruñe negándome cuando finalmente me arrastra por completo hasta sentarme sobre él y acunarme como si nunca nos hubiéramos separado. Planta su cabeza entre mis pechos susurrando palabras ahogadas sobre lo grandes que son y eso me hace reír tanto que tengo que obligarme a no hacerlo en voz alta.

– ¿Has terminado?

– ¡NO! – Levanta la cabeza para contestarme y vuelve a la posición en la que estaba.

– Como desees, entonces empezaré yo. Lo que has escuchado en el club… cuando… quiero decir… estaba con Karina, ¿has oído todo? – Mueve la cabeza asintiendo pero no responde – Sebas, por favor, para una vez que necesito hablar… quiero que… auh, ese… huh. No me muerdas.

– Joce, estoy siendo amable porque quieres hablar y malditamente hablaremos pero mientras lo haces yo puedo estar aquí abajo. Me siento bien. Ellas me han echado de menos y tú no. ¿A qué sí?

– Sebas, no es momento para bromas, – me levanto aturdida – necesitamos hablar de verdad, con el corazón.

– Hablemos. Y ya que mencionas el corazón me ha molestado que le hayas abierto el tuyo a Karina antes que a mí. Lo he escuchado todo. Se suponía que esta noche tendría que estar esperando el cargamento desde Malasia y yo he preferido mandar a la mierda a la brigada para poder verte.

Creí que me necesitabas después de lo que ha pasado con Gina y estipulé que mis acciones eran desastrosas si te abandonaba cuando más precisabas de mi compañía. El abrir la puerta y encontrarte tan cómoda hablando con una desconocida sobre ti y sobre nosotros, me ha molestado tanto que he querido follarme tus pechos toda la maldita noche.

Él tiene razón, no debí… huh contarle mis problemas a Karina pero mi definición de noche de mierda era patente a esas alturas con los encontronazos que había presenciado en el club; Sami, la chica que le saltó a Sebas, Diane, Gina, Lena… y luego Karina, que no me olvidé que le habló en clave a Sebas pero preferí tratarle como la abuela que ya no tendré jamás. Ni yo misma me lo explico y debo de comunicárselo a él, que como siempre, echa por la borda todas mis frases y textos estudiados en mi cabeza porque consigue distraerme cada vez que le apetece.

Suspiro entrelazando mis dedos y miro mis pies hasta que sus quejidos en voz alta me alertan de que está esperando a que hable. Siempre me da el tiempo y espacio que necesito para desenvolverme a mi ritmo.

– Lo siento.

– ¿Lo sientes, Joce? Vamos, puedes hacerlo mucho mejor.

– Está bien… es que… huh… es…

– Mientras te debates en si hablar o no, ¿podrías malditamente hacerlo más pegada a mí? Quiero tocarte.

– Sebas, no, no y no. Esto no va de tú y yo tocándonos. Necesitamos hablar y… vale, he sido una descuidada en mi confort con Karina pero ella estaba ahí diciéndome cosas y yo solo me relajé.

– Te he estado pidiendo explicaciones desde que regresaste y he obtenido contradicciones continuas. Haber abierto la puerta y verte con ella diciéndole que me abandonaste por tu peso ha sido lo que me ha puesto de un maldito mal humor. También que cuando estabas conmigo me echabas de menos, ¡¿malditamente en que puto momento?! Porque no me separaba de ti en todo el día cuando no ibas a la universidad. Y, ¿qué no quieres malditamente que te vean en público conmigo?, ¿qué quieres a otra mujer en mi vida?, ¿de qué mierda estamos hablando aquí, Jocelyn?

– Lo… lo siento.

– No vuelvas a decir más lo siento. ¿Para qué me pediste el collar de nuevo? Pensé que no lo querías, y luego lo vuelves a querer, y luego no lo quieres. ¡Aclárate de una maldita vez!

– Tus gritos…

– ¡SÍ, MALDITAMENTE GRITO!

Se levanta pasando por mi lado, el aire que ha desprendido en su velocidad ha erizado mi piel. Se ha marchado a la cocina para beber agua porque está enfadado, esta vez con mucho más motivos porque yo no puedo expresarme como me gustaría. En mi burbuja no tendríamos discusiones, lo daríamos todo por hecho y así viviríamos juntos felices y para siempre. Me apena que no exista en su mundo, en el mío Sebas y yo no necesitaríamos decirnos nada a la cara.

Le enfrento caminando en su dirección, quiero que vea que aunque no pueda decir mucho con las palabras la chica que está dentro grita por la desesperación como él lo hace.

– Prometo no decir lo siento. Discúlpame si… – levanta una de sus cejas mientras cierra bruscamente la puerta del frigorífico – tampoco diré disculpa, pero permíteme estos errores porque no estoy acostumbrada a… a… créeme que yo lo intento pero fracaso, no sé cómo me las apaño que… bueno, ya me conoces.

– Te juro que me llegas a enfermar, Joce, – he vuelto a ser Joce, eso es un gran avance en su estado anímico – te juro que vas a tener que poner de tu parte. Tomate el tiempo que estipules. Tu sabes que no te he presionado, que incluso no piso la oficina para no cohibirte y molestarte, pero cuando tomes tu decisión hazlo con cojones.

– No tengo cojones – sonrío, él como es obvio, no.

– Pon solución a tu mierda, ¿qué malditamente te pasa?

– Na… nada. Sí. Me pasan cosas y…

– Cuando te conocí eras distinta a como eres ahora. Aceptabas cada maldita cosa que te daba sin replicas, sin discusiones. El collar te sirvió para que cambiaras, eras tímida, sensible y cuando te lo quité eras una mujer

diferente que aceptabas al hombre que había a tu lado. ¿Qué mierda cambió de la noche a la mañana? Y no me pongas la excusa de que no puedes hablar porque hemos tenido conversaciones por horas y no te ha importado.

– Te quiero, Sebas. Tú mejor que nadie me conoce y… esto es complicado porque la… la decisión de… – lo estás perdiendo Jocelyn, traga saliva, relájate y háblale como si fuera el hombre te tu burbuja – hablaré. Hablaré sin comas, sin puntos y desde el corazón pero… huh ¿podrías sentarte? Tu altura hace que yo… y estamos descompasados, eso… ¿me intimidas?

Casi me escupe a la cara por su bufido mientras pasaba de nuevo por mi lado, avanzaba hasta la cama y después de otro bufido, se ha sentado. Está frente a mí con los brazos cruzados esperando a que hable y esta vez no me voy a andar con rodeos, usaré los latidos de mi corazón para abrírselo.

– A estas alturas debes de… quiero decir, debes de saber que te quiero y eso no…

Él me está mirando más serio que de costumbre, los músculos de sus brazos son gigantes y está consiguiendo que me distraiga. Le debo la verdad, mi verdad.

No me lo pienso dos veces para sentarme a su lado, su aura sigue trasmitiéndome la negatividad que yo misma le he contagiado. Ya me he cansado de darle vueltas a mi vida, a mi pasado. Juego con una uña mientras balanceo mis piernas bajo sus ronroneos de frustración.

– Estoy esperando – me ordena.

– Nunca te he mentido cuando te conté como fue mi infancia, una niña inmensamente feliz rodeada de mucho cariño y con una vida meramente normal. No era consciente de lo que tenía hasta que lo perdí porque de la noche a la mañana me arrebataron a mi familia y la tragedia quiso que fuera así. Pasé de ser la niña más sonriente, soñadora y encantadora a vivir con una mujer octogenaria de la que dependía. Mi abuela me acogió con los brazos abiertos pero la pobre ya no tenía edad para ocuparse de una niña en pleno crecimiento ya que ni ella casi se podía sostener en pie. A medida que el tiempo iba pasando comencé a darme

cuenta que yo cuidaba más de ella que al revés, la mujer necesitaba a una persona dependiente a su lado que le ayudara en determinadas circunstancias y ella me tenía solo a mí, por lo tanto, me tocó ser la nieta que creció siendo su asistente más que una niña como otra más. Todo era rutinario hasta que mi cuerpo se volvió grande, con los años me convertí en una niña obesa que desconocía el mal que le estaba haciendo a mi cuerpo. Es cierto que mi abuela cocinaba para mí y se encargaba de estar pendiente del chico de la tienda para que le trajera la compra, pero al fin y al cabo, era yo sola la que se metía en la cocina y arrasaba con todo lo que había. Desgraciadamente, ahí no acaba todo. En el colegio viví el peor infierno de mi existencia, los niños se metían conmigo por mi peso y me tiraban restos de comida de la basura, hasta que no me hacían llorar no paraban. Los profesores no hacían nada y el miedo se apoderó de mí, y, ¿cómo sobrellevaba esa parte de mi vida?, comiendo más y más. Al principio eran solo chucherías que mi abuela compraba para ocasiones especiales, luego me lo tomé como rutina y poco a poco se convirtió en algo vital para mí.

Sebas apenas ha respirado desde que estoy hablando porque está atendiéndome como si estuviera esperando esto por años. Me pongo sobre mis pies dirigiéndome al sofá dónde ha dejado mis cosas y cojo el bolso con nerviosismo pero con valentía ya que estoy haciendo lo correcto. Abro la cremallera volcándolo bocabajo, vemos caer algunas de mis cosas personales pero en su mayoría restos de pastelitos, chocolatinas, gominolas y muchas más que no me apetece ni comer. Él se mueve inquieto susurrando mi nombre por las lágrimas que se acumulan en mis ojos.

– Joce…

– No, – digo en voz alta – el acoso que sufrí desde mi niñez fue horrible. Nunca vas a experimentar que te restregaran el chocolate por la ropa, que los niños pegaran a tu pelo restos de fruta o que te lanzaran la basura cada vez que te veían. ¡Nunca! Ellos… ellos fueron crueles e inhumanos con una niña que estaba perdida. Mi abuela no se enteraba de nada, apenas hablaba cuando llegaba a casa porque siempre estaba durmiendo y yo me encerraba en la cocina para comerme todo. La pobre se gastó el sueldo de su paga en comida más que en mis caprichos. Lloraba, me enfadaba y con el paso de los años me escondía en un rincón acogiendo

a la oscuridad y soledad como mi alma gemela. Esperaba y ansiaba el cambio del colegio al instituto para que me dejaran en paz pero esos niños siempre se las apañaban para hacer de mi vida un infierno porque… porque en el instituto, los dos primeros años estuvieron acosándome mientras me insultaban y… y… me hacían llorar.

– Jocelyn… – Sebas está disgustado y me mira con esos ojos de pena mientras lloro hablándole de como he vivido mi vida de mierda.

– Como te he dicho, los dos primeros años fueron una mala consecuencia de mi estancia en el colegio. El instituto era más grande, con mucha más gente e incluso los apartados sociales se acercaban a mí para hablarme pero yo los rechazaba porque aprendí a estar sola, a no hablar, a encerrarme en mi misma. Los niños que me conocían del colegio también empezaron a tener otras prioridades y a no meterse con la gorda del barrio, así que no tardaron en seguir con sus vidas y olvidarse de mí. Pero la herida seguía abierta porque no paraba de comer ya que era la única fuente de felicidad que entraba en mi vida y es el exceso continuo que haces sobre ello lo que te manda al infierno. La soledad es lo que te hacía, que solo existes tú y ella, es por eso que me pareció más sensato estudiar los pasos que daba antes de encontrarme con obstáculos que me llevaran al descontrol de mi misma. Tenía la esperanza de que mis padres regresaran algún día, que me llevaran con ellos y así dejar de sufrir como lo hago. Pero… llegaste tú… – sonrío apartándome las lágrimas mientras muevo mis dedos frente a él – te vi en una revista que había en el instituto, el profesor de economía se la dejó olvidada en la mesa y ahí estabas tú, el abogado más joven en llegar a un alto cargo público. Nunca te asocié con tu hermano Bastian aunque el parecido es inmenso, pero poco a poco conseguí evadirme de la comida y que fueras tú mi única fuente de felicidad.

– Reina… – él no sabe que decir ya. Necesito llegar hasta el fondo.

– Fuiste mi primer, único y último amor por muchas razones, Sebas. La etapa del instituto no es fácil para alguien con sobrepeso, que no es popular o que recibe un acoso, y cuando te aferras a una persona que no te conoce lo das todo por ella. Y lo di todo por ti. No dejaba de comer porque lo hacía constantemente, pero fuiste mi motivación e ilusión que me llevó a ser una persona diferente. Fui adicta a comprarme revistas, periódicos y leía

en el instituto artículos aburridos donde se hablaba de tus logros y… y me enamoré cada día más. Veía los combates de tu hermano para verte a ti. Compraba esas revistas de famosos por si tú aparecías como segundo plano o algo, pero nunca apareciste y empecé a comprender que eras el hombre digno que decían que eras en las revistas de abogados. Recuerdo que una vez te vi en las noticias locales, esas que nadie ve porque prefieren ver los canales de pago y… y ese día quise desmayarme. Pusiste en mí la sonrisa más verdadera que jamás haya podido darle a nadie porque fuiste el regalo que mis padres me mandaron desde el cielo. Creía que era algo adolescente e infantil, pero… pero… huh… ya sabes que no es así porque… te quiero y… bueno…

– Lo estás haciendo bien – susurra emocionado.

– Pues… desde mi… mi adolescencia ya te amaba. No solo trajiste una vía de escape a mi vida aburrida, sino que me contagiaste la esperanza de poder estudiar lo que tú estudiaste y poder llegar a verte, hablar contigo o trabajar en tu bufete solo para estar cerca de ti y amarte en la distancia. Y me diste mucho más que todo eso, una razón por la cual no acabar como mis padres, – eso hace que frunza el ceño porque no me ha entendido – sí, después de sobrevivir a los dos últimos años de instituto y pisar la universidad, mi abuela falleció y oficialmente me quedé sola en la vida. Aunque eras mi motivación y mi ejemplo a seguir, me hundí tanto en la miseria que llegué a pensar que nada merecía la pena porque jamás llegaría a ti. Continué en la universidad porque fue mi mejor época académica, allí nadie hablaba con nadie, pasabas desapercibida y la herencia familiar me otorgó grandes ventajas a la hora de pagar mis créditos. Pero cuando veía ya el final de la carrera me preguntaba qué haría con mi vida si no conseguía entrar en tu bufete. Tú ya sobrepasabas los límites, eres el Fiscal del Senado, el del Ministerio… tra… trabajas mucho y has llegado muy alto. Y yo solo sería un suspiro a tu lado, nada al día de hoy.

– Reina, eres mi vida.

– El día en que me conociste quise hacer lo que quise hacer. Me puse los auriculares, activé la música lo más alta posible, agarré mis cosas, me comí una última chocolatina y crucé la calle más transitada de la ciudad con la única intención de reunirme con mi familia. Quería irme con mis padres,

estar con ellos, verlos allá donde quieran que estén… pero tú… tú eras el que frenó el coche y casi me diste un infarto porque se suponía que el semáforo estaba en verde para ti y frenaste. Y… y… cuando apareciste desde tu gran coche con grandes cristales negros quise morirme. Era otra señal que seguro me habían mandado mis padres, otra razón por la cual me precipité en querer unirme a ellos tan pronto y… huh… te dejé entrar.

Nunca olvidaré ese día. El día en que volví a tener esperanza.

– Jocelyn, ven aquí – hago un gesto con la mano para que me permita terminar.

– Creí que era una broma, era imposible que el hombre que veía en las noticias locales estuviera frente a mí. Y no solo frente a mí, estabas zarandeándome como si intentaras traer de vuelta a la niña que un día murió, fue cuando abrí los ojos y miré a los tuyos. Me desencajaste, has nacido para conseguir que muera cada vez que te vea porque te quedaste impactado mirando a los míos y temí llevarte a la furia por completo. Ya sabes, por eso de que tú hermano era el campeón mundial de lucha. Cuando me mirabas frustrado creí que era lo mejor, odiarme sería el mejor sentimiento real que podrías tener sobre mí porque jamás llegaría a trabajar en tu bufete. Pero… tus ojos me hablaban y me hipnotizaron. El resto… ya… huh lo conoces.

Sebas está mirando hacia mis pies, está… está pensando en lo que le he dicho y está enfadado porque tiene el ceño fruncido. Vuelve a mirarme a los ojos.

– No sabía que tú…

– Espera, no he acabado, – me adelanto cortándole – tomé todo de ti porque… porque yo te amaba. Al principio creí que era una broma tuya y de tus hermanos para ver hasta dónde llegabas con la gorda pero eras diferente… algo como… huh lo que siempre soñé. Eras el novio perfecto, lo del collar fue la mejor etapa de mi vida porque puse todo de mí en tus manos y lo recibiste con el respeto que eso conlleva. Me acompañabas a la universidad, me recogías, hablabas con mis profesores, me alimentabas, luego me dabas el mejor sexo de mi vida y… y, ¿quién no querría a un novio cómo tú? Algunas chicas de la universidad me comentaban que eras

excesivamente controlador conmigo pero yo necesitaba ese control, quería a alguien quien tomara las decisiones más absurdas por mí porque hasta en eso estaba perdida. No era cuestión de distracción, era... es algo inexplicable. Si había soñado con algo en mi vida, mis padres desde el cielo lo hicieron realidad porque eres el hombre más maravilloso que hay en este mundo y eso nunca se te debe de olvidar. Sin embargo, todo iba perfecto hasta que dejó de serlo. Es verdad que respetaste todas mis peticiones, casa pequeña, oscuridad, soledad, privacidad… pero como era lógico te acomodaste en la relación tanto como yo y eso me llevó al miedo.

– Joce…

– Déjame terminar, por favor, es la peor parte de todas porque esto implica el que te perdí, – el baja su nuez nervioso – después de quitarme el collar decidimos seguir con los mismos parámetros porque ya no era una decisión de una parte, era de los dos y eso me atemorizó como el infierno y lo acepté. Al principio me sentí a gusto porque continuamos con nuestras vidas pero fue cuando quisiste avanzar más y más y… y me volví loca. Empecé a agobiarme de cómo me perseguías, activabas el chisme ese en mi móvil, nos aislabas a solas y exigías mucho más de mí en el sexo después de… huh haber perdido mi virginidad contigo. Con el collar eras delicado, cortés, elegante… pero pasaste de ser el hombre sexual perfecto a querer amordazarme y atarme y… y esas cosas que para mí eran un suplicio ya que yo no soy delgada. Tus padres, me llevabas a cenar en restaurantes con ellos y tu madre me… me atacaba todo el tiempo suplicándome que me casara contigo, que le diera nietos y… la boda, quería una boda inmediata y pensé en lo surrealista que era todo aquello. Tus hermanos apenas hablaban conmigo cuando estábamos con ellos, Sebastian me miraba mal y Bastian… huh está bien que vivía una etapa de su vida poco convencional pero que me llevaras a esas peleas ilegales para mí era como saludar a la propia muerte. Vi cosas que no quisiera haber visto y si fuera normal… huh… no me importaría pero en mi estado emocional era inimaginable sobrellevar ese estilo de vida. Tu club, tus putas, tus amistades y todo lo que te acabo de explicar hicieron de mí una explosión en mi interior de la que al día de hoy no me he recuperado. Es verdad que la noche anterior antes de tomar mi decisión hablamos, pero entiende que no me creí una palabra de lo que dijiste, ¿boda?, ¿niños?, ¿presentación familiar oficial? Me agobié tanto que

ni yo misma tuve tiempo de hacerme la maleta. Llegue a casa mientras estabas fuera y conduje días y días hasta Montana dónde he estado trabajando en un establo a cambio de una estancia. Allí no quise saber nada de ti, ni ver noticias, leer periódicos u otro tipo de contacto porque me mataría el verte con otra mujer. Pero hace un par de semanas se dejaron la televisión encendida, te vi en una conferencia por casualidad y lo único que se quedó grabado en mi mente era que el locutor comentó que eras el flamante soltero de novia desconocida. Mi mente trabajó mucho más que mi corazón y si había una mínima esperanza de volver a verte, me quería aferrar a ella. Puedo afrontar mi trauma infantil, mi personalidad, mis miedos, mis pesadillas, mi soledad… y todo, pero no mi peso que sigue siendo el mayor de mis problemas porque soy consciente de lo gorda que estoy y lo diferente que soy a otras mujeres. Creo que… eso es todo.

Levanto mi cabeza para ver como se ha levantado. Está agitado, nervioso, aturdido y muy, pero que muy enfadado.

– ¡MALDITA SEA, JOCELYN HARDEN!

Su grito me ha electrificado tanto hasta el punto de paralizarme frente a sus ojos. La vena de su cuello va a estallar junto con su camiseta y voy a ser testigo de verlo en primer plano.

– ¡Nunca me hablaste de que sufriste acoso escolar! ¿Por qué malditamente no me lo dijiste? Y, ¿tu peso?, ¿mi madre?, ¿tu huida? ¡Jocelyn Harden me has tocado profundamente los huevos!

– ¿Te abro mi corazón y así me lo pagas? Acabo de hablarte de mis sentimientos, los reales.

Prefiere evitar mi mirada para volver a beber de la botella de agua que tiene en el frigorífico, es su manera de pensar mientras no va por ahí amordazando. Le sigo inquieta especulando mentalmente lo que está pensando y el por qué se siente tan decepcionado conmigo si yo solo le he contado mi vida entera. Cierra de un portazo la puerta para mirarme mientras apoya las manos en la isla de la cocina.

– Joce, confiesa que ha sido otra de tus jugadas.

– ¿Jugadas? No, no Sebas, es la verdad.

– ¿Has estado malditamente teniendo problemas con tu peso y no le has puesto si quiera remedio? Comes porque te apetece, no porque te agobies o te atormentes. ¿Y me echas a mí la culpa de tu maldita huida? Me abandonaste porque te dio la maldita gana, ¡joder!

– Esto… – mis lágrimas caen al suelo – ha sido un error.

– Sí, ha sido un maldito error. Desde que te conocí hasta que te he dejado entrar de nuevo en mi vida. No solo he rozado la locura, me has arrastrado contigo.

– ¿Qué te pasa Sebas? Conocías en parte lo que te he contado, ¿por qué este rechazo ahora?

– ¡Porque eres una maldita cobarde! Pensaba que eras más inteligente, toda esta mierda de conversación iba bien hasta que ha salido mi nombre. ¿Si era tu vida porque no te quedaste aquí conmigo? Y si no creíste una maldita palabra aquella noche, ¿de qué mierda va a servir que hable?

Si soy sincera conmigo misma no me esperaba esta reacción. He provocado que se rompa la fina cuerda que se tambaleaba entre nosotros y con eso arrastrándole al precipicio junto a ella. Acabo de poner todas mis cartas sobre la mesa, no soy nadie sin él pero tampoco pretendo serlo junto a él si no me acepta como creía. Abrirle mis sentimientos ha sido un terrible error y he pecado de novata una vez más creyendo que él se pondría de mi parte.

– Vete a la mierda, – parpadeo para mi propia sorpresa porque no me lo esperaba – no tengo nada que hacer aquí contigo. Tampoco pretendo que te pongas en mi posición. Ya has obtenido tu polvo nocturno que era lo que querías, y ahora con tu permiso, me voy a mi casa.

Recojo mis cosas y cargada con todo abro la puerta cerrándola detrás de mí. Sonrío con astucia hasta que me doy cuenta que no tengo aquí mi coche porque está justamente aparcado en la puerta de mi casa. Miro el reloj blanco de mi mano izquierda que marca las dos y cuarto de la mañana y para culminar el peor día de mi vida, me arrastro sentándome sobre la entrada de la casa de Sebas. Esperaré aquí hasta que se decida dejarme entrar.

No lo hace.

Diez minutos y el muy tonto se cree que me he ido andando.

Él no es tonto, es inteligente y quiere que me arrastre hacia él de nuevo. ¡No! Ya he tenido suficiente por hoy y... me ha caído una gota en la cabeza.

La puerta se abre quedando tumbada en el suelo y con la sombra de Sebas sobre mi cuerpo.

– Nancy está al teléfono y quiere hablar contigo. Entra.

– ¿Por qué me has dejado aquí tirada?

– Joce, la puerta estaba malditamente abierta. Tienes que tener muy pocas luces para no darte cuenta de ello.

Estira su mano sobre mí para que coja el móvil y con los pies húmedos por las escasas gotas que caen del cielo pongo el aparato sobre mi oreja.

– ¿Nancy?

– Jocelyn, ¿cómo estás?, ¿por qué te ha hablado así?

– ¿Dónde has estado? Te he echado de menos.

– Cariño, ¿qué ha pasado? Mañana estaremos en Chicago.

– ¿De veras? Eso es una… bueno… me gustaría y…

– Sí a todo cariño, pero ahora dime, ¿por qué me ha llamado Sebas y me ha pedido que hable contigo?

– ¿Ha hecho eso?

– Sí. En realidad ha llamado a Bastian, le ha gritado, le he gritado yo a él, he acabado gritando a los dos y al final he dicho que o se me da el móvil o el próximo viaje que haga será de destino desconocido y contigo y mis hijas.

– ¿En serio le has dicho eso? – Ella es mi heroína. Me levanto emocionada por oír más como pone a los hermanos en su sitio.

– Por supuesto. Gritar a un Trumper es algo que haces a diario, gritarle a dos, a tres e incluso a tres Trumper al mismo tiempo es mucho más satisfactorio. ¿Va todo bien cariño?, ¿has avanzado algo? No, Bastian, déjame en paz.

Se oye al fondo como Bastian está quejándose de que va demasiado escotada para un viaje tan largo.

– Las cosas con Sebas van de mal en peor. Cuando creía que sincerarme era la mejor opción para los dos se ha enfadado con algunas cosas que le he contado.

– ¿Y qué más?

– ¿Cómo? No te entiendo.

– Aparte de enfadarse, que es como el gen que va con ellos.

– Huh… solo se ha enfadado, me ha gritado y ha malinterpretado lo que le he querido comunicar.

– Oh. Entonces insiste, Jocelyn, insiste y sé firme. Lleva a Sebas a la palma de tu mano y que no sea al revés. Hazle entender que tú eres quien manda en la relación y que la única manera de que funcione sea a base de sinceridad y confianza. Mira Jocelyn, no soy nadie para meterme en medio, pero desde mi humilde punto de vista, sí que quiero decirte que Sebas es el más sereno de los tres hermanos y si algo sabe hacer muy bien es escuchar.

– Lo ha hecho, pero me ha rechazado.

– Bueno, mantente firme y hazle dormir en el sofá. Bastian, déjame en paz, que no, que he dado de comer al bebé. No llevo el sujetador ortopédico bobo, suéltame, no, Bastian que estoy hablando con Jocelyn, ¿puedes dejar de…? ¡Bastian! Oye Jocelyn, tengo que dejarte. Hazme caso, sinceridad, confianza y mantente firme. Él te ha esperado por cinco años y estaría otros cinco años más esperándote si tan solo pudiera estar a tu lado. Está enamorado de ti. Usa eso a tu favor. Tengo ganas de conocerte, te cuelgo ya porque mi… ¡Bastian! Nos van a ver.

– Gracias Nancy – ella puede ser divertida si lo que oigo son golpes hacia su marido, ¿cómo hará para convivir con el testarudo de Bastian?

– Cuelgo Jocelyn.

Y lo hace rápidamente porque se oían gritos al fondo de Bastian gritándole a alguien por estar cerca de ellos. ¿Él será tan posesivo con su mujer como me dijo Sebas? Espero que le caiga bien y que… huh… está empezando a llover. Odio las tormentas de primavera.

Suspiro arrastrándome por el suelo hacia dentro de la casa, cierro la puerta con el pie y al girar en el suelo veo que Sebas sigue impasible detrás de mí. Sus brazos cruzados impone todo el respeto que le debas mostrar a una persona, su cara está matándome con cada puñal que me clava y el color de sus ojos se trasforma en oscuro por su mal humor.

Me levanto poco delicada y una vez que estoy de pie dejo el teléfono sobre la estantería que hay al lado de la puerta.

– Me ha dicho que me mantenga firme. También que duermas en el sofá – me río.

– No me hace gracia. Estoy muy enfadado contigo.

Respira hondo Jocelyn y hazlo. Rápido. Sin pensártelo dos veces.

Corro hacia él para abrazarle fuertemente y no duda en abrazarme también. Su respiración es agitada mientras sus labios besan la cima de mi cabeza. He decidido que intentaré no llorar y eso hago porque lo único que tengo en mi vida es a Sebas. Nancy me ha dado energía y no hemos hablado como a mí me gustaría, pero no sé, tal vez el oír como una mujer está soportando a un Trumper me da fuerzas. Ahora no estaré sola.

– Sebas, pondré de mi parte para remediar todo el daño que te haya podido causar. Perdóname de corazón.

– ¡Maldita sea, Jocelyn! – Levanta mi barbilla mientras sigo apretándome fuerte a él – eres lo que malditamente quiero en mi vida pero me ha dolido que me hayas contado todo eso. Desde la impotencia de no poder hacer nada por devolverte a tu familia hasta que pensaras que no confiabas en mí. Te amo reina, pero contigo no sé cómo acertar.

– Psicológicamente no me encuentro bien. No puedo afrontar los impedimentos en la vida como cualquier otra persona. Soy débil, sensible, tímida y profundamente enamorada de ti. Pero eso no te da derecho a juzgar como me he sentido cuando estaba contigo. Es cierto que nunca debí huir,

pero mis miedos me atemorizaron y pensé que alejarme de ti era lo mejor. Estoy gorda, Sebas, tú… tú mereces a una mujer diez a tu lado, te lo he dicho como diez millones de veces.

– Si merezco a una mujer diez a mi lado, ¿por qué malditamente sigues aquí? – Bajo la cabeza separándome de él. Sebas agarra fuerte una de mis muñecas y acabo por contestarle con un movimiento absurdo de hombro porque no sé qué decirle. No se me da bien esto de… huh… declararme – te he hecho una pregunta.

– Porque te quiero. Pero también aceptaré lo que sea que tú desees.

Cierra los ojos pasándose la mano por su pelo, lo hace cuando no aguanta más y está a punto de estallar. Miro su agarre sobre mi muñeca mientras pienso en lo que podíamos haber sido, a estas alturas hubiéramos tenido dos o tres hijos y él estaría orgulloso de mí. Pero no es así, lo abandoné y asumiré las consecuencias hasta el fin de mis días. No puedo hacer retroceder el tiempo.

– Jocelyn, ¿descansamos y mañana hablamos? Estoy muerto y ahora no quiero decir nada de lo que vaya a arrepentirme.

– Sí, será lo mejor. Yo puedo huh… dormir en el sofá.

– No. He dicho descansar, no dormir. Pretendo hacerte el amor durante toda la noche hasta que veamos el atardecer del día siguiente.

Sebas sabe lo que decir en cada momento. Es cierto que ha sido un día duro para los dos y entrar ahora en una conversación profunda que determine nuestro futuro sería un suicidio.

CAPÍTULO DOCE

El atardecer se está oscureciendo demasiado rápido para mi gusto. Estoy sentada en el sofá mientras Sebas va de un lado a otro gritando enfadado por la conversación que tuvimos ayer. Una vez que nos metimos dentro de la cama hicimos el amor con mucha pasión, a mí se me olvidaron todos mis traumas para entregarle lo mejor de mí, pero en cuanto despertamos al medio día él se ha transformado en un ser horripilante. No

para de quejarse, de discutir por todo y de echarme en cara lo que le conté desde lo más profundo de mi corazón.

Para Sebas está siendo bastante complicado el tener que conocer de primera mano toda mi vida. Él me acusa de que debí habérselo contado en cuanto le conocí. Y yo, cuando lo hice, pensé que era su pasatiempo hasta que nuestra relación se puso seria y me asusté, pero eso es algo que Sebas Trumper no va a entender porque es demasiado testarudo como para admitir que tuve que hacerlo.

Se ha sentado en el sillón de al lado moviendo el café más rápido de lo que suele hacerlo. Hemos pedido la cena hace un rato pero la tormenta de primavera ha hecho que el tráfico retrase a los repartidores, nos acaban de llamar del restaurante hace un rato confirmándonos que nuestro pedido está en camino. Sin embargo, no veo razón por la cual él tiene que beber ahora café si está de los nervios.

Juego con el hilo del sofá mientras le veo de reojo, él está pensando en algo que no tiene por qué pensar.

– Si bebes café no cenarás – susurro.

Se lo bebe de un tirón para llevarme la contraria. Es tan sexy cuando se pone así que me estoy pensando si debo de persuadirle y practicar el sexo otra vez.

Va a la cocina para dejar la taza de café y se posa delante de mí con las manos en la cintura. Y… huh… la decimoctava ronda empieza en tres, dos, uno.

– ¡Es malditamente todo, Jocelyn! ¿Cómo puedes haberme ocultado que en el colegio te acosaban e incluso en el instituto?, ¿es así como funciona la maldita sociedad en este puñetero siglo?

– Ya te he dicho que no era una niña normal. Y ni era descarada, ni era valiente en confesar un problema de peso.

– ¿Por qué no se lo dijiste al director, a la policía, al FBI?

– Sebas, – me hace sonreír – ya pasó. No pensemos en qué hubiera sido lo mejor porque ya no tiene remedio. Por desgracia no puedo hacer

retroceder el tiempo. Fue mi culpa, si no comiera tanto… huh… los niños no se hubieran metido conmigo.

– ¿ME ESTAS MALDITAMENTE HABLANDO EN SERIO?

– Sí, Sebas. Y para ya malditamente de gritar. Te vas a enfermar.

Ha empezado a estornudar hace un rato porque el muy terco salió en plena lluvia a meter el coche en el garaje para que no se mojara. Las tormentas de primavera son intensas y se imaginó que su coche iba a hundirse o algo parecido.

Suena su móvil de nuevo, he perdido la cuenta de las veces que ha sonado. Será su madre, su hermano, su otro hermano o incluso alguien de la familia que no conozco. Después de almorzar hemos practicado el sexo y su hermano pequeño le ha llamado en mitad del acto. Él tiene la chulería de meterse dentro de los móviles ya que ha llamado a todos los de Sebas al mismo tiempo con tal de llamar su atención y que le hiciera caso.

Veo su… huh trasero firme ir a por el teléfono que está en su mesita de noche. Viste con unos pantalones verdes de chándal de tela fina y le cae por debajo de su cintura. La camiseta blanca que se ha puesto encima deja mucho que desear pues me apetece ver su torso desnudo mientras discutimos ya que es todo un lujo poder admirar a dicho hombre.

– No me vuelvas a llamar. Te lo digo en serio. Me da igual. ¿Qué? ¡Yo que sé! Pues llámale malditamente a él. Te hablo como quiero. Lo siento. Sí. No. Por supuesto que no. Madre, estoy con Jocelyn y ocupado. No. No vas a hacerlo. ¿Qué? No es mi culpa. Y yo que sé. Espérales en el aeropuerto. No vamos a ir. ¡NO! Es pronto para que Jocelyn vaya a Crest Hill, ella no conoce a nadie y estoy intentando que no se vaya de mi lado y con vuestra ayuda no llegaré muy lejos. No te hablo mal. Llama a tus otros hijos. ¿Qué? Eso es ir demasiado rápido. ¿Qué parte de que Jocelyn está aquí no has entendido? – Hay un gran silencio – vale padre, no volveré a gritar a madre. Eso ha sido un golpe bajo, madre. No te rías porque no me hace gracia. No puede porque está en el baño. Mañana hablamos y dile a tu hijo Sebastian que deje de tocarme los huevos con las llamaditas. Le falta ponerme una cámara en la punta de… sí madre, hablo bien, pero no me molestéis porque estamos ocupados aquí. Adiós.

Lanza el móvil a la cama, sus ojos me trasmiten pena. Él ha sido el más presionado por su familia en los últimos años porque siempre ha sido el hermano más sensato y querían casarle pronto. Me acuerdo que Margaret no paraba de suplicarme delante de quien fuese que yo iba a ser su esposa e iba a darle nietos, y eso Sebas nunca lo negó. Es más que un hombre diez de los pies a la cabeza, es mío y me estoy perdiendo todo esto.

Me levanto para encontrarme con él a mitad de camino y así abrazarle. Siempre que lo hago me recibe con otro abrazo mucho más posesivo y eso me agrada porque así sé en qué punto de la relación estamos. Sé que no soy la mejor persona para él pero pondré todo de mi parte para que así sea y se sienta orgulloso de mí. Es importante para mí que se sienta orgulloso, me lo repito a diario para no olvidarme.

– Eres un buen hombre, Sebas, no lo olvides.

– ¿Es que te estás despidiendo de mí?

– ¿Es que siempre vas a estar a la defensiva conmigo? – Pongo mi barbilla en su pecho y niega con la cabeza – tu familia es un poco… huh… diferente.

– No lo sabes tú bien. Somos de otro planeta, siempre lo he dicho.

– Pero ellos te aman y eso es más de lo que puedas pedir. Los tienes ahí para ti y debes de disfrutarlos.

– No querrías disfrutar una comida familiar con mi madre volviéndose loca con sus nietas. Mi hermano mayor discutiendo con mi madre. Mi cuñada discutiendo con mi hermano pequeño porque este provoca a mi otro hermano metiéndole mano. Y luego está el factor padres de mi cuñada. La madre cocina más que toda la comida que pueda llegar a existir, hasta que no te ve morado no deja de insistir en que comas. Ya te dije que me estuvo mandando tarta de arándanos durante un año y medio, luego le comenté que no me hiciera más, pero claro, me llamó mi hermano Bastian gritándome a los cuatro vientos lo descortés que había sido rechazándola y ahora simplemente me limito a oír, ver y callar. Esta familia no tiene ni pies ni cabeza.

– Suena divertido.

– Ya verás que no es tan divertido como parece. Es más, mañana se reúnen todos en casa de los Sullivan y quieren que también vayamos. Les he dicho que no para que no nos presionen, pero podemos ir si tú quieres.

– Huh…

– Lo sé, es demasiado pronto y además, sigo enfadado. Pero vamos a hablar seriamente antes de que corte las pelotas al repartidor como no venga en diez minutos.

Nos damos un beso ligero y casto mientras nos dirigimos al sofá. Sebas se sienta como un hombre de la ley, con las piernas abiertas y los antebrazos apoyados en las piernas con los dedos entrelazados. Y yo como la niña que va a ser castigada por algo malo que ha hecho, con las piernas juntas, manos entrelazadas y con la mirada al suelo. Temo lo que vayamos a hablar porque tratándose de nosotros nunca sabemos por dónde vamos a acabar.

– Sebas, quiero añadir a lo de ayer que me sentí dolida cuando me rechazaste después de haber abierto mi corazón.

– Mírame. No es rechazo, estaba enfadado conmigo. Todavía lo estoy.

– ¿No estás enfadado conmigo?

– No, reina, ¿por qué debería estarlo? La forma en la que acepté toda la información bloqueó la única neurona que me funciona cuando se trata de ti. Joce, lamento lo que te ocurrió en el colegio e instituto, ¿por qué no me contaste esto cuando nos conocimos?

– Porque pensaba que solo era una diversión para ti y contártelo significaba compartir mis sentimientos reales.

– ¿Es verdad que tienes un problema con tu peso?, ¿te molesta?

Huh… ¿debería contestarle con la verdad o con lo que quiere oír? Trago saliva mirándole a los ojos y asiento. Él frunce el ceño porque no le gusta que no le hable, así que ruedo los ojos y carraspeo mi garganta.

– Sí, me molesta.

– ¿Por qué?

– ¿No me ves o te… huh quieres reír de mí?

– Jocelyn, – me regaña – no vayas por ahí. No eres delgada y eso salta a la vista, ¿pero te has preguntado si a mí me gustan las mujeres delgadas?

– ¿Ahora me vienes con esas? – Me levanto alterada – ¿por qué no te deberían gustar? Ellas son hermosas y bellas, yo… yo… mírame, llevo una camiseta tuya y parece que voy a reventarla en algun momento.

– Son tus tetas lo único que tienes enorme, – se cruza de brazos otra vez enfadado – y ellas son mías.

– Sebas, no juegues con esto que es muy importante para mí. Claro que el peso es un problema, ¿por qué te crees que decidí huir lejos de ti? Porque me moría de vergüenza que la gente supiera que estábamos juntos, ¿ves como no somos incompatibles? Todo el mundo dirá, ‘mira, por ahí va el hombre más espectacular del mundo y a su lado la asistente, secretaria, compañera, amiga o cosa gorda’.

– ¿Cosa gorda? Joce, estás peor de lo que imaginaba. No seas cruel contigo. Para poder tomar lo que la gente pueda a llegar a decir de ti primero tienes que aceptarte. Tu peso es perfecto en mi opinión, tal vez demasiado delgada para mi gusto pero eres lo que siempre he soñado.

– ¿Ves? Aquí estás otra vez diciéndome todas esas cosas por las cuales quise alejarme de ti.

– Está bien, Jocelyn Harden. ¿Prefieres que te diga que me acuesto contigo porque me rio de ti?, ¿qué te presento a mi familia porque no tengo nada mejor que hacer?, ¿quieres que te humille delante de todo el mundo? Esa es la impresión que tienes sobre mí, el hombre rastrero que te piensas que soy.

– No es así, es que… huh… no me veo contigo.

– ¿Y yo tengo la culpa de que no nos veas juntos? Jocelyn, tus mierdas son graves. Tus traumas infantiles, tus pesadillas, tus miedos y todo en general. Y si no arreglas lo de tu mente vamos en retroceso y eso me pone los huevos de muy mal humor.

Nos callamos porque la moto del repartidor suena. Sebas abre la puerta, el chico quiere imponerse con alguna conversación sobre el tiempo pero en cuanto coje el pedido le cierra la puerta en las narices. Lleva la comida a la cocina una vez que el motor suena a lo lejos.

Siento como si estuviera a punto de reventar con esta camiseta ajustada, a Sebas se le olvidó meter mi ropa porque pensaba llevarme hoy de compras y dado que llevamos todo el día discutiendo no hemos tenido la oportunidad de hacerlo. Ahora parece ser que si como algo más finalmente haré el ridículo delante de él y ya he tenido un día movido desde que abrí los ojos.

– Siento si… huh… mi peso es un gran problema, Sebas.

– ¿Sabes lo que más rabia me da? – Sale de la cocina encarándome – que ni siquiera me dijeras que era un problema. Tengo la sensación que lo que vivimos juntos fue una farsa por tu parte. No me has contado nada de lo que te atormentaba hasta hoy y siento que he perdido el tiempo a tu lado haciendo el idiota cuando creía que estábamos en la misma página. Sin embargo, no es así. ¿Cierto?

– Cierto – susurro.

– Y lo del collar y el sexo, me mataste ahí. Si hicimos lo del collar fue porque tú, malditamente chica inteligente, me lo rogabas.

– Tú me contaste que hiciste eso cuando eras joven. Sebas, no… sabes que yo…

– ¿Y porque lo hice con otras mujeres tenía que hacerlo contigo también?, ¿no te paraste a pensar que yo no quería que fueras como otras?

– Yo lo quise porque me ayudó, fuiste tú el que después cambió creyendo que estábamos en una relación de verdad.

Veo de nuevo como baja su nuez, eso ha sido un golpe duro.

– Ya veo. Para ti fue una broma.

– Sebas, no, por favor, no me malinterpretes. Tú querías ir en serio, ir de verdad y yo… yo no sabía por qué el hombre del que me enamoré en secreto tuvo fijación en mí. ¿Podrías comprender al menos lo desorientada que estoy?, ¿ves ligeramente normal que un hombre como tú acabe con una

gorda como yo? Porque soy yo la que está con los pies en la tierra y tú… huh… no sé dónde estarás pero está más que claro que no nos entendemos aquí.

– ¡PORQUE MALDITAMENTE NO QUIERES ENTEDERME A MÍ! ¿Es mi puto problema si piensas cosas inciertas? Todo, escúchame Jocelyn Harden, todo lo que viví a tu lado fue real. Salí a comprarte un maldito anillo con mi madre para no meter la jodida pata y que tuvieras el mejor de todos. ¿Un hombre que no querría nada contigo lo hubiera hecho?

– No lo sabía. Pensé que lo de la boda y los hijos eran… eran… no sé. Tu madre estaría de broma y tú solo accedías a ello. No sé Sebas, y no me lo hagas entender porque ya me marché. Lo importante es que he vuelto y siento que ninguno de los dos hemos madurado.

– Yo si he madurado, – dice orgulloso – más que tú.

– Sí, es verdad, que tonta, porque el follarte a todas las mujeres en mi ausencia era más divertido que ir a buscarme.

Otro golpe bajo. Las palabras de Nancy en mi cabeza me recuerdan que debo de ser firme y traerlo a la palma de mi mano, huh… se me da mal aunque el estar callada no solucionaría nada. Ha ignorado lo que le he dicho para que preparar las cosas de la cena, y ganaría si me quedara sentada lamentándome, así que, me uno a él y le ayudo bajo su atenta mirada de reproche.

– ¿Cómo querías que te buscara si te cambiaste de nombre?

– Con la ayuda de Bastian y Sebastian hubieras dado conmigo. Según tú, mi mierda de coche no podría ir muy lejos.

– No me culpes. Si te querías ir lo hiciste y punto.

– Huh… Sebas, – beso su brazo – lo siento mucho, sabes que me arrepiento pero nada marchaba bien para mí. Cenemos un poco hasta que reviente esta camiseta y luego seguimos hablando.

Y eso hacemos, ponemos la comida sobre la isla y nos sentamos uno al lado del otro para degustar la cena que se ha encargado Sebas de pedir en uno de los restaurantes italianos del centro de la ciudad.

Mientras comemos se hace el silencio entre nosotros, nos viene bien hacer descansos y meditar nuestras palabras. No puedo darle la razón cuando hablamos de mi peso. Eso significa que es imposible creerse que un hombre como él está con una mujer como yo, pero… huh… por alguna razón él está conmigo y le debo al menos una oportunidad, la de explicarse.

– Comete los guisantes, no me gusta que no estés comiendo nada – replica a mi lado.

– Estoy comiendo.

– No has tocado la comida y no me hagas hacer que te la de. Sabes que te ataré a la maldita cama y te alimentaré para el resto de tu vida, de hecho, es algo tentador que estoy meditando ahora mismo.

– Por favor, no me humilles más.

– ¿Hablar de comida es humillarte? – Lanza su tenedor para mirarme y yo no le respondo – ¡te he hecho una maldita pregunta!

– Sí, lo es.

– Esto me parece increíble, – se levanta enfadado y tira el plato al fregadero – Jocelyn, vamos a poner solución a tu maldito problema.

– ¿Vas a ponerme a dieta?

– No. Iremos a un psicólogo para que trate tus problemas.

– ¿Qué? – Esto es peor que la humillación, – no… no estoy… Sebas, no estoy loca.

– No lo estás pero tampoco te ayudas a ti misma encerrándote. Siento mucho lo que te pasó en tu infancia y que las cosas no fueran buenas para ti. Ahora eres una mujer adulta y te debes la felicidad que nunca ha existido en tu vida. Vas a malditamente creerme cuando te diga que eres lo que más quiero en mi vida y te quiero bien de aquí, – señala un dedo sobre su cabeza – si no eres capaz de ver lo que los demás vemos o lo que yo veo en ti, es imposible que avances en tu vida porque te quedarás estancada en la misma mierda para siempre y me arrastrarás contigo en tu miseria. Haré todo lo que esté en mis manos para ayudarte, iremos paso a paso. Lo que sucedió en el pasado se queda en el pasado, solo nos debe de importar nuestro presente y futuro y ten por seguro que si anoche no llego a llamar a mi

cuñada te hubiera mandado a la mierda para siempre. ¿Quién me entiende a mí? Vi como mi sueño se hizo realidad y como te encargaste de destrozarlo huyendo lejos de mí. Me he estado martirizando día y noche por encontrar la puta respuesta al por qué decidiste hacerlo. Mientras mi hermano mayor se estabilizaba con su esposa, yo era el punto de mira para todos, el foco de todas las atenciones porque querían que yo también siguiera sus pasos pronto. Gracias a Dios que con las niñas todos se distrajeron, menos mi madre. Ella, sí, un problema que tendrás que afrontar también porque ella te ama a ti y a mí, quiere nuestro maldito bien y sí que es un poco pesada, pero es sincera y real y si no te quisiera ten por seguro que yo te elegiría a ti por encima de ella. Ahora dime, ¿qué más quieres que haga?

– Sebas…

– Me he follado a mujeres durante cinco años porque los polvos de cinco minutos eran más placenteros que llorarle a mi familia día a día. Cuando acababa, el muy gilipollas de mí rociaba tu perfume en la almohada y caía dormido pensando en ti, en como estarías, en si habrías seguido con tu vida o simplemente rezando a un Dios que no existe por rogar tu vuelta. Y al final lo hiciste, regresaste aquí y pensé que ibas a ser más consecuente con tus actos y no caer en la miseria de nuevo. Este soy yo, Jocelyn, no hay más de mí. Trabajo todo el puñetero día para no hundirme más de lo que estoy. Me ocupo de un club de putas, como tú dices, porque ellas me recuerdan a ti y a que tú puedas amarme como ellas lo hacen. No se preocupan de sus cuerpos, del tamaño de sus tetas, de cómo es el volumen de sus caderas o piernas, ellas son solo mujeres que se aceptan tal y como son. Has despedido a Gina y te apoyo, quieres que lo cierre lo haré, pero no me escupas a la cara que me he follado a otras en cinco años. Para tu información, empecé a hacerlo más tarde que temprano porque no sabía cómo luchar contra la soledad y abandono. Jocelyn Harden, te juro ante lo que más quieras en tu vida que te amo con locura. Un Trumper ama solo a una mujer y yo malditamente te amo, así que por favor, tienes que creerme cuando te digo que tú eres todo lo que busco en una mujer. Si no te sirve de nada lo que te estoy contando te repito que eres hermosa, me gusta tu cuerpo, estás más delgada de lo que me gustaría pero me vuelven loco tus curvas, tu culo, maldita sea y tus puñeteras piernas. No sabes lo erótica que te ves cuando me miras con tu cara angelical y luego me plantas tus tetas en

mi cara. Físicamente eres perfecta para mí, quiero que aprendas a que te veas como yo te veo a ti. Tu personalidad es dulce, selecta y romántica, además de ser una mujer inteligente porque puedo contarte las mierdas de mi trabajo ya que me comprenderás. Me das tu opinión, me escuchas, me cuidas, tratas de que no me salte ninguna cita con el médico y eres lo que siempre he malditamente soñado. Por favor, Jocelyn, tratemos de darnos un poco de claridad a nuestra relación y dime que sientes lo mismo que siento yo por ti.

– Te creo, Sebas y también entiende que para mí es complicado. Necesito recapacitar todo lo que me dices. Ya sabes cómo trabaja mi mente.

– Por eso, reina, quiero que veamos a un psicólogo o a un especialista. Te ayudará a quererte a ti tanto como te quiero yo. Pretendo que le cuentes lo que te atormenta y que seas una mujer mentalmente fuerte porque yo no lo soy cuando se trata de ti. Puedo tratar contigo siempre y cuando no pienses que no te amo, pero cada vez que pones los límites entre tú y yo me haces dudar de si estoy haciendo lo correcto o no. Has crecido teniendo un estilo de vida inusual, haz que eso cambie y sal al mundo real porque aquí te estoy esperando yo. No quiero estar en tu burbuja imaginaria como me has dicho antes. Deseo que tú estés en el mundo real y veas las cosas más maravillosas que te estás perdiendo, entre ellas, un hombre que daría la vida por ti con una familia a sus espaldas poco convencional pero que te amarán tanto como lo hubiera hecho tu familia.

He empezado a sollozar desde que él tomó las riendas de la conversación. No he podido evitar mirarle directamente a los ojos como solía hacerle. Él parece que tiene la solución a mis problemas, que me ama y sobretodo que está esperándome con ilusión porque quiere que esto funcione entre ambos. Me he prometido en algún momento de esta semana que haría todo lo posible para hacer realidad los sueños de Sebas, los suyos son los míos ya que a mí me tocó la lotería el día en que lo vi por primera vez. Él se da cuenta de que estoy llorando y ha salido en mi busca para abrazarme mientras me dejo caer sobre su cuerpo que se mueve meciéndome con ternura.

– Siento no ser perfecta para ti. Me gustaría serlo.

– Sshh, reina, llora todo lo que tengas que llorar porque no quiero que seas débil. Deja que te ayude y te prometo que haré todo cuanto esté en mis manos por tu bien, – sin soltarme me mira a los ojos llorosos – por nosotros.

– ¿Y si no puedo cambiar, Sebas? ¿Qué ocurre si no hay remedio?

– Yo no quiero que cambies, de hecho te quiero tal y como eres, pero tienes que afrontar ciertos temores de tu pasado que te atormentan en tu presente y lo harán en tu futuro. Quiero todo aquello que te haga feliz y estar a tu lado para apoyarte. A veces actuaré como un bruto porque no sé hacer las cosas de otra manera, aunque acuérdate de lo débil que soy cuando se trata de ti. Perdóname por todo el daño que pueda hacerte, mi intención es protegerte y cada día durante estos cinco años lo he tenido más claro; te amo Jocelyn y estaré junto a ti para siempre.

Espera a que termine de llorar calmándome con ternura. Tal vez, solo tal vez puede que necesite ayuda profesional y ahora que me lo ha comentado no quiero defraudarle.

Después de estar abrazados, Sebas se sienta en el taburete a mi lado y decide darme de comer, al principio me niego pero acabo recibiendo el cubierto.

– Gracias – susurro.

– Una de las cosas que más me gusta hacer contigo es darte de comer. No me preguntes por qué, se ve sensual en ti por como mueves los labios y masticas delante de mí.

Sonrío y casi me atraganto.

– Nunca he conocido a nadie que ame dar de comer a otra persona.

– Por ahí hay un hombre en Seattle que da de comer a su chica, y es malditamente erótico alimentar a una mujer. ¿Me dejarás que te alimente siempre?

– ¿Entrarás en la universidad para hacerlo como hacías antes? – Frunce el ceño y temo haber fastidiado este momento.

– ¡Ni lo dudes! Por supuesto, si el trabajo me lo permite me escaparé para darte de comer. Ahora tienes los exámenes y necesitarás una buena

alimentación.

– Seamos realistas, no necesito comer tanto como crees.

– Reina, eso ya lo discutiremos. Tu peso es el ideal para mí, de verdad, créeme.

– Dame tiempo, por favor.

– Hoy ha sido un día duro emocionalmente. ¿Lo acabamos acurrucados en el sofá?

– Sí, está bien.

– ¿Y Jocelyn? – Deja el tenedor sobre la mesa – lo que te he dicho es definitivo. Quiero ofrecerte la ayuda de un profesional, seguramente meteré la pata y no sabré si hago las cosas bien o mal. También quiero que tomes en serio todo lo de tu proceso de aceptación porque desearía que disfrutaras de todo lo que te está esperando, entre esas cosas estoy yo, y te amo. Y por último, esta petición es más que oficial una súplica, admite a mi familia en tu vida, ellos son diferentes pero buenas personas. Mis hermanos te adoran, de hecho Sebastian me dijo que fue a verte. Mi madre se vuelve loca por ti. Mi padre quisiera verte otra vez y mi cuñada es una mujer bondadosa y legal. Vas a babear con mis dos sobrinas y sobretodo voy a babear yo viendo como por fin logras alcanzar la felicidad. Por favor, si estás dispuesta a valorar todo lo que te estoy proponiendo dame alguna señal de que quieres, y si no puedes, o quieres, o sientes la necesidad de huir otra vez, también házmelo saber porque no soportaría perderte de nuevo.

– Sebas, te lo prometo. Y… huh… yo no sé cómo… espera un momento.

Me bajo del taburete para revisar mi bolso que está dentro del armario, porque… debe de… si no… espera Jocelyn. El olor al perfume de la ropa está matándome, quisiera olerle para siempre y eso haré pero no sin antes… esta cremallera va a…

– ¿Va todo bien, Jocelyn? ¿Te acuerdas de las señales que te acabo de comentar? Es hora de que me des alguna porque estoy bastante acojonado aquí afuera.

– Un mo… un momento creo que la cremallera se me ha atascado. Ah, por fin.

Le sonrío mientras camino hacia él, está confundido y amo verle con esa cara. Sus arrugas en la frente provocadas por el fruncimiento de su ceño le hacen irresistible. Pongo sobre una de sus manos una tontería, la hice en Montana y siempre quise dársela a él, es una pulsera de cuero que se anuda a la muñeca.

– ¿La has comprado para mí? – Le hace feliz pero no me sonríe.

– La hice para ti. El día de tu cumpleaños. Aunque estuviera lejos no he podido sacarte de mi mente. Con esa pulsera quiero demostrarte que intentaré dar lo mejor de mí en esta relación para que te sientas orgulloso. Ya que… huh… vamos a… a caminar juntos de la mano y todas esas cosas pues… si quieres… te la puedes poner para….

Consigue apaciguarme cuando me pongo nerviosa con un beso posesivo. Él todavía está sentado sobre el taburete y soy más alta, así que me cuelgo de su cuello para devolverle el beso. Sus labios tiernos y regordetes me hacen sentir que soy la única que va a besarlos.

– Me la pondré para el resto de mi vida. Jamás me la quitaré. Significa mucho para mí.

– A veces vas a odiarme.

– Nunca, reina, nunca te odiaré. Eres diferente y por eso te amo. He estado esperando toda una vida por ti y lo volvería a hacer si sé que al final de todo te tendría aquí, conmigo.

– Sebas. Yo te lo digo en serio cuando te hablo de darme tiempo. No pretendas que… bueno… necesito estar preparada para…

– ¿Hablas del sexo? Me has acusado de que ya no era descortés.

– No quise decir eso… tú querías enseñarme todo y yo… hay ciertas posturas que… y luego la mordaza.

– Pero eso no te tenía que sorprender. Ya sabes que odio a las mujeres, a los hombres, a los humanos y a los no humanos. Odio todo en mi vida que no sea a mi familia y tú lo eres. Prometo no amordazarte ni nada por el estilo, tampoco practicar posturas dónde te sientas incómoda, que lo

dudo – las últimas palabras las ha dicho tosiendo. Sebas está bromeando porque cedo en el sexo, pero está provocándome.

– ¿Qué hacemos con el collar? He llegado a estar tan perdida que lo llegué a necesitar más de lo que creía.

– Lo olvidamos, – aprieta mi trasero – el collar ya no forma parte de nuestras vidas. No es necesario y no me veo obligado a tener el control de ti ya que aprenderás a valerte por ti misma. ¿Comprendes?

– Sí, ¿pero y sí el psicólogo piensa que es una buena idea?

– Reina, un profesional no va a dejar la voluntad de una persona en manos de otra. No lamento haberte contado que en mi pasado me divertía tratando a las mujeres de esa forma, pero también tengo que confesar que si lo disfruté era porque estaba perdido. Decidí en cuanto te conocí que tener a mujeres que lo dieran todo por ti pasaba a ningún plano en mi vida. Y si lo recuperé fue para ayudarte, pero dado que ya hemos zanjado todo y que vamos a hacer las cosas bien, olvidemos que una vez existió.

– Me gustaba. Me gusta. Huh… el depender de alguien es excitante, yo no tenía ninguna preocupación y te encargabas de todas mis necesidades; voy a echarle de menos.

– Si quieres jugar alguna vez podemos hacerlo, pero cuando te recuperes, Joce. Tenemos que trabajar duro en tu actitud, en procurar que no te asusten las personas, las voces, las multitudes, las sorpresas y un sinfín de situaciones que odio inmensamente porque te hacen daño. Desearía tener el poder de retroceder el tiempo para darte una vida como te mereces.

Apoya su frente contra la mía mientras cierra los ojos lamentándose de no adquirir ese poder. Esta noche estoy sintiendo como estamos cambiando y lo mejor de todo es que las estoy aceptando y acatando con naturalidad. También tengo que admitir que estoy a solas con Sebas y eso es una gran ventaja. En mi interior noto volar las mariposas de una nueva etapa en mi vida que quiero empezar desde ya. El hablar con él y contarle todo lo que me preocupa, incluso mi burbuja, me ha dado fuerzas porque piensa por los dos y eso es dulce. Voy a trabajar duro en mi misma, en procurar que él se sienta satisfecho conmigo y en buscar la solución a todos

mis problemas, sobre todo uno en especial que me tiene sin dormir; mi peso.

Intentaré adelgazar por él para que no lleve de su mano a una mujer gorda como yo. Todavía no me creo que pueda amarme tanto como yo a él y que no le preocupe el problema de mi peso. ¿Qué he hecho yo para merecerme a un hombre así? Gracias papá y mamá dónde quiera que estéis. Os amo.

Me emociono recordando cómo eran y aprovecho para darle un abrazo fuerte. Me pregunta preocupado qué ocurre y pronto me recibe con más intensidad cuando le digo que es porque echo de menos a mis padres.

Nos movemos al sofá una vez que se me ha pasado el berrinche, estoy atándole la pulsera en su muñeca izquierda y me río porque los teléfonos suenan todos a la vez. Sebas resopla enfadado descolgando el de casa.

– ¡Maldito cabrón, te vas a malditamente cagar! – Besa mis labios mientras me da el mando a distancia. Antes solía escoger cualquier película porque lo único que me interesaba era tener a Sebas acurrucado sobre mí, hoy empezaré por buscar alguna que nos guste a los dos – ¡No! Me da igual. No es mi problema. ¿Por qué no vas a tocarle los cojones a tu otro hermano? ¿Y yo que sé si te ha salido un maldito grano en tu huevo? Llama a Rachel, ella te curará. Cierra el pico. Hazlo por tu madre, insensato. No vamos a ir, mañana tengo planes con Jocelyn. No te importa. No deben de haber aterrizado porque ni tú madre ni Nancy me han llamado para que vea a las niñas, lo harán por la mañana. Qué no voy a malditamente tocarte los huevos Sebastian, ¡pesado! Prohibido llamarme a todos los teléfonos al mismo tiempo, de hecho, ni se te ocurra llamar más. No es mi problema. Llama a Rachel. Pues dale su merecido. ¿Y a mí que me cuentas? ¿Puedo colgar ya? No puede, está en el baño. No la oyes respirar mentiroso. No lo hagas. Ella tiene desconectado el móvil de todas formas. ¡Sebastian!

Mi móvil suena dentro del armario de Sebas, sonriente me levanto a cogerlo cuando él ha colgado la llamada.

– ¿Sí?

– ¿Qué hacéis, Jocelyn?

– Huh… íbamos a ver una película.

– ¿Qué película? – Sebastian puede ser muy persuasivo y preguntón.

– Estaba en ello.

– ¡CUELGA LA LLAMADA MALDITO IMBECIL!

– ¿Habéis follado ya? Lo digo porque mi hermano está de muy mal humor, – oigo ruidos de fondo – ¿Jocelyn?

– ¿Huh… qué preguntabas? – Sebas está volviéndose rojo.

– ¿Has follado a mi hermano?

– Sí, muchas veces, de hecho.

– ¡Jocelyn, no le cuentes eso a ese desgraciado!

– Dile a mi hermano que me la pones dura desde que has vuelto.

– Huh… Sebastian, que tengas buena noche.

– Yo también te amo.

Cuelgo dejando el móvil dentro de mi bolso de nuevo y cerrando la puerta del armario. Sebas está enfadado porque no puede controlar a su hermano pequeño, ni en sus tiempos, a su hermano mayor. Creía que con los años iban a cambiar, si Bastian lo hizo, no entiendo por qué Sebastian parece seguir siendo tan inmaduro.

Vuelvo al sofá junto a Sebas y lo primero que hago es besar su pulsera.

– Espero que no se te manche la piel.

– No lo hará.

Se hace dueño del mando a distancia cambiando los canales de televisión hasta dar con algo que nos gusta a los dos. Había pensado en alguna película con alto contenido sexual de esos canales de pago pero olvidé dónde se encuentran. Voy a abrir la boca para comentárselo a Sebas cuando se oye un coche en la entrada, deja el mando sobre la mesa y se levanta, diría yo, un poco pálido.

– ¿Sebas? – Estoy en esa fase en la que no me quiero quedar a solas ni un solo segundo.

– ¡FUERA!

– Vamos cascarrabias, he traído cervezas y un refresco para tu chica.

– ¡SEBASTIAN, FUERA DE MI CASA!

Les oigo forcejear en la entrada de casa que veo desde el sofá. El tener una casa pequeña tiene sus ventajas porque diviso en primera fila lo niños que son. Sebas tiene la cabeza de Sebastian debajo de su brazo y este me sonríe felizmente con unos dientes blanquecinos perfectamente cuidados. He estado pensando en estos días cuándo volveré a ver a Sebas sonreír como lo hacía antes, echo de menos que lo haga.

– Jocelyn, un poco de ayuda aquí. Te he traído chocolate… ¡AH! Eso duele idiota.

– ¿Por qué le has traído malditamente chocolate? ¿Quién te crees que eres?

Huh… no puedo evitar que el pobre hombre haya pensado en eso. Soy consciente de parezco que me como todas las existencias del mundo.

– Gracias Sebastian.

– Te he hecho una maldita pregunta – Sebas sisea con la cabeza de su hermano sobre la puerta.

– El hombre de la licorería, le he preguntado que mierda había para mujeres y me ha metido en la bolsa chocolatinas. ¿Qué sé yo que traerle a tu chica? Por cierto, Jocelyn, cuando quieras sales y calmas a la fiera que está apretando mis huevos. Sebas míramelos, creo que me ha salido un grano.

No puedo evitar reírme y a Sebas parece gustarle porque relaja su fuerza contra su hermano aunque sigue manteniéndolo firme contra la pared.

– Vete de aquí cabrón – por fin le suelta y entra ofuscado de la pequeña pelea con su hermano. Cuando les conocí eran mucho peor, aunque ahora por lo que veo, ellos no han cambiado. No puedo negar que temo a

Bastian, tengo que ganármelo si quiero que su familia me acepte y espero que su esposa me ayude.

– No me iré – Sebastian entra con el ceño fruncido y se sienta junto a mí abrazándome – díselo Jocelyn, dile que no quieres que me vaya.

– Huh… de hecho íbamos a ver una película. ¿Quieres quedarte? Te advierto que son para mayores de veintiún años.

Sebastian abre los ojos alucinado porque he dicho eso en voz alta, huh… el proceso de mi cambio va viento en popa. Con un poco de suerte se aburrirá y se marchará, aunque algo me dice que le echo de menos y desearía estar con él aprovechando su buen humor.

– ¡SEBASTIAN! ¡No vuelvas a tocarle las tetas a Jocelyn!

– No la he tocado pervertido sexual. Estás obsesionado con las tetas. Mira, – me toca los pechos – esto sí que es tocar.

– ¡SE ACABÓ!

Sebas se lanza contra su hermano pequeño pero este es más rápido y se escabulle dentro de la casa. No puedo negar que me guste verles así, porque lo hago, se ven tan serios, tan imponentes, con cara de tener pocos amigos que disfrutarles jugar entre ellos es todo un privilegio.

Sebastian ha cometido el error de meterse dentro del baño porque su hermano lo ha atrapado, él lleva… huh… sí, mi sujetador en sus manos mientras Sebas lo tiene sujeto por la nuca y sus brazos están en su espalda. Mi cuñado me sonríe felizmente mientras me guiña un ojo y mi novio lo echa por la puerta.

Huh… mi novio, que bien suena sentirle así otra vez. Sin espejismos e ilusiones. Mi novio.

Les oigo gritar desde aquí y por fin Sebastian decide marcharse, me hubiera gustado que se quedara para que Sebas tuviera a alguien con quien hablar y no agobiarse, pero me siento egoísta y le quiero solo para mí.

Cierra la puerta conectando la alarma de seguridad, su espalda está diciéndome que le arranque la camiseta pero no lo haré hasta que él me lo pida. Disimulo mirando la televisión y creo que me ha pillado mirándole la espalda, apaga la luz y se deja caer sobre mí en el sofá. La camiseta que

llevo puesta me sigue incomodando debido a que es más apretada de lo que puedo manejar. Pronto me olvido porque tengo sus manos sobre mi cuerpo.

– Huh… ¿vamos a ver la película? – Ni siquiera estoy pensando en las chocolatinas que hay dentro de la bolsa, no debo de pensar en ellas. De acuerdo, estoy luchando contra esto porque me apetece algo dulce a estas horas.

– ¿Jocelyn?

– ¿Sí?

– Estaba hablando contigo. ¿Estás bien?

– Muy bien.

– Mi hermano te ha tocado las tetas, ¿estás bien con eso?

– Huh… sí. Me refiero a que… no está bien, pero yo sí lo estoy.

– Es un gilipollas. Le diré que no te toque más. La última vez que intentó tocarle el culo a Nancy mi hermano le pegó una paliza y le dejó con el ojo morado dos semanas.

– Pobrecito.

– No sabes la que se armó en la familia. Mi madre se enfadó porque Bastian se llevó a Nancy y a las niñas fuera de la ciudad hasta que su hermano no prometiera que no volvería a tocarla. Ahora solo lo hace para fastidiarle, pero la primera vez fue aterradora.

Se acomoda hasta poner la cabeza sobre mis pechos, ¿quién quiere hablar de su hermano cuando es su roce el que me hace ver las estrellas? Dejo caer mis manos sobre su pelo que remuevo con diversión, él me responde abrazándose más hasta el punto en el que no puedo respirar. No importa, Sebas me está abrazando y es lo que quiero. Y las chocolatinas. Huh… esto va a ser más difícil de lo que creía.

– Sebas, si te soy sincera… huh… hoy no he comido apenas chocolate y… el cuerpo humano necesita…

– ¿Quieres las chocolatinas que ha traído mi hermano?

– No lo sé. Mi cuerpo dice que sí y mi mente dice que no. Mi corazón sufre por ti y mi razón me dice que no es buena idea.

Se levanta bufando sobre mi cara, coje la bolsa con las chocolatinas y las pone sobre la mesa. Me siento bien en el sofá incómoda por esta situación.

– ¡Maldita seas, Jocelyn Harden! ¿Por qué tienes que sentirte malditamente mal por querer chocolate? Yo también quiero chocolate, o un filete o malditamente follarte contra la pared otra vez pero no por eso me hago sentir culpable. Vamos a dejar muy claro ahora mismo que la comida no es un maldito problema ni para ti ni para mí. Si quería ir despacio con este tema deseo zanjarlo en estos instantes, la comida no es razón por la cual avergonzarse reina, tienes una familia ahí afuera que se desvive por y para las comidas. De verás, para de martirizarte con tu obsesión compulsiva. Comer es sano. El organismo necesita nutrientes y si quieres comerte diez hamburguesas te las comes, si quieres tragarte diez pizzas te las comes y si malditamente quieres acabar con todo el chocolate de la puta ciudad, te lo comes. ¿Queda claro?

Asiento por temor a responder. Sin embargo, ha puesto ambas manos sobre su cintura, eso quiere decir que no le vale mi gesto.

– Queda claro.

– Hablo en serio, Jocelyn. La comida es primordial para ti y debes de aceptar desde ya mismo que vas a comer todo lo que malditamente te dé la gana. No deseo que adelgaces y que pierdas esas curvas que me ponen a cien, te quiero tal y como eres, ¿entendido?

– Sí, entendido.

– Joce…

– Sebas, sí, lo he entendido. Es ansiedad, prometo tratar de no comerme todo lo que vea de ahora en adelante por mi salud. Por lo tanto, ponte en mi lugar en esto. El peso es mi problema, es mi enfermedad y quiero luchar contra ella, pero si a estas horas suelo comer chocolate no puedo negárselo a mi organismo.

– No quiero que malditamente se lo niegues y no es malditamente una enfermedad, Jocelyn.

– Es mi trauma Sebas, – le ignoro abriendo una chocolatina y masticando la galleta – dame tiempo.

– Tiempo tienes, lo que no tienes es por qué cambiar tu maldita rutina porque crees que está mal. Reina, mírame. Tu peso es perfecto para mí, no dejes de comer. ¡Es una maldita orden!

– ¿Llevo el collar y no me he dado cuenta? – Le sonrío – estaré bien, Sebas. Han sido muchos cambios y quisiera quitarme este vicio, prometo no romper ningún otro momento de intimidad por pensar en el chocolate.

– ¿Tú quieres que me encierren en un psiquiátrico verdad?

Dejo caer la chocolatina para levantarme y abrazarle. Es mi manera de decirle lo mucho que le amo y que he entendido lo que me ha dicho, pero he querido llevarle la contraria para que sepa que de verdad quiero cambiar en todos los aspectos, desde la nutrición hasta el físico. Mi Sebas todavía no comprende que el comer tanto no es sano, que no quiero hacerlo y que sin embargo lo hago aunque vaya en contra de mis principios morales. Sé que él desea verme así porque se ha enamorado tal y como soy. Para mí es humillante tener que estar pensando en comida cuando él me entrega cosas que me hacen más feliz que un alimento.

– Te quiero Sebas, te quiero mucho y prometo que no te encerrarán en un psiquiátrico.

– Lo has hecho a posta, ¿verdad?

– Un poco. A medida que estaba viendo como el enfado se apoderaba de ti he preferido mantenerme firme para hacerte entender que… huh… bueno, me gusta comer pero no me siento bien con ello aunque me digas lo contrario.

– La comida no es un problema, Joce. Por favor, no te traumatices con eso.

– Es algo con lo que necesito luchar y…

– De acuerdo reina, hoy hemos tenido suficiente. ¿Vemos la peli? – Agarra mi trasero para que no me separe de su cuerpo, – y por cierto, ¿qué

significa eso de películas para mayores de veintiún años?, ¿ibas en serio?

– Huh… quizás.

Le regalo una sonrisa sincera, beso sus labios y le arrastro por el sofá junto a mí.

He dejado de preocuparme por mi peso mientras he apreciado en él un ápice de que realmente no le preocupa el tamaño de mi cuerpo. Debo de trabajar mucho en mi misma y también en mi relación con Sebas. Quiero mantenerle cerca de mí pero estoy segura de que superaremos esto juntos, si he regresado de Montana ha sido para conquistarle y hacer que se enamore de mí. No he estudiado mentalmente como hacerlo, pero quiero que…

– Me molestaba – ronronea.

Ha roto la camiseta dejando mis senos al aire. Huh… ellos son grandes y mi novio está babeando pensando en disfrutarlos otra vez.

– Sebas.

– Jocelyn, pienso con una parte en concreto de mi cuerpo. No puedo atenderte ahora.

– Solo quería decirte que te quiero y que haré que te sientas orgulloso de mí.

– ¡Yo ya estoy orgulloso de ti! – Me mira por unos instantes pero regresa a mis pechos.

– ¿Quieres jugar con ellos?

Muevo mi cuerpo sintiéndome infantil, pero la estampa de ver a Sebas lamiendo su labio inferior me convierte en una mujer valiente.

– No. Vuelvas. A. Moverlos.

Su ceño fruncido me estimula tanto que acabo de tener un orgasmo.

– Vale. Tú lo has malditamente querido, voy a follarte las tetas tan profundo que vas a cansarte de ver mi pene en tu maldita cara.

Muerdo mis labios deseando que lo haga cuando el teléfono suena. Lo primero que hago es hacer que no pierda la concentración, con un poco de suerte, quien esté al otro lado se cansará. Por fin deja de sonar y Sebas

empieza a besarme el cuello bajando lentamente. Ese estúpido sonido está desestabilizándonos emocionalmente más de lo que pensaba y ahora se ha levantado enfadado a descolgar la llamada.

– ¡QUÉ! ¡NO! Llama mañana.

Cuelga arrancando los cables de la pared y centrándose en mí de nuevo. Suena su móvil en el mueble de la cocina y acaba por rendirse sobre mi cuerpo.

– ¿Quién es?

– Cógelo tú porque es mi cuñada y no va a parar hasta que no hable contigo.

– ¿Nancy?

Cubro mis pechos con la camiseta rota levantándome feliz del sofá. Sebas está gruñendo como un bebé pero no me importa, tengo una amiga, una nueva cuñada y ella me quiere a mí. Jamás he despertado interés en nadie y nunca he recibido llamadas. Mañana revisaré mi móvil, tal vez me haya llamado.

Descuelgo feliz con una sonrisa imborrable.

– Nancy, hola, ¿qué tal estás?

– ¡NO GRITES NI CUELGUES A MI ESPOSA!

Bastian.

Bastian Trumper.

Bastian. Huh… su hermano mayor.

Cuelgo rápidamente y corro hasta el sofá sentándome al lado de Sebas.

– Era Bastian gritando.

– ¡Maldito idiota!

No quiero hablar con Bastian, no estoy preparada para enfrentarme a él. Si he tenido miedo alguna vez de una persona es a él. Bastian significa poder, fuerza, furia y un hombre que triplica el mal humor de Sebas. Es inevitable que esté atemorizada por su hermano mayor, pero hoy en día, en

semanas e incluso en meses, me niego a establecer algun tipo de contacto con él.

– ¿Sí? – Sebas está dándome el móvil – es Nancy.

Lo cojo rápidamente sin pensar en que después de cinco años he vuelto a oír la voz ruda de su marido. Es mortal.

– ¿Hola?

– Jocelyn, soy Nancy, disculpa los gritos de mi marido, está enfadado porque acabamos de aterrizar y Ryan se ha retrasado trayendo nuestro coche.

– Huh… hola, Nancy.

– ¿Cómo fue lo de ayer?, ¿estáis juntos verdad?

– Sí, lo estamos. Le amo.

– Eso son buenas noticias.

Sebas sale de la cocina justo cuando he dicho que le amo, ni siquiera eso pone una sonrisa en su cara pero sé que le hace feliz que lo diga. Se tumba a mi lado escondiendo la cabeza en mi espalda y palpando mis pechos hasta acariciarlos lentamente.

– Lo son. ¿Qué tal el viaje?

– Largo y placentero. Es cómodo cuando viajas en un jet privado porque parece que vas volando con tu casa a cuestas.

– ¿Y qué tal las niñas?

– Preciosas. Les he mandado fotos a todos en el grupo del chat que tenemos en el móvil, solo mi suegra me responde pero yo cumplo. Espera un momento. Bastian, vas a despertar a las niñas y a ver si nos duran durmiendo toda la noche. Con Jocelyn. Sí.

– Cuelga Joce, te echo de menos – susurra Sebas, está besándome y no puedo pensar con claridad.

– Disculpa, Bastian está en mitad de la pista con los brazos en alto discutiendo con los hombres que han osado a acercarse al jet.

– ¿Estáis en el jet todavía?

– Sí. Yo en la escalera sentada y las niñas durmiendo dentro. ¿Vais a venir mañana a Crest Hill? Margaret me comentó algo de que no podíais, me gustaría que vinieseis.

– No puede – contesta Sebas por mí.

– Dile a ese que no responda por ti.

– Lo haré si quiero.

– Huh… Nancy, Sebas tiene razón. No puedo. Ya te contaré el por qué pero quisiera conocerte antes, y a tus hijas, y a tus padres.

– Cielo, no es problema. En mi casa han llegado a presentarse gente que ni yo misma conocía, somos familia y eres bienvenida. ¿Qué tal si haces la presentación oficial fuera de la casa de los Trumper? Eso te daría ventaja. Yo tuve la mía recién reconciliada con Bastian y me los encontré a todos de repente. Tú ya los conoces.

– No es buena idea. Lo desearía, pero no me atrevo aún.

– Claro, te entiendo. No pasa nada, no será la última. ¡Oh Dios mío!

– ¿Nancy, qué pasa?

– Bastian ha pegado a un hombre y este le ha devuelto el golpe, están peleándose en el fondo de la pista.

Miro a Sebas asustada esquivando sus manos por mis pechos.

– ¿Has oído? Bastian está en problemas.

– Bastian siempre está en problemas cuando se trata de su familia. Le estará pegando porque es un hombre, o porque ha tenido pensamientos impuros con alguna mujer de nombre que empiece por la letra N.

– ¿No vas a hacer nada?

– ¡Le pego si quiero, Nancy! – Oigo a Bastian por la otra línea y cuelgo la llamada.

No. Definitivamente no estoy preparada para siquiera escuchar su voz.

– Déjame escribirle un mensaje a Nancy. No quiero que piense que la he colgado por maleducada.

Me preocupa que piense mal de mí. Ella no me conoce, huh… solo la parte en la que abandoné a Sebas y ahora debo de medir bien mis palabras si no quiero que se aleje de mí.

Salto del sofá más rápido que de costumbre para mirar mi móvil, Sebas está gritándome lo aguafiestas que son su hermano y cuñada pero no me importa, necesito enviarle un mensaje de disculpa. ¿Y si le cuento que no puedo ni oír un suspiro de su marido? No. Eso le sentará mal.

– Reina.

– No puedo ahora – digo a través de la puerta del armario, estoy tecleando mi disculpa.

– Reina mía.

– Sebas, para, estoy concentrada.

– ¡Jocelyn!

– ¿Qué? – Muevo mi cabeza hasta mirarle a los ojos.

– Tú camiseta está aquí, vas a malditamente resfriarte.

Mis pechos están al aire y solo llevo puestas mis braguitas de encaje favoritas. Sí, le estoy dando un espectáculo a Sebas y él lo está disfrutando al máximo.

Guardo mi móvil girando rápidamente hasta caer en su cama, me tapo con el edredón de primavera mientras muerdo mis labios. Sebas no se da cuenta de que estoy aquí hasta que no carraspeo mi garganta.

– He pensado que podíamos estar más cómodos dentro de tu cama. Nuestra primera vez como novios oficiales y sin laberintos en mi vida. Tengo muy claro que voy a amarte hasta que dejemos de respirar y nuestra vida como pareja, amigos y amantes empieza hoy. Ven aquí y enséñame que me he estado perdiendo en los últimos cinco años.

CAPÍTULO TRECE

Cuarto día consecutivo que nos despertamos o por su alarma o por una llamada, y hoy nos ha tocado el despertador de Sebas que suena histéricamente. Sus ronroneos matutinos eclipsan a esta hora de la mañana mi sentido común ya que son profundos y roncos, y a mí me parecen excitantes. Después de haberse peleado con el chisme que nos ha despertado de un profundo sueño, sus brazos me arropan volviendo a la posición en la que estábamos tan acurrucados que nos costaba respirar. Juego con sus manos a apartarlas de mi cuerpo porque quieren ir más allá de dónde debemos, tenemos cita con el psicólogo y Sebas me va a acompañar.

Estos días pasados han trascurrido entrecortadamente si cuento con que apenas he visto a Sebas, si no llega a ser porque cenábamos en casa cada noche él estaría fuera. El domingo fue un día extraño ya que estuvimos practicando el sexo y hablando como íbamos a llevar nuestra relación. Declarados novios oficialmente, nos pusimos manos a la obra para abrir de nuevo nuestros corazones y profundizar más en nuestros sentimientos. Vernos al lado de la hoguera, tirados en el suelo y mirándonos a la cara fue el efecto de impresión más grande jamás inventado. Sebas estuvo atento, cariñoso, acaramelado, agradable… y yo era la chica afortunada en la que proyectaba toda su atención. Tenerle un fin de semana para mí ha sido como regresar a los viejos tiempos en los que nos encerrábamos y hablábamos día y noche de nuestras cosas, pero desde que he vuelto se ha convertido en algo más real de lo que me esperaba. Confío plenamente en el hombre que está apretándome contra su cuerpo ahora y daré todo lo que sea por mantenerle junto a mí.

– Tus tetas han crecido hoy – susurra en mi cuello.

– Tú también tienes algo que ha crecido hoy.

– Me induces a raptarte para siempre, Señorita Jocelyn Harden. Quizás pueda amarrarte a la cama, amordazarte y follarte para enseñarte cuánto me ha crecido.

Sonrío aún con los ojos cerrados. Él es demasiado ardiente y se siente excitado a todas horas. Hemos practicado el sexo en estos días mucho más de lo que creía ya que es un hombre insaciable y me he dado cuenta que yo también lo soy porque nunca puedo tener suficiente de Sebas.

El mismo lunes empecé mis citas con un psicólogo. Recuerdo que me costó mirarle a la cara sin agobiarme. Sebas me acompañó y no paraba de fruncirle el ceño porque se pensaba que me estaba mirando las tetas. Desde el mismo lunes, visto con ropa que Sebas se encarga de escoger. Se ha vuelto un poco insoportable con el hecho de que otros hombres fantaseen con mi cuerpo, ¿con mi cuerpo? Él me ve de manera distinta al resto. Mis citas están yendo bien, la del lunes y la del martes, y hoy miércoles mi psicólogo ha pedido que Sebas estuviera presente ya que quiere saber cómo nos desenvolvemos juntos en la relación. Al principio, mi novio se negó porque no le van esas gilipolleces, pero hoy ha cancelado todas sus citas en

el juzgado para acompañarme sin rechistarme. Él sabe que es parte de mi proceso de aceptación.

Nuestra rutina en estos días sin contar el domingo ha sido vagamente escasa por lo poco que nos hemos visto. La semana que viene tengo un examen muy importante y temo hacer el ridículo cuando me presente, así que he estado centrada en estudiar tanto en casa como en la oficina. Por suerte, allí no he visto a esas dos mujeres que me enervan porque Sebas las ha despedido ya que me dijo que necesitaba tranquilidad para estudiar, si no lo llega a hacer él, lo hubiera hecho yo de todas formas. Lo mejor de estos días es que Sebas recibió una llamada el domingo por la noche y el lunes por fin pudo cerrar el caso en el que estaba trabajando, pillaron el cargamento a media noche y el lunes por la mañana a primera hora se encerró en el juzgado y no volvió a casa hasta la cena. Ayer estuvo haciendo todo el papeleo durante todo el día para que hoy pudiera ausentarse unas horas ya que nuestra cita empieza en un rato.

– ¿Sebas?

Se ha dormido. Trabaja demasiado y se ocupa de mí. No puede llevar el nivel de vida actual porque él no es la solución a los problemas fiscales de la ciudad. Sí, él es el jefe, pero también puede delegar su trabajo en otras personas que lo ayuden. Suspiro mosqueada porque no me gusta verle apático ni cansado, las ojeras que le aparecieron el lunes no se han esfumado y no quiero que se desvanezca agotado ni nada parecido. Con mucho cuidado, me doy la vuelta esquivando su erección que choca contra mi espalda, me escabullo bien entre su cuerpo dado que él es alto y yo soy todo lo contrario. Cuando logro mi objetivo de estar cara a cara con él tengo que aspirar mi saliva para que no se me caiga la baba de lo embobada que me quedo cada vez que le veo.

Él no es real, Sebas no puede serlo. Es mi sueño realidad. Mi ángel guardián que bajó a la Tierra para salvarme del abandono. Sus ojos cerrados están inmóviles y respira con normalidad como si no le fuese difícil hacerlo. Sus labios gruesos descansan uno sobre el otro sin un rastro de apertura ya que tenía pensado besarle y meterle la lengua, pero el ser descarada con un hombre indefenso es despiadado. Mi mano resbala por su pelo apartándoselo de la frente, me comentó que quería cortárselo pero le

aconsejé que se veía perfecto tal y como está. Dejo caer mi dedo índice por su frente arrugada y acabo posándolo sobre su ceño fruncido, no sé con quién estará soñando pero parece estar teniendo una discusión bastante importante. Sus pestañas son largas y las acaricio rozándolas como el pelo de sus cejas. Me acuerdo cuando una vez le intenté persuadir con que se las depilara y también me acuerdo de cómo lo hicimos dos días seguidos por mi desfachatez con mi proposición. No me aguanto más y beso la punta de su nariz, creo que define su personalidad dura y extremista, no quisiera tener una así porque se apoderaría de mí una mujer opuesta a lo que soy. Sonrío por mis tontos pensamientos sin poder evitar caer en sus labios que beso con normalidad, primero uno casto y luego otro más sonoro. Vuelvo a mi posición para oler el cuello de mi Sebas, mi novio, el hombre que está cuidándome más de lo que nadie lo hará. No me resisto y acabo acariciando su cara, su escasa barba pincha mis manos, me gusta que tenga la sombra del vello sobre ella ya que le hace más interesante cuando ordena.

Aunque si algo define a Sebas, es que es lo opuesto a la imagen que se ve de él.

Es delicado, sensual, tímido, sensible, cariñoso, amable, respetuoso y un caballero de los de época. Por fuera parece una bestia enfadada con el mundo. Yo le conozco y llevaré la contraria a quién opine lo opuesto a la verdad porque mi Sebas es un hombre dulce, afectivo, tierno y muy susceptible. De acuerdo que él actúa imperioso y categórico, pero sea como sea, le quiero.

Me sorprende abriendo los ojos cuidadosamente con el ceño fruncido y los labios arrugados porque se ha enfadado por algo que solo él conoce.

– ¿En qué pensabas?

– En ti y en lo mucho que te quiero.

No dice una palabra y vuelvo a no respirar del abrazo que me da fuertemente. Mi estatura me dice que soy baja, pero cuando estamos en la cama, por fin puedo estar nivelada cara a cara con él. Se encarga de arrastrarme hacia su pecho y asfixiarme a su antojo. Sonrío muriendo con el aroma que desprende su cuerpo, restos de su perfume y sudor.

– Eres demasiado perfecta para estar a la deriva.

– No… huh… Sebas. No puedo...

– ¿Respirar? Te quiero así siempre.

– Tengo que ir a… – saco la cabeza adoptando una postura mucho mejor entre sus brazos – la cita, ¿te acuerdas?

– Claro. ¿Cómo no me voy a acordar del gilipollas que te mira las tetas todo el tiempo? Para no olvidarme. Él es el puto mejor psicólogo de la ciudad y malditamente tiene que mirarte las tetas.

– No te enfades. Cuando estoy tumbada en el diván yo…

– ¿Qué? – Me suelta dejándome desolada en la cama – ¿te tumbas en el diván? No me has comentado nada. Es más, no se te ha pasado por la cabeza el explicarle a tu novio que te tumbas en sofás ajenos y a tus anchas para que otro hombre fantasee contigo.

Huh. Se levanta sentándose en la cama, está peleándose ahora por meterse las zapatillas de estar por casa en sus pies pero fracasa y decide entrar en el baño solo sin mí. ¿Fantasear conmigo? Sebas tiene serios problemas y creo que él debería estar yendo a las sesiones, no yo. Sonrío inocentemente de nuestras cosas mientras reviso mi móvil, Nancy no me ha mandado ningún mensaje desde el lunes y Sebas me dijo que su hermano la tenía todo el día en la cama aprovechando que Margaret se quedaba con las niñas. Y todo en el paraíso Trumper. Temo el día en el que tenga que ir a ese inmenso lugar de miles de hectáreas, ahora que lo pienso, solo Bastian podría hacer algo así ya que de los tres hermanos siempre he percibido que era el más exagerado en sus hazañas.

No tengo muchos amigos, quiero decir, no tengo amigos. Tengo cientos de llamadas de Sebas de estos días pasados y un mensaje de Nancy con su enhorabuena por nuestra reconciliación. Me siento mal porque Sebas está acarreando con las broncas de su familia porque no va a ver a las niñas. Yo le he dicho que vaya a verlas pero que todavía no estoy preparada para una invasión Trumper ya que estoy en pleno proceso mental. Él me ha contado que solo habla con ellos por teléfono, que se mueren de ganas por hacer lo mismo conmigo, que su madre me adora, sus hermanos también e incluso su padre preguntó por mí. ¿Su padre? Él es el misterio en persona, no habla, no ríe, no dice nada, pero cuando lo hace es para dar órdenes,

exigir y ratificar. Ayer lo estuve hablando con Patrick en la consulta, él me dio algunos consejos para no agobiarme cuando el día llegue, es por eso que hoy quiere ver a Sebas, para que ambos me guíen por las buenas riendas de la cordialidad. Y yo sueño con que ese día se acerque, sí, de aquí a unos diez años.

– ¿Sebas, estás bien?

Se ha debido de golpear cuando ha abierto la puerta como una bestia. Me está mirando con el ceño fruncido y no soy nadie para él excepto alguien que va a recibir una buena bronca.

– ¡No me gusta el psicólogo!

– Patrick es bueno… – subo un hombro por hacer algo, ha entrecerrado sus ojos y me está mirando – ¿qué?

– ¿Ahora sois tan amiguitos que hasta le llamas por su nombre?

– Doctor Gallaham, ¿te parece mejor? De todas formas no tienes que venir si no quieres. Aunque estuvimos hablando de nuestra relación el problema principal de hoy será tu familia.

– ¿Por qué malditamente hablas de nuestra relación con él? Vas a su consulta para que trate con tu pasado, tu peso, tus cosas de mujer y no tienes por qué hablar de nosotros Jocelyn, ya te lo dije ayer.

– Forma parte del proceso. Es muy importante la labor que tú haces y…

Pongo mi espalda en el cabecero de la cama porque él se ha lanzado a sentarse a mi lado. Sabe que no tiene razón y piensa que eso me afecta, pero no lo hace, no soy una niña tonta, solo soy una persona que perdió su personalidad en algun punto de mi niñez.

– Perdóname, reina, no quería gritarte – agarra mi cara besándome fuerte en los labios.

– No te disculpes y podemos discutir, Sebas. Que sea débil al resto de mujeres en el mundo no me hace diferente. Puedo sobrellevar bien una discusión y te prometí que no me voy a ningún lado.

– Lo sé, cariño. Y lo estás haciendo muy bien. Es ese maldito gilipollas quien no aparta sus ojos de ti. Pero también es el psicólogo más bueno de la ciudad.

– Piensas que me mira a mí y no es verdad. Él me escucha, me atiende y replica mis diferencias, es como salir contigo pero en la distancia, – retrocede indignado – quiero decir… huh… él es un profesional. Se suponía que nuestras visitas son confidenciales, pero yo he decidido contarte lo que hablo con él porque me aconsejó que era la mejor decisión. Hablar contigo me ayuda más que con él porque sé que tú me vas a decir la verdad, me conoces y también mis límites. No te enfades con el profesional. Yo solo te quiero a ti.

Me lo llevo de nuevo a mi terreno acordándome de las palabras de Nancy. Agarro su mano y beso sus dedos mientras él se queda embobado mirándome con deseo.

– No aguantaría que otro hombre pusiera sus manos sobre ti, sus ojos, sus pensamientos y todo lo que un maldito hombre tiene en su mente.

– ¿Y qué va a mirar? Me eliges la ropa y me llegas hasta peinar.

– Te escogí la ropa porque desde que nos la trajeron el domingo de Galerías Trumper no has tenido tiempo de organizarte y… – ladeo la cabeza dándole un tirón a su mano – está bien, está bien. Ya entiendo a mi hermano Bastian, lo que hace con mi cuñada, lo entiendo perfectamente y me di cuenta en cuanto regresaste.

– ¿A qué te refieres?

– La obsesión por acapararla para él, las exigencias, las órdenes, las prohibiciones, los miedos a que te abandone y pase tiempo con otra gente, los gritos, las discusiones, la lejanía y todo, Joce. Ahora malditamente lo entiendo. Bastian está loco por su esposa, por sus hijas y por todo aquello que le ha costado construir. Llegó un momento en el que pensé que se estaba pasando con mi cuñada o que era algo pasajero pero en cuanto le vi tocar fondo supe que lo perdía y ahora ella tiene que acatar con las consecuencias.

– No te entiendo.

– Ella mandó a mi hermano al pozo más hondo que jamás vaya a existir, dos veces. Ni siquiera he estado yo allí y si lo he estado nadie me lo ha dicho. Y cuando por fin resucitó de su miseria, pude apreciar que el amor que se tenían ambos era más poderoso que todo lo demás. Y así me siento contigo, reina. Me he sentido en la penuria sin ti amor, y malditamente ahora que estás aquí me convierto en el hombre de piedra cuando se trata de mí Jocelyn.

– Huh… ¿y qué tiene que ver eso con tu hermano y Nancy?

– Qué comencé a vernos reflejados en su relación. Ella era callada, tímida y cada vez que abría la puta boca me entraban ganas de amordazarla.

– Sebas, no seas cruel.

– Es verdad, odiaba todo porque malditamente ellos dos teníamos que ser tú y yo. En plena pelea de los dos me tocó ir con mi hermano a perseguirla y la muy ilusa le ocultaba su embarazo. Ese día estuve

acordándome de toda su familia por insolente. Sin embargo, todo era ficticio porque ni la odiaba a ella, ni odiaba nada que tuviera que ver con ella ni nada por el estilo, era yo el hombre roto que se moría de envidia porque mi hermano había encontrado a la mujer más maravillosa del mundo. No los has visto aún, ya lo harás y no te podrás ni imaginar que verás en mi hermano Bastian a alguien diferente a quien tienes en tu cabeza. No concibe dar un paso adelante sin tener en sus brazos a sus dos hijas y sin que Nancy toque alguna parte de su cuerpo, – me río – es verdad, ellos son pegajosos todo el tiempo. A medida que pasaba el tiempo llegué a querer a mi cuñada tanto como quiero a mis hermanos. Ella ha sido mi apoyo porque me ha ayudado a entender el por qué no he reído en los últimos cinco años, y cuando lo descubrí, fue el día en el que apareciste por mi puerta. Desde entonces no me he quitado de la cabeza el follarte, el acapararte para mí solo, el exigirte, ordenarte, provocarte y hacer de ti una prolongación mía para que sepas que nadie en este mundo va a quererte más que yo. Yo soy el único en tu vida y te quiero tan malditamente tanto que me cuesta ser el hombre honrado que te mereces.

– Esto es muy bonito Sebas, lo que me has contado… ¿es cierto todo?

– Lo vas a ver por ti misma. Si te sirve de algo lo que te digo espero que recapacites sobre las cosas que no puedes ver. Que tal vez solo te enfoques cuando estoy enfadado pero lo hago por mis razones obvias y también, tras esa puerta, hay una familia inmensa que está esperando a que te sientas bien para verte.

Chupa de su dedo la lágrima que estaba cayendo por mi cara. Su sinceridad se cuela tan dentro de mí que llega a ser el motor que impulsa el latir de mi corazón, la sangre de mis venas y el funcionamiento de mi organismo. Besa mi frente alejándose de la cama… huh… tengo que decirle algo, él es dulce conmigo, honesto y yo le debo lo mismo a cambio.

– Sebas, – susurro mientras él se gira para mirarme – huh… gracias por todo lo que me has contado. Sé que no quieres indagar en los problemas de tu hermano con su esposa para que no me perjudique o nos vea reflejado en ellos porque no somos iguales, pero debo de explicarte que tú no eres él.

– No, él es inaguantable. Yo no.

Sonrío sin llevarle la contraria porque son iguales, o eran iguales, ya no reconozco quién es cada uno. Me centro en lo que quiero decirle subiendo la sábana por encima de mis pechos para que no se centre en ellos.

– Quería decir que lo que haya pasado con Bastian y Nancy ha sido paralelo a nuestra relación, y así será. No quiero que te disculpes cuando te vuelvas exigente o pienses que no puedas gritarme, yo no te voy a mandar al pozo y jamás te abandonaré, – se sienta delante de mi besando mi mano – puede que… yo… huh… necesite algo de tiempo pero el que me prohíbas cosas o actúes más impaciente de lo normal cuando se trata de mí no quiere decir que me quieras más o menos. Demuestras tu preocupación por mí de manera diferente y es dulce, Sebas, todo lo que venga de ti es más que bienvenido porque no voy a desaprovechar esta segunda oportunidad. Estoy decidida a tratarme de mis problemas mentales que me cohíben, pero sigo siendo la misma aquí al lado y aunque discutamos o nos peleamos, seguiré siendo la misma mujer que te quiere hasta que nos hagamos viejitos y muramos juntos en la misma cama.

Otra de mis declaraciones y Sebas sigue sin mostrarme sus dientes o su sonrisa. Él reacciona con gestos delicados y elegantes, como ahora, que besa las palmas de mis manos con tranquilidad contagiándome su deseo de cortejarme para siempre.

Tomo esto como otro peldaño más de nuestra unión ya que Sebas está besándome por el cuello, pronto llegará a mis tetas y ahí lo perderé para siempre.

– Tengo hambre de ti.

– No he acabado, Sebas – me gusta sentirle así pero quiero decirle algo.

– Esto es cosa mía, yo haré que acabes – ronronea jugando conmigo y levanta la cabeza porque no me muevo – perdón, acaba mi reina, que en cuanto termines nos daremos una ducha de las que nos gusta tanto.

– Quiero casarme contigo y tener hijos, – proposición global que le deja perplejo – mientras recobras la vida te lo suelto. Estoy preparada, te amo y puedo afrontar cualquier problema, excepto tu familia ahora mismo y las grandes superficies, tal vez también el cumulo de gente, mi peso,

ansiedad y… huh… bueno, no puedo afrontar cualquier problema pero que los tenga no significa que no desee hacerlo y ser tuya para siempre. Te quiero más que a mi vida Sebas, quiero ser la esposa perfecta para ti y estoy trabajando en ello. También quiero darte muchos hijos y darles todo el amor que nunca me dieron mis padres porque me los arrebataron. Sueño los mismos sueños que tú mi amor. Solo quería dejarlo claro y zanjarlo ya que en estos días no nos ha dado mucho tiempo a profundizar y esto es importante. Tú, yo y nuestros futuros hijos en una casa bonita viviendo feliz, como siempre hemos soñado.

He tenido que hacer pausas en las últimas palabras sensatas que han salido por mi boca porque la cara de Sebas sigue inmóvil. Sus ojos miran fijos los míos, su color es espectacular, una ostentación creada para debilitar a las féminas mundiales, y yo no iba a ser menos. Acaricio su barba con la parte posterior de mis dedos suavemente y parándome en seco cuando veo bajar su nuez. Él no me responde. Tomo la decisión inmediata de alejarme de él, sí, yo y mis miedos al rechazo. Beso sus labios suavemente y me arrastro por la cama en el sentido opuesto de donde está sentado él, me pongo mi camiseta enorme que me cubre lo suficiente y me encierro en el baño con una presión que yo misma me he echado a los hombros. Miro mi reflejo en el espejo mientras golpeo mis labios con la yema de mi dedo índice, es un gesto de nerviosismo que habitúa en mí cuando espero una respuesta que no me da.

Una vez que he terminado abro la puerta del baño chocando con su cuerpo. Retrocedo por el golpe ya que está de brazos cruzados y frunciéndome el ceño, él… huh… él debe de evitar hacer esto cada dos por tres si no quiere que acabe con mi trasero en el suelo.

– ¡Vayamos al juzgado y casémonos! Oficialmente serás mi esposa y haremos la boda perfecta cuando te sientas cómoda.

– ¿Qué? No… eso no era lo que pretendía cuando…

– ¡Quiero casarme ya! Hoy mismo. Iremos antes de ir al psicólogo, – mira el reloj – que por cierto, llegamos muy tarde y me importa una mierda porque hoy vas a ser malditamente mía y malditamente mi esposa.

– Sebas… – empiezo a temblar porque las sorpresas no las llevo bien.

– Estaba bromeando, Jocelyn – agarra mi mano hasta estrellarme sobre el colchón en el que caigo sobre mi espalda. Sebas se posiciona encima de mí besando mis labios – me hubiera gustado que dijeras que sí a la primera, pero tenía que probar antes de subirme por las paredes.

– ¿Era una broma?

– No, tómatelo como una pista para el futuro. Te quiero Jocelyn y me alegro malditamente que me hayas contado cuáles son tus intenciones conmigo.

– Pensé que las sabías pero Patrick me comentó que sería positivo repetirte lo que quiero para nosotros.

– Patrick, ¿eh? ¿Ese maldito gilipollas dejará de tocarme los huevos con nuestra relación?

Esconde su cabeza en mi cuello y aprovecha nuestra posición para tocarme un pecho. Está renegando como lo odia y yo estoy profundamente enamorada de este hombre que piensa que tiene competencia.

– Él no sabe nada mi amor. Le hablo de mis problemas y me ayuda a superarme contra ellos. Sin embargo, a veces propone que le cuente lo que me preocupa con mi pareja y eso hago, – levanta su cabeza para mirarme – aunque parezca que me encierro en mi misma o que soy callada, no quita el hecho de que me apetece comentar contigo todo lo que ocurra en esa consulta y te juro por lo que más quieras que Patrick desconoce cómo llevamos nuestra relación.

– Por su bien espero que no mueva un dedo si no quiere que le encierre en una cárcel para el resto de su vida, – frunce el ceño mientras besa mis labios otra vez – quiero hacerte el amor Jocelyn, ahora y siempre mi reina. Y mientras esté enterrado en ti quiero que me susurres lo que has dicho antes, que serás mi esposa y la madre de mis hijos, y que no te irás nunca más de mi lado.

– Será todo un placer – susurro atendiendo a su lengua.

Se ha quitado los pantalones del pijama y la cosa se está calentando entre nosotros pero el timbre de casa suena y ambos nos quedamos inmóviles, ahora soy yo la que frunzo el ceño extrañada. No esperamos

visita a estas horas y si fueran sus hermanos hubieran avisado o habrían hecho rugir los coches o algo que les destaque por encima de los demás.

– No te muevas de aquí. Sea quien sea va a arrepentirse de haberme interrumpido.

Le hago caso quedándome inmóvil por las vistas que Sebas me provoca al levantarse. Huh… no, él no… no puede abrir así.

– Sebas, Sebas, ven, vuelve por favor, – frena en seco mirándome – estás desnudo, cariño.

– ¡Maldita sea! Estoy tan centrado en ti que me… – tocan al timbre otra vez cortando sus palabras.

– Iré a abrir yo, ponte algo de ropa.

– Será alguna broma matutina de mi hermano a estas malditas horas de la mañana.

– No te preocupes cielo, – paso por su lado besándole y me gruñe cuando nos cruzamos – para demostrarte que hago avances en mis sesiones con Patrick te diré que puedo enfrentarme a quien sea que esté al otro lado de la puerta.

Me ha dado la espalda o quizás lo he susurrado más para mí que para él. Tengo que trabajar más en mi tono de voz si no quiero que la gente piense que hablan con una niña pequeña en vez de con una mujer. Dejo a Sebas discutiendo consigo mismo por no encontrar su camiseta y me animo a abrir la puerta con una sonrisa, Sebastian querrá hacer otra de sus bromas. A medida que voy abriéndola un cuerpo se estrella contra el mío y chillo por el desencuentro, una mujer… una…

– Ops, lo siento Gina, perdona, no eres Gina. ¿Está Sebas? ¡SEBAS!

Esta pájara de piernas largas y tetas postizas sobrepasa mi cuerpo apartándome a un lado cuando por fin ve a Sebas y corre hacia él. Cierro la puerta bruscamente para que mi novio sepa que está pasando pero es inevitable que no pueda rechazar el cuerpo de esa mujer que no ha visto venir y que ha saltado en sus brazos.

– ¡¿Qué demonios?!

– Holanda va a acabar con mi vida, Sebas. Esa enana con extensiones falsas me odia.

Bajo la vista hacia el suelo porque no puedo ver como esa mujer se afianza con seguridad al cuerpo de Sebas. Aunque él intenta despegarse con fuerza, ella se acopla de tal modo que a mi novio le resulta imposible quitársela de en medio. Tras unos segundos de agonía que vivo con intensidad, Sebas consigue despegarse de esa mujer y la pone sobre sus pies entre las lágrimas escandalizadas que está desbordando. Este es uno de esos momentos por los cuales me alegro de haber vivido una vida premeditada, estudiando todas las situaciones y enfrentándome a todos los imprevistos sin llevarme sorpresas. Está más que comprobado que fuera de mi burbuja nada funciona como una quiere.

– ¡APARTA DE UNA MALDITA VEZ!

– ¿Sebas?

Ella lleva un vestido corto y pegado a su piel. Las trasparencias hacen que se pueda apreciar que no lleva ropa interior y que sus intenciones de que todo el mundo la vea son evidentes a la vista. No quiero mirarles más, sé que Sebas me ama a mí y… huh… sí, me ama, pero esa mujer es perfecta para él y el posicionarme a su lado sería imprudente porque hay una gran, gran diferencia entre las dos.

– ¡Pon tu maldito culo fuera de mi casa y estás malditamente despedida! – Sebas quiere gritar más pero ha rebajado su tono manteniéndose en tensión por no hacer otra cosa.

– ¿Sebas? – Ella mira hacia mí que estoy detrás de ella y luego vuelve a mirarle a él – ¿quién es ella y dónde está Gina? ¿Por qué estoy despedida? ¿Es por Holanda, te la has follado y ahora es tuya? ¿Te ha comido el cerebro? Siempre me has dejado dormir en tu cama cuando…

– ¡CIERRA LA PUTA BOCA!

Sebas reacciona en un rápido movimiento poniéndola sobre su hombro y sacándola de casa hasta que le grita afuera que no vuelva a pisar más el Golden Night. Este es un obstáculo que hablé precisamente con Patrick ayer y que al día de hoy es una de mis preocupaciones más directas, todavía no se lo he comentado a Sebas y no creo que lo haga pero me

gustaría poder tener más voluntad propia de enfrentarme a ese club por el que mi novio da la vida. Y que también se lo trae a su casa, por lo que he podido ver.

Procuro estar a la altura de una mujer normal que está saliendo con un hombre opuesto a ella, que traspasa la normalidad y que maneja otro tipo de problemas. Cierra la puerta suavemente cuando escuchamos el motor alejarse. Me mira sin color en la cara y sin saber qué decir, y justo como me dijo Patrick; debo de hablar todo lo que me preocupa y eso haré.

Pero no ahora.

Sonrío amablemente a un Sebas que se descompone por la vergüenza que hemos pasado hace un momento y me dirijo pausadamente al baño. Si él quiere puede detenerme aunque sigo avanzando sin que me obligue a hacer lo contrario.

Y tampoco entra en el baño como siempre hace para ducharnos juntos y hacer el amor. De acuerdo, no está aquí pero esto no quiere decir que no me ame, porque Sebas me ama y mucho.

Soy consciente de que los domingos Sebas tiene la reunión en el club y todos los procedimientos que él lleva a cabo para cuidar de sus mujeres. Cuando comenzamos nuestra relación en el pasado las canceló todas y solo mantenía el contacto con Sami, que hasta el día de hoy, parece ser algo más para él que una simple compañera de trabajo por la cercanía que ambos mantienen. Este domingo la llamó para comunicarle que se cancelaban las reuniones para siempre ya que su Jocelyn había vuelto y el club pasaba a un último plano en su vida. Al menos, eso escuché a lo lejos mientras yo estaba cocinando. Nunca me ha llegado a confirmar en estos días si sigue yendo al club, si mantiene algun tipo de contacto con sus mujeres o si tiene alguna intención de volver para comprobar que todo esté yendo bien. Temores, preocupaciones y mucha ansiedad es lo que me produce el Golden Night.

Deduzco que nadie sabe todavía a que se debe el nombre de Jocelyn, ya que como acabamos de presenciar, sus putas vienen todavía a casa. ¿En su cama? Me da asco tener que haber dormido en la misma cama por la que han pasado todas sus mujeres. No soy tonta, sé que no ha mantenido el

mismo celibato que he mantenido yo porque es un hombre sexy y con necesidades, pero, ¿en la misma cama? Me repugna tener que imaginarme ahora como practicaban el sexo duro en el mismo colchón dónde hemos hecho el amor.

Aparto mis problemas con su club mientras me ducho, que aunque no quiera, sigo martirizándome con la cantidad de mujeres que habrán tenido sexo del que le gusta a Sebas.

Más y más problemas. Quisiera hablar este tema con Patrick pero le prometí a Sebas que no contaría nada de nuestra relación a un desconocido ya que solo nosotros conocemos como ha sido y está siendo nuestra bonita historia de amor. Manchada. Pero bonita. Sí. Debo de acogerme a eso y vivir mi relación con el hombre al que amo sin paranoias que me manden a la depresión.

El domingo trajeron mi ropa de las galerías y es cierto que no me he organizado porque Sebas se encarga de escogérmela. Siempre son ropas sin escote y aquellas en las que voy enseñando demasiado mi trasero, mis piernas o… sí, en definitiva ropa que yo no me pondría ya que necesito más tallas de la que uso para tapar mi verdadero cuerpo. Pero con Sebas nunca puedo hacerlo porque él quiere que me vista como una persona de mi edad, aunque sin enseñar escote, que es la única prohibición que me ha impuesto.

Hago una salida relámpago hasta la cama chocándome de nuevo con un cuerpo tenso, Sebas tiene en sus manos mi ropa y me la está ofreciendo.

– Huh… gracias, voy a...

– Deja que lo haga yo, – ladea su cabeza trasmitiéndome culpabilidad por todos los poros de su piel – por favor.

Me limito a asentir con la cabeza permitiéndole que me desnude de los pies a la cabeza y luego me vista. No es la primera vez, aunque sí la primera en nuestras circunstancias tras el hecho ocurrido hace solo unos minutos.

Quita mi albornoz con delicadeza dejándolo caer al suelo. Evita mirarme fijamente a mi cuerpo para que no me sienta mal, sabe que a la luz del día no me siento a gusto y él me respeta. Sí que besa mis piernas mientras se agacha para ponerme las bragas, que con mi ayuda, consigue

subírmelas aunque esté diciendo en voz baja que no querría ponérmelas sino quitármelas. Hace lo mismo con mi sujetador, cuando me da la media vuelta para abrochármelo besa mi hombro apartando mi pelo hacia un lado tan delicadamente que me hace cosquillas. Coloca sobre mis brazos en alto un vestido que cae por todo mi cuerpo pero que desafortunadamente me llega hasta el cuello y si hoy sudo, no voy a tener respiración. Es muy posesivo con mis pechos y no entiendo el por qué si al fin y al cabo todo en mi cuerpo es gigante.

Se queda contento con el resultado mientras abrocha el último botón que se ajusta a mi cuello. Es un vestido corto que me llega por encima de las rodillas pero que por arriba luce igual que una camisa de hombre.

– Voy a… huh… a hacer el café.

Besa mi frente entre sus temores a que me vaya, parece que me está dando un beso paternal de despedida. No estoy contenta con lo que ha sucedido ahora, tal vez estoy dolida y disgustada porque no me veo reflejada en el cuerpo perfecto de esa mujer, pero no voy a abandonarle y quiero que confíe en mí cuando nos enfrentemos a este tipo de situaciones.

Más tarde, Sebas me deja en la acera después de haberme bajado del coche. Veo su coche desaparecer entre la multitud de ellos porque ha recibido una llamada del trabajo y no ha podido venir a mi sesión con Patrick. Ha comentado algo de unos daneses amigos de los malayos que podrían hacer de Chicago su ciudad de reuniones para el tráfico asiduo de droga. Se lo llevo comentando estos días, ha sido una labor bonita la de implicarse demasiado en su trabajo pero él es el Fiscal del Senado, no tiene por qué interesarse tanto en algo que puede hacer el FBI. Sin embargo, mi novio terco no parará hasta que no consiga llegar al fondo del caso.

Subo por el ascensor con nervios sobre mi quinta sesión con el Doctor Patrick Gallaham. Hemos tenido sesiones dobles estos dos días atrás y hoy espero otra cita en la tarde. No sé de dónde estoy sacando el tiempo ya que mis exámenes empiezan la semana que viene y aún no he podido estudiar cómo me gustaría. No me permito un aprobado, quiero ser la mejor para Sebas.

Tengo memorizado el camino, así que me es fácil dar con la consulta una vez que su secretaria me saluda con la mano y me da paso. He llamado hace un rato para decirle que me retrasaba y no ha puesto impedimentos, aunque también sabe que Sebas es mi novio y Patrick diría que sí a todo lo que le propusiera. Sacudo mi cabeza con este pensamiento fuera de lo común en mí para tocar la puerta y abrirla despacio.

– ¿Jocelyn?

– Hola Doctor Gallaham.

– Adelante. Y ya sabes que para ti soy Patrick.

Debe de tener la edad de Sebas, no me preocupa ni tampoco quiero saberlo pero se ve un hombre de los pies a la cabeza vestido con su traje impoluto y con la placa sobre su mesa tan limpia que veo reflejado mi rostro en ella. Dejo mi bolso junto con uno de mis libros sobre la silla y me siento delante de él, estos días lo hemos hecho de esta forma, por la mañana en la silla y cuando cae el atardecer en el diván. Está sonriéndome, lo sé porque me mira fijamente pero él sabe que no me gusta mirar a nadie a los ojos si lo está haciendo al mismo tiempo. Lo sabe y trata de acorralarme para intimidarme.

– Ya… vale… ya he pillado tu punto.

– Pensé que hoy había entrado una mujer diferente después de la conversación de ayer por la tarde.

– Huh… no quería hablar de ello nunca más, si es posible.

– Me temo que sí, Jocelyn. ¿Quieres que prosigamos por dónde lo dejamos? ¿Por el día en que viste por primera vez a Sebas Trumper?

– No. He hecho una promesa sobre él. Prefiero dejarle a un lado de mis sesiones.

– Mírame Jocelyn, – me cuesta pero acabo haciéndolo – él es tu pareja y forma parte de tu vida. Nunca sanarás tu pasado hasta que no controles tu presente. Debes de hacerte a la idea que tus relaciones futuras pueden fracasar si no eres capaz de dominar lo que te atormenta.

– Sebas es el primero y el último para mí. Y, Patrick, prefiero huh… dejarle a un lado.

– Como quieras, trabajaremos en otros aspectos de tu pasado y haz una promesa conmigo, cuando lleguemos de nuevo al día en que conociste a Sebas Trumper le darás una oportunidad a que hable tu corazón.

– Eso no pasará Patrick, – sonrío – soy muy feliz con Sebas y sé que me ama.

– ¿Entonces porque no te crees lo mismo cuando se trata de ti?

Borra mi sonrisa poniendo un nudo en mi garganta y empezamos nuestra sesión matinal que me llevará a un viaje por la Jocelyn que quiero dejar atrás.

Horas después, tras muchas lágrimas y pena por mi vida, cierro la puerta de la consulta y vuelvo a mi oficina para seguir estudiando mis exámenes. Es una locura lo que un psicólogo me puede hacer llegar a sentir, pero también siento que he dado un paso más hasta mi recuperación definitiva.

Una vez que me senté en la silla para estudiar con tranquilidad y sin el ruido quisquilloso de esas mujeres que se volvían locas todo el tiempo, conseguí concentrarme buena parte de la mañana en lo que verdaderamente me importa; mi carrera. Tenía muchas dudas que me han sido resultas por el simpático Dawson, al final, hemos pasado más tiempo hablando de su mujer embarazada que sobre el examen de la semana que viene y ha sido bastante agradable hablar con él. Es dulce, como mi Sebas, que no me ha llamado. Solo he recibido un mensaje a la hora del almuerzo junto con una foto de su mesa repleta de papeles, lo último que me dijo fue que me quería con locura y que el incidente de esta mañana no se repetirá de nuevo. Y ante eso… huh… él me ha ganado un poquito más.

Patrick piensa que Sebas es un problema en mi tratamiento porque si no consigo tener un apoyo que me motive para proseguir en mi evolución, me resultará mucho más complicado. Creo que Patrick se centra tanto en Sebas porque quiere caerle bien o porque quizás desea saber cómo es su vida en pareja ya que nunca se le ha conocido ninguna novia oficial, solo… huh… supongo que le habrán visto con mujeres. No lo sé. Por lo tanto, que Patrick se centre tanto en mi novio provoca que mi estado anímico viaje por diversas emociones que no puedo controlar. Por una parte porque no quiero

contarle todo lo que hago con mi novio, pero por otra parte porque el hablar con una tercera persona sobre mi relación me ayudaría. Pienso. Creo. No sé.

Dawson me avisó que regresó del almuerzo hace media hora y yo soy incapaz de estudiar porque tengo una sensación extraña dentro de mi vientre. Es como si supiera que algo malo está pasando y todos los puntos me llevan a Sebas. Cuando salíamos hace años no trabajaba tanto, es más, se pasaba todo el día en la universidad quejándose de las instalaciones, de la poca seguridad y de los profesores, quería incluso ser el decano que dirigiera todo hasta que yo me graduase. Desde que he vuelto, él se centra más en su trabajo que en mí, es algo que me he ganado a pulso porque sabía que cuando regresaría nada iba a ser igual. Me entristece y me deprime el no poder controlar a Sebas como él hace conmigo.

Aparto mis libros a un lado para abrir mi bolso y mirar las chocolatinas que llevo dentro. Ellas están ahí para mí, sé que cuando me las meta en la boca, las saboree, las mastique y me las trague me darán la felicidad que necesito en estos momentos. Lo que más me duele es que no me arrepentiría una vez hecho porque ellas no me abandonarán, siempre habrá más y más y de muchas clases. Cojo una mientras abro el papel, el chocolate se derrite por el buen tiempo de la primera y… y… no puedo hacerlo.

Lanzo el bolso al suelo escondiéndolo debajo de la mesa y pongo en práctica mis avances con Patrick. Siempre que sienta que me esté debilitando debo de acudir a mi fuerza de voluntad y apoyarme en aquellos que piense que están a mi lado. Uno, Sebas no está a mi lado. Dos, Nancy tampoco está a mi lado. Y tres, la tercera opción nunca existe. Por eso, marco el número de la tercera persona que creo que estaría a mi lado.

– ¿Aham?

– ¿Sebastian? Soy Jocelyn.

– ¡JODER RACHEL, PARA DE GOLPEARME LOS HUEVOS!

– Trumper, ¡vete a la mierda!

– ¡ESO NO ES LO QUE JODIDAMENTE ME DECÍAS ANOCHE, NI ESTA MAÑANA Y NI HACE CINCO JODIDOS MINUTOS!

Tengo que alejar el móvil de mi oreja por los gritos fuertes que están dándose el uno al otro, Rachel parece huh… simpática, ella está discutiendo con Sebastian y jamás pensé que existiera la mujer que pudiera replicarle a un Trumper. Claro, Nancy también lo hace, ¿cómo lo harán ellas? Me despido en un susurro y decido escribirle a Nancy, ella tendrá la solución a mis problemas. Espero.

"Hola Nancy. Siento mucho molestarte. Me preguntaba cómo estáis. Estoy contando los días para conocerte. Un beso."

Respiro hondo dejando el móvil sobre la mesa y pronto recibo un mensaje.

"*Oh Dios mío, hola Jocelyn. Te cuento rápido antes de que Bastian salga del baño. Sebas nos tiene prohibido mantener contacto contigo, llamarte o verte. Mi madre, Margaret y yo estamos en nuestras últimas porque nos morimos de ganas por tenerte con nosotras. Bastian me tiene tan distraída que apenas tengo tiempo. También pienso que querrás estar con tu chico a solas. Cuando estés lista y los dos queráis sabes que nos tienes aquí con muchas ganas esperando por ti. Las niñas quieren conocer a su nueva tita. Te amamos. Besos."*

Qué tonta soy. ¿Por qué estoy llorando? Yo… ellas… su familia de verdad está esperándome y… espera, tengo que leer otra vez la parte de que Sebas les tiene prohibido mantener contacto conmigo. ¿Tan estricto es? Pensé que les comentó algo pero no hasta el punto de no llamarme u otro tipo de contacto. Patrick me ha comentado que vaya poco a poco pero a mí se me está acabando la paciencia porque quizás esté exagerando y Sebas tenga razón; hay una gran familia esperando por mí.

Pienso en hacer una locura pero necesito un poco de ayuda.

"Nancy, tu mensaje me ha ayudado mucho. Estoy pensando en visitar a Sebas en el Senado, él… huh, estará allí a juzgar por el último mensaje que recibí de él y creo que sé por dónde entrar. ¿Crees que es una buena idea? Hemos tenido algo como… un distanciamiento o malentendido esta mañana."

"Él me ha dicho que no me entrometa, lo que ha pasado esta mañana entre vosotros ha hecho que retroceda pasos después de estos días tan perfectos que habéis pasado juntos. Se siente un idiota porque no sabe cómo remediar el problema. Sebas no me ha contado nada, él no nos habla de vosotros dos pero esta mañana quería ahorcarse por lo que haya ocurrido. No entiendo nada, supongo que estáis en el proceso de afianza en vuestra relación. Mi único consejo es que luches y no

te quedes de brazos cruzados porque aunque el tiempo cura, también pasa rápido y estáis desaprovechando muchos momentos que podríais disfrutar mucho más. Antes de que Bastian me corte la línea telefónica, porque lo hará, quisiera decirte si te sirve de ayuda que mi relación con Bastian no fue perfecta ya que sucedieron muchas cosas entre nosotros que hicieron que yo también huyera. Pero si algo caracteriza a un Trumper es su caballerosidad, podría estar esperando por la mujer de su vida toda una eternidad solo por estar con ella. Ya te contaré mi historia, ahora, lucha por la tuya y haz que Sebas coma de la palma de tu mano. Sé firme, constante y habla con él, estoy segura de que está tan muerto de miedo como tú porque ha llegado su momento de ser feliz eternamente. Te quiero, pase lo que pase, no lo olvides."

Es el cuarto pañuelo que paso por mis ojos llorosos. Llevo cinco minutos leyendo el mismo mensaje una y otra vez. Ella ha respondido con brevedad y ha sido el empuje que estaba esperando. Pensé que Sebas le contaba todo pero está claro que no, hasta que ha acudido a ella porque está tan dolido como yo por el suceso de esta mañana. Nancy me ha dado fuerzas para luchar por Sebas, tiene razón, él podría estar esperando toda una eternidad y la prueba está en que todavía me ama y quiere estar conmigo. Me vuelvo valiente tirando las chocolatinas a la papelera, no las necesito porque mi única fuente de felicidad es Sebas.

Cojo un taxi hasta el Senado porque mi coche no se movió de la puerta de mi casa, tengo que hablarlo con Sebas porque me gustaría conducir mi propio coche. Es lo único que me queda de mi abuela y quisiera mantenerlo conmigo hasta que no pueda rodar más. Dentro del taxi el hombre me cuenta como le está yendo los primeros días de su hija con su nuevo nieto, no puedo concentrarme en otra cosa que en lo que voy a decirle a Sebas y este hombre es feliz porque le estoy regalando una sonrisa educada. Después de dejarme en las cercanías del Senado, respiro hondo mirando la vieja tarjeta de acceso que Sebas me dio hace años, espero que esto me ayude a entrar y darle una sorpresa.

Respiro con dificultad por la magnitud de lo que conlleva el Senado. Coches negros con cristales tintados, los conductores esperando órdenes, hombres con trajes oficiales y por supuesto, el increíble edificio que se ve tras ellos. Estoy esperando ansiosa por animarme, en cualquier momento de la tarde puedo dar el paso de avanzar o quedarme dónde estoy a las puertas. Sé que el ajetreo por la mañana es mucho mayor del que hay ahora pues

solo hay algunos coches esperando a sus dueños. Huh… es otra señal para que entre, el sol se va yendo lentamente y me encuentro con energías después del mensaje de Nancy. Lucharé por Sebas y tenemos que hablar del incidente que hemos tenido esta mañana.

Me animo mentalmente con las palabras de Patrick rondando por mi cabeza insistiendo constantemente en que soy una mujer más en el mundo y que nadie está riéndose de mí. Sobretodo que no me tirarán restos de comida porque ahora soy adulta y me respetan. Espero. No quisiera hacer el ridículo en el Senado, Sebas me odiaría por ello. Está más que claro que mezclo traumas, nadie va a gritarme lo gorda que estoy ni me lanzarán comida basura porque soy una adulta y entro al Senado. Sí. Entro al Senado.

Llevo junto a mi pecho el bolso porque estoy temblando, también sudando pero no voy a desabrocharme la parte superior del vestido. Sebas no querría. Voy a verle. Ahora. En cuanto me levante del suelo y salga de detrás del arbusto. He avanzado dos pasos desde donde estaba, es un logro para mí.

– ¿Señorita?

– Huh… Patrick me diría en estas situaciones a punto de darme un infarto que guarde lo que me aterroriza en un baúl y me enfrente como una mujer de mi edad lo haría, con una sonrisa y atendiendo a lo que el emisor quiera trasmitirme.

– ¿Señorita, está bien?

– Perfectamente – me levanto temblando con el bolso sobre mi torso.

– Está usted en el Senado, es propiedad privada. Las visitas a los accesos públicos para los ciudadanos son los viernes y acaban a las tres.

– Yo… huh… lo siento – piensa en Nancy y en su mensaje que te has memorizado, tú puedes Jocelyn, piensa en Sebas, sí, piensa en él. Sebas me ama, – tengo una cita con Sebas Trumper.

El hombre de traje oscuro y audífono en la oreja está deduciendo lo que le he trasmitido para después negar con la cabeza. Agarra mi brazo para llevarme lejos del Senado.

– ¿Eres una fanática de él? Eres la cuarta en este mes. Sebas no es un personaje público y tampoco va a firmar el libro de la Constitución. ¿Qué os pensáis las mujeres de hoy día?

– No me toque, Señor.

– Tampoco os creáis que Bastian está aquí con él para echarle fotos y publicarlas en…

– Señor… pare….

– Claro que las redes sociales actuales son una discordia porque hay hombres que trabajan por el país y…

– ¡HE DICHO QUE PARE! – Grito pero no ha llegado a ser tan alto.

– Váyase o llamo a la policía. Da gracias que por las tardes aquí la seguridad es una mierda porque si fuese por las mañanas ya te habrían disparado.

Estoy nerviosa, agotada y frustrada. Pero también con deseos de golpear a este hombre hasta que caiga al suelo. Le frunzo el ceño, avanzo y hago algo que jamás he hecho; hincar el dedo índice sobre alguien.

– No. Vuelva. A. Tocarme. No soy una fanática. Se me ha caído el bolso con mi tarjeta de identificación que me da acceso al Senado y estaba recogiéndola. Así que no vuelva a poner sus sucias manos sobre mi cuerpo. ¿Queda claro?

Doy más toques con mi dedo sobre su traje y me digno a mirarle a la cara. Vale que no le haya mirado a los ojos mientras le hacía algo como… huh gritar, pero sí que he sido firme y constante y creo que ha entendido mi mensaje cuando pone la palma de su mano bocarriba. Se cruza de brazos sin decir una palabra, sin creerse que yo tengo esa tarjeta y se la estampo sobre ella. La mira con el ceño fruncido, saca un aparato que lee el código de barras y me mira con una cara diferente a como lo hacía antes.

– Discúlpeme Señorita Harden. Vienen al Senado mujeres en busca del fiscal todo el tiempo ya que los Trumper son muy conocidos y, bueno, usted ya me entiende. Si me permite le puedo acompañar y disculparme una vez más por mi nefasto olfato con los posibles intrusos.

Él solo hacia su trabajo, ladeo mi cabeza porque me da pena pero pronto me mantengo firme y frunzo el ceño de nuevo.

– Espero que este suceso no vuelva a repetirse y esté más atento a las mujeres que quieren venir a ver al Señor Trumper. Ahora, lléveme hasta dentro e indíqueme dónde está el despacho de Sebas, quiero decir, de Trumper, él me está esperando.

– Enseguida señorita, acompáñeme.

Voy. A. Desmayarme. Pero de la emoción. Quiero saltar sobre este hombre y abrazarle porque me he enfrentado a un obstáculo en mi vida que debería haber acabado, o llorando o comiéndome una caja de pasteles comprados en Macy's. A pesar del momento fantástico que me va a conducir a la ansiedad inmediata, me dejo guiar por este hombre hasta que me indica que al final del pasillo se encuentra Trumper. El Senado está vacío por la tarde y no hay nadie, ni siquiera su secretaria aunque ya le habrán avisado de que he llegado y me estará esperando.

Toco la puerta porque me siento pletórica, con ganas, con ilusión y con un sinfín de sensaciones positivas que quiero comentarle a Sebas.

– ¡No estoy! – Gruñe y por escucharle otra vez, toco a la puerta – ¡QUÉ NO ESTOY!

Abro decidida por el brote de hormonas que invade mi cuerpo. Él estaba a punto de gritar otra vez pero le he dejado con la boca abierta porque estoy segura que no se esperaba mi visita. Deja las gafas sobre la mesa cuando se percata realmente de que estoy aquí parada y esperando a que me de paso, será por la felicidad plena que siento cuando lo he visto por unos instantes concentrado en sus papeles pero estoy a punto de cometer una locura y practicar el sexo sobre la mesa de su despacho. Le sonrío tomando la iniciativa de entrar y avanzo lentamente hacia él.

Sebas está muy guapo, puede que para los hombres sea típico llevar el traje aburrido pero él lo lleva como si fuera un modelo de esos inalcanzables, de los que no existen. Sin embargo, mi Sebas existe y sigue embobado viendo como avanzo hasta él plantándole un beso en los labios. Su camisa es dos tallas más pequeña o sus músculos han crecido desde ayer, no sé, debo de… no tengo que mirar su… que hambre de él. Suspiro

sonriéndole otra vez para sentarme sobre la silla. Él está mudo por lo que está pasando, yo también lo estaría y cuando por fin logro sentarme decido levantarme. Sí, hoy he hecho demasiadas locuras y me siento tan a gusto que quiero sentarme sobre sus piernas. Sebas dice que es su maldita postura favorita y yo quiero darle el gusto de tenerme a su antojo.

– Hola.

Sigue atónito porque estoy aquí. Espero mientras reacciona y le echo un vistazo a los papeles que estaba leyendo, los mismos que se ha traído a casa estas dos noches a pesar de que había acabado con el caso de los malayos. Es evidente que hay un problema sobre los daneses porque ha rotulado en fosforito la procedencia en todos los papeles. Dejo a un lado su trabajo para centrarme en un inmóvil Sebas. Cómo sigue sin palabras, no me corto besándole de nuevo en los labios. Los echaba de menos. Él no se hace una idea de la necesidad continua que necesito por su parte.

– Hola – gesticula a su pesar.

– Vaya, me esperaba un recibimiento mucho mejor. ¿No te han avisado de que subía?

– Se supone que un hombre está en mi puerta pero ha debido de ausentarse. ¿Qué haces aquí?

– Venir a verte, ¿no puedo?

– Sí, por supuesto – debo de estar partiéndole la pierna pero no se queja porque me agarra más fuerte contra él – ¿has terminado de estudiar?

– No. Pensaba ir a casa y hacerlo allí mientras te esperaba. Voy a hacer algunas compras para la cena, hoy quiero prepararte algo delicioso que vas a amar – vuelvo a besarle, jamás he dejado a Sebas tan inmóvil como lo estoy haciendo ahora y me gusta porque eso significa que es receptivo a mi presencia, – ¿tardarás mucho?

– ¡Diablos! Quiero malditamente dejarlo todo e irme contigo a casa. Tu plan suena mucho mejor que el mío.

– Tomate tu tiempo, si tienes que trabajar aquí hazlo. Yo no me moveré de casa, cocinaré ahora y terminaré la cena cuando llegues, mientras, estudiaré para la semana que viene. Dawson ha estado

ayudándome con algunos puntos que no entendí y al final nos pasamos más tiempo hablando de su futura paternidad que de mis dudas. También mi visita con Patrick fue viento en popa, un poco aburrida pero me ayudó bastante y creo que está enfadado porque he cancelado mi visita de esta tarde. Le he prometido que se lo recompensaré cuando pueda porque ahora se me está acabando el tiempo por los exámenes. Me da consejos y me da las herramientas que necesito para sobrellevar ciertas situaciones. He tenido algo como una crisis después de mi inexistente almuerzo y opté por llamar a tu hermano Sebastian, no me preguntes cómo llegué a esa conclusión pero lo hice. Estaba peleando con Rachel, por su patada en los huevos y sus relaciones sexuales de ayer por la noche, esta mañana y según él, hace cinco jodidos minutos. Cómo necesitaba un poco de respiro, creí que una chocolatina me daba la solución a mis problemas porque es la felicidad que siempre me ha acompañado y ha sido un momento de crisis profunda. Pero no me la he comido. Quería venir a ver a mi felicidad constante y plena, y después de escribirle algunos mensajes a Nancy por fin me animó a hacerlo. Tenemos que hablar algunas cosas, como dice Patrick, comunicación ante todo, pero como también le digo yo a Patrick, no te metas en mi relación con mi novio. Creo que he hablado demasiado. Me voy. No quiero que el hombre de la puerta me arrastre fuera otra vez porque parezca alguna de tus fans loquitas por tus huesos. Soy tu novia, futura esposa y no alguien de la calle. Porque me amas. Te quiero Sebas.

Beso sus labios porque me estoy asfixiando. No he hablado tanto desde… huh… no me acuerdo. Tampoco he contado nunca qué he hecho porque nadie me lo ha preguntado, excepto Sebas que aunque me perseguía se interesaba cómo había trascurrido mi día.

Y ahí lo dejo. Cierro suavemente la puerta detrás de mí y camino a través de este laberinto vacío con suelos de mármol y olor a folios por todo el lugar. Bajo las escaleras motivada por lo que he hecho, una locura, pero Sebas pertenece a mi locura y le amo por estar soportándome. Se piensa que cuando él se enfada tengo que tener paciencia, pero la verdad es que yo también soy un caso aparte del que ocuparse y él está a mi lado. Por primera vez en años, creo poder tocar la plenitud de mi felicidad.

Salgo del Senado con los gritos de Sebas en mi espalda, hoy he hecho el mayor avance y cuando me doy media vuelta veo que corre hacia mí con desesperación. Espero que haya pillado el punto de que no le voy a abandonar.

– He llamado a Bastian – suelta sin aliento llegando a mí.

– ¿Huh?

– Cuando te has ido. Le he llamado. Quería escucharle.

– Te entiendo – no lo hago pero no voy a quitarle la emoción de haber llamado a su hermano mayor.

– No lo haces. Me has desestabilizado. Estaba mentalizándome para una larga charla llena de culpabilidad y con la certeza de que te ibas de Chicago otra vez. Has venido y…

¿Sebas Trumper sin palabras? Él sí que me deja perpleja. Creo que estar a este lado del mundo real no está tan mal, aunque sigo echando de menos mi burbuja.

– ¿He venido y…?

– Has sido tú. La Jocelyn que se esconde detrás de esa coraza indestructible. Quería que me dijera que debo de hacer una vez que has cerrado la puerta. Le he comentado que me has pillado por sorpresa con una nueva actitud, la que siempre he soñado, y no sabía qué hacer.

– ¿Qué te ha dicho?

– ¡Coje tu culo grasiento y ve tras ella! También ha comentado que no debes de desabrocharte estos botones –los abrocha de nuevo, se me han debido de desabrochar solos. Adoro ver como la vena de su cuello palpita.

– Podrías no haberme perseguido que todo seguiría igual entre nosotros, cariño.

– Quiero irme contigo a casa. Mientras tu cocinas yo puedo seguir trabajando allí. Pensaba dejarte espacio para no agobiarte.

– Huh… Sebas, creo que va siendo hora de que cambiemos ciertos puntos. Estoy yendo a un psicólogo y haciendo que las cosas en mi vida vayan a mejor, esa es mi intención, pero la relación que tenemos nosotros

nos pertenece solo a ti y a mí. Por lo tanto, no huyas tú tampoco de mí cuando las cosas se pongan feas. Ahora ve a por tus cosas y ven a casa. Aprovéchate de mis hormonas revolucionadas, puede que dentro de un rato quiera comerme una tarta de chocolate.

– Te quiero tal y como eres. Con o sin hormonas y – se acerca a mi oreja – pretendo acosarte cuando te pongas el delantal.

Frunce el ceño con la barbilla en alto porque pasa un hombre por nuestro lado y nos saluda. Me abraza marcando un territorio que está más que conquistado y me hace gracia porque su cuerpo se pone tan rígido que se podría partir el hielo contra él. Cuando nos quedamos a solas otra vez entrelaza sus dedos con los míos arrastrándome sin salida por el mismo laberinto por donde he estado antes. Sus pasos son grandes y los míos son tan cortos que no llego a ponerme a su lado porque me aprieta con seguridad y firmeza.

– ¿Sebas?

– Te necesito, ahora.

Doy la callada por respuesta una vez que toma el control de nuestra andadura por el Senado que conoce como la palma de su mano. Cuando llegamos a su despacho cierra la puerta mientras me roba besos sonoros que retumban con agudeza.

– ¿Puede entrar alguien?

– Que lo intenten. Han abierto una nueva cárcel al otro lado del pacifico y mandaré allí a quien se atreva.

– Me gusta… – sus manos por todo mi cuerpo cohíbe mis pensamientos.

– ¿Te gusta el qué? ¿Esto?

Consigue conducirme hasta su mesa llena de papeles y los esparce de un manotazo hacia el suelo porque me sienta sobre ella. Me gusta esta pasión desenfrenada que nos ataca cada vez que practicamos el sexo y voy a disfrutarla sin pensar en otra cosa que en Sebas.

Las palabras sobran en el momento que arranca mis bragas deslizándolas por mis piernas. Al abrirlas siento el roce de su erección que

choca contra mi más deseada joya.

Con los años he perdido la timidez en el sexo. Temo no estar a la altura pero si hay algo que hago cuando estoy desnuda frente a Sebas es transformarme en una persona que no soy, la de mi burbuja, ya que procuro disfrutar de cada pequeño detalle que comparto junto a él.

Es por eso que su mano viaja a mi entrepierna y le doy un mejor acceso para que no dude ni lo más mínimo en que no quiero practicar el sexo sobre la mesa de su oficina, en el Senado. ¡Deseo hacerlo! Se me escapan unas risillas de tan solo pensarlo.

– ¿Estás seguro que no cometemos ninguna ilegalidad?

– Si la cometemos, soy culpable.

Y me encuentro tan a gusto que decido cambiar los roles y ser yo quien le muestre a Sebas que voy a ser suya para siempre.

Empujo su pecho mirándolo con deseo una vez que tengo entre mis manos la corbata que he desecho con rapidez. Los botones se desabrochan más rápido de lo que pensaba y al abrirle la camisa tengo que esbozar un gemido interno por no gritarle a la cara el cuerpo tan escultural que ven mis ojos. Sus abdominales se pronuncian más que hace cinco años, sus pezones son pequeños pero juguetones cuando paso mi lengua por ellos como hago ahora. Pero es su v lo que me tiene enamorada, ese trozo que le nace del hueso de la cadera y que me lleva a algo que voy a disfrutar para siempre. Me vuelve loca porque carece de pelo extra ya que solo tengo que seguir un rastro de vello rubio para encontrar su excitación.

Desabrocho con nerviosismo su cinturón bajo la atenta mirada de dos ojos cristalinos que me miran con intriga. Le gusta cuando soy una fiera, y aunque sea todo lo contrario, procuro demostrarle que puedo estar a la altura de lo que él espera de mí en el sexo. Muerdo mis labios luchando con los agujeros y la placa de oro que se extienden por separado. Solo falta el botón de sus pantalones y una vez que lo desabroche él será mío.

Juego con mi valentía poseída mientras las manos de Sebas están a cada lado de mi cuerpo sobre la mesa. Beso sus labios mordisqueándole el inferior y succionándole la barbilla en la que deseo dejarle alguna marca de propiedad privada como hace él con algunas partes de mi cuerpo. Bajo la

cremallera sin tapujos para atrapar entre mis manos su erección que me recibe tan surrealista como siempre.

– ¿Te crece un poco todos los días?

Recibo un mordisco en mi cuello agarrándome de mi cintura al mismo tiempo. Me choca contra sí mismo pero mi mano y yo quedamos atrapadas sin poder darle el placer que mi hombre se merece. Entonces empujo su pecho de nuevo acariciándole y besándoselo marcando con mi saliva que yo soy la única que disfrutará de su cuerpo. Yo. Y nada más que yo.

Sonrío admirando la cara de excitación de mi Sebas porque ha cerrado los ojos y mi mano ha empezado a trabajar sobre él. Siempre me repite que no quiere nada a cambio en el sexo, que con tenerme a su lado es más que suficiente pero no soy una ignorante y conozco las necesidades de un hombre, y entre ellas, lo que más aman es que las mujeres hagan lo que yo estoy haciendo. Mi mano resbala mucho más después de haber hecho una pausa y escupirme sobre ella, él me lo enseñó cuando yo desconocía el sexo y desde entonces he estado soñando con volver a ser yo quien le de placer en algun lugar fuera de casa.

Se aferra a morderme mis labios, a acariciar mi cuerpo por debajo de mi vestido pero cuando creo que va a disfrutar de sus amados pechos desliza la mano hasta dejarla en mi entrepierna. Con una guerra de besos sensuales, moviendo la lengua de un lado a otro consigue distraerme de lo que estaba haciendo para centrarme en como redondea mi extremo placer a punto de provocarme un orgasmo rápido. Consigo recuperarme agarrando su muñeca para enfocarme en su erección cuyo eje golpea en mi apreciada v. Hago resbalar mi mano con necesidad y furia al poder saciarme de sus gemidos que golpean en mi oreja, recuperando así el ritmo que mantenía antes de recibir el placer extremo en mi entrepierna.

Nos convertimos en fuego cuando logramos unirnos más de lo que estamos. Él desprende llamas continuas que me reclaman y yo soy la ceniza necesaria que aviva nuestro deseo. A medida que mi mano se mueve más rápido de lo que espero de mí misma, Sebas eyacula chorreando después de un grito ronco y de haberme apretado contra su cuerpo. Me lleva con él a las estrellas porque no deja de mover sus dedos en mi sexo hasta sentir que

floto en el mismo universo en el que él flota. Estamos viendo esos fenómenos astros que nos iluminan dando paso a un nuevo orgasmo que ha nacido de nuestro amor.

Resbalándome de la mesa, estoy a la intemperie de la fuerza de Sebas ya que he rodeado con mis piernas su cuerpo para no caer desastrosamente al suelo. No saca su mano de entre mis piernas y yo tampoco le he soltado cuando un ruido consigue traernos de vuelta a la Tierra.

– ¿Señor Trumper, desea algo?

– Vete a casa. Yo ya me voy – grita entre jadeos por el esfuerzo.

– Como desee, Señor Trumper.

Ahora nos damos cuenta de que los pasos se oyen al otro lado y nos hemos aventurado a que alguien pudiera entrar por la puerta.

– Casi nos llega a pillar – digo entre risas.

– No, ni en sus mejores sueños.

– Tienes tu mano ahí abajo.

– ¿Es eso un problema?

– ¿Es un problema que yo también la tenga ahí abajo?

– Para mí no. Pero como no lleguemos pronto a casa seremos un espectáculo para las limpiadoras que no tardarán en llegar.

– ¿Qué pasó con el morbo de practicar el sexo en sitios públicos?

Le guiño un ojo dejando su erección para ejercitar los dedos. Tengo que trabajar más en ello si no quiero cansarme ni destrozármelos dado que a mi Sebas le crece por días y va en aumento.

Hoy he hecho un avance positivo en mi vida. He sabido controlar mis impulsos cuando esa chica apareció en casa de Sebas, cuando he combatido contra la soledad sin sus llamadas o la desesperación por comerme una chocolatina que ratificara mi felicidad. Pero al final de este largo camino veo la luz, la misma que profanan de las estrellas con las que acabo de estar junto a Sebas. Puede que no sea una persona diez, con un cuerpo diez o una personalidad abierta diez, pero sí quiero demostrarle al hombre que nunca

me ha fallado que estoy cambiando, y lo estoy haciendo por él. Sufriré cambios emocionales porque no es fácil ser extrovertida cuando nunca me enseñaron a serlo. Tampoco será fácil tener que atender a personas que quieran hablar conmigo o simplemente enfrentarme a esas calamidades que para mí son una tortura. Aunque hay algo de lo que estoy completamente segura; hoy estoy más cerca de liberarme de la antigua Jocelyn.

Y todo gracias a Sebas Trumper.

CAPÍTULO CATORCE

Suspiro con felicidad entregándole al profesor el último examen que he hecho esta semana, el tercero que me acerca un poco más al final de mi carrera. No me ha resultado difícil exponer mis conocimientos en folios, lo difícil ha sido concentrarme en ellos y ahora tengo dos días de merecido descanso porque el siguiente será el viernes de la próxima semana. Dos días de felicidad, tranquilidad y puede que también de soledad.

Hace siete días que fui al despacho de Sebas y le reclamé con confianza, y ojala pudiera hacer hoy lo mismo pero nuestra separación está siendo bastante frustrante. Era cierto sobre los daneses porque dijeron algo en las noticias de televisión y desde el fin de semana pasado mi novio está trabajando día y noche para meterlos a todos en la cárcel. Le llegan dosieres de Europa y no cesa en estudiar todos los puntos junto con su gabinete más personal.

Nuestra relación no ha avanzado pero tampoco ha retrocedido. Comprendo cien por cien que se centre en su trabajo porque en parte me da

el respiro que necesito pero a veces, huh… a veces no, siempre le echo de menos y quisiera que esté a mi lado. Nos pasamos casi todo el día al teléfono, incluso ha trasladado alguna de sus reuniones a la misma planta donde estudio yo para estar junto a mí pero después del sexo que practicábamos cada dos por tres decidimos que mejor sería estar separados para centrarnos en nuestros quehaceres. Y fue la mejor, y peor decisión, mejor porque yo necesitaba estudiar y él quiere acabar con la red de tráfico de drogas y la peor porque esto abre serias brechas entre nosotros. Según Sebas, todo está yendo perfectamente porque tenemos la vida rutinaria de un matrimonio normal, dormimos juntos, desayunamos juntos y cenamos juntos. No siempre llega a la misma hora pero duerme todas las noches en casa y me demuestra que me sigue amando.

A veces hacemos videoconferencias porque se muere de ganas por verme y no le culpo porque yo también. Hemos tenido una semana ajetreada aunque eso se acabó, Sebas me prometió que este fin de semana sería nuestro y es por eso que nos vamos a ir de viaje. Me ha dicho que es una sorpresa y la verdad es que no me preocupa el destino siempre y cuando sea con él.

Ojala hubiera tenido tiempo de hablar con Nancy pero he estado muy ocupada. Nos hemos cruzado algunos mensajes cuando Bastian estaba durmiendo y hemos hablado, pero no lo hicimos como a ambas nos hubiera gustado ya que nos morimos de ganas por conocernos. Y creo que ese momento ha llegado. Mis sesiones con Patrick se han reducido por el poco tiempo que tenía esta semana para prepararme los exámenes, no sé cómo los he hecho pero al menos no los dejo en blanco y todavía me quedan algunos más para completar las asignaturas que se me están haciendo cuesta arriba. He llegado a la conclusión en mi recuperación mental que debo de dejarlo todo atrás y disfrutar de lo que tengo ahora mismo. Creo que me centro más en el dolor insuperable del pasado que en las cosas positivas que me brinda la vida actual, y todo esto me lo ha hecho ver Patrick que está orgulloso de mí. Dice que cada vez hablo más desenvolviéndome con naturalidad de mis problemas en el pasado. Por lo tanto, le comenté a Sebas que si quiere podríamos ir a la comida semanal en la casa de sus padres, que ha llegado el momento de poner un pie dentro de la familia Trumper y decir con orgullo que soy una más. Así que deduzco que nuestro viaje será cerca,

dice que llamó a Bastian para que le dejara el jet privado y nos está esperando a cualquier hora.

Salgo de la Universidad de Leyes con una sonrisa porque soy feliz. Marco el número de Sebas mientras me dirijo a mi coche. El volver a conducirlo ha sido una gran discusión que de momento he ganado con mi novio ya que es bastante estricto cuando se trata de coches.

– ¿Cariño? Ya he terminado el examen.

– ¿Tres horas y media después? Pensé que lo habrías terminado hace tiempo, te sabías todos los temarios.

– Ya me conoces, soy de las que piensa que más vale que sobre que falte así que… huh lo he soltado todo. ¿Debería haber sido más específica? – Este hombre me hace dudar hasta de si los pájaros vuelan o lo estoy alucinando.

– No, reina, pon lo que quieras. Entonces, ¿has terminado ya?, ¿lo has entregado?

– Sí, voy hacia el coche.

– Bien, porque quería comentarte algo y no iba a hacerlo hasta que no terminaras el último. Me temo que tenemos que aplazar nuestro viaje. Esperamos al danés este fin de semana y tengo que estar disponible.

– Huh… no pasa nada, otra vez será.

– ¡Maldita sea! Dime que soy un mal novio y que he roto nuestro fin de semana perfecto.

Me río y hago que escuche mis carcajadas.

– Nada me gustaría más que estuvieras conmigo y que podamos evadirnos un par de días. No te preocupes, ya habrá otras ocasiones. Lo importante es que acabes con el caso y encierres a esas personas que hacen el mal. Iré a casa.

– ¿Qué maldita mierda he hecho yo para merecerme a alguien como tú? Te lo recompensaré, sé que te hacía ilusión mi reina. Te quiero, sabes que también deseaba escaparme este fin de semana contigo, ¿verdad?

– Claro, Sebas. Has trabajado muy duro y te merecías un descanso, es más, te lo sigues mereciendo y no me gusta cuando vienes a casa con la espalda destrozada o con dolores de cabeza. Prefiero que acabes pronto y así no sufras tanto.

– ¡Esa carpeta no va archivo, inútil! – Grita a uno de sus compañeros – Joce, tengo que colgar porque aquí no mueven una maldita mierda en condiciones si no es por mí. ¿Me perdonas, verdad?

– No hay nada que perdonar. Vuelve al trabajo y no te preocupes por mí. Te espero para la cena.

– Te quiero, dime que me quieres.

– Te quiero, Sebas Trumper.

Gruñe colgando la llamada y esbozo una sonrisa negando con la cabeza. Saludo con la mano en alto al hombre que siempre va conmigo ya que Sebas es muy riguroso cuando se trata de mi seguridad. Él no me molesta, solo sigue mis movimientos y supongo que luego informa a Sebas, no lo sé. Lo importante aquí es que las cosas fluyen mucho mejor de lo que me creía y que me siento muy a gusto viviendo la vida que quiero vivir, no es perfecta, pero se asemeja bastante.

Una vez dentro de mi viejo coche suspiro con la mano en el corazón, voy a hacerlo, sí, por primera vez voy a llamar a Nancy Trumper, mi cuñada y amiga. Le prometí que la llamaría cuando acabara el último examen porque el domingo haremos la presentación oficial en casa de los Trumper y no quiero faltar a mi promesa. Hay algunas cosas que no cambian y por supuesto que me he mentalizado para responderle a algunas preguntas obvias que me hará. Como dice Patrick, poco a poco, ya que cada vez me desenvuelvo más con los obstáculos que no son premeditados.

– Hola Jocelyn.

– ¿Nancy? Hola.

– ¡Es Jocelyn, Bastian!– Grita a su esposo – dame cinco minutos, cinco nada más.

Oigo como se mueve entrecortadamente por la cobertura y una puerta cerrarse.

– ¿Nancy, sigues ahí?

– Sí, ya estoy. Perdóname, es que Bastian no para de acosarme todo el tiempo y de controlar quien me llama al móvil. Pero bueno, nada nuevo. Qué alegría me ha dado al ver tu llamada, ¿qué tal el examen?

– Huh… muy bien. El próximo lo tengo el viernes que viene, tengo una semana para estudiarlo bien.

– Eso son buenas noticias. ¡En la habitación, Bastian! – Vuelve a gritar, me hace gracia – ¿lo oyes?

– No – ¿estoy preparada para oír a Bastian? Nunca.

– Está gritando en la primera planta como un loco por mi desfachatez al esconderme en la sala de cine.

– ¿Sala de cine?

– Sí, ya la verás. Vivimos en una gran mansión, aunque la conocerás como paraíso Trumper. No me preguntes en que momento de mi vida le dije que sí a esta casa qué ni yo misma sé dónde está más de una habitación, pero aquí estamos y no pienso quejarme.

– Suena genial y divertido, ¿no?

– Bueno, tiene sus cosas buenas y cosas malas. Lo mejor de todo es que es el paraíso soñado por cualquier persona y Bastian lo hizo realidad, y lo peor es que no sé ni donde tengo la ropa, las cosas de las niñas, las salas o dónde se encuentra Perro. Se supone que tiene una caseta en el jardín pero está en todos lados menos donde debería. No me hace ni caso.

– ¿Tenéis un perro?

– Sí y se llama Perro. Tampoco me preguntes en que momento de mi vida le dejé a Bastian que le llamará así. Pero hablemos de ti, ¿qué tal estás con Sebas?, ¿es verdad que a lo mejor venís el domingo?

Suspiro con el corazón encogido, se me ha cortado la respiración. Nunca creí que tendría tanto miedo a algo como a los Trumper después de haber abandonado a Sebas.

– Eso le dije a… huh… bueno, no lo sé aún.

– Siento lo del fin de semana, Bastian me lo ha dicho esta mañana. Estoy deseando que acabe ya con el caso ese, ¿tan malo es?

– Sí, el caso es complicado y Sebas es demasiado orgulloso como para dejarlo en manos ajenas. Lo he llamado hace un rato y estaba enfadado con sus compañeros. Yo también quiero que acabe.

– ¿Cómo va todo entre vosotros dos? No sé si te lo habrá dicho Sebas pero seguimos esperando todos por ti, a que te animes y podamos acercarnos a ti.

Vale Jocelyn, no te pongas nerviosa Nancy está siendo amable y solo es una pregunta que ya suponías que iba a preguntarte, pero no hoy, sino el domingo en la comida. Ahora no sé qué contestarle, si con la verdad de lo que siento o con las mentiras maquilladas que estaba acostumbrada a decir para que me dejaran en paz.

– Bien. Muy bien.

– ¿De verdad? No te noto muy convencida. Me muero de ganas por conocerte y que puedas compartir conmigo lo que te preocupa. Te lo digo muy en serio.

– Gracias Nancy, ojala pudiera hablarte con más… huh… normalidad sobre todo lo que me preocupa, pero aún estoy trabajando en ello.

– Tomate el tiempo que necesites, tanto Sebas como el resto de la familia te esperaremos. Quería contarte que tampoco alucines con que hablamos a tu espalda o con él, nos ha dejado muy claro que quiere espacio contigo y eso hacemos. Si no ve a las niñas en unos días no pasa nada, tampoco es que Bastian esté de muy buen humor ya que en verano se vuelve hecho un energúmeno.

– ¿Por qué?

– Por mi desfachatez de ponerme el bikini y tomar el sol, por llevar ropa de lencería según él y por lo fresca que soy al querer llevarle la contraria para salirme con la mía por el simple hecho de ponerme vestidos de verano. Él es un mundo aparte, un neandertal en toda regla.

Contagio mis risas a Nancy que también se ríe conmigo de las ocurrencias de su marido. Jamás pensé que Bastian sería tan exagerado si

algún día se casase, pero tampoco creí que algún día lo hiciera. Él está siendo mi punto de referencia porque sé que vivió una mala vida a juzgar por lo que vi y lo que Sebas me contó, pero si Bastian encontró la felicidad, ¿por qué no lo haría yo? Patrick me apoya en que mi punto de referencia sea él, me gustaría poder ser diferente y apoyarme en mis cuñados porque estoy segura que me ayudarían con mis miedos. Sin embargo, cuando se trata del campeón mundial de lucha y su mal humor hace que retroceda hacia atrás y no quiera verlo ni en pintura. Si Sebas me da miedo, Bastian me da mucho más.

Mantengo con Nancy una conversación que llevamos a su terreno y eso me da tranquilidad. Ella no conoce mi problema y sin quererlo, me ayuda más que mi psicólogo aunque solo esté hablando de la vida con su marido e hijas. Los próximos minutos los pasamos hablando sobre cosas cotidianas sin profundizar demasiado en los temas cuando oigo los llantos de su hija a lo lejos.

– Huh… está bien, ve a atender a tu hija.

– Es Dulce Bebé, no necesita mi pecho, Bastian se las apañará quiero seguir hablando contigo. Necesito a una aliada femenina en la familia, te lo acabo de decir.

Me ha hecho gracia cuando me ha contado que es el foco de las bromas de nuestro cuñado Sebastian en las comidas familiares y de los gruñidos de Sebas porque no habla. Siempre se forman peleas con los Trumper porque Bastian regaña a sus hermanos y acaban pegándose como si fueran niños. Luego está el factor Margaret que no deja de presionarle con tener al niño y su obsesión con sus nietas, ambas se aman mutuamente pero puedo llegar a entender cuando Margaret siempre va dos pasos por delante de una persona normal. Si quiere un nieto, ya piensa en el tercero, si quiere una boda, ya piensa en las siguientes, ella es dulce, pero cuando se trata de su familia es la más pasional de todas. La madre de Nancy va a cebarme con la comida y nuestro flamante suegro se ha hecho amigo de su padre porque odia a su marido, aunque no ha querido explicármelo ya que me contará su historia algún día.

Sus vivencias en familia me ayudan muchísimo a conocer en primera persona qué me voy a encontrar cuando esté frente a ellos. No pretendo que

me acepten con los brazos abiertos, pero siempre puedo contar con Nancy que ella es la única con la que me siento a gusto hablando después de Sebas.

– Intentaré apoyarte.

– Lo suelo tener controlado. Evito sentarme al lado de Sebastian y ponerme al lado de mi padre, pero es que siempre se las apaña para estar junto a mí y fastidiar a Bastian. Si mi marido no se centrara tanto en que lo hace para pegarse con él, todo iría bien. Eso sí, con Margaret hay que hacer algo porque no hay quien la pare con sus nietas, como soy la única, pues toda la presión recae sobre mí ya que se alía con su hijo para que me embarace. Te necesito Jocelyn, te necesito en la familia ya.

– Pronto Nancy, pronto.

– ¿No podemos vernos? No tiene que ser en mi casa si no quieres y tampoco tiene por qué saberlo ellos.

– Huh… creo que… no sé, todavía no puedo porque me sucede algo que estoy tratando con un especialista.

– Oh, ¿nos estáis ocultando alguna enfermedad? Dime que no Jocelyn porque ahí sí que tenemos que estar todos juntos.

– No es serio, es algo de mi pasado que me atormenta.

– ¡Qué susto! Pensé que era algo grave. Desde mi humilde punto de vista, y si te sirve de ayuda, piensa que el pasado es el pasado y el presente es el presente. Si tiene que ver con que huiste de Sebas quiero recalcarte otra vez que yo también hui de Bastian, le dejé dos veces por el miedo que tenía a las mentiras, y ¿sabes qué? Aprendí a disfrutar de lo que me daba él y que todo el mundo merece una segunda oportunidad. Mi relación con Bastian fue horrible al principio y aunque ambos nos arrepentimos de situaciones que ocurrieron entre nosotros supimos dejarlo atrás y empezar juntos una vida, una que vivo ahora como la persona más feliz del mundo junto al hombre más maravilloso que podría tener. Él es un neandertal, pero es mi neandertal y los dos somos un equipo en nuestra relación.

– Me pones la piel de gallina.

– Cielo, es que sé que necesitáis vuestros momentos a solas y que estáis pasando por vuestra fase bonita de pareja. Pero os queremos aquí con nosotros. Estoy segura de que mi vivencia con Bastian te puede ayudar con Sebas. Ellos son diferentes pero al fin y al cabo la misma persona porque el hombre siempre será hombre. Desconozco que ha pasado, y puede que su manera de llevar una relación es extrema por el control absoluto pero eso queda en un segundo plano cuando él da la vida por ti. Afirmo a ciencia cierta que la da por ti y la prueba está en que ha vuelto contigo porque te estaba esperando, ¿no? Cariño, no te cargues en tu espalda todo el peso de los problemas y habla todo con Sebas, es el más sensato y humano de los tres hermanos y te llevas toda una joya. Ahora sí, me tengo que ir porque Bastian está subiendo las escaleras y me pondrá sobre su hombro.

– Gracias Nancy. Te lo agradezco, no sé… huh que decir. Ojala pudiera expresarme y… huh… – me estoy enfermando otra vez, tengo un nudo en el estómago y no puedo continuar hablando.

– No tienes que agradecerme, eres de la familia, mi cuñada y por lo tanto, una Trumper. Cuanto antes empieces a aceptar eso, el resto solo serán efectos secundarios que se esfumarán en el pasado ya que es inevitable cambiarlo. Es lo último que te quiero decir. Tengo que colgar. Te quiero. ¡Bastian, que te cargas la puerta!

La llamada se corta con el último aliento de sus risas gritando a su marido. Sigo dentro del coche que se me está viniendo encima y con las respuestas que estaba buscando al otro lado del teléfono. Nancy ha sido sincera conmigo y lo que más me ha gustado es que me ha dicho una verdad que ni Patrick me ha comentado; empieza a aceptar que eres una Trumper y el resto se queda atrás en el pasado. Es cierto que no tengo que cargarme con todos los problemas, ¿pero qué pasa si yo soy mi único problema? Lanzo el móvil al asiento delantero en paz conmigo misma de estar yendo en la dirección correcta para ser la nueva definitiva yo.

“Joce, no me esperes esta noche para cenar, llegaré tarde. Te quiero.”

“Día de mierda. Intentaré ir a casa antes de que te duermas. Ve pensando si quieres ir mañana a la comida en casa de mis padres. Te amo, reina.”

"¡Mi madre me está volviendo loco! Llámala y dile que me deje en paz."

"Echo de menos tu voz, ¡coge el maldito teléfono! Te llamaré otra vez más tarde, estoy seguro que al ser lunes tienes cosas de que hablar con tu psicólogo «el mira tetas»."

"¿A qué hora tienes el examen del viernes? Estoy siendo un novio terrible. Estos daneses son unos fracasados porque no se imaginan que estemos siguiéndoles los pasos muy de cerca. Me reiré cuando los encarcele a todos. Hoy iré a cenar reina, te lo prometo."

"Puede que me esté ganando puntos para que malditamente no me hables. Tus mensajes no me son suficientes. Siento no haber podido regresar anoche a tiempo para verte despierta."

"Lo de anoche está impidiéndome que malditamente me concentre en el trabajo. Te necesitaba Joce, te quiero y eres mi vida entera. Eres maravillosa por aguantar mi trabajo y a mí siendo un cascarrabias. Por cierto, no busques tus bragas porque las tengo en mi bolsillo derecho. Ten un buen día y estudia para tú examen de mañana, lo harás muy bien."

"Te prometí malditamente salir hoy viernes a celebrar tus aprobados y lo estoy fastidiando otra vez. Los daneses han hecho movimientos raros y me dirijo al puerto del lago, esperamos la reunión definitiva allí. Te lo compensaré. Estoy orgulloso de ti. Te quiero."

"Estas muy hermosa cuando duermes. Después del almuerzo me dedicaré a ti por el resto del fin de semana. Ponte algo bonito porque he reservado mesa en tu restaurante favorito."

Repaso con angustia los mensajes de Sebas a lo largo de estos interminables días en los que no hemos coincidido. Solo estuvimos juntos por un rato el miércoles ya que practicamos el sexo en la oficina donde estudio y si no llega a ser porque él se escapó de su ajetreada agenda no le veo hasta… huh se supone que hoy le veré.

El sueño me vencía cada noche y no he podido hacer mucho más. He estado intentando estar despierta hasta altas horas de la madrugada pero me era imposible concordar con él porque cada vez regresaba más tarde. Al despertarme por las mañanas la casa olía a su perfume y ya sabía que se había marchado por el silencio en el que me hallaba. Al menos sé que ha dormido junto a mí cada una de las noches que no le he visto ya que su soplo de aire chocaba con mi nuca cada vez que me desvelaba. No le culpo, esta semana Sebas ha estado muy ajetreado trabajando duro y no se lo

reprocho. Desearía que el mundo estuviera repleto de hombres como él por la dedicación continua cuando se trata de hacer el bien. Aunque él se esfuerce en el caso más de lo que debería pues tiene un gabinete único para repartir las tareas, estoy chocándome con las desventajas de salir con Sebas Trumper, el Fiscal del Senado, del Ministerio y como siga así se hará con el control de Dinamarca entera.

Mentalmente lo estoy llevando bien, un poco a la deriva flotando en mi inestabilidad habitual pero las sesiones con Patrick me están ayudando más de lo que nunca podía imaginar. He triplicado mis asistencias de acuerdo con que Sebas no ha venido a casa ninguna de las noches, por lo tanto, las de la mañana, tarde y tarde-noche me han servido para explotar delante de un profesional por no hacerlo en contra de Sebas. No he podido evitar dejar a un lado mis verdaderos problemas para contarle a Patrick lo sola que me encuentro sin él cuando no está alrededor y lo desolada que me llego a sentir todo el tiempo porque no puedo ponerle remedio a mis sentimientos. Las palabras de mi psicólogo se graban en mi mente cada vez que necesito esconderme y llorar porque no le importo a nadie. Él me aconseja que lo tome como una prueba que la vida me ofrece. Que en un futuro, puede que mi relación se estanque en este mismo punto ya que estoy saliendo con el hombre más importante de la ciudad en cuanto a cumplir leyes se refiere. Dice que me refugie en que Sebas no me aparta de su vida, sino que comparte su vida conmigo porque me escribe mensajes, duerme conmigo todas las noches y tiene la intención diaria de venir a casa a cenar. Sin embargo, visto desde fuera es una estampa bonita, pero desde dentro se siente como si fuera un mueble para mi novio.

Nancy se fue con su familia a Nueva York para asistir a una gala benéfica en la que se galardonaba a Bastian por su insistencia en hacer centros deportivos de lucha y gimnasios en los barrios más necesitados. Ella nunca ha dejado de mandarme mensajes insistiendo en cómo estoy, pero fui yo la que cortó el contacto con ella el pasado domingo ya que no podría soportar que me preguntara el por qué no había ido el domingo a la comida en casa de los Trumper. Supongo que entendió que no le contestaba y no me ha escrito desde el lunes. Y me siento muy mal, ella estaba emocionada por nuestra conversación del viernes pasado, pero para no variar, Jocelyn Harden la está fastidiando de nuevo. Patrick me regañó por dejarla a un

lado pero no me importa lo que diga, no me siento bien conmigo misma como para fingir con personas que ni siquiera conozco.

Leo el último mensaje de Sebas otra vez. Le he mandado uno para que me confirme si de verdad vamos a salir hoy o tal vez lo dejamos para cuando acabe el caso, sus gritos en mayúscula me han llegado hasta los oídos porque quiere llevarme a cenar fuera. Me pongo frente al espejo del baño, Patrick me dice que me mire y que no escatime en hacerlo todo el día. Quiere que conozca mi cuerpo, mi rostro, mi imagen entera y cuando me hago el repaso me siento horrible, una autentica vaca cargada de carne que le sobra por todas partes. Trago saliva inquieta mientras me miro de arriba abajo por matar el tiempo, abrocho el último botón que se ajusta a mi cuello resoplando por lo fea que voy vestida. Me he puesto una camisa blanca con unos pantalones negros de pinza anchos que me hacen parecer la camarera de las pesadillas hecha realidad, si alguien piensa en que hay alguien más antiestética en este mundo, esa soy yo. Retoco el color rojo que cubre mis mejillas a juego con el de mis labios, ha sido una estupidez haberme puesto esto pero quería estar presentable para Sebas.

No aguanto más.

– Patrick, no puedo lucir la ropa con mi cuerpo.

– Joce, ¿otra vez?

– Otra vez, sí. ¿Es qué no me ves? Estoy hecha una vaca. Parezco una camarera.

– ¿La cita sigue en pie?

– Eso parece.

Ladeo mi cuerpo, doy vueltas a la izquierda, a la derecha, más cerca, más lejos, de todas las maneras posibles y todavía me veo más fea que antes por como luzco. Las conversaciones con Patrick se han intensificado tanto que le considero un amigo leal en el que apoyarme cuando tengo pequeñas crisis. Él ha estado conmigo durante toda la semana, creo que ha sido una de las más difíciles ya que se me ha hecho cuesta arriba porque Sebas no ha estado a mi lado. Pasamos de vernos en su consulta para llamarnos casi a todas horas, le cuento como me van las cosas, a veces rio, a veces lloro y la mayor parte del tiempo estoy escupiéndole lo gorda que me siento. Sigo

pensando que el origen de mis problemas está en mi cuerpo diez veces mayor al de una persona obesa. Él dice que exagero en todo como el resto de las mujeres de la humanidad, y yo pienso que es dulce por decirme cosas que quiero escuchar; y eso no me ayuda.

– A ver, ¿qué ropa te has puesto? ¿El vestido azul que pensaste?

– ¿El azul? Si me tiras a la piscina del acuario con la nueva ballena que han traído esta semana, la gente no sabría diferenciar quién es la persona allí.

Sus risas me ponen nerviosa, pero sé que él nunca se reiría de mí, sino de las cosas que digo o como las digo. Patrick tiene una sonrisa hermosa, incluso me parece guapo. Tampoco descarto la posibilidad de que me adopte como su mascota porque él sabe que decirme cada vez que estoy ahogándome en mi existencia miserable. Me odio.

– Estás siendo muy dura contigo misma, Joce. ¿Qué te tengo dicho cuando no te gusta la ropa que llevas puesta?

– No me importa.

– Joce…

– Que busque alternativas.

– Exacto. Entonces, si no te sientes a gusto con la ropa que llevas puesta escoge otra con la que te identifiques más.

– ¿La pobre piel de la ballena?

– Jocelyn.

– Vale, tú ganas, me cambiaré de ropa. Total, los pantalones negros y la camisa blanca no son lo mío.

– Ponte algo más adecuado como un vestido. Vas a una cena romántica con tu chico, piensa en que le gustaría.

– A Sebas le gusto desnuda, – se ríe – huh… no sigas Patrick, eres molesto.

– Es que a todos los hombres nos gustan las mujeres desnudas, Joce. Elige otra ropa y ya verás cómo te sientes mucho mejor, a veces, las

mujeres se pasan horas y horas para vestirse con la ropa perfecta, para el momento perfecto y estar perfecta.

– Nunca he entendido porque malgastan el tiempo maquillándose para luego aparecer como lo que no son.

– Estoy seguro que a tu hombre le gustas tal y como eres, con tu belleza al natural y con la ropa que lleves puesta sea cual sea. Un hombre enamorado ve a su mujer en su mente de millones de maneras diferentes y ninguna de ellas es cargada con maquillaje o con vestidos sensuales. Haz lo que te he dicho, pásate horas si es necesario pero hasta que no te veas lo hermosa que eres no te lo creerás, y realmente eres hermosa.

– Huh… lo intentaré, adiós.

– Cuídate y mantenme informado.

– Sí, te enviaré fotos con poses idiotas sacando morritos para pasar la revisión, – vuelve a reírse a carcajadas – hasta el lunes.

– Hasta el lunes, Joce.

Me quito un peso de encima desabrochándome la camisa lanzándola al suelo del baño, hago lo mismo con los pantalones junto con los botines de tacón bajo que me había puesto. Patrick tiene razón, ¿por qué siempre me limito a conformarme con la primera opción? Sebas me ha comprado toneladas de ropa que ha entremezclado con la suya y que tengo que mirar cual es la adecuada para escoger la mejor. Esta noche tengo una cita con mi chico y me pondré algo tan sexy que va a exigirme tenerla en casa, cosa que no me importaría.

El tiempo se está esfumando a medida que la lluvia cae afuera. Tal vez Sebas ha preferido posponer la cita para mañana domingo con visita a casa de los Trumper incluida, ¿quién sabe? Porque de él me espero cualquier cosa. No soporto que juegue con mis sentimientos de esta forma. Mi novio mejor que nadie conoce como soy y lo que concibo tanto si es para bien como para mal, y últimamente está siendo un asno conmigo. Me sienta muy mal viniendo de él. Escogí un vestido que cae en cascada desde el centro de mi enorme barriga disimulando lo mal hecha que estoy, y todo el estrés por nada, porque estoy escribiéndole mensajes y él sigue sin responderme.

Apago la televisión con una lagrima cayendo de mis ojos, había retocado mi maquillaje poniéndome sombras de color crema a juego con mi vestido, incluso había eliminado el rojo del grosor de mis labios sustituyéndolo por un brillo natural. Sebas no da señales de vida y dudo en si el restaurante nos habrá reservado la mesa ya que pasan más de las once de la noche. Quito mi vestido dejándolo desastrosamente dentro del armario porque nunca me lo pondré otra vez. Me pongo mis pantalones grises de pijama y mi camiseta enorme roja que no va en conjunto para meterme dentro de la cama. Estudiaré sin esperarle más, tengo otro examen el miércoles y Dawson me acompañará para guiarme a una nueva ala en la universidad que desconozco porque el examen se realizará allí. Sebas pone a mi disposición el mundo entero pero no disfruto de nada si él no está junto a mí.

Al aburrirme de tanto estudiar en un sábado por la noche me da por comer cereales, sentada, sola y sobre la isla repleta de la cena que decidí hace un rato preparar para Sebas. Estoy siendo demasiado egoísta conmigo misma, si no puede cumplir su promesa es porque tiene algo mejor que hacer. Claro. Miro la comida luchando contra la ansiedad de comérmela toda, Patrick me dijo que cuando me sucediera me dijera a mí misma que los efectos secundarios de comerla serían mucho peor que la felicidad que me diera en el momento. Y. No. Me. Importa. Destapo la bandeja para comerme los espaguetis más ricos que jamás haya cocinado, a Sebas le encanta la salsa boloñesa y yo sé hacerla mucho mejor que cualquier chef de esta ciudad. Cuando me inflo de comer acudo a la tarta de arándanos que le compré ayer en su pastelería favorita, pensaba ser yo su postre pero es evidente que él no ha disfrutado a ninguna de las dos.

Una vez que he acabado con toda la comida lanzo los platos al suelo llorando porque me odio más de lo que nunca hubiera llegado a odiarme. Deslizo mi cuerpo en el suelo pensando lo miserable que es mi vida. El hombre que amo no quiere estar conmigo. Uno que de verdad me quisiera lo dejaría todo por venir a verme, aunque solo sea para decirme que no podemos salir esta noche. Soy una fracasada y esto es lo único que debo de admitir. Me da igual mi pasado, pesadillas, traumas o la soledad en la que he crecido porque por mucho que ponga de mi parte no tendré el amor que

me faltó desde que mis padres murieron. Nadie puede amarte como una madre y cualquiera diría lo mismo.

Arrastro mis pies en plena crisis sollozando duramente mientras abro la puerta del armario de Sebas y rompo su ropa, rajo sus camisas, sus pantalones y todo lo que me recuerda a él. Hago lo mismo con la mía, en mi burbuja esto no pasaría porque Sebas no tendría un trabajo en el que no me incluyera como su esposa, ayudante o compañera. Rompo el espejo interno del armario viendo como la sangre cae en mis manos. Entre lágrimas vuelvo a coger fuerzas para seguir llorando lamentándome de la persona en que me convertí después de quedarme huérfana.

Paso mis manos por mi pelo contagiada del ambiente de necesidad en el que me encuentro. Entro en el baño haciendo que la puerta choque bruscamente con el mueble del lavabo, doy tres pasos hacia delante para arrodillarme delante del retrete que agarro con firme. Levanto la tapa con decisión y miro al fondo, justo al agua donde quiero que flote mi felicidad. Quiero hacerlo, atreverme a retomar lo que hice el día en el que vi a Sebas sonriendo a una mujer. Hacía dos días que había cumplido los quince años y mi madurez sobrepasaba todos los límites de cualquier niña en plena pubertad. Ese día caí desmayada toda la noche hasta que mi abuela me encontró en el baño. Otro de los secretos que le oculté a Sebas pero no a Patrick, que trabajamos en esa parte de mi vida que quiero olvidar ya que fueron las veces que cuentas con los dedos de las manos. No quiero tener que usar la otra mano para empezar de nuevo y añadir las cuatro restantes, pero el agua está invitándome a que lo haga.

El teléfono lleva sonando más de cinco minutos. Es como si alguien al otro lado supiera la situación en la que me encuentro ahora; luchando contra viento y marea con una parte de mi vida que me destruyó más de lo que creía. Trago saliva bajando la tapadera, tragándome mi propio orgullo y yendo a mirar mi móvil, era una llamada de Nancy.

Respiro hondo poniendo fin a mi mierda para llamarla de nuevo.

– ¿Me habías llamado?

– Jocelyn, sí. Pero perdón, ahora que lo pienso no había caído en que tal vez estaríais juntos por ahí.

– No. Estoy sola. Siempre lo estoy. Sebas lleva desaparecido una semana matándome a promesas que no puede cumplir. Se supone que esta noche tendríamos una cita y… y… él no está aquí, – sorbo mis mocos hacia dentro – su trabajo es más importante que yo y no le culpo pero odio que juegue con la idea de que siempre le estaré esperando cuando más lo necesito. Estoy jodida Nancy, muy jodida y Sebas es mi única cura, no sé cómo explicárselo ya. Pierdo las ganas de vivir, de luchar y de creerme que soy una Trumper cuando él no me demuestra una mierda por mí, por los dos y por lo que sea que hemos construido juntos. Estoy al borde del límite.

– ¡Oh Dios mío!

Es lo único que dice y cuelga la llamada. Me quedo embobada mirando el móvil porque ni siquiera ella quiere escucharme. Respirar hondo, es lo que Patrick me aconseja y eso hago. No quiero molestarle a estas horas de la noche porque él tendrá a una esposa que le espera en su casa, una vida y algo por lo que luchar. Yo no. Cada vez que tenga una crisis debo de pensar que los buenos momentos llegan después de pasarla y que hay personas que necesitan explotar para apreciar lo que la vida me ofrece. ¿Pero qué me ofrece a mí si soy el monigote del hombre al que amo? Dejo el móvil sobre la cama sentándome al final de ella y con la imagen de una casa vacía que nunca estuvo llena de nuestro amor porque esos días quedan en el olvido.

La respiración que sale de mi boca, sin ánimos de voluntad por respirar, se entrecorta una vez que oigo un ruido afuera. Ese no es el motor de Sebas, él haría una aparición haciéndolo rugir. Los temores de que pueda ser algún amigo suyo me dejan inerte esperando a que toque a la puerta para quedarme en silencio. Ahora soy un desastre y no puedo prometer sonrisas a nadie.

Doy un grito agudo al ver como la puerta se abre. Aparece asomada una cabeza pequeña a juzgar por lo que veo en la oscuridad ya que las luces están apagadas. Si mi valentía me lo permitiese movería algun musculo de mi cuerpo, pero no, me quedo intacta de pie y frente al resto de la casa viendo como la puerta se abre del todo. Una mujer rubia de mi estatura me sonríe. Es otra de sus putas, lo sabía, ella es caliente, sus tetas, sus piernas, su figura delgada, es hermosa.

– ¿Hola?

– Sebas no está – quiero enfadarme pero no puedo, no quiero pagarlo con algunas de sus putas del club.

– Soy Nancy.

¿Nancy? ¿Mi Nancy? Está mirándome con una sonrisa encantadora, su pelo está revuelto por las gotas de la lluvia que ha tenido que soportar solo para venir a verme. Ella no da un paso y yo tampoco lo doy, es como si mi sueño se hubiera hecho realidad y mis padres me hubieran mandado a otro ángel guardián para salvarme de mi misma.

– Soy Jocelyn.

– Supongo – sonríe, es tan dulce – tenemos llaves de las casas de Sebas y Sebastian por si pasara algo. Bueno, en verdad Sebastian me dijo que podría ir a su casa cada vez que mandara a la mierda a Bastian.

– Huh…

Ahora sonrío yo, muy típico de él.

Ella avanza hacia mí dudando, la puerta está abierta y no creo que Bastian haya venido a acompañarla. Es mi única preocupación pues no estoy preparada para una visita del patriarca Trumper que me hará doblarme sobre mis rodillas y suplicarle su perdón. Nancy se da cuenta que miro hacia la puerta y acaba su recorrido más rápido de lo que pensaba llegando hasta mí, agarra mi cuerpo y nos fundimos en un abrazo que se me hace corto.

– Jocelyn, no tengo mucho tiempo antes de que Bastian llame al ejército de los Estados Unidos para venir a por mí. O lo que es peor, él lo hará y me atará a la cama por el resto del fin de semana. Si estoy aquí es porque te quiero y si te encontrabas mal solo tenías que haberme llamado. Yo pensé que estabas ocupada estudiando, y esta noche cuando he dormido a las niñas, he querido llamaros para preguntaros si mañana vendréis a la comida.

Empiezo a llorar sin arrepentimiento. Nos abrazamos juntas a la par ya que somos de la misma estatura y me deshago mucho más que con las charlas de Patrick. Siento de algun modo que ella puede ayudarme, que

comprende mi situación y si ha venido a verme es porque le importo de verdad. Acabo de pasar una de las peores crisis desde que regresé a Chicago y Nancy ha sido mi ángel guardián. Le debo mi vida.

– Yo… huh…

– Tranquila, Jocelyn. Mírame a los ojos porque lo que te voy a decir te va a servir de mucho.

– No puedo Nancy, no puedo más. Esto se me ha ido de las manos, le echo de menos y… y me ahogo.

Hacemos contacto con la mirada, sus ojos azules brillan en la oscuridad porque ella también tiene lágrimas que quieren desprenderse. Su cabeza está ladeada mirándome con ternura, ella me trasmite que no me abandonará como lo han hecho todos los que me han importado en mi vida, mis padres, mi abuela y Sebas.

– Cielo, escúchame bien, no tengo tiempo. Yo era la misma que eres tú ahora y por eso espero que entiendas lo que te contaré. Mi única meta en el mundo era superar mi carrera universitaria y llegar a tener mi propia empresa en un futuro, para eso tenía que trabajar muy duro y lo estaba haciendo hasta que por gajes del oficio conocí a Bastian. Me apeteció conocerle y cuando lo hice él era delicado, gentil y amable. Yo misma le incité a que mostrara su verdadera personalidad y tuve que sentarme a ver el espectáculo de hombre que tenía junto a mí. Es un neandertal con todas las palabras, cabezota, terco, insoportable, mandón, exigente y un hombre que me saca de mis casillas, pero, ¿sabes lo que más me gusta de él? Que cuando ama lo hace solo a una única mujer y yo tuve el privilegio de ser la elegida. Es verdad que su personalidad es arrolladora en todos los sentidos y al principio me asusté bastante porque creía que la mezcla de imposición y dulzura combinaban muy bien. Hasta que supe que me estuvo engañando. Hui tan lejos de mi marido que me hundí como jamás lo hecho por nadie. Quise morirme, pensé en el suicidio, estuve en trance por días, semanas y meses, y, ¿sabes cuándo volví a Chicago? El día en el que me di cuenta que a pesar de que odiaba a Bastian con todas mis fuerzas, también lo amaba mucho más y soñaba con algun encuentro entre él y yo.

– Huh… – no sé qué decir.

– Me humilló Jocelyn, me sentí como una mierda cuando conocí su pasado. Todas sus amistades estaban al tanto de todo menos yo. La arpía de Ria y su amigo William o como sea su nombre, fueron los que consiguieron hundirme para siempre. Culpé a Bastian de todo lo que me hizo, me imaginé que toda nuestra relación era una broma y que era su marioneta para el escaparate. Y, ¿sabes qué? No tenía a nadie en quién apoyarme. Una madre no es una amiga y yo dejé a los míos de lado para centrarme en Bastian. A la larga me benefició porque ya te contaré mi historia, pero me veía sola, hundida y con pensamientos de querer morirme para siempre. Rachel fue quien me abrió los ojos y me hizo ver la vida que me estaba perdiendo, sin Bastian, pero al menos conseguía sacarme de debajo de las sábanas que fue mi hogar en nuestra ruptura.

– Nancy, lo… lo siento tanto.

– Luché con uñas y dientes por darle una segunda oportunidad. La noche en que fui a uno de sus clubs de alto secreto quise morirme, Jocelyn, pero lo hacía por Bastian y porque le amaba. Puse un pie allí y busqué las respuestas que necesitaba, me encontré con gente que amo como Diane y Bibi, que aunque ahora estén en una crisis matrimonial ellas me dieron fuerzas para plantarle cara a Ria y a todo. Por Bastian, cariño, solo por Bastian. Necesitaba expulsar mi furia para poder seguir junto a él con una relación pura y casta. Me costó llegar a sus brazos otra vez, el día en el que le vi aparecer con otra por una trampa que me estaba tendiendo quise morirme para siempre, Jocelyn. Porque hasta que no ves a la persona que amas junto a otra no la valoras como se merece y él estuvo siempre en la sombra esperando a que se me pasara el berrinche para estar junto a mí. ¿Sabes que pasó después?

– No.

– Que la fastidié por segunda vez y lo abandoné cuando más me necesitaba. En verdad fue su culpa porque me ocultó una tontería pero en su momento me afectó más de lo que pensaba. Y lo mejor de todo es que volvió a esperarme de nuevo. Una segunda vez. Lo dejé dos veces y fueron las dos peores etapas de mi vida porque no concebía ningún futuro si no era junto a Bastian. Un Trumper podría esperar toda una eternidad por la mujer que ama y quiero que lo tengas en cuenta. Ya te profundizaré más en mi

historia de amor pero ahora lucha por la tuya, Jocelyn. Sebas es un hombre bueno, leal y honrado, nunca te olvides de que es un Trumper porque la fastidiará, lo hará y luego vendrá a camelarte. Pero ten en mente que no amará a nadie más que no seas tú. ¿Queda claro este último punto? Sebas te ama, ya te lo dije, mantente firme y muéstrale tus uñas. Sobre todo, hazle ver que vas a luchar contra lo que sea que te esté molestando por la felicidad que os merecéis juntos.

– Nancy, – estoy llorando – todo es tan complicado y es por mi culpa.

– ¿Por qué dices eso y piensas que es tu culpa? Una relación la construyen dos personas, no una.

– Yo no me encuentro bien y… y… ojala pero… y justo ahora… creía que…

– Sshh tranquilízate, ¿qué ocurre? ¿Por qué no te encuentras bien?

– Mírame Nancy, no soy como tú. Eres guapa y linda, yo me avergüenzo de mí.

Doy un paso hacia atrás chocando con la cama haciendo que me siente, ella se arrodilla delante de mí con la única cara que no me hubiera apetecido ver en cuanto me conociera; le doy pena.

– Jocelyn, si estoy aquí es porque me importas. Cuenta conmigo para lo que sea, hazlo y buscaremos una salida. Si debes dinero estoy segura que tiene solución, si hay una tercera persona monto un arsenal en cinco minutos y vamos a plantarle cara a la perra que te esté molestando o si alguien te quiere matar les presentamos a los Trumper y que se dé por muerto, – hace que sonría– no te escondas y cuéntame por qué piensas que no te encuentras bien.

– El problema soy yo y solamente yo. Abandoné a Sebas porque pensé que no le gustaba de verdad, que era una farsa entre sus hermanos y él para ver hasta donde llegaba con la gorda. Mi infancia ha sido una mierda, soy huérfana, no tengo familia, amigos ni nadie que no sea Sebas. Volví porque vi en la televisión que seguía soltero y le echaba de menos, no me esperaba que él todavía quisiera una relación conmigo. Mentalmente soy inestable, lloro todo el tiempo, soy tímida, me cuesta hablar y mi única fuente de felicidad es la comida. Sebas y yo estuvimos hablando y desde

hace un par de semanas estoy viendo a un psicólogo que me ayuda a superar mis miedos del pasado ya que crecí sin amor y piensa que eso me influye en mi presente, y que por supuesto, afecta a mi futuro. Yo no reacciono como una persona normal, Nancy, a mí me afectan las cosas mucho más llegando a necesitar la oscuridad y el silencio para sentirme en paz. Esta semana he estado volviéndome loca, gracias a Patrick que no me ha dejado sola y que hemos triplicado mis sesiones en su consulta porque pensé que Sebas me estaba devolviendo de algun modo lo que le hice yo cuando hui. Sé que no es así, que está trabajando pero esta noche se suponía que íbamos a cenar, inclusive me lo confirmó y una vez más me ha dejado sola. Sola sin nadie, Nancy, y me estoy subiendo por las paredes. Pensé que podría sobrevivir sin él pero Sebas es lo único que me mantiene cuerda y estable, él es la medicina que necesito y no sé cómo explicárselo. No puedo obligarle que esté conmigo todo el día. De hecho, ha rebajado sus acciones sobre mí dejándome más espacio, pero es que yo no quiero espacio, le quiero a él. Siempre tengo el miedo de que acuda a una mujer delgada para saciarse sexualmente y que solo tomará de mí lo poco que le puedo dar. Puede que sea una tontería y que mis pensamientos naveguen sin rumbo alguno, excepto esos que tengo muy claros cuando se trata de Sebas. No quiero huir pero tampoco puedo sentirme así cada dos por tres.

– Oh, esto es bastante serio, sí.

– ¿Ves?

– Pero no es crónico, Jocelyn. Tiene solución y el primer paso es reconocer que necesitas ayuda. Ya estás viendo a un psicólogo y cuentas con la ayuda de Sebas, ahora la mía, y claro, conmigo viene Bastian y mis dos hijas. ¿Necesitas tiempo o espacio?

– No lo sé, le necesito a él.

– ¿Os va bien en la relación?

– Sí, huh… sin contar estos días en los que ha estado trabajando en el caso.

– Ah, sí, algo me ha dicho Bastian sobre los daneses o…

– Ellos, sí. Es por eso que le echo en falta y para mi proceso de recuperación Sebas es el único eslabón que necesito.

– Oh Jocelyn, eso es muy bonito. ¿Por qué no te vienes a dormir a casa? Dejemos las formalidades ya que somos familia y mañana será otro día. Puedes ir viendo a todos poco a poco porque te juro que hay una familia esperando por ti y nos morimos de ganas porque puedas estar con nosotros. Si nos hubieseis contado vuestro problema, al menos a Bastian y a mí, os hubiéramos ayudado en todo, Jocelyn. Te apoyaremos en lo que te preocupa. Si eres tímida con los Trumper te puedes olvidar porque allí el único que no habla es el padre de nuestros hombres, solo gruñe. Si te cuesta hablar o te falta cariño, te digo desde ahora mismo que somos muy pegajosos los unos con los otros, yo me paso todo el día pegada a Bastian y a mi madre, o a mi suegra, a mis cuñados cuando mi marido no me ve. Y no te va a faltar de nada con nosotros, Jocelyn. Tu familia te espera, echa en falta a tu verdadera familia pero estoy segura que nosotros te trataremos como una más y solucionaremos todos tus problemas. Vente a casa conmigo, te prometo que nadie se enterará si no quieres, tomate unas horas para pensar las cosas más bonitas que tendrás en el amanecer.

Habla como si fuera la voz de mi madre la que me aconseja que deba de tender la mano y dejar mis inhibiciones a un lado. Nancy es como se ve, encantadora y habla muy bien, tan bien que me convence de lo que quiera ya que le diré que sí a todo lo que me diga. Mi confianza está por los suelos y debo trabajar en ella, pero sentir el apoyo directo de un miembro de la familia Trumper es meter la cabeza y el cuerpo entero con el resto. Estoy nerviosa, intrigada y muerta de miedo ya que esto no me lo esperaba, ¿ir a ese famoso paraíso Trumper? Es demasiado grande y puede que me pierda, o que rompa algo o lo que es peor, que acabe chocándome con Bastian a solas en algun punto de la casa y acabe huyendo por el pánico que le tengo.

Niego con la cabeza tocando su mano que tiene apoyada en una de mis piernas y su sonrisa se convierte en una mueca de disgusto.

– Prefiero esperar a Sebas aquí. Tú visita me ha ayudado mucho, Nancy. Te estoy muy agradecida. He aprendido algo esta noche que me va a servir de ayuda y te confirmo que mañana, con o sin Sebas, me plantaré en el paraíso Trumper y haré mi aparición en casa de los padres de nuestros hombres, como bien los has llamado.

– ¿Hablas en serio? No es obligatorio todavía, quiero que estés bien Jocelyn.

– Ahora lo estoy. Siento que voy cerrando las puertas que están abiertas por mis ganas de esconderme para evadirme de todos los obstáculos de mi vida. Sé que puedo contar contigo y tal vez necesitaba que me lo dijeras en persona sin imaginármelo en mi mente. Huh, toda la culpa del por qué no he ido antes a conoceros es porque mi cuerpo es grande, obeso y no me siento bien conmigo misma.

– ¿Qué? ¿Me estás hablando en serio, Jocelyn?

– ¿Es que no me ves? Soy una foca, ballena, vaca y…

– Eh, para ahí, señorita, ¿me estás diciendo que no has venido a verme por tu cuerpo?

– Huh… sí…

– ¿Qué si me hubieras venido a ver mucho antes te hubieras evitado toda una larga angustia y agonía?

– Aham.

– ¿Qué todos tus problemas hubieran desaparecido de un chasquido por el amor que te tenemos tan inmenso?

– Culpable.

– ¡Jocelyn! – Se levanta disgustada – ¿es en serio?

– Sí. Para ti es fácil, tú eres bonita, simpática y delgada.

Reniega en voz baja como lo hace Sebas cuando se enfada, supongo que es una costumbre que ha obtenido de los Trumper, da con un interruptor y por fin nos vemos cara a cara. Sí, más hermosa en la luz que en la oscuridad. Yo, mejor ponerme punto y final.

– ¿Todo por tu cuerpo?

– Sí.

– ¿En serio?

– Podemos estar así toda la noche que la respuesta es la misma.

– ¿Cómo has podido? Eres perfecta. Eres guapa. Sensual. Oh Dios, ¿todo por tu cuerpo? – Le asiento con la cabeza, se ve adorable indignada – ¿pero tú te has visto en el espejo?

– Últimamente demasiado, por mi psicólogo.

– No, te lo pregunto en serio. ¿Has visto lo brillante que te ves?

– Eso lo dices porque somos cuñadas, no te valoraré los comentarios – ¿me está frunciendo el ceño? – Es verdad Nancy, sé que me tienes cariño por ser la chica de Sebas pero no voy a escatimar cuando se hable de mi físico porque tengo dos ojos y no hay nada más que mirarme. Tú eres delgada, hermosa, linda y seguro que Bastian se prendió con tu increíble cuerpo. Yo soy lo contrario a ti.

Veo una zapatilla volar a mi cuerpo que choca contra mi brazo. ¿Me ha lanzado esto realmente? La miro con la boca abierta, pero en verdad quiero doblarme de la risa por la cara que pone de desesperación por no lanzarse contra mí y arrancarme de los pelos.

– Tienes fama de lanzar… – ha chocado otra zapatilla contra mi pierna – Nancy, no te enfades.

– ¿Por tu cuerpo, Jocelyn? ¿Es que no me ves a mí? Mira mi trasero, mis estrías y mis pechos deformes. He dado a luz dos veces y mi cuerpo no es el mismo.

– Es discutible, porque yo no veo estrías.

– Mira, en mi barriga, son blancas – se acerca a mí para enseñármelas.

– Tú piel es blanca Nancy, tienes que tener una buena vista para verlas.

– Yo la tengo. Y tampoco me gusta mi cuerpo, ni lo gorda que me pongo cuando me embarazo ni cuando a Bastian le importa una mierda porque siempre me dice que soy mucho más sexy cada vez que llevo un hijo suyo en mi interior. Claro, pero él no se da cuenta que todo tiene efectos secundarios y la que cambia de cuerpo soy yo. ¿Crees que le doy importancia a cómo luzco físicamente? Pues no mucho porque Bastian me ve perfecta esté como esté. ¿Se ha quejado Sebas de tu cuerpo?

– No, nunca.

– ¿Entonces? ¿Dónde está el problema? – Me agarra de las manos dándome un apretón que me está haciendo despertar del sueño en el que me he visto envuelta por los últimos quince años de mi vida – Jocelyn, el cuerpo de una mujer es secundario que se vuelve primario cuando tienes pareja y si me estás diciendo que Sebas te acepta tal y como eres, ¿por qué dices esas cosas de ti misma?

– Porque es la verdad, no me siento bien siendo de esta forma. Como por puro placer.

– Y yo también me como todo lo que vea en la cocina, Lorain siempre me echa porque dice que le meto la mano en sus guisos, – sonríe haciendo otra mueca y me contagia – cariño, de verdad, el peso cambia en la vida de una persona pero la mentalidad de como se ve uno no. Si te dices a ti misma que te odias, ¿cómo no vas a odiar a tu cuerpo? Todo está en tu mente y ahora que sabemos dónde está el problema, prepárate para olvidarte de esto porque con los Trumper y los Sullivan siempre irás en aumento.

– Voy a rechazar los platos de comida.

– A ver si puedes decirle que no a mi madre, que si te ve que no comes te duplica el siguiente plato para que no decaigas.

– Huh… seré su peor pesadilla.

– Serás una más de la familia, Jocelyn. En serio, eres hermosa, tus tetas son wow y tu cuerpo está lleno de curvas que ya quisiera yo. Tus ojos están deslumbrándome y tu pelo es precioso, quiero meter mis dedos en los rizos que cuelgan.

– Tú me ves así como Sebas, parece que no veis el tamaño.

– No importa el tamaño de tu cuerpo si no el de tu corazón. No tenías que haberte cargado tú sola con los problemas porque la familia y amigos estamos para ayudarnos y eso haremos. Ten fe en ti, en todos los que te rodeamos y te olvidarás de lo que te daña tan pronto estemos en contacto todo el día. Así somos los Trumper, los Sullivan y encabezados por Bastian

junto a su madre, no dejan de presionarnos constantemente pero por el temor que tienen a perder lo que siempre han soñado.

– Seré fuerte – suspiro diciéndolo en alto para que suene más creíble.

– Como prueba de mi fidelidad como amiga, hermana y cuñada, ¿quieres que te confiese algo que nadie conoce?

– Me haría una enorme ilusión.

– Creo que estoy embarazada.

– Nancy, eso es maravilloso. Enhorabuena a ti y a tu marido.

– Espero que sea el niño porque me voy a plantar en el tercero. ¿Y sabes la mejor noticia de todas? – Niego con la cabeza emocionada – que tú serás la madrina del bebé que esté esperando. Con esto quiero decirte que pongo mis esperanzas en ti, que aunque tengas presiones mentales que te cohíben, tienes una responsabilidad para toda la vida con mi tercer bebé si a Bastian o a mí nos pasara algo.

– Quiero llorar y esta vez por motivos diferentes – la abrazo muy fuerte.

– Para que veas que te quiero y que eres parte de la familia. Lo sabes incluso antes que Bastian, porque aún no sé si estoy embarazada, me falta el periodo y me conozco, así que puedo decirme que sí lo estoy. Ya te lo confirmaré.

– Es la mejor noticia que me hayas podido dar, Nancy. No te fallaré. ¿Quiénes son los padrinos de tus hijas?

– Sebas y Margaret de Dulce Bebé, y Sebastian y Rachel de mi pequeña Nadine. De mi tercer retoño mi padre y tú seréis los afortunados.

– Me has dejado sin palabras, porque yo… huh… esto… claro que es una responsabilidad y…

– ¡NANCY TRUMPER!

Ambas nos quedamos paralizadas al escuchar la voz del único hombre al que no quiero ver.

– Este no se pierde ni una, no puede dejarme en paz ni por un rato. Tengo que irme Jocelyn, mañana te espero en la comida o si no vendré yo personalmente para recogerte. No quiero que me veas sobre su hombro por sus típicas escenas de neandertal. Hasta mañana, te quiero Jocelyn.

Ha besado mi cara y ni he notado el roce de sus labios porque estoy mirando a la puerta esperando a que entre a por su mujer. Me culpará de retenerla y… Bastian me gritará y…

– ¿Por el GPS, Bastian? Le dije a tu hermano que me lo desactivara.

Ella se reúne con él fuera, menos mal.

– ¡He muerto mil vidas cuando no te he visto a mi lado!

– Te has quedado dormido viendo la película de dibujos animados, ¿qué culpa tengo yo?

– Es la última nota que me escribes sin darme una señal. Y encima de todo vienes tan fresca con la que está cayendo.

– ¿Fresca? Llevo una chaqueta y no me acuses porque te he dicho que venía a ver a Jocelyn, mi nueva mejor amiga.

– ¡Nancy! No entres en el coche. No bloquees la puerta. No arranques el motor. Ni se te ocurra volver a casa tú sola. ¡NANCY, no sabes conducir! Vuelve Nancy. Nancy. ¡NANCY!

El motor del coche de Nancy se esfuma con el viento, espero escuchar el segundo motor del coche de Bastian cuando la puerta se abre de un fuerte golpe. ¿Por qué no habré conectado la seguridad en cuanto supe que Bastian estaba a menos de tres metros de mí?

– Lo… lo siento – mis lágrimas empiezan a salir solas, ya estoy pidiéndole perdón y ni siquiera tengo la culpa de que su mujer haya venido.

– Mira Jocelyn, se lo he dicho a mi hermano y parece ser que también te lo tengo que decir a ti. ¡MI ESPOSA ES MÍA Y SOLAMENTE MÍA! No metáis a mi Nancy en vuestros problemas porque lo que vais a conseguir es que la rapte para siempre y no sepáis dónde la escondo. Arregla tu mierda con mi hermano y deja en paz a mi mujer, ¿entendido? – Asiento con la cabeza, se da la media vuelta pero vuelve a aparecer – y no sé qué os pasa a los dos, dejaros de tonterías y venid a ver a mis hijas.

Tienes dos sobrinas que debes de conocer y todavía estamos esperándote. No te guardo rencor. ¿Entendido?

– Sí.

– De acuerdo. Ahora me voy detrás de mi esposa que dado como conduce estará a cincuenta segundos de esta casa, no sabe conducir, la muy descarada se atreve a conducir sola y…

Su voz se pierde una vez que sale por la puerta dejándome con la palabra en la boca. Iba a necesitar un poco más de tiempo para asimilar que Bastian Trumper ha estado delante de mí y que me ha dicho que no me guarda rencor, incluso quiere que vaya a conocer a sus hijas. ¿He pasado de sufrir el peor día de mi vida a vivir el mejor? Nancy y Bastian me han inyectado las respuestas que estaba buscando desde que volví a Chicago. Con ella he hablado de mis mayores temores y escuchar cómo fue su historia me ha dejado perpleja y con muchas ganas de hablar más. Querría haberme ido con ella para seguir conociéndonos y absorbiendo cada palabra que me ha contado, pero todo a su debido tiempo. Bastian como siempre, enfadado, enorme y directo. ¿Cómo ha cambiado tanto en cinco años? Luce como si le brillara la cara, sus ojos, su cuerpo, es un hombre muy hermoso aunque aterrador y nada que ver con mi Sebas.

Cierro la puerta recogiendo los platos del suelo con los restos de comida que dejé sobre ellos. Siento como si me hubiera quitado un peso de encima olvidándome de que estaba haciendo hace tan solo un rato y cómo me veía destrozada en mi propia penuria.

Pongo una pausa a mis movimientos para sentarme en el sofá y ver el desorden que he causado. Tengo que ordenarlo todo antes de que llegue Sebas y también necesito unos minutos para asimilar que voy a dejar atrás mi vida en soledad porque ya tengo una nueva familia.

Familia.

Hogar.

Felicidad.

Siempre lo he deseado. Nunca lo he tenido y parece ser que estoy en el buen camino.

Otro coche suena afuera y espero a quien sea porque ya no me sorprendo de nadie. Hoy no. Miro desde el sofá como se abre la puerta apareciendo la figura de un Sebas con la cara indispuesta y rota en pedazos. Automáticamente me levanto asustada por como se ve, su ropa no es un traje de chaqueta sino unos vaqueros y una camiseta de manga corta que luce como si saliera de una pasarela. Estrello mi cuerpo sin restricciones por su entrada encontrándome con un olor insoportable, tengo que retroceder con la mano en la nariz porque es para hacerlo.

– Jocelyn – su respiración no está relajada, puede que esté enfadado o asustado.

– Qué mal hueles.

– ¿Me amas reina? Dime que me amas.

– Te amaría mucho más en la ducha.

Es su fuerza la que usa para cogerme en brazos y dejarme sobre la cama. Se me escapa un grito una vez que me presiona fuerte contra el colchón mientras él está encima de mí observándome.

– ¿A qué hueles?

– A basura del vertedero, hemos levantado allí un cadáver que implica al caso en el que estoy trabajando.

– ¿Alguno de los daneses?

– No, un malayo que nunca regresó de vuelta a su país. Estoy hasta los huevos de mi trabajo. Te amo, ¿lo sabes no?

– Sí, sé que me amas – muerdo mis labios atrayendo su cuerpo hacia el mío con ayuda de mis piernas – y también que me echabas de menos tanto como yo.

– Me he vuelto loco, Jocelyn – me besa dándome un mordisco de regalo.

– ¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

– Mi hermano me ha llamado y me ha dicho que mueva mi culo hasta aquí porque habías tenido alguna movida fuerte. Y, – echa un vistazo a la

casa – a juzgar por lo que veo él no se equivoca y odio malditamente tener que darle la razón a mi hermano mayor.

– Sebas, todo… huh… está controlado.

– No lo está si Nancy ha venido. Ella solo aparece cuando una relación se va a pique. Mi cuñada tiene el sentimiento de ayudar a sus amigos a unirse o desunirse para siempre y he venido acojonado por saber el veredicto.

– Ella ha estado aquí porque he tenido una crisis muy fuerte, he roto tu ropa, mi ropa, un espejo, me he comido la cena que te había cocinado y también he lanzado los platos al suelo. También me he arrodillado en el váter con la intención de vomitar pero esa es una cosa que tendrá que esperar. Todo ha sido solventado porque he tenido una conversación con Nancy que me ha hecho abrirme los ojos y ahora me siento más feliz que nunca.

– ¿Qué? – Se sienta en la cama y yo frente a él.

– Dame tiempo para explicarte ciertas cosas, Sebas. Sigo teniendo problemas pero he hecho enfadar a Nancy e incluso he sido víctima de algunos de sus lanzamientos, esa mujer sabe cómo dar, ¿eh? No tienes nada de qué preocuparte, ha sido una charla femenina en la que hemos compartido algunas cosas importantes. Me ha hecho ver que tengo una familia de verdad esperándome ahí afuera, que mi físico es meramente una barrera para no ver lo maravillosa que puedo llegar a sentirme y que eres el hombre más increíble que jamás pueda tener. Han sido ventajas que han derivado de mis desventajas al querer rechazar las cosas positivas que no estaba valorando.

– Vas a tener que guiarme porque estoy muerto de miedo. He puesto el coche a doscientos kilómetros por hora dejándome el parte del informe a medio hacer en cuanto supe que podía perderte. Esta vez iba a ir detrás de ti hasta el fin del mundo.

– ¿Qué tal si te das un baño y te lo explico dentro de la cama? Puedo prepararte un café y un poco de la tarta de arándonos que no me he comido.

– ¿Qué tal si te das un baño conmigo y no te separas de mí nunca más? Te quiero tan malditamente tanto que el hecho de perderte otra vez

hace que quiera sostener el planeta y lanzarlo a la canasta porque no podría soportar vivir sin ti. Promete que no te irás.

– Huh… ¿voy a tener que repetírtelo siempre?

– Solo hasta que me canse de escucharte. Por favor, te lo suplico.

– Sebas Trumper, te prometo que no me iré nunca más. Podemos redactar un acta de mutuo acuerdo en el que si lo hago tendrás el derecho a atarme a la cama como hace Bastian con Nancy. ¿En serio es de verdad? Tu hermano me ha dicho que vayamos a ver a las niñas, que está esperándonos y que no me guarda rencor. Ha cambiado mucho, ¿ha adelgazado? Se ve como si la felicidad le rejuveneciese. Nancy es bastante linda y cuando se enfada frunce el ceño como lo hacéis vosotros, también me ha lanzado dos zapatillas, he querido reírme tan fuerte que no lo he hecho por no ser desagradable. Me ha contado una cosa que sólo se yo dejando en mis manos su confianza y eso ha hecho reforzarme como persona. He vivido tanto en los últimos minutos que estoy sintiendo un caos en mi mente, y lo mejor de todo este enredo, es que mis sentimientos por ti nunca cambian, van creciendo cada vez más. Eres mi vida Sebas Trumper, ya te prometí cambiar y lo estoy haciendo pero me he dado cuenta que tú me quieres tal y como soy. Lo he sabido tan pronto he recapacitado sobre nuestra historia de amor, todas están manchadas por algo y la nuestra nunca lo ha estado porque el único problema ha sido mi irresponsabilidad psíquica. Si hubiera pedido ayuda hace años ahora estaríamos felizmente casados y no nos hubiéramos alejado luchando contra nuestros sentimientos. Sebas, te lo recompensaré para siempre mi amor. Te lo prometo.

– Me gusta oírte hablar, – acaricia mi labio inferior – mueves los labios invitándome a probarlos. Y pienso hacerlo toda mi maldita vida.

CAPÍTULO QUINCE

– ¿Estás segura?

– No. Pero quiero hacerlo.

– Reina, no tenemos por qué ir. Podemos pasar el día haciendo otras cosas y mi mente está repleta de buenas ideas.

– Es mejor que acabemos con esto. Arranca el coche.

– Prométeme que si te encuentras mal me lo dirás, solo te pido eso.

– Estoy bien, Sebas. Arranca.

– No me has dado el beso para que arranque el motor, hoy estoy torpe.

Le entrecierro los ojos dudando de su torpeza cuando hemos practicado el sexo durante toda la mañana. Me ha despertado asustado

porque anoche se durmió cuando terminamos de hablar, le estado repitiendo que yo también estaba cansada pero hemos pasado un tiempo realmente bueno antes de estar aquí dentro del coche. Pongo mis labios sobre los suyos y acto seguido vuelvo a retocarme el brillo labial, quiero estar al menos presentable.

La conversación que mantuvimos Sebas y yo anoche fue una de las mejores que he tenido en mi vida. No porque él estaba al borde de la desesperanza después de recibir la llamada de Bastian, sino porque zanjamos muchos temas que estaban abiertos y heridas que por fin sanarán antes de que Sebas y yo nos volvamos locos superando todo lo negativo que me rodea. Se culpó por abandonarme cuando más le necesitaba ya que había empezado a ir al psicólogo pero le demostré que con su presencia o sin ella, el problema seguiría ahí y el haber estado sola me ha dado espacio para enfrentarme a mis miedos. Se enfadó mucho cuando no le avisé de la crisis que me tuvo de rodillas en el baño, pero hablándole desde el corazón entendió mucho mejor mi postura en esos momentos. Me siento renovada, feliz y en paz conmigo misma. Sé que mi recuperación es un largo proceso, y sin embargo, hoy en día no tengo preocupaciones que me desestabilicen como me pasó anoche. Prefiero olvidar el mal momento que les di a las personas que me importan y comenzar hoy domingo por presentarme en la casa de los Trumper.

Sebas conduce rápido, no es nuevo porque ama los coches y yo me acostumbré a volar sobre la carretera, aunque hoy me gustaría que se tomara las cosas con calma ya que estoy muy nerviosa. Prefiero no comentarle nada para no preocuparle. Me ha estado repitiendo la misma pregunta desde anoche, y dado que le prometí a Nancy que iría con o sin él, nos dirigimos a mi primer almuerzo en casa de los Trumper. Mi presentación.

– ¿Cómo es la casa?

– Gigante, te perderás y me veré obligado a agarrarte junto a mí – le miro dudando en si bromea o no. Tiene el ceño fruncido y está enfadado por no sé qué o quién, debo de tomar esto como una frase afirmativa.

– ¿Ya están todos allí?

– Sí. La insistencia de mi madre con sus nietas hace que Bastian y Nancy lleguen después de desayunar y se queden allí todo el día.

– ¿Y tu hermano Sebastian?

– Supongo que llegará o cuando huela la comida. El muy cabrón es capaz de presentarse desnudo, espero que malditamente se ponga algo de ropa. Y no me coge el teléfono, le he dicho que ninguna jugada hoy.

– No te preocupes cariño, todo será perfecto tal y como siempre hemos soñado.

Me desea a juzgar por como sus ojos me han hecho un repaso y pone su mano sobre mi pierna. Yo le acaricio mientras miro a través de la ventana como nos acercamos a una casa blanca rodeada de una reja negra. Supongo que será la casa que se ve muy al fondo en mitad de los descampados solitarios. Veo reflejado desde aquí los coches aparcados afuera y me está preocupando que Sebas no me haya dicho que hay más personas de las que me he mentalizado, no quisiera tener que esconderme todo el día evitando a la gente. Tal vez esa no sea la casa, recuerdo algo de una reja negra cuando Margaret me contó que quería pintarla.

Trago saliva impaciente por llegar, al menos estará Nancy y ella me ayudará si me encuentro mal. Hoy quiero que sea un día perfecto y Sebas no tendrá queja de mí. Prefiero guardarme mis sentimientos y sonreírle, ya le contaré más adelante cómo me siento hoy; a punto de gritarle que de media vuelta, Pero no, se lo debo a él y a su familia.

Sebas hace lo que nunca esperé que hiciera, dejar el coche mucho más alejado de la casa. Estamos parados en mitad de este día soleado repleto de flores en el campo.

– Vamos, reina.

– Huh, ¿tienen una casa debajo de la tierra? – Intento poner gracia a este momento en el que mi respuesta correcta sería que volvamos junto a casa para meternos dentro de la cama.

– Ojala. Y así los mandaría allí para que me dejaran en paz.

Cierra la puerta del coche y hago yo lo mismo ajustándome el vestido primaveral que me he puesto, disimula mi peso pero no lo oculta y Sebas lo

ha escogido por mí, así que no tenía mucha escapatoria. Agarra mi mano mientras paseamos entre la acera y el campo que hay en las zonas no edificadas, él camina lento y yo repleta de dudas en mi cabeza.

– ¿Caminaremos hasta la puerta?

– He pensado en que podíamos pasear un poco. Me he dado cuenta que no hemos hecho muchos actos románticos desde que has vuelto y todo me lo debo a mí, a que soy un mierda de novio que solo piensa en el maldito trabajo.

– Sebas, no, para, – aprieto mi mano para llamarle la atención – las cosas son perfectas una vez que dos personas se miran a los ojos, el resto sobra, amor. Dejemos las culpas para vivir el presente y disfrutar el futuro.

– ¿Quién eres tú y que has hecho con mi Jocelyn?

Muerde mi labio inferior rodeando mi cintura con sus manos, las va bajando poco a poco hasta llegar al culo que ha azotado en más de una ocasión esta mañana.

– Aquí no, tú madre puede tener telescopios desde las ventanas.

Proseguimos paseando juntos de la mano repasando otra vez los temas que zanjamos anoche, hablando de nuestras cosas y cómo afrontaremos las siguientes semanas hasta que finalice los exámenes. Mientras le estoy hablando de un temario que no entiendo, Sebas se agacha mirando a las flores. Decido parar de gesticular sobre lo aburrida que me debo ver cuando su cuerpo me oculta que hace, una vez que se levanta me da un pequeño ramo de diferentes flores que ha cortado para mí.

– Para la flor más bonita.

– Sebas, son preciosas – el sol me da en la cara y no veo venir sus labios plantándose sobre los míos.

– Te quiero, Jocelyn. No lo olvides nunca. Te repito otra vez que tu descabellada acción de anoche no me gustó, pero si te vuelve a pasar ten en mente que hay un hombre a tu lado que da la vida por ti.

– Soy consciente, mi amor. Gracias por todo lo que me has dado, das y darás.

– Vas a cansarte de mí – posa sus manos en mi cintura y caminamos juntos al mismo tiempo – algún día te despertarás, verás a tu viejo esposo en el porche y me regañarás por todas las flores que te pienso dejar en casa.

– ¿Ah sí? ¿Y que tendré que hacer al respecto?

– Un beso por cada flor durante todo el día.

– Bueno, entonces no me quejaré – se frena y miramos al descampado.

– ¿Qué te parece aquí?

– ¿Huh?

Sebas besa mi cabeza apretándome fuerte contra él. Vuelvo a mirar al vacío, en la brisa fresca que nos azota bajo el sol abrumador que calienta cada vez más. Las flores se ven hermosas aquí aunque muy descuidadas por el frio invierno de la ciudad.

– Este lugar, ¿cómo lo ves?

– Es hermoso, aunque las flores están marchitas.

– ¿Qué te parece si construimos aquí nuestra casa?

– ¿Nuestra casa?

– Sí. Este lugar es perfecto. Tendremos vistas a las montañas nevadas en invierno – Sebas me mira muy serio sin dejar de tocarme, se ha puesto delante de mí porque espera una respuesta – no tienes por qué decirme que sí ahora.

– Está bien, entonces te diré que sí cuando me lo vuelvas a preguntar.

– ¿Un sí para que me calle o un sí porque realmente quieres decirlo?

– Sí a todo lo que me preguntes porque así lo siento. Este lugar es hermoso, Sebas.

– La casa de mis padres es aquella, – me señala con el dedo a la casa enorme que se ve al fondo – estaremos cerca de ellos por si necesitas cualquier cosa en caso de que no estemos juntos. Sé que te has criado sin un padre o una madre, yo he tenido esa suerte y aunque mi hermano Bastian nos hizo pasar una etapa en la familia más que insufrible, mi infancia ha

sido la soñada por cualquier niño. Me llevo muy bien con mis padres y ellos te van a acoger con los brazos abiertos. Con esto no quiero presionarte pero sí darte todo lo que tengo, una madre que va a amarte más que a mí y que pondría la mano en el fuego por ti. No será el mismo amor de tu madre o el de tu abuela, pero espero que tener esa sensación de familia cerca de ti te haga ver lo hermosa que eres, Jocelyn Harden. Te amo y nunca dejaré de repetírtelo. Quieras esta casa o no, haremos de nuestra vida una en la que te sientas cómoda porque lo único que deseo para ti y para nosotros es que seamos felices, sea donde sea.

– Sebas, no sé qué decir, me vas a hacer llorar y no quiero aparecer allí echa un desastre.

– Serías la más hermosa incluso echa un desastre, – besa mis labios – ¿entonces es un sí?

– Sí, por supuesto. No lo he dudado. Tu idea es maravillosa y el estar cerca de tus padres va a ser una ventaja en todos los aspectos de nuestras vidas.

– ¿De veras?

– A tu madre le va a encantar que su ojito derecho viva cerca de ella.

– Yo no soy su ojito derecho, ese es Bastian.

– Eres tú. A ella se le cae la baba contigo.

– Jocelyn, no la has malditamente visto. Vayamos y te darás cuenta alrededor de quién babea – tira de mi mano pasando uno de sus brazos sobre mis hombros de vuelta al coche – entonces, ¿doy los pasos para empezar con nuestra casa?

– Huh… sí, adelante. ¿Es difícil comprarla? Yo tengo algunos ahorros de la herencia de mi familia y me gustaría que…

– No, reina. Esas cosas pertenecen a los hombres y no darás ni un centavo por la casa.

– ¿Y qué aporto yo? Tengo que aportar algo, ¿no?

– Jocelyn, aportarás todo, mi vida. Yo me encargo de los trámites burocráticos y de ponerlos en marcha, el resto es cosa tuya. Desde la

estructuración arquitectónica y la dispersión de los contenidos internos hasta la decoración.

– Eso suena complicado.

– No lo es, yo te ayudaré en todo pero no me cargues a mí cosas de mujeres si no quieres que te cargue nuestra casa con el color negro y marrón.

– Me quedo más tranquila sabiendo que no intervendrás en la decoración dado tú mal gusto por los colores tristes y varoniles.

– ¿Ves? Aclarado. Somos perfectos el uno para el otro – me abre la puerta del coche y me besa antes de mirarme a los ojos – ¿estás segura, Jocelyn?

– Nunca lo he estado más en mi vida. ¡Vayamos a pasar un día con los Trumper!

Nuestra casa.

Nuestro hogar.

Nuestro futuro.

Se me graban esas palabras en mi mente mientras llegamos a casa de los padres de Sebas.

Detalles como los que acaba de tener me dan las fuerzas para seguir cambiando, no con respecto a una nueva casa pues ya habíamos hablado de eso, sino por haber pensado en lo demás. La cercanía con sus padres me va a ayudar a recibir todo el amor que no tuve en mi infancia. Su madre se va a volver loca cuando su ojito derecho viva a un par de kilómetros de su casa y ya hasta puedo imaginármela cuidando a nuestros hijos cuando tengamos que trabajar fuera. Muerdo mi labio emocionada por los enormes acontecimientos que me aguardan en los próximos meses. Tengo la casa perfecta en mi cabeza y espero que Sebas sepa exponerla en los planos para construirla ya que voy a poner todo mi cariño en formar el hogar que siempre he deseado.

La emoción de la casa me tiene con una sonrisa en la boca cuando me doy cuenta que estamos frente a la reja negra. La casa es hermosa, blanca y

con un jardín bien cuidado que aprecio desde aquí. La cantidad de coches que hay alrededor me hace dudar y Sebas se da cuenta.

– No te preocupes, reina, son nuestros. Solemos cansarnos de los coches y los aparcamos en casa de mis padres. La mayoría son del inculto de Sebastian que no sabe apreciar un buen coche porque se aburre de ellos cada dos por tres. El último que usé hace un par de años era ese naranja, mi hermano Bastian le dio un golpe por detrás y tuvo que regalarme otro.

– Ah. Ya veo. Los Trumper y sus coches.

– Culpa a Bastian, posee todos los concesionarios de la ciudad y él nos inculcó el amor por los coches.

– ¡Llegáis tarde!

– Y hablando del rey de Roma – Sebas susurra enfadado.

– ¿Pensáis entrar o follar en el capó del coche? Dadme una alegría hoy.

– Serás hijo de…

Sebas intenta abrir la reja tocando al timbre una y otra vez bajo la sonrisa enorme de su hermano Sebastian. Está comiendo algo de una taza luciendo como si acabara de despertarse porque lleva unos pantalones de pijama sin camiseta. La puerta de la reja se abre y Sebas entra dirigiéndose a él mientras Sebastian se da la media vuelta llamando a su madre porque su hermano le quiere pegar. Cierro la reja detrás de mí con una sonrisa en la boca, siempre se están peleando y hoy no iba a ser menos.

– Huh… no le culpes por lo que diga, no me afecta.

– Le dije que no apareciera desnudo, ¿tanto le cuesta ponerse una maldita camiseta? ¡Gilipollas! Vamos, reina, tengo que preguntártelo otra vez hasta que me grites. ¿Estás segura?

– ¡Ya estáis aquí! – La voz de Margaret grita – ¡YA ESTÁN AQUÍ!

Ese segundo grito ha sido incluso mayor. Me escondo detrás de Sebas con la chaqueta de punto en mis manos y mi bolso a juego con el vestido. Sebas se ha quedado helado porque no nos esperábamos que ella saliera la primera. Esta mañana me ha dicho que hubiera preferido que

todos estuvieran esperando dentro y entonces él abriría la puerta de la casa con las llaves. Cómo diría Patrick, otra prueba de la vida más.

– Madre, dile a Sebastian que se ponga ropa.

– Ya le he dicho que se vista pero no me hace caso. ¿Y mi nuera?, ¿dónde está?

– Ella está… – se da media vuelta para ver si estoy aquí y avanzo un paso hacia delante.

– Hola, Señora Trumper.

– ¡POR FIN ESTÁS AQUÍ! – Salta desde la puerta hasta a mí recorriendo el corto camino que hay entre nosotras – ¡te echaba de menos!, ¡qué guapa que estás! ¿Qué te has hecho en la cara? Tu piel brilla. Y te ves muy delgada, ¿Sebas no le das de comer a la niña? ¡He criado tres monstruos que solo piensan en ellos!

Rápidamente, mete un brazo en el hueco que deja el mío y me arrastra hasta dentro de la casa.

– ¡MADRE! ¡Déjala en paz! ¡Ella no es Nancy! ¡Madre!

De repente, Margaret se frena y ambas giramos trescientos ochenta grados hasta ponernos cara a cara con un Sebas que avanzaba enfurecido. Ella levanta el dedo índice y se lo hinca en el pecho a su hijo.

– ¡A mí no me digas que hacer! Es mi nuera y no me la vas a quitar. La he echado de menos y hoy es mía. ¡Búscate algo que hacer!

Y volvemos a girar entrando por fin en la casa. Margaret está hablando y se oye mucho ruido, recuerdo que ella odiaba el silencio cuando Bastian estaba pasando por aquella etapa en su vida. Ahora debe de estar muy contenta y apenas la escucho cuando me centro en Nancy que aparece con un bebé en sus brazos. Voy a llorar.

– ¡Jocelyn, ya habéis venido!

– Mira mi nieta Jocelyn, mírala que bonita es. ¡Dámela Nancy!

– Claro Margaret, solo la habías dejado en la silla cuando has sabido que tu nuera favorita había llegado.

– ¡Mentirosa! Os quiero a las dos por igual pero Jocelyn pensará en mí cuando tenga a su hija y no le pondrá nombres de otras abuelas. ¿A qué no pequeñita? ¿A qué quieres más a esta abuela que a la otra?

Nancy rueda los ojos sonriendo, no he comprendido nada pero supongo que todo tendrá explicación. Ella me abraza a mí y se deja abrazar por Sebas cuando la voz ruda de Bastian aparece de la nada hasta llegar a nosotros con otra niña en sus brazos.

– ¡SEBAS, NO TOQUES A NANCY! ¿Cuántas veces te lo tengo que repetir?

– Bastian, hagamos que Jocelyn se sienta bien. Por favor, cariño, deja de actuar como un neandertal por las próximas horas.

Nancy abraza a su marido y Bastian baja sus hombros, ¿esto es de verdad? He llegado a ver el momento en el que Bastian está siendo dominado por una mujer que lo haga callar. Jamás hubiera pensado verle de esa forma tan sumisa. Además, he estado aquí por cinco minutos y estoy viendo la chispa saltar entre ellos dos. ¿Seremos Sebas y yo como mis cuñados? Muevo la cabeza centrándome en la familia, Nancy se está peleando ahora con Bastian para que le deje a su hija y este le niega con la cabeza. Margaret continúa hablándole a la pequeña sobre si es mejor abuela que la otra y por fin Sebas pone una mano sobre mis hombros que me da la tranquilidad que necesito.

– ¿No le vais a presentar a las niñas? – Margaret regaña al matrimonio que discute en voz baja sobre quién de los dos coge a la niña. Sebas se adelanta para coger en brazos a la niña que sujeta Margaret y esta le responde frunciendo el ceño – ¡dame a mi nieta!

– Hola pequeña Nadine, qué nombre tan bonito – Sebas sonríe a su madre, debe de haber alguna broma con el nombre que aún no capto. Me quedo embobada viendo como Sebas tiene en brazos al bebé más pequeño y se pone frente a mí, – Jocelyn, ella se llama Nadine y es tu sobrina número dos. Como verás, ha sacado toda la belleza de los Trumper.

– ¡En tus sueños! – Contesta Nancy indignada.

– ¿Quieres cogerla?

– Yo… huh, no sé en realidad como sujetarla para no hacerla daño.

Margaret se adelanta rápidamente para quitar de mis manos las cosas que sujetaba y le sonrío amablemente mientras Sebas pone en mis manos al bebé más pequeño. Es inevitable no babear cuando tienes a un bebé entre tus brazos y más una niña que te sonríe cambiando su gesto de feliz a enfadada como si estuviera analizando que hay a su alrededor. No quiero llevarle la contraria a Nancy pero los ojos, la nariz, los labios y absolutamente todo es Trumper, es una copia exacta de su padre. La niña coge uno de mis rizos entre las voces al fondo que oigo, en estos momentos siento que solo existimos este bebé y yo junto con la mano conciliadora que Sebas pone sobre mi brazo admirándonos con orgullo.

Mi novio me levanta de mi ensueño porque baja su cabeza para comerse a besos al bebé. Justo ahora acabo de aprender algo de la vida, lo que he estado haciendo durante tanto tiempo ha sido alejar a Sebas de su familia para protegerme. Me siento culpable pero no pienso defraudarle y le recompensaré por todo lo que nos hemos perdido a causa de mi enfermedad mental. Gracias a mi novio que es el mejor del mundo y ha estado a mi lado antes que venir a ver a su familia. Le amo tanto.

– ¡Sebas! – Gruñe Bastian.

– ¡Olvídame! Ella me echa de menos, ¿a qué sí? – Mi chico es tan propietario con su sobrina que me la quita de los brazos para seguir besándola bajo mi atenta mirada. Estoy comprobando que cuando Sebas me hablaba de formar una familia lo decía en serio porque así lo siente. Ama a esta pequeña y estoy segura de que amará a todos nuestros hijos.

Un grito nos deja sordos una vez que nos enfocamos en Nancy que lucha con las manos de su hija. Esta niña rubia que deja sobre el suelo camina velozmente hacia mí chocándose con mis piernas, Sebas se aparta y unas pequeñas manos se agarran del borde de mi vestido.

– Ella es Dulce Bebé, – Nancy se acerca – cómo verás, desde que aprendió a andar lo quiere investigar todo y no le gusta estar en los brazos.

– No será en los tuyos – Bastian le responde en voz baja pero todos le hemos oído.

La niña llama mi atención y no puedo hacer otra cosa que agacharme para ver de cerca lo hermosa que es, como los padres. Sus ojos son grandes, su pelo rubio y sí puede que se parezca más a Nancy pero desde luego el cortejo de los Trumper lo lleva en la sangre porque no hace otra cosa que subirme el vestido.

– Hola.

– Dile hola, Dulce Bebé, – interviene Nancy – aún balbucea palabras que no entendemos pero sí habla.

– Dulce Bebé, dile hola a tu tita Jocelyn.

– Selyn.

Ella me ha nombrado o ha hecho intento de ello y hago grandes esfuerzos para no llorar ahora. Me acerco a su cara para darle un beso que me responde con una sonrisa y hace lo mismo que su hermana decimas de segundos después; fruncir el ceño con intensidad como si estuviera estudiando que ha ocurrido.

– ¿Has visto lo guapas que son?

– Sí, Nancy, son hermosas.

– ¡Qué me des a mi nieta! – Las dos volvemos a estar de pie viendo como Sebas entrega al bebé a su madre.

– No te preocupes Jocelyn, esto es nuestro pan de cada día. Si mi querida suegra no tiene a una de sus nietas en brazos no es feliz, por no hablar del padre.

– Yo no he dicho nada, – ruge a sus espaldas acercándose a nosotras – bienvenida de nuevo Jocelyn.

– Gracias Bastian.

¿Ahora tenemos una relación cuñada/cuñado? ¿Cuándo ha sucedido el momento en el que este hombre no estaba enfadado con la humanidad? Desde luego que no sé cómo ha ocurrido pero Nancy le ha debido mostrar el camino correcto a seguir y me alegro. Ya no tengo nada que hacer con Bastian porque ni siquiera me intimida, será mi cuñado y le querré como tal.

– ¿Y padre? – Dice Sebas.

Nancy vigila como su hija corre pero Bastian la coje en el aire, le hace el avión y Dulce Bebé ríe a carcajadas. No puedo evitar tensarme ante el Señor Trumper, ahora que todo está arreglado con Bastian al único que temo es a él y mi cuñada se ha dado cuenta.

– Tranquila cielo, ser abuelo le ha enternecido y hasta tengo un chat privado en el móvil con él – susurra en voz baja. Con los gritos de la niña nadie puede oírnos.

– Él me asusta.

– Él quería que vinieras en cuanto pisaste la ciudad. Todos aquí te quieren, te lo dije.

– Huh… me desmayaré – susurro.

– ¿Estás bien? – Sebas se une a nuestra conversación preocupado.

– Sí, cosas de chicas – Nancy responde por mí y le asiento para que no se preocupe.

– ¡MADRE! Búscame la ropa que no sé dónde está.

– ¡HIJO DE PUTA! – Grita Sebas.

Todos miramos hacia la voz ronca que está parada en las escaleras y vemos a Sebastian desnudo por completo con sus manos tapando su virilidad. Las tres gritamos por el impacto de plantarse desnudo delante de todos mientras sonríe. Sus hermanos no tardan en insultarle saliendo detrás de él para pegarle, Bastian es tan rápido que lo atrapa en las escaleras y lo hace subir de los pelos junto con Sebas que le propina golpes en la nuca regañándole por ser tan descarado.

Dulce Bebé se escapa corriendo detrás de su padre pero fracasa intentando subir las escaleras, Nancy va tras ella y la coge en brazos.

– Jocelyn, ¿qué voy a decirte que no sepas ya? Esto pasa siempre, cuando no está desnudo está metiéndose conmigo o haciendo de las suyas. Ya que estás aquí al menos se repartirá sus ganas de enfadar a sus hermanos. Vamos a terminar de dar de comer a las niñas.

– Huh… ¿no está aquí Rachel? – Las tres nos adentramos en la casa y yo las sigo con intriga, si mal no recuerdo, Sebastian tiene chica.

– Lo de Sebastian y Rachel es un mundo aparte, – contesta Nancy – es una larga historia que ya te contaré.

– De acuerdo, solo supuse que…

– Están y no están juntos. Son lo suficientemente amigos, amantes o novios, pero no para una relación formal ni hacer estas cosas de familia. Jocelyn, tenemos que ir a ver a mis padres, mi madre ya me ha preguntado cuál es tu comida favorita.

Me guiña un ojo a lo lejos viendo como una distraída Margaret se centra en el guiso y en dar de comer a las niñas que ya están sentadas en las sillas. Suspiro mirando la enorme cocina cuando Bastian aparece con el ceño fruncido y echando a su madre de un empujón.

– ¡BASTIAN!

– ¡MADRE!

– ¡No me hables así! – Golpea su nuca – te he dicho millones de veces que tu hermano no me hace caso con la ropa.

– ¡Tiene que dejar de aparecer desnudo! Piensa en Jocelyn, me acuerdo de Nancy y me pongo en su situación.

– ¿Qué te acuerdas de mí? Pero si no me dijiste nada hasta veinte minutos antes de venir, ¡serás retorcido!

Nancy muerde el cuello de Bastian que se encoje por el dolor y los dos acaban entre risas besándose mientras dan de comer a sus hijas. Margaret se enfoca en contarme sus aventuras como abuela cocinando y permitiéndome que lo haga junto a ella. Mi… huh… suegra no se calla por mucho que quieras hablar tú y ya veo como Nancy sonríe haciéndome señas que las tareas de nueras perfectas nos la vamos a repartir y ahora me toca sufrir a mí.

Menos mal que Sebas regresa pateándole el trasero a Sebastian que no sonríe tanto como antes.

– Jocelyn, bienvenida a casa, otra vez – se acerca a mi cara y reacciono retrocediendo.

– ¡SEBASTIAN, tú puto estilo europeo te lo metes por el culo! – Sebas le regaña interponiéndose entre él y yo.

– Lo dicho, bienvenida a casa. ¿Me enseñas tus tetas? Porque son de verdad, ¿no?

Sebas lanza otra patada y lo persigue por toda la cocina.

– ¡NIÑOS! Qué vais a chocar contra las niñas – Margaret les regaña.

Dulce Bebé se ríe de lo que ve y quiere salirse de la sillita donde está sentada ya que va a tirar la papilla sobre su madre. Bastian está encargándose de que Nadine atrape el biberón pero las constantes vueltas de los hermanos no las dejan en paz porque se distraen.

– Parad.

La voz ronca del Señor Trumper me deja congelada. Sé que lo tengo detrás de mí en la cocina y que a Margaret le ha cambiado la cara, ya no está tan en tensión porque su hombre ha hecho su aparición. Su intento de regañar a sus hijos queda por los suelos cuando la voz severa de su marido hace que ambos se queden quietos tan pronto ha entrado por la puerta. Sebastian me sonríe guiñándome un ojo y Sebas me arrastra junto a él para que encare a su padre.

– Tranquila Jocelyn, – susurra en alto Nancy – yo me desmayé un par de veces cuando me habló pero él es todo un osito de peluche polar.

Todos ríen a carcajadas menos Sebas y yo que estamos plantados delante de él como si fuéramos a recibir su bendición. Quiero escaquearme de este momento, ni siquiera los ánimos de mi cuñada me ayudan.

– Padre – Sebas le saluda.

– Momento de tensión – Sebastian interviene pero Bastian le golpea para que cierre la boca.

– Oh, vamos ya. Habla Señor Trumper que tengo que orinar y no quiero perderme este momento. Sshh, Dulce Bebé, esto queda para la historia mira al abuelo.

– Te vas a quedar con las ganas, Nancy – responde el Señor Trumper haciéndonos un gesto para que salgamos de la cocina.

– Es injusto, yo pasé por momentos mucho peores. ¡Traidor!

¿El padre de Sebas se ha reído? ¿Quiénes son estas personas y dónde me he metido? Los tres salimos de la cocina cerrando la puerta mientras andamos poco a poco.

– Bienvenida a la familia Jocelyn.

– Padre, la asustas.

– No te he dicho que te entrometas.

– Quiero hacerlo – mi novio no me suelta para nada.

– Jocelyn, no necesitas qué te diga nada más para saber que eres más que bienvenida en nuestra familia. Te queremos como si fueras una hija y cuando mi hijo se comporté como un hijo de puta tienes un hogar que te recibirá con los brazos abiertos.

– No empujes que no oigo – las voces de Nancy y Margaret se oyen a lo lejos.

– Gracias Señor Trumper.

– Dejamos las formalidades tan pronto Nancy entró en nuestra casa, así que puedes llamarme Sebastian diga lo que te diga tu cuñada.

– Tú favorita, recuerda que hablamos por un chat privado del móvil – Nancy grita a lo lejos entrometiéndose – Bastian no, para, quiero seguir oyendo, he estado esperando este momento por años desde que… Bastian aquí no, tú madre, no me toques ahí que… ¡Bastian!

Las risas que se oyen en la cocina hacen que el padre de Sebas y yo sonriamos pero mi novio no, sigue en tensión y no sé qué espera escuchar. Con un poco de tiempo me desenvolveré como desea.

– Gracias Señor Trumper, quiero decir… huh… Sebastian.

– ¡Qué nombre tan bonito! – Grita mi cuñado Sebastian desde la cocina.

– ¿Hijo? – Su padre le incita a hablar porque se ha quedado mudo.

– Ella es la mujer de mi vida.

– Nadie lo duda, Sebas.

– Lo digo en serio. Si la he traído a casa es porque ella es mía.

– Lo sabemos. ¿Qué te preocupa?

– Tu maldito hijo. Quiero que se ponga ropa y qué no la moleste. Yo no soy Bastian, yo voy a jugar sucio con él si se entromete. ¿He hablado claro?

– Sí. Pero los problemas de hermanos se arreglan entre hermanos. Lo dicho Jocelyn, que te sea leve y que disfrutes de la comida.

Mi suegro se acerca a mí para besar mi frente y se va hacia la cocina dejando la puerta abierta. Estoy alucinando por lo que acaba de ocurrir, Sebas mira fijamente a su padre porque no le ha gustado cómo lo ha hecho.

– Tú favorita, ¿eh? – Oímos a Nancy – el hijo favorito de Margaret y tú nuera favorita. Vaya Bastian, vamos a tener que cambiar las comidas de los domingos en Crest Hill porque aquí no nos valoran.

Bastian se ríe a carcajadas y luego le acompañan todos menos él, algo ha hecho para que todos estén así. Miro a Sebas desconcertada por lo que está pasando.

– Reina, mi familia es de estudio científico. Mi padre y Nancy mantienen una relación algo rara desde que tuvieron una conversación el día de su boda. Es mejor que no me preguntes, no sé nada más, pero ella bromea con él para hacerlo reír y eso está empezando a gustarle a mi padre. ¿Qué tal tú?

– ¿La verdad?

– Por favor.

– Mucho mejor de lo que imaginaba, Sebas. Yo… huh… pensé que todos serían más serios y que Nancy solo estaría aquí con una sonrisa amable para tu familia. Y me he dado cuenta que todo han sido alucinaciones mías porque esto es incluso mejor de lo que aspiraba. Estoy en shock.

– ¿Shock del bueno o shock del malo?

– Shock del bueno – estiro los brazos para besarle en los labios porque lo necesito, Sebas gruñe alejándonos más de la cocina pero escuchamos unas risas.

– Se están dando el lote familia, venid a verlo.

Sebastian es un dolor en el trasero, Sebas ya salía para pegarle pero le he impedido que lo haga. Hoy está siendo un día soñado y quiero que así sea, que no tenga que inventarlo en mi mente porque puedo disfrutarlo en la realidad. Frunce el ceño en dirección a la cocina mientras sigo riéndome de la hermosa familia que hay allí.

– No te enfades con él. Se siente divertido solo para ver como os molestáis Bastian y tú.

– Digas lo que digas, mi hermano se llevará una buena paliza por inconsciente, – se relaja un poco mirándome a los ojos – cariño, ¿te importa si le decimos a mi madre lo de la casa? Ella empezará hoy a acosarte con la boda, los niños y con que ya no podemos fallar en la comida de los domingos. Odiaría que te sintieses mal ya que todavía estás en época de exámenes. Solo si tú quieres.

– Sí, – sonrío enormemente – adelante con ello. Vamos a dejar que todo surja como quiera, estoy preparada para todo.

Estrello mi cuerpo de nuevo contra mi novio pero esta vez no le beso sino me escondo bien entre sus brazos que me acogen con necesidad. Sebas tiene el corazón palpitando tan rápido que temo que se le salga del pecho y no dudo en acariciarle con una sonrisa para que se calme, ojala él pudiera sonreírme algún día ya que le echo de menos. Hemos pasado por momentos realmente buenos desde que hemos vuelto y él todavía tiene la mente divulgando en otro lugar menos en su realidad, dónde espero esté siendo tan feliz como yo.

Los pasos se acercan a nosotros y Sebas y yo vemos como Nancy y Bastian pasan con sus hijas en brazos porque van a cambiarle los pañales a la habitación. Margaret no tarda en salir detrás de ellos pero ella se para delante de nosotros con una sonrisa amable.

– Jocelyn, tenemos mucho de qué hablar. Tengo que contarte un infierno de cosas que te has perdido y me alegro de que estés de vuelta

porque ya te echaba de menos.

Se lanza contra mí para abrazarme y Sebas se aleja discutiendo con su hermano por algun comentario inofensivo que habrá hecho sobre nosotras. Margaret besa mi cara arrastrándome de nuevo por toda la casa mientras me explica las nuevas decoraciones que ha hecho en los últimos años. Vayamos por donde vayamos siempre hay juguetes de las niñas por todos lados y ella disimuladamente intenta apartarlos de nuestro camino. Llegamos al jardín donde hay una mesa grande repleta de sillas y platos vacíos. El Señor Trumper está al fondo frente una barbacoa y ella me está explicando que me sentaré a su lado ya que al otro tendrá a Nancy sentada. Me está aconsejando que intente tener lejos a su hijo pequeño porque hoy quiere molestar a su hermano conmigo.

Sebas aparece detrás de mí cogiéndome la mano y alejándome de Margaret. Me ofrece una cerveza y yo se la niego rotundamente porque sabe que no bebo. Sin embargo, mi novio también sabe que hago una excepción y me muero por esos botellines de color verde. Pienso que un poco de líquido saciará mi hambre ya que el olor a barbacoa es uno de mis favoritos. Solo he ido un par de veces a unas cuantas cuando salía con Sebas, no podía comer delante de la gente importante amiga de él y por eso me limitaba a llenar mi estómago con líquidos. Aquí debo de hacer lo mismo antes de que acabe con sus existencias.

– Una no me matará, pero no quiero más. Por favor.

– Es tu favorita.

– Desde ahora beberé agua. ¿Vale?

– No – besa mi cabeza ronroneándome algo que no escucho porque Margaret me distrae a lo lejos ya que está pegando en la nuca a su hijo pequeño.

– ¿Vamos a comer en el jardín?

– Sí, ¿te gusta? – Asiento con la cabeza – mi madre aprovecha el buen tiempo para hacer barbacoas, las solemos hacer casi todos los domingos desde que Nancy vino a la familia. Ella se motivó tanto que ahora dirige las comidas, los asientos y todo en general. Pero todavía no lo has visto todo, cuando llegan los padres de Nancy aquí se forma un lío

incontrolable, menos mal que yo jamás lo he disfrutado y siempre estaba con mis sobrinas apartado para que me dejaran en paz.

– ¿Por qué? Tienes una familia maravillosa.

– Porque no estabas tú. A partir de ahora lo disfrutaré mucho más, tenlo por seguro.

Besa mis labios tiernamente mientras dejo caer mi mano sobre sus vaqueros. Él es sexy cuando viste de informal, están rotos por algunas partes de la rodilla y sus camisetas son realmente ajustadas, doy gracias a Dios que se ha puesto otra camisa encima para no matarme de un disgusto. Siento como palpita mis entrañas por la emoción y la comida, pero sobre todo por el novio tan increíble que mis padres me mandaron para salvarme la vida. Hasta el día de hoy, sigo pensando que Sebas es mi ángel guardián y aunque él diga lo contrario le debo mi lealtad, confianza y alma.

Estoy sintiendo calor porque Sebas está susurrándome que estoy sonrojada. La mesa está casi puesta y me siento una estúpida aquí porque seguro que Nancy ayudará a Margaret con las cosas o algo. Huh… temo tomar la iniciativa viendo como Sebastian cocina la carne junto a su padre y Margaret va de un lado a otro cargada con las cosas que pone sobre la mesa. Sebas y yo estamos aquí plantados delante de la puerta en el jardín y siendo un estorbo que hace sentirme mal.

Nancy sale de la casa con un aparato en los brazos seguido de su marido que lleva otro.

– Jocelyn, ¿qué tal lo llevas?

– Bien, sorprendentemente bien.

– Qué suerte tienes, tú presentación ha sido muy floja. Yo estaba en tu misma situación y muerta de miedo porque ni siquiera sabía que tenía hermanos. Bastian me dijo que iríamos a comer a casa de sus padres y no te creas que me lo dijo con tiempo, el señor esperó a los últimos veinte minutos antes de salir de casa.

– No te quejes. Te quieren a ti antes que a mí, acéptalo – Bastian gruñe dándose la vuelta y Nancy le hace un gesto a Sebas para que se vaya con él. Después de besar mi cabeza me deja junto con mi nueva cuñada

– ¿Qué tal estas de verdad?

– Genial. Más de lo que me esperaba de mí misma.

– Tengo un par de horas libres hasta que las niñas se despierten y aprovechando que Bastian está entretenido podemos hablar en alguna de las habitaciones o tener algún momento de chicas apartadas. Podemos incluso invitar a Margaret. ¿Qué te parece?

– Es una idea muy buena, Nancy. Gracias, no sé cómo agradecerte todo el apoyo que he recibido de ti desde que he regresado. Sin conocerme has apostado a ciegas por mi relación con Sebas y eso lo llevaré conmigo hasta el día de mi muerte.

– Oh, cielo. Si te hubieras apoyado en mí desde un principio te hubieras ahorrado muchas malas experiencias que supongo habrás sufrido, – asiento haciendo una mueca – pero no podemos hacer volver al pasado así que esto es una señal para tu nuevo futuro junto con Sebas. Os quiero a los dos y hacéis una buena pareja.

– Gracias, Nancy. Por cierto, huh… ¿Ellos me guardarán algún tipo de rencor? No me esperaba este recibimiento y dudo si es porque están felices o porque no se lo creen.

– Jocelyn, lo que has visto aquí es real. Los problemas de pareja se quedan en la pareja y las familias se mantienen al margen. ¿Qué te piensas?, ¿qué Bastian y yo no discutimos en su momento cuando nos separamos y arrastramos a todos? Desde entonces cada cosa que nos pase a los dos nos lo guardamos para no hacer sufrir a nuestra familia. Todos están al margen de tus problemas con Sebas, nadie sabe nada ni los motivos por lo que te fuiste. Sebas solo dijo que te dejaran en paz y que él tuvo la culpa, entonces entendieron que la responsabilidad cayó en él haciendo que tú huyeras.

– Pero eso no fue verdad. Yo le abandoné. Fue mi culpa.

– Así se hace en familia, Jocelyn. Hay que contarles lo justo y necesario para guardaros vuestras cosas en pareja.

– ¿Entonces no me odian?

– Nadie te ha odiado. De hecho, si ellos supieran lo mismo que me contaste anoche te harían un monumento y pasarías a ser su protegida.

– Huh… no estoy segura de eso.

– Créeme. Puede que los Trumper sean de otro planeta pero son fieles a sus sentimientos y respiran bondad por cada poro de sus pieles.

– Sí, son humildes – sonrío a Sebas en la distancia que tiene el ceño fruncido porque quiere que me siente ya con él.

– Ya que nos conocemos sigo pensando que te tomes tu tiempo para lo que desees, Jocelyn. Las puertas de mi casa están abiertas para ti, es más, puedes entrar por millones de ellas cada vez que lo necesites. Bastian y yo os esperamos en casa. Además, ahora tienes dos sobrinas que crecen por días y un tercero que creo que está en camino, mañana me voy a hacer la prueba de embarazo y le daré una sorpresa a Bastian cuando se despierte.

– Espero que sea el niño – susurro acercándome a ella.

– Y yo, porque me planto en el tercero. Así que no tengo que decirte nada más, me tienes día y noche sea la hora que sea, ¿vale?

– Tú también me tienes, Nancy – soy yo la que me lanzo a ella para abrazarle y casi la mojo con el botellín de cerveza que sujetaba en mis manos.

Margaret nos grita a todos que la comida ya está lista. Es obvio que su marido e hijo ya han vuelto de la barbacoa y que están sentándose en las sillas. Esta va a ser mi prueba definitiva, la comida que tengo que comerme obligatoriamente para no hacerles sentir mal. Tengo mi estómago cerrado desde que estoy experimentando nuevas sensaciones y una nueva vida que quiero poner en marcha. Suspiro agarrada de la mano de Nancy que me arrastra suavemente sonriendo.

– Margaret, tengo una duda muy grande – dice Nancy sentándose al lado de su marido.

– Dime hija – ella está concentrada en repartir ensalada en los platos y colocar las bandejas en el centro.

– Si yo me siento a tu lado y Jocelyn se sienta a tu otro lado, ¿dónde vamos a dejar a Rachel cuando le toque sentarse? – Se hace un silencio menos por Bastian que se ríe de su esposa.

– No tiene gracia – gruñe Sebastian.

– Lo que no tiene gracia es que la hayas dejado irse sola a Dakota del Norte por tus tonterías. Pero vamos, que ya sabes que no me meto, – Sebastian se ha enfadado – ¿ves Jocelyn? Tienes que conocer a Rachel y así nos podemos meter con Sebastian para devolvérsela. Oh, pero si ella no está aquí porque ha huido al rancho. Ya te contaré, Jocelyn, la está haciendo sufrir mucho.

– ¡BASTIAN, HAZ CALLAR A LA LOCA DE TU MUJER!

– Te pasa por listo – le gruñe su hermano.

Entre sus discusiones cruzadas ya que no entiendo nada, Sebas reparte nuestra comida y aunque no le reprocho la cantidad es la perfecta para no llamar la atención ni hacerme sentir mal. Nadie preside la mesa excepto Sebas que está a mi lado derecho, me extraña, pero mi suegro se encuentra realmente divertido al otro lado frente a Bastian y teniendo a Sebastian a su lado. El menor, gruñe todo el tiempo acusándole a su madre de que Nancy se está metiendo con él. Margaret es realmente feliz y me lo demuestra apretando mi brazo cada dos por tres mientras oímos la guerra cruzada al otro lado.

– ¿Te gusta la comida?

– Sí Margaret, está deliciosa.

– ¿No te recuerda a nada? – Pienso un momento y le niego – es el adobado de la carne que tú misma me aconsejaste hace años. Quería hacerte un homenaje en tu vuelta.

Muda, así me encuentro tras las palabras de Margaret que llegan a mi corazón. Sebas besa mi mano sin dudarlo para hacerme saber que él es feliz, que yo soy feliz y que su familia es feliz de tenerme aquí entre ellos. Y me conformo con esto, puedo fracasar en muchas cosas pero no en ser una más de los Trumper ya que a partir de hoy formaré parte de todos ellos. Puedo decir que he alcanzado la felicidad por completo. No necesito más, solo a todos que me muestran lo mucho que me quieren y es reciproco aunque no sepa explicarme con demasiada naturalidad como lo hace Nancy. Les devolveré todo el cariño recibido y estoy segura que lo acogerán con orgullo.

La tarde pasa en tranquilidad en el jardín dónde nos encontramos todos juntos disfrutando de las pastas con el café que ha puesto Margaret sobre la mesa. Cuando se han despertado las niñas se han peleado todos por quién les daba de merendar y ha habido un momento de tensión hasta que Nancy ha dicho que nos tocaba a Sebas y a mí por ser nuestro primer día en familia. Me he sentido tonta dándole la papilla de frutas a Dulce Bebé porque no me ha hecho caso y he podido ver que tampoco se lo hace a nadie porque está en una etapa de experimentar todo. Con la ayuda de mi cuñada he conseguido que se tome su papilla y también tener la mitad de ella sobre mi vestido. Sebastian se estaba riendo porque la niña lo hace con todos y nadie me había avisado pero Margaret le ha regañado porque sí que lo habían hecho y el trapo sobre mis piernas no me ha ayudado. Estoy deseando que me pongan al día con la historia de Rachel y Sebastian porque no voy a dudar en devolvérselas cuando me anime y tenga valor para hacerlo. Sebas se ha desenvuelto con naturalidad con el bebé porque ha dado muchos más biberones a Dulce Bebé cuando era más pequeña. Él se ha mantenido en calma disfrutando del momento en el que veía cómo movía los labios su sobrina y todos han empezado otra guerra de palabras cruzadas insistiendo en que debería darle bebés a Sebas lo antes posible. Mi novio se ha callado ignorándolos a todos y estoy segura que estaba dando su bendición a que lo hiciera lo más pronto posible. Bastian y Margaret han insistido como los que más y gracias a Nancy, ha sido la única en animarme para que no lo haga ya que primero debo terminar la carrera para disfrutar mucho más con Sebas. Entonces, su marido se ha enfadado y ahora están los dos arriba durmiendo al bebé, según Sebastian, durmiendo al bebé y follando como perros en alguna de las habitaciones. Ese comentario ha hecho alejar a Margaret con Dulce Bebé que juegan en el jardín mirando las flores. El padre de Sebas comenta la actualidad en la Tablet con su hijo pequeño mientras Sebas besa mi mano con el sol del atardecer sobre su rostro.

– ¿Has comprobado por fin la locura que hay aquí? Todavía no has visto todo, cuando nos reunimos en casa de los Sullivan se duplica el caos.

Se arrastra en el sofá de mimbre para abrazarme delante de su padre y hermano. Ellos captan el momento íntimo que Sebas buscaba y se

levantan metiéndose dentro de la casa. Aprovecho para recostarme sobre su pecho disfrutando de este regalo que la vida me ha dado.

– ¿Qué pasaría si nunca hubiera venido? – Subo mi cabeza para ver su reacción.

– Estaríamos dentro de la cama haciendo guarrerías de las que te gustan.

– Sebas, – golpeo su brazo comprobando que nadie le ha oído – yo no hago guarrerías. Las haces tú.

– Cariño, tú te arrodillas más veces que yo.

Escondo mi cabeza debajo de su brazo para no salir nunca. Es cierto que me gusta satisfacer sexualmente al hombre que amo y supongo tampoco soy la única que se arrodilla.

Mientras lucho con la rojez de mi cara, Dulce Bebé ha plantado sus manos sobre el respaldo del sofá. Está gritando llamando nuestra atención y Sebas la ha cogido en el aire provocando que la niña estalle en risas que pueden dejarnos sordos. Poco a poco todos vuelven a sentarse en el jardín junto con nosotros. Bastian y Nancy aparecen sonriendo como adolescentes con el aparato del bebé en las manos. La pequeña Dulce Bebé salta de los brazos de Sebas para nombrar a su padre que la coja en brazos y desde ese momento los dos están en su propio mundo. Empezamos una conversación retomando algunos temas actuales que dan en las noticias, cada uno estamos junto a nuestras parejas menos Sebastian, que se sienta entre sus padres porque tiene una visión directa de mis pechos por los gestos que me está haciendo en la distancia. Espero que Sebas no se dé cuenta o le pateará el trasero, aunque mi chico está demasiado embobado viendo las aventuras de su sobrina saltando detrás de la espalda de su padre. Me da miedo el tema bebés cuando hablamos de Sebas y de mí porque no sé si alguna vez estaré preparada para que le hagan tan feliz como a su hermano.

Margaret cambia el curso de las conversaciones seguida por las voces de todos hasta llegar a su tema favorito, la boda y los hijos. Nancy ya me estaba susurrando desde la distancia para que me preparase porque solía hacerlo cuando tuvo a Dulce Bebé, presionándola para su segundo nieto y jamás le apoyo para aplazar la boda que ella tuvo tan rápido por la

insistencia de su marido. Ya que ha dejado más café y té sobre la mesa vuelve a retomar el tema.

– Que no se te olvide enseñarle las fotos de Irlanda, Nancy. No me distes todas las copias – suelta Margaret en voz alta sonriéndole a ella y luego a mí.

– Oh suegra, por supuesto.

– Lo digo para que Jocelyn vea lo maravillosa que fue tu boda.

– Margaret, no se te está notando – Nancy estalla en carcajadas.

– Es verdad cariño. Jocelyn tienes que ver la boda más perfecta que hicieron en Irlanda, ambos se casaron en un castillo enorme y la prueba está en que son tan felices como el primer día.

¿Por qué todos me miran a mí y a Margaret? Ella está otra vez comentando lo mismo y se va a encontrar con la misma respuesta. Todo a su tiempo.

– No lo dudo. Estoy deseando ver las fotos, Nancy.

– Tienen un álbum precioso con más de diez mil fotos. A mí no me sacaron ninguna y me pasaron solo fotos al azar. ¡Qué descarados!

– Si no hubieras metido las narices donde nadie te llama, madre – responde Bastian con el ceño fruncido mientras besa a su hija que ríe todo el tiempo.

– ¿Yo? No me culpéis a mí. Quería el recuerdo de boda de mi primer hijo, – frunce el ceño y cambia el gesto en uno más dulce cuando me mira a mí – menos mal que la boda de mi segundo hijo será tan perfecta como la primera.

– Madre, te lo repito otra vez, déjala en paz.

– No te preocupes Sebas, tu madre tiene derecho a ilusionarse con otra boda. La habrá Margaret, pero a largo plazo.

– Esto está siendo realmente divertido – Sebastian se acomoda observando la escena.

– Qué feliz me haces, Jocelyn, mi segundo hijo casado… ¿hasta cuándo el largo plazo?

Todos reímos porque la pobre mujer está emocionada porque se celebre una boda y todos aquí lo sabemos, así que la dejamos que nos lance indirectas hasta que se canse y cambie de tema. El problema es que ahora nadie lo hace porque estamos cansados o agotados después de la barbacoa que aún digerimos en nuestros cuerpos.

Se hace un silencio y me hago la distraída. Nancy ha vuelto a pelearse con Bastian por quién de los dos coge a la niña ya que su marido insiste en que él la quiere para sí solo y mi cuñada acaba cediendo rodando los ojos besando a su hija cómo puede.

Recibo las miradas de Margaret con una sonrisa plantada en la cara, yo hago lo mismo riéndome de verdad junto a ella porque no sé qué espera de mí, si una respuesta o que empecemos el mismo tema interminable que se hace aburrido. Golpeo disimuladamente la pierna de Sebas para que acuda en mi ayuda, pero está concentrado en algún punto del jardín ignorando que está sucediendo aquí entre su madre y yo.

– ¿Qué? – Digo por decir recibiendo a Dulce Bebé que ha vuelto corriendo hacia mí para que la tome en brazos. Ya está saltando sobre mi espalda o… huh… escalándola bastante rápido.

– El plazo, ¿cuándo se acabará el largo plazo?

– Margaret, no presiones – Nancy acude en mi rescate luchando con las cosquillas de su marido.

– No presiono hija, insisto por mi curiosidad. Por si debo de sacar algun traje pronto o dentro de un mes.

– ¿Dentro de un mes? – Respondo intrigada por tal corto plazo.

– Bueno, tú acabas los exámenes pronto y te digo por experiencia que una boda no se tarda tanto en planificar si se trabaja en equipo. La de mi Bastian se hizo en apenas unos días.

– Días que no sirvieron para nada porque se hizo en Irlanda, – vuelve a intervenir Nancy – y todo fue gracias a Bastian que lo planificó en unas horas mientras viajábamos. Ellos se van a casar cuando quieran, ella está

centrada en sus exámenes y acaban de encontrarse. Déjales que disfruten. Antes casas a Sebastian que a Sebas, ah no, perdona, que Sebastian ha dejado tirada a Rachel otra vez.

La última frase la dice con sarcasmo sacando a Sebastian de sus casillas que le lanza un cojín y ella se lo devuelve. Hacen una guerra de cojines cruzados hasta que Dulce Bebé se pone en medio porque quiere jugar y paran tan pronto Bastian les gritan. Sebas acaricia mi mano mientras vuelve de su trance, está preocupado desde que recibió un mensaje en la comida sobre el caso y sé que aquí estamos perdiendo el tiempo cuando él quiere zanjar el tema de los daneses. Menos mal que besa mi cabeza para demostrarme que me ama a pesar de que su mente viaja por momentos hacia su caso, antes hemos estado hablando entre todos lo importante que es y me he sentido mal por no poder ayudarle. Si hubiéramos evitado esta comida, él podría haber adelantado algo a pesar de que es domingo ya que su equipo sí que continúa trabajando e informándole de lo que sucede.

– Jocelyn, ¿me oyes? – Margaret toca mi brazo de nuevo y no me queda más remedio que atenderla a pesar de que quería estar más acurrucada con Sebas. Estoy empezando a comprender a Nancy y sus avisos de lo mucho que presiona mi suegra sobre la boda – porque en Chicago sería perfecta, la catedral es hermosa y podemos contratarla para el fin de semana ya que entre semana sería complicado porque…

– Margaret – digo en voz alta captando las miradas de todos.

– Madre, la próxima vez que la molestes no nos verás ningún domingo más en tu vida – Sebas gruñe a mi lado llamando la atención a su madre mientras todos ríen.

– Hijo, ¡qué carácter!, si yo solo preguntaba.

– Sebas, no te alteres con ella, es encantador que le haga ilusión una boda.

– ¿Veis? Ella me quiere y vosotros no. ¡Vaya hijos he criado! – Ella responde orgullosa abrazándome.

– Pero no habrá boda en Chicago ni en la catedral, y desde luego, no ahora en pleno mes de mayo. Me siento identificada con una tradición ancestral de la que soy partidaria lanzando en el aire lámparas flotantes al

cielo. Antiguamente se usaban para la comunicación pero con el paso de los siglos se tomó esta acción como una ofrenda a los seres que estaban en el cielo para pedir que los deseos se cumplieran. La boda se celebrará por la noche el doce de julio porque es el día en que mis padres murieron y es el regalo que quiero hacerles por haberme mandado a mi ángel guardián desde donde quieran que estén. Nos iremos todos a alguna isla alejados del suburbio ruidoso de la ciudad porque mi madre amaba el mar y quiero que reciban el mensaje de esperanza que deseo entregarles el día más importante de mi vida.

Incluso Dulce Bebé está en silencio después de haber revelado uno de mis secretos mejores guardados. ¿Quién no sueña con el día de su boda? Yo siempre he soñado con la mía y voy a hacerla realidad junto a Sebas. Él ha conocido mi ilusión esta mañana cuando me ha preguntado en severas ocasiones que sea su esposa, y para calmarle justo como he hecho con Margaret, le he contado cómo será el día de nuestra boda aceptando cada una de mis palabras con lágrimas en los ojos.

Bebo de mi taza de té, no me gusta pero no quiero ser descortés el primer día de domingo en familia. Nancy me hace un gesto y luego a su marido cómo si fuera a llorar mientras Sebas besa mi cabeza. Margaret no sabe dónde esconderse.

– Qué bonito, creo que voy a llorar – sigue susurrando Nancy apoyada por el abrazo tierno de su marido.

– Nancy, no empieces que me contagias – dice una Margaret sin palabras.

– Esto me ha puesto cachondo – Sebastian se une mirando hacia mi pecho.

– Shondo – repite Dulce Bebé copiando a su tío.

Esa última palabra hace que Bastian se levante para golpear a su hermano y empiezan de nuevo a pelearse para no variar. Nancy aprovecha para sentarse a mi lado y abrazarme desplazando a Sebas, Margaret hace lo mismo y las tres nos embarcamos en una larga conversación sobre la boda en el que ellas escuchan todos los detalles que tengo pensados y que se harán realidad.

La hora de la cena llega pronto animándonos a disfrutarla en el jardín aprovechando el buen tiempo. Todos estamos muy a gusto hablando de nuestras cosas, y desde hace unas horas, hablando en profundidad sobre el día de la boda. Sebas no se ha separado de mí porque no quiere despegarse, su hermano se ha metido con él porque le llama nenaza pero mi chico lo ignora cuando solo está siendo protector y romántico. Ha cortado algunas flores para mí del jardín y llevo una sobre la oreja que coloco una vez que estamos plantados en la puerta porque somos los primeros en irnos. Sebas quiere hacer una videoconferencia y no quiere que se le haga tarde.

Mi suegra no se cansa de abrazarme, pero con la feliz noticia de la boda, ha cesado en sus presiones porque ya le he dado la fecha y ni siquiera lo tenía planeado. Sebas me ha susurrado todo que ha sido el mejor regalo que podía haberle hecho en un día tan especial como hoy. Luego nos hemos escapado para besarnos en su antigua habitación hasta que Sebastian nos ha interrumpido con sus constantes bromas.

– Mañana te recojo, – planea Margaret – Nancy me llevará y nos iremos las tres a almorzar para ir planeando lo de la boda. Claro que se nos echa el tiempo encima y también tenemos que…

– ¡Nancy no se mueve de casa mañana! – Avisa Bastian enfadado cogiendo a Dulce Bebé en brazos de su abuelo.

– No le hagas caso, – rueda los ojos otra vez Nancy – mañana almorzaremos juntas y cuando termines de estudiar podéis veniros a casa a cenar y así ves nuestro paraíso.

– Me encantaría, Nancy. Siempre y cuando Sebas pueda venir a cenar.

– Sí, a ver si estos capullos dejan de meter la droga en nuestro país – contesta él enfadado acompañado por los gruñidos de sus hermanos y padre.

– Entonces planeado. Mañana día de chicas.

Margaret grita e incluso más de lo normal. En su día me contó que jamás se le pasó por la cabeza que iba a casar a sus hijos, y cuando lo hiciera, nacería otra vez para verlo porque no se lo creería. Se desvive por todo lo que sus hijos están construyendo en pareja y eso es dulce porque yo

no tengo ninguna madre o familiar con el que contar. Ella puede ser abrumadora pero la quiero mucho y ella me está demostrando que también.

– El martes viene Rachel, – ahora es Nancy quien grita en alto para que Sebastian le oiga a pesar de que estamos juntos en la puerta – la llamaré y quedaremos este fin de semana con las chicas. Lo siento Margaret, no es apto para suegras.

– Este fin de semana he quedado con tu madre, no me iba a meter.

– Por si acaso, – ambas se ríen – así que no hagas planes porque saldremos a criticar a Sebastian y ese es mi nuevo hobbie favorito. ¿Vale?

– Huh… claro, ¿por qué no?

– Eh, tenía esperanzas en que no te convirtieras en una perra como Rachel – Sebastian lo dice en alto y Nancy se da la media vuelta lanzándole un zapato que se quita con agilidad.

– No llames perra a mi amiga, idiota.

– ¡NO LE VAYAS A LANZAR NADA A MI ESPOSA! – Grita Bastian alejándose en busca de ellos porque Nancy se ha lanzado hacia Sebastian para pegarle.

Sebas besa mi sien con su mano sobre mi hombro, estamos frente a sus padres que nos sonríen con dedicación.

– ¡Qué feliz soy! – Margaret se apoya sobre el torso de su marido que no gesticula mientras oímos los gruñidos de detrás por la que se está formando.

– Padre, madre, ahora que todo está controlado ahí atrás queríamos deciros…

– ¿VOY A SER ABUELA OTRA VEZ?

Se hace otro silencio y niego con la cabeza, Sebas también lo hace y pronto aparecen todos a nuestro alrededor.

– ¿Voy a tener un sobrinito o sobrinita? No tengo hermanos y yo quiero uno – Nancy se acerca emocionada.

– Huh… no, no hay niños.

– Madre, deja de ser tan dramática, – le replica mi novio – quería deciros a todos que Jocelyn y yo vamos a construir nuestra casa en Down Village.

– ¿Ahí al lado?

– Sí Margaret, justo a un par de kilómetros al sur. Así estaremos más cerca de vosotros.

Quisiera haberme explicado más pero Margaret se ha puesto a llorar emocionada bajo las risas de todos. Me ha vuelto a abrazar y ya oigo a lo lejos como Bastian habla con Sebas porque el terreno le pertenece a su hermano mayor.

Nos despedimos de todos comiéndonos a besos a la pequeña Dulce Bebé que se quería venir con nosotros y pronto volvemos a casa. Sebas tiene que atender lo que ha dejado a medias.

– Joce, ¿me creerías si te dijera que hoy ha sido uno de los mejores días de mi vida?

– Esperaba oírte decir eso en muchas ocasiones más.

– Pero esas ocasiones aún no han llegado. Te quiero, Jocelyn Harden, ¿lo sabes no es cierto?

– Lo sé, – salto medio coche para plantarle un beso mientras él sortea el tráfico – te quiero tanto Sebas. Siento que tengamos que volver para la videoconferencia, me hubiera gustado haberme quedado hasta bien entrada la noche.

– ¿Videoconferencia? Eso ha sido una excusa para que regresemos a casa y hacer el amor.

– ¿Qué? ¿En serio?

– Ya lo verás cuando aparque el coche y te lleve en brazos hacia la cama. Necesitarás una silla de ruedas una vez que te despiertes y sientas que no puedes andar.

Me deja con la boca abierta y él no muestra ninguna señal de que bromea ya que es el hombre sin sonrisa. Sin embargo, le doy un pequeño adelanto sobre la genial idea de su decisión besándole por el cuello y dejando caer mi mano a su entrepierna. Hoy me siento renovada por completo y puedo saborear la felicidad.

CAPÍTULO DEICISÉIS

Las palmas de mis manos se resbalan sobre las baldosas de la ducha por los fuertes impactos de Sebas dentro de mí. Con los ojos cerrados saboreo el agua que cae a chorros del grifo recibiendo las embestidas de mi novio que ruge a pleno pulmón. Las yemas de sus dedos acarician mi cuerpo uniéndose en un tierno abrazo en el que me ahogo por la presión constante que ejerce sobre este. Entrecierro la boca ahuyentando el orgasmo que me corroe por las venas y así disfrutar más de la ventaja de estar inmóvil mientras mi chico me penetra desde atrás. Siento la barbilla de Sebas apoyada sobre uno de mis hombros, susurrándome cuanto me ama y que no podría vivir una vida sin mí, y yo, ante esto, me dejo volar en la ducha para demostrarle que el sentimiento es mutuo.

Sus dientes muerden mi hombro y no puedo evitar dar un grito agudo que se convierte en otro más grave por el placer que me deja el rastro de su mordedura. Las paredes de mi sexo se contraen una vez que ralentiza las embestidas en otras suaves con la única finalidad de prolongar el orgasmo que nos hace tan felices. En cuanto las manos de Sebas dejan de apretar mi cintura, mi pecho y allá dónde se posan sin cesar, consigue girarme para que estemos cara a cara perdiéndome en él, en mi malditamente Sebas.

Le conozco desde que era una adolescente y todavía no encuentro la explicación exacta para amarle tanto como lo hice, lo hago y lo haré. El ceño fruncido mientras me mira a los ojos buscando las palabras exactas que decirme me incitan a guiarle por esta tortura que yo misma inicié. Muerdo mi labio inferior abriéndome de piernas para enseñarle que esta vez no acabaremos en la cama mojados como anoche. Las facciones de su cara son rudas, fuertes, insensibles a primera vista y dominantes en cuanto empieza a pronunciar palabras que dejan de tener sentido para ti porque es inevitable no perderte en él. Su boca está arrugada en una tierna línea que me avisa de que su felicidad no está consumiéndole porque no hago ningún movimiento para incitarle a que continúe, por alguna razón, mi Sebas está enfadado. Le amo.

No le martirizo y lo atraigo mucho más a mí para que su erección choque con mi sexo ya que mis piernas están abiertas necesitándole tanto como hace unas horas. A mi Sebas le cambia la cara en una más amable y sociable, dejando a un lado su cuerpo en tensión para cogerme en brazos estrellándome contra las baldosas de la pared dónde me deslizo con facilidad. Él ruge y yo grito por el impacto. Mis piernas rodean su cintura y no se piensa dos veces en penetrarme con astucia mientras yo rodeo su cuello con mis manos. Sebas puede conmigo en brazos y me lo ha demostrado en muchas ocasiones desde que he vuelto, pero si hay algo que me enloquece es que tome el poder en la ducha cuando estamos practicando el sexo, o como mi chico dice, hacer el amor.

Logra que mis brazos se apoyen sobre la pared con sus manos sobre las mías presionándolas fuertemente. El agua que salpica provoca que patine a su merced cuando me penetra fuerte, con decisión y necesidad. Sebas besa mis labios cuando tenemos nuestros brazos en alto, mis piernas le atraen más contra mí y solo nos separan mis enormes pechos que están atrapados entre su cuerpo y el mío. Escuchar gemir a Sebas es una de las más bellas melodías que existen en este mundo, en el real, en el suyo y en el mío, en el que ahora vivimos y en este del que no quiero huir porque él lo ha hecho todo posible. Mis gemidos se convierten en pequeños aullidos de descontrol sobre el orgasmo que recorre mi cuerpo. Él no se imagina lo que me hace descubrir en el sexo y yo no puedo aguantar más la sensación de

tenerle dentro de mí porque siento que voy a explotar en un empuje que le hará alejarse de mí.

– Sebas… me… no… no puedo…

Me gruñe sin razón alguna porque lo estamos haciendo cada dos o tres horas desde que nos hemos desvelado. El calor te hace dormir menos por los nervios, las emociones y el amor, que al mezclarse somos dos cuerpos que se atraen sin cesar.

Sebas me embiste más rápido haciendo que el viaje se haga corto. Suelta nuestras manos agarrándose de mi cintura y elevándome más arriba para embestirme a su placer. Mientras, yo me abrazo a su espalda que araño con ternura aguantando este momento lleno de orgasmos que solo él es capaz de estimular. Se mueve con tanta rapidez y energía que reboto sobre la pared, arañándole ahora con más fervor de la que quería porque siento el orgasmo salir de mi sexo tan pronto su líquido se desploma por sus piernas. Su gemido, su último grito me alerta que se ha encontrado conmigo en nuestro sueño hecho realidad. Me ha confesado que es tan feliz como yo y que jamás me dejará escapar ahora que flotamos en el aire como dos luces yéndose al cielo.

El tiempo deja de pasar para los dos. Hacemos otra pausa en nuestra ajetreada mañana, que deriva de la madrugada y que culmina con el día de ayer en el que no paramos de hacer el amor una vez que pusimos los pies dentro de casa. El conocer a su familia, la felicidad de mi novio y todos los sentimientos mezclados después de pasar uno de los mejores días de nuestra vida, nos motivó a demostrarnos con más alevosía la necesidad continua que precisamos el uno del otro.

Apoyo mi cabeza en la pared con la boca abierta, buscando el equilibrio de mi respiración y mis pulmones antes de asfixiarme o ahogarme nuevamente debajo del agua. La cabeza de Sebas se esconde en mi cuello, lleva unos minutos lamiéndome como si fuera un tierno gatito y me hace cosquillas, por eso, acaricio su cabeza, beso su frente y lo aparto delicadamente de su nuevo escondite.

– Eh, no te he dado permiso para que… – le hago callar besándole en los labios, un suave beso que recibe con alegría aunque siga sin sonreírme –

si deseabas besarme solo tenías que haberlo…

Lo hago otra vez y así evito el que me hable. Después del día de ayer su actitud conmigo es tan protectora que es incluso agobiante aunque a mí me tiene loca. Hablamos, hicimos el amor y por supuesto, me explicó en primera persona cómo iba a ser mi vida a partir de ahora. Son más de las ocho de la mañana y el motivo de este silencio en casa, es que Sebas desconectó los móviles en un momento de la madrugada porque quería que nuestro amanecer fuera perfecto, y así ha sido. Nos hemos despertado, hemos jugado un buen rato hasta que el calor ha podido con nosotros y en la ducha hemos acabado lo que tantas veces hemos hecho en estas últimas horas. Ambos sabemos que este silencio infernal se acabará una vez que salgamos del baño porque así lo hemos decidido, sin embargo, mi chico no quiere enfrentarse a un día de trabajo en el que no dispondrá de tiempo suficiente sino es para el caso en el que está envuelto.

Creía que ser el Fiscal del Senado y del Ministerio tendría sus privilegios, pero dado que Sebas es todo un caballero honorario de la ciudad y del Estado él se desvive por y para hacer el bien ya que es conocido por su labor con todos los ciudadanos. Esto me honra tanto que esbozo una sonrisa llevando mi cara debajo del chorro que me empapa de agua templada.

– Estoy tan contenta por ti.

– Me he perdido, reina – sigo empotrada contra la pared y él dentro de mí – ¿a qué te refieres?

– A qué trabajes en algo que hace un bien a la sociedad.

– Después te quejas de que frunzo el ceño a todas horas, me das motivos para ello.

– Estaba intentando decirte que estoy orgullosa de ti.

Y con esto, cierro la conversación larga que pretendía tener con él porque me vuelve loca en todos los sentidos y mi cambio es la prueba de ello. En estas semanas que he estado aquí he viajado por tantas emociones llenas de altibajos que lo único que siempre he tenido claro ha sido mi amor infinito por este hombre que está gimoteando por acoplarse más rato en esta posición.

Muerdo mi labio imitándole mientras frunzo el ceño y consiguiendo finalmente que se libere de mi interior para ponernos en marcha en nuestro primer día como pareja más oficial que nunca. Me siento feliz, radiante, brillante y llena de energía positiva que pienso mantener junto a mí para siempre. Hoy no voy a comer, no voy a desmoronarme en la soledad o tristeza y tampoco voy a darle tiempo a mis malos recuerdos que tanto se cuelan dentro de mi mente. Hoy no, hoy seré una persona nueva y ya era hora de sentirme así porque vivir en este mundo real fuera de la burbuja es incluso mejor. Y más si sigo teniendo a mi lado al mismo Sebas con el que siempre he soñado.

Nos duchamos mutuamente pasando las esponjas por nuestros cuerpos. Los otros días vi en una tienda un conjunto de artilugios para el baño y a Sebas le encantó porque se diferencia el del hombre y la mujer.

El momento de la ropa es una molestia para ambos porque él insiste en vestirme como una monja y yo insisto en que me siento tan bien conmigo misma que quiero exhibir mi cuerpo de la mejor manera posible. Ha rechazado dos vestidos que me compré en Montana porque no quiere que enseñe mis piernas y tampoco su protegido escote. Ahora está rebuscando dentro del armario la ropa que él mismo mandó a traer de Galerías Trumper, un esfuerzo innecesario que acabará de mal humor como no logre dar con algo que le agrada.

– Pienso construirme yo unas galerías para meter ropa decente dentro de las putas tiendas porque es denigrante tener aquí mierdas como está. ¡Maldita sea!

– Sebas – replico por decir algo sentada en el filo de la cama, él me responde alzando la mano para que no hable más. Es tan mono.

– Podrías quedarte aquí en casa de todas formas, así me esperarías y no tendríamos ningún problema con tu indumentaria.

Se da la media vuelta confiado en que eso pasará. Me mira imponiéndomelo con el ceño fruncido mientras se convence de la decisión acertada con la que se ha topado. Sería un plan perfecto. Estar en casa todo el día. Encerrada. Sin hacer nada. Estudiando. Agobiada. Aburrida.

Hablando con las paredes. Sí, suena como un plan ideal para la vieja Jocelyn. Esta nueva mujer va a ser una mujer diez por y para Sebas.

– ¿Por qué no encerrarme como hace Bastian con Nancy?, ¿no crees?

– Buena idea.

– Podría estar todo el día en casa encerrada y estudiando, y tal vez solo salir para… huh… hacer el examen. Porque tendré que hacer el examen en la universidad, ¿no es así?

– Todo es cuestión de arreglarlo. Ya sabes que el decano es mi amigo y conozco a todos los profesores de leyes y…

– ¡Sebas! Estaba bromeando, – me levanto ajustando la toalla sobre mi cuerpo – deja que mi ropa me la escoja yo. Lo llevo haciendo desde que era una niña y nunca he tenido ningún problema.

– Tú ropa no me gusta. ¿Ves porque entiendo a mi hermano Bastian? Cada día lo tengo más claro.

– Cariño, que enseñe partes de mi cuerpo no te convierte en un ser tan obstinado como tu hermano. Tú eres dulce, permisivo y comprensible porque siempre aceptas mi opinión. Por favor, termina de ponerte la ropa que yo me visto sola. ¿De acuerdo? – Se aleja entrecerrando sus ojos.

– Eso es algo que hacéis las mujeres, ¿a esto se refieren con la hipnotización?

– Yo no te hipnotizo, yo te estoy aconsejando que como no te muevas del armario no tendrás tiempo para venir a la consulta si es que todavía lo deseas.

– ¡Por supuesto! Ya sabes que quiero retar de hombre a hombre a ese Gallaham.

– Huh… tú le conoces – le paso para mirar dentro del armario.

– Pero no cómo es contigo. Además, quiero que me cuente cuál es el secreto de tú inmejorable cambio.

Levanto la cabeza mirando a la oscuridad que hay aquí dentro e inclusive con ganas de huir de ella. Giro mi cara y me encuentro con un Sebas realmente consternado por sus palabras. Le sonrío haciendo que se

relaje mientras se abrocha el cinturón esperando a una respuesta mía. Pero no lo haré. Patrick le demostrará que he cambiado porque la única razón ha sido él y pronto lo descubrirá.

Ayer por la noche llamó a mi psicólogo para concertar la cita a primera hora de la mañana. No sé cómo se las apañaron pero Patrick ha cancelado otras para atendernos solo a nosotros, yo tenía hora con él a las once y cuarto. La acción de Sebas por ser un novio mejor y después de cancelar la última visita ya programada, me ha servido para darme cuenta que él también lo intenta luchando con su propia presión ya que hoy mismo me ha dicho que esta semana se centrará en el caso. Esto me llena de orgullo pero también me entristece. Desde que he dejado salir del escondite a la nueva Jocelyn lo único que me queda es apoyarle tanto como lo ha hecho siempre él conmigo.

Una vez que me gruñe por nuestro desencuentro con la ropa, me ve ir de un lado a otro para terminar de arreglarme. Sebas empieza a contar desde cinco hasta cero y por fin enciende sus móviles. El mío lo tengo en silencio y yo ni siquiera tengo interés en nadie más que en pasar el máximo tiempo posible con mi chico. Odio las distracciones de este siglo con los aparatos que te alejan de todo.

– No seas tan malo, tal vez aún no se hayan despertado.

– Un minuto, Joce, un miserable minuto y estos dos trastos empezarán a sonar.

Sonrío en el espejo intentando maquillarme para que Sebas me vea perfecta. Ya que no puedo darle un cuerpo diez al menos verá un rostro que se ajuste a su belleza, una guarnición para completar su inmensa hermosura. Él está enfadado, se cruza de brazos y niega con la cabeza, apoyarse de esa forma en el marco de la puerta debería ser delito.

– ¿Qué? Solo es una falda y una camiseta.

– La falda es corta.

– La falda no lo es, me esconde el calzado.

– Lo es – zanja.

– Eso es ser obsesivo con algo que no se adapta a la realidad. Patrick suele decirme que debemos de mirarnos a nosotros mismos antes de juzgar a los demás.

– Primero. Patrick me va a tocar el huevo izquierdo y luego el derecho. Y segundo, yo no te estoy juzgando, te digo lo que veo.

– ¿Ah sí, y que ves?

– Que mi mujer se está comportando como una libertina, – abro la boca impresionada – tu camiseta se ajusta a tu cuerpo y ni siquiera has tenido la decencia de ponerte un sujetador en condiciones. Con ese que llevas se te juntas las tetas y vas malditamente invitando a todo el mundo para que te vea.

– ¿Qué más? – No quiero ignorarle, pero tampoco me centro en lo que dice.

– Tu falda, es larga, sí, pero eso incita a los hombres.

– ¡Sebas! Eso… no… huh, dejémoslo.

– Es cierto, reina, mírate. Vas echa toda una mujerzuela provocadora. Los hombres pensarán que debajo de esa ropa hay algo que les gustaría ver y, ¡ni en sus mejores sueños! Y te estás maquillando, Jocelyn, odio que te maquilles. Eres tremendamente hermosa, superas mi perfección absoluta cuando vas con tu cara lavada porque en tu riqueza al natural está lo que te hace única.

Ruedo los ojos sin que me vea haciéndole caso mientras me quito el maquillaje. De todas formas, yo tampoco soy esta que quiere fingir ser una mujer diez para un hombre que las prefiere sencillas. Deja de hablar porque ha salido del baño para gritar a su equipo del bufete que no han parado de trabajar en todo el fin de semana. Él está confirmándoles su asistencia esta mañana pero también tiene obligaciones con algún acto público que intentará cancelar.

Y así empieza mi vida junto a Sebas. Ya me lo advirtió Nancy, paciencia, firme y sonriente porque así es como se gana a un Trumper.

Me hago un pequeño repaso frente al espejo, ya me cuesta menos pero aún no pongo mis ojos en mis partes más gruesas porque no me gusta

lo que veo. La camiseta es perfecta para la falda porque al ser blanca me dará el frescor que necesitaré durante este día caluroso. La falda es enorme como me gusta a mí y me tapan las viejas sandalias con las que ando a gusto. Mi pelo está recogido arriba dejando al aire algunos de los rizos que le gustan tanto a Sebas, y por último mi gran descubrimiento desde que me miro al espejo, si llevo la cara lavada gano mucho más que si me maquillo. Si lo hacía antes era por Sebas, para que me viera hermosa, pero dado que a mi chico no le gusto con maquillaje seguiré en mi estilo de no dar ni un centavo por disfrazarme de cuello para arriba cuando él me prefiere al natural. Sonrío acordándome de Patrick y con los ojos en órbita porque quería haberle avisado de que no indagáramos tanto en mi relación con Sebas. Sé que le he pedido muchas veces que me acompañara y también Patrick quería conocerle mucho mejor para entenderme. Ahora que se va a cumplir ese deseo, no quiero que nada salga mal ni que Sebas comente ninguna tontería por los celos. Todavía pienso que ningún hombre se fija en mí, ningún ser humano que no sea él, pero sigue sin comprender que soy invisible para la sociedad.

Salgo del baño encontrándome con un Sebas tecleando el móvil como si se le fuera la vida en ello. La arruguita que se le hace en el entrecejo y sus labios en una línea concentrado en lo que hace, me hace sentir que cada vez estoy más enamorada de cada poro de su piel. Niego con la cabeza sonriendo mientras pongo nuestros cafés sobre la mesa baja que hay frente al sofá, arrastro el mío y me siento junto a él.

– ¿Cómo vas?

– Si te preguntan mi madre o Nancy, tú no sabes nada.

– ¿Qué?

– Les he mandado a la mierda, así, como me estás oyendo, Joce.

– Sebas, ¿por qué has hecho eso?

– Son muy pesadas, sobretodo mi madre. Me ha escrito, llamado y enfadado tanto que la he mandado bien lejos, dice que intento separarte de ella y que por encima de su cadáver – quiero reírme pero tampoco quiero hacerlo delante de él, así que me limito a beber un sorbo de mi taza – la

muy lista piensa que puede conmigo, lo hará con su hijo favorito pero no conmigo.

– Cariño, no es por entrometerme, pero tú eres su hijo favorito.

– Todos sabemos que es Bastian. Le tiene en un pedestal.

– Eres tú, Sebas. Tú eres atento a tu madre, tan gentil y cariñoso que una madre necesitará eso, supongo, nunca lo sabré.

Bebo de mi taza otra vez para evitar los temas madres e hijos. Sebas se da cuenta y suelta el móvil acercándose más a mí. Besa mis labios abrazándome fuerte que casi se derrama el líquido sobre mí.

– Dices esas cosas porque me amas, yo no soy su favorito. Pero si te pregunta, tú no sabes nada.

El móvil empieza a sonar y los dos vemos que en la pantalla pone ‘madre pesada 2’, Sebas me mira ignorando la llamada para mirarme a los ojos y besarme otra vez.

– Sebas, ¿por qué ese nombre?

– Ella es muy inteligente, tiene más de un número secreto que Sebastian le proporcionó para acosarme de este modo. Cuando no respondo a uno, se va al otro número y se piensa que no lo sé. Entonces volverá a llamarme con el número de siempre.

Esperamos unos segundos y al cortase la llamada, vuelve a sonar reflejando en la pantalla ‘madre’. Me hace gracia la Señora Trumper, dejo la taza sobre la mesa esquivando la fuerza de Sebas que me lo impide pero me acabo alzando con el móvil que descuelgo rápidamente.

– ¡SEBAS TRUMPER, VOY A PARTIRTE EL TRASERO, COMPRATE UN MAPA Y ENCARGATE DE PERDERTE PORQUE TE VAS A ENTERAR!

Margaret grita tan fuerte que Sebas no ha tenido ni que acercarse al aparato que sujeto contra mí oreja.

– Huh… soy Jocelyn.

– ¿Jocelyn, eres tú?

– Aham, soy yo.

– Gracias a Dios y a todos los santos.

– ¿Amen? – Respondo divertida.

– ¡Mi hijo es un maleducado sin cerebro! Voy a patearle el trasero tanto que va a tener que dormir bocabajo por el resto del año.

– Margaret, cariño, si duerme bocabajo por el resto del año no se encontrará bien para el día de nuestra boda – la tengo en el bote tal y como predecía porque el silencio al otro lado de la línea se hace inminente – cuando nos ayudes a preparar la boda por la que tanto hemos luchado como pareja, tu hijo necesitará estar presentable para la ocasión.

– Juego sucio – mi chico mueve los labios desde la cocina.

– Así que vamos a tomarnos las cosas con calma porque le acabo de decir a tu hijo que no debe de ser tan cruel contigo. Yo te quiero Margaret y deseo que nos veamos pronto, pero tenemos una cita muy importante con el psicólogo y Sebas ha hecho un hueco en su ajetreada agenda para estar conmigo. Te prometo que cuando salgamos te llamo, podemos pasar el resto de la mañana juntas y almorzar con Nancy. Después tendré que dedicarle tiempo a estudiar y Sebas estará realmente ocupado.

Hago una mueca en el aire, Sebas está afuera mirando no sé qué del motor.

– ¿Ves Sebastian? Ella me quiere, mis nueras me quieren y tus hijos no – ¿oigo un gruñido Trumper a lo lejos?

– Entonces, ¿te llamo más tarde?

– Ahora sí hija, lo entiendo. ¿Tanto le costaba a mi hijo explicarme las cosas? Se pensará que estoy poseída porque quiero acapararte, pero es que mis hijos me dejan abandonada, me separan de mis nueras, de mis nietas y se olvidan de mí – pobre, está lloriqueando.

– Margaret, tus hijos son hombres educados de los pies a la cabeza que tienen vidas muy ajetreadas, no por eso te separan de su lado. Bastian y Nancy te dejan ver a las niñas y Sebas no me separará de ti, vamos a ser casi vecinas.

– No, os vais muy lejos. Le he dicho a mi hijo que me lo busque en internet y casi estáis a cinco kilómetros de casa.

– Eso es exageración.

– ¡PORQUE ES UNA EXAGERADA!

– ¡SEBAS! – Grita su madre – ¡dile que se ponga! Este insensato va a enterarse de quién soy yo.

– Huh… nos tenemos que ir. Cuento las horas por vernos, te llamo luego.

– ¿Me estás colgando?, ¿tú también me abandonas?

– Llegamos tarde a la cita, lo siento.

– Ah, es verdad ya se me olvidaba.

– ¡Si dejaras de molestar a primera hora de la mañana! – Susurra Sebas sentándose en el sofá.

– ¡LO HE OÍDO!

Sebas apaga la llamada una vez que me ha quitado el móvil de la oreja. Esta conversación me divierte porque no recordaba a su madre tan divertida. Supongo que como antes solo estaba yo se encargaba de acosarme personalmente por el móvil, pero ahora que la familia ha aumentado se divide sus preocupaciones y tiene miedo a ser un estorbo en la vida nueva que tienen sus hijos.

– ¿Te das cuenta de lo que sufro a diario?, ¿a todas horas?, ¿a cada maldito minuto? Ella está obsesionada conmigo.

– Ponte en su lugar, ella nos quiere juntos.

– Hasta se instaló en una habitación en el paraíso Trumper sin pedir permiso y le tuvieron que echar por las buenas. Le dijeron que cuando hiciera de canguro era mejor en su casa para que también disfrutara mi padre de las niñas. Ella accedió y también se molestó porque quiere estar en medio todo el tiempo. Es pesada.

– Es esposa, madre y abuela, quiere el bienestar para su familia.

– Su familia no la queremos todo el día dirigiéndonos como si fuésemos un ejército. ¿Ahora te pones de su parte? Vaya, a ver si es verdad que la vas a escoger por encima de mí.

– Ni en tus mejores sueños Sebas Trumper, tú, solo tú serás el beneficiario de todo mi tiempo.

– Me gusta cómo suena eso – nuestros labios se juntan pero suena el teléfono familiar de nuevo, esta vez leemos en la pantalla el nombre de Nancy – la que faltaba.

– Con ella no, Sebas.

Gruñe sentándose a un lado mirando el reloj, vamos mal de tiempo pero no nos importa, sé que una vez me separe de Sebas no lo veré en días y eso es una molestia bastante grande que quiero retrasar.

Puedo manejar a Margaret pero Nancy es mi amiga de verdad y no quiero perderla por nada del mundo. Siento que debo de explicarme y quiero hacerlo pronto, le debo la vida desde que el sábado se presentó aquí porque le importaba. La quiero y ella también lo hace por cómo se comporta a mi lado. Es muy lindo que apostara por mi relación con Sebas a ciegas sin haberme conocido y jamás podré devolverle todo el cariño que he recibido de ella.

– Dime Nancy, – el gruñido me advierte que no es ella – ¿Bastian?

– ¿Y el gilipollas de mi hermano?

– ¡PASO DE TI! – Se levanta Sebas yéndose a la calle con el maletín en la mano.

– Huh… ¿qué ocurre?

– Dile a mi hermano de una sola neurona, que como moleste más a mi esposa voy a retomar el campeonato mundial en su ¡PUTA CARA!

– Bastian, no grites, ¿es Jocelyn?

– Atrás Nancy. ¿Me has oído? Qué se guarde los putos mensajitos de las narices por los huevos porque ha conseguido que Nancy no vaya a ningún lado contigo. Es un…

– ¡Bastian!

– Déjame Nancy, vuelve a dormir y a producir leche en tus tetas, – la risa fuerte de ella me contagia – ¿me has entendido?

– Huh… al cien por cien. Bastian, muchas gracias por tomarte la amabilidad de llamarle para defender a tu esposa. Tu hermano está un tanto nervioso por la presión que nos rodea desde que hemos vuelto, los cambios, la felicidad y la constante coacción dirigida por tu madre le provoca malestar. Probablemente le haya mandado algun que otro mensaje a las dos mientras estaba en el baño.

– ¡ASÍ SE HABLA, JOCELYN! – Grita Nancy.

– ¡Qué vuelvas a la cama Nancy, aún no he acabado contigo! ¡Y no grites, que las niñas están durmiendo!

– Cascarrabias – le replica y él le gruñe.

– Si sigues hablando así ganarás muchos juicios si llega el día en el que mi hermano ose a dejarte salir a la calle, porque tu audacia con tu vestimenta y esa provocación constante te hará una mujer libertina. Pero eso es una conversación que tendré con mi hermano, le convenceré de que tu indiscreción en la vida te hará ser una fresca e intolerable.

– ¡Bastian, se acabó, dame mi teléfono!

– ¡NO!

– ¡BASTIAN!

– ¡NO! – Una de las niñas llora y Bastian susurra que su hija le necesita – ¡en cuanto se duerma la niña te meterás en la cama y no saldrás de ella!

– Bla, bla y bla, – susurra Nancy – ¿sigues ahí?

– Huh, sí. Acabo de explicarle el porqué de los mensajes pero se ha puesto como un energúmeno.

– Él es así, mi neandertal no tiene cura. Es muy listo, no sé cómo ha hecho para hacerse con mi móvil usando el suyo. Cuando estaba dándole el pecho al bebé ha leído los mensajes de Sebas y se ha ido refunfuñando.

– Lo… lo siento, de verás.

– No cielo, no tienes que decir lo siento. Ya sé por qué vivimos en este paraíso, después de haberse dado unas vueltas maldiciendo a tu hombre ha vuelto un poco más calmado. No lo has visto en su salsa aún.

– Es Margaret, Sebas está un poco nervioso hoy y se ha enfadado con ella porque me quiere acaparar. También el caso lo tiene abstraído y preocupado porque no estaremos juntos como nos gustaría Se le ha complicado todo, ¿qué ponía en los mensajes?, ¿textos graves?

– Oh, le entiendo, ahora me tocará lograr que Bastian también lo haga. Los mensajes son cómo nos mandamos a diario, yo solo le he preguntado que te haga el desayuno y me ha mandado a la mierda. No es nuevo porque Sebas suele mandarnos a la mierda a diario, pero el problema es que Bastian se entera y luego le llama encarándose con él. Parecen niños

– Sí, creo que esa es la conclusión definitiva de los hermanos.

– Tenemos que tener mucho tacto y paciencia. Y por Margaret no te preocupes, es muy dócil en ese aspecto, una vez que te pones seria comprende que hay que tener un momento para todo. Dale tiempo.

– Eso es lo que le decía a Sebas ayer, que el tiempo nos calmará a todos ahora que estamos adaptándonos.

– Tú lo has dicho, llevo dos años casada con Bastian y parece que soy nueva. Mis cuñados siempre metiéndose conmigo, Sebastian desnudándose allá donde va y Margaret que se piensa que vamos a desaparecer de la noche a la mañana por arte de magia. Por eso quisiera que conocieras a mi madre, ella es más sensata y puedes contar con su apoyo también.

– Estoy deseándolo Nancy, de corazón. Sebas está dentro del coche pitándome, le he dicho a Margaret que almorzamos juntas, ¿podrás?

– ¿Qué si puedo? Todavía Bastian se cree que tiene poder sobre mí, aunque…

– ¿Sí?

– Seguramente él venga con nosotras junto con las dos niñas. Estoy pensando que el almuerzo suegra-nueras se ha chafado por completo.

– Ya haremos otro. Margaret encontrará la manera de que eso suceda.

– ¡JOCELYN!

– Voy Sebas, – grito a mi novio – tengo que dejarte Nancy, luego te llamo y quedamos.

– Vale, estaremos por el centro de todas formas.

Me reúno con mi novio tan pronto cuelgo la llamada, su ceño está fruncido y conduce absorto en sus pensamientos mientras yo decido no hablar en todo el trayecto para que se calme. Dejo a un lado nuestro caos familiar que se ha originado después de haber pasado juntos un tiempo maravilloso y me acomodo sobre su brazo que me recibe con cariño.

Llegamos a la avenida repleta de obras. Sebas ha aparcado justo en la línea dónde no debería haberlo hecho. En cuánto se ha bajado del coche, los encargados de dirigir el tráfico han girado la cara al ver que era un Trumper el que les ha devuelto el mal gesto. Los dos nos encontramos dentro del ascensor subiendo a la consulta de Patrick que nos está esperando. No puedo evitar estar nerviosa por lo que pueda suceder dentro ya que Sebas se siente un poco celoso últimamente, o tal vez, desde que he vuelto piensa que voy a abandonarle y tiene miedo. Se me pasan muchas cosas por la mente mientras mi novio se reajusta la corbata que se refleja en las puertas que estamos mirando. Su traje no es de su talla y le queda tan ajustado que está hecho para dejarme sobre mis rodillas como a él le gusta. Sonrío enseñando mis dientes cuando Sebas me mira extrañado

– ¿De qué te ríes? – Me pregunta muy serio – ¿es por ese Patrick? Si no quieres que entre me lo dices.

– Sebas, no seas así. Estaba pensando en lo sexy que luces con tu traje de dos tallas menos.

Se evalúa de arriba abajo mostrando otro gesto más amable, agarra tan fuerte mi mano hasta el punto de hacerme daño. Sé que le preocupa la visita con Patrick. Yo le he estado tranquilizando sobre el tema y su profesionalidad, él me ha abierto puertas que tenía cerradas entre otras cosas pero Sebas siempre será la razón de mi cambio. Sin su apoyo no soy nadie. Desde que le he hablado sobre lo bien que me he sentido hablando con Patrick, se le ha cruzado el cable y ahora piensa que está enamorado de

mí, que me quiere para él solo y una infinidad de frases que me soltó anoche mientras le sonreía por lo dulce que se pone cuando está celoso.

Evito seguir sonriendo y beso su brazo, eso le tranquiliza porque suspira profundamente saliendo del ascensor una vez que las puertas se abren. Cruzamos los ventanales de cristal para plantarnos delante de una secretaria bastante somnolienta a estas horas de la mañana, se huele a café y no se ha dado cuenta que la voz ronca de Sebas está diciéndole que el Doctor Gallaham nos espera.

– Señora, ¿está en este maldito planeta o no?

– ¿Disculpe? – Levanta la cabeza dejando de remover el café y rápidamente abre los ojos colocando bien los papeles que tiene sobre la mesa.

– Sebas, quiero decir, Señor Trumper.

– No la aguanto.

Mi novio me suelta la mano dándonos la espalda mientras se aleja comprobando su móvil. En otra ocasión me hubiera quedado muda por mi timidez al hablar, pero desde que construí a una nueva Jocelyn mi sonrisa no desaparece de mi cara.

– El Señor Gallaham nos espera, tenemos cita a primera hora de la mañana.

– Sí, sí, adelante. Él ya ha llegado – ella babea por Sebas.

– Es mi novio, Sebas Trumper es mi novio.

Yo también le doy la espalda con mi cabeza en alto. He tenido el valor de reclamar lo que es mío aunque solo fuera con un comentario.

Golpeo débilmente la puerta del despacho de Patrick, Sebas se da media vuelta y me frunce el ceño por no haberle avisado. Lo he hecho pero él estaba concentrado con su móvil. Tras darnos paso, soy recibida por un Patrick que se levanta sonriente y que le cambia el gesto al darse cuenta que Sebas llega hasta mí marcando territorio.

– Jocelyn, Señor Trumper.

– Doctor Gallaham – Sebas le responde con voz grave.

– Siéntense, por favor. Hay café caliente, ¿os gustaría una taza?

– Yo no Patrick, gracias.

– Yo tampoco, Doctor Gallaham.

Sebas me regaña con la mirada ya que no debo de tomarme confianza con mi psicólogo, que según él, ya no es necesario que venga a verle desde que me he dado cuenta que soy feliz. Me acuerdo de todo lo que me ha dicho Sebas y me da por reír, hoy no hay nadie que me fastidie el comienzo de mi nueva vida junto a él porque lo amo y también amo que sea así conmigo, tan protector y niño al mismo tiempo.

Cuando tomamos asiento, Patrick comienza con las presentaciones de cordialidad pero pronto Sebas le corta en seco para decirle que tiene prisa y que se guarde la amabilidad con nosotros.

– Bueno, Señor Trumper, ¿a qué ha venido?

– No sé, dímelo tú. Tanto interés en verme.

– Sebas – le doy un toque de atención con la mano sobre su cuerpo y él me mira enfadado – Patrick, ¿por qué no le hablas sobre mi evolución para que se quede tranquilo? Quiero que le ratifiques mi recuperación y cuáles han sido mis motivaciones.

Patrick me dedica un gesto amable en frente de un Sebas bastante irritable. Esto no saldrá bien si no le pongo remedio pronto.

– Señor Trumper, Jocelyn ha…

– Para usted, Señorita Harden.

– No me tomo las formalidades con mis pacientes. Trato de que se sientan libres y cómodos para que compartan sus sentimientos.

– He dicho que para ti Señorita Harden.

– La Señorita Harden ha tenido una evolución más que satisfactoria consigo misma por…

– Lo sé, ella me lo cuenta todo.

– ¡Sebas, por favor! – Le regaño otra vez – prosiga Doctor Gallaham.

– Como decía, la Señorita Harden ha encontrado su punto de equilibro en la vida. Ella ha hecho todo el trabajo porque no le ha costado nada abrirse a…

– Eso es lo que te gustaría a ti – susurra en voz baja pero lo suficiente alto para que lo oigamos.

– Patrick, no es necesario que le cuentes cómo han ido las sesiones en estas semanas. Sebas está muy ocupado y debería irse.

– ¡NO!

– Sí, Sebas, por favor – le miro con ganas de llorar.

– Cerraré la boca, lo prometo.

– Es mejor que te vayas a trabajar cariño, ahora te llamo.

Se levanta arrastrando la silla porque no puede controlarse cuando le pongo esa mirada de niña buena que tanto ama. Besa mis labios rudamente e incluso toca uno de mis pechos disimuladamente. Esperamos a que cierre la puerta, y cuando lo hace, Patrick se relaja recostándose sobre la silla.

– ¡Qué hombre más complicado! ¿Cómo lo aguantas?

– Él es un buen hombre. Hoy tiene un mal día. Aprovecho que estoy aquí para decirte que reduciré mis sesiones por los exámenes y porque voy a estar realmente ocupada esta semana.

– ¿Qué sucedió el sábado?

– Todo está arreglado. Lo importante es que ayer estuvimos con su familia y ellos me apoyan. Siento que las cosas están de cara para mí y voy a aceptarlas con todo el cariño del mundo porque tengo una nueva familia que me quiere. Empezando por mi novio, que como ya sabes, él es mi gran apoyo y mi vida entera.

– Esto son buenas noticias, Jocelyn. Te lo dije, ¿te acuerdas?

– Sí. Tenía que verlo con mis propios ojos para creerlo.

– ¿Qué hay de la comida, de los agobios, la soledad o el tartamudeo? ¿Cómo te estás desenvolviendo?

– Evoluciono. Me muero de hambre y consigo distraerme. A veces me agobio un poco cuando hay mucha gente a mí alrededor pero lo supero. La soledad es algo que pondré remedio ya que cuando Sebas trabaje acudiré a mi nueva familia. Apenas tartamudeo porque siempre he hablado con mi novio y eso me ha ayudado. Realmente lo estoy llevando todo muy bien. Creo que el factor de mi culminación ha sido la familia.

– ¿Nancy?

– Ella, mi suegra, mi suegro, mis cuñados y mis dos pequeñas nuevas sobrinas. El sábado tuve una conversación con Nancy muy importante que me hizo valorarme como mujer. Estaba tan cegada en no ser nadie para Sebas que no me di cuenta que él siempre ha estado a mi lado, me ha apoyado y ha intentado darme lo mejor. Llegué a confundir el espacio que necesitaba con un abandono por su parte. Pero todo ha cambiado. Esta mañana he recibido el cariño de mi suegra y de mi cuñada que esperan por mí y ya no tengo la necesidad de aislarme porque ellas son mi familia, no me dejarán hundirme nunca más.

– Joce, ¡qué alegría oírte hablar así!

Patrick se levanta para sentarse a mi lado cuando la puerta se abre fuertemente chocando contra la pared.

– ¿JOCE? – Grita Sebas.

– Cariño, ¿qué haces aquí?

– ¿DEJAS QUE ESTE BASTARDO TE LLAME JOCE?

– Por favor, Sebas, para ya. Es de mala educación oír a escondidas.

– Ella tiene razón – ahora miro a Patrick como infla sus pulmones retándole con la mirada. Necesito ayuda.

– Huh… vayámonos mi amor – no tardo en avanzar hacia mi novio.

– ¡No hasta que este cabrón sepa que nadie te debe de llamar Joce! ¿Por qué le has dejado malditamente hacerlo? ¿Te gusta ella? ¿Vas por ahí rompiendo relaciones?

– Trumper, no te la juegues conmigo – Patrick le encara sin miedo.

– Por favor, parad ya. Ha sido un malentendido.

– ¡Ningún malentendido! ¡Qué sea la última vez que la llamas Joce! ¡Es la última vez que lo harás porque ella no vendrá aquí nunca más!

– ¿Veis? Todo solucionado, ahora salgamos de aquí cariño – le intento agarrar por el brazo pero Sebas sigue avanzando hacia Patrick.

– ¡No le prohíbas nada, Trumper y déjala fuera de esto! Hay algo que te jode más que nada en la vida y es que me follara a Miss Nevada en tu puta habitación del club.

Mi boca se abre tanto que no veo venir como Sebas le propina un puñetazo a Patrick que se defiende devolviéndoselo. Yo me alejo asustada y la secretaria que estaba medio dormida se reúne conmigo viendo la escena de dos hombres luchando, el destrozo de los muebles y como vuelan los papeles por toda la consulta.

– ¿Deberíamos llamar a la policía?

– Yo… huh… no sé qué debemos hacer.

– Desde luego meternos ahí dentro no.

Ella me empuja retrocediendo y cerrando la puerta para dejarles pelear. Paso unos momentos inquieta hasta que veo a Sebas salir con la cara intacta pero con el traje arrugado, sin embargo, oigo al fondo a Patrick quejarse por el dolor. Es evidente que a mi novio le ha servido de algo ser el hermano del campeón mundial de lucha.

Me preocupa su furia pero pronto me calmo una vez que agarra mi mano y nos metemos dentro del ascensor.

– ¡Él no será tú psicólogo nunca más! – Gruñe. No era necesario que me lo dijera, lo debí de suponer aunque esperaré a que las cosas se enfríen para ponerle remedio – y en mi defensa diré que…

Le empujo contra la pared del ascensor enganchándome a su cuello y le atraigo hacia mi cara para besarle con intensidad, deseo y pasión. Sebas me responde obteniendo el control absoluto de nuestro momento, y como siempre, somos interrumpidos por su dichoso móvil. Soy yo la que me aparto primero haciéndole un gesto con la mano para que lo coja.

– Señora Sullivan, luego la llamo y... perdón, Nadine. Sí. Está bien. Cómo quieras. Se lo preguntaré. Estudiando. Habla con tu hija. Tengo que

colgar.

Salimos a la calle sin importarme que el olor a comida invada la ciudad de Chicago a estas horas, café, comida rápida, pasteles y aromas que se mezclan con la suave brisa que los atrae. Sebas me está hablando sobre los padres de Nancy pero giro inmediatamente para evitar que Leo me vea, él está andando con una carpeta por la acera de enfrente.

– Cariño, ¿te vas ya? Yo puedo andar desde aquí a mi oficina. ¿Tú te vas con el gabinete, al Senado o al Ministerio?

Leo me pone nerviosa y después de lo que ha sucedido allí arriba, debo de tranquilizarme, pensar y afrontar los sucesos tal y como son. Trago saliva porque Sebas se quiere acercar a mí y yo retrocedo.

– ¡Jocelyn! ¿Jocelyn, eres tú?

Cierro los ojos por no ver la reacción de mi novio. Él ya me presiona contra su cuerpo marcando su propiedad.

– Ella está ocupada, ¡fuera!

Me percato de que Leo ya está cerca de nosotros y ya no me queda más remedio que ser amable. No me gusta tratar a la gente como no me gustaría que me trataran a mí. Él puede ser muy pesado pero es un buen hombre.

– Hola Leo, – sonrío intentando mostrar mi mejor sonrisa – estoy muy ocupada como ha dicho mi novio. Tengo un millón de cosas que hacer.

– Ya veo. A ver si quedamos para tomar un café. ¿Te acuerdas cuando antes lo hacíamos?

– Ella ya no está libre, Leonardo. ¡Mueve tú maldito culo fuera de aquí!

– Quiere decir que ahora estamos esperando a alguien importante. Esto se llenará de coches negros oficiales y seguridad.

– Ah. ¿Un famoso? Por cierto Trumper, ¿le dijiste a tu hermano que me firmara el cinturón oficial del año dos mil seis? Me costó quinientos dólares y creía que vendría con una firma – yo intento no reírme en voz alta pero no puedo evitarlo porque Leo es un gran seguidor de Bastian.

– Estoy segura que Bastian te lo firmará. En cuanto lo vea te llamo y así podrá hacerlo.

– Gracias Jocelyn, ¡qué alegría verte! ¿Te cambiaste de número de teléfono?

– Ella no tiene tiempo – recalca Sebas bufando.

– Supongo que entonces me iré. Me alegro de verte Jocelyn, nos vemos y gracias por lo de la firma. He seguido a Trumper por todos los estatales de la liga este y…

– ¡FUERA YA!

Leo se va como si hubiera hecho algo realmente mal, yo le regalo un saludo y una sonrisa más leal y amable para girarme alejándome de Sebas.

– ¡Eres un maleducado!

– Y ese gilipollas no me gusta. ¡Es un maldito obseso contigo! ¿Te has dado cuenta cómo te ha mirado las tetas todo el tiempo?

– Sebas, llevas una mañana que cualquiera te aguanta. Cariño, tienes que calmarte y yo tengo que estudiar. Vete al trabajo y luego hablaremos de lo que ha sucedido hoy.

Reajusto mi bolso sobre mi hombro y retomo mi camino cuando su mano me frena en seco haciéndome retroceder salvajemente. Él me agarra como si fuera una delincuente sin opción a escaparme y aprieta delicadamente mi brazo que domina con efectividad.

– Tú y yo vamos a estar juntos todo el maldito día. ¿Te queda claro?

– ¿Y ahora qué te pasa? ¿No te ha bastado pegarle a Patrick y luego despachar descortésmente a Leo? Al menos este último no te ha hecho nada, solo le hace ilusión conocer a los Trumper.

– Tú eres una Trumper, así que metete dentro del coche que estoy muy cabreado.

– ¿Conmigo?

– ¡NO!

Para no estarlo lo demuestra muy poco. Lo que ha pasado hoy está siendo infantil. ¿Cuándo y cómo ha cambiado Sebas de ser un hombre amable a convertirse en uno tan posesivo? Esto lo solucionaría una chocolatina de caramelo. No, no me apetece. Huh... vamos a calmarnos.

Conduce por la autovía a gran velocidad. Sebas se ha calmado e incluso antes de acelerar me ha besado pidiéndome perdón. Él no tiene que hacerlo, solo me pongo en su lugar y seguramente yo actuaría de la misma manera. Hablaré con algún profesional para que le hagan trajes a su medida.

Unos minutos más tarde, aparca al lado de una carretera secundaria cerca de la autovía principal. Él me ha comentado que quiere presentarme a su equipo para que le imagine aquí cada vez que no estemos juntos. Ya me dijo que me traería, pero no pensé que fuera hoy. Me hace ilusión conocer a la brigada, a los abogados y a la gente que se encarga de trabajar en un caso como este de la mano del fiscal, el cargo más importante dado que Sebas también ejerce de juez. Quiero saltar emocionada como futura abogada pero no puedo mostrar esa faceta de mí si no quiero que piensen que soy infantil. Espero a que Sebas se baje del coche y hago lo mismo, él está distraído con el móvil.

– Huh… ¿la Señora Sullivan?

– ¡NO! ¡MI MALDITA MADRE! ¡ESTOY HASTA LOS HUEVOS DE ELLA!

– ¿Qué ocurre esta vez? Déjame que la llame y la calme.

– Ella está decidiendo cosas sobre la boda. Quiere que todo el mundo acuda y no sé en dónde malditamente se pierde cuando le decimos que es ¡MALDITAMENTE PRIVADA!

Guarda el móvil despreocupado resoplando como un Trumper. La vena de su cuello palpita más de lo normal, algo no está yendo bien y quiero demostrarle a Sebas que estoy junto a él pase lo que pase.

– Cariño, ¿por qué no te olvidas de todo por un momento? Entra en tu trabajo y deja que yo me encargue de tu móvil familiar. Si me sucede algo te llamo al otro.

Él levanta la cabeza mirándome tan mal como si hubiera dicho que la Tierra no gira alrededor de sí misma. Tengo que actuar como la mujer diez que se merece. Me arrimo más a Sebas que está en tensión, y en silencio, acaricio suavemente su torso e incluso le llego a abrazar para hacerle sentir que estoy aquí.

– Todo me asusta, Jocelyn. Estoy muy enfadado y para colmo se me ha arrugado la camisa que no me quitaré hasta la noche – pasa una mano sobre su cabeza mirando a la nada, el sol le pega fuerte en la cara y la frente le brilla por el sudor.

– ¿Qué te asusta?

– Tú. Que te hagan daño. Que te encuentres con situaciones que intento evitar. Que no pueda estar a tu lado todo el tiempo y que malditamente te alejes de mí. Odio estar separados. Me he encontrado con este nuevo sentimiento desde hace unos días cuando te vi derrotada y a punto de desfallecer en mis brazos.

Sebas mostrándome sus sentimientos es lo más excitante que jamás vayan a ver mis ojos. Debo de guardar mis instintos carnales para otro momento y sacar también a la dulce Jocelyn que nunca le abandonará.

– Si piensas que voy a abandonarte sufrirás un infierno, cariño. Que haya huido de ti una vez no quiere decir que lo repita. Debes de relajarte cuando se trata de mí porque hoy te has despertado un tanto diferente.

– Hoy me he despertado más enamorado que nunca. Ya te expliqué que comprendo cómo se siente mi hermano con su cuñada. Estoy pasando por lo mismo y no tengo el poder de mandarlo todo a la mierda y secuestrarte para mí solo. ¿Por qué no me dejarás, verdad?

Sonrío retocándole la corbata que estaba torcida. El sol quema mi espalda y no me importa si la camiseta no es la idónea cómo decía Sebas. Una vez que planto las palmas de mis manos sobre su traje le doy un beso tierno.

– El sentirte protector conmigo es encantador, cariño, pero también es enfermizo. No me gustaría que pegases a todos los hombres con los que te encuentras porque me hayan mirado o hablado conmigo. No sé qué ha sucedido con Patrick y no me importa porque pertenece a tu pasado, a tu

club y a vuestros problemas. Así que no te tortures con una derrota personal cuando me tienes a tu lado día y noche. Nada ni nadie nos separará, Sebas Trumper. Nos casaremos el doce de julio, tendremos nuestra casa y allí criaremos a nuestros futuros hijos. ¿Quién sabe si el año que viene ya tendremos a nuestro pequeño Sebas o a nuestra pequeña Jocelyn? Es normal que sientas miedo, yo lo siento y he vivido con ese temor toda mi vida. Ya me tienes en esta parte de la realidad donde tú me querías y las cosas aquí son más fáciles siempre y cuando nos apoyemos el uno al otro.

– A esto me refiero. Para ti no hay problemas y dime desde cuándo malditamente ha dejado de haber problemas y el por qué has cambiado de la noche a la mañana. ¿Es por Patrick? ¿Te ha hablado de cosas que yo no te contaría? ¡Maldita sea!

– Trumper, – un hombre ha salido del almacén – tienes que ver esto.

– ¡Ahora voy!

El hombre se va cuando Sebas vuelve su mirada hacia mí. Está muerto de miedo y pronto se dará cuenta que ningún hombre nos va a separar. Mi novio se piensa que ando por la calle y todos me persiguen. Yo no soy una mujer delgada con pelo llamativo y maquillaje perfecto para que los ojos ajenos se posen sobre mí. Sebas Trumper tiene que recapacitar y pensar que puedo estar rodeada de hombres y que ninguno se fijará en mí.

– Cálmate Sebas, es lo único que te pido. No hay hombres. No hay mujeres. No hay nadie que nos destruya. Me ha costado un infierno llegar a dónde estoy luchando contra la soledad y la miseria. Patrick te iba a contar que tú y solamente tú has sido mi única motivación. El volver a estudiar, el despejarme sabiendo que voy a verte y el retomar el contacto con tu familia me ha hecho recapacitar convirtiéndome en una mejor persona. Sí, todavía me cuesta enfrentarme a muchos obstáculos pero trabajo en ello desde el silencio ya que quiero vivir contigo la vida que siempre he soñado. No estoy cien por cien recuperada porque aún tengo que sobrellevar mis pesadillas y el ser huérfana. Yo soy la que estoy viviendo con un nudo en el estómago cada vez que no te tengo a mi lado, se me hace horrible tener que estar separados pero los trabajos son así. Y como dice Nancy, la vida tiene momentos para todo y cuando nos toque estar separados, llevémoslo lo mejor que podamos. ¿Trato?

– ¿Por qué hablas tan malditamente bien ahora?

– Huh, siempre lo he hecho. Pero nadie me escuchaba.

– Yo sí – frunce el ceño y me abraza como a él le gusta hacerlo – prométeme que nunca me abandonarás pequeña portadora de mis futuros hijos.

– Nunca, y si lo hago te dejaré pistas para que vengas detrás de mí. Tal vez te arrastre a un sitio solitario y podamos tener una reconciliación como es debido.

– Cuento mis malditos días para las vacaciones. Vas a cansarte de verme tanto que me querrás alejar de ti.

– Eso no lo digas ni en broma. Bueno, otro día me presentas a tu equipo ya que parece ser que tienes trabajo. Necesito estudiar y todavía falta tiempo para ir a almorzar con tu madre. Por favor, no te preocupes y deja a las mujeres que hagamos cosa de mujeres, – beso su nariz – está ilusionada y para mí es como si fuera mi madre. Necesito esa presión a veces para recordarme que hay una mujer que me quiere como una hija y que está actuando como lo haría una madre. ¿Vas a prometerme más paciencia?

– Voy a prometerte un polvo dentro del coche pero me temo que los que hay ahí dentro tendrían un espectáculo que no pienso darles. Te quiero, Jocelyn, ¿lo sabes, no? Ven, te presentaré a todos antes de dejarte ir. Aprovéchate ahora que estoy ocupado porque te vas a enterar cuando termines los exámenes y yo este maldito caso.

Entramos agarrados de la mano a un pequeño gabinete que se ha formado en una casa algo estropeada. Hay hombres trajeados, otros con uniformes, paneles con hilos que unen ciudades, fotos, notas y sobretodo mucha tecnología que se extiende por todos los rincones. Somos invisibles frente a todos que trabajan sin cesar hablando en clave sobre el caso que están llevando a su fin.

Sebas está entretenido escuchando a uno de sus compañeros. Yo me distraigo echando un vistazo a las cámaras de seguridad que graban el lago que tan calmado parece. Él me dijo alguna vez que las cargas entraban por

ahí en la madrugada cuando la ciudad dormía y desde entonces hay patrullas instaladas.

– A ver chicos, atendedme un momento, – se hace un silencio cuando Sebas habla en voz alta acercándose más a mí – ella es Jocelyn, mi novia y futura abogada.

¡Qué vergüenza! ¿Qué yo estoy recuperada? ¡Nunca! Pensaba que iba a presentarme a uno o dos, o tal vez que me despachara pronto. Tengo que acostumbrarme a ser profesional frente a mis posibles futuros compañeros. Les saludo tímidamente con la mano y todos me sonríen amablemente, o eso creo, porque bajo la cabeza para evitar el contacto visual ya que este es uno de esos momentos en los que me quiero esconder.

– Igualmente – susurro por cortesía a los que han hablado.

– ¡Moved el culo porque no pienso dejar en casa a esta preciosidad por ver todo el día vuestras caras feas! ¡Volved al maldito trabajo y encerremos a esos cabrones!

Él habla con tanta autoridad que todos le obedecen al instante volviendo al trabajo. Voy a decirle algo a Sebas pero un hombre tan alto como él me distrae apareciendo en la sala como una bala.

– Trumper, ayer tuvimos que… Hola.

– Hola – le respondo.

– Ella es Jocelyn.

– ¿La famosa Jocelyn? Este pesado no para de hablar de ti, – eso me hace reír, pero no a Sebas – encantado de conocerte.

– ¡Ya basta, Rick! Ella es mía y no tuya. ¡Fuera!

– Joder, tú y tu humor. Tenemos que hablar, hemos encontrado una conexión y es definitiva. Lee el informe que te he dejado arriba, me voy a comisaria.

Hace su desaparición tan rápida como su aparición pasando por nuestro lado y saliendo de la casa rápidamente.

– Ese es Rick, mi compañero de batallas como le suelo llamar.

– Él es alto.

– Y policía. El cabrón es bueno en lo que hace y, ¡no! Malditamente no pienses que es guapo y tampoco me lo hagas saber.

– Te iba a decir que le huele el aliento a alcohol y eso lo odio. Y por supuesto que para nada es guapo cuando tú eres la razón por la cual respiro.

Le gusta lo que le digo porque se acerca a mí para besar mis labios delante de todos. Yo retrocedo ruborizada porque aunque nadie esté mirándonos me da vergüenza que lo haga aquí.

– ¡A BUENAS HORAS LLEGA EL MARQUÉS! – Un hombre nos interrumpe. Me acuerdo de él pero desconozco cuál es su nombre.

– ¿Cerrarás tu maldita boca, Carter?

– ¿Cuándo me citas aquí el puto lunes a primera hora y te retrasas? ¡No!

Este hombre no me había visto y cuando lo hace me sonríe emocionado. Me suena el apellido Carter.

– Como sigas mirándola con tu mierda de dientes falsos, te corto los huevos, ¿te queda claro?

– Hola Jocelyn, ¿te acuerdas de mí? Trevor Carter.

– Abogado, ¿cierto?

Asiente feliz y ambos nos damos la mano. Recuerdo que me caía bien, pero su esposa era una estirada que me gritaba lo gorda que estaba con la mirada. A ella la odio.

– ¿Habéis vuelto?

– Sí. Y aléjate de ella. Mi Jocelyn no es Nancy y yo no soy mi hermano, yo te mataré sin arrepentimientos.

– Vete a la mierda, Trumper.

Se conocen desde que eran pequeños. A pesar de la diferencia de edad nunca han perdido el contacto porque comparten profesión. Sebas me contó hace años que Trevor es bueno en su trabajo. Ahora, este debe de

estar en sus cuarenta bien largos aunque luce muy joven para su edad, se conserva bien.

– Mándame otra vez a la mierda y le diré a Bastian que tuviste un enamoramiento con su esposa. Estoy seguro que disfrutaré mucho más viendo como él te parte la cara, otra vez.

– Yo no tuve un enamoramiento con Nancy. No la metas a ella y, ¡cierra la boca! A Jocelyn se le puede escapar esta conversación.

– Entonces disfrutaré doblemente.

– No seas tocapelotas, Trumper.

– Huh, permitidme interrumpir. ¿Te enamoraste de Nancy?

– ¡NO!

– Sí, reina. Se creía que no me daba cuenta pero se aprovechó de que estaba peleada con mi hermano para hacer sus movimientos.

– ¡Qué horror! – Suelto, no pensaba que él era así de malo – ¿y tú esposa?

– Se divorció porque ella se follaba a su entrenador de tenis, – Sebas golpea el hombro de Trevor que está conmocionado por lo que oye – lo siento amigo, una cruda realidad.

– Yo. No. He. Estado. Enamorado. De. Nancy. Jocelyn, no te creas lo que te diga. Miente.

– Babeabas por ella, nadie lo notaba nada más que yo.

– Solo me sentía atraído y es una buena amiga. Mía y de Nella. Y basta ya, ¡maldito Trumper!

Trevor se gira maldiciendo a toda la generación Trumper y discutiendo en voz alta consigo mismo mientras se adentra en la casa. Mi boca está abierta porque tengo mucho de qué hablar con Nancy, quiero que me explique cómo fue su historia de amor y me muero por conocer su versión de los hechos.

– Cariño, tengo que irme. Quedaré con Nancy y Margaret para el almuerzo.

– Como quieras. Toma las llaves y llámame si me necesitas. Te amo, Jocelyn.

– Yo también te amo. Ten un buen día en el trabajo y si llegas a casa cuando estoy dormida, por favor, despiértame.

Sebas sentencia un sí metiéndome mano delante de todos mientras yo retrocedo dándole manotazos. Me acompaña hasta la puerta y cuando ve que he arrancado con facilidad uno de sus coches más normales, me centro en la carretera dispuesta a seguir viviendo esta hermosa y maravillosa vida.

CAPÍTULO DIECISIETE

Recibo con orgullo mi diploma de la mano del rector contando con los aplausos extra de Margaret y Nancy que se vuelven locas silbándome desde la distancia. Lo levanto un poco para hacer que se callen porque las Trumper son las más escandalosas si contamos con que la ceremonia de entrega de diplomas ha empezado hace un rato y ellas han destacado por encima de todos los familiares aquí presentes. Regreso a mi silla para esperar a que acabe toda esta tanda de entrega y escuchar los últimos discursos dedicados a la promoción que ya ha acabado.

El rector se despide de los cuarenta y ocho alumnos que nos graduamos como abogados y ya veo la luz del fin de este evento innecesario. Estoy escondida entre la multitud de los recién diplomados que están cargados de ilusiones y energías por salir ahí afuera y comerse el mundo, meter en la cárcel a los malos y hacer cumplir las leyes de cualquier caso al que se enfrenten. Ellos no paran de comentar lo contentos que se sienten mientras mi visión se pierde en un punto muerto del escenario. Después de escuchar otra vez la suerte que nos desea el rector, los aplausos me dejan sorda y damos por finalizado este acto fuera de lugar que me tiene atacada de los nervios.

Espero salir del embullo que la gente ha formado en la fila justo cuando veo a Margaret y Nancy hacerse con un camino llegando hasta mí para recibir un abrazo de las dos al mismo tiempo.

– Cariño, estoy tan orgullosa de ti – ¿Margaret está llorando?

– Huh… solo he recogido un diploma.

– Mi abogada favorita, ¡qué alegría! Cuando quiera divorciarme de Bastian te llamaré y luego le sacaremos hasta las entrañas.

– ¡Nancy! – Le replica Margaret.

– Estaba bromeando, pero si le veo con otra le hundo la vida, lo sabes ¿no?

– ¡No hables así con mi nieto dentro de ti!

Nancy rueda los ojos riéndose. Ella está embarazada de su tercer hijo y todos estamos muy contentos por la familia que están formando. El día en el que Bastian lo anunció adoptó una posición totalmente distinta a la que solía ver de él porque actúa como un hombre cien por cien sobreprotector con su esposa. Si pensaba que antes agobiaba a Nancy ahora no le deja hacer ningún movimiento ya que piensa que es una inconsecuente y quiere matar a su hijo. Menos mal que ella se lo toma todo con filosofía y me jura que es un hombre totalmente diferente cuando están a solas.

Toco la barriga de mi nuevo sobrinito cegándome con el flash de una cámara que me deja ciega.

– ¡CUÑADA! Ya era hora que terminaras de estudiar, ¡serás vaga! Ven aquí y deja que te toque las tetas.

Sebastian me abraza zarandeándome pero sin tocarme más allá de un abrazo. Vuelve a sacarme otra foto y ellas ya están a mi lado para posar junto a mí.

– Sonríe Jocelyn, por favor – me susurra Nancy en voz baja.

Le hago caso mientras trago saliva fingiendo una sonrisa que mantengo hasta que la foto se acaba. Sebastian nos cuenta que su vuelo privado se había retrasado por una tormenta en Nueva York y por eso ha venido lo más rápido posible.

– Gracias Sebastian, ya te dije que no vinieras. Estoy oficialmente diplomada desde que hice mi último examen así que asistir a esta clase de fiesta sin sentido era solo burocrático.

– ¿Y perderme el momento en el que mi única cuñada recibiera los honores en la Escuela de Leyes?

– Eh, bobo, que yo también estoy diplomada.

– Pero tú en el jardín de infancia ya que mi hermano podría ser tu profesor y tú la alumna cachonda que se lo folla.

– ¡Habla bien! – Margaret le golpea en la nuca haciéndolo callar.

– Para tu información, yo trabajo. A veces, pero lo hago.

– Sí, llevándote contigo a toda la familia ¿no? Oh, Bastian, follemos encima de la fotocopiadora – imita la voz de Nancy y Margaret vuelve a golpearle – ¡MADRE!

– ¡Qué hables bien te he dicho!

– No te preocupes, Margaret. Tu hijo es un amargado porque Rachel no le habla, oh, espera, ella prefiere hacerlo con Alexei.

– ¡JODIDA BOCAZAS! Esta te la guardo, en cuanto des a luz te la pienso jodidamente guardar.

Se pasan todo el día bromeando y picándose entre ellos. Sebastian me confesó una vez que Nancy le ha dado el mayor regalo de su vida y por eso siempre estará en deuda con ella. Pensamos que casi va a formalizar lo suyo con Rachel a la que conocí y su personalidad me enamoró con locura, pero este Sebastian está siendo demasiado niño y eso asusta a cualquiera.

Acaba revoloteando el pelo de Nancy despeinándola hasta que ella le tira un regaliz. Esta chica come a todas horas y desde que está embarazada todavía más. Margaret me habla emocionada de mi diploma mientras yo lo miro con el mismo sentimiento como si tuviera la lista de la compra.

– Y claro, esos exámenes tan difíciles que has tenido que pasar, retomar tus estudios y acostumbrar a la mente para que piense pues ha sido difícil y...

– Huh, gracias, Margaret. No me ha sido difícil porque me acordaba de muchos temas, esto no tiene tanto mérito.

– ¡Por supuesto que tiene mérito! – Me replica y le frunce el ceño a un hombre que se había chocado con ella.

– Cariño, estamos todos muy orgullosos de ti – esa es Nancy quien besa mi cara.

– ¿Por qué no nos dejamos de mariconadas y nos vamos al puto restaurante? No he comido nada en el jet para la puta cena, así que moved esos culos gordos que Dios os ha dado. ¡MADRE!

– ¡Qué hables bien Sebastian, por el amor de Dios!

El hijo empieza a jugar con la madre y los dos se alejan quejándose de la gente que se acumula sin agilizar el paso. Esta zona se está despejando y ahora que ha llegado el momento hubiera preferido que lo celebrásemos aquí rodeados del catering que la universidad pone a los estudiantes y familiares. El abrazo de Nancy vuelve a sacarme de mis pensamientos y no me queda más remedio que sonreírle por respeto.

– Jocelyn, ojala esto hubiera sido de manera diferente pero no contábamos con el virus.

El brote de varicela tiene a Bastian de un humor inaguantable. Los dos primeros días estuvo a punto de morir cuando empezó a ver que a sus hijas le salían pupas en la carita y el pediatra no podía hacer nada sino esperar a que lo pasasen. A las pocas horas él empezó a tener las primeras detrás de la oreja, al día siguiente también su padre comenzó a sentirse mal y los cuatro están allí encerrados en el paraíso Trumper. Menos mal que Nancy y yo la pasamos cuando éramos pequeñas, pero Bastian no nos deja acercarnos demasiado a las niñas porque piensa que nos vamos a infectar otra vez. Es por eso que solo han podido venir a mi graduación ellos tres, sí, tristemente solo ellos tres.

– Todo está bien. Vamos a reunirnos con esos dos antes de que nos hagan otra escenita.

– A mí no me engañas Jocelyn, ¿estás segura de que todo va bien con Sebas?

– Nos va genial. Ya sabes lo que se le ha complicado el caso y lo mucho que está trabajando.

– Qué trabaje me da igual, que no te atienda no me da igual. ¿Por qué no ha venido?

– Ya os lo he dicho. Él ha estado conmigo toda la mañana y hasta me ha ayudado a ponerme la toga. Se ha marchado poco después.

– Mientes muy mal. Sé reconocer cuando una persona miente y tú lo estás haciendo. Es una pena que mis padres hayan ido a un entierro si no hubieran estado aquí.

– Dale las gracias a tu madre por la tarta de graduación, no debió haberse molestado.

– Vayamos a cenar antes de que mi marido se vuelva loco si no llego antes de las diez.

Ambas nos agarramos del brazo caminando entre la multitud embobadas en nuestras conversaciones y planeando como vamos a fastidiar a Sebastian. Yo he dicho por activa y por pasiva que no quiero celebraciones y que he empezado a distraerme con los preparativos de la boda, pero me ha sido imposible hacer callar a los Trumper. Al final han decidido que nosotros cuatro cenemos en un restaurante que Bastian ha cerrado y el domingo será la celebración oficial porque ya habrán pasado la varicela.

Una vez cenando en el restaurante guardo mi móvil tras haber colgado la llamada. Acabo de hablar con Bastian que me ha dado su enhorabuena. Me ha dicho que pone a mi disposición cualquier bufete del mundo si no quiero hacer las prácticas que me faltan en el de Sebas. Se lo he agradecido pero le he comentado que ahora mismo me voy a centrar en la boda y ha insistido en que me regalará algo honorable por mi graduación. También he recibido un saludo de su padre pero su alta fiebre le impedía extenderse. Les he dicho que mañana iré a ver a las niñas porque las echo de menos y espero que Bastian me deje cogerlas sin gruñirme.

Nancy tiene a su alrededor cinco platos repletos de comida que se mete en su boca sin prisa pero sin pausa. En frente de mí tengo a Sebastian indicándome con un gesto de la cabeza que coma y Margaret está discutiendo por mensajes con Bastian, se ve que solo quiere que vuelva su esposa a casa.

– ¡ESTE HIJO MÍO NO ME QUIERE! ¿No veis lo que me dice? ¡LE PIENSO DAR UNA BUENA!

– Madre, si dejaras que pasen la varicela de una jodida vez ellos lo llevarían mejor.

– Es mi marido, es mi hijo y son mis nietas. Todos son míos. Tengo derecho.

– No te preocupes Margaret, yo cuido de todos. A las niñas me las dejé cenadas y dormidas y a ellos viendo un combate en televisión. Nos iremos a dormir en cuanto llegue.

– Nancy, tienes que ponerte de mi lado.

– Tú nunca te pones de mi lado cuando se trata de tener más nietos. ¿En serio? ¿Aplaudir a mi marido cuando no me deja ni siquiera poner la mesa?

– Estás embarazada, tienes un buen esposo que te cuida – le responde Margaret con la cabeza en alto y Nancy le lanza un trozo de pan hasta que estallan en risas.

– Parad de hablar de vuestras jodidas vidas. Es la noche de Jocelyn y ella es la única protagonista aquí.

– Huh… no os preocupéis, ya sabes que amo oíros hablar.

– No Jocelyn, por una vez este idiota tiene razón. Cuéntanos, ¿qué has hecho cuando Sebas te ha dejado en la universidad? El día que me gradué tuvimos que aguantar una charla antes de salir a tragarnos toda la ceremonia. Yo solo pensaba en los pasteles que mi madre había horneado para mí.

– Nosotros también hemos…

El móvil me suena con el nombre de Sebas en la pantalla, lo miro pensándome en si cogerlo o no pero dado que todos los ojos apuntan sobre mí me levanto disculpándome para atender la llamada.

– ¿Jocelyn? – Oigo ruido al otro lado – ¿me oyes?

– No muy bien.

– Espera un segundo. ¿Ya?

– Sí, creo que sí. ¿Qué tal estás?

– Agotado y deseando verte. ¿Cómo te ha ido, reina?

– Huh, aburrido, supongo que ya sabes cómo son estas cosas.

– Pero quiero que tú me lo cuentes – me hace sonreír.

– Ems, ya sabes, charlas por allí y charlas por allá.

– ¿Estáis cenando ya?

– Sí, hemos llegado hace un rato. Nancy está comiendo como si no hubiera visto comida en su vida.

– Imagino, la muy enana engulle cuando se queda embarazada, – nos quedamos en silencio – te juro por lo que más quieras que esta noche lo celebramos tú y yo. Lo prometo.

– Sebas, huh… no me gusta que me confirmes citas que no puedes cumplir porque la decepción será peor.

– Joce, lo siento y millones de veces lo siento. Esto se está acabando. Tú misma conoces de primera mano lo que está sucediendo.

– Lo sé, lo sé, solo que no… no quiero hacerme ilusiones y que luego no vengas a dormir.

– Haremos una cosa. Termina la cena y esta noche te llevo a un lugar bonito, te gustará. ¿Vas a estar en casa?

– Sí, ya sabes que prefiero esperarte allí.

– Duerme un rato que te despertaré llegue a la hora que llegue.

– Eso suena como muy de madrugada.

– Intentaré que no sea tan tarde. Tengo que dejarte, me están llamando. Te quiero Jocelyn.

– Yo también te quiero.

Mis ojos están llorosos con lágrimas que van a derramarse tarde o temprano. Tengo un nudo en la garganta que no se deshace y mis sentimientos están mezclados entre la decepción y desilusión porque Sebas se aleja de nuestra relación. La peor parte es que nadie lo sabe excepto yo y dudo en si estoy obrando bien en callar o estoy contagiándome con toda esta tristeza de nuevo ya que así me siento mejor.

Mi novio lleva casi dos meses trabajando duro en el caso del que a todos nos ha hecho participe. Tiene algo personal y piensa que sin él no hubieran llegado hasta el fondo; a punto de acabar con los malayos, los daneses y los finlandeses entre rejas. El caso se le ha complicado y no le culpo de ello, tal vez culpo el que no cumpla con nuestro compromiso como

me prometió. Sebas llega tarde a casa, apenas hablamos, siempre está enfadado con sus compañeros aunque nunca conmigo y no tenemos una conversación digna desde el mes pasado.

Como el señor se peleó con Patrick nunca he llegado a llamarle porque sentía que fallaba a Sebas. Entonces me centré en los exámenes mientras luchaba con las excusas perfectas para librarnos de los domingos familiares y otras reuniones que nos reclamaban como pareja. Mi vida ha sido muy rutinaria desde que nuestra relación va de maravilla a la vista de todos. Sebas está siendo un canalla conmigo pero él no se olvida nunca de llamarme o de preocuparse por mí. A veces me da la impresión que lo hace por pura obligación emocional y más cuando hace un par de semanas que no hacemos el amor porque, o no viene a dormir a casa, o llega cansado de pasar todo el día fuera trabajando. Nuestra vida como pareja se está desplomando desde un precipicio y ninguno de los dos hacemos nada por evitarlo, él porque piensa que todo va bien y yo porque le necesito ya que es la razón por la cual respiro cada día.

No estoy cayendo sin embargo en mi pasado. Me alimento con moderación y mi único problema son los pasteles de la Señora Sullivan que vuelan rápido de la bandeja. No lloro, me miro al espejo y trabajo en un sinfín de cosas que Patrick me recomendó en su momento. Mi vida está en un punto tranquilo, equilibrado y monótono en el que rezo porque se acabe el trabajo de Sebas para que pueda centrarse en nosotros.

Me he sentido mal maquillando justificaciones para que la familia no nos pille en esta grieta que se ha formado entre nosotros. Las excusas de los estudios y del caso de Sebas se me van a acabar y no voy a poder esquivarles por mucho tiempo más. No veo a mi novio desde hace dos días ya que no vino a dormir a casa, y por supuesto, tampoco ha estado ayudándome con la toga o trayéndome a la universidad. Todos saben que podría haber sacado tiempo perfectamente para venir a la ceremonia y pasar una noche agradable con todos, incluso Sebastian se ha cruzado medio país para estar conmigo. Y eso es algo que ni yo misma entenderé en mi vida, el qué tiene que hacer Sebas más importante que venir a la graduación de su novia. Siento que las indirectas de Nancy me están llegando hondo ya que ella se huele algo, y como todo siga igual, no voy a tener más remedio que

confesarle la verdad sobre mi relación con Sebas Trumper, el hombre que se quejó de que le abandoné y él está devolviéndomela muy bien.

Miro a la noche tranquila que se respira aquí afuera. Un camarero me ha tenido que abrir la puerta porque no tenía cobertura dentro, y cuando Bastian dice de reservar un restaurante para nosotras, quiere decir alejados de toda la humanidad para que nadie nos moleste. Siento la mano de Nancy sobre mi hombro y aparece gesticulando tristemente.

– Esta noche te vienes a casa conmigo.

– No, Nancy. Tranquila que todo va bien. Sebas y yo tenemos nuestros propios planes, – finjo tener una sonrisa – hemos estado un buen rato hablando.

– ¿Y si no viene o se retrasa? Tienes que culminar tu día feliz haciendo algo divertido. Nos meteremos en la sala del cine y nos haremos margaritas. O no, tal vez juguemos a los bolos o en los recreativos. Vamos, una noche de chicas tú y yo.

– Prefiero esperarle en casa. Me ha jurado que vendrá y estamos en contacto todo el tiempo, – eso es verdad, Sebas y yo solemos hablar mucho aunque no como me gustaría – tampoco él se perdería la tarta de arándanos que ha preparado tu madre.

– ¿Segura que todo va bien?

– Claro. Volvamos antes de que se te enfríe la comida.

– Me he pedido dos platos más porque tengo mucha hambre. Tu ahijado o ahijada va a nacer con más kilos que sus hermanas, lo veo venir.

Regresamos a la mesa retomando conversaciones absurdas familiares y aprovechando juntos el rato agradable. Y tristemente, sé que Sebas no vendrá esta noche a pesar de que me lo ha jurado por lo que más quiera.

Nancy ha empezado a vomitar toda la comida por la gran ingesta de la cena. Sebastian ha sido el encargado de traerme a casa una vez que ella ha echado hasta la última guinda del pastel que ha devorado. Cierro la puerta activando la alarma de seguridad y cuelgo en la entrada la toga junto con el birrete, Sebas debe de estar orgulloso de mí porque ya soy una abogada oficial. Me siento en el sofá, en la oscuridad y miro al techo

llorando por cómo estoy echando de menos a mis padres en este día. Estoy segura que mi madre hubiera llorado como yo y mi padre se hubiera sentido feliz por su princesita. Pero la vida no es perfecta y me toca seguir viviendo sin ellos a mi lado.

Me quito los zapatos junto con el vestido y me pongo una camiseta metiéndome dentro de la cama. Tengo un remordimiento que no me deja respirar con normalidad, una intranquilidad que me tiene abrumada y me cuesta coger el sueño ya que estoy dando vueltas de un lado a otro. Reviso el móvil durante toda la noche viendo pasar las una, las dos, las tres, las cuatro y ahora marcan las cinco y media. La claridad se está despertando y la noche se ha ido junto con Sebas y nuestra relación.

Intento cerrar los ojos pero no puedo, por lo tanto, decido saltar de la cama para darme una ducha y encender la televisión. El ruido evitará que decaiga en algún punto de la casa porque siento que se me cae encima. Compruebo el móvil otra vez cuando los rayos del sol empiezan a iluminar el jardín con la pequeña piscina. Sebas me dijo que podríamos pasar buenos momentos este verano pero ni siquiera la ha limpiado como me prometió y ni mucho menos se le habrá pasado por la cabeza.

Distracción Jocelyn, distracción.

Me arreglo y salgo de casa para coger el estúpido coche que Sebas me obliga a conducir. Él me dijo que el otro era viejo y no era apto para mí. Yo preferí no discutir porque ese día estaba nervioso, pero él me lo devolverá en cuanto se acabe esta pesadilla de separación.

Me adentro en la rutina del jueves bostezando. Hoy por lo general no tengo nada que hacer, solo iré a la oficina a recoger todos los libros y apuntes que me he dejado allí para llevármelos. Los otros días cuando fui a ver a mis suegros divisé a lo lejos como trabajaban en nuestra casa y no me hizo mucha ilusión porque Sebas no está mi lado. Yo sentí como si se empezara a levantar un hogar fracasando ya en los cimientos. Es cierto que él me volvió loca junto con el arquitecto y al final no sé ni cómo va a quedar. Para que se callaran, les dije que sí a todo ya que para mí no es importante la estructura sino los que van a vivir dentro.

Ya en el despacho me dedico a meter los libros en cajas que he pedido a Dawson. El pobre me ha ayudado bastante y le he prometido un café antes de marcharme pero hoy tenía que irse a un juicio. Lucho con un cajón de mi mesa que no se abre, me acuerdo que aquí metí apuntes y las antiguas secretarias de Sebas me dieron una llave que guarda él en su despacho. Entro decidida con nostalgia por no verle aquí sentado. Sin embargo, tengo buenos recuerdos de cuando tomé la iniciativa de venir a pedirle trabajo y ese día me iba a dar algo porque deseaba verle, abrazarle y suplicar que me perdonase. Pero ese día el Señor Trumper me puso muy nerviosa y actué peor que nunca, no me lo perdonaré. Me siento en su sillón mucho más cómodo que el mío y doy un giro haciendo el tonto porque le echo de menos. Sebas, Sebas, Sebas, eres mi vida para lo bueno y para lo malo mi amor.

Echo un vistazo los tres cajones del lado izquierdo con una sonrisa en la cara, este hombre lo tiene todo revuelto y nadie se lo ha ordenado. Lo hago yo dejándolo todo en perfectas condiciones cuando abro el primero de la parte derecha. En el segundo me encuentro unas llaves típicas de abrir cajones y supongo que estas abren el mundo de Narnia o el cajón que quiero abrir yo. ¿Cómo me olvidé de no guardar la llave? Me la debí dejar sobre la mesa y alguna de sus secretarias la traería de vuelta aquí. Cuando voy a levantarme me doy cuenta que el tercer cajón del lado derecho también tiene llave e intento abrirlo. No puedo.

Rebusco las llaves diminutas del llavero dando con una que desbloquea el tercer cajón, las dejo sobre la mesa y lo arrastro hacia afuera para encontrarme con algo que no quisiera haber visto.

– Lo sabía – susurro dolida.

Tiene dos cajas de condones y algunos sueltos que están esparcidos entre algunas carpetas. Lo arrastro un poco más y abro los ojos a punto de llorar porque hay ropa interior de mujer que saco con un bolígrafo tirándola al suelo. ¿Las colecciona? Nunca me había contado su afición por guardar ropa femenina. Voy a vomitar pero algo está llamando mi atención, hay unas fotos que sobresalen de una carpeta que no dudo en sacar, abrir y mirar lo que Sebas tiene aquí guardado en su privacidad. Las lágrimas se me escapan sin querer por la foto grande de tetas bailarinas desnuda y

mordiendo un collar de perlas. Tonta de mí, paso a la siguiente foto para encontrarme con otra de tetas bailarinas de rodillas. En la siguiente, ella tiene las piernas abiertas y las manos atadas. En todas ellas hay una dedicatoria para Sebas con un sello de sus labios como firma. Cierro la carpeta colocando todo en su sitio y bloqueando el cajón tal y como estaba ¿Esto es lo que hacía mi novio cada vez que venía a trabajar? ¿Guardar con fervor la ropa interior, los condones y las fotos de sus amantes? Me siento como si hubiera hecho el ridículo cuando ellas se habían beneficiado a Sebas. Él no estaba conmigo, pero, ¿a quién no le molestaría que el amor de su vida se lo disfrutara otra mujer? Independientemente de lo que haya pasado entre nosotros dos, debería de esconder bien su pasado de mí porque ahora no tendré en mi cabeza otra cosa que las fotos de esta mujer, la ropa interior y los condones sueltos de una tercera caja que ya estaba casi vacía. ¿Qué pretendía? ¿Tener más sexo con ellas si yo no aparecía?

No tengo el derecho a enfadarme. Pero como mujer me indigno porque no es justo. Yo quisiera ser bonita y perfecta como tetas bailarinas. Si fuese así jamás le hubiera abandonado y él no hubiera recurrido al sexo de oficina con mujeres que no tienen interés en él. Le quiero, quiero a Sebas Trumper y desde hoy no comeré para convertirme en una mujer sexy. Sí, no pensará nunca más en que tuvo que tener sexo con otras para olvidarme, según él. Yo seré como tetas bailarinas.

Escucho el ascensor y rápidamente salto de la silla cerrando la puerta del despacho de Sebas mientras me quito las lágrimas en los ojos.

– Hola, pensé que estarías aquí.

– La que faltaba – susurro.

– ¿Podemos hablar?

– Huh, tengo prisa Diane y Sebas no está aquí. Llámale por teléfono.

– Lo hice, él me aconsejó que viniera a verte.

Estaba entrando en mi despacho y he frenado en seco. ¿Sebas coge las llamadas a su amiguita y no es capaz de venir anoche a dormir a casa sabiendo que ayer fue el día de mi graduación? Aspiro los mocos de mi nariz combatiendo con mis emociones. En estos instantes soy un volcán a punto de estallar y arrasar con todo lo que se me ponga por delante. La lava

no quemaría tanto como quisiera hacerlo yo con las personas que son una molestia para mí.

Diane me sigue y yo la ignoro mientras recojo mis cosas. Ella está disculpándose y apenas la presto atención.

– ¿Disculpa, por qué?

– Por lo que pasó aquella noche en el Golden. Estaba borracha y luego Karina me lo confesó todo. No me acuerdo que te dije exactamente. De todas formas, perdóname.

– Huh, está olvidado Diane. En serio. Tengo muchas cosas que hacer aquí.

– ¿Te mudas de oficina?

– No. Ayer me gradué. Ya soy abogada.

– Enhorabuena – ella se adelanta extendiéndome la mano pero me retracto haciendo otra cosa.

– Cómo te he dicho, tengo muchas cosas que hacer.

Suspira enervando mi sangre. La distancia con Sebas, ese cajón repleto de sus amantes y ahora la visita de su amiga me afecta de tal modo que temo no poder tomar el control de mí misma.

– Jocelyn, siento si te he hecho daño, mis más sinceras disculpas. Yo he pasado una mala etapa con mi esposa y me dio por refugiarme en el Golden. Según me ha contado Karina, iba cada noche para lamentar que Bibi se acostaba con otra, – la miro curiosa – ella tuvo algunas relaciones con rubia, una chica de nuestro grupo de amigas, y luego yo me sentí culpable porque le fui infiel también. Ambas nos equivocamos y parece ser que he vuelto a recuperar mi vida. Por eso he venido, porque Sebas me lo pidió en su momento y cómo nos hemos tomado unas vacaciones de aniversario juntas pues he retrasado el encuentro.

La miro de arriba abajo intrigada por lo que esconde esta mujer diez para mi Sebas. No sé qué me hizo en el pasado pero tengo resentimientos hacia esta mujer. Aunque sea amiga de la familia, incluso intima de él, no tengo porqué sentir lo mismo que todos. Diane esconde algo y prefiero mantener las distancias entre ambas.

– Disculpas aceptadas – sigo metiendo los libros en las cajas.

– ¿Te ocurre algo?

– No. No me ocurre nada. ¿Por qué debería? Estoy muy ocupada y Sebas no está aquí. Tengo que preparar la boda y un montón de cosas más.

– ¿Os casáis?

– Sí, el doce de julio.

– Es una gran noticia, felicidades.

Opto por sonreírle ya que no ha avanzado de la entrada de mi despacho. Este encuentro está siendo frío y espero que se dé cuenta que no me interesa ser su amiga ni nada por el estilo. Por lo tanto, su cabeza hueca entiende nuestra situación y se despide rápidamente con un tierno saludo que no le devuelvo.

Me siento en el suelo apoyada en la silla consternada por lo que me está abrumando. Está bien, lo primero que tengo que hacer es admitir que tengo un problema y a raíz de ahí ponerle solución. Eso me decía Patrick y lo pondré en práctica. Tomo aire, lo suelto y con los ojos cerrados pienso en qué hacer para no hundirme yo sola.

Mandarle un mensaje de advertencia a Sebas será lo más acertado ya que él ama leerme.

"Cariño, no sé nada de ti excepto el te quiero de esta mañana temprano. Todo está yendo bien. Te amo. Y por cierto, no quiero que Diane se acerque a mí."

Sí, es lo mejor. He sido directa y no quiero a Diane en mi vida. Ella es perfecta para Sebas, una mujer imponente, vestida para la ocasión y mejor amiga de mi novio, ¿por qué la querría a mi lado?

Termino de colocar los libros dejándolos en el despacho. Cuando acabe toda esta tortura de soledad le diré a Sebas que los quiero en la nueva casa, en la de ahora o en dónde sea que vivamos. Miro desde la ventana como se mueve la ciudad a punto de desmayarme porque no he dormido en toda la noche. Me siento cansada, sensible y con ganas de llorar pensando

en mi siguiente paso. Si decido llamar a los Trumper ellas me cautivarán y no tendré escapatoria para decaer si tuviera que hacerlo. Tampoco tengo fuerzas para aguantar mucho más esta mañana.

Le llamo. Vale. Sí. Lo haré.

Me salta el contestador y espero a la señal.

– Huh, Sebas, soy yo, Jocelyn. Yo… te he enviado un mensaje y bueno… quería disculparme si he… no, en realidad no quiero disculparme porque… nada, espero que regreses pronto porque te echo de menos.

– Yo también te echo de menos.

La voz ronca de Sebas llega hasta mis oídos y me giro para encontrarme en la puerta con un hombre hecho un desastre. Lleva en la mano un ramo de rosas y en la otra una caja de bombones. Sus ojos me miran intensamente, ahogados y perdidos en la misma miseria en la que me encuentro yo cuando no estoy con él. Dejo caer el móvil al suelo para correr a sus brazos olvidándome del caos mental que estaba sufriendo y he luchado satisfactoriamente porque mi hombre está aquí conmigo.

– ¿Ha acabado todo?

– Dentro de muy poco, mi reina.

Mis pequeños brazos le han atrapado fuerte y él me abraza desde su posición meciéndome con ternura mientras dejo escapar algunas lágrimas sobre su camisa arrugada. Alzando mi cabeza, su lengua se cuela muy traviesa dentro de la mía sin esperarla y le devuelvo el gesto con la misma pasión. Levanta los brazos mostrándome una cara que no quiero ver nunca, su mandíbula está firme, sus pómulos soportando las terribles ojeras y los ojos piden a gritos que duerma durante días para descansar. Mi pobre novio haciendo su trabajo y yo preocupándome de mis propias mierdas cuando él se encarga de ejercer el bien. Le amo tanto que me duele respirar ahora que lo tengo frente a mí.

– Mi amor, – acaricio su cara – ¿cómo estás? Te ves derrotado.

– No hablemos de mí, sino de ti. Este ramo es para mí graduada favorita y esta caja de bombones es para endulzarte la vida ya que tu novio es un bastardo cabrón.

Él no es ningún bastardo. Admito por un momento que he llegado a mirar lo que tenía en las manos pero nada me puede importar menos que su estado de salud. Por educación, tomo el ramo oliendo a flores frescas y los bombones que cojo sin deseo porque lo único que me endulza la vida es el hombre que está a punto de desplomarse sobre el suelo.

– ¿Vienes a casa?

Sebas pone sus ojos en mi cara buscando una salida a mi pregunta o a lo mejor está preparándose alguna mentira. Suspiro oliendo las flores sin dejar de mirarle y recibo una gentil caricia.

– Voy a casa.

Pierdo el interés en lo que sujetaba para lanzarme nuevamente contra su cuerpo haciendo que retroceda unos centímetros. Es la mejor noticia que podía darme. Siento como si mis padres hubieran oído mis suplicas y hubieran puesto a mi novio delante de mí para que ambos volvamos a casa. Estoy tan contenta por tenerle junto a mí que no me entretengo y nos dirijo al ascensor. Quiero salir de aquí y con un poco de suerte podremos hacer el amor después de dos semanas.

Aunque Sebas me deja conducir su coche yo no soy tan rápida sorteando el tráfico y lamentablemente se ha quedado dormido con su mano apoyada sobre una de mis piernas. Intento acelerar pero este caos de obras está acabando con mi paciencia. Es tan adorable durmiendo que incluso con los ojos cerrados siento lo mucho que me ama.

Al frenar el coche en la entrada de casa me cuesta despertar a Sebas porque no se mueve y gruñe que los daneses no se pueden escapar.

– Sebas, cariño.

– Ellos darán el golpe – sisea.

– Sebas, vámonos a la cama.

Abre los ojos frunciendo el ceño y mira el reloj de su muñeca pasándose las manos por su cara. Está mirando algo en el móvil después de haberme dado un casto beso.

– Tengo que irme, Joce. Esto se está poniendo feo.

– Por favor, entra en casa, come algo, descansa un rato y te prometo que te despertaré a la hora que me digas. Yo tampoco he dormido en toda la noche pensando en que llegarías. Te echo de menos.

– ¡Maldita sea! ¿Qué te crees?, ¿qué no me gustaría estar contigo? Este caso está a punto de llegar a su fin. He estado sorteando mis agendas públicas y ni siquiera puedo respirar sin que nadie pronuncie mi nombre. Créeme que todo lo hago por ti, reina. Tú me das la fuerza para dormir sobre una mesa durante dos horas al día y luego mantenerme en pie a base de cafés porque sé que tú eres la dueña de mi maldita neurona. Por favor, sé que soy una mierda pero espérame.

– Yo no me muevo de aquí, – digo con firmeza – y si no estoy en casa estaré en el paraíso Trumper o con tu madre. Estoy esperándote siempre. No lo olvides.

– Claro que no, mi reina. Solo quería escucharte, – acaricia mi cara como si no lo hubiera hecho en años – te quiero Jocelyn Harden y me muero por hacerte mi esposa. Este caso será el último que haga. Siento haberme perdido tu graduación. Estoy orgulloso de ti.

Sonrío con nostalgia porque Sebas se ha perdido el día más importante para él dado que me apoyó en mi carrera obligándome a que la terminara. Él acaba de echar la cabeza hacia atrás y se ha quedado dormido mientras me ha susurrado lo mucho que me quiere.

No cometeré el mismo error de despertarle para que se vaya sin haber descansado y así desfallecer en cualquier parte. Los asientos de su coche son cómodos y no dudo en echar el suyo hacia atrás. Es tan guapo tumbado por completo bajo el manto del sol que le da a través de los cristales. Entro en casa para coger una sábana echándola por el techo que cae haciéndole sombra, mi pobre Sebas se estaba asfixiando de calor. Yo también estoy a punto de desfallecer pero amo cuidarle ahora que me necesita, no hay derecho a la vida que está llevando por sí mismo creyéndose que puede hacer todo él solo. Mi Sebas cabezota. Pongo el aire acondicionado en el nivel dos para crear un clima de frescura dentro del coche, le quito los zapatos y entro por la puerta del conductor para comprobar que está a gusto.

Me quedo embobada con Sebas como la primera vez que le vi. Él era tan joven y atractivo, y ahora tan maduro y varonil que me excita con tan solo mirarle. Mi novio se ha quedado dormido sin pudor y sin nadie que le moleste. Huh, voy a… tengo que desconectarle los móviles para que no suenen. Le dejaré dormir hasta que despierte hecho una furia y asumiré las consecuencias. Le desabrocho los botones de la camisa para que no se sienta agobiado, también el del cinturón y el botón de sus pantalones riéndome de mis pensamientos traviesos. Meto la mano en su bolsillo derecho y al otro lado cae la cartera que abro por curiosidad, él tiene una foto de los dos que nos hicimos en una fiesta hace años. La cierro porque no quiero ser cotilla y la meto en la guantera con cuidado aprovechando para estirarle las piernas, la circulación debe de correr por todo su cuerpo.

El aire fresco se va notando aquí adentro ganando al tremendo sol que hace afuera. Meto la mano con cuidado en el bolsillo izquierdo y caen los móviles junto con una pequeña caja de terciopelo. Muerdo mi labio emocionada por lo que me ha comprado pero está vacía, huh, quizás se le haya caído o algo pero aquí no veo nada. Dejo la caja en la guantera también porque no quiero adelantar acontecimientos y me acomodo en el asiento para desactivar estos móviles que tienen a Sebas tan ocupado. Solo por aburrimiento leo los mensajes que le mandan su familia con total discreción; es decir, en mayúscula y regañándole por no atenderme. Hay uno en el que Nancy le dice que le va a lanzar las diez mil hectáreas de su casa por no haber ido a mi graduación y sus hermanos también le regañan por su comportamiento. Sobre su madre, esos mejor no los leo. El móvil está silenciado y me extraña porque Sebas suele tenerlo con sonido. Yo también me pongo en contacto con él a través de este pero no importa.

El otro móvil ha tenido una llamada entrante hace cinco minutos y justo ahora me doy cuenta que lo tenía en silencio. Miro a Sebas sonriéndole porque es hermoso cuando duerme, tengo a mi lado a un hombre maravilloso y es malditamente mío. Desbloqueo su móvil del trabajo porque en realidad nunca me ha ocultado nada. Yo estoy al tanto de lo que hace a pesar de que ha estado más liado por el tema de la reunión entre los daneses y malayos. Recibe llamadas de un sargento y de Rick sobretodo, también tiene grabado el nombre de Trevor Carter así como nombres que no tienen fin. Todos son meramente normales hasta que doy

con dos que me llaman la atención; Gina y Loren H. ¿Qué hace hablando con Gina? ¿Y quién demonios es Loren H.? Que yo recuerde solo tiene a dos mujeres con aspecto de varón trabajando con él y sus nombres son Zeta 1 y Zeta 2 tal y como las tiene grabadas en este móvil.

Salgo del coche con un poco de ansiedad y con su móvil en las manos. No tiene mensajes y si los tiene los ha borrado. No quiero enloquecer porque confío en él, pero algo dentro de mí me dice que mi intranquilidad está relacionada con esas dos mujeres. ¿Se creía Gina que no me lo iba a decir? ¿O esa tal Loren H.? Por favor, mi novio me cuenta todo, es solo que… huh… él no ha tenido tiempo y esperaré a su explicación. Sí. Esta nueva Jocelyn no tiene por qué dudar. Además, Gina es fea y yo no. Sebas me lo ha dicho y para él soy guapa. ¿Y esa Loren H.?

Entro en casa para grabar en mi móvil el número de esas dos en caso de que necesite llamarlas para averiguar quiénes son. He descubierto justo ahora que me quiero especializar en Abogada Criminalista para defenderme cuando cometa el crimen con ellas.

Guardo sus cosas en la guantera cerrando todas las puertas excepto la suya, que dejo caer la sábana desde el techo Espero que tenga un buen sueño porque yo también me voy a dormir y cuando nos despertemos él me dará explicaciones.

Los gritos de Sebas me levantan prácticamente de la cama, ya ha anochecido y hemos estado todo el día durmiendo. Sonrío porque no pensaba que iba a dormir tanto pero lo necesitaba y me alegro de que él también esté descansado. Entra en casa echo un huracán con el brazo en alto y señalándome con el dedo índice.

– Buenas tardes, noches o días, cariño.

– ¡NO!

– Date una ducha anda, que voy a prepararte un bocadillo o algo.

– ¡Maldita sea! ¿Por qué me has dejado dormir?

– Te has quedado dormido, yo no he hecho nada.

Sebas me besa y se va al baño renegando que no puede retrasarse. El grifo de la ducha empieza a funcionar y yo ruedo en la cama porque estos

momentos me hacen muy felices. Sebas y yo juntos, no pido más.

Le preparo un gran sándwich y saco del frigorífico su bebida isotónica favorita mientras observo a lo lejos como se viste de nuevo.

– No tengo tiempo, Joce. Los daneses van a dar el golpe definitivo este fin de semana en la reunión con los malayos.

– Come algo, por favor.

Se remanga la camisa sin corbata hasta los codos y se ha puesto unos vaqueros ajustados que otros disfrutarán más de su vista que yo. Rodea la isla para darme un beso y por fin consigo que hinque los dientes en el sándwich.

– Los daneses se irán este fin de semana en cuanto se reúnan con los malayos, – mi novio está masticando como lo hace su hermano Sebastian – estamos esperando a que den el golpe para pillarlos con las manos en la masa. Con un poco de suerte y eficacia todo habrá acabado el domingo.

– ¿Hablas en serio? Mi novio volverá a la vida humana.

Me gruñe casi acabando con el sándwich en menos de lo que me esperaba.

Viene a mi mente dos nombres femeninos pero decido no preguntarle ya que esto va a llegar a su fin. Sebas me lo contará con tranquilidad.

– Por cierto, ¿qué ha pasado con Diane?

– Ha venido a disculparse por aquella noche en el club. No me acordaba de lo desagradable que fue y tampoco tengo interés en ser su amiga.

– Joce, ella es una buena amiga mía y la conozco desde hace años. Prométeme que lo intentarás. Se lleva muy bien con Nancy.

– Entonces no nos necesitamos mutuamente. No me interesa porque no confío en ella. Me ha explicado lo de las infidelidades, algo de que han venido de vacaciones y que le habías pedido que fuera a verme.

– Pero eso pasó hace un par de meses cuando sucedió. No sabía que iba a ir a verte hoy – se levanta tragando hasta la última gota de su bebida y se acerca a mí para besarme otra vez – ¿todo bien aquí?

Me cuesta mantener para mí todo lo que deseo decirle pero no quiero interferir en las últimas andadas de mi novio en el caso. Él ha trabajado muy duro y supongo que podré esperar un poco más. Le regalo una sonrisa asintiendo y atrayéndolo hacia mí para demostrarle que le echo de menos en un aspecto de nuestras vidas que tenemos olvidado.

– Todo bien, Señor Trumper.

Ronronea subiéndome de un salto a la encimera para adueñarse de mi boca con posesión. Roza mi espalda hasta llegar a mi nuca que acaricia con sutileza haciendo que el vello se me erice. Huelo el aroma de su perfume que emana de su cuerpo, su cuello está lleno de venas que sobresalen, la camisa no está del todo desabrochada y dejo a un lado nuestro beso para taparle bien, no quiero miradas indiscretas sobre mi hombre.

– ¿Qué pasa? ¿Ahora no te importa que me asfixie de calor? – Muerde mi labio inferior.

– Te resfriarás.

– ¿Un resfriado en junio?

– Sí, un resfriado en junio.

Me muerde una vez más alejándose para beber agua fresca del frigorífico antes de irse.

– ¿Dónde has dejado mis cosas?

– En la guantera.

– Gracias, reina. Tengo prisa, – otro beso rápido que me sabe a poco – quisiera quedarme aquí contigo pero me ha hecho feliz este descanso y poder verte. No voy a hacerte ninguna promesa, aunque sí una que te gustará; este fin de semana doy por cerrado el caso. ¿De acuerdo?

– De acuerdo.

Le nuestro mis dientes e incluso aplaudo emocionada por la buena noticia. Si he esperado estas semanas agónicas para mí puedo esperar unos días más.

Apoya sus manos a ambos lados de mi cuerpo quedando cara a cara conmigo.

– Entraré en casa, te cogeré en brazos, te pondré sobre uno de mis hombros y malditamente te follaré hasta el día de nuestra boda. ¿Esto también te queda claro?

– Como el agua.

– Vete al paraíso Trumper, no me gusta que estés sola. Si vengo a casa será para cambiarme de ropa ya que no tengo ni idea de donde están mis trajes, la ropa sucia, la limpia ni cuantos tickets de la tintorería tengo esparcidos por esa maldita casa.

– Eso suena a que te has comprado muchos trajes. Ten cuidado Sebas, prométeme que vendrás sano y salvo.

– No pasará nada malo. Te quiero reina, – aprieta mi trasero a punto de hacerme caer al suelo de lo cerca que estamos, él tiene su erección y… huh… – y no solo yo te echo de menos. Quiero dedicarme a ti el tiempo que te mereces y no los cinco minutos de polvo rápido que pasarían ahora si lo hiciéramos.

– Puedo esperar. Lo he hecho durante cinco años. Soñaré contigo mientras duermo y te esperaré en casa porque quiero estar aquí cada vez que aparezcas. Ya me buscaré algo que hacer. Tengo una boda que preparar y tu madre está frenética ya que se nos echa la fecha encima. Prometo no tomar ninguna decisión importante sin ti.

– Haz lo que quieras Jocelyn, con que esté el cura me es suficiente. Ya sabes que no soy muy católico o creyente.

– Tú y tus malos recuerdos con los curas.

– Te quiero. Me voy.

– Yo también te quiero.

Y con un beso sellamos un adiós diferente que me devolverá a mi Sebas libre de responsabilidad y todo para mí.

Cuando su coche se marcha a todo gas me doy cuenta que me he quedado sin vehículo. Mi novio tiene como dos o tres de ellos y ninguno está aquí. Siempre me olvido de preguntar dónde dejó el coche que pertenecía a mi abuela. El que solía conducir está en el garaje del bufete y el resto estarán esparcidos en algún punto de la ciudad. Supongo. Sin

embargo, dejo a un lado mi preocupación porque esta noche me dedicaré a ver la televisión ahora que me siento más relajada después de haber tenido a Sebas conmigo. Solo han sido unos minutos pero valiosos para mí.

Degustar el helado de chocolate mientras tengo al teléfono a Nancy se hace divertido. Me está contando las últimas novedades del romance Sebastian y Rachel. Al parecer, ella ha vuelto a golpearle en los genitales porque ha pegado a un tal Alexei. Las dos nos estamos riendo después de tener una conversación sobre la varicela que cada vez va despareciendo ya que las niñas se encuentran mucho mejor e incluso Bastian ya ha mejorado. Le he contado dónde ha dormido Sebas hoy mismo y ha alucinado por el exceso de trabajo que se echa sobre su espalda cuando podría estar conmigo, pero se ha alegrado de que este fin de semana cierre el caso y podamos estar juntos.

Pronto acabo durmiendo otra vez más cansada y amanezco con un Sebas que está tecleando sobre el ordenador.

– Dormilona – se quita las gafas dirigiéndose hacia mí.

– ¿Es un sueño?

– No, reina. He venido solo un rato para hablar contigo.

Restriego con mis puños los ojos llorosos de haber dormido demasiado y al mismo tiempo frunciendo el ceño, no me gusta lo que me vaya a decir.

– Ya has acabado el caso y vas a hacer el papeleo, ¿no es cierto?

– Algo así. Pero no, Joce – besa mi frente y me paro a analizar que lleva la misma ropa que ayer. Parece que no ha dormido tampoco.

– Me hubiera gustado oírte decir que sí, que por fin has finalizado esta tortura.

Vuelve a besar mi frente. Él agarra mis manos delicadamente y las besa susurrando cuánto me ha echado de menos. Está pendiente de hacia dónde miro o si estoy despierta. Hago una mueca por lo mal que debo de lucir con una camiseta ancha y fea.

– Tengo que ir a North Down.

– ¿North Down? Eso está como a una hora de aquí, ¿no?

– Un poco lejos, sí. Tenemos la certeza de que los daneses y los malayos se están viendo allí desde hace unos días. En principio vamos solo Rick y yo para echar un vistazo. Luego se unirán las demás patrullas que estarán en alerta.

– Huh, ¿todo el fin de semana?

– Todo el fin de semana. Ahora mismo iba a darme una ducha para preparar algunas cosas que quiero llevarme en una mochila, ¿me ayudas?

Le confirmo que sí con la cabeza saliendo de la cama en bragas y flaqueando sobre él ya que me arrastra tocándome el trasero con ternura. Levanta mi camiseta poco a poco dándose el lujo de empezar algo que espero que acabe.

– Te echo de menos – susurro.

– Yo te echo de menos mucho más que tú a mí. Eres la armonía de mi vida. Te quiero, reina. Debemos salir antes del medio día para instalarnos en un hotel fingiendo que se nos ha roto el coche porque el taller del pueblo cierra los viernes al medio día.

– ¡Qué inconsecuentes! – Me río imitando a Bastian – ah, las niñas ya están mejor, tu padre recuperado y tu hermano igual de cascarrabias.

– ¿Sí? Me alegro de que todos estén bien. Llevo una infinidad de tiempo sin tocar mi móvil familiar, sabiendo que estás a salvo me es más que suficiente. Tengo ganas de apretujar a esas pequeñas.

– Dulce Bebé pregunta por su tito Sebas continuamente. Le convencemos de que su tita Jocelyn le tiene secuestrado y le dice a su padre que por qué no hacemos algo.

– Esa niña va a ser muy inteligente y una Trumper al cien por cien. Vayamos a darnos juntos una ducha porque me muero de ganas por hacerte mía ahí adentro antes de que tenga a Rick tocando a la puerta en menos de media hora.

– ¿Él viene a recogerte?

– Sí. Vamos con un coche oficial, ventanas blindadas y con GPS para ser localizados.

– Sebas, parece peligroso, no quiero que te hagan daño.

– No lo harán.

Se levanta quitándose la ropa poco a poco mientras abre el grifo de la ducha. Yo discuto con él por unos minutos hasta que entiende que estoy hablando con Margaret, ella está gritando lo desconsiderados que somos por no haberla llamado ni ayer ni hoy. Le tranquilizo contándole que hoy quiero quedar con ella para que hablemos cosas de la boda y cuelga mucho más tranquila. Sebas se está duchando distraído por lo que tendrá en mente cuando me fijo en su figura por la puerta de la ducha, desde sus anchos hombros, su trasero firme y sus piernas tonificadas. No tendrá tiempo de ir al gimnasio pero se conserva muy bien para su edad. Un tema que me hace pensar en Bastian y pongo una sonrisa en mi cara porque sé cómo meterme con él cuando me regaña por lo mal novia que soy por no obedecer a Sebas.

– Amor, ¿os preparo algo de comer para llevaros en el camino?

– No te molestes, ya nos pillaremos algunas hamburguesas.

Espero sentada en la cama cuando sale del baño con una toalla sobre su cintura. Para mi decepción, se viste con unos pantalones vaqueros negros y una camiseta de manga corta del mismo color. Verle así me recuerda a que seguramente se ponga un chaleco antibalas porque luce como si se estuviera preparando para algo peor.

– ¿Vas a ponerte un chaleco antibalas?

– ¿Qué? No.

– Tu ropa es negra y te recuerdo que no eres policía. Desconoces el uso de un arma, Sebas. Por favor, miénteme si me dices que vas a disparar a alguien.

– Eh, eh, tranquila reina, – me frunce el ceño mirándome con intensidad – no voy a tocar una maldita arma y ni mucho menos disparar. He escogido el negro porque es el color de la noche y paso de cambiarme en un hotel de mierda, eso se lo dejo a Rick. Yo quiero salir preparado de casa. ¿Vale?

– No lo sé. Siento que te voy a perder y que puedo evitarlo.

– Jocelyn, no vas a perderme. Piensa que necesito ir allí, llevar a toda la tropa para detener a los peces gordos y parar el tráfico que entra por el lago. Nos ha costado la vida dar con ellos en North Down.

– Está bien. Haz tú trabajo pero vuelve sano y salvo. Por favor.

– Dalo por hecho. El lunes empezará nuestra nueva vida y yo me tomaré unas largas vacaciones porque no pienso volver hasta septiembre aunque se esté cayendo la ciudad a pedazos.

Nos despedimos detrás de la puerta porque Rick ha venido a por él, me ha saludado con la mano y Sebas pone en el asiento trasero una mochila con algunas mudas para el fin de semana. Me quedo mirando a la nada por dónde se ha ido el coche porque ya le echo de menos. Él está actuando como si fuera del FBI y sé que pasará algo malo dado la valentía de los Trumper para enfrentarse a todo. Con un nudo en la garganta que estará ahí por el resto del fin de semana retomo la conversación con Margaret una vez que tecleo su número.

– Siento haber colgado antes. Pensé que Sebas me llamaba desde el baño.

– ¡Mentirosa! Me querías colgar porque no te ha gustado la idea de poner la orquesta al lado del buffet libre. Te conozco Jocelyn Harden y no vas a mentirme. Lo tacho de mi lista. También tenemos que hablar sobre los regalos en la mesa, porque es muy importante saber que…

Me es imposible permitir que su voz penetre en mi cerebro, ya no puedo oír más cómo pretende poner la banda, las mesas o el contenido del menú principal. Quiere unas sillas especiales para las niñas así como personas que se encarguen de organizar los regalos que vayan trayendo y yo le he explicado cómo diez millones de veces que solo acudirán la familia y amigos. No me apetece compartir ese día y esa ofrenda al cielo que quiero hacer con personas a las que desconozco.

Con el móvil colgando entre mi oreja y el hombro pongo a lavar las toallas que Sebas ha usado. Cojo su ropa al vuelo para ponerla en el cesto cuando una tarjeta se cae llamando el cien por cien de mi atención. Un

dibujo con tres palmeras y la figura de una mujer en letras doradas me confirman lo que sospechaba; Sebas ha estado en un club de strippers.

Cuelgo la llamada dejando el móvil caer al suelo junto con la ropa que se me cae de las manos para centrarme en la tarjeta, es la figura de la mujer la que me tiene a punto de entrar en mi burbuja de nuevo. Le doy la media vuelta y esto me confirma el destino de mi novio ya que hay escrita una dirección de North Down.

Me ha mentido.

Sebas me ha mentido.

Él pensaba que iba a engañar a la pobre de Jocelyn y me he creído que de verdad iba a trabajar. ¿A un club de strippers? ¿Por qué no me ha contado que hará allí? Ahora caigo en que solo van Rick y él, los más atractivos de todos, los únicos que van a disfrutar de los cuerpos desnudos de esas mujeres. Si se está riendo de mí lo ha conseguido porque he caído como una tonta en su trampa.

Ya va siendo hora de acabar con esta farsa y entrar de nuevo en mi burbuja. El Sebas de allí jamás me mentiría ni tendría la necesidad de ver a mujeres desnudas. No hemos hecho el amor en dos semanas, está cargado de semen y se excitará con mujeres que no son yo.

La peor de mis pesadillas se ha hecho realidad.

Sebas siéndome infiel.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Tropiezo en el suelo apoyando las palmas de mis manos para protegerme de la caída y escupo los restos de matorrales que se han pegado a mis labios.

– ¡Oh Dios mío! Jocelyn, ¿estás bien?

– Huh, sí, eso creo.

Nancy suelta de una vez aquello que se estuviera comiendo para ayudarme a ponerme en pie. Me da un poco de agua y enjuago mi boca con rapidez retomando mi camino con celeridad dejándola atrás. Tengo un objetivo entre ceja y ceja llamado Sebas Trumper ya que voy a averiguar el porqué está en un club de stripper en North Down cuando debería estar en casa conmigo.

Llevo desde el viernes sin noticias de mi novio. Me escribe mensajes en la madrugada sabiendo que estoy durmiendo y luego se pasa el resto del día incomunicado para evitarme. Hoy me he armado de valor y en la casa de mis suegros le he contado a Nancy la tarjeta que encontré, y aquí estamos, a las tantas de la noche perdidas entre palmeras buscando el club de las luces que vemos a lo lejos. Hemos engañado a todos diciéndoles que íbamos a tener una noche de chicas en casa para planear la boda. Y como Bastian no se lo ha creído, hemos metido en el engaño a Rachel que nos estará cubriendo por si nos pasase algo ya que supuestamente estamos en su apartamento. Nos ha costado desactivar los GPS de los tres móviles que Bastian le obliga llevar a Nancy, no queremos arriesgarnos a que mi cuñado llame a su esposa confirmándole que estamos con Rachel. Ese control compulsivo sobre ella debería de tratárselo porque él es un dolor en el trasero. Cómo su hermano.

Llevo dos días que escupo fuego a todo lo que se me ponga por delante y consumiéndome en la propia lava del volcán que mi novio ha hecho estallar en una gran erupción. Sí, dando pasos firmes, constantes y largos para llegar a esa cosa que brilla en mitad de un bosque lleno de palmeras mientras me trago cada dos por tres las ramas que nos estamos encontrando en nuestro camino. Nancy es mi compañera de batalla, ella se ha ofrecido a acompañarme y en parte la necesito. Ya conozco esa parte de su historia cuando entró en un club muy secreto para descubrir los secretos de su marido, me ha animado a que luche por mi novio y si hay terceras personas de por medio que le arranque los pelos. Tanto Nancy como Rachel han sido mis dos grandes apoyos, las que hablan luchando con sus Trumper a diario mientras yo no puedo ni enfrentarme al mío porque nunca está conmigo. He buscado el animal que llevo dentro según las chicas, me he vestido enseñando más piel de la que me gustaría, me he soltado el pelo dejando mis rizos al aire y el maquillaje de noche junto con mis pechos son lo único que van a llamar la atención una vez que ponga los dos pies dentro de ese club.

– Jocelyn, no corras tanto. Recuerda que llevo dentro de mí otro Trumper que pesará al nacer cinco kilos y medio y ya está en su etapa de crecimiento.

– Te dije que te quedaras en el coche.

– ¿Y dejarte sola? No lo apruebo. Ni yo ni mi futuro bebé que yace en mi interior. ¿Quieres regaliz de fresa?

– No, – freno para que no se quede atrás agarrándola de la mano– quiero acabar con todo para sufrirlo después. Cuanto antes empiece antes pongo punto y final a lo que sea.

– ¿Tienes claro lo que vamos a hacer una vez que lleguemos?

– A ti con suerte no te dejarán entrar y yo entraré, huh… y saldré muerta de miedo, volveremos a casa y os diré una vez más que esto ha sido una mala idea.

– Jocelyn, para, – de un tirón soltándose de mi agarre para encararme en la oscuridad – estamos en mitad de un descampado repleto de palmeras y no me estoy tragando las hojas de los árboles para que entres allí y después

salgas. Llega hasta el fondo de tus preocupaciones. Confío plenamente en Sebas a pesar de que Rachel y tú digáis lo contrario. Los hermanos Trumper son fieles a una sola mujer, ellos no son lo mejor en actitud y mi marido se lleva el premio al más insoportable, pero son buenos hombres con buenos corazones. Sebas estará finiquitando el caso tal y como te dijo, no estaría aquí si yo no confiara en él, y si yo lo hago, también deberías hacerlo tú.

– Es fácil decirlo cuando tú no te has encontrado con una tarjeta de un club de strippers.

– No, lo mío era mucho mejor por supuesto. Tenía a la puta de Bastian tocándome las narices todo el tiempo y ella misma se encargaba de darme las tarjetitas, dejarme pistas y mearle a su alrededor cada dos por tres. Y cuando me daba la media vuelta, Ria se lo llevaba a su terreno hasta cegarlo con sus mentiras. A mí me tocó dar el golpe en la mesa y reclamar lo que es mío, tú harás lo mismo pero sigo pensando que está trabajando en el caso.

– Quiero volver a Chicago. Tienes razón, a lo mejor está trabajando y estoy volviéndome loca. Estaban esperando a movilizar a su equipo, y tal vez Sebas esté dentro del motel haciendo de espía controlando las cámaras o algo. ¿Quién sabe? ¿Y si meto la pata?

– Cielo, haz lo que te pida tu corazón. Yo tuve muchas dudas en el pasado y la mejor solución era volverme valiente. Me convertí en una neandertal cavernícola cuando se trataba de Bastian porque siendo una dulzura de persona no conseguías nada. Jocelyn, ellos son hombres importantes y se mueven en un mundo repleto de enemigos. ¿Qué quieres hacer?

Arrastrar a Sebas por los pelos a través de toda esta selva amazónica y traerlo de vuelta a casa. Ese sería mi plan perfecto. Recuperarle, ponerle los pies sobre la Tierra y gritarle lo tonto que es trabajando en un caso que ni le va ni le viene. Este hombre quiere ser el más honorable de la ciudad, colgarse algunas medallas que le otorguen los actos cargos y luego presumir que el caso se resolvió en un club de mujeres desnudas. ¿Cómo de orgulloso estaría él contando la última parte? Con su cabeza en alto y arrogante. Nadie le preguntaría por su novia porque los buenos hombres con novias no

necesitan meterse en un club para ver los pezones al aire de todas esas que se contonean sobre los novios ajenos.

– Estoy enfadada, Nancy. Y más que enfadada, dolida.

– Oh, esa mezcla no es buena. Porque no hay nada peor que una mujer dolida cuando se imagina que hay terceras personas en medio de su relación. ¿Seguimos?

Seguir o no seguir. Escucho a mi corazón que me dice la estupidez más tonta que voy a cometer si una mujer no delgada como yo aparece en un club de strippers. Mi cabeza me guía por el buen camino indicándome que debo de entrar allí como la mujer hermosa que soy y montarme sobre las piernas de mi novio, esté trabajando o no. Y mi conciencia me está mandando de vuelta a casa ya que es una locura todo lo que estoy haciendo mientras arrastro a Nancy conmigo. Ella se muere por vivir alguna aventura a espaldas de Bastian y me dolería si provocara que ellos discutiesen por mi culpa o por mis celos tontos. Quizás sí que me he precipitado y he actuado con el dolor, pero no ha sido mi culpa haber encontrado esa tarjeta o los contactos de Gina y Loren H.

– ¿Y qué hago con esas dos?

– Ya te lo hemos dicho Rachel y yo. Serán sus mises, no lo han llamado al familiar y eso es una gran ventaja para mi cuñado. Gina se estará volviendo loca intentando recuperar su trabajo y esa Loren será una miss que le echará de menos o vete a saber. ¿No te ha dicho nada de su club?

– No hemos tenido tiempo de hablar sobre el tema. Ya sabéis que estos últimos meses han sido una locura para los dos, por mi inestabilidad mental, su trabajo constante y la falta de tiempo para estar juntos y comunicarnos. No es lo mismo contarnos como nos ha ido el día en una corta conversación que entrar en detalles más profundos, y cuando lo hemos hecho, siempre ha sido sobre cómo me sentía o mi evolución.

Bajo los hombros desanimándome pero Nancy me llama la atención porque tiene el ceño fruncido.

– Vamos a entrar a dentro y me da igual que vaya vestida como una monja. Lo haremos y tú recuperarás a Sebas porque él lo dejaría todo por ti. Este caso le ha llevado a no cuidarte lo suficiente, a desatender a sus

sobrinas y familia, y por supuesto, a ser un estirado ya que se pasa todo el día trabajando. Le preguntarás por su club, le dirás que lo cierre, pondrás tu orgullo sobre la mesa y le retarás a que lo tome o lo deje. ¿De acuerdo?

– Huh… a veces creo que hablas como Bastian.

– Ya sabes, quien duerme en el mismo colchón…

Ambas nos reímos y recuperamos el camino en la oscuridad. Nos ayudamos de las linternas en los móviles que nos guían hasta el gran cartel de neón.

Tras pasar nuestro último tramo del recorrido en silencio excepto por como masticaba Nancy sus regalices, nos paramos en la parte de atrás del club que se ve más grande de cerca que de lejos. Es una casa enorme de dos o tres plantas por los acabados del techo dónde está el cartel de neón con la mujer desnuda y las tres palmeras detrás. Pienso que nos estamos metiendo en serios problemas ya que aquí podrían estar los daneses y malayos, hombres realmente peligrosos que no dudarán en secuestrarnos o matarnos. Por este pensamiento, aparto a mi cuñada hacia atrás con certeza, no la quiero dentro.

– Tienes que irte.

– ¿Qué?

– Sí, huh… trae el coche. Lo hemos dejado muy lejos, ¿no crees? – Ella se cruza de brazos enfadada igual que su marido – vale, es que puede que esos traficantes estén aquí y es peligroso. Nadie me perdonaría que te pasase algo a ti o a tú bebé.

– Jocelyn, no voy a dejarte sola. Somos familia para lo bueno y lo malo. Solo demos una vuelta, hay mujeres ahí adentro y podemos mezclarnos entre ellas sin problemas. Fingir que somos las esposas de hombres muy poderosos, que en mi caso es verdad, pero no entremos en detalles ahora mismo. Ciñámonos al plan.

– ¿Qué plan? No hay ningún plan.

– Yo entré al club tomando otro camino que el habitual. Nosotras entraremos por la puerta de atrás fingiendo algo o buscaremos una ventana.

– Te veo muy animada para esto, Nancy, puede volverse serio.

– Boba, no hemos conducido una hora para echarnos hacia atrás. Siempre podemos culpar a Sebas por no ser un buen novio contigo.

– Sí… él sí es un buen novio, solo que… huh…

– Oh, ya estás poniendo esa carita de enamorada otra vez cuando hablas de Sebas. Saquemos nuestro genio Trumper y echémosle valentía a la situación.

– ¿Estás segura?

– Tan segura como que voy a entrar al baño porque la vejiga me va a explotar.

Sonrío por la fuerza que me trasmite mi cuñada. Nos abrazamos devolviéndonos algunas palabras de cariño para rodear la casa que me llevará a Sebas, en caso de que esté aquí.

Parece ser que la entrada del club está frente a la carretera, justo a nuestra derecha. Tomamos el camino de la izquierda mientras vigilamos en la oscuridad a hombres de negro cuando damos con la entrada trasera. Nos escondemos detrás de unos arbustos porque hemos escuchado voces y salimos tan rápido pasan. Hay algunas mujeres fumando y decidimos que debemos seguir caminando hasta encontrar algun lugar solitario por donde entrar. El otro lado opuesto está repleto de coches de lujo, gente y motos aparcadas en línea. Por lo tanto, retrocedemos a nuestro punto de partida encontrándonos con los gemidos de una pareja practicando el sexo contra la pared al lado de una ventana. Ahora esperamos escondidas a que terminen para entrar por ahí ya que es el único sitio sin nadie alrededor.

– ¡No mires! – Susurro de rodillas junto a Nancy.

– ¿Crees que veo algo desde aquí? Solo digo que ese hombre debe de tener un buen armamento a juzgar por lo bien que se lo está pasando ella, – se ríe en voz baja – oh, echo de menos a Bastian. Pobrecito, algún día le contaré esta aventura y seguro que hará una torre en casa para encerrarme allí de por vida.

– Tu marido es un hombre feliz en la actualidad. Cuando yo le conocí era la persona más exasperante que haya conocido en mi vida. Estaba perdido y arrastraba a sus hermanos para que fueran testigos de cómo caía

profundamente en su tortura. Era horrible, yo vi como luchaba en esas calles tan oscuras recibiendo palizas y sus hermanos siempre aparecían para defenderle y hacerle reaccionar. Y yo sabía que es un buen hombre. Se le ve en la mirada que no da un paso sin ti o las niñas y eso es muy dulce, el tener a alguien pendiente de ti veinticuatro horas al día. Debe de ser muy romántico.

– Lo es. A veces me vuelve loca, me hace rabiar y enfadar, pero luego sabe cómo llevarme a su terreno. No he discutido con él desde que éramos novios y si lo hemos hecho ha sido porque piensa que voy a huir de él.

– ¿Crees que Sebas todavía teme que huya?

– Sí, y a Sebastian también le pasará. Tienen esos genes que viven con el temor a perder lo que han conseguido y a que sus sueños se esfumen. Siempre dejo a Bastian que se enfade, que se queje y que reaccione como quiera porque yo tengo la última palabra. Una vez que le demuestres a Sebas que no huirás y que tú llevas el dominio de la relación, se relajará hasta el punto de que se crea por fin que ha conseguido retenerte para siempre. A mi marido todavía le cuesta, no te creas que solo somos sonrisas todo el tiempo, discutimos por lo testarudo y cabezota que es, pero solo necesita que yo lo sepa y a los dos segundos se le ha olvidado. Es como si quisiera compartir conmigo que no está conforme con situaciones que podrían alejarme de él. Bastian se queja por mi ropa y me di cuenta que es su manera de decirme que se muere de celos. ¿Qué pasaría si fuera al revés y ellos salieran a la calle sin camiseta? Nosotras veríamos como las mujeres babean a su alrededor. Pues mi marido lo exagera bastante, pero también lo entiendo y por eso llegamos a un punto de concordancia con ese tema. Y con todos, cuando te enamoras de alguien tienes que encontrar el punto de equilibro y confianza para así formar una relación estable para siempre. A mí me costó mucho decidirme, pero cuando lo hice, te puedo asegurar al cien por cien que soy la mujer más feliz del mundo junto a Bastian Trumper. Es tu momento, es tu historia y ahora te toca a ti ser la más feliz junto a Sebas Trumper. No llores más y entremos por esa ventana, la parejita se ha ido. Quiero ver cómo tu hombre se rinde ante ti porque yo sentí lo mismo cuando Bastian se rindió ante mí.

Si lloro es porque ella me ha hecho llorar, he intentado que no me viera pero sus palabras me han llegado al alma. Mi cuñada me ha confesado en más de una ocasión que su relación no fue perfecta al principio y que le costó salir del cascarón en el que estaba para luchar contra un hombre muy diferente al resto. Siempre me ha dicho que Sebas es diferente, que es cariñoso, atento, un buen hombre y que me he llevado al mejor. Nancy ha hecho que abra los ojos para darme cuenta que si ella puede controlar al peor de los hermanos, lo mío con Sebas se queda en nada una vez que me plante delante de él y le haga escoger entre las mentiras o yo.

Nos abrazamos en un último empujón que me animará para enfrentarme a lo que sea que haya dentro. Ella está comiendo de nuevo y hemos cruzado nuestros dedos pequeños haciendo un juramento de unión de cuñadas para el resto de nuestras vidas. Nancy será mi apoyo personal y me quitará la venda cuando decida ponérmela porque tengo que luchar por mi relación con Sebas.

Allá voy.

– Es hora de entrar por esa ventana antes de que nos vean. ¿Y si está cerrada? ¿Qué hacemos si hay alguien al otro lado? Nancy, dime que no habrá nadie o me muero de vergüenza. Visto como una fulana.

– Eh, que ese vestido me lo compré yo para una cena con Bastian.

– ¿Qué pretendías esa noche con él puesto?

Nancy se ríe tragando más regaliz que le sale del bolso.

– ¿Si te dijera que el vestido no me duró puesto ni un minuto, me creerías?

– Huh… no quiero detalles. Bastian y tú practicando el sexo es algo que no quiero ni imaginarme.

– Practicar el sexo lo dicen las personas con media neurona, abogada – sigue riéndose, sé que no es de mí pero ella parece haber encontrado divertido a cómo le llamo yo a practicar el sexo. Tal y cómo es, pero nunca me entendería.

– Entonces, ¿entramos ya?

– Al ataque, – susurra levantándose mientras la sigo muy de cerca – ¿quieres un regaliz?, ¿no te desmayarás a que no? Sebas cortaría mis ovarios, mis brazos y mis piernas si te sucediera algo.

– Estoy bien, muerta de miedo, sensible por nuestras conversaciones profundas, y muy apenada por lo que pueda haber ahí adentro.

– Jocelyn, ya sabes, mujeres desnudas y cosas así.

– Ya, eso lo dices porque Bastian no está ahí adentro.

– Pero lo estuvo y ese día le mandé a la mierda y me fui con Trevor.

– Hablando de Trevor…– ella está mirando a través de la ventana, da saltitos porque está un poco alta – ¿sabes que él tuvo un enamoramiento contigo?

– Me lo dijo Sebas y no pienso decirle nada a Bastian. Prefiero ocultarle esa pequeña información para darle una larga vida a Trevor. De todas formas, él es un poco mayor para mí y va a ser padre por primera vez con su nueva mujer Nella. A este tipo de situaciones me refiero con manejar a un Trumper, conoce sus defectos que llegarás a sus virtudes. ¿Subimos?

– Huh… sí. ¿Y si buscamos alguna piedra o algo?

Retrocedemos dando por finalizada nuestra conversación y nos ponemos manos a la obra en la misión; ¿¡qué demonios hace mi Sebas dentro de un club de strippers!? Me toca cargar con una piedra que pesa bastante porque no quiero que Nancy coja peso en su estado, menos mal que no llevo tacones o ya estaría coja. La dejo caer acalorada debajo de la ventana y volvemos a escondernos porque han pasado unos hombres que discutían sobre el tamaño de los pechos de una de las mujeres. Cuando el peligro pasa, soy la primera en ponerme sobre la piedra y dar un pequeño salto que me lleva a una ventana que está cerrada.

– ¿Qué hay dentro? Dime algo.

– Yo no puedo abrirla, Nancy.

– Oh, es imposible que se abra si no… – rompo el cristal porque había visto la cerradura y la abro – ¿Jocelyn?, ¿estás bien?, ¿se ha roto?

– No subas, espera a que te ayude primero porque no puedes presionar tu barriga aquí.

– Pero no me apartes de la parte divertida. Quiero entrar conmigo.

Ignoro a Nancy porque ya veo como al fondo hay una barra de bar con mujeres desnudas bailando y repleto de mesas con hombres babeando por ellas. Deslizo la ventana hacia arriba a punto de caerme y una bocanada de aire cargado de humo me recibe haciendo que tosa fuerte. La música suena alta, hay más oscuridad de la que creía y nadie me ha visto.

– Voy a saltar y te ayudo desde dentro, ¿vale? – Le susurro.

– ¡NANCY TRUMPER!

– ¡Oh Dios mío!

– ¿Ese es Bastian? – Claro que lo es. Ese hombre tiene un radar.

– ¡NANCY TRUMPER VEN AQUÍ! ¡PUEDO OLER TU PERFUME A KILOMETROS DE DISTANCIA!

– Ya voy hacia a ti, mi amor, – grita Nancy – oye Jocelyn, tengo que irme o Bastian lo va a fastidiar.

– Espera, ¿me vas a dejar sola?

– Cielo, es algo a lo que tienes que enfrentarte tú misma. Haz lo que sientas y recuerda; mantente firme y llévatelo a tu terreno, Sebas se rendirá ante ti. Te lo prometo.

– ¡NANCY!

– ¡QUE YA VOY!

– Vete, tienes razón. Bastian puede interferir y tengo que entrar antes de que alguien venga.

– ¿Estarás bien? No nos iremos sin ti. Me castigará sexualmente dentro del coche. Te prometo que no te dejaré y volveré con él por si necesitas refuerzos.

– De acuerdo. Siento haberte metido en problemas.

– No seas boba. Entra ahí y demuéstrale a tu hombre quien manda en tu relación. Ni se te ocurra tartamudear y escúpele todo lo que te molesta.

Él te elegirá a ti.

– ¡NANCY TRUMPER!

– ¡Qué hombre más irritable! Lo dicho, Jocelyn. Atenderé a mi marido y ahora volvemos. Ten mucho cuidado y si te pasa algo sal gritando que estaremos por aquí cerca.

– No te preocupes. Ve con él.

Me paro a pensar por unos instantes cómo Bastian ha podido seguirla. Creo que le ha inyectado un GPS en su cuerpo o a lo mejor tiene uno en el coche porque hemos venido en el suyo. O ha sido Rachel la que ha sufrido su presión y ha acabado por contarle dónde estamos. Todo pueden ser opciones acertadas cuando hablamos de un Trumper y más cuando se trata de mi cuñado mayor, no deja en paz a su esposa ni por unas malditas horas.

Tengo mi barriga presionada mientras muevo mis piernas al aire, me estoy impulsando hacia delante y me deslizo poco a poco. Ruedo ayudándome de las manos porque no tengo nada con lo que agarrarme y mis pechos son los primeros en caer junto con el resto de mi cuerpo que le acompaña golpeándome en el suelo. Me sacudo sentada con el ruido desesperante de la música que está destrozándome los oídos. Estoy acordándome de que no tengo ni móvil, ni bolso, ni nada con lo que protegerme si algo me pasase. Y no retrocederé, quiero saber por qué Sebas me deja a un lado cuando más lo necesito. El ocultarme este club de strippers ha sido un gran error por su parte, y como dice Nancy, en la mente de una mujer se crean miles de escenas y todas esas imaginaciones te llevan al mismo punto; a él disfrutando de estas strippers desnudas.

Levanto mi cuerpo apoyándome en la pared para evaluar lo que hay desde mi posición. Parece una casa antigua pero destinada a ser un bar de este tipo con escenarios bajos y una barra central que ocupa el mayor de los espacios. En frente están situadas la mayoría de las mesas con sillones cómodos y mujeres acompañando a hombres. A mi lado no veo nada más que oscuridad, de la mitad del centro hacia aquí no se aprecia nada y eso me da una gran ventaja. ¿Izquierda o derecha? Dado que por la derecha se va a

la carretera, por la izquierda me encontraré con el resto del club. ¿Y si Sebas no está aquí? Por favor Nancy, vuelve pronto a por mí.

Noto como si alguien estuviera acercándose a mí y me agacho tapándome la cabeza, con un poco de suerte me confundirán con un macetero decorativo. Unas sombras que aparecen de la nada pasan por delante sin haberme visto. La música no me deja pensar con claridad porque retumba fuerte y es por eso que decido tomar el mismo rumbo de la izquierda. Camino en silencio con un puño en alto por si tengo que gritar fuerte y luego estirar el brazo para golpear a alguien, Nancy y Rachel me han dado algunos consejos pero ahora mismo no me acuerdo de cómo defenderme si me atacan. Prosigo lentamente con la duda de si me encuentro con hombres que puedan hacerme daño, es más, con los daneses o malayos, ellos son peligrosos y a lo mejor estoy metiéndome hasta dentro en un gran problema que ni el Fiscal del Senado me sacará de él.

Freno porque necesito relajarme, mis nervios me están jugando una mala pasada y situarme en la esquina detrás de una maceta real no se ve tan malo. En este nuevo pasillo puedo ver una puerta a la izquierda y del fondo emana humo a través de las cortinas, debe de haber un espectáculo ya que desde aquí se oyen los gritos de los hombres por una mujer.

Está bien Jocelyn, ¿qué haría una chica normal ahora mismo? O sigo hasta el final o abro la puerta. Y tengo que tomar la mejor decisión lo antes posible porque alguien puede verme.

Agacho mi cuerpo escondiéndome mejor en cuanto veo a dos mujeres semi desnudas hablando entre sí, son seguidas de dos hombres que se relamen los labios y suben por unas escaleras que no había visto. Arriba estarán los dormitorios. ¿Y si entro en una habitación y veo a Sebas practicando el sexo con una mujer? No, tranquila, eso no pasará. Mi novio me ama. Ni yo misma puedo creerme que hago aquí si confió en él. No sé si confío, me ha mentido y eso no se lo perdono. En nuestra relación nunca ha habido secretos.

Trago saliva con la cabeza en alto, entraré por esa puerta y espero que me lleve a un lugar muy oscuro. Al abrirla choco con un hombre calvo y caigo al suelo protegiéndome de él. Me ha visto, este hombre me ha visto.

– Tú, ¡levanta!

– Por favor, no me haga daño.

– ¡Arriba! Muestra tu cara.

Ignorarle y no hacerle caso son las mejores de mis opciones. Él se habrá olvidado de mí en unos segundos. ¡No! Me ha agarrado del brazo levantándome mientras me zarandea para que le mire a los ojos.

– Tengo que irme. ¿La salida? – Voy a orinarme.

– ¿Quién eres tú y por qué no estás desnuda?

– Yo… solo soy la esposa de un hombre muy poderoso y he venido a por él.

El hombre se ríe a carcajadas empujándome dentro de una habitación. Hay muchos más como él aquí rodeando una mesa de póker y humo que hace que mis ojos se vuelvan colorados y llorosos.

– Eh, chicos. Esta dice que es la esposa de un hombre rico. ¿Deberíamos follarla?

– ¡Sí!

– ¡Yo me apunto!

– ¡Vaya tetas!

Ellos tienen la vista en mí y yo estoy a punto de desmayarme. Esto será lo peor que viviré en mi vida si no le pongo remedio. Tengo que buscar la fe de los Trumper y pensar como cualquiera de ellos actuaría en alguna situación comprometida. Me escapo del agarre de ese hombre, abro la puerta y corro hacia arriba por las escaleras oyendo las risas que se quedan atrás. Sí, eso es. Apoyo mi espalda sobre la pared deslizándome hacia abajo y me alegro por haberme enfrentado a un obstáculo importante, aunque un Trumper nunca hubiera huido, yo sí lo he hecho dado que todavía no soy una de ellos. Por lo tanto, no contaré esto a nadie para no confesar que me enfrento a los problemas huyendo de ellos, cuanto más rápido corra más lejos estarán.

El nuevo desafío en la planta de arriba se resume en habitaciones. Hay muchas puertas y tras ellas los gemidos que emanan del interior. Me

adentro por el pasillo buscando otra salida pero me temo que el final me lleva al mismo punto de las escaleras que ya bajo con timidez.

Los dos últimos escalones los bajo de un salto brincando rápido hasta las cortinas de humo. Al entrar toso tanto que me cuesta respirar. Los hombres están agolpados en pequeñas multitudes jadeando por las mujeres desnudas que bailan. Hay dos de ellas practicando el sexo en uno de los escenarios según estoy viendo en las pantallas y necesito beber algo antes de que me asfixie. Me acerco a la barra del fondo muy lejos de dónde están todos, una mujer con un ligero tanga y un corto top se da cuenta que estoy tosiendo con dificultad.

– Chica, ¿te pongo algo?

– Agua.

– ¿Con gas o sin gas?

– La gratis.

Su cerebro vacío analiza lo que le he dicho actuando con rapidez por el último brote de tos que me está costando controlar. No soy una persona que enferme pero se ve que el constante humo y la visión nula me provocan este descontrol con mi garganta. La chica pone un vaso sobre la barra que bebo con ansiedad cuando algo cae sobre mí haciendo que escupa el último trago.

– Lo siento, lo siento, lo siento, – unos ceniceros han caído desde mis pechos hasta mis piernas. Menos mal que el vestido es negro y podré llevarlo a la tintorería antes de devolvérselo a Nancy – es mi primer día y estoy muy nerviosa y…

Una chica jovencita con el mismo uniforme que la otra me está limpiando con servilletas. Está concentrada en lo que hace mientras aparto sus manos de mi cuerpo, al retroceder, derrama sobre mí el resto de las bebidas que traía en su bandeja. Ella conseguirá bañarme por completo.

– Tengo que irme.

– Por favor, no se lo diga a nadie. Por favor. Por favor. Por favor. Me despedirán y estoy embarazada.

Salgo de ese embrollo rápidamente colándome entre los hombres que se distraen con las mujeres guapas y delgadas. Yo paso desapercibida dando vueltas a lo tonto buscando otra salida con una alternativa que me haga llegar hasta Sebas. Él no está en esta zona porque no le gustaría mezclarse con todo este ambiente. Tal vez me haya vuelto loca y haya sacado conclusiones absurdas… o tal vez él se encuentre… claro, es Sebas Trumper, él acude a zonas VIPS con bailes privados. Simplemente me guio por lo que siento y creo que debo de encontrar ese lugar privado dónde van los más poderosos que se pueden permitir ese tipo de espectáculos.

Si veo a una mujer junto a Sebas me voy con mis padres. Lo tengo decidido.

Me siento asqueada además de que huelo mal. Mi pelo está a sus anchas, mi vestido se me sube por el continuo roce de mis muslos y el sudor no es una buena mezcla con el perfume que había rociado por mi cuerpo.

Caigo de bruces contra el suelo gritando fuerte por el empujón que acabo de recibir. Un hombre se está disculpando mientras me sostiene por mi cintura. Tengo los ojos abiertos de par en par porque está rozándome el trasero con su dureza y mi postura del perrito le estará motivando. Cambio de posición pegándole una patada, él se cae atontado y aprovecho para gatear lejos de él. Hay mujeres debajo de una mesa que practican el sexo oral, algunas de ellas al mismo hombre y justo al girar mi cabeza me choco con una columna. Aunque me cueste levantarme lo consigo respirando gravemente, necesito aire fresco.

Tomo otro pequeño descanso para pensar cuando me doy cuenta que un hombre está mirando mis pechos. Subo mi escote pero se vuelve a bajar porque el vestido es muy corto y apretado, debo de estar haciendo el ridículo. Él se ha escondido entre todos los hombres y me tranquilizo por un momento mirando como las mujeres se mueven al son de la música. Decisión importante número tres después de la número uno que es la boda, y la número dos que es nuestra casa en construcción; cerrar el Golden Night para siempre. No permitiré que mi futuro marido tenga un club de chicas desnudas. Tenemos que trabajar en la confianza después de su gran mentira ocultándome este lugar y debe de empezar por cerrar ese club. Si mi cuñado lo hizo por Nancy, ¿por qué no lo hará Sebas por mí? ¿Y si no lo hace?

– Hola.

Otro hombre. Claro, estoy en un club de hombres obsesionados con cuerpos desnudos.

La palma de su mano se posa en la columna y con la otra sujeta una copa. Tiene alrededor del cuello una corbata desaliñada y una barba que le llega más allá de su barbilla. Bebe un sorbo impactado por mis enormes pechos y reacciono empujándole con un gesto Trumper, frunciendo el ceño.

– Tengo esposo y él vendrá a buscarme.

– Da igual. No soy celoso, – susurra acercándose a mí – ¿dónde está? Quiero pedirle que me deje tocar a su mujercita.

Abro la boca volviéndola a cerrar por su desfachatez. Sí, este bastardo jamás me… Sebas nunca me compartiría… huh no. Huyo chocándome contra todo hasta cruzar un pequeño pasillo que me lleva a una sala oscura. El ambiente aquí es tranquilo y muy diferente a lo que hay afuera. La gente puede verme perfectamente desde los sillones en la oscuridad porque paso por detrás de dos mujeres que están bailando sensualmente. Voy hecha un desastre y me doy asco, huelo a tabaco, a alcohol y a humo que sale de los escenarios. En una esquina vacía de la barra espero a que me atienda la camarera y me indique dónde está el baño, ella está flirteando con un cliente y por fin me ve. A medida que viene en mi dirección la figura de un hombre alto que rápidamente reconozco desaparece detrás de unas cortinas.

– ¿Desea algo? No puede estar aquí sola.

– Disculpe, ¿qué hay detrás de las cortinas?

– ¿Y su acompañante? Solo están permitidas las mujeres sin van con hombres. Debemos ver su carnet.

– Huh… es que yo, no sé, he salido al baño y…

– Espere un momento.

– No me moveré.

La camarera contonea su cintura al otro lado de la barra, levanta el brazo en alto y aparece un hombre enorme que asiente a lo que le está

diciendo. Ella regresa con el mismo movimiento al caminar y yo finjo que me retoco el pelo.

– Ese hombre de allí le está esperando para llevarle a tu cliente.

– Yo soy la espo… – me lo pienso mejor y le sonrío falsamente – yo, huh… necesito el baño porque no le he encontrado.

– Justo en esa puerta negra de atrás. En cuanto termine diríjase al otro lado de la barra que le esperarán allí.

– Hecho.

Cierro los ojos resoplando una vez que abro la puerta del baño y tropiezo con otra que hay dentro. ¿Tengo que ser hoy más torpe que nunca? Paso mi mano por el golpe dolorido y siento un poco de sangre caer sin importancia. El baño se ve limpio pero no entraría ni muerta, a saber las enfermedades que han dejado plasmadas en cada rincón. Echo agua por mi pecho empeorándome la mancha en mi piel ya que está pegada con alcohol. Refresco mi cara y el rímel se expande por toda ella, el pintalabios tiene el mismo efecto y mi herida chorrea sangre en un puntito que tengo escondido entre la frente y el pelo. ¿A quién se le ocurre hacer un baño con una doble puerta? Me he chocado por idiota, ni siquiera sé que hago aquí y no veo ninguna ventana para saltar.

Lanzada saliendo del baño freno porque no quiero irme con ese hombre. He visto a Rick atravesar unas cortinas al lado de la barra y si él está aquí Sebas también. Mi novio verá a mujeres desnudas porque ha venido con su compañero y luego practicará el sexo. Estoy llorando escondida en un rincón cuando alguien sale por una doble puerta aterciopelada de color oscuro. Si retrocedo la camarera me verá y tendré que entrar con el hombre haciendo el mayor de mis ridículos. Y si entro por esta puerta quizás vea la imagen que puede unirse a mis pesadillas, y el protagonista sería Sebas Trumper.

Si me lo pienso más, me arrepentiré.

Gateo despacio abriendo la puerta lentamente para encontrarme con oscuridad de color lila y una luz casi invisible, no veo nada desde el suelo. Hay hombres de pie junto a la barra, sillones de media luna con pequeñas mesas en frente y yo estoy escondida detrás de uno de ellos junto a la pared.

Me arrastro para buscar las famosas cortinas al otro lado pero mi mano se corta con un cristal y empiezo a sangrar por uno de mis dedos. Tengo que parar chupando mi sangre porque me duele cuando las piernas de un hombre se posicionan frente a mí. Espero que no se haya dado cuenta de mi terrible manera de entrar o puedo tener serios problemas. Como me quedo inmóvil, este hombre se agacha cara a cara conmigo y de repente me doy cuenta que es asiático o malayo. Huh, sí, definitivamente puedo pasar de estar encerrada en mi burbuja a estar cerca de mi propia muerte al otro lado de la realidad.

– ¿Americana? – Asiento sin responderle, me he quedado sin voz – ¿a quién perteneces?

– Yo, huh… no.

– ¿Trabajas aquí o eres parte del espectáculo?

– Lo siento… yo, huh… es una confusión me he…

– ¿Qué te ha ocurrido en la frente?, ¿tu dueño hizo esto?

– No sé – toco mi frente y duele. Esa puerta me ha dado un buen golpe, o mejor dicho, yo a ella – yo… ha sido la… huh… puerta del baño.

– ¿Estás mintiéndome?

– No, señor.

– ¿Qué haces arrastrándote en la oscuridad?

– Uh, no lo sé.

– Te encuentras en un sitio privado, chica. ¿Cómo te las has ingeniado para entrar? Solo se aceptan a mujeres con acompañantes varones. Y hoy tenemos una reserva privada de mis compatriotas que han venido de visita.

¿Serán los malayos? Tiene toda la pinta a juzgar por el acento de este hombre.

– Lo… lo siento yo solo pensé que… huh…

– Vamos, arriba. Tienes que salir de aquí antes de que te vean y te traten peor de lo que han hecho por como tienes tu cara.

Él hombre asiático puede con el peso de mi cuerpo porque tira de mí en la oscuridad hasta la puerta por la que he entrado gateando. Rápidamente el hombre enorme que evitaba está gruñéndome, empujándome, arrastrándome y dejándome en el porche de la entrada.

– Te cuelas una vez más y llamo a la policía.

Bajo la cabeza avergonzada y dirigiéndome al punto de partida por dónde Nancy y yo vinimos. Quiero volver a Chicago porque me he cansado de ir tras Sebas, además, no soy tan buena haciendo de espía como lo hizo mi cuñada en su momento. Ella me contó algo de ascensores y de rutas alternativas hasta perderse y volver a encontrarse. Estoy pisando el pequeño bosque lleno de palmeras cuando miro hacia atrás enfadada. Es injusto, mi novio está dentro y yo quiero ver con mis propios ojos su infidelidad.

No. Sebas no puede hacerme esto. Él no.

Me doy media vuelta indignada hacia la ventana. Me es fácil abrirla porque ya lo he hecho antes, escojo el pasillo de la izquierda hasta el fondo, cruzo esta parte del club con la multitud jadeando y vuelvo a la zona de relajación con el escenario en medio. Camino decidida por detrás del espectáculo encontrándome con las cortinas por las cuales Rick entró. Salto el cordón aprovechando que el hombre enorme no está y un brazo me aprieta desde atrás. Es la camarera desnuda que me mira con cara de advertencia.

– Oye, no puedes entrar. Da gracias a que ha habido un problema ahí afuera y seguridad no puede venir. Pero estoy yo, y como no muevas tu culo gordo de aquí voy a pateártelo hasta que te quedes en una talla infantil.

Me siento humillada. Ella está siendo cruel conmigo y no me conoce. La antigua Jocelyn bajaría la cabeza, huiría llorando y se juraría no tener contacto con las personas para el resto de su vida. La nueva Jocelyn está muy enfadada porque su hombre está con mujeres desnudas ahí adentro y haciendo cosas que quiero ver con mis propios ojos.

– Huh, lo siento. No era mi intención entrar de esta forma pero… huh… yo debo de entrar.

– ¡Fuera! Hay gente muy peligrosa, ¿estás tonta? Si no vas acompañada con un hombre no te dejarán. ¡Mueve tu culo lejos de aquí!

– Espera, si entro con un hombre, ¿podré pasar?

– Si el organizador de la fiesta te tiene en su lista, sí. Y vete, no vayas a hacer ninguna locura.

Retrocedo por detrás del escenario de nuevo para adentrarme en la zona de la multitud. Echo un vistazo a cualquiera de ellos que no esté muy borracho aunque es imposible. Hay un hombre babeando por el espectáculo de una chica sobre una barra, tiene una copa en la mano y parece muy seguro de sí mismo.

– ¿Disculpe? – Me hace el repaso enfadado por haberle molestado – necesito su ayuda.

– No me interesa – gira su cara.

– Pues te va a interesar, – golpeo su brazo captando su atención – vas a acompañarme a una sala privada, nos verán juntos y cuando tenga mi objetivo entre ceja y ceja te irás de allí y yo me quedaré. ¿Queda claro? No voy a consentir que mi novio me mienta yéndose a un club como este mientras yo me quedo en casa preparando nuestra boda. ¿Comprendes mi punto aquí? Si no eres tú será otro y como esté lo suficientemente borracho y se sobrepase conmigo, le diré a la policía que mi violación fue tu culpa porque no lo impediste.

Indignada, me cuelgo de su brazo tirando de él hacia la otra sala y para mi suerte no se está quejando. La camarera me ha dejado por imposible y ha resoplado en cuanto me ha visto acompañada. Después de haber recorrido el mismo camino, nos vemos aquí plantados frente a la entrada que me dará las respuestas que necesito.

– Apestas – susurra este hombre.

– Gracias.

Deslizo con valentía la cortina y somos recibidos por la oscuridad lila. Lo bueno de haber gateado antes es que ahora me puedo camuflar detrás del cuerpo de este hombre que tiene la boca abierta. Sigo su mirada a dos mujeres y un hombre. Ellas están atadas, amordazadas y recibiendo latigazos, se sostienen en el aire y la gente aplaude cuando sus bocas llegan a rozarse para besarse entre sí. Aquí hay demasiada oscuridad excepto por

el trío que están trabajando encima de la tarima a la vista del público. Mi acompañante sigue petrificado y alucinado por el espectáculo cuando me muevo arrastrándole conmigo.

Diviso a lo lejos mucha seguridad custodiando una mesa bastante grande llena de rubios y asiáticos, esos deben de ser los daneses y los malayos. Yo sigo buscando a Sebas desde la lejanía, no sé dónde está y le necesito encontrar. Quiero pedirle perdón por haber venido y decirle que le amo con locura. Veo una escalera escondida en uno de los laterales pero para llegar a ella debo de cruzar por delante de las mesas.

– ¿Has visto eso, piggy? Esas tías se están chupando las tetas. Mira, mira esa que sale desde atrás.

¿Me ha llamado cerdita? No sé si llorar y vomitar después, o pegarle bien fuerte por insultarme de esa manera. Si estuviera aquí Sebas, que lo está, le golpearía fuerte, es más, mi cuñada e incluso su marido me defenderían. Pero estoy sola luchando por mi historia de amor y trayendo de vuelta al Sebas del que me enamoré, no al que se ha obsesionado con este estúpido caso. Ahí están a los que quieren atrapar, que les pongan algunos kilos de droga sobre la mesa, que los inculpen y se acabó. Las mujeres pensamos mucho más que los hombres con cerebros como el de mi Sebas. No le voy a perdonar el que me haya ocultado este club, si solo venía a trabajar podría haberse sincerado conmigo.

– ¡Quieres dejar de pellizcarme! – Susurro a mi acompañante. Todavía estamos en la oscuridad apoyados en la pared. Bebe de su copa con la mejor de sus caras y yo sigo mirando a ver si encuentro a Sebas.

– Te agradezco que me hayas traído aquí. Quisiera hacer lo que ese hombre hace.

– No es nada nuevo, hay clubs cómo este. Mi novio tiene uno pero pronto no lo tendrá si quiere que haya boda. Me ha costado mucho ser como soy, ir a un psicólogo, enfrentarme a mis miedos, afrontar los días de soledad y todo por él, porque le quiero. Pero eso no sirve de nada sin reciprocidad. Si no hay un tú y un yo, no hay un nada. ¿Sabes qué? Me gustaría que…

Las luces del escenario se apagan y cambian de música. Evidentemente mi acompañante no estaba escuchando lo que le contaba. Yo sigo ignorando el espectáculo porque no tengo la necesidad de ver sexo cuando yo podría tenerlo con mi novio. Sí, mi novio, el abandona novias. Este hombre ni siquiera ha puesto interés en mí, abro mi corazón a un desconocido y prefiere ser espectador de un show. Muevo su brazo para que me atienda.

– Sí, sí.

– ¿Sí, que? No te estoy preguntando nada. Mira, voy a buscar a mi chico, no te muevas de aquí porque si me pillan diré que el hombre con el que venido está esperando por mí. ¿De acuerdo?

– Sí, sí – me hace un gesto de despecho con el brazo.

– ¿Me darías cinco millones de dólares para abrir un centro de adelgazamiento?

– Sí.

– ¿Eres idiota?

– Sí, vale, sí.

Ruedo los ojos bufando por cómo son los hombres cuando ven un poco de sexo. Intentaré subir las escaleras por si Sebas está en las habitaciones. No debe de ser mucho más grande este club, abajo las mujeres y arriba la privacidad para practicar el sexo. Me animo bebiendo de la copa de este hombre y le escupo encima.

– ¿Qué haces, piggy?

– ¡No vuelvas a llamarme cerda en tu vida, idiota! – Golpeo su brazo – ¿has oído que me voy y que no te muevas de aquí?

– Negativo. Prefiero ver a esa tía siendo azotada por ese hombre.

– No es nada nuevo, – sacudo el líquido que también se añade a la mierda que llevo encima – el sexo se practica en determinados clubs y…

Mi boca se seca, mi garganta e incluso mi organismo. Siento como recibo esos golpes, pero hacia mi corazón, el hombre que hay ahora en el escenario es Sebas. Él está… huh… mis ojos se empañan nublándome la visión y vuelvo a abrirlos para corroborar que es mi novio el que está azotando a Gina. Ella está desnuda, el público en silencio y juegan al compás de la música que suena porque Sebas está moviéndose elegantemente con cada golpe. Gina va vestida de cuero hasta los tobillos dejando al aire su trasero y su desnudez más privada. Sus grandes senos están al descubierto y en el cuello lleva un collar que se distingue por ser dorado. El que tenía en el Golden Night cuando le otorgaba a su miss favorita el derecho de ser manipulada por él.

Sebas practicó el sexo de esta manera. Atando a mujeres por completo, con las manos hacia atrás y cubiertas de cuero negro para azotarlas sexualmente, castigarlas y enseñarlas a quién se deben. El collar es lo más importante para él, le excita que te sometas en tu totalidad a sus órdenes diga lo que diga. Lleva en su corazón este estilo de vida porque lo practicó durante años, inclusive Sami fue su chica del collar por un año y medio, pero eso es algo que quiero olvidar. Ahora estoy viendo como mi novio sigue disfrutando de ese sexo que desafortunadamente nos llevará a la ruptura.

Choco mi espalda contra la pared, derrotada y sin importarme una mierda como huelo, como luzco y como me había maquillado para sentirme sexy. Por él. Para que mi novio no tuviera la necesidad de venir a este tipo de clubs para practicar este sexo. Es evidente que no ha venido a trabajar, sino se hubiera ahorrado el espectáculo penoso que están viendo mis ojos. Sebas lleva la correa del collar atada a su muñeca, con ella domina la respiración de Gina que está haciéndolo muy bien sometiéndose a él sin vergüenza a pesar de que su peso no se diferencia del mío. Mis lágrimas no me dejan ver mucho más. Su figura imponente, su fuerza y control absoluto de ella, me hacen plantearme por qué me ha estado ocultando que había

venido a hacer un espectáculo con ella. Siento que me ha alejado. Y si no me lo ha dicho para no hacerme daño no le ha servido de nada porque estoy encontrándome con la única imagen que no querrían ver mis ojos.

Sebas se dirige hacia la luz debajo del foco dónde Gina está sostenida en el aire. Puedo ver que solo viste con vaqueros negros dejando a la vista su cuerpo, el que era mi cuerpo y la piel que mis labios han besado millones de veces disfrutando de algo que me pertenecía. Trago saliva cogiendo la copa de mi acompañante y me la trago sin dudar tirando el vaso al suelo. Si hay cristales y me vuelvo a cortar no dolería tanto como lo que tengo frente a mí. ¿Qué excusa patética me pondrá esta vez? ¿Tuvo que hacerlo para el caso? Ninguna de sus mentiras me va a servir porque no quiero volver a ver a este hombre.

– ¡Dios, qué enormes tetas tiene la tía! ¿La has visto? ¿Cómo puede hacer eso y no caer por su peso?

– Es lo que tenemos las gordas, que si nos atan bien no nos movemos.

– Eh, – me da un golpe con el hombro – no quería decir eso. Y no te he llamado cerda, suelo llamar piggy a todas mis amigas porque odio a las mujeres de este pueblo. No me malinterpretes.

– Da igual, no sirve de nada. ¿Sabes por qué? Porque mi novio es el que está sobre el escenario y estoy a punto de desmayarme como se quite los pantalones para que ella le chupe. No voy a…

Me derrumbo temblando entre lágrimas junto con mis sollozos profundos que me ahogan por todo esto. Mi novio practicando el sexo con Gina, mi archienemiga de la que me deshice porque era un estorbo para mí. Podría haber llamado a cualquiera de sus putas pero el rey del sexo ha tenido que acudir a esa mierda de tía.

– ¿Es verdad? ¿Ese de ahí es tu novio?

– Sí, lo era, ya no.

– ¡Joder, qué pasada! Entonces tú has debido de hacer eso. ¿No te agobias con tanto cuero?

– Yo jamás he practicado ese tipo de sexo porque el hombre que sale conmigo no es el hombre que ves en el escenario. Y déjame en paz, ¿no ves que estoy destruyendo mi vida?

– Calma piggy, quiero decir, chica. Si es tu novio el de allí deberías hacer algo antes de que se la folle delante de todos porque a juzgar por los azotes que le está dando se le está acabando las ideas.

Aspiro mis mocos asimilando que en verdad me esperaba verle haciendo cosas peores de lo que está haciendo. Todavía hay esperanzas para un futuro juntos. No. No las hay. ¿Qué novia consentiría que su chico hiciera esto? Acabo de olvidar los miedos de mi pasado, las pesadillas y el acoso escolar. También la mentira que he estado viviendo en soledad desde que me quedé huérfana, el engordar comiéndome todo lo que encontraba por sentir que era la felicidad y en general todo se queda en el olvido. Evidentemente no hay nada que duela más que ver a Sebas acariciar la cara de Gina bajo los tímidos aplausos del público.

Sin embargo, continúo aquí para culminar con lo que vaya a hacer. Ya que me he perdido el comienzo de esta escena que nos ha llevado a la ruptura, quiero saber cómo acaba y si se atreverá el Fiscal del Senado a practicar el sexo encima de un escenario. Me cruzo de brazos sollozando en silencio y con la debilidad que se está apoderando de mí. Siento que me acaban de romper el corazón por primera vez y no sabía cómo se sentía eso hasta que Sebas se ha subido a esa plataforma para hacerle eso a Gina. Niego con la cabeza entre lágrimas creyéndome fuerte, pero me desvanezco haciendo que a mi acompañante le entre el pánico porque me abanica con la mano.

– Estoy, estoy bien.

– ¿Llamo a una ambulancia? Sangras por la frente.

– La herida no es nada. Ayudame a levantarme, por favor.

– Pesas un poco.

– No me había dado cuenta. ¿Sabes? Cómo acompañante de incógnito eres horrible. En menos de quince minutos me has insultado por no sé cuántas veces.

– No te insulto, bocazas, describo lo que veo. Y si pesas, pues pesas.

Tiene razón. Con ayuda de los dos me levanto para ver que Sebas se ha desabrochado el botón de sus pantalones. Se mueve sutilmente alrededor de Gina y dando una visión a todos los espectadores que lo están viendo. Nadie se pierde detalle por la delicadeza con la que maneja el collar haciendo que Gina se gire y voltee cada vez que él quiere. Sebas está de espaldas a mí, y mientras, yo pienso en qué haría Nancy que me apoyó para que luchara por mi historia de amor. Ella me exige firmeza y que me lo lleve a mi terreno, ¿pero qué hago?, ¿le obligo a bajarse de ahí? Sebas me contó una vez que nunca da una escena por finalizada hasta que no trasmita a su chica lo que significa el collar. Ya la ha azotado, acariciado y ha sido demasiado tierno con ella como para que no lo sepa. ¿Lo llevará? ¿Romperá conmigo Sebas? ¿Tendrá una doble vida?

Muero por dentro si este será mi futuro. Sebas, el amor de mi vida, él no puede necesitar este tipo de sexo fuera del matrimonio. Él me juró que se cansó de jugar y que desde que me conoció no sintió lo que era el verdadero amor. Sacudo mi cabeza buscando explicación a mi siguiente paso. Vale. Ya he llorado. He admitido lo que está haciendo Sebas allí arriba y ahora me toca mover ficha a mí. Sí, cómo una Trumper, o ex Trumper o futura Trumper, ya no sé ni si pertenezco a alguien.

– ¿Qué hago? – Pregunto a mi acompañante que pasa un brazo por mis hombros.

– Yo no soy el más indicado piggy, quiero decir, chica. Los hombres queremos ver sexo del duro, que se la folle, que chorree por sus piernas todos los líquidos inimaginables. Queremos ver el final de la escena. En tu situación deberías de cortarlo antes de que se baje la cremallera porque creo que está llegando al final de los juegos previos. No debería haber bebido tanto, quiero retener esta imagen para el resto de mi vida. ¿Se podrá grabar?

Le miro frunciendo el ceño apartándome de él.

De repente, la mesa en la que estaban los daneses junto con los malayos se convierte en una desolada por el movimiento masivo que están haciendo. Van a salir por una puerta trasera y Sebas se mueve al son de la

música con la vista fija en ellos, una vez que desaparecen, vuelve a atender a Gina.

Ya no tiene excusas.

La gente se impacienta e incluso le gritan que se la folle, Sebas actúa lentamente. Está mirando la entrepierna de Gina pensando en qué hacer. Veo su nuez moverse bajo el foco, a ella incitándola y volteándola con el trasero al aire, justo en posición para ser follada. Él se lo está pensando. Sigue pensándolo. El muy traidor se atreve a dudar en si hacerlo o no. ¿Cómo se atreve?

Rick aparece junto a una chica que coloca en suspenso al lado de Gina y provocando los aplausos de los espectadores. Sebas sigue inmóvil tragando saliva mientras su amigo Rick empieza el show que está desviando a su terreno.

¿Se lo ha pensado mejor? Vamos Sebas, demuéstrame si lo que deseas es ese tipo de sexo.

Ante su imagen inmóvil y una desesperante Gina que le incita a practicar el sexo, Sebas se convierte en el foco de todas las miradas porque el público quiere verle en acción. De nada está sirviendo la distracción de Rick follandose a la chica que gime fuertemente. Estoy dándome cuenta de cómo le golpea con el brazo para hacerle reaccionar, pero mi novio sigue congelado frente al trasero de Gina. Mira su mano sujeta por el látigo y yo no puedo tragar saliva, ya no puedo porque sé que quiere hacerlo. Un hombre que se lo piensa es porque su conciencia le está incitando a que lo haga. Si estuviera enamorado de mí hubiera dejado esta escenita a su amigo Rick que está haciéndolo bastante rudo junto a él.

Ya estoy hundida y he acabado con todo esto. No hay marcha atrás, no seré yo quien vea como acaba de tomar su decisión.

Me desprendo del toque de mi acompañante cuando un vaso se estrella en el cuerpo de Sebas. Él mira hacia el frente con el ceño fruncido como si acabara con la vida de esa persona. Una cabeza rubia aparece desde la nada con el brazo en alto.

– ¡Eres un hijo de puta!

¿Nancy? Huh… esto se está poniendo muy mal. Bastian aparece detrás de ella con los brazos en alto protegiéndola de todas las miradas. Y si pensaba que Sebas está cabreado, aquí aparece mi cuñado a punto de matar a todos los que se atrevan a poner sus ojos sobre su esposa.

Decido salir de la oscuridad avanzando y admirando la cara de alucinación que está poniendo Sebas. Es listo y busca a su alrededor por si he aparecido al lado de Nancy, pero retrocedo, no quiero una escena delante de todos, ni de mis cuñados, ni de Gina, ni de Rick. Ella está insultándolo hasta que se baja de la tarima y le lanza una copa que acaba estrellándose en su hombro.

– ¿Dónde está?

– ¡SEBAS, NO TE PASES CON MI MUJER!

– NANCY, ¿DÓNDE MALDITAMENTE ESTÁ?

Hay un cruce de miradas e insultos por parte de los tres. Nancy susurra algo sobre que lo he visto todo y ahora estaré huyendo a Montana otra vez. Mientras, Bastian le grita a su hermano lo irresponsable que es al provocar todo este lío arrastrando a su mujer también.

– ¿Ese es Bastian Trumper? – Pensé que mi acompañante se había ido, las luces se han encendido y la gente está nerviosa. Bastian está gritando que comprará este lugar y lo hará incendiar después.

– Huh, sí, es Bastian.

– ¿El campeón de lucha?

– Sí, eso parece.

– ¿Lo conoces? Está hablando con tu novio. Ahora está empujando a tu novio.

Me animo a intervenir entre ellos acercándome lentamente mientras los tres dan una escena. Se ha cortado la música y Rick ha despachado a la chica con la que estaba.

– ¿Debo de ir o salir de aquí? ¿Tú qué harías? Por favor, dime algo porque tengo la impresión de que tome la decisión que tome no será la correcta.

– No tienes nada que hacer aquí. Tú novio no ha hecho nada al fin y al cabo.

– Ha hecho más que suficiente, por mí puede seguir con su amiga Gina. Sácame de aquí, por favor.

– ¡QUE TE CALLES, BASTIAN!

– ¡MALDITO CABRON!

– ¡PARAD! Oh Dios mío, ¡qué vergüenza! Vayamos a buscar a Jocelyn.

Nancy pone un poco de paz entre los dos Trumper que se pelean entre sí. Mi novio podría taparse y cubrir esos pectorales que son míos, eran míos. Decido salir con mi acompañante ya que espero que me acerque a Chicago y dejar atrás todo lo que ha ocurrido esta noche. Lo que han visto mis ojos hoy supera el daño que he sentido en mi vida.

El hombre que estaba a mi lado no está. Le busco en el centro de la sala o con las chicas pero el muy tonto está pidiéndole un autógrafo a Bastian. Mi cuñado le aparta furioso y cuando se va a dirigir a Nancy él le estrella contra el suelo gritándole que no se acerque a su esposa. Ruedo los ojos negando con la cabeza, y de repente, los seis ojos que quería evitar están sobre mí; Nancy enfadada, Bastian irritado y Sebas avergonzando. Ese hombre le está diciendo que lo he visto todo y que me he desmayado. Ante los ojos de mi familia sobre mí e ignorando al que ha sido el peor acompañante del mundo, hago lo que mejor se me da hacer; salir corriendo huyendo del problema.

– ¡Jocelyn! – Grita Nancy – ¡ve a por ella y no me hables más en tu puta vida!

– ¡JOCE, JOCE!

Sebas grita yendo detrás de mí. El haberme paseado por medio club hace que recuerde el itinerario y vaya directa a la ventana. Esquivo la salida principal porque todas las luces están encendidas y la música apagada. Salto por la ventana con facilidad tropezando contra la piedra y haciéndome daño, doy gracias a que mis botines me protegen, si no me hubiera hecho daño de verdad. Pero, ¿de qué sirve el dolor físico cuando hay una herida

abierta en mi corazón? Nada me duele más que haber presenciado como mi novio se pensaba en si practicar el sexo en público con Gina era lo correcto o no.

– ¡Vete!

– ¡Jocelyn! ¡Reina!

– ¡NO SOY TU REINA!

– ¡REINA!

Hay ajetreo en los alrededores y muchas voces que se hacen mudas cuando me introduzco en el bosque por dónde hemos venido Nancy y yo. Sebas corre detrás de mí tragándose las ramas de los arbustos, y sus gritos suenan con fuerza y enfado hasta atraparme sin problemas sujetando mi brazo.

– ¡NO ME TOQUES!

– Joce. Sea lo que hayas visto, no es lo que ¡MALDITAMENTE PARECE!

No puedo ver su cara con claridad pero si hay suficiente luz de la luna para que aprecie las facciones de esta. Le hago la misma caricia que él a Gina, con los nudillos, elegantemente y con cuidado. Cuando tengo estudiada la zona le golpeo con todas mis fuerzas y lo repito otra vez para demostrarle quién manda en la relación.

– ¡Vete a la mierda Sebas Trumper!

CAPÍTULO DIECINUEVE

Hay un silencio entre ambos y se lo agradezco porque no le soporto. Ya entiendo a Bastian, el por qué no permite que Nancy vaya tan expuesta a la calle. Sebas está prácticamente desnudo con una correa atada de la cintura, sus vaqueros negros y haciendo que cualquier cosa, objeto u bicho se arrodille ante él por lo perfecto que se ve.

Bufo desesperada hacia el lado opuesto saliendo así del bosque para pedir que alguien me lleve a Chicago. Haber venido a North Down ha sido la mejor decisión que he podido tomar en toda mi vida y darme cuenta de que no puedes confiar en nadie porque siempre te clavarán un puñal por la espalda. Ya me lo advirtió Rachel, la pobre siempre tan directa conmigo y yo tan enamorada que tengo que quitarme la venda de los ojos para conocer la clase de Trumper que tengo a mi lado.

Todos son iguales. Todos los Trumper. Todos los hombres. Y todas las zorras que quitan a tus hombres.

Lloro sin poder evitarlo seguida pos los gruñidos de Sebas que se está tragando todas las ramas que dejo atrás con furia.

En el punto de origen donde empezó todo, en la oscuridad junto con las voces que se oyen a lo lejos y los motores que suenan, Sebas aparece tocándose un lado de la cara. Tiene el ceño fruncido, yo las manos sobre mi cintura y estamos a punto de tener la discusión más fuerte que nunca predije en mi futuro. Patrick me advirtió que la comunicación y confianza con mi pareja era importante para mi recuperación, y que me apoyara en él, pero está claro que mi chico se ha apoyado en otra mientras le hacía cosas sexuales en público. Doy dos pasos hacia Sebas y vuelvo a golpearle. Él está jadeando con frustración en silencio, es mejor que no diga nada porque cualquier comentario va a ser utilizado en su contra.

Respiro entrecortadamente moviéndome de un lado a otro y bajando la cabeza mientras apoyo mi dedo índice sobre mis labios pensando en cómo solucionar esto. Huh… debería hablar ahora. Estoy tan disgustada que mi decisión no sería la acertada.

– Habla – impongo.

– ¿TE HAS MALDITAMENTE CALMADO? – Me grita fuerte.

– ¡No me alces la voz!

– Aquí estás – susurra una voz femenina.

Nancy aparece seguida de Bastian que no se mueve de su lado. Ella está agarrando su bolso porque esconde golosinas, lo que me daba la felicidad durante muchos años. La observo con lágrimas en los ojos

despertando la ternura que irradia siempre, su sonrisa encantadora se ha esfumado y me está trasmitiendo su enfado por lo que también supongo que habrá visto. Bastian no dice nada, el pobre tiene más que suficiente saliendo de una varicela para cruzar medio Estado en busca de su chica. Claro, ahí están mis respuestas, él la ama, él luchó por ella y está dónde quiera que ella esté. Los seis ojos siguen fijos en mí pero aparto la mirada de mi cuñada para inyectarla sobre los ojos traicioneros que han practicado el sexo con Gina.

– Vamos, nena – susurra mi cuñado.

– Yo no me voy sin Jocelyn. Y no me enfades más, Bastian. Por favor, que estoy muy nerviosa. Esto me trae malos recuerdos y ahora sé cómo se siente ella.

– A diferencia del inepto de mi hermano, yo no he tocado a ninguna mujer desde el día en que te conocí. No digas gilipolleces, vayámonos a casa y fin de la historia.

– ¡No!

– ¡Nancy!

– ¡Qué no! Jocelyn, ¿cómo estás? Dime que necesitas. ¿Fuerza, consejo o voluntad?

Mis ojos nunca han dejado los de Sebas y los suyos tampoco han dejado los míos. Está enfadado, angustiado y no ha dicho ninguna palabra porque sabe que tiene todas las de perder. Este es el mayor desencuentro que hemos tenido y me apena la fecha de caducidad que tenía nuestra relación. Es hora para que diga algo, se defienda, me mienta o haga algun movimiento que me guíe hasta la mejor solución, porque si de mí dependiese, él y yo estaríamos rompiendo.

¿Lo hemos hecho? ¿Lo vamos a hacer?

Hemos luchado mucho. Yo, he luchado mucho. Él ha sido mi apoyo y tengo decidido que voy a hacer.

– Llaves – susurro.

– ¡BASTIAN! ¡Cómo me pongas sobre uno de tus hombros duermes en el sofá eternamente!

– ¡Estás embarazada! ¡Inconsecuente!

– Nancy, – giro hacia mis cuñados que se manosean – Nancy.

– Sí, Jocelyn. Lucho contra mi neandertal pero aquí estoy. ¡Bastian, para!

– Las llaves, necesito las llaves.

– Oh, ¿las de casa?

– No, las de un coche que me lleve de vuelta a Chicago.

– Bastian, dale las llaves.

Miro hacia Bastian que espera órdenes de Sebas. Él le habrá dado el consentimiento cuando mi cuñado pone las llaves en la palma de mi mano.

– El coche tiene un GPS instalado. Sabremos dónde irás.

– He dicho que voy a Chicago.

– El coche está en la otra parte del bosque. Si quieres estar sola te acercamos allí. Si no quieres estar sola te llevamos de vuelta con nosotros – susurra Nancy.

– Llevo sola toda mi vida. Por un par de horas más no me pasará nada. Bastian, – él me mira porque no suelo dirigirme a él – dile al imbécil de tu hermano que se ponga una camiseta. Que el club está dentro y no aquí afuera. No estamos en la playa para que vaya así de fresco creyéndose que va bien vestido. Si no es mucha molestia.

– ¡JOCE! – Replica Sebas.

– Nancy. Ya en serio, salgamos de aquí y dejémosles a solas.

– Qué no, Bastian. Quiero saber si Jocelyn estará bien.

Ellos dos susurran tan bajo que me centro más en los gruñidos de mi novio que en mis cuñados. Bastian está quitándose la camisa de manga larga y se la lanza por encima de nuestras cabezas a su hermano, todavía podemos apreciar las pupas que tiene en los brazos y que se han casi esfumado. Nancy besa su cuerpo mientras mi cuñado se deshace ante la imagen de su esposa, se ven tan enamorados.

– Yo quiero eso, – me doy la media vuelta encarando a Sebas que no sabe dónde esconderse ya que lo ha fastidiado todo – lo que tienen ellos.

– Lo tenemos, reina, sabes que lo tenemos.

Gina aparece a nuestro lado con una manta envuelta y sonriendo con cara de complicidad. Sebas no le da ni una mirada y yo me centro en no pensar que han estado practicando el sexo en público.

– No es buen momento, – Nancy sale en mi defensa interponiéndose entre ella y yo – no estás invitada a nuestra mini fiesta Trumper.

– Quería hablar con Sebas y contigo también, Jocelyn. Necesito explicarme también y si puedo ayudar me sentiría mucho mejor.

Aparto a mi cuñada amablemente para propinarle una bofetada en la cara. Ella casi se cae al suelo porque pierde el equilibrio oyendo los susurros de aprobación de los Trumper que están detrás de mí.

– Prefiero caminar hasta el coche, será lo mejor – le digo a Nancy que niega con la cabeza.

– Jocelyn, no lo hagas. Te acompaño y…

– ¡TU NO TE VAS A NINGUN LADO!

– Bastian, para, no es buen momento y no estoy para bromas, ¿no ves que esto es serio?

– Nancy, – me giro después de haber dado dos pasos hacia delante y seguida ya por Sebas que también ha avanzado – no te preocupes porque estaré bien, muy bien.

– Joce, por favor, tenemos que…

– ¡Qué te vayas a la mierda, Sebas! No abras la boca que ya bastante has hecho esta noche. Me voy.

– ¡Jocelyn! Dame alguna señal para no tener que enfadarme con Bastian de verdad y correr detrás de ti, es lo que hacemos las cuñadas, amigas y hermanas. ¿No?

Le regalo una sonrisa cómplice que me devuelve aunque un poco más nerviosa que yo.

– Voy a luchar por mi historia de amor.

Nancy me sonríe con el dedo pulgar hacia arriba y desaparezco por el lado de la carretera en dirección al coche que me llevará de vuelta a Chicago. Todavía tengo que hablar con Sebas pero antes debo de hacer una cosa que sellará nuestro destino para siempre.

Cuando hago el trayecto largo a la ciudad siento como las dos luces que hay detrás de mí intentan acercarse demasiado a mi coche, y entonces, yo acelero mucho más. Sebas conduce como un maniático y este tiempo a solas me sirve para pensar en lo que ha sucedido en el club, hasta dónde se ha puesto los límites y el por qué se pensó lo de follar a esa Gina como lo estaba haciendo su amigo. Necesito y quiero luchar por mi relación y por todo lo que hemos vivido juntos porque desde que he vuelto parece que no se ha solidificado nuestra historia de amor. Me ha costado muchísimo llegar hasta dónde estoy hoy en día, luchando firmemente por él, sin traumas, sin penas y sin desolación de por medio que se entrometa en mi futuro perfecto junto a mi Sebas; el gran amor de mi vida.

La ciudad está vacía menos la zona de los clubs. Como mañana es día festivo, la gente está saliendo como si fuera un sábado y es por ese motivo por el cuál estoy yendo directamente al corazón de mis problemas. Puede que mi único problema sea yo misma o el idiota que no se corta en acercarse por detrás a mi coche, pero voy a demostrarle a todo el mundo que puedo luchar por Sebas, que no soy la tonta que era hace cinco años y que he evolucionado recuperándome por completo de la depresión profunda en la que me veía envuelta.

Lucho contra el tráfico girando en la famosa calle dónde el club más exclusivo de la ciudad está a rebosar, el Golden Night. Lo estoy viendo a lo lejos con ganas de vomitar y recordándome otra vez qué hace tan solo una hora he visto a Sebas practicando el sexo que le gusta con Gina, precisamente con ella. Lloro aparcando y su coche hace lo mismo. Me voy a romper y no quiero volver a hacerlo porque soy valiente, pienso en las palabras de las personas que me quieren y me siento mucho mejor.

Suspiro con un nudo en el corazón, duele el haber visto a Sebas haciendo eso encima de la tarima junto a esa bastarda y él disfrutaba. Tal vez necesite practicar ese sexo para ser feliz. No lo sé. Deseo poner punto y

final a lo que me atormenta y tengo que empezar por aquí. Él me está esperando en la puerta del coche y yo necesito solo dos minutos más para motivarme sin llorar como una niña pequeña.

– Joce, vamos, sal de ahí. Tenemos que hablar.

Le levanto el dedo medio de mi mano y bufa por la desesperación. Tengo una buena visión a través del cristal porque solo se ha abrochado un par de botones y deja al descubierto el bajo vientre junto con sus pectorales. Hago una señal para que se abroche y lo hace enfadado intentando otra vez abrir la puerta del coche.

– ¡Vete!

– ¡NO!

– ¡TE ODIO!

– ¡Y YO TAMBIEN ME ODIO! Sal y hablemos, Joce. Por favor.

Niego con la cabeza mientras le señalo que se aleje del coche. Sebas no sabe cómo comportarse, incluso está blanco porque tendrá una explicación de mierda y yo, como una tonta, me la creeré ya que dará la vuelta al problema haciéndome creer que ha sido una estupidez de su trabajo. Recapacito enfadada cuando por fin salgo del coche y guardándome las llaves en mi gran escote que mira fijamente.

– Míralas porque no las vas a tocar.

Gruñe avanzando hacia mí pero le pongo la mano en alto. A Sebas no le importa y consigue llegar a abrazarme pero le aparto golpeándole la cara de nuevo.

Voy echa un desastre, por no hablar de que huelo como si toda la mierda de las cenizas se hubieran impregnado en mi cuerpo y la sangre seca ha llegado hasta mi escote. Hoy soy de todo menos sexy y el que Sebas esté quejándose porque no le dejo acercarme no me ayuda a nada. De hecho, mi novio no me ayuda a nada.

Me tengo que recordar a mí misma que estoy enfadada con él y por eso le ignoro entrando en el Golden Night seguido por sus pasos firmes.

Lena me saluda con la mano con una sonrisa y detrás está Karina amargada como siempre. Diviso la primera de las miles de salas que tiene este lugar para estudiar cuál va a ser mi punto clave. Tengo a Sebas susurrándome en el oído pero ni siquiera sé que dice.

– Llama a Gina y déjame en paz.

– ¡JOCELYN, MALDITA SEA! – Me grita y rápidamente sale Karina de la barra para ponerse entre él y yo.

– Eh, chicos, ¿qué ocurre aquí? ¿Sebas?

– No te metas.

– ¿Dónde está el DJ? Quiero dedicarle una canción de amor a Sebas, por lo buen novio que es conmigo, ni me miente, ni me traiciona y ni me es infiel. Ya ves, el hombre perfecto.

– ¡YO NO TE HE SIDO INFIEL!

Le doy la espalda buscando al DJ, ha hecho algunos cambios o a lo mejor soy yo que no me acuerdo de este club de mierda. Siento la respiración de Sebas chocar con la cima de mi cabeza, estoy empezando a llorar porque huele demasiado bien y duele todavía más. No puedo quitar de mi mente la imagen de él tocando con esa cosa el cuerpo de Gina, acariciándolo y mirándola como lo hace conmigo. Me doy la media vuelta entre lágrimas sollozando a pleno pulmón y conteniéndome porque si se apagase la música solo se oirían mis lamentaciones.

– ¿Por qué, Sebas? ¿Por qué me has hecho esto?

Él nunca ha sido un hombre de discusiones, de hecho, ha sido de imposiciones porque siempre ha tenido a sus pies todo lo que ha querido sin esfuerzo. Por lo tanto, no se espera que realmente estemos en este punto con nuestra relación más acabada que restructurada. Baja los hombros tragando saliva, susurra algo pero no le oigo por la música.

– No es lo que parece, Jocelyn, te lo juro por mi vida, – está asustado y es lo que leo en sus labios que no dejo de mirar – te prometo que si me dejas explicarme lo entenderás.

– Jamás podré borrar de mi memoria todo el daño que me has hecho esta noche.

– Reina, perdóname yo…

Las luces se apagan porque unas mises están siendo aclamadas por un especial que van a hacer hoy domingo. El Dj lo anuncia con ilusión y diviso su cabina cerca de la barra de la segunda sala. Sin pensármelo, dejo a Sebas con la palabra en la boca mientras el hombre se extraña de que esté junto a él.

– Necesito que me des emisión en todo el club.

– ¿Quién eres?

– La prometida de Sebas Trumper, el dueño de todo esto y el encargado de pagarte el sueldo.

Él me mira de arriba abajo haciendo que ruede los ojos, ya sé que no llevo el mejor de mis looks pero al menos no visto como una mujer anciana escondiéndome de la humanidad. Le señalo a Sebas que está debajo de la cabina con los brazos cruzados y que le asiente con la cabeza al Dj dándome paso para que haga lo que tenga que hacer.

– Entonces, ¿qué quieres?

– El micrófono y que todo el club me oiga.

– A las habitaciones no llegan los altavoces, solo a las salas.

– ¿También tienes acceso a las privadas?

– A todas. Abro emisión.

– Por favor. Y apaga la música, cuando me des paso hablo.

Con mi cabeza en alto miro hacia el frente, a las mujeres que se mueven en sus tarimas y como la golden destaca entre todas porque es la más bella. Echo un vistazo a Sebas que sigue esperando con enfado sin entender qué hago aquí subida, pero me da igual; tengo, debo y necesito hacerlo por nuestro bien.

– Listo. Micrófono abierto en todas las salas en tres, dos, uno y adelante.

La música se apaga bajo las quejas de todos los aquí presentes. En esta sala estoy siendo la protagonista porque el Dj ha encendido la luz y soy

el centro de atención. Los hombres empiezan a silbar porque las mujeres han parado de bailar excepto un par de ellas que se restriegan con algunos después de dejarles el dinero en el tanga. Abro la boca con la imagen de Sebas que sigue inmóvil y tragando saliva me animo.

– ¿Hola? ¿Me oyen?

– La música.

– Vuelve a la tarima, mujer.

– ¡Vaya tetas!

Ellos empiezan a hablar entre el silencio que se ha hecho en esta sala y las otras que ya empiezan a preguntarse por qué la música se ha apagado.

Lo siento Sebas, pero tengo que hacerlo por los dos.

– El club queda cerrado para siempre, – anuncio mirándole a los ojos. Él no se lo esperaba porque no tiene color en la piel de la impresión que se está llevando hasta que ha bajado los brazos a ambos lados de su cuerpo – por lo tanto, les pedimos que salgan de este moderadamente sin causar ningún tipo de escándalo que nos hagan llamar a la policía.

Los abucheos de la gente son más que evidentes. Sebas ya no les increpa insultándoles porque está recibiendo mi mirada desafiante que le reta a que no me lleve la contraria. Me doy cuenta que Karina me está haciendo un gesto en la distancia animándome a que siga hablando.

– ¿Es de verdad? – Mueve sus labios y yo le afirmo moviendo mi cabeza.

– Por favor, procedan a salir del establecimiento lo antes posible. A las chicas, mujeres, mises o como os llaméis, a las camareras, trabajadores e inclusive tú – me dirijo al Dj– estáis todos despedidos. Se ha acabado el espectáculo. Tenéis quince minutos para desaparecer del Golden Night antes de que se llame a la policía o yo misma me encargaré de provocar un incendio y hacer que este problema aumente mucho más. No quiero quejas ni sorpresas. A las chicas, coged vuestras cosas y la última persona que salga cerrará el club para siempre. ¡Moveos ya!

Todos empiezan a burlarse de mí incluso las mises que critican mi aspecto físico. Para no variar, lloro y me apoyo en los ojos de Karina que

desaloja a todo el mundo mientras soy el hazme reír.

– Como broma no ha tenido gracia – susurra el Dj que intenta quitarme el micrófono pero no le dejo.

– Hablo en serio, – vuelvo a repetir a través del aparato – no veo que os estéis moviendo.

Evito mirar a Sebas. Sé que estoy haciendo el ridículo pero el Golden desaparecerá. Esta parte de la vida que ha llevado mi novio tendrá su punto y final si quiere tener un futuro a mi lado. Estoy muerta de miedo por perderle pero tampoco voy a rebajarme ante su perdón.

– ¡Fuera!

– ¡La música!

– ¡Déjame follarte esas tetas!

Esa última frase ha sido la voz que se ha quedado en solitario y el hombre ha tenido el placer de recibir un puñetazo de Sebas.

Él está nervioso tanto como yo, hay un follón entre todos los que hay abajo y una miss escala hasta mí para sacarme de la cabina.

– Vete de aquí hija de puta. ¿Cómo te atreves?

Me tira de los pelos dejándome arrastrar porque no me gusta el dolor, que me toquen lo llevo muy mal y este saco de huesos está pudiendo conmigo. El Dj vuelve a poner la música mientras Sebas continúa peleándose con los otros hombres que han gritado que me van a follar. La gente se anima volviendo a la diversión y las mises prosiguen con el espectáculo.

– ¡Para, me haces daño!

– ¡Te voy a sacar a rastras!

Intento soltarme cuando Sebas se da cuenta de lo que me está haciendo este engendro sin cerebro y pronto llega hasta nosotras empujando a la miss que cae sobre un hombre. Esta idiota le sonríe como si no hubiera hecho nada malo yéndose lejos. Las manos de él palpan mi cuerpo después de muchos días y se siente muy bien.

– ¿Estás bien? ¿Te ha hecho algo?

Niego ante las dos preguntas. No y no. No estoy bien y no me ha hecho nada porque como siempre eres tú mi ángel guardián que me protege de todo mal, menos de nosotros mismos. Doy un manotazo a sus manos, hundida, humillada y llorando. Típico en mí, al parecer, no tenía enterrada a esta Jocelyn como yo creía. Corro huyendo tras haber fracasado en mi plan y choco con algunos cuerpos que están volviéndose locos.

– Mira por dónde vas, ¡aguafiestas!

Un hombre escupe a mis pechos, su saliva resbala por ellos y me derrumbo cayendo al suelo entre la multitud de gente que se ha acumulado buscando la cabina del Dj. Yo estaba allí hace tan solo unos minutos intentando dar un golpe a nuestra relación para abrirle los ojos a Sebas.

Nunca me sale nada bien.

Y estoy cansada de luchar por nada.

– ¡SILENCIO! – Todo el mundo calla, hasta dejan de pisotearme como si no me vieran. La voz de Sebas es una orden y obedecen, – ¡el club se cierra! ¡Quiero que circuléis hacia las puertas de salida ahora mismo si no queréis que os encierre a todos por desobedecerme! ¡Mi mujer os ha mandado que mováis el maldito culo y seguís aquí! ¡Los clientes quedáis expulsados y los trabajadores despedidos! ¡A las malditas chicas os quiero fuera de mi vista ya! ¡Al resto de mis trabajadores también! ¡Que no vuelva a repetirlo y no me tentéis que os encerraré a todos en la cárcel si no empezáis a moveros fuera de mi club!

Y se hace el silencio. Todos se han quedado sin palabras pero comienzan a circular poco a poco susurrando que cierra el mejor club de la ciudad. Las mises están dando pequeños gritos hacia Sebas, pero le oigo a lo lejos gritarles que se vayan también y que les pagará cuando le venga en gana, que ya no es su problema. Los pies de Karina se plantan delante de mí y pronto baja su cuerpo para sonreírme dulcemente.

– Has sido muy valiente, Jocelyn. Luchar contra este club de mierda enfrentándote a todos paralizándolo en mitad de la noche es el mejor final que podías darle. Levántate, criatura, tu hombre te busca. No llores y no le

dejes que te vea así. También te recomendaría una ducha, pero supongo que ya lo sabes.

Esa última frase me hace reír. Karina me ayuda a levantarme torpemente quedándonos cada vez más solas en este lugar porque la gente se está yendo.

– ¡Joce, Joce!

– Aquí Sebas, la tengo conmigo – grita Karina y me abraza fuerte – sigue así chica y lo tendrás pillado por los huevos para siempre.

– ¿Puedes traerme un poco de agua? Por favor.

– Joce, por fin te encuentro. ¿Estás bien? ¿Estás herida?

Sebas me comprueba fingiendo que le importo o al menos eso creía hasta que una mujer aparece por detrás de él. Esta sala está prácticamente vacía y no hay nadie excepto nosotros.

– ¡Sebas! ¿Es que no me oyes? ¿Qué mierda te pasa? Tengo a todas las chicas haciendo la revolución en los vestuarios. Primero desapareces, luego Gina y ahora esto.

Él la ignora. Ignora a Sami por primera vez desde que le conozco porque siempre ha sido su mano derecha. Sin embargo, Sebas ahueca su mano en mi mandíbula mirándome como si fuera la única en su vida y estoy cayendo en sus redes sin ponerle remedio.

– Aquí tienes, criatura – bebo del vaso de agua que Karina me ha puesto en mis manos, a Sebas no le interesa nadie más que yo y le estoy rezando a mis padres por habérmelo mandado, – Samantha, es un momento de mierda. Sebas está ocupado. Ya lo has oído. Todos a la puta calle.

– ¿Sebas? Sebas, da la cara.

Le hago un gesto para que la atienda y aunque le cuesta, él consigue dejarme a un lado para darse la vuelta enfrentándose a Sami con firmeza.

– ¡Fuera de mi club!

– ¿Hablas en serio? ¿Qué ocurre?

– Lo has oído. Ahora tengo una mujer y mis prioridades han cambiado.

– ¿Con Jocelyn? ¿La mujer que te abandonó? Sabes que está mal de la cabeza y que lo volverá a hacer.

– ¡Samantha! – Se interpone Karina.

– No te metas en esto, vieja. Es una conversación de Sebas y mía.

Doy un paso adelante colocándome delante de Sebas, mirando a mi vaso y pensando en cómo se vería si se lo estrellase. El hombre que tengo detrás de mí me lee la mente porque me lo arranca de las manos dándoselo a Karina.

– Ni lo sueñes, reina. Todavía le tengo cariño a los vasos y no quiero que te manches con su sangre.

Besa mi cabeza sintiendo como me recorre un hormigueo por todo mi cuerpo.

– Ya has oído a Sebas, tienes que irte – hablo con mi voz aguda hacia una Sami que me está molestando. El imaginármela a ella con el collar, con Sebas, recibiendo sus órdenes… me pone enferma de verdad.

– Sebas, necesito hablar contigo en privado.

– Negativo, Sami. Si quieres decir algo lo harás delante de mi mujer.

– ¿Quieres que hable delante de ella? Pues hecho. ¿Dónde te dejas el follarte a las chicas si cierras este club? ¿Dónde harás tus trapicheos? ¿Dónde jugaremos a que soy tu mascota cuando me pongas el maldito collar? Dime Sebas, ¿dónde? No puedes cerrar años y años de tu vida. Este es tu hogar. Lo que tengas con esta escoria es solo una diversión como la que tenías con Gina.

Mentiría si no me están doliendo sus palabras pero es la cruda realidad. Sé lo importante que ha sido este club para mi novio, para su privacidad, sus juegos y cuando venía para evadirse de la vida. Las mujeres aquí son importantes para él y yo no quiero que se quede vacío. Me niego a que se piense una respuesta. Encaro a Sebas mientras Karina se ha entrometido para discutir con Sami.

– ¿De verdad que este es tu hogar? – Le pregunto.

– No, reina. ¿Cómo puedes pensar eso? – Acaricia mi cara con dulzura – tú y este, sois mi hogar.

Abro los ojos conmocionada porque tiene su mano en mi barriga. ¿Cómo lo sabe? Nadie lo sabe. Solo yo lo sé desde el día de mi graduación cuando me hice la prueba. Sí, estoy embarazada e iba a contárselo tan pronto tuviera la oportunidad. En parte me he sentido valiente en vivir esta aventura nocturna porque un Trumper que nace en mí me ha dado la fuerza que su madre no tiene. Mis lágrimas son de felicidad y me reúno con su mano deshaciéndome en afecto por el hombre al que amo, mi amigo, mi confidente, mi novio, mi futuro marido y el padre del bebé que estoy esperando.

Sebas está inmóvil con la palma de su mano intacta sobre mi barriga y la otra sobre mi cara que ladeo para sentir su toque. Nos envolvemos en nuestra felicidad sin hacer caso a esas dos que continúan discutiendo, la pobre Karina defendiendo nuestra historia de amor y la otra pidiendo explicaciones.

Ya nada me duele. Todo el dolor se ha esfumado tan pronto Sebas ha compartido conmigo que vamos a ser padres. Mis ganas de luchar finalizan aquí mismo porque sé que nunca le voy a perder. Le daré el regalo más grande que siempre ha deseado; ser padre y formar una familia junto a una esposa maravillosa.

Y esa, soy yo.

Me apoyo sobre su pecho abrazándole mientras él besa mi cabeza.

– Quiero volver a casa, – le susurro y él me da el sí – no, Sebas. A mi casa. Sola.

– Jocelyn, por favor.

– Necesito estar sola para asimilar todo lo que ha sucedido. Quiero sentir el calor del que fue mi hogar por muchos años.

– Te lo suplico, – Sebas se arrodilla. Voy a desmayarme – no me alejes de ti y de nuestro hijo. Te prometo que todo será diferente desde ya. Perdóname.

Como predijo Nancy, a Sebas le ha llegado el momento de su rendición ante mí y estoy siendo la absoluta protagonista. Miro hacia un lado y hacia otro viendo gente a lo lejos junto con mises que salen por la puerta enfadadas. El Golden Night ya ha cerrado sus puertas y Sebas ya ha dejado toda una vida a sus espaldas para dedicarse solo a mí, a nuestro hijo.

Sollozo emocionada controlando mis lágrimas dejando que salgan para recuperarme después. Tengo que acariciar a Sebas una vez más y grabar esta imagen para siempre.

– Una noche, al menos dame una noche. Me he perdido en algún punto en estos meses y necesito encontrarme, taparme con la manta de mi abuela y respirar el mismo ambiente de un hogar que también fue mío y que no disfruté porque me dejé arrastrar al infierno. Por favor, dame espacio.

Sebas se abraza a mí apoyando su cara sobre mi barriga y besándola por encima de mi vestido. Me doy el privilegio de liberar mis lágrimas porque es por pura felicidad. La rendición de Sebas es mágica, y aunque no estoy disfrutando de ella porque no me gusta verle abatido, sí que nunca olvidaré este momento, la primera vez que ha besado a su hijo siendo un pequeño garbanzo.

– No te vayas, por favor. Prometo no acercarme a ti.

– Estoy enfadada y dolida contigo. Nos espera una vida juntos, pero al menos déjame despedirme de mi pasado. Yo también necesito acabar con mi tormento.

– Juntos – me recrimina con el ceño fruncido.

– No. Separados.

Beso su cabeza con ternura, luego su frente, su nariz y le susurro que el de la boca no se lo ha ganado ni se lo ganará en mucho tiempo. Le dejo abatido, arrodillado en mitad de la soledad del club con las luces encendidas y empapado con el llanto que él derrama porque lo voy a abandonar por última vez.

Conduzco a un lugar que no he visitado desde hace años. Por muchas razones. Y todas ellas por mi enfado con la sociedad. Cuando aparco el coche entre el silencio, me adentro en este escalofriante laberinto de

personas que alguna vez tuvieron vida y que alguien se las arrebató mandándolas al cielo. Ya estoy poniendo una mano sobre mi cara y tapándome cuando leo el nombre de Alfred y Jocelyn Harden, mis padres.

La lápida pide a gritos flores. La luz de la luna me hace ver que parece oxidada y que escogí la más fea cuando solo era una niña porque mi abuela me obligó a hacerlo. Sus nombres están escritos, mis padres están muertos y una parte de mí también lo está.

Me dejo caer al suelo llorándole a un trozo de piedra con sus nombres tallados porque ellos están aquí abajo, o lo que queda de ellos ya que sus almas me custodian desde que me abandonaron. Estoy desconsolada y hundida por la tristeza y vacío que los dos me dejaron. Si ellos hubieran vivido yo habría sabido lo que era la felicidad. Voy a casarme con el amor de mi vida, embarazada y dispuesta a hacer que mi futuro funcione aunque desconozca cómo es tener una familia. Nadie me ha explicado cómo debo de actuar en qué tipo de situaciones y temo el perderlos a todos. El quedarme sola otra vez por culpa de las guerras que vayan a sucederme con el paso de los años. Por eso, estoy aquí. Despidiéndome de mis queridos padres.

– Hola mamá, hola papá. Perdonad que no haya venido a veros pero he estado un tanto ocupada hundiéndome en el más profundo agujero desde que os fuisteis dejándome sola en la vida. No existe un día en el que no piense en vosotros y en lo mucho que os echo de menos. Siento que no he sido buena hija por no visitaros, pero de verdad, he estado cayendo cada día más en mi penuria. Debí haber venido mucho antes, quise hacerlo pero no podía ponerme delante de vosotros para contaros lo pobre que era mi vida, lo mucho que no la he disfrutado y el cómo de vacía me he sentido cada día sin vosotros. No es justo que os hayáis muerto, pasarán los años y todavía no podré encontrar la respuesta al porqué os arrebataron de mi lado. La abuela también me abandonó, hizo lo que pudo conmigo y no me dio tiempo a despedirme de ella porque estaba en la biblioteca, esa mañana me dio un beso por última vez y me dijo que habíais ido a por ella. Quise pensar que era mentira pero cuando volvía a casa y las vecinas se agolpaban en la puerta, vi la camilla tapada y sabía que ya no tenía razón por la cual vivir. Ella está enterrada con el abuelo y prometo que pronto iré a verles al

pueblo, pero no quería ir allí primero. Os siento tan dentro de mí que parece que los años no han pasado… huh… – esto duele como el infierno, mis llantos son como cuchillos clavándose en mi corazón – conocí a Sebas y él es todo para mí. Me enamoré del hombre equivocado porque él se merece a una mujer que sepa amarle y valorarle a su gusto o estar a su altura. Pero hubo algo entre él y yo que sentimos y supongo que fue inevitable que nos enamoráramos como locos. Le amo y él me ama también, es un poco mandón y posesivo, aunque lo hace porque lo lleva en la sangre. También su familia se porta muy bien conmigo, incluso tengo amigas que me quieren y yo a ellas, con Nancy he congeniado y menos mal que no conocéis a su marido porque es el doble de posesivo que mi Sebas. Él es la razón por la cual estoy aquí, se ha dado cuenta de que estoy embarazada y siento que tengo que poner punto y final al pasado tan triste que he vivido desde que os fuisteis. Ahora me toca afrontar una etapa de mi vida de la que quiero huir porque me da mucho miedo, no sé qué hacer cuando las cosas se pongan feas o de dónde voy a sacar las fuerzas para enfrentarme a ellas, pero, ¿sabéis qué? Lo haré. Lo haré por él, por mí y por nuestra pequeña familia que ya está naciendo en mi interior. Pienso venir a visitaros más a menudo y cuando tenga tiempo libre porque los Trumper pueden ser realmente activos haciendo que se esfumen las horas del día. Dadme un poco de espacio para asimilar que he vuelto a renacer y todo gracias al hombre que está llorando detrás de mí. Mamá, has sido lo que más he querido en mi vida por encima de mi Sebas, lo que más voy a querer porque el dolor de perder a una madre es irreparable, digan lo que digan, nunca te recuperas. Ojala hubieras estado aquí cuando más te he necesitado, y dado que no lo estarás nunca más, espero que ahora que tengo a Sebas conmigo seas tú mi ángel guardián, la que me proteja de todo mal y me guíe hasta la felicidad plena. Te amo mamá, no lo olvides. Y a ti, papá, ¿qué decirte que no te diga a diario? Has sido el hombre que más me va a querer, no se puede sustituir el amor de un padre hacia una hija, era tu ojito derecho y ojala hubiera sido así para muchos años porque cuando te fuiste me dejaste un vacío de por vida. Siempre me decías que era tu princesita, y aunque ahora parece que me he comido a unas cuantas sigo sintiendo que cada noche me das un beso en la cabeza y te despides con un te quiero que grabé en mi mente para el resto de mi vida. Yo también te quiero, papá.

La mano de Sebas se apoya en mi hombro, luego la otra llegando a mi mandíbula que acaricia encontrándose con las lágrimas que derramo sin piedad. Besa mi cabeza susurrando algo que llevo conmigo desde que le conocí.

– Te quiero, Joce.

– Esto es duro, Sebas, muy duro.

– Sshh, ya pasó todo mi amor.

Se sienta encajando su cuerpo detrás del mío y me dejo caer sin piedad. Sebas está llorando porque sus lágrimas caen sobre mí, estamos desahogándonos como nunca antes lo hemos hecho y frente a la tumba de mis padres.

– No puedo olvidarles, dicen que con los años aprendes a sobrevivir sin ellos pero no es así. Les echo en falta. Me es imposible dar un paso sin sentir que lo hago mal porque no estarán aquí conmigo. Es un infierno, Sebas. Uno que no tiene remedio.

– Ojala pudiera traerlos de vuelta y que fueras feliz.

– Es un vacío que no podrá llenar nadie. Ni siquiera sé si seré una buena madre. ¿Cómo voy a serlo si la mía me abandonó?

– Eres la mejor madre que vaya a existir en este mundo. Joce, vas a destronar a la mismísima Margaret Trumper.

Rio entre lágrimas sintiéndome cada vez más completa ya que tal vez necesitaba venir aquí para encontrarme. Sus brazos rodean mi cuerpo, se cree que no me doy cuenta pero deja una de las palmas de sus manos sobre mi vientre acariciándolo porque ahí se encuentra nuestro hijo. Sebas posa sus labios sobre mi cabeza y luego sobre mi sien. El me aprieta fuerte contra él, un gesto de protección que me hace sentir cuando los dos estamos juntos.

Pasamos el tiempo en silencio y estamos mejor aquí que en cualquier otro lugar. No nos hemos movido, tampoco pienso en hacerlo pero cuando el trasero se me está durmiendo giro analizando el dolor que él mismo se encarga de trasmitirme. El Sebas mandón, gruñón y malhumorado ha pasado a ser el hombre tierno, cariñoso y afectivo del que me enamoré. A

veces no me explico de dónde saca la trasformación y rápidamente pienso en los Trumper y los genes que todos llevan. Sebas no es como los demás, desde que me conoció ha sido amable, gentil, romántico y tan pegajoso que yo misma me agobiaba. Este hombre me ha regalado un millón de objetos que dejé en el abandono, y que su madre me ha chivado que lo guarda todo en su casa para que vaya a recogerlo cuando vea el momento oportuno. Y creo que ese momento ha llegado porque sus ojos fríos, congelados y llenos de lágrimas me están gritando que está tan perdido como yo. Él necesita que le guíe ya que no sabe qué hacer o decir para no meter la pata.

Acaricio su cara con tristeza por verle así. Mis sentimientos son positivos y se agolpan en mi corazón. Estoy dispuesta a vivir juntos una nueva vida que me hará olvidar todo el dolor con el que he convivido desde que perdí a mis padres.

– Yo también te quiero – susurro mientras él cierra los ojos para volver a abrirlos – y este pequeño o pequeña habitante también te quiere.

Derrama sus lágrimas contenidas escondiéndose contra mí mientras le permito que se desahogue. En parte, es mi culpa, el haberle arrastrado a una tristeza que compartía con él sin quererlo. Sebas me ha visto pasar por todos los estados de ánimo y siempre se ha comportado como un caballero conmigo, esté enfadado o no, siempre ha tenido una palabra amable para mí. Porque me ama.

Le mezo un rato consolándole hasta que él reacciona.

– Reina, siento si interrumpo este momento pero tengo que preguntártelo.

– ¿El qué?

– ¿Has fumado estando embarazada?

Abro la boca sorprendida mirando hacia mi pecho, sí, él puede poner una sonrisa en mi cara cada vez que lo desee. Si supiera todo lo que he hecho esta noche por él me daría una medalla a la mejor novia del mundo. Sin embargo, mis ojos se pierden en su mirada autoritaria.

– Ha sido una noche larga. De la cual, todavía estoy muy dolida.

– Quería explicártelo Jocelyn, no era lo que parecía. Yo estaba actuando porque…

– Sebas, ahora no servirá de nada lo que me digas porque me siento como si me hubieras clavado un puñal en el corazón.

– Por favor, retira eso. Me duele que digas esto.

– Es verdad, Sebas. Encontré la tarjeta del club en tus pantalones. Luego te pasaste todo el fin de semana evitando mis llamadas contactándome por la noche cuando sabías que dormía y en la barbacoa del domingo estaban todos comiendo en silencio porque faltabas tú. Era como si te diera por muerto antes de que alguien me lo comunicara, imagínate cómo se siente para alguien como yo que solo te tiene a ti en la vida. Para colmo, ese mismo día antes de que Nancy y Bastian me recogieran, me hice la prueba de embarazo y me dio positivo. Me armé de valor para ir a por ti y me topé con lo que nunca quise ver. Con tu traición.

– Joce, por favor, no hables así, – apoya su frente sobre mí – te quiero tanto, mi reina, malditamente te quiero.

– ¿Cómo amiga, mujer, amante, madre de tu futuro hijo o como a Gina?

Levanta la cabeza negándose a sí mismo porque se siente avergonzado.

– No la he tocado. Ni siquiera he disfrutado, Jocelyn Trumper – pone un dedo sobre mis labios – la llamé el último día cuando no sabía que malditamente iba a hacer ya que esos cabrones disfrutaban de ese tipo de espectáculos. Ninguno de mis hombres se ofreció y no podíamos arriesgarnos a contratar a ninguna pareja porque sería ponerles en peligro. Esa sala estaba cargada de explosivos, de armas y de hombres furiosos que hacían un intercambio. El caso se complicó el mismo día en el que me llegó una nota amenazándome con una foto tuya, querían que me retirase del caso. Por eso hice el traslado y trabajé día y noche para encerrarlos de por vida. Necesitaba las pruebas para el de Asuntos Exteriores porque no iba a malditamente dejarme en paz si no les daba todo en regla para exportarlos a sus países y que lo juzguen allí. Ya sabes, abogada, que aquí están exentos de nuestras leyes.

– ¿Qué? Ellos no están exentos.

– Joce, ¿te estoy diciendo que me enviaron una foto tuya y te quedas con que no están exentos? He pasado horas y horas dedicadas al estudio total del caso y al final estaba implicado el de Asuntos Exteriores, él tenía contacto con la mafia para el tráfico de drogas en la ciudad. Se me escapaba ese detalle y las respuestas estaban en mis malditas narices desde el principio. Rick y yo nos enteramos que se hacía el intercambio de unos explosivos y un cargamento de droga en lingotes. Descubrimos lo del club porque en la ciudad sabían que estaban vigilados, por eso, él y yo decidimos en una noche que íbamos a infiltrarnos como trabajadores. Estábamos rodeados de compañeros, en cada sala y en cada barra.

– ¿Era necesario lo que has hecho?

– Lo era porque el de relaciones públicas no se llegó a creer que actuábamos de club en club montando un espectáculo. A Loren y a Gina las llamé del Golden para preguntarles si querían colaborar en el caso.

– Repito, ¿era necesario?

– Joce, estuve cinco horas encerrado en un camerino alargando el momento pero el maldito malayo me presionaba para que actuara ya que Rick no tenía ningún problema en follar en público. Yo hice lo que pude hasta el final. Gina vino el domingo por la tarde mientras yo trabajaba ultimando detalles con la policía y Rick se movía por el ambiente como si fuera el rey del club. Pero tuve que hacerlo, reina, y malditamente me arrepentiré por el resto de mi vida.

– Yo también. Voy a sumar una nueva pesadilla a mis noches.

– No la toqué, te juro que no la toqué.

– La azotaste y la acariciaste. Sé lo que vi – vuelvo la cabeza a la tumba de mis padres, ellos me darán paciencia.

– Viste la fusta pasar por su cuerpo. Ni disfrutaba, ni estaba concentrado y ni sabía lo que hacía. Gina fue la que controló la escena porque yo oía a la policía en mi auricular, – Sebas ha captado mi atención de nuevo – pendiente de sus pasos para la detención mientras fingía azotar a Gina con fuerza. Ella actuó y yo no le puse interés porque no tengo la

necesidad de hacer eso cuando te tengo a ti, cariño, siempre a ti. Tan pronto los atraparon en el aparcamiento vi el puto vaso de mi cuñada sobre mí y supe que te había perdido. Algo me decía que ella no había venido sola con mi hermano, sino vosotras dos dispuestas a destapar al horrible Sebas.

Entonces, al final Sebas no se pensaba en follarla, solo escuchaba todo mientras se hacía la detención. Me quito un peso de encima suspirando con normalidad. Mi estado de humor cambia porque tenía la corazonada de que mi hombre quiso practicarlo con ella como lo hizo en el pasado.

– ¿Por qué ella? ¿Por qué el collar? ¿Por qué el rol que solías practicar?

– Porque necesitaba aferrarme a algo que conocía para no perderme en el camino, Joce. Quería entretenerme con el juego y ganar tiempo.

– ¿Por qué me lo ocultaste? Si tan solo hubieras confiado en mí, no lo hubiera entendido, pero sí que podría haberme ahorrado la pesadilla de imaginarte con Gina en el escenario.

– Precisamente quería evitar eso, si te lo contaba te haría daño. Iba a hacerlo y asumir las consecuencias, pero a tu lado, obteniendo el castigo como mal novio que merezco por haber interpuesto mí trabajo a nuestra relación. Me he pasado día y noche estudiando el caso en soledad para que esos hombres no pusieran una mano sobre ti. El tener tu foto delante de mí me motivaba porque deseaba acabar pronto y volver a casa contigo. Me diste aliento, Joce, tú fuiste la razón por la cual di por finalizado toda esa mierda. Trevor llegó a la conclusión de que teníamos un topo entre nosotros y que los mafiosos eran avisados de nuestros movimientos por uno de los nuestros. Y qué casualidad que el sospechoso número uno lo teníamos presionándonos con las pruebas, ese cabrón era su enlace.

– Sigo pensando que obraste mal, Sebas. Yo no soy un mueble al que limpiar y tener de adorno. He tocado fondo por tu culpa. Te volviste loco con Patrick y luego con Leo, después tus cambios de humor y el no venir a casa, me hiciste sentir como si fuera una muñeca. Parecía como si estuvieras devolviéndome el daño que te hice cuando desaparecí. Y me dolieron tantas cosas que he ido guardándomelas una a una hasta rendirme.

Ni siquiera estuviste en mi graduación ni el día en el que empecé esas prácticas.

– Joce, ese día iba a cerrar el caso y fue cuando casi secuestran a Rick y le pegaron una paliza. Lo sé, soy un mal novio. Me he perdido una infinidad de momentos a tu lado por encerrar a esos hijos de puta que me enviaron una foto tuya, y ante eso, permíteme haber sido obsesivo con la idea de ponerles entre rejas. Ellos sabían que yo tengo mi punto débil y ese eres tú.

– ¿Me has llamado punto?

– Sí. Yo puedo ser el palo de la i.

– Tras mi graduación pensé que de verdad sacarías tiempo para mí. Qué iba a ser real el que vinieras. Al día siguiente apareció Diane, luego tu cajón y…

– Espera, ¿mi cajón? Y, ¿qué pasa con Diane? Yo no le dije que fuera a verte, no sé a qué te refieres.

– Vino a disculparse conmigo, te lo dije. Por el encuentro en tu club.

– Sí. Pero reina, que me maten si me hago viejo pero jamás le he pedido que hable contigo. Además, sé cómo eras en aquellos entonces y no llevas bien las sorpresas ni visitas inesperadas.

– Pues vino y la despaché. Ella no me gusta.

– Cariño, ella es mi amiga y la conozco…

– Sí, pero no me arrastres a mí. No la quiero en nuestra vida.

– De acuerdo, mantendré las distancias con ella, ¿vale?

– Claro que lo harás. Yo he tenido que dejar a mi psicólogo por tu culpa.

– Él no me gusta. ¿Ves lo rencoroso que es? Al final acabó echándome en cara lo de mi habitación y me odia porque su ex mujer había entrado en el club. Yo era su excusa perfecta, el muy idiota pensaba que me importaba una mierda. No me gusta que te haya ayudado, estoy seguro que te ha preguntado por mí y se ha centrado en nosotros, – me giro asintiéndole

con la cabeza – ¿ves? Está loco y él no se puede curar a sí mismo. ¿Qué más? ¿Qué me dices del cajón?

– Tus condones, ropa interior femenina y fotos desnuda de tetas bailarinas.

– ¿Tetas bailarinas?

– La morena, tu secretaria o estorbo.

– Ya veo. Sí, me las dio para ganarse el puesto. Estaba saliendo de mi etapa en soledad. No soporto a las de su especie. Solo sirven para un polvo que ellas mismas buscan exponiéndose. Les importo una mierda.

– ¿La ropa interior es de ella?

– No, de la otra. Una larga historia que ya te contaré. ¿Sigues enfadada conmigo?

– Sí, pero un poco menos. Quisiera poder sacar de mi mente lo que ha ocurrido esta noche.

– Me lo contarás todo.

– Claro, pero siento como que Gina ha ganado porque ha estado allí arriba.

– Como comprenderás, no iba a ponerte a ti para que te sucediera algo. Piensa que si la hubieran disparado no habrías llorado su muerte.

– ¡Sebas! – Le regaño.

– Lo siento, no es acertado el comentario. Me refiero a que ella era idónea porque no llamaría mucho la atención y Loren congeniaba con Rick, ellos hacían el espectáculo y yo perdía el tiempo. Gina solo era una opción, reina, no tienes por qué preocuparte. No podía arriesgarme a que la operación saliese mal.

– ¿Por qué te implicaste tanto?

– Porque tenía la intuición de que no solo estaban implicados los malayos o daneses, sino que habían altos cargos públicos en la trama y el de Asuntos Exteriores no ha sido el único que ha caído. Pero cariño, hablemos

de eso en otro momento. No quiero que estemos mal. Siento lo que ha pasado con Gina, te prometo que no iba a hacer nada con ella.

– Mentiroso, te habías desabrochado un botón.

Gruñe ronroneando y tumbándome sobre el césped en el silencio del cementerio mientras besa la punta de nariz negando con la cabeza

– No lo llevaba desabrochado, quizás en un movimiento se desató.

– Ya, ¿tu camiseta también fue accidentalmente?

– Date por satisfecha porque solo accedí a salir con el pecho al descubierto incumpliendo el falso contrato que el relaciones públicas nos hizo firmar. Él me quería desnudo.

– ¿Tu preparaste a Gina?

– No. Me reuní con ella diez minutos antes de salir. Yo estaba en el camión poniéndome el auricular mientras se hacía el intercambio.

– ¿Y qué le dijiste? ¿Salgamos a fingir jugando a que yo llevo el collar que tanto significa para ti?

– Joce, – toca la punta de mi nariz – no fue así. Sé que estás dolida pero los hechos no sucedieron como los tienes en tu cabeza. La llamé junto con Loren y les propuse que fingieran lo mismo que hacían en el Golden. Gina nunca supo que yo saldría con ella. Le comenté que la azotaría y una mujer la preparó en algun camerino. Y no sé más porque no la vi hasta antes del espectáculo. Por favor, dejemos de hablar de esto. Deseo que no fuera una pesadilla mi reina, conocerás los detalles tan pronto sepa que estás preparada para ello.

– Estoy tumbada en un cementerio, créeme que lo peor lo he vivido, no me va a asustar una historia contada por ti.

– Te noto reacia conmigo. Yo no la he tocado y quiero que te entre en tu maldita cabeza, – se trasforma enfadado – ¿entendido? Y no me importa nadie que no seas tú.

Acaricia mi barriga olvidándonos de lo que estábamos hablando. Sebas baja su nuez mientras sus ojos miran lo que está palpando con su

mano, se encuentra con los míos que brillan por el amor que le daremos a este bebé.

– Es deseado y amado. Lo es y todavía no ha nacido. Se siente diferente. Yo tampoco me lo creo.

– Voy a ser padre, – susurra con lágrimas en los ojos – yo voy a ser malditamente padre. ¿Sabes lo feliz que me has hecho, Jocelyn Harden? He echado de menos a mis sobrinas para acabar con toda la mierda y siento que me he perdido media vida de ellas. Y ahora todo queda a un lado porque voy a ser padre, reina. Yo seré el padre de una niña o un niño que nacerá como mis sobrinas, que me llamará papá cuando sepa hablar y que acunaré como hago con ellas. No tengo que fingir que quiero una familia porque ya la tengo.

Sebas pone un nudo en mi garganta. Mis sentimientos están flotando en la misma nube que en la que flota él.

– No cariño, – acaricio su cabeza uniendo mi mano a la suya sobre mi barriga – no tendrás que fingir porque vas a ser padre de una hermosa niña o niño al que podrás tener contigo todo el tiempo. Ya no tendrás que discutir con tu hermano para que te pase a las niñas porque tú tendrás los tuyos propios.

– Me estás haciendo muy feliz, Jocelyn. Este es el mejor regalo por todo lo que he tenido que vivir durante estos meses. Estoy deseando que nazca ya. Mañana vamos a la ginecóloga de la familia, no quiero que nadie te toque si no es ella.

– Vale, pero… huh… tengo la mía propia y debo de ir a verla.

– ¡No, nadie te verá ahí abajo! Lo hará la ginecóloga que nos ha traído al mundo a mis hermanos, a mis sobrinas y a mí.

– Esa mujer ha visto a muchos Trumper desde sus primeros segundos.

– Y ahora le tocará conocer al pequeño Sebas o la pequeña Jocelyn – dice con orgullo sin dejar de acariciar mi barriga.

– ¿Ya has escogido sus nombres?

– Claro, – me mira frunciendo el ceño – ¿es que tú no lo sabías? Se llamarán como sus padres.

– Huh… no sé yo, eso está pasado de moda. Mira Dulce Bebé y Nadine.

– Mi hermano se mueve por las cuerdas que dirige su esposa. Nuestros hijos se llamarán como nosotros. No hay nada más que hablar, – besa mi nariz restregando la suya contra la mía – ¿vale, futura mamá?

– A sus órdenes, futuro papá, – le ha gustado oír eso porque baja su cara hasta besar mi barriga. Sube mi vestido provocando que me ría mientras posa sus labios sobre nuestro futuro bebé, – no estamos haciendo esto en un cementerio.

– Vaya manera de conocer a mis suegros Joce, deben de pensar que soy un mal hombre contigo. Discúlpenme Señor y Señora Harden, pero me llevo a la reina a sus aposentos para dormir junto al rey que le va a dar toda una vida de felicidad hasta que se olvide de que una vez estuvo triste.

Muerdo divertida mi labio por como habla Sebas con un trozo de piedra tal y como yo lo he hecho antes. Me despido con un beso al aire porque ya estoy de pie y soy arrastrada por Sebas, él coloca mis brazos sobre su cintura mientas anda hacia atrás sin saber por dónde pisa.

– Vas a caerte – le aconsejo y él frunce el ceño.

– Seré tu maldita almohada si tú caes conmigo. Por cierto, tenemos que hablar sobre tu vestuario, ¿de quién ha sido la idea absurda de dejarte enseñar lo que es mío?

– El vestido es de Nancy y el maquillaje de Rachel, bueno, huh… lo que queda de él.

– Ya hablaré con ellas. Les queda totalmente prohibido poner un dedo sobre ti. También hablaré con mi hermano para que le deje claro a Nancy que no vuelva a quedar contigo. Ella es una mala influencia para ti.

– ¿Qué? Nancy es mi apoyo en todo.

– Olvídate de ella. Ahora yo seré todo tu apoyo.

– Ni lo sueñes Trumper.

Sebas tropieza enfadado sobre su coche que está justo detrás del mío. Él le pega una patada al vehículo que no tiene culpa mientras le doy un beso en la mano dirigiéndome a mi coche.

– Cariño. Son las tres de la mañana y estoy muy cansado. Si quieres jugar a ver quién conduce más rápido no es buen momento, lo único que quiero es meterme dentro de la cama con mi mujer. Mañana tenemos un día ajetreado porque se acabaron las tonterías entre nosotros y porque llevas a mi hijo dentro de ti, y reina, sin ánimo de ofender; conduces malditamente mal.

– ¡Sebas! Yo conduzco bien. Te he dicho que necesito tiempo para estar en mi casa. Con un poco de suerte las llaves seguirán debajo de la maceta.

– Pensé que… – señala al cementerio.

– Sí, hemos hablado y arreglado todo pero quiero poder despedirme de mi pasado hoy mismo. Dormir en mi cama por última vez y sola.

– Dormiré en el sofá. Jocelyn, no abras la puerta del coche. ¡Jocelyn! Por favor, estoy agotado.

– Has pasado muchos días fuera de casa sin saber de mí, – cierro la puerta del coche poniéndome el cinturón – por una más no te pasará nada.

– Una más desde que te he mirado a los ojos en North Down y he sabido que estabas malditamente embarazada de mi hijo, Jocelyn Trumper. Así que baja del coche, métete en el mío que corre más que esta cosa y vayamos a la casa de tu abuela si quieres.

– ¡Hasta mañana, Sebas!

Le miro divertida y él desesperado cuando me ve girar noventa grados en dirección al barrio que me vio nacer.

Pronto tomo la carretera que me llevará al adiós que necesito para siempre. He venido a ver a mis padres y en cuanto pueda iré a ver a mis abuelos, me apetece entrar en aquella casa que tanto me vio sufrir. Ya soy una mujer diferente con un pequeño hombrecito o mujercita en mi vientre producto del amor que nos tenemos Sebas y yo.

Ya he puesto un broche definitivo a toda mi historia de amor producto de mi inestabilidad y el carácter difícil que mi novio adoptó por mi culpa. Siempre me preguntaré qué hubiera sido de nosotros si me hubiera quedado, y tal vez nunca sepa la respuesta, pero estoy segura que estos años nos han servido a los dos para madurar como dos adultos que se aman mucho más que cuando nos conocimos. Lo mejor de todo es que estamos dispuestos a disfrutar de un futuro juntos enamorados y siendo padres por primera vez en menos de nueve meses.

Y con una sonrisa sincera que ya no duele, puedo respirar con tranquilidad bajo el deslumbre de los focos del coche que se ha posicionado a mi lado. Puedo oír desde aquí su desconforme por mi acción.

Esta noche será la primera vez que dormiremos juntos sabiendo que vamos a ser padres y me muero por descubrir cómo se siente.

CAPÍTULO VEINTE

Con mis rizos al vuelo corro pasito a pasito sin detenerme en mirar hacia atrás. Huyo de una mujer que me persigue y que lo hará en cuanto vea que no estoy junto a ella. Y mientras tanto y con la cabeza en alto, doy saltitos alejándome para ir al último bungaló de esta especie de calle. Toco a la puerta colocando mis rizos por detrás de mis hombros, ellos están un tanto rebeldes y se empeñan en saltar hacia delante. Las risas y voces que se oyen dentro me hacen sentir relajada, en calma y muy feliz porque están aquí.

– ¡Ya era hora! – Una Nancy con una barriga notable y comiendo chocolate, me recibe dándome la señal para que entre. Cuando voy a hacerlo saca su cabeza con los ojos entrecerrados y vigilando que nadie me ha seguido.

– Todo despejado Nancy, casi no he podido venir.

– ¡Jocelyn! – Dos cuerpos saltan hacia mí para abrazarme.

– Hola, huh… ¿no decíais que no podíais venir?

– Preferimos saltarnos el funeral de la tía de nuestra madre para venir aquí.

Las gemelas pueden apretarme realmente fuerte. Ellas son muy amigas mías junto con Rachel, que ya la veo golpear el móvil tecleando con los labios fruncidos. Nancy se da cuenta y rueda los ojos porque ambas sabemos que está discutiendo con Sebastian.

– Cuenta, ¿dónde te has dejado a la teniente? – Me pregunta mi cuñada.

– He aprovechado que estaba discutiendo con uno de los trabajadores para darme media vuelta y venir. Pero es muy lista, ya sabes, no hay que confiar en el sexto sentido de un Trumper.

– Oh, pues tenemos medio trabajo hecho. Ahora solo hace falta que entremos en acción. Hay que darse prisa, Bastian no tardará en secuestrarme para él solo.

– ¿Dónde te has dejado a tu neandertal? – Le pregunta rubia besando la barriga de mi cuñada. Al parecer las gemelas acaban de llegar porque sus maletas todavía están en medio.

– Con las niñas y mi madre en la piscina. Pero sé que no le gusta que ande por aquí sola embarazada y en lencería.

Morena se agarra a mí para tocarme también la barriga mientras oímos como mi cuñada habla de su marido y lo celoso que es cuando no está junto a ella. En realidad, es celoso incluso estando con ella.

Rachel acaba por lanzar el móvil al sofá dirigiéndose a mí con una sonrisa sincera y cariñosa que me besa por toda la cara e incluso por mi barriga.

– ¿Cómo está el pequeñín o pequeñina?

– Huh, apenas es un trozo de guisante.

– Eh, que Bastian se leyó muchos libros cuando creamos a Dulce Bebé y te puede decir el alimento que llevamos dentro con solo mirarte a

los ojos. Mi tercer retoño es una pequeña ciruela tirando a manzana y el tuyo Jocelyn será una ramita con dos guisantes.

Todas reímos porque Nancy muerde la comida, la mastica como un oso y la traga con descaro por sus constantes antojos. Dice que es solo una etapa, pero hasta el momento, yo no he tenido ningún tipo de antojo. Aunque pensándolo bien, solo uno, y es Sebas.

Huh, Sebas. Veo la hora en el reloj que me regaló a juego con mi anillo de compromiso y calculo las horas. No me da tiempo.

– Chicas, tenemos que hacerlo ya. Sebas me estará esperando y no quiero llegar tarde.

– Aww, que tierno. Yo tampoco le haría esperar.

– A ti te gustan ahora las mujeres – le contesta morena a su hermana bajo todas nuestras risas.

– Pero es romántico que el desconocido de Sebas haga cosas románticas por ella.

– Solo va a esperarla, – su hermana rueda los ojos – dices tonterías.

– Eres una estrecha, hermana. Desde que no follas te has vuelto una insípida. Vente a mi rollo que ya verás cómo te cambia la cara.

– Tengo la misma que la tuya.

– Huh, ¿Rachel, estás lista?

– Sí, sí. Túmbate en la cama que voy a terminar de mandar a la mierda a Sebastian. No os podéis ni imaginar lo a gusto que me quedo.

– Oh, vamos, no seas cruel con él – dice Nancy arrastrándome hacia la habitación.

– Me voy tumbando Rachel, no tardes mucho que tengo las horas contadas y ya voy con retraso.

Nancy y yo nos encerramos en la habitación abrazándonos como siempre hacemos. Desde que les conté a todos mi infancia y mi vida no paran de abrazarme y de mimarme tanto como a las niñas. Yo no me quejo, pero a veces los Trumper pueden ser muy pegajosos cuando no están

gruñéndose unos a otros. A ella se le escapan unas lágrimas y le seco con ternura ladeando la cabeza. Las dos estamos embarazadas casi del mismo tiempo y nos hemos unido mucho más desde que deseamos dar a luz juntas. Sí, contamos con que Bastian no querrá programar el parto doble porque prefiere que la naturaleza siga su curso.

– Es que soy tan feliz por ti, por Sebas, por mi primer sobrinito y por los dos. Perdóname, mis hormonas me traicionan y este calor me va a matar.

– Nancy, si tú eres feliz imagínate como me siento yo. Me voy a casar mañana en esta maravillosa isla con el amor de mi vida. Los sueños se hacen realidad y los míos se están cumpliendo.

La familia Trumper al completo nos trasladamos a esta isla hace una semana con la excusa de que todos pasásemos unos días tranquilos en familia antes de la boda. Al principio todos nos tomamos el descanso del invierno que nos merecíamos, sobretodo Sebas y yo que no habíamos salido juntos de viaje y que aunque estamos rodeados de la familia, se siente incluso mejor. Nos iba bien los dos primeros días, disfrutando de la playa, de los bungalós, del turismo, de la gente… hasta que Bastian se cansó y compró la isla despejándola por completo. Los dos hoteles junto con todo lo demás están a nuestra disposición ya que es su regalo de bodas para Sebas y para mí. Yo le dije que un par de lavadoras para la nueva casa seríamos igual de felices, pero mi cuñado insistió en que toda pareja debe de tener una isla desierta para evadirse de vez en cuando. Y desde que nos lo comunicó a Sebas y a mí, me permitió incluso darle un abrazo pero me gruñó que no se repitiera a no ser que su hermano muriera y no tuviera más remedio que hacerlo. Ese es mi cuñado mayor, no es puro encanto pero es un buen hombre y me basta una mirada de él para hacerme saber que lo tengo ahí siempre y cuando le necesite.

Mi cuñado Sebastian es el único que estaba tranquilo, en calma, sin complicaciones y paseándose desnudo delante de nosotras para enfadar a sus hermanos. Se sentía tan a gusto aquí que cuando ha venido Rachel se ha trasformado en un demonio porque no le gusta sus bikinis entre otras cosas. Le prohíbe los vestidos, el pelo, el maquillaje, la ropa que lleva a la playa y mucho más. Nancy y yo nos lo tomamos a broma porque tanto Sebastian

como Rachel son el tercer matrimonio Trumper y las dos nos vemos reflejadas en la relación que están teniendo públicamente. Desde que Rachel llegó a la isla, Sebastian no tiene tiempo para meterse con sus hermanos porque se pasa todo el día yendo detrás de ella, haciéndola enfadar y exigiéndole que no dé un paso sin nosotras. Él piensa que aunque estemos solos pueden secuestrarla, hacerse daño, tropezar o perderse. Un sentimiento Trumper muy lindo si no contamos con que Rachel le pega en su entrepierna cada dos por tres gritándole que él no es nadie para prohibirle nada. Disfrutamos mucho siendo testigos de cómo están formando su historia de amor, ellos duran demasiado según Nancy, pero dice que pronto nos darán la noticia como oficiales. Me muero de ganas porque así sea ya que quiero a Rachel y a Sebastian como los hermanos que nunca tuve.

La puerta de la habitación se abre con una Rachel sonriendo como si no le pasase nada. A veces me preocupa que esté tan enfadada con Sebastian por lo que le hizo. Solo deseo que puedan solucionar sus problemas.

– ¿Todo bien, tercera Trumper? – Nancy se mete con ella.

– Tus bromas son muy malas. No voy a ser una Trumper en la puñetera vida aunque Sebastian fuera el último hombre sobre la Tierra. Prefiero diggievolucionar como un pokemon antes de tener que procrear con el inculto de Sebastian Trumper. ¡Será idiota! El muy cabrón me ha comprado dos trajes de neopreno para que me los ponga, porque según él, me queda totalmente prohibido salir en bikini. ¡Este tío es imbécil!

Estallamos en carcajadas Nancy y yo porque ella es nuestro más sincero reflejo. A nosotras nos tocó vivir la época de nuestros hombres y sus exigencias continuas sobre las prohibiciones. Le hemos aconsejado millones de veces que actúan de ese modo porque no son oficiales, una vez que se haga la presentación como novia formal y se casen, Sebastian adoptará una actitud sumisa que le hará a Rachel con todo el control de la relación. Pero dado que mi cuñada y yo también tuvimos nuestros miedos, pensamos que deben de darse cuenta ellos mismos hasta que se unan definitivamente llegando a un punto común de equilibro en la pareja. Todos nos morimos porque se decidan de una vez, pero se ve que se sienten bien discutiendo.

– Huh, ¿ya estamos listas? Tengo que irme.

– Yo también. Quiero ver el atardecer con Bastian, a ver si esta vez podemos dejar a las niñas con mi madre.

– Las gemelas se acaban de ir a la playa, así que es el momento de verte como lo llevas. Túmbate.

Rachel está realmente emocionada e incluso ha palmeado sus manos en un insonoro aplauso. Me tumbo en la cama desabrochándome la parte de arriba del vestido, este cae hasta la mitad de mi cintura y estiro los brazos. El bikini debe de estar bien abrochado, aunque a la nueva Jocelyn no le pasaría nada si se me viera un pecho por un descuido.

– ¡Vaya tetas tienes y qué envidia! – Susurra Rachel.

– Tú tampoco te quedas atrás – sonrío mirando al techo mientras ella se sienta en la cama.

– Si, si, ya tendréis dos partos y uno en camino y os diré dónde acabarán vuestras tetas. Yo me voy a operar diga lo que diga Bastian. Fin de la historia.

– Ten cuidado Nancy, que parece que te lo has tragado.

Rachel se burla de ella porque a veces Nancy habla como Bastian. Actuamos como si nos conociéramos desde hace años y siento que estoy muy unida a ellas dos, mis dos hermanas, mis dos amigas y mis dos cuñadas. Bueno, una de ellas todavía no quiere admitirlo.

Las chocolatinas de Nancy dentro de su boca me llaman la atención y me distraigo por un momento mientras Rachel va a por unas tijeras. Lo he hecho, lo he hecho y ya no hay marcha atrás. Mi cuñada besa mi barriga sonriéndome, mi bebé está creciendo cada día más y me siento la mujer más hermosa del mundo a pesar de que voy a engordar por mi embarazo.

– El idiota de Sebastian ha tocado mis cosas del neceser. Ha revuelto mi maquillaje, ha roto una barra de labios y ha arrancado el pequeño espejo. ¡Él tiene un problema mental! – Rachel reniega a lo lejos y cuando vuelve a la habitación nos sonríe – ya estoy. Voy a hacerlo Jocelyn. Y por cómo se ve desde aquí todo está bien si has hecho lo que te he dicho.

– He cumplido cada palabra de tus consejos.

Siento las tijeras rozar mi piel hasta deshacerme del plástico que me tenía asfixiada y con ropa desde hace más de una semana. Rachel pone un espejo delante de mí pero con mis grandes pechos no lo veo, así que Nancy me ayuda a incorporarme un poco para leer por fin el nombre de Sebas Trumper tatuado debajo de ellos. En el derecho tengo escrito en letras pequeñas y cursivas el nombre de Sebas, y en el izquierdo, Trumper. Es un homenaje a mi futuro marido ya que ama mis pechos y he aprovechado que lo tengo castigado para hacérmelo.

Mi primer y último tatuaje se me ocurrió antes de venir a la isla porque quería que estuviese perfecto para el día de la boda. Se lo comenté a las chicas y ellas me ayudaron a distraer a Sebas fingiendo que quedábamos para hablar de nuestras cosas. No ha sido fácil haberle mentido pero es por una buena causa.

Babeo dirigiéndome al baño para mirármelo mejor, el nombre de Sebas y el apellido Trumper están tatuados en mi piel para siempre. A Nancy le da por llorar porque ella también tiene el nombre de su marido y Rachel está emocionada porque por fin ha visto a Sebas feliz.

– Es tan sexy y perfecto. Jocelyn, estás preciosa – susurra Nancy.

– Ella tiene razón. Es el tamaño justo y sensual para que luzca bonito. Cuando te pongas un sostén y te levante los pechos se podrá leer su nombre. Y como verás, cuando caen se ocultará. Solo lo verá Sebas.

– Gracias chicas por haberme ayudado. Espero que a Sebas le guste tanto como a mí, – miro la hora – ya llego tarde y no me da tiempo. Tengo que irme.

Nos abrazamos las tres como buenas cuñadas mientras Nancy no para de llorar. Quiere casarse por sexta vez con su marido y dice que lo harán en cuanto pase la boda. Ellos dos llegarán a las bodas de plata con más de quinientos matrimonios a sus espaldas.

– Te cubrimos tal y como está planeado – Rachel y Nancy me miran con ternura abrazadas.

– Sí, por favor. Tenemos que ceñirnos al plan si no queremos que Margaret lo fastidie todo. Os veo mañana, os quiero.

– Pásatelo bien cariño y disfruta tu última noche de soltera.

Nos lanzamos besos al aire despidiéndonos nuevamente y cierro la puerta del bungaló dónde se hospeda Rachel. Estoy feliz por el resultado de mi tatuaje, es pequeño y luce muy bien, a mi Sebas le va a encantar. Doy pequeños saltitos saliendo de esta calle porque me voy a reunir con él al otro lado de la isla.

El motivo de tanta prisa se debe a mi suegra, a Margaret Trumper y su obsesión compulsiva por controlar mi boda. La Señora Nadine Sullivan la está ayudando y las dos se aseguran de que no haya fallos. De todas formas, Sebas y yo la hemos planeado en la distancia eligiendo cada mínimo detalle y la verdad es que vamos a tener una boda sencilla, pero su madre vive por y para casar a sus hijos. Me he escapado en cuanto se ha distraído y he tenido suerte. Ella quería comprobar la temperatura del congelador de la tarta y el pobre chico encargado de custodiarla se estaba llevando una bronca por su desfachatez al tenerla dos grados por debajo de la estipulada.

La misión de las chicas será distraer a mi suegra hasta mañana. Sebas y yo vamos a pasar la noche juntos, alejados de todos y en una casa que está encima de una montaña dónde tenemos las mejores vistas de la isla. Lo hemos decidido de esta forma ya que apenas hemos estado a solas, su madre y nuestros nervios por la boda no nos han dejado disfrutarnos en privado y el tiempo ha pasado bastante rápido. Y después de celebrar una pequeña despedida de solteros con desnudo incluido de Sebastian y pelea incluida también, esta noche me despediré del apellido Harden para adoptar en algo más de veinticuatro horas el apellido Trumper.

Ando con la barbilla en alto porque me siento feliz, sin complejos, plena y sonriendo a todas las personas que trabajan aquí y que me saludan. Hace unas semanas dejé morir a una Jocelyn que me gustó enterrar y desde entonces mi vida ha cambiado en todos los aspectos. Sebas no trabaja desde aquella noche del club y no se ha separado de mí si no ha sido para gruñirme porque yo tenía que hacer otras cosas, me ha estado acosando, tocando, acaparando y exigiendo continuamente que no me aleje de él ni para ir al baño porque moriría. Así que mi futuro marido se ha convertido en un Bastian insoportable, acaparador y posesivo. Desde que anunciamos a

todos que estábamos esperando un hijo se han volcado mucho más con nosotros porque Margaret casi muere de un infarto por la felicidad que sentía cuando oyó la noticia. Ella está siendo encantadora y ejerciendo soberanamente de madre para todos. Una noche que cenamos en la mansión Trumper y de la que mágicamente Sebastian y Rachel aparecieron juntos sin pelearse, me sentí lo suficientemente cómoda para explicarles a los cuatro cómo ha sido mi vida desde pequeña, mi infancia, adolescencia y juventud hasta que tomé la decisión de poner punto y final. Las chicas lloraron y mis cuñados estuvieron a punto de unirse porque entendieron las razones por las cuales me fui dejando solo a Sebas, por fin tuvieron sus respuestas; yo tuve que luchar con mis propias heridas que no estaban curadas. Después de haber compartido mis sentimientos más íntimos recibo mucho más cariño y he aprendido a devolverlo también, a creerme que todos me quieren porque es verdad. A mis suegros les conté una versión más ligera pero la justa para hacerles saber que nunca quise abandonar a Sebas. Y sé que aunque mis padres no estén aquí, me están mirando desde el cielo y por eso quiero homenajearles mañana enviándoles una ofrenda.

Ya dejé enterrada a la vieja Jocelyn, me di cuenta que no necesitaba un psicólogo sino una familia a mi lado que me diera el amor que nunca tuve. No sufro ansiedades por comer, no pienso en devorar la comida y Sebas me regaña porque estoy perdiendo peso cuando debo de engordar por el embarazo, me siento más ligera, es como si me hubiera quitado un peso de encima. Odio la oscuridad, de hecho, tengo miedo a la oscuridad, en nuestra nueva casa va a ver muchísima luz ya que quiero embriagarme con la pureza que esta me da. Dejé de llorar la misma noche que Sebas dejó el caso porque no tengo motivos. No tartamudeo. He perdido la inocencia, la timidez y me he aventurado a tener un poco de picardía intentando controlar la constante sobreprotección de Sebas. Soy una nueva yo, una que no piensa en el mal del pasado sino en mi presente y próximamente en mi futuro como Señora Trumper. Me gusta mirarme al espejo, estar rodeada de gente y conocer a nuevos amigos que me dan todo su cariño y apoyo. Las gemelas son divertidas, Trevor y Nella también son buenas personas, y por supuesto, Rachel y Nancy están siendo las más importantes para mí porque son las hermanas que nunca tuve y hoy en día no daría un paso sin ellas.

He ganado una familia pero siento que he ganado más que eso. Los padres de Nancy, la abuela de Rachel, la familia de las gemelas y muchos más que se unen a nuestro círculo de amigos que me hacen ver la vida de manera diferente porque ya no estoy sola y por fin he llegado a confiar en mí misma.

Ya estoy metida dentro del coche blanco que me llevará al bungaló de la montaña, al más grande y elegido por los dos para pasar juntos nuestra última noche antes de la boda. Mañana seremos regañados por Margaret dado que vamos a desaparecer pero somos conscientes de las consecuencias que el gesto conllevará. La boda me tiene un poco nerviosa, todo lo contrario que a Sebas, que si por él fuera no habría flores, centros de mesa, música o catering porque piensa que conmigo le es suficiente para que todo sea perfecto.

El atardecer está dándome una imagen impresionante, es la vista más hermosa que existe en la isla y no puedo esperar más para compartirla con Sebas. Ya he llegado y me bajo rápidamente del coche viéndole desaparecer mucho más rápido que en mi viaje, supongo que Sebas habrá ordenado que conduzca lento porque su esposa e hijo van dentro. Sacudo la cabeza deseando verle, solo hace un par de horas que hemos estado juntos y no me acostumbro a estar demasiado tiempo separados. Él ha sido más inteligente sorteando a su madre para prepararlo todo aquí mientras yo he tenido que soportarla un poco más antes de ir a ver a las chicas.

Sebas me ha prohibido que me cambie de ropa cuando escogí este vestido veraniego por la mañana, llevo un bikini celeste debajo y le encantó imaginarme abriendo la puerta mientras él me recibía. Justo como estoy haciendo.

– ¿Cariño, dónde estás?

Cierro la puerta detrás de mí para que sepa que he llegado. Ya he estado aquí y es imposible no quedarme embobada con la maravilla del bungaló que construyeron en la montaña. Se percibe una sensación como si estuviéramos dándonos un baño de flores por la luz, belleza e inmensidad de decoraciones que te hacen sentir parte de este paisaje natural que nos rodea. No puedo evitar salir al balcón y abastecerme de las vistas. Hay gente que se mueve preparando los últimos detalles de la boda dirigidos por

mi suegra, también veo a algunos amigos en la playa y cómo disfrutan de esta maravillosa estancia que culminará con la celebración mañana.

Sus brazos rodean mi cintura posando las palmas de sus manos sobre mi barriga, apoyando su barbilla sobre mi hombro e inhalando el perfume de mi cuello.

– Te he echado malditamente de menos – gruñe susurrándome.

– A mí me ha costado respirar sin ti. Han sido los ciento cincuenta minutos más largos de toda mi vida, – ladeo la cabeza para recibir sus tiernos besos por mi cuello – no quiero que estos días acaben.

– Mudémonos aquí para siempre.

– Sebas, ya hemos hablado de eso. A tu madre le daría algo y más si le separamos de uno de sus nietos, nos podríamos dar por muertos. Y ya sabes que amo la ciudad y quiero entrar en tu bufete después de tener al bebé.

– Reina, eso no pasará y también lo hemos hablado, – sigue el rastro de besos hasta morder el lóbulo de mi oreja – te quiero en casa las veinticuatro horas del día y embarazada de todos nuestros hijos.

– Creo que pasas demasiado tiempo con Bastian. Es una mala influencia para ti.

– Lo mismo digo de tu cuñada. Ella es una libertina y no me gusta que te arrastre a su vida de frescura.

Me río a carcajadas mientras me doy la vuelta para darle un beso en la boca como se merece. Siempre bromeamos con nuestra referencia más cercana, pero ni él es como Bastian ni yo soy como Nancy, somos muy diferentes a ellos.

– ¿Está todo listo ahí arriba?

Asiente besándome en los labios y aprovecha que cierro los ojos para darme un mordisco. Dejo caer mis manos por sus músculos intentando apretarlos, desde que no trabaja va al gimnasio porque no quiere ser un abuelo para su hijo y se ha obsesionado con mantenerse en forma. Siempre le repito que le amaré sea como sea físicamente, pero tiene algo con la edad que últimamente me está mosqueando porque piensa que no tendrá la

suficiente para ver crecer a todos sus hijos. Su piel es dorada, bronceada y con un tono de más que el usual por el sol. Estoy enamorada de sus maravillosos ojos que destacan en su piel como las joyas de los diamantes que ha puesto en mis dedos en forma de anillos. Paso la yema de mi dedo por sus labios carnosos que no ríen desde que volví a Chicago. Siempre consigue convencerme de que no sonríe por costumbre y no le gusta hacerlo en público, él tiene muchos motivos pero prefiere guardarse ese gesto. En estos pasados días se le ha escapado una sonrisilla conmigo y rápidamente la ha escondido como si un chip en su cerebro le dijera que está mal. Mi suegra me ha contado que de pequeño tampoco era un niño sonriente y no debo preocuparme. De hecho, me gustaría verle una enorme sonrisa en la cara, por eso le estoy levantando las comisuras de sus labios forzándole a que lo haga.

– Joce, para, ya sonrío cuando estoy contigo – puede que lo haya hecho, pero no me es suficiente.

– Me gustaría que lo hicieras más. Tu hijo me lo dice.

– Mi hijo tiene el tamaño de un cacahuete según la Doctora Weinn. Y ya sabes que ahora no puedo distraerme. Estoy mentalizándome para lo que va a ocurrir.

– ¿Cuándo acabemos me sonreirás?

– Siempre te sonrío, Jocelyn Trumper.

– Más, más, siempre quiero más.

Muerdo mis labios escondiendo mi cabeza sobre su pecho como me gusta hacerlo. Le abrazo porque tengo la necesidad, mis hormonas están cambiando y a mi nueva yo le apasiona. Él se apoya sobre mi cabeza meciéndome hacia delante y hacia detrás, su agarre es más fuerte y por eso siento que me va asfixiar.

– Malditamente mía.

– Tuya, en la pobreza y en la tristeza, en la salud y en la enfermedad, en la penuria y en las alegrías, en los momentos de Margaret y en los que no, hasta que la muerte nos separe.

– ¿Te ha molestado mucho?

– No tanto. Ya la conoces – hinco mi barbilla en su pecho para mirarle desde aquí alejando la suya de mí. Su creciente barba, que me niego a que se corte para la boda, y la rudeza de sus facciones, me hacen temblar por la magnitud de hombre que tengo entre mis brazos – mi amor, cuando quieras.

Baja su mirada hacia mis ojos dándome un beso casto en la frente antes de enfrentarnos a algo que yo misma le pedí; mi última rendición ante él.

Sebas y yo hemos estado días hablando en casa de mi abuela contándonos lo que nunca creí que sacaría de mi interior. Pronunciábamos cada palabra con el corazón. Él me explico su vida entera desde que nació y yo detalles que siempre mantuve para mí hasta que le conocí. Ahora, la comunicación entre nosotros se hace más fluida porque no nos guardamos nada. Sebas nunca lo ha hecho a excepción del caso en el que trabajó tan duro, pero ahora somos el mejor amigo el uno del otro porque no solo es mi amante y futuro marido, sino el amor de mi vida con el que puedo contar para lo bueno y para lo malo. Él ha tenido una infancia normal junto con su adolescencia. Cuando llegó a su juventud, el dinero que su hermano ganaba le influenció para optar por tener relaciones sexuales múltiples ya que se veía rodeado de éxito y poder. Tan pronto ascendió en su trabajo, se centró tanto en este y con el paso de los años eligió una práctica sexual que vio en una película porno de su hermano, investigó y se hizo con los conocimientos al completo para llevarla a cabo. En sus veinte largos comenzó a practicar ese tipo de sexo con mujeres que se dedicaban a ello o incluso con las que se ofrecían. Él nunca me lo ha ocultado porque en su momento me comentó que todo cambió en cuanto me conoció, pero el verle con Gina en aquel club me hizo dudar de si realmente lo necesitaba.

Por eso, esta noche estamos aquí para rendirme ante él por última vez antes de la boda. Sebas se negó en cuanto se lo propuse porque le parece aburrido y a mí me ama. Sin embargo, yo se lo supliqué explicándole el deseo que tengo de ponerle punto y final al Sebas que un día fue. Se enfadó bastante pero le convencí como parte de mi terapia, yo he cerrado mi pasado para siempre y quisiera que él también lo hiciera conmigo siendo la última de su larga lista. Sé que está enfadado porque estoy ansiosa por

experimentar lo que le hizo sentir a muchas mujeres y se niega a pegarme embarazada de su hijo. Le he insistido millones de veces e incluso probé la táctica de dejarle a dormir en el sofá, no duró ni cinco minutos antes de que me diera el sí. Yo estoy emocionada por lo que va a pasar, hemos jugado mucho, lo hemos pasado bien y se siente diferente porque lo hará Sebas. El hombre de mi vida.

Mis sentimientos están expectantes por la emoción y los suyos obligados porque no va a disfrutarlo tanto como yo. Menos mal que accedió a mi proposición y mis planes han salido a la perfección. He aprovechado para hacerme el tatuaje con su nombre y apellido y así demostrarte a quién pertenezco. Esta semana no hemos mantenido relaciones sexuales por la constante presión de mi suegra que duerme cinco horas al día. Me gustaría que mi Sebas se alegrase por lo que va a suceder y que no mirase al horizonte como si fuese a pegarme una paliza de muerte.

Llamo su atención zarandeándole para que reaccione.

– No estoy seguro, Joce. ¿Por qué te hice malditamente caso?

– Porque malditamente me amas. Sebas, no es para tanto, habrá momentos en los que juguemos y quiero que me des la versión original de lo que un día fuiste.

– ¿Te comenté que me olvidé? Prefiero hacerte el amor en el balcón mirando como la noche gana al día y gozar contigo abrazados.

– Lo haremos, pero primero sellemos para siempre el sexo que un día practicaste sin mí.

– Era otro hombre, reina. Podemos jugar cuando quieras pero no me pidas que te pegue porque eso no sucederá.

– No me pegues, pero si necesitas… – pone un dedo sobre mis labios.

– Jocelyn Trumper, malditamente no deseo practicar ese tipo de sexo porque me enamoré de ti y enterré al otro hombre que lo hacía. Cuando te fuiste lo intenté y la tristeza era mucho mayor que mis ganas. Hay etapas en la vida para todo, la mía la cerré hace años y ahora quieres que haga lo mismo contigo y… – le estoy mirando con esos ojitos con los que le mira Dulce Bebé – está bien, pasemos y juguemos a lo que mi mujer quiera. Eso

sí. Nada de golpes y como yo vea que mi hijo está sufriendo se acaba todo. ¿De acuerdo?

– A sus órdenes.

– Sube las escaleras y espérame en la puerta, enseguida subo, – besa mis labios posesivamente – ¿estás malditamente segura?

– Mi bikini está húmedo y no por el agua de la playa.

Ni eso le hace sonreír cuando vuelve la vista al frente. Mi testarudo Sebas pensando en el pasado cuando ahora puede disfrutarlo conmigo. Él tiene razón, creo que mis cuñadas son una mala influencia para mí porque últimamente deseo hacer el amor con Sebas todo el día. Nancy dice que son las hormonas. Rachel, que ya era hora de que dijera la palabra follar y disfrutara del sexo. Y yo, me digo que es un conjunto de todo porque tengo la necesidad de acostarme con él a cada instante, desde que mis ojos se despiertan hasta que se cierran por el cansancio.

Subo emocionada las escaleras hacia la gran habitación principal. Este bungaló es enorme por fuera pero no tan habitable por dentro, solo hay dos habitaciones y la otra será la del bebé. Sebas me afirmó que vendremos aquí una vez que llegue el momento de dar a luz porque se niega a tener a su hijo en un hospital, ya decidiremos eso cuando llegue el momento. Siento que de verdad estoy excitada por lo que va a ocurrir. Llego hasta la puerta que la ha dejado un poco abierta y miro curiosa hacia la oscuridad.

– ¡He dicho en la puerta! – Grita desde abajo.

– Vale, no iba a entrar de todas formas.

Le oigo gruñir a lo lejos mientras le espero tal y como me ha ordenado. Acaricio mi barriga dándole mimos a mi bebé y procuro evitar mandarle esas sensaciones de excitación porque su padre está a punto de aparecer. Hago una mueca apoyando la cabeza en la pared cuando escucho los pasos de Sebas subir tranquilamente por las escaleras, ya deseo entrar y empezar a sentir de otra forma. Miro hacia atrás despistada después de unos segundos porque se ha parado dejándonos en silencio. Huh… a lo mejor ha dado media vuelta huyendo arrepentido.

– Regla número uno; puedo aparecer cuando menos te lo esperes – mis ojos no pueden ver nada.

– Um, eso me gusta.

– Regla número dos; silencio.

Carraspeo con la garganta sintiendo sus manos trabajar un pañuelo de seda o algo parecido hasta apretarlo bien. La oscuridad me asusta pero sé que es necesario para jugar a este juego que mi Sebas practicó en su pasado. Abre la puerta de la habitación notando el aire caliente en mí mientras me guio por pequeños ruidos que hace. Dudo en entrar porque no me ha dado ninguna orden, aunque siento que debo de romper sus reglas para ser castigada. Huh… no, eso no pasará, al fin y al cabo mi pobre hombre está haciendo esto más por mí que por él. Es tan mono cuando se enfada.

Decido hacer otro ruido con la boca alertándole de que estoy esperando. Todo está en silencio ahora, no le siento cerca y temo que se haya ido. Empiezo a impacientarme en la puerta, estoy descalza y vestida, y yo quiero estar desnuda y antes de que me suba por las paredes esperando a que mi Sebas haga algún movimiento. ¿Y si lo hago por mí misma? Me relajo con el sonido de fondo de la naturaleza y pongo mis sentidos en Sebas que sus manos aparecen levantándome el mentón y acariciando mi barriga.

– Estamos bien, cariño. No te preocupes.

– Regla número tres; confía en tus instintos aunque no me sientas a tu alrededor.

Asiento con la cabeza dejándome arrastrar por la mano de mi Sebas mientras solo hemos avanzado dos pasos.

– Huh…

– Al suelo, reina. Colócate como me gusta verte.

– De acuerdo, – le contesto – perdón, perdón, no puedo hablar.

Me arrodillo sentando mi trasero sobre mis piernas y apoyo las palmas de mis manos en el suelo como si fuera una mascota de cuatro patas. Sebas me coloca a un lado porque prefiere verme ladeada en la misma posición a estar permanentemente recta, lo hace por mí, pero un poco más

por nuestro bebé. Siento que da una vuelta formando un círculo que repite hasta en dos ocasiones por el aire que deja sus zancadas. Sonrío porque me hace gracia que me haga esperar, él ya sabe que me muero de ganas por hacer el amor y tenerle dentro de mí. Por fin se decide a parar bajándome tiernamente la cabeza, desde que miro en alto me he olvidado que he pasado toda mi vida haciéndolo al suelo y eso es lo que me está indicando.

– Desnúdate.

Soñaba con esa palabra desde que entré aquí y olí su perfume por todo el bungaló. Me ayudo del vestido para desabrochar los tres botones que hay por delante y subirlo hacia arriba, cuando está fuera de mí prosigo a quitarme la parte de arriba de mi bikini pero su mano me frena.

– Pero…

– Es suficiente. Vuelve a tu posición.

– Sí – susurro. Últimamente no dejo de hablar.

Ahora me levanta la cabeza hacia atrás para colocar en mi cuello el collar que tanto echaba de menos; el poder, la entrega y mi rendición que le pertenece solo a mi Sebas. Se me escapa un pequeño gemido y a él un gruñido de advertencia, no puedo evitar emocionarme cuando oigo el broche que lo sella.

Ya no hay marcha atrás porque empieza el juego.

Cambio de posición adoptando una más tímida y temerosa para aceptar las ordenes de Sebas que no tardarán en llegar. Sigo sentada con las manos en el suelo bastante cómoda, en bikini y analizando auditivamente los movimientos que puede estar haciendo él aquí adentro. Que yo recuerde, la cama es normal y había algunos muebles, nada más.

Espero impaciente hasta que el aire me alerta que Sebas está delante de mí. Besa mi cabeza que mira hacia abajo y ata la correa a mi collar del que pronto tira para que me mueva gateando como a él le gusta.

– Buena chica. Ponte de pie.

– Huh, ¿de pie?

– Tengo una gran capacidad para recordar y estoy memorizando todas tus desobediencias.

– Lo… lo siento.

Bajo la cabeza sonriendo más por la gracia que por los nervios. Sebas eleva uno de mis brazos en el aire sujetándolo por una correa en mi muñeca. Debe de estar asegurándose del espacio, la altura y que no esté demasiado colgado, me queda más curvado que tenso. Hace lo mismo con el otro brazo dejándome en una postura de invitación a tocar mi cuerpo cada vez que le plazca. Él gruñe soplando mi pelo, deduzco que quiere que levante mi cabeza, lo hago lentamente y espero por un beso que llegue a mis labios cuando de repente me azota en al trasero.

– Regla número cuatro; no respondas a las provocaciones.

No replico aunque me gustaría y me meto en el papel tan pronto vuelve a tirarme del collar, precisamente para provocarme. Necesito estar atenta a otras percepciones que pierdo con notoriedad.

Sebas me azota de nuevo pero con mucho menos fuerza que la primera vez que tampoco ha sido para tanto. Le está costando esto de llevar el collar. Quiero traerle de vuelta aquí y que se sienta a gusto, si vamos a hacerlo quisiera que él también lo disfrutara.

– ¿Puedes desabrochar mis brazos? Por favor.

Lo hace rápidamente quitándome incluso la venda para darme la vuelta y encontrármelo con los ojos llorosos. Él no está haciendo esto porque le gusta o se sienta bien, lo hace porque yo se lo he pedido y a lo mejor mi hombre ya ha enterrado ese pasado para siempre desde hace años.

Me lanzo hacia su cuerpo para besarle en los labios y abrazarnos por unos segundos. Su corazón va a salirse de su pecho y está temblando. Lleva un bañador de flores y nada más, ¿un bañador de flores? Esto no es serio y por eso me rio a carcajadas.

– Jocelyn. No funciona.

– Y me he dado cuenta, cariño, – acaricio su cara – solo tenías que negarte.

Sube las cejas exclamado.

– ¡Si no he hecho otra cosa que negarme desde que se te ocurrió la idea! Pensé que solo estaríamos jugando a solas, no que deseabas la versión completa. He estado alargando el momento, te he atado para agobiarte, te he dejado vestida para descolocarte y me he vuelto loco esperando a que me dijeras que no querías hacerlo.

– Mi amor, lo siento tanto. No he sabido hasta ahora que no podías hacerlo. Y me gusta tanto cerrar etapas de mi vida que me han dolido, que también sentía que tenía que hacer esto para que no lo echaras en falta. Aquella noche en el club con Gina… yo lo quería contigo.

– Reina, lo tienes todos los días. El collar, el escenario y el resto, son pura imaginación. Lo que pasó aquella noche ya te lo expliqué. No lo necesito en mi vida porque tú me completas. Juguemos con el collar, a nuestro ritmo, como queramos, pero no me pidas que te haga todas las barbaridades que les he hecho a las mujeres porque no estoy muy contento. ¡Diablos! Llevas a mi hijo dentro de ti. ¡Eres una viciosa!

Sebas no hace otra cosa que hacerme reír, ojala él también riera. Tengo la sensación que quiere hacerlo aunque se esconda detrás de esa capa de hombre malhumorado.

– Bueno, dado que llevo un collar precioso y mi prometido no está dispuesto a hacer uso de él, ¿por qué no nos metemos dentro de la piscina?

– ¿Por qué no te das la vuelta y miras lo que tienes detrás de ti?

Lo hago rápidamente impresionada por lo que ven mis ojos. No estoy acostumbrada a los regalos y desde que tengo una nueva vida lo vivo con más intensidad

Pero detalles como estos hacen que quiera llorar y no parar de hacerlo.

Él… él solo… mi Sebas es tan romántico. Ha preparado una velada para dos como debe de ser. La habitación está repleta de pétalos de rosas junto con las famosas velas que tanto le gusta a mi chico encender hasta que incendia algo. El dosel de la cama tiene pequeñas lucecitas blancas que parpadean aleatoriamente dándole sentido a esta oscuridad y ha corrido las cortinas blancas tallando algunas flores frescas que huelen desde que he entrado aquí. Me doy cuenta que he estado colgada en la lámpara de

esparto, menos mal que no íbamos a hacer nada sino se me caería encima. Esta habitación está preparada para pasar una noche llena de amor con Sebas y no desearía estar en otro lugar que no sea aquí.

Sus brazos rodean mi cuerpo como le gusta. Besa mi cabeza mientras me dejo caer sobre él analizando cómo ha puesto las velas alejadas de las cortinas por si salen ardiendo.

– Es precioso.

– Quisiera haberte hecho algo más trabajado pero me he entretenido hablando por teléfono con Sebastian.

– Sebas, es simplemente perfecto.

– Es solo el principio. Mañana, en la luna de miel y el resto de nuestra vida, te esperan las mejores sorpresas y regalos que jamás te hayan dado Jocelyn Trumper. Prometo darte todo lo que esté en mis manos.

– Eres el mejor preparando veladas románticas. Y me siento mal por haberte presionado de esa forma para que hiciéramos la escenita.

– Cariño, el collar ha formado una parte de mi vida, ha sido importante e incluso para ti que te ayudó. Pero lo enterré hace muchos años y no he dejado de repetírtelo. Si quiero pedirte que gatees hacia mí no será una orden si no un deseo sexual que emana de mis instintos. Lo harás porque serás mi esposa, o no lo harás y seré igual de feliz. Desde hace tiempo somos los dueños de nosotros mismos y solo nosotros dirigiremos nuestra relación. Somos dos almas en una y haremos lo que nos apetezca. ¿Estás conmigo?

– Estoy contigo para siempre. Huh, antes de que… bueno, me vuelvas loca distrayéndome con tu cuerpo ardiente quería huh…

– Joce, – me gira porque me estoy atascando – ¿qué ocurre?

– Mi regalo de bodas para ti. Me he… yo te he menti…

– Suéltalo reina, sea lo que sea. Y si es un regalo mucho mejor.

– Prométeme que no te enfadarás.

– ¿Por qué iba a enfadarme con mi esposa y madre de mi hijo? – Se cruza de brazos indignado por lo que le he dicho.

Subo mis pechos más arriba mostrándole el tatuaje que me he hecho por y para él, y como si la vieja Jocelyn volviera de visita, cierro los ojos esperando a que me grite. Sin embargo, espero, espero y espero, y mi Sebas no dice nada, entonces abro los ojos centrada en las lágrimas que le corren por la cara.

– ¿Sebas?

– ¿Te has puesto mi nombre en tu cuerpo? ¿Mi apellido en tu cuerpo? ¿Debajo de tus tetas? ¿De lo que es mío?

– Por favor, dime que estás llorando de felicidad y no porque me vayas a tirar por el barranco.

– Jocelyn Trumper, me acabas de hacer el hombre más feliz del mundo, otra vez. Te has tatuado mi nombre Joce, ¿sabes lo que significa? Propiedad de Sebas Trumper.

Bajo mis pechos de nuevo porque me hace reír. Aparta sus lágrimas de emoción para agarrarme por la cintura y darme una vuelta al aire besándonos mientras tanto.

– Es mi regalo para ti, ya te contaré los detalles.

– Junto con el hijo que llevas dentro de ti, – acaricia mi barriga – es el tercer mejor regalo que me has hecho en mi vida.

– ¿Cuál es el primero?

– Tú, Jocelyn. Tú eres el mayor regalo de mi vida y soy el hombre más afortunado del mundo porque la respuesta a todas tus preguntas siempre será tú, la razón por la que subí al firmamento y bajé con algo para ti.

Levanta una de las comisuras de sus labios. Entre la emoción, sus palabras, su cuerpo y casi su sonrisa, mi entrepierna está palpitando y me desmayaré. Se ha girado sacando algo de un cajón y me entrega un sobre grande que está decorado con un sello que conozco.

No paro de sonreír.

– ¿Qué es esto?

– Ábrelo reina.

Asombrada por lo que tengo en mis manos, abro el sobre lentamente sacando una serie de papeles con uno en especial que destaca entre todos. Leo mi nombre con el apellido Trumper concediéndome el nombre de una estrella.

– ¿Es… esto se puede hacer?

– Sigue leyendo.

Me tomo mi tiempo para leer el acta firmada por los responsables del espacio que dan las estrellas a los que lo soliciten. Sebas Trumper consta como que hace cinco años compró las coordenadas estelares que me otorgan la posesión de por vida de la estrella Jocelyn Trumper, así como un mapa indicándome dónde se encuentra situada y los países para obtener una mayor visibilidad. Sebas ha conseguido empapar mis ojos con lágrimas que no me esperaba por lo que representa este regalo. Echo un vistazo rápido al resto de los papeles cuando leo que me pertenece una constelación llamada; Familia Trumper Harden.

– ¿Una… una constelación?

– Para que regales una estrella a cada miembro tu familia. Cuando te pongas triste y no pueda ayudarte como te mereces, puedes mirar al cielo y sentir que tu familia biológica te ilumina hacia tu otra familia. Hay algunas estrellas más para cuando tengamos a nuestro hijo y los que vengan. La estrella Jocelyn Trumper consta como la que más brilla porque se creó hace dos mil billones de años desde que el universo se formó. Esos son los años que te he amado, te amo y te amaré incluso cuando desaparezcamos de este mundo.

Dejo los papeles a un lado llorando mientras Sebas se queja de las velas y su odio infinito por querer quemarle. Se arrodilla ante mí ya que estoy sentada en la cama y apoya su frente en mis manos que tapan mi cara.

– Sebas, quiero llorar. Yo cachonda y tú preparándome la velada más romántica que jamás vayamos a tener. ¿Lo hiciste hace años? ¿Por qué?

Él levanta mis dedos uno a uno hasta que bajo los brazos. Estoy emocionada.

– Mi reina, porque cuando te conocí supe que ibas a ser la Señora Trumper y llevarías en tu interior a todos mis hijos. También le tengo un enorme respeto y devoción a tu familia que está allí arriba cuidando de todas las estrellas que brillarán por ti.

– Piensas en todo.

– En ti, en mí y en nuestra vida juntos. ¿Te acuerdas cuando te dije que desde que te vi me enamoré? Supe que eras mía, que tarde o temprano volveríamos a estar juntos a pesar de que nos pasamos cinco años separados. Por todo lo que hemos vivido, luchado, llorado y sentido, te debo un firmamento lleno de estrellas y que de todas ellas sea la tuya la que más brilla. Como mi amor por ti.

Mi cuerpo cae hasta que mi espalda toca el colchón que huele a rosas, a flores y al jardín que Sebas ha traído a nuestra habitación para crear la intimidad que se merece esta velada. No tengo palabras para su declaración. Todos los días hace cosas románticas por mí, detalles que no olvidaré porque se encarga de que así sea, pero todo esto de las estrellas ha tocado mi corazón y quiero continuar llorando de felicidad.

Él escala por encima de mí ronroneando y espera a que vuelva en sí.

– Quiero seguir llorando Sebas, no puedes hacerme esto el día antes de nuestra boda. Mañana tendré toda la cara hinchada.

– Puedo hacerte olvidar con otro tipo de liberación – besa mi cuello.

– ¿Me harás olvidar que el amor de mi vida me ha regalado una constelación de estrellas?

– Algo mucho mejor. Te llevaré allí arriba y sentirás lo que es la gravedad cuando me entierre dentro de ti. Te haré gemir tan alto que todos te oirán. Suplicarás que pare cada vez que choque contra la pared de tu útero y una vez que deje de hacerlo, ¿sabes que pasará?

– No, – susurro levantando mis brazos con las lágrimas secas y acariciándole el pelo – ¿qué pasará?

– Qué suplicarás por más, y más, y más…

Baja su cabeza repitiendo lo mismo mientras besa mi oreja, lame mi lóbulo y sopla provocando que mi cuerpo reaccione temblando por

completo. Soy tan feliz.

Nos concentramos en nuestros primeros besos calientes que ya me están llevando arriba. Sebas abre los triángulos de mi bikini para plantar su mano sobre mis pezones erectos y los acaricia con deseo. Se empuja aún con el bañador de flores puesto y yo meto la mano dentro de este sintiéndolo duro y dispuesto a enterrarse dentro de mí como me ha prometido.

– SEBAS Y JOCEYN, SALID AHORA MISMO DE AHÍ O DERRIBARÉ LA PUERTA.

– ¡Margaret!

– NANCY, RACHEL, COMO VOLVAIS A MENTIRME DE ESTE MODO OS PATEARÉ EL TRASERO Y ME DA IGUAL LO QUE DIGAN MIS HIJOS. ¡SEBAS Y JOCELYN, OS DOY DOS MINUTOS PARA ENTRAR Y SACAROS DE LOS PELOS SI ES NECESARIO!

Sebas y yo nos miramos rodando los ojos porque mi suegra nos ha descubierto y las chicas habrán hecho todo lo que han estado en sus manos para evitar que esto sucediera. A medida que los gritos en la puerta del bungaló se intensifican con la aparición de mis cuñados, dejo de sonreír para concentrarme en lo guapo que se ve mi prometido con la luz de las velas y con su mirada intacta en mis ojos.

– Te amo, Sebas Trumper. Tengo que irme antes de que tu madre provoque la cuarta guerra mundial. Estoy nerviosa, – sonrío – ¡mañana nos casamos!

– Mañana nos casamos.

Y por primera vez en muchos años, Sebas me regala una sonrisa plena de la que me enamoro ya que sus dientes están perfectamente cuidados y es incluso más hermoso que cuando no lo hace. Me ha sonreído. El amor de mi vida me ha sonreído y siento que ya no necesito las estrellas porque tengo todo el firmamento encima de mí dispuesto a no moverse hasta que su madre derribe la puerta.

Al día siguiente siento que la isla se ha llenado de gente que quiero aquí, familia y amigos que he ido conociendo y que se han ganado el derecho de estar en nuestra boda. Miro por la ventana el espectáculo de ahí afuera en plena noche, con llamas de fuego que iluminan un camino hasta el altar y un Sebas que estará esperando por mí y que no veo desde anoche cuando salí del bungaló y me encerré en el de las chicas. Sebastian me ha chivado que su madre le ha quitado el móvil y no ha dormido en toda la noche porque está nervioso. Hemos tenido al pequeño de los Trumper de mensajero hasta que ha visto el vestido de Rachel y se ha perdido yéndose detrás de ella para que ningún hombre la vea.

Mi vestido no es de novia porque todos aquí vamos de blanco, excepto Sebas, que vestirá de color beige. Él destaca ya que será mi ofrenda a todos mis seres queridos que están en el cielo, le presentaré como el amor de mi vida y rezaré para que le den salud. No le veo desde aquí, estará en el altar.

Hace un rato ha pasado Bastian con las niñas, con sus suegros y seguido de Nancy. Sebastian estará sentado ya con Rachel en primera fila y nuestros amigos abultan más de lo que creía porque se ha formado una fila doble con todos sentados en las sillas de color blanco. Trago saliva impaciente por salir de aquí esperando la señal que me de vía libre y poder reunirme con Sebas. Mi trenza a un lado que cae por delante de mi hombro va a estropearse como no pare de menearla y si empiezo a sudar el maquillaje no me dará tregua. Nuestro bebé está deseando que mamá vea a papá.

La puerta se abre e intento que no me dé un ataque de pánico. Margaret, la encargada de que todo esté al cien por cien y más que perfecto, aparece con un vestido blanco y llorando con la mano en alto.

– Te estamos esperando.

– Margaret, no llores, – siento que debo de abrazarla aunque debería ser al revés – todo está saliendo tal y como siempre lo he soñado. Sebas lo ha hecho posible y te lo debo a ti, a la educación tan exquisita que le diste.

– Es que mi hijo de casa, mi segundo hijo se casa y pensé que no se casaría. Sal, sal ya antes de que te estropee el vestido y a ver, déjame

mirarte.

Muerdo mi labio esperando a que me dé el visto bueno pero ella se echa a llorar. Me hace pasar por delante saliendo del bungaló hasta que me conduce a un camino de arena por el que apareceré.

– Tranquila Margaret, siéntate junto a tu marido.

– Dile a mi nieto que su abuela le quiere mucho.

Sonrío viéndola alejarse mientras acaricio a mi bebé. Es una sensación extraña y hermosa sentir que estoy embarazada, que algo está creciendo en mi interior y que gracias a Sebas los dos vamos a formar la familia de nuestros sueños.

– Mi querido bebé, vamos a casarnos tu padre y yo aunque no le gusten los curas. Está haciendo un esfuerzo enorme para no discutir con él cuando le hemos explicado que esta boda es especial y diferente. Eres un bebé hermoso, deseado y querido, y papá y yo nos morimos de ganas por tenerte junto a nosotros. En cuanto suene la música cruzaré el pasillo de arena para reunirme con la única persona que nos va a querer a ti y a mí para el resto de nuestras vidas como nadie jamás ha amado nadie, con papá. Su nombre es Sebas Trumper y hoy mismo ya he llamado para registrar vuestros nombres en mi pequeña constelación ya que sois la razón de mi existencia. Lo único por lo que ahora doy un paso hacia delante y hago realidad uno de mis sueños.

Antes de venir a la isla, Sebas y yo nos casamos en secreto en una pequeña iglesia del barrio dónde siempre he vivido. Decidimos que nuestros padrinos iban a ser Nancy y Bastian, y nuestros testigos Sebastian y Rachel, que ese día dejaron sus diferencias como pareja para darlo todo de sí en la iglesia mientras hacíamos el juramento ante Dios. Todos vestíamos con vaqueros y la parte de arriba en blanco, cuando llegamos a casa de mis suegros horas después les mentimos contándoles que veníamos de una fiesta. Es por esto que me he es fácil caminar por la arena arrastrando los pies y sosteniendo en mis manos mi pequeño globo iluminado con una bombilla de color naranja que brilla bastante. Todos llevan una en sus manos y por lo que veo están felices de tenerlas. Al llegar a un Sebas que

está tan inquieto como yo, me mira embobado sonriéndome y posando sus labios sobre los míos.

– ¡La tradición! – Susurra Margaret en voz baja.

Los dos nos sonreímos mutuamente ignorando que el cura ha empezado a hablar. Este es un acto de ofrenda que vamos a hacer en cuanto termine de dedicar unas palabras a todos aquellos que algún día nos dejaron abandonados en esta parte del mundo para vivir en otro mucho mejor. Todos atienden al cura menos Sebas y yo, que no podemos evitar mirarnos continuamente.

La ceremonia sigue su curso y los dos atendemos al momento en el que se pronuncian las notas que Sebas y yo hemos escrito de nuestro puño y letra, nadie lo sabe excepto nosotros. Le veo emocionado cuando oye del cura que ha sido el ángel guardián de la chica de la burbuja, él sabe que me ha salvado de ser enterrada en vida y se siente orgulloso de oírlo cada vez que se lo comento.

Siento sus labios sobre mi frente cuando el cura recita de su escrito las palabras que me dedica a mí, que moriría mil y una vida más para devolverme la felicidad que siempre me he merecido. Cuando leí que prefería estar muerto en vez mis padres, me llegó tan al alma que rompí el papel, pero el muy listo se hizo otra copia porque sabía que lo haría. Le quiero, malditamente le quiero y que piense dar su vida para devolverme a mis padres ya no tiene sentido. Yo ya he aceptado un mundo sin ellos y un mundo junto a Sebas Trumper.

No puedo evitar echar un vistazo a todos y a como sostienen sus globos sin decir ni una palabra pendientes de esta celebración tan especial. Nancy está junto a Bastian sujetando los suyos, sonríen cuando me ven y hago lo mismo, Dulce Bebé juega con la arena delante de ellos y la pequeña Nadine duerme plácidamente en su sillita decorada con flores. Sebastian y Rachel también están sentados muy unidos, ella me guiña un ojo y yo también se lo guiño mientras que Sebastian saca la lengua sensualmente y ella golpea su pierna. Pienso que serán los siguientes. Al otro lado está Margaret llorando mientras mi suegro está escuchando al cura junto con los padres de Nancy, en verdad todos están atentos porque nuestra boda es diferente.

Me encuentro con un Sebas que rueda los ojos cuando el cura comenta que Moisés abrió los mares. Llamo su atención divertida y mordiéndome el labio, sé que él se los imagina dónde tengo pensado ponerlos una vez que se acabe la boda. Tenemos un jet privado esperándonos a un viaje sin fecha de retorno en el que visitaremos muchos países disfrutando de nuestra luna de miel. Estaremos los dos solos, mi marido y yo.

– Oh, Señor. Recibe de nosotros este regalo que te mandamos en honor a los que te has llevado con la ofrenda de nuestros deseos. Acepta la luz que brilla aquí abajo y hospédala en tu paraíso muestra del amor que nos dejaste a todos tus hijos. Oh Señor, rezo por un mundo mejor y larga vida al matrimonio que hoy escoge mandarte un mensaje antes que albergar tu cuerpo y sangre.

– ¿Preparado? – Susurro a Sebas.

– Siempre.

Damos la espalda al cura para caminar juntos por el pequeño muelle que alberga esta isla. Hay un silencio rotundo con una música celestial que suena de fondo. Las estrellas brillan en un cielo despejado y hoy las siento cerca de mí. Sebas sonríe ya que tiene que hacerlo primero. Hemos ensayado esto un par de veces y nunca lo ha hecho bien porque, o lo lanzaba muy fuerte, o muy flojo y no volaba.

El momento ha llegado, suspira sorteando nuestros globos para besarme en los labios y cierra los ojos. Recitará su ofrenda en silencio y lanzará la luz hacia arriba que hace incluso mejor que en los ensayos. Oímos a lo lejos los murmullos de nuestros invitados y Sebas me mira realmente emocionado por lo que acaba de pasar.

– Te quiero, gracias.

– Tú Jocelyn Trumper, la ofrenda has sido tú, – sus lágrimas caen débilmente de sus ojos – se supone que es secreto y yo no puedo mantenerlo para mí cuando le acabo de decir a tus padres que siempre has sido tú. Si me he enfadado, ha sido porque no podía devolvértelos. Si he llorado, era porque sentía tu tristeza. Si he discutido, fue porque la rabia me consumía al verte caer tan hondo. Si he actuado como un loco contigo,

perdóname mi reina, porque no quería que nadie te alejara de mí. Si he rezado todas las noches, era, es y será con la única intención de hacerte sentir la única mujer en el mundo para mí. Tú, Jocelyn, solo me ha bastado pronunciar tu nombre y soltar el globo porque la ofrenda más hermosa de mi vida eres tú. Ese es el regalo que le hago a los que están arriba, que han dejado almas aquí abajo que lloran su perdida a diario y que desgraciadamente hay que seguir sobreviviendo, porque tú Jocelyn, tú eres mi ángel guardián que me cautivó en cuanto te conocí. Te debo mi pasado, mi presente y mi futuro a tu lado. Espero que este mensaje llegue a los que nos están mirando desde las estrellas ya que pretendo hacerles saber que eres mi mujer y que vamos a vivir cien años más hasta que levitemos como los globos juntos de la mano. Te quiero Jocelyn Trumper.

Y tan pronto como termina de hablar elevo mi globo.

No necesito hacer ninguna ofrenda porque Sebas lo ha dicho por los dos.

Mi marido me mira nervioso, temblando y a punto de desmayarse. Entrelazamos nuestras manos sonriendo.

– Te amo, Sebas Trumper. No me cansaré de decírtelo.

– Yo te amo mucho más.

Hago una señal para que aparezcan mientras Sebas y yo nos besamos. Nancy viene por el muelle empujando suavemente a Dulce Bebé que no entiende el significado de lo que está haciendo.

– Vamos con los titos, mi vida.

Los dos esperamos a que la niña se acerque a nosotros cuando Sebas se agacha y le da un beso. Nancy tiene la cara roja de estar llorando y rápidamente coge a la niña después de haberle dado a Sebas nuestras alianzas de boda. Esperamos a que vuelvan con todos que siguen mirándonos a lo lejos en silencio para finalizar el acto a solas, como habíamos planeado.

Sebas pone el anillo en mi dedo con una sonrisa menos nerviosa.

– Yo, Sebas Trumper, te entrego este anillo con toda mi franqueza, sacrificio y consagración para el resto de nuestras vidas hasta que la muerte

nos lleve a ambos de la mano el día en que cumplamos cien años.

– Yo, Jocelyn Trumper, te entrego este anillo con toda mi fidelidad, entrega y perpetuidad para el resto de nuestras vidas hasta que la muerte nos lleve a ambos de la mano el día en que cumplamos cien años.

Los dos nos ajustamos los anillos mirándonos mientas sonreímos de felicidad porque ha culminado la ceremonia de nuestra boda.

– Eres mi esposa y tu familia son testigos de cómo acabo de jurar mi amor por ti hasta la muerte. Te prometo que te haré feliz.

Sellamos con un beso nuestra devoción mutua. Sebas me arrastra cariñosamente contra su cuerpo mientras recibo su lengua detrás de una gran sonrisa. Me siento como en el paraíso, mi marido y yo estaremos juntos para toda la vida y nunca me cansaré de repetírmelo porque él es todo lo que quiero para mí.

Sebastian nos silba destacando entre las voces de todos los invitados. Están en la orilla soltando poco a poco los globos con las ofrendas a todos aquellos que no pudieron disfrutar de este mundo. Hay besos, abrazos, cariño y… huh… ¿él ha besado a Rachel y ella no le ha golpeado? Si consigo que de nuestra boda salga otra seré mucho más feliz.

Acaricio emocionada el collar de oro que llevo colgado en mi cuello, es un regalo de mi Sebas que significa un mundo para mí. Está tallado con el símbolo del hombre y de la mujer, y justo detrás, nuestras iniciales porque nos identificamos con el mensaje de los símbolos. Sebas, el Dios de la guerra, él ha luchado mucho por llegar a lo más alto en su trabajo, se ha enfrentado a la vida complicada de su hermano y ha sido el mejor hombre del mundo cuando se ha enamorado de mí. Y yo soy su mujer, la Diosa del amor. Desde mi punto de vista nunca me he sentido como una Diosa, ni por mi belleza ni por ninguna de mis cualidades, pero Sebas me ha enseñado a ser mujer desde que nos conocimos. Con él he aprendido a quererme, a respetarme, a valorarme y a mirarme al espejo aceptándome como la mujer hermosa que soy. Siempre seré amada por Sebas.

Él mira con encanto como nuestra familia y amigos están lanzando los globos al aire. No puedo evitar darme la vuelta para besarle y enamorarme cada vez más. Ver su sonrisa me da el aliento que necesito para

respirar, él lo sabe, yo lo sé y nuestro bebé también. Acaricia mi vientre con ilusión porque dentro de unos meses seremos padres, ya le ha comprado algunas cosas porque quería ser el primero y no se ha podido resistir a dar la noticia a nuestros amigos. Él está contando los días para ver la cara de su pequeña Jocelyn o de su pequeño Sebas. Será un padre ejemplar y me muero de ganas por verle con nuestro bebé en sus brazos.

Cierro los ojos para darle el último adiós a los que ya no están aquí conmigo porque cuando los vuelva a abrir sentenciaré una vida llena de lamentaciones que se quedan en el olvido y nunca existirá la vieja Jocelyn que habitaba en una burbuja. Sebas Trumper me ha salvado de la miseria y yo me quedo en esta parte de la realidad para gozar la felicidad plena.

FIN

EPÍLOGO

Estoy tranquilamente tumbado con mis codos apoyados sobre el colchón. Noto como las babas se derraman por mis pantalones, y la presión de sus pequeñas manos se desequilibra una vez que llega a la cima cayendo a mi lado entre risas. Palpo su cuerpo haciéndole cosquillas hasta que siento que no aguanta más y decido esperar a que se recupere. Es entonces, cuando vuelvo la vista al frente para morder los pies desnudos de mi pequeña Jocelyn nacida hace ya ocho semanas. ¡Cómo pasa el maldito tiempo!

Las manos diminutas de mi sobrina Nadine consiguen escalar por mi espalda hasta tumbarse encima de ella, se siente feliz fingiendo que es su cama a juzgar por el rastro de babas que sigue emanando de su pequeña boca. Mientras, continúo besando las piernas de mi hija aprovechando que está despierta antes de que vuelva a cerrar sus ojitos y se olvide de que su padre le está esperando aquí con locura.

– Pima – balbucea.

– Sí, enana. Es tu prima pequeña.

– Bebé.

– Todavía, pero pronto dejará de ser un bebé y podrá jugar contigo.

Mi sobrina empieza a saltar sobre mi espalda creyendo que ahora está en una piscina de bolas y ahora parece ser que bucea moviendo las extremidades de su cuerpo.

– ¡Vida mía!

La voz de mi cuñada Nancy suena en el pasillo y su hija ya está evaluando como volver al suelo parar irse con ella. Antes de brincar en un gran salto, porque se cree que puede hacer cosas que todavía le impide su diminuto tamaño, la madre consigue entrar a la habitación sonriendo y más tranquila al saber que está aquí conmigo y no perdida en algún rincón de la casa. Mi sobrina Nadine acaba por ponerse de pie sobre mis piernas emocionada hasta que mi cuñada la coge en brazos comiéndosela a besos.

– Pima.

– Cariño, es un bebé todavía y tiene que dormir en la cuna hasta que se haga mayor. Vamos a buscar a papá que nos dará chocolate.

– ¡Chate!

El grito sonoro de mi sobrina puede dejar sordo a cualquier persona humana con dos oídos a cada lado de su cabeza, yo corro el riesgo de perder mi audición pero protejo con mis manos los de mi pequeña Jocelyn que está a punto de dormirse. Nancy se acerca con la niña en brazos porque quiere darle un beso y mi sobrina posa los labios en la carita de mi hija provocando que se me remuevan mariposas en el estómago por la ternura que desprenden las dos. Mi sobrina también quiere babearme la cara y no me importa menos que su gesto de amarme tanto como yo a ella, sin decir ni una palabra más, me besa y ya comienza a exigir ese chocolate que mi hermano tiene prohibido a toda su familia.

– ¿Qué os queda aquí?

– Se está durmiendo, así que poco.

– Anda, papá, no te quejes que ya vendrá la época de los dientes, los lloros y las noches sin dormir.

Nancy besa mi sien mostrándome el enorme afecto que nos tenemos mutuamente. Siempre aprovechamos para darnos un abrazo o una muestra de cariño cuando mi hermano se distrae ya que mi cuñada es parte de mi vida y la quiero tanto como si fuese mi hermana pequeña. El olor a su perfume se queda en mi habitación pero no los gritos a lo lejos de mi sobrina exigiendo el chocolate sin aceptar otra réplica que le lleve la contraria.

Los ojos de mi hija se van cerrando pausadamente. Ella es tan tranquila y tan buena como su madre que ni molesta para avisarnos de que tiene hambre. Me siento en la cama cogiéndola en brazos mientras le canto una nana de un disco que compré para bebés. Decido que será mejor levantarme para mecerme en la silla que mi madre ha puesto aquí, y con mucha delicadeza, relajación y serenidad, espero a que cierre esos ojitos que ya no veré hasta la siguiente toma. El interés en controlar mis lágrimas es nulo, no puedo dominar mis ganas de llorar cada vez que mi hija se despide del mundo para dormir plácidamente en otro lleno de unicornios y fantasías para bebés. Mi pequeña tiene solo unas semanas de vida y todavía no es consciente de que su padre pasa las noches sin dormir esperando a

que haga algún sonido para acudir a ella rápidamente. Sus brazos han dejado de moverse porque ya está respirando tranquila y me advierte que no soy invitado a su siesta nocturna. No me canso de tenerla en brazos, de mecerla y de no perderme detalle de cualquiera de sus gestos. Ella tiene que reposar la comida que ha engullido y debo dejarle descansar plácidamente antes de que mi mujer venga y me regañe por no meterla en la cuna.

Poso los seis kilos y medio de su cuerpo dentro de la cuna para seguir adorando a este ser tan maravilloso producto del amor de sus padres. Frunzo el ceño indignado porque mi esposa ya no puede obligarme a nada si ella está durmiendo correctamente, no me moveré de aquí y nadie me hará perderme como duerme mi hija. Mi pequeña Jocelyn, la niña de mis ojos ahora y siempre.

Un pinchazo en mi alma me alerta del ruido que oigo en el pasillo. La tercera parte de la razón por la cual late mi corazón, está avisándome de que bese a mi hija otra vez para girarme hacia la puerta. Y ahí está él. Mi hijo Sebas en los brazos de su abuela que pone sus asquerosas babas sobre la piel de mi bebé.

– Mira a papá. Ya hemos encontrado a papá.

Ignoro todo sonido, gesto o movimiento que hace mi madre para centrarme en mi hijo que salta de sus brazos porque quiere venirse conmigo. Doy dos pasos acelerados hasta llegar a él y le atiendo como se merece ya que nadie comprende que mi hijo solo me quiere a mí y no le gusta estar en brazos ajenos. Su cuerpo está apretado junto al mío y la tercera parte de mi corazón vuelve a latir con normalidad. Él ya está con su padre.

– Papá – ya me he perdido.

Le doy la espalda a mi madre para atender a mi hijo en todas sus necesidades, si levanta un brazo, si le molesta su pierna doblada o si simplemente me indica su malestar con algo que orgullosamente destruiré por él. Siento el dedo índice en mi espalda y no me queda más remedio que darme la vuelta. Esta mujer no se da cuenta que ya no soy un niño, quiere que le dé un beso y debo hacerlo antes de que me grite lo mal hijo que soy.

– ¡Dame a mi nieto! – Esa voz es firme pero no alterada. Eso quiere decir que es una orden a medias porque sabe que no lo haré.

– Vete.

– No tardéis, os estamos esperando.

Asiento con la cabeza despachándola con facilidad y centrándome en mi hijo que balbucea palabras que no entiendo. ¡Necesito malditamente un diccionario de bebés y nadie ha tenido las narices de inventarlo todavía!

Mi hijo Sebas se mueve agitado cada vez que entra en la antigua habitación de su padre. Le he enseñado millones de veces las placas de todos los logros que he conseguido y que su abuela pone aquí con orgullo. Beso su cara regordeta, no una, sino dos, y tres, y cuatro y hasta que se aleja de mí porque no quiere que siga besándole, ¡es mi hijo y yo su padre, lo haré tantas veces me plazca! Atiendo cada vibración que hace como si me pidiera que le trajera la estrella que lleva su nombre. Me acuerdo que la reservada de su madre osó a no contármelo hasta que no vimos su cara por primera vez. Sebas Trumper, mi pequeño que nació de tanto amor en plena construcción de la relación más duradera y hermosa que jamás nadie vaya a ver sobre la faz de la Tierra. Bueno, y mucho más allá si contamos con que el firmamento nos pertenece a mi esposa y a mí.

Muevo a mi hijo alrededor de la habitación entreteniéndole. Estamos intentando acostumbrarle a que duerma toda la noche, y aunque lo haga, siempre me despierto en mitad de ella para cerciorarme de que todo está yendo bien con él. Alza su mano con una galleta que le han dado estrellándomela en la boca mientras yo finjo que me como toda su manita solo para ver las sonrisas más grandes que me pueda regalar. A pesar de su incipiente ternura, mi hijo ha adoptado mi personalidad Trumper de los pies a la cabeza. Él frunce el ceño como lo hago yo y experimenta desde la lejanía sacando sus propias conclusiones ante cualquier cosa que vean sus ojos de cristal. Su cabello rubio y la cara exacta de mí cuando era un bebé, hace que tenga en mis brazos a mi réplica más detallada del gran hombrecito que va a crecer felizmente rodeado de cariño y amor.

Cuando se cansa de estar en mis brazos, que suele ser bastante y que todavía me estoy acostumbrando a que no me ame tanto como yo a él, lo

dejo dentro de su parque. Aquí tiene juguetes con los que se divierte felizmente ya que ha decidido no querer estar más tiempo conmigo. No voy a admitir que me duele en el alma su independencia, pero las lágrimas que desprendo en soledad es un secreto que llevo guardado porque no entiendo la razón por la cual mi hijo ve más divertido un peluche que el amor de su padre. Acaricio su cabeza sintiéndome derrotado, él no quiere que esté aquí y gatea hasta el otro lado del parque para reunirse con otro osito al que le da más atención que a mí. Voy a empezar a llorar de verdad pero el ruido del secador me advierte que tengo vía libre para acosar a mi mujer.

Beso la cabeza de mi hijo que tiende a no quererme como yo a él y me dirijo a la puerta del baño que abro con total impaciencia si quiero hacer latir de nuevo a la otra tercera parte de mi corazón.

Ella, mi Jocelyn, mi esposa, amiga, amante y dueña de mi vida. La única que me ha dado la felicidad y dos razones por las cuales no dormir por las noches desde que nacieron nuestros dos hijos que completan nuestra familia. Está bocabajo trasteándose el pelo con el secador porque mi hija le ha vomitado cuando me la pasaba a mí y se ha tenido que duchar mientras yo la dormía. Estoy apoyado de brazos cruzados sobre el marco de la puerta y admiro como mi esposa me regala una visión de su trasero en alto que me incita a querer hacer más de una travesura. Se mueve dentro de mis pantalones algo que quiere acción y remojo mis labios con la lengua por la osadía más excitante que mi mujer está mostrándome. Avanzo dos pasos hacia el frente y casualmente choco con ella hasta que reacciona levantándose mientras apaga el secador.

– Sebas, aquí no.

Mi esposa responde así porque toda la familia Trumper está abajo después de haber cenado, hoy viene Santa Claus y vivimos esas fechas del año en las que nos rodeamos de nuestros seres queridos. Llevo mis manos a su vientre cuando ella se gira mirándonos a través del espejo. Mis pantalones van a malditamente explotar por la enorme sonrisa que me regala. Aguantamos nuestras miradas por unos instantes más, y pienso en que la irresponsable y libertina de mi cuñada Nancy, la ha arrastrado lejos de mí para vivir una vida juntas de cuñadas y super amigas en la que ni yo ni mi hermano estamos invitados. Ha perdido la desfachatez de dieciocho

kilos en menos de dos años y ahora tiene uno de esos cuerpos que me mandarán a la tumba más temprano que tarde. Me he enfadado con ella millones de veces porque no quiero que pierda peso, no me gustan las mujeres delgadas sin chispa y una de las razones por las cuales me enamoré de mi esposa fue porque era diferente al resto. Su cuerpo hacía que me masturbara día y noche imaginándomela cuando la estaba cortejando. Ahora, mi mujer está radiante, feliz y llena de vitalidad desde que su complejo más complicado se ha esfumado a base de la energía que desprende a diario.

Muerde sus labios porque la muy inteligente sabe lo que me provoca. Golpeo mi pelvis ligeramente contra su cuerpo para demostrarle que quiero rozarme tanto como lo está deseando ella. Hasta que no volvamos a casa no podemos atender a nuestras necesidades ya que estamos rodeados de la familia, pero, ¡maldita sea si no quiero doblarla contra el mueble del baño y enseñarle cuánto la estoy echando de menos! Mis manos siguen acariciando su vientre delicadamente.

– Otro de mis hijos que me ignorará cuando crezca.

– Mi amor, nadie te ignora – refuerza su agarre apoyando sus manos sobre las mías.

– El niño me ignora, ¿estás oyendo como le presta más atención a un peluche que a mí?

– Es un bebé grande, ya no quiere estar en brazos.

Mi esposa me dice continuamente las palabras exactas para que no me vuelva loco, y aunque me ha pillado algunas noches llorando por el tema, siempre se ha encargado de trasmitirme que ella no me abandonará. Mi Jocelyn Trumper no me abandonará nunca.

Cierro los ojos por un momento pensando en cómo hemos construido juntos nuestro futuro. Pasé el mayor de mis miedos trabajando en mi último caso porque la querían secuestrar y me mandarían su cabeza en una caja de cartón. Ese dato jamás salió de mi boca para no atemorizarla, pero si me pasaba día y noche detrás de esos hijos de puta que se están pudriendo en la cárcel, era por ella. Todo lo hacía por ella y para mantenerla junto a mí sin la necesidad de que huyera nunca más. Pronto le confesaría que esa sería la

última vez que iba a trabajar, y así ha sido. Nos dedicamos en pleno a nuestros hijos, a la familia y no hacer otra cosa que atender a las necesidades Trumper, somos muchos y siempre estamos rodeados de temas que nos implican a todos. Sigo ejerciendo mi labor desde casa, y también acudo junto con mi esposa, a algunos actos en los que nos hemos implicado porque hemos abierto centros para personas que sufren obesidad y otros tipos de traumas. Ella y yo trabajamos en equipo y lo mejor de todo ello es que no nos separamos en ningún momento del día.

Hasta que llega ella, mi cuñada.

Mi mujer se ha convertido en una libertina y no es consciente del daño que me hace cada vez que se va con Nancy. Sin embargo, ella sabe que solo puede alejarse de mí unos metros sin cruzar el límite estipulado. Me he convertido en el hombre que nunca quise ser porque lo veía desde fuera, en Bastian. Él ya me advirtió que me llegaría el momento, y, ¡maldita sea!, me llegó porque me desgarra el corazón cada vez que Jocelyn prefiere atender otras cosas. Siempre discutimos por su vestimenta fresca por la mala influencia de Nancy, por sus ideales individualistas por culpa de Nancy y por su interés constante en conducir cómo si supiera hacerlo, y también por la mala y maldita influencia de Nancy. La fresca de mi cuñada que osa a desafiarnos cada vez que abre su maldita boca, y aunque Bastian le eche la culpa a mi Jocelyn, yo pienso que la culpable es esa cosa rubia de metro sesenta. Mi hermano y yo lo hemos hablado delante de ellas miles de veces, y las dos se ríen de nosotros porque piensan que exageramos. Pero que me hinquen una flecha en mi corazón si no siento que me arrancan la piel cada vez que mi esposa se relaciona con otras personas, en vez de estar junto a su marido en la cama todo el día.

La giro ciento ochenta grados para besarla mientras toco de nuevo su barriga ya que estamos esperando a nuestro tercer hijo. Pronto dividiré mi corazón en otra parte más y rezo para que no me abandone por querer jugar a los peluches o dormir todo el día. Deseo que mi tercer hijo esté conmigo todo el tiempo, ya que parece ser que todos pretenden tener una vida independiente sin contar con que quisiera retenerles junto a mí. Y yo me reía de mi hermano cuando decía que quería unirse a Nancy por la piel.

¡Malditamente lo entiendo! Lo entiendo porque así quiero yo a mi familia, pegada a mí sin destrozarme el alma cada vez que osan a abandonarme.

Tengo que apartarme de mi esposa por unos instantes si no quiero doblarla y ahogarme dentro de ella. Ha puesto su mano sobre mi pecho mientras me mira como un ángel, y me está malditamente costando respirar. Sobre mi corazón llevo tatuado los nombres de Jocelyn y Sebas que pronto formarán uno pequeño cuando añada el nombre de nuestro tercer hijo. Lo besa por encima de mi camisa y me invento movimientos nuevos que no me obliguen a tomarla ahora.

– Jocelyn Trumper, vas a malditamente tener consecuencias por tu desfachatez en provocarme.

– ¿Yo? Si solo te he tocado, aquí. Y besado, aquí.

Vuelve a hacerlo sonriéndome y va a enterrarme como no pare de tocarme.

Los pasos suenan en el pasillo pero esta vez no son tacones, sino otros más firmes por mi padre. Él toca a la puerta y mi esposa y yo salimos del baño para mirarle con cara de circunstancia porque sabemos que ha sido mandado por mi madre.

– Enseguida bajamos.

Desaparece por la puerta y siento un escalofrío cuando mi esposa coge a mi hijo en brazos cargando con todo el peso. El niño brota de alegría y me paro a analizar si lo hace más con ella que conmigo, me da igual lo que me digan todos, pero malditamente yo sé que mi hijo la quiere más a ella que a mí y eso me tiene sin dormir desde que nació. Se me caen las babas viendo la estampa de la imagen más hermosa de mi familia; mi hija durmiendo ajena a todo en la cuna, mi hijo siendo besado por los labios que me pertenecen y mi esposa embarazada sorteando los movimientos de cabeza del pequeño. Hay un momento en el que mi hijo se queda inmóvil mirándome y malditamente se me ha subido el estómago a mi garganta porque está oyendo algo que le susurra su madre.

De repente, sus brazos en alto me aclaman.

– Cariño, ¿ya te quieres ir con papá? Tienes que dormir.

Mi estómago vuelve a su sitio porque no le estaba diciendo que se viniera conmigo sino ignorando a mi esposa que le manda a dormir. ¡Mi hijo me quiere, mi hijo malditamente me quiere! Activo mi chip de padre avanzando hasta mi hijo que me aclama y dejo a un lado a la osada de su madre que quiere ponerle en la cuna. ¡Mi hijo quiere mis brazos y mi hijo tendrá malditamente mis brazos!

– Ven con papá, yo nunca te mandaré a dormir, – susurro a mi hombrecito mientras mi esposa rueda los ojos – y no me repliques, reina. Mi hijo quiere estar conmigo.

– Ya ha estado despierto lo suficiente, tiene que dormir.

– Un rato más. Cuando nos cuenten lo que quieren decirnos te prometo que le llevaré yo mismo a la cuna y se dormirá.

La mujer que me ha robado el corazón viene hasta nosotros para darle un beso en la espalda al pequeño Sebas y luego soy el afortunado que recibe otro beso en los labios. Tengo que admitir que tiemblo cada vez que lo hace pero no seré yo quien se lo diga, no quiero que se ría de mí. Jocelyn apoya su cabeza sobre mi pecho mientras sujeto a mi hijo con mi otro brazo ya que está en calma.

Intento que momentos como estos sucedan a diario.

– Te quiero Sebas, y tus hijos también te quieren. Casi no puedo controlar al pequeño Trumper que tienes en brazos.

Le gruño porque tiene malditamente razón. Mi hijo es mi copia pero yo no recuerdo ser tan independiente con mi padre abandonándole por querer jugar con peluches. Mezo a mi hijo junto con mi esposa y tranquilizo al pequeño que seguramente quiere dormir porque está cansado. Él tiene su cabecita apoyada sobre mi hombro y quiero memorizar esta postura, pronto se hará mayor y no me querrá nunca más.

Mi mujer rodea sus brazos alrededor de mi cintura y está malditamente sonriéndome, si sigue con esa actitud pondré a mi hijo a dormir y juro por mi familia que lo haremos en esta casa y todos van a oírla gemir.

– Yo también te amo, Jocelyn Trumper.

Soy empujado fuera de la habitación con el aparato de mi hija dentro del bolsillo de mi camisa y yo me niego a dejar a mi hijo dormir en su cuna, porque si quiere hacerlo sobre mí, ¡malditamente lo hará! Los dos caminamos juntos abrazados por los pasillos de la casa de mis padres hasta el salón central dónde estamos concentrados toda la familia. Pensamos que Bastian y Nancy van a anunciar otro embarazado u otra boda. O conociendo a mi hermano, habrá dado con la clave para convencerla de que se ate a su cuerpo y ya estoy deseando que me cuente que tengo que hacer para que Jocelyn también acceda a eso.

Aparecemos tranquilamente en el salón y le indico a mi esposa que se siente en el sofá, no me gusta que esté tanto tiempo de pie mientras está embarazada. Le cuenta a la madre de Nancy que se ha tenido que duchar porque la niña le ha vomitado encima. Me distraigo viendo a Bastian bailar por primera vez con su esposa y sus dos hijas están escalando divertidas por sus cuerpos. Sí, definitivamente anunciarán embarazo a juzgar por el tamaño de sus tetas y las caderas enormes que ha embutido bajo presión en ese vestido que mi hermano no aprueba. Yo intenté esconderle la ropa a mi Jocelyn, pero ella me hizo dormir en el sofá y entonces tuve que devolvérsela.

Me siento junto a ella calmando a mi hijo que amo oler cada dos por tres, él tiene sueño y yo quiero retenerle conmigo todo lo que pueda. En cuanto mi hermano anuncie que van a ser padres de nuevo lo dejaré en su cuna muy a mi pesar.

Cuando nos quedamos los tres solos, mi esposa apoya su cabeza sobre mi hombro que tengo libre y unimos nuestros dedos viendo las alianzas que nos certifica como matrimonio para siempre. La oigo suspirar porque ama ver nevar y lo hacemos desde aquí, los copos caen lentamente del cielo regalándonos unas vistas impresionantes. Y por momentos como este, rodeados de las personas que nos quieren junto a lo más importante de mi vida que son mi esposa y mis hijos, ha merecido la pena haber luchado tanto porque la recompensa es aún mucho mayor.

NO TE PIERDAS EL FINAL DEL LEGADO NEANDERTAL

LA HISTORIA DE SEBASTIAN TRUMPER

“JODIDAMENTE SEBASTIAN”

WWW.MARYFERRE.COM
www.facebook.com/MaryFerreAutora